

DA

CION



VEINTE Y SEIS
MARTIRES
DE JAPONES

BR 1608

.J3

07

C. 1

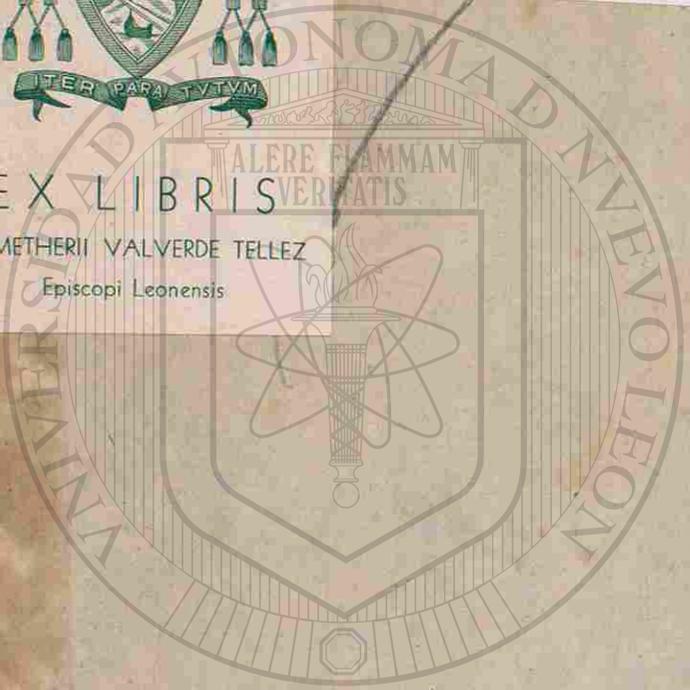
009050



1080021206

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

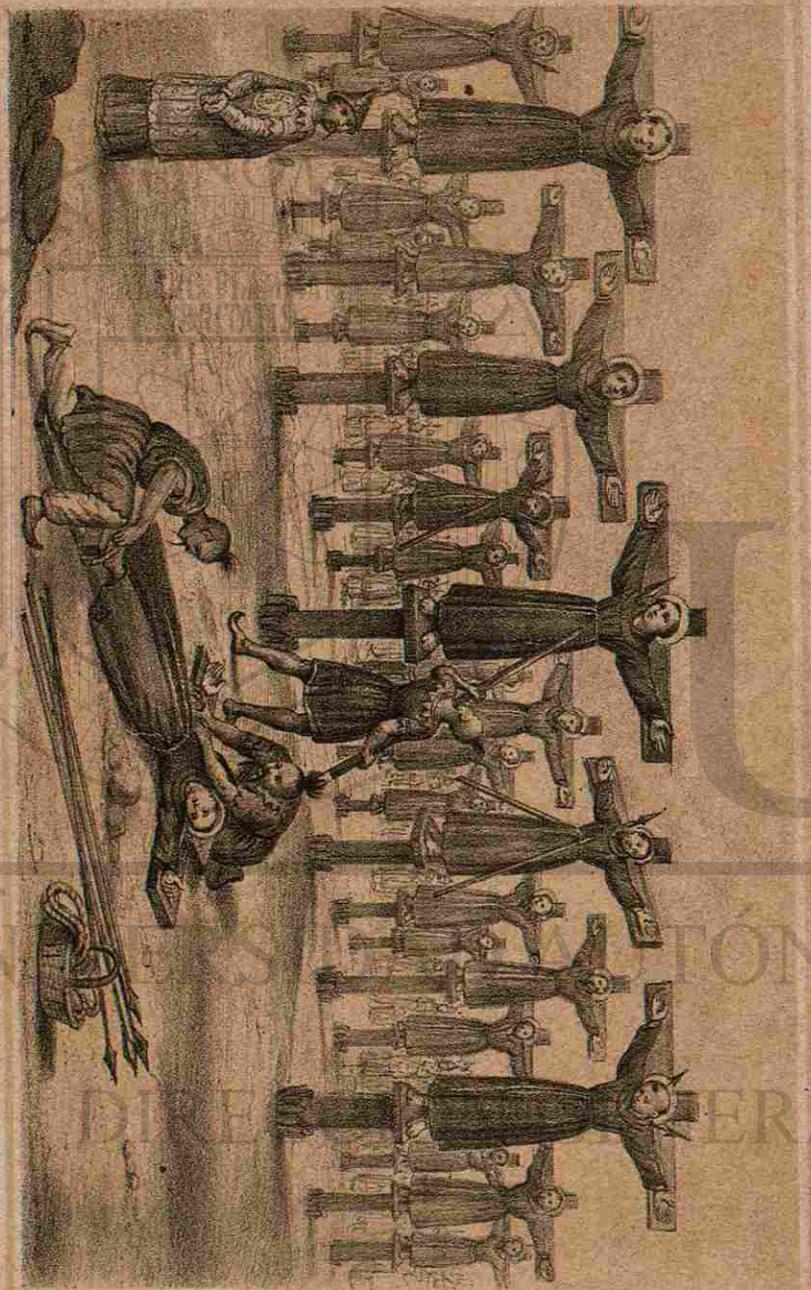


UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





VEINTISEIS MARTIRES DEL JAPON.

Lit. de H. Inante.

HISTORIA

DE LOS VEINTE Y SEIS

MARTIRES JAPONES,

VEINTE Y TRES DE LA ÓRDEN DE LOS MENORES OBSERVANTES DESCALZOS DE SAN FRANCISCO, Y LOS OTROS TRES DE LA COMPAÑIA DE JESUS, escrita por la circunstancia de su solemne canonizacion, por el Padre

Fray Agustin de Osimo

PROFESOR DE SAGRADA ELOCUENCIA EN LOS MENORES OBSERVANTES. DEDICADA A NUESTRO SANTISIMO PADRE PIO PAPA IX, TRADUCIDA DEL ITALIANO POR EL PRESBITERO JOSÉ MARIANO DÁVILA Y ARRILLAGA, CLÉRIGO SECULAR DEL ARZOBISPADO DE MÉXICO

QUIEN LA DEDICA A LAS PROVINCIAS DE RELIGIOSOS DESCALZOS DE SAN DIEGO Y DE LA COMPAÑIA DE JESUS DE MÉXICO.



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

MEXICO 1871.

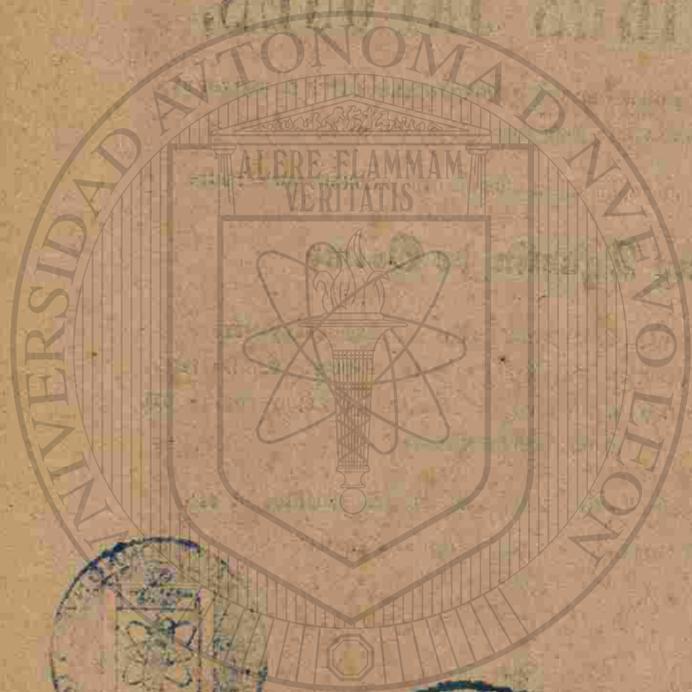
TIPOGRAFIA RELIGIOSA, CALLE DE SANTA CLARA NUMERO 16
M. TORNER Y COMP.

45622

BR1608

J3

07



SECRETARIA DE
 EDUCACION PUBLICA

FONDO EMETERIO
 VALVERDE Y TELLEZ

1888

DEDICATORIA.

BEATISIMO PADRE

A que la Divina Providencia ha querido concederos, supremo é inmortal pontífice de la Iglesia Católica, está otra bella gracia de inscribir en el catálogo de los Santos á los gloriosos Mártires del Japon, de los cuales, veintitres pertenecen al pobre orden de San Francisco de Asis, permitid Beatísimo Padre, que esta humilde historia que refiere su vida tan apóstolica, sus magnánimos hechos y la muerte de Cruz padecida en defensa de aquella fé sacrosanta de que sois el depositario en la tierra, salga á luz honrada con vuestro angusto nombre. Pobre en verdad es la oferta, pero no por cierto indigna de ser presentada á un ilustre sucesor de Pedro, como que se refiere á unos héroes que despues de haber sostenido con magnánima constancia los derechos de Dios ante los tiranos de la tierra, dan una nueva prueba al mundo incrédulo, de lo grande que sea el poder de la fé Católica, cuán sublime aquel apostolado de amor y de caridad que Jesucristo hijo de Dios vivo inauguró con su misma muerte en beneficio de todas las gentes. Y estos invictos héroes de la Religion del Nazareno, cuya cabeza sois, ó Grande Pio IX á quienes con el aplauso de todos los creyentes habeis ceñido con la mas espléndida aureola del Culto Católico, no solo os serán reconocidos en el cielo, sino que no dejarán de rogar ante el trono del Cordero sin mancha, por Vos Vicario de Jesucristo en la tierra, por la Iglesia Católica de que sois suprema Cabeza visible y por todo el pueblo cristiano á quien solo á Vos, toca abrir el libro de la eterna verdad para que siguiéndola, el hombre llegue á Dios su último y bienaventurado fin.

009050

Sí Beatísimo Padre, los gloriosos héroes que con su sangre empaparon las costas del remoto Japon y ahora en los collados eternos del paraíso entonan himnos de triunfo del Hijo de Dios, son y serán para siempre poderosísimo apoyo para que la Navecilla de Pedro que gobernais en medio de un mar proceloso no llegue á ser sumergida por sus olas. Y con esta consoladora esperanza, ó mas bien, certeza del corazón, postrado á los piés de Vuestra Santidad imploro humildemente para mí y todos mis hijos la Apostólica bendición.

Muy humilde devoto y obediente hijo.

FR. BERNARDINO DE MONTEFRANCO.

Ministro General de toda la Orden de menores.

INTRODUCCION.

Uno de los argumentos mas bellos y fuertes de la verdad de la Iglesia Católica establecida en la tierra con la misma sangre del Hombre Dios, y que demuestra con la mas clara evidencia que Cristo vive en la Iglesia y la Iglesia en Cristo, es indudablemente el sublime espectáculo que nos presentan innumerables de sus hijos, quienes ántes que renegar de su Madre, llenos de un santo y divino entusiasmo prefirieron dar por ella la vida. Argumento que ha sido y será siempre el tormento de los incrédulos todos del mundo, y por decirlo así, la piedra de toque para reconocer el mérito y la santidad de todas las demas religiones, que aunque se llaman cristianas, viven sin embargo fuera del verdadero rebaño de Cristo, privadas de la herencia de los hijos de Dios.

Desde aquel día en que abrió Cristo con su muerte una nueva era en el mundo en virtud del poderoso influjo de su doctrina celestial, trasformando por explicarme así las inteligencias humanas, la Iglesia, recordando la alta mision que le hubiera confiado su Divino Fundador, dijo á sus hijos con las mismas palabras de Cristo: *Dirigios por todo el mundo, y predicad el Evangelio á toda criatura.* Ella fué obedecida prontamente, y los mensajeros de la buena nueva en el discurso de pocos años, postrados los mas altos cedros del Libano, superadas las mas fuertes barreras, atravesando los mas tempestuosos mares y penetrando en las mas lejanas, bárbaras y salvages regiones de la tierra, privados de todo poder humano y protegidos solamente por la virtud del cielo, llegaron á plantar el glorioso estandarte de la Redencion humana al lado del Peripato y del Pórtico; ese estandarte emblema en otro tiempo de vituperio, llegó á adornar la frente de los monarcas y obtuvo por último que Roma, la ciudad de los Pompeyos, de los Cicerones y de los Césares, la señora de las naciones, la vencedora de los Galos, de los Británicos y Alemanes, la domadora de Cártago y Sagunto, en suma, la dominadora del universo, doblase la soberbia frente ante

el pobre peccador de Galilea, y sobre las cimas del Capitolio, acostumbradas á contemplar tantos triunfos bañados de sangre humana, se enarbolase la Cruz, estandarte de libertad y paz, de caridad y redencion.

Mas no fué esto bastante: porque las flores de la nueva Iglesia debian ser presentadas al Hijo de Dios, enrojecido con la sangre de sus secuaces. Y así fué: pues desde el momento mismo en que los gloriosos despojos de Estevan, sepultados bajo un monte de piedras anunciaron á la edad futura lo que debia esperar del mundo la religion del Nazareno, la sangre de los mártires bañó toda la superficie de la tierra; pero de ella cual de una esperecida semilla, germinaron las nuevas generaciones, y el mundo fué convertido á la Cruz. Ann hay mas. La memorable sentencia de que debia obedecerse primero á Dios, que á los hombres, trasmitida por los apóstoles á los predicadores todos del Evangelio, hizo que la sangre cristiana continuase en derramarse en todas las edades, en los siglos todos y que la Iglesia, merced á tan glorioso sacrificio, reportase siempre nuevos triunfos. Así es que aun nuestros dias están viendo sellada la fe de Cristo con la sangre de los Mártires. Sirvan de prueba los ocho hijos de San Francisco de Asis sacrificados por las armas de los Dausos en 1860 en Damasco, á los piés del altar de su Iglesia casi á la vista del glorioso sepulcro de Cristo, que los menores despues de seis siglos y medio conservan á la piedad de los fieles como heredad querida de su padre, sin arredrarlos al furor de los Turcos, el odio de los Judios y el fanatismo del los sismáticos. Ni fueron ellos los únicos: otros y otros han muerto en estos tiempos, y los últimos de todos, dos nuevos hijos de San Francisco, martirizados en defensa de la religion de Cristo el Padre Juan de Andría en China y el padre José Prigidengolas en América.

Empero entre los mas estupendos y gloriosos martirios consumados en el discurso de diez y ocho siglos por los heroes del Evangelio, no cabe duda que ocupan un lugar muy distinguido, el que con admirable y sorprendente constancia fué sostenido en 1597 en Nagasachi del Japon, por veintitres hijos del Serafin de Asis, con otros tres de la compañía de Jesus. Martirio en verdad solemne, estupendo, maravilloso y á cuya narracion se ha consagrado puntualmente esta historia; pobre en efecto, pero que ocupándose de las generosas empresas de los heroes del Cristianismo, no puede dejar de ser leida con avidez en nuestros dias.

¿Y por qué nó? ahora que hay el mayor empeño en decantar los progresos de las ciencias y las muchas empresas actuales de la guerra. ¿Nó seran por ventura dignos de admiracion los combates sostenidos impavidamente, y las espléndidas victorias que en defensa de la fé de nuestros padres reportaron los heroes del Evangelio contra el error en los últimos confines del mundo? Cuando tanta multitud de fábulas y cuentos imaginarios, propios solamente para ofuscar el mas claro entendimiento, son leidos con avidez aun por los hombres de bien, ¿se desdenarán éstos de dirigir una mirada á un libro, que aunque humilde, aparece no obstante lleno de aventuras sumamente interesantes, y las mas apropiadas para elevar el espíritu humano al trono del Altísimo?

Pero dejémos á aquellos infelices cuya alma desnuda de todo noble y generoso sentimiento, extraños enteramente á la historia y nacidos de^sgraciadamente solo para hacer mal, se han gozado en lanzar el sarcasmo, el insulto y aun la vil calumnia sobre la memoria de los hombres santos, que dieron su vida no solo en defensa de la religion de Cristo, sino tambien en provecho de sus propios hermanos; y dirigiéndonos á las almas honestas que nutren en su pecho sentimientos de fé y de caridad hácia sus prójimos, hablémosles así: El apostolado que los mártires del Japon sellaron con su propia sangre, no solo fué religioso, es decir en solemne defensa del mayor de los principios que es la fé de nuestros padres, ademas, fué eminentemente social. En efecto, ¿veis allá á lo largo de los caminos de la populosa ciudad de Meaco esa multitud de pobres y de leprosos? En vano llenan el aire con el grito del dolor, que ninguno compadece, porque la caridad solo es propia de la única religion hija del cielo. Pero los frailes Menores aunque peregrinos en tierra extraña, levantaron á poco de su llegada junto á sus conventos, casas para guarecer á aquellos miserables, quienes á caso por primera vez reconocieron ser hombres y oyeron de la boca de sus piadosos bienhechores que hay en el cielo un Dios, Padre de todos, pobres ó ricos, vestidos de purpura ó cubiertos con harapos. Palabra santa, única que puede hacer llevar al hombre en paciencia el peso de la desventura. ¿Veis esa muchedumbre de miseros pequeñuelos? Inutilmente se dirigen ya á unos ya á otros, para que de ellos se apiaden. Huérfanos antes de tiempo, fruto de la disolucion agena, ninguno acude á su socorro. Ninguno; porque la piedad no habita

en corazones embrutecidos por el error. Pero los frailes menores, cerca de los hospitales y al lado de sus propios conventos, han levantado tambien á su favor, moradas y escuelas; y millares de criaturas socorridas en las multiplicadas necesidades de la vida, oirán igualmente por la primera vez sonar en sus oídos el nombre del verdadero Dios del cielo y de la tierra, de aquel Dios que solo puede consolar los dolores de una vida de sacrificios y de padecimientos. He aqui los hombres de que vamos á escribir la historia: los heroes que la Iglesia ha elevado á los honores de los altares declarándolos Santos, es decir amigos de Dios y poseedores de la patria celestial.

Y ciertamente disposicion ha sido admirable de la Providencia que la Iglesia reservara á nuestros heroes los honores mas solemnes del culto católico en los presentes dias, en que todo el mundo entregado enteramente á los goces de la carne y de las riquezas, muestra una aversion verdaderamente espantosa á los padecimientos y á la cruz de Jesucristo, para que su ejemplo sirva á reanimar la fé y la caridad, virtudes casi extinguidas en los pechos cristianos y sea igualmente un nuevo y grande estímulo á todos los apóstoles de Jesucristo, especialmente franciscanos, para que, animados á la vista del noble modelo de los mártires del Japon, se levanten á combatir las batallas del Señor en los campos de la idolatría y barbarie, renovando las heroicas empresas de tantos magnánimos campeones de la fé.

Solo nos resta suplicar al benévolo lector, que agradezca esta humilde oferta que dará consuelo á su alma. Y no en verdad, porque el pobre autor sirva de excusa de los muchos defectos en que ha incurrido, sino solo para obtener mayor indulgencia de su parte, hace la ingénuu confesion de no haber podido evitarlos, por el corto espacio de solo cinco meses de que pudo disponer para la formacion de esta historia.

CAPITULO I.

EL JAPON.

El Japon es una vasta comarca de la Asia oriental, en el grande Oceano Boreal, al Este del inmenso Imperio de la China, entre los grados 26 ° 35' y 49 ° de latitud Norte, 126. ° 30.' y 147. ° de longitud Este, ya que se compone de mas de 500 islas, muy principalmente las de Nifou, que los naturales reputan como el verdadero y propiamente llamado Japon. A esas se agregan las de Chiu-Siu y Jeso ó Xicoco á su extremidad meridional, que vienen á formar como el gran centro de todo el Imperio; las de Sado Aradsi, Ochi Tsusima, Amacusa, Tanegasina y Acunosina, que las rodean, y por último las grandes Costas, Cecotan, Iturup y la parte Meridional de la grande Isla de Sagalien, situadas al Nor-Oeste del país. A escepcion de las Islas Monin-Sima, que fisicamente no hacen parte del Japon, se extienden todas las demas á manera de larga cadena de Sud-Oeste al Nord-Este doblándose en un grande seno al Sud-Este, y terminándose por una parte con la punta Meridional de Chiu-Siu, y por la otra con la Isla Ituruf y Sagalien. Este inmenso archipiélago se divide en diez regiones que los naturales llaman *Do*, que comprenden otras tantas provincias; bañado al Nor-Oeste por el mar nombrado del Japon, y separado al Sud-Oeste por un estrecho de la Peninsula de la Corea, tiene por confines al Nord-Este entre las Costas Rusas y las Japonas, al Canal de Uriez. Segun Adriano Balbi, su superficie es de 180 mil millas cuadradas; de que se sigue que no solo á la Italia sino á la Francia excede en extension de unas veintiseies mil millas. En cuanto á la naturaleza del suelo si bien aparece en si poco fecundo, con todo la laboriosidad é industria de los habitantes lo reduce á un útil cultivo; de manera que, si se quitan los bosques virgenes de que están cubiertas las montañas, todo lo demas se vé cultivado con el mayor esmero.

Meaco en otra vez era Ciudad capital de este Imperio, que ahora es Jeddo ó Yedo que los Chinos llaman *Chiang*, Ciudad inmensa atraviesa-

en corazones embrutecidos por el error. Pero los frailes menores, cerca de los hospitales y al lado de sus propios conventos, han levantado tambien á su favor, moradas y escuelas; y millares de criaturas socorridas en las multiplicadas necesidades de la vida, oirán igualmente por la primera vez sonar en sus oídos el nombre del verdadero Dios del cielo y de la tierra, de aquel Dios que solo puede consolar los dolores de una vida de sacrificios y de padecimientos. He aqui los hombres de que vamos á escribir la historia: los heroes que la Iglesia ha elevado á los honores de los altares declarándolos Santos, es decir amigos de Dios y poseedores de la patria celestial.

Y ciertamente disposicion ha sido admirable de la Providencia que la Iglesia reservara á nuestros heroes los honores mas solemnes del culto católico en los presentes dias, en que todo el mundo entregado enteramente á los goces de la carne y de las riquezas, muestra una aversion verdaderamente espantosa á los padecimientos y á la cruz de Jesucristo, para que su ejemplo sirva á reanimar la fé y la caridad, virtudes casi extinguidas en los pechos cristianos y sea igualmente un nuevo y grande estímulo á todos los apóstoles de Jesucristo, especialmente franciscanos, para que, animados á la vista del noble modelo de los mártires del Japon, se levanten á combatir las batallas del Señor en los campos de la idolatría y barbarie, renovando las heroicas empresas de tantos magnánimos campeones de la fé.

Solo nos resta suplicar al benévolo lector, que agradezca esta humilde oferta que dará consuelo á su alma. Y no en verdad, porque el pobre autor sirva de excusa de los muchos defectos en que ha incurrido, sino solo para obtener mayor indulgencia de su parte, hace la ingénuu confesion de no haber podido evitarlos, por el corto espacio de solo cinco meses de que pudo disponer para la formacion de esta historia.

CAPITULO I.

EL JAPON.

El Japon es una vasta comarca de la Asia oriental, en el grande Oceano Boreal, al Este del inmenso Imperio de la China, entre los grados 26 ° 35' y 49 ° de latitud Norte, 126. ° 30.' y 147. ° de longitud Este, ya que se compone de mas de 500 islas, muy principalmente las de Nifou, que los naturales reputan como el verdadero y propiamente llamado Japon. A esas se agregan las de Chiu-Siu y Jeso ó Xicoco á su extremidad meridional, que vienen á formar como el gran centro de todo el Imperio; las de Sado Aradsi, Ochi Tsusima, Amacusa, Tanegasina y Acunosina, que las rodean, y por último las grandes Costas, Cecotan, Iturup y la parte Meridional de la grande Isla de Sagalien, situadas al Nor-Oeste del país. A escepcion de las Islas Monin-Sima, que fisicamente no hacen parte del Japon, se extienden todas las demas á manera de larga cadena de Sud-Oeste al Nord-Este doblándose en un grande seno al Sud-Este, y terminándose por una parte con la punta Meridional de Chiu-Siu, y por la otra con la Isla Ituruf y Sagalien. Este inmenso archipiélago se divide en diez regiones que los naturales llaman *Do*, que comprenden otras tantas provincias; bañado al Nor-Oeste por el mar nombrado del Japon, y separado al Sud-Oeste por un estrecho de la Peninsula de la Corea, tiene por confines al Nord-Este entre las Costas Rusas y las Japonas, al Canal de Uriez. Segun Adriano Balbi, su superficie es de 180 mil millas cuadradas; de que se sigue que no solo á la Italia sino á la Francia excede en extension de unas veintiseies mil millas. En cuanto á la naturaleza del suelo si bien aparece en si poco fecundo, con todo la laboriosidad é industria de los habitantes lo reduce á un útil cultivo; de manera que, si se quitan los bosques virgenes de que están cubiertas las montañas, todo lo demas se vé cultivado con el mayor esmero.

Meaco en otra vez era Ciudad capital de este Imperio, que ahora es Jeddo ó Yedo que los Chinos llaman *Chiang*, Ciudad inmensa atraviesa-

da por el rio Tonie en un plano muy hermoso de la Isla de Nifon á 475 leguas de Pekin. Algunos geógrafos le dan una poblacion como de dos millones de almas. Los Japones son creidos aborígenes por algunos, pero verdaderamente forman una mezcla de las razas Mogola y Malaya; en general son de estatura mediana, pero bien formados en su persona, activos y desenvueltos en sus maneras, de mucha robustez y demas que medianas carnes. Tienen ojos pequeños y hundidos, la cabeza larga, cejas pobladas, nariz achatada, mejillas aplanadas, negros y espesos los cabellos. Aunque muy semejantes á los chinos en sus trages y civilizacion, tienen no obstante ciertos modales enteramente diversos. Porque estiman mucho la amistad, son generosos, sóbrios, despreciadores de la vida y lleno, de tanto valor y orgullo que les parece que en la fuerza y sentimiento del propio honor consiste el principal móvil de todas sus acciones. Así es que voluntariamente morirían antes que sufrir la mas pequeña ofensa, de que se sigue que aunque gimiendo bajo un absoluto despotismo, conservan un espíritu de independecia tal, que frecuentemente inspiran respeto y consideracion al Gobierno reduciéndolo por tal motivo á usar de medidas suaves en sus disposiciones á pesar de su habitual arbitrariedad. En suma, una fisonomia franca, sencilla y resuelta se descubre á primera vista unida á cierta amabilidad en estos pueblos; los cuales, especialmente los nobles, tienen á tanta vileza morir á manos del verdugo, que casi siempre terminan la vida con el suicidio. Persuadidos de que para nada necesitan de ningun país del mundo, desprecian á los estrangeros vanagloriándose de no haber sido jamás dominados por ninguno.

Son ademas los Japones, gente de fina inteligencia y ardiente imaginacion, nacidos á propósito para las artes y las ciencias; de manera que bien podrá decirse no haberles negado nada la naturaleza para hacerlos una nacion culta y civilizada. Pero su situacion geográfica y su aversion á comunicar con otros países, fueron la causa de que no se propagasen en ellos los conocimientos humanos, agregándose lo que enseña la experiencia; que sin el beneficio de la verdadera Religion, no hay civilizacion cumplida en un pueblo, ni progreso sólido en el camino de la sabiduría. Con todo se nota en ellos demasiada industria, especialmente en fabricar las armas; ni se encuentran privados enteramente de las ciencias, deleitándose en cultivar las bellas artes, principalmente la Música, la Poesía

la Escultura. Estudian con bastante afecto la Astronomía, la Botánica, la Medicina y la Zoología, y escriben con mucha exactitud la historia de su país. Tienen grande veneracion por los cadáveres de sus difuntos, así es que en el aniversario del fallecimiento de las personas que les son queridas, se reunen todos con el gefe de la familia, y durante un espléndido banquete, llaman por su nombre en medio de música y cánticos á sus finados parientes, invitándoles á la comida. Y tampoco olvidan á los muertos de su nacion, por los cuales hacen fiesta anual con las mismas solemnidades, á la que llaman *Pon*. Encienden en ella cirios en cada una de las puertas de las casas, el pueblo todo sale de ellas á fin de ir á encontrar á sus difuntos; y llegados á un lugar donde creen hallarse rendidos los espíritus, los saludan, los cumplimentan y los invitan, á comer conservas y beber el té. En seguida colocan sobre los sepulcros grandes platos llenos de manjares delicados, retirándose á sus moradas á son de tambores, creyendo supersticiosamente que á media noche se levantan los muertos de sus tumbas á comer aquellos regalos, que son devorados en su lugar por los famélicos sacerdotes de los ídolos.

El régimen político en el Japon es monárquico absoluto; así es, que á solo el Emperador que se llama Kubo, corresponde dictar leyes y llevarlas á efecto; las que son severisimas y comunmente muy crueles, imponiendo la pena de muerte no solo á los reos de graves delitos, sino aun á los de leves, como el contrabando y todo género de hurto. Es terrible el modo de torturar á los reos para que confiesen su culpa, y mucho mas espantosa la manera con que aplican el último suplicio; crucificados, quemados vivos, cocidos en aceite hirviendo, descuartizados ó hechos pedazos, decapitados, ahorcados ó desventrados. Despues de lo cual, se permite por un uso muy bárbaro á la juventud despedazar á los cadáveres á golpes de espada como en ejercicio de esgrima. Nada decimos de las cárceles, sepulturas mejor dicho de esos infelices, horribles de verse así en el Japon como en los demas lugares donde la prision es pena y no custodia.

Entre todas las religiones que existen en este Imperio son dos las principales ó dominantes, la de Budda ó Budsdeo y de Sinto. Los señases de esta aunque cren un Ente Supremo, con todo son de opinion que él es tan grande que no se cuida de los débiles homenajes de los hombres ni de escuchar sus oraciones; por lo cual invocan como medianeras á algunas di-

vinidades inferiores para que intercedan por ellos ante el trono del mismo á quien llaman Ten-sio-dai-sin, esto es espíritu de la luz. Y aunque la inmortalidad del alma se admita en el culto de Sinto no por esto hay lugar para ellas en la otra vida: las buenas van al paraíso llamado Jacaa maca-vará, ó sea plataforma alta del cielo, donde se trasmutan en *Kamis*, es decir genios benéficos, adorados después como dioses en templos propios; las malas van al infierno, que llaman Neno-Kouniá esto es renio de las raíces. El Gefe de esta religion es el Dairi ó Chui-rei que tiene su residencia en Meaco con una espléndida corte de muchos millares de personas que se creen descendientes de sangre real. Es indecible el respecto que le profesan, tanto que al mismo Kubo no le es posible disminuir de ninguna manera su exterior dignidad. Se tiene á su persona por tan sagrada, que se reputa cosa indigna que su pié toque la tierra, ó la luz del sol le de en el rostro; de aquí es que ninguno de los objetos de que usa puede ser tocado por mano profana. Ni debe esto maravillarse; porque creen los japones que él descende del Dios Ten-sio-dai-sin, el que le manda un sucesor del cielo, siempre que no tiene hijos. Pero no obstante su divinidad, no hay desenfreno al que no se entregue este pretendido númen, y prado que no recorra libremente para recoger flores de súcios placeres. Y lo mismo obran los sacerdotes de Sinto, que son en gran número, muy ricos y poderosos.

El segundo culto del Japon es el Budda, llevado de la China el año 552 de Jesucristo, cuyos secuaces, aunque admiten en general la Metempsicosis, se dividen en ocho sectas, diversas unas de otras, siendo la mas singular de todas la de *jamma-bos* esto es, hombres que duermen en las montañas, que viven como anacoretas y á quienes el pueblo atribuye ciencia sobrenatural y el don de magia. Su vida se consume en peregrinar á los Santuarios de los montes, descalzos, pero con unos vestidos amplos con mangas larguísimas y un manto de gran dimension cuyas estremidades anudan á la espalda de un modo bastante ridículo. Pero en compendio las prácticas del Buddismo no son en su mayor parte sino las mismas extravagancias del Braamanismo; esto es, voluntarios sacrificios de una crueldad sin ejemplo y hasta el suicidio, que creen acto supremo de religion. Asi es, que unos se arrojan á las aguas ó á las llamas, ó se hacen despedazar por las ruedas de los carros á gloria de sus

dioses, y otros encaramados en una elevada roca, mueren allí de hambre, ó como los *yoghis* de la India, se condenan á las mas crueles austeridades. Fácil es por lo mismo de comprender que el Japon, está lleno de templos de esta secta que llaman *Zi*; siendo los mas hermosos el de Loko-Si en Meaco y el de Ixo en la montaña de Jessan dedicado al dios Ten-sio-dai-sin, riquísimo por sus magníficos adornos y sostenido por elegantes columnas de cedro, al cual deben peregrinar todos, excepto el Dairi, á lo menos una vez en su vida. Además de Budda, que solo se cuenta como un simple profeta, las divinidades adoradas por los buddistas del Japon son el dios Ancido, ó sea Xaca, representado bajo diversas formas; pero mas especialmente en la de hombre con cabeza de perro y un arco en las manos encima de un caballo de siete cabezas, y su hijo Camon, cuya estatua gigantesca que tiene veinte brazos armados de otras tantas flechas y algunas cabezas de niños grabadas en el pecho, esta colocada en campo raso en un portezuelo horrible y desierto cerca de Meaco.

La doctrina de Confucio tambien tiene secuaces en el Japon, ni faltan allí adoradores de los astros y especialmente del sol al que reconocen por suprema divinidad. Tampoco falta quienes tributen honores á las bestias mas feas y sucias y que quemem incienso á hombres deificados, aun vivos, lo que se ve especialmente en el Tíbet. Por último, los sacerdotes de los ídolos se distinguen en seculares y monges llamados Bonzos; y á estos solo se permite iniciarse y penetrar en los dogmas y misterios de la religion. Y apenas habrá en el mundo gente mas miserable y desenfrenada que ésta.

La primitiva historia del Japon, así como la de todos los pueblos antiguos, se pierde en la oscuridad de la fábula y en tiempos menos remotos se confunde con la de los chinos. Porque cuentan sus crónicas, que siete dioses ó espíritus celestiales, gobernaron uno después de otro la Monarquía del país, á quienes sucedieron cinco génius terrestres, de uno de los cuales, llamado el Grande espíritu de la luz, creen los japones que nació Zin-Mou, esto es el guerrero espiritual, fundador de la dinastía de los Dairis, conquistador de todo el Imperio al que agregó la parte septentrional ocupada mucho tiempo por los Zebis, pueblos aborígenes. Pero esas memorias del país están discordes con los anales de la China, en que se afirma que 1195 años antes de Cristo, los habitantes de las partes

orientales de la misma region, oprimidos por el Emperador Yon, intentaron sacudir el yugo, pero fracasando su empresa, se vieron en la necesidad de abandonar el Imperio celeste y emigrar á las islas vecinas del Japon, hasta que invadidas por Zin-Mou con un ejército de aventureros, se hizo dueño de todas ellas, titulándose primer Dairi de las mismas. Refieren además otro cuento indudablemente alegórico, y es que el Emperador Tsin-Chi-Houang-Ti habiendo mandado trescientas parejas de jóvenes de ambos sexos á la isla fabulosa de Fo-rai-soun en busca del néctar de la inmortalidad, despues de un dilatado viaje por diversos mares, en vez de encontrar el lugar que buscaban, llegaron al Japon el año 209 antes del nacimiento de Cristo y en él se avicindaron.

Pero sea lo que fuere, lo que parece cierto es, que verdaderamente un tal Zin-Mou fué el gefe y fundador de la Monarquia Japona, cuya descendencia se presume continúa hasta nuestros dias. Igualmente, aunque sea muy incierta la época de su origen, convienen todos en que debe fijarse al año 660, antes de la era vulgar. En cuanto al gobierno del Japon, primeramente fué teocrático, siendo gefe de la Religion así como del poder civil los Dairi, tenidos por tal motivo por el pueblo por dioses. Y ciertamente eran ellos entonces legisladores y patriarcas generales y pontífices; poder que conservaron hasta casi al fin del siglo duodécimo, cuando los descendientes de Zin-Mou, decayendo de sus severas costumbres, se vieron en la precision de fiar el mando de las tropas á capitanes seculares, quienes en el discurso de los años llegaron á ser otros tantos gefes de la Nacion. Y de aqui tal vez provino que el Imperio se dividiese en tantos y tan distintos reynos, enteramente independientes del Dairi hasta mas de la mitad del siglo XVI. Pero cuando y de que manera se desplegase el poder militar de este imperio, no es posible saberlo propiamente por su historia, aunque no cabe duda, que en cuanto á las muchas y sangrientas guerras civiles, de que fué teatro especialmente en 1195 por la familia de Feike, domada despues por el constante valor de Yoritomo, desde el siglo XIII habia adquirido gran renombre y hecho temible á los pueblos mas agueridos del Asia. Así es que ninguno llegó jamás á dominarlo, aunque lo intentaron fuertes y poderosos enemigos, entre los que merece especial mención el terrible Kublai, que héchose señor de casi toda la china con el nombre de Chi-Teou intentó su conquista en 1267; porque su flota, poderosa

en mas de cien mil soldados, despues de haber sufrido horrorosas borrascas, ni aun pudo abordar á las riberas del país, y aprovechándose los Japones del deplorable estado á que estaba reducida la armada, se lanzaron ardientemente contra los navios, haciendo horrible matanza en los soldados y tomando prisioneros á cuantos mogoles y chinos les fué posible.

Y si bien á la mitad del siglo XIII el célebre franciscano P. Guillermo Rubriquis, habiendo llegado á Tartaria fue el primero de todos en dar algunas noticias del Japon, y mas tarde el ilustre viagero Marco Polo Veneciano, sin embargo, el descubrimiento de estas islas, pertenece á los portugeces del modo que vamos á decir. En 1542 cuando Martin Alfonso de Sousa gobernaba como virey las Indias Orientales, de sus costas salieron tres mercaderes portugeses con intencion de darse á la vela hácia la China. Pero llegados á alta mar, fueron sorprendidos por terribles tempestades, y arrebatados á diversos partes por muchos dias, por los vientos, vierónse obligados al fin á anclar en las costas de algunas islas desconocidas. Eran estas las del reino de Bungo en el Japon. Los mere aderes fueron Antonio de Nota, Francisco Zeimoto y Antonio Peixota, quienes encantados de la belleza y fecundidad del país, olvidaron muy pronto á la China y con el permiso del príncipe de Omura se establecieron en Agasachi, ciudad que muy pronto llegó á ser centro de un floridísimo comercio. Son indecibles las inmensas ventajas que resultaron á los portugeses de semejante descubrimiento. Especialmente los de Malacca, sacaron de él grandes provechos; porque testigos de la abundancia del país, en oro, plata y otras cosas preciosas, promovieron una embajada que consiguió establecer relaciones comerciales con los habitantes de Nagasachi figando su morada en una misma ciudad.

Fácil era preveer que abierto así el Japon al comercio del mundo, no tardaria en establecerse allí el cristianismo, voto el mas ardiente de todos los misioneros católicos que en esa época habia en el mundo. En efecto, habiendo algunos comerciantes hablado así á los indígenas como al Príncipe de Omura de la Religion de Cristo, comprendieron que no estaban muy distantes de favorecerla. Estas buenas dispociones se habian comunicado al rey de Saxuma, cuando el gloriosísimo Apóstol de las Indias Orientales, San Francisco Javier de la Compañia de Jesus, arrebatado del vivísimo deseo del verdadero bien de aquellos miserables

pueblos, abordó á 15 de Agosto de 1549 á Congoxima, ciudad dependiente del mencionado Príncipe, con tres Japones que habia convertido en Goa y con su llegada llovió la bendicion del cielo sobre esas infelices gentes, que por tantos siglos gemian en la sombra de la muerte en condiciones de vida poco menos que brutos. El santo fué muy bien recibido del rey de Sacxuma, al grado de facultársele á predicar públicamente el santo Evangelio en todos sus dominios, donde fué grande el número de fieles que redujo al rebaño de Cristo. Y aun mas se prometia, cuando á la rabia feroz de los Bonzos, se agregó otra ocurrencia que puso en gran peligro á aquella nascente cristiandad. Porque habiendo los portugueses trasportado un año despues su comercio de Nagasachi á la isla de Firando, esto causó una grande irritacion en el ánimo del de rey Sacxuma que sacaba sumas ventajosas de él; y aprovechando estas circunstancias los Bonzos, no les fué difícil azuzar la plebe contra el Santo y retirarle la proteccion del rey lo que veian con envidia. Y lo consiguieron en efecto, porque el Rey á mas de prohibirle predicar el Evangelio, mandó que sus súbditos abjurasen al momento la Religion Cristiana ó salieran de sus Estados. Pero todo fué en vano: los nuevos cristianos opusieron tambien á sus amenazas una firmeza tal, que confundió á aquel Príncipe, á quien redujo el Santo Apóstol muy pronto á unas medidas mas suaves, conciliándolo tan perfectamente con sus súbditos, que poco faltó para que él mismo abrazara la Religion de Cristo. Terminada tan felizmente esa breve persecucion partió San Francisco Xavier para Firando con varios portugueses, donde en virtud de sus predicaciones alcanzó la fé mas rápidos progresos que habia obtenido en Cangoxima. De Firando se dirigió despues en 1591 á Meaco; pero las discordias que tenian alarmada allí á la Ciudad y Corte del Dairi, impidieron que fuese escuchado. Ni fué mejor recibido en Amagunchi, ciudad rica y corrompida, capital del reyno de Naugato, de donde despues de inútiles esfuerzos se retiró llorando en su corazon la miseria y cegüedad de aquella gente. Pero dando la vuelta muy pronto, encontró mejor dispuestos los ánimos para oír la palabra de Dios, y fué grande el número de gentiles que se convirtieron á Cristo. El mismo Rey de Naugato de tal suerte fué tocado de las predicaciones del Santo Apóstol, que, suscitándosele gravísimas dudas sobre la verdad de su Religion, obligó á los Bonzos á disputar

acerca de ella con el Santo, y como era de esperarse, quedaron confusos y avergonzados y aun algunos se convirtieron. El mismo Rey lo habria sido á no haber estado dominado de sus inveteradas y nefandas pasiones; pero el fruto de aquellas predicaciones fué tan grande en el pueblo, que de todas partes acudia á sus piés á recibir el Bautismo. Así es, que pareciéndole firmemente cimentado allí el edificio de la Fé, se partió del Japon sumamente alegre por tan bellas esperanzas dirigiéndose á las Indias, donde lo llamaban las necesidades espirituales de aquella cristiandad. Mas no por esto olvidó la mision del Japon, sino que tan luego como llegó á Goa, mandó sin tardanza á tres de sus mas ilustres compañeros á que continuasen la predicacion, velando de esta suerte sobre aquella nueva Iglesia, fruto de sus sudores apóstolicos. Y en efecto, el Evangelio continuó difundiéndose ámpliamente en la mayor parte de ese vasto imperio, recibiendo el Bautismo los mismos Reyes de Naugato y de Omura, de Bungo y de Arima contribuyendo así con su propio ejemplo á la conversion de gran número de infieles, los que pasando ya de doscientos mil, los misioneros indujeron á los mencionados Monarcas á mandar una embajada al Papa Gregorio XIII á fin de protestarle entera obediencia y devota sumision de hijos.

Los embajadores japones, en todo el tiempo de su detencion en Roma, quedaron como fuera de sí de admiracion, no solo por el honorífico recibimiento del Supremo Gefe de la Cristiandad, sino mucho mas por la elevada magestad de la Iglesia que tuvieron ocasion de observar en todo el esplendor del culto divino, porque como orgullosos estimadores de su patria, se esperaban poca magnificencia en el Occidente, que reputaban tierra muy pobre y miserable. Así es, que á su vuelta al Japon, tan grande como fué el júbilo de los cristianos al volverlos á ver, inmenso fué el asombro de los gentiles al oírles contar las estupendas grandezas de Roma Pontificia y de la encantadora belleza de la Italia. Excitada por lo mismo una profunda conmocion en el pueblo, todos á porfia ocurrían á preguntarles y á escuchar de su propia boca las cosas maravillosas que habian visto en las lejanas tierras visitadas, y recibir testimonios seguros de la prosperidad y riqueza de los Europeos que hasta entonces no tenían en ninguna estimacion. Ni es fácil decir todo lo que ganara la fé en esas relaciones, especialmente cuando los mismos embajadores, hijos

ó con sanguíneos de Reyes, fueron vistos entregarse ardentemente al cultivo de la vida del Señor. Y tal vez habria llegado el cristianismo á un estado de prosperidad é incremento maravillosos en todo ese imperio, á no ser porque despues de la partida de los embajadores á Roma se hubiese trasformado casi toda por una terrible, ó mejor dicho, sangrienta revolucion. De esta pues nos es indispensable hablar, no tanto por lo que se refiere á la historia del Japon, quanto porque nos abre la puerta para contar la suerte futura de la Cristiandad en esas remotisimas regiones.

UNIVERSIDAD
VERITATIS
CAPITULO II.

EL EMPERADOR TAICOSAMA Y LAS ISLAS FILIPINAS.

Recordará el lector que los capitanes de guerra en el Japon, habian llegado á ser con el discurso del tiempo, sumamente poderosos hasta sobreponerse á los Emperadores llamados Dairi; los cuales, como debia preverse, despojados al fin de toda autoridad civil, solo quedaron de gefes de la Religion. Sin embargo, los Kubi que así se llamaban los gefes militares, llegados al poder y arrastrados cada cual por la ambicion de reynar, se hicieron por muchos años terrible guerra, ya á uno ya á otro que subian al Gobierno del Imperio, y cayendo al fin casi todos muertos por mano de sus émulos, siendo el último de ellos el Emperador Nobunanga, que dejó de heredero del trono á su hijo menor Jonoschedono. Las cosas parecian algo tranquilas, cuando un tal Faxiba, llamado despues Taicosama, hombre nacido de vilisimos, padres en el Reino de Ovari, y solo á fuerza de una refinada malicia, elevado al grado supremo de generalisimo del ejército desde la época en que dominaban los Dairi, por el año de 1582, se propuso conquistar el Imperio, intentando si era posible, hacerse prestar juramento de obediencia de todos los reyes que entonces hubiera en el Japon, para cerrar así el camino del trono al jovencito Jonoschedono. Pero teniendo al principio oculta en su corazon su pérvida ambicion, y declarándose mas bien en apariencia tutor del pupilo, le condujo ante los

grandes del reyno protestando que así como muchas veces habia combatido contra los enemigos del Emperador Nobunanga, defenderia en lo sucesivo con la espada los derechos de su pequeño hijo, hasta que llegase á la edad de poder gobernar por si mismo sus estados. Faxiba ya era de mucho renombre en todo el Japon, por la destreza de que habia dado pruebas en el manejo de gravísimos negocios, y disfrutaba de grande estimacion en el ejército por sus pasadas empresas guerreras; de lo que resultó que seducidos todos por la franqueza de sus palabras, lo proclamaron tutor del niño, considerándolo generalmente como el único capaz de regir con acierto y sostener el vacilante trono de los Kubi, y jurándole obediencia cual si fuese el mismo Emperador Nobunanga. Por algun tiempo continuó fingiendo Faxiba, y aun con las armas redujo á su deber á alguno de los Reyes que se sospechaba pretendian usurpar los derechos del jovencito Jonoschedono; pero quitándose la máscara y puesto á la cabeza de un poderoso ejército, lo condujo á Meaco donde dejado el nombre de Quabacundono se hizo proclamar Emperador absoluto por sus complicés que eran muchos y poderosos. Recorriendo en seguida como un rayo el Japon, ya con amenazas y ya con el terror, logró que todos los reyes del Imperio, cuyo número pasaba de sesenta, lo reconocieran por su Señor y últimamente pusiesen el supremo poder entre sus manos.

Pero á pesar de que Taicosama habia usurpado tan inicuaente el Imperio, al principio, ó por respeto á la nueva Religion, ó lo que parece mas creible, por el deseo de captarse la voluntad de todos, nada emprendió contra el nombre Cristiano. Antes bien, por mas de cinco años lo favoreció en gran manera, elevando á los cristiano á los mas altos officios del Estado y concediendo no pocos privilegios á los misioneros, los cuales apaciguada la tempestad política que habia agitado al pais, pudieron volver de nuevo á la predicacion del Evangelio con suma ventaja de la Fé de Jesucristo. Pero los favores que conceden los tiranos siempre son mudables y transitorios; así es que un motivo bien leve bastó para encender la ira de Taicosama contra los adoradores de la Cruz. Habiendo sabido una vez que habia abordado un navío portugues á Firando tuvo la ocurrencia de quererlo ver desde su palacio, á cuyo fin instó á los misioneros que satisfaciesen su capricho: los que no pudiendo contentarle, se irritó Taicosama grandemente como de una grave desobediencia, y se

ó con sanguíneos de Reyes, fueron vistos entregarse ardentemente al cultivo de la vida del Señor. Y tal vez habria llegado el cristianismo á un estado de prosperidad é incremento maravillosos en todo ese imperio, á no ser porque despues de la partida de los embajadores á Roma se hubiese trasformado casi toda por una terrible, ó mejor dicho, sangrienta revolucion. De esta pues nos es indispensable hablar, no tanto por lo que se refiere á la historia del Japon, quanto porque nos abre la puerta para contar la suerte futura de la Cristiandad en esas remotisimas regiones.

UNIVERSIDAD
VERITATIS
CAPITULO II.

EL EMPERADOR TAICOSAMA Y LAS ISLAS FILIPINAS.

Recordará el lector que los capitanes de guerra en el Japon, habian llegado á ser con el discurso del tiempo, sumamente poderosos hasta sobreponerse á los Emperadores llamados Dairi; los cuales, como debia preverse, despojados al fin de toda autoridad civil, solo quedaron de gefes de la Religion. Sin embargo, los Kubi que así se llamaban los gefes militares, llegados al poder y arrastrados cada cual por la ambicion de reynar, se hicieron por muchos años terrible guerra, ya á uno ya á otro que subian al Gobierno del Imperio, y cayendo al fin casi todos muertos por mano de sus émulos, siendo el último de ellos el Emperador Nobunanga, que dejó de heredero del trono á su hijo menor Jonoschedono. Las cosas parecian algo tranquilas, cuando un tal Faxiba, llamado despues Taicosama, hombre nacido de vilísimos padres en el Reino de Ovari, y solo á fuerza de una refinada malicia, elevado al grado supremo de generalísimo del ejército desde la época en que dominaban los Dairi, por el año de 1582, se propuso conquistar el Imperio, intentando si era posible, hacerse prestar juramento de obediencia de todos los reyes que entonces hubiera en el Japon, para cerrar así el camino del trono al jovencito Jonoschedono. Pero teniendo al principio oculta en su corazon su pérfida ambicion, y declarándose mas bien en apariencia tutor del pupilo, le condujo ante los

grandes del reyno protestando que así como muchas veces habia combatido contra los enemigos del Emperador Nobunanga, defenderia en lo sucesivo con la espada los derechos de su pequeño hijo, hasta que llegase á la edad de poder gobernar por si mismo sus estados. Faxiba ya era de mucho renombre en todo el Japon, por la destreza de que habia dado pruebas en el manejo de gravísimos negocios, y disfrutaba de grande estimacion en el ejército por sus pasadas empresas guerreras; de lo que resultó que seducidos todos por la franqueza de sus palabras, lo proclamaron tutor del niño, considerándolo generalmente como el único capaz de regir con acierto y sostener el vacilante trono de los Kubi, y jurándole obediencia cual si fuese el mismo Emperador Nobunanga. Por algun tiempo continuó fingiendo Faxiba, y aun con las armas redujo á su deber á alguno de los Reyes que se sospechaba pretendian usurpar los derechos del jovencito Jonoschedono; pero quitándose la máscara y puesto á la cabeza de un poderoso ejército, lo condujo á Meaco donde dejado el nombre de Quabacundono se hizo proclamar Emperador absoluto por sus complicés que eran muchos y poderosos. Recorriendo en seguida como un rayo el Japon, ya con amenazas y ya con el terror, logró que todos los reyes del Imperio, cuyo número pasaba de sesenta, lo reconocieran por su Señor y últimamente pusiesen el supremo poder entre sus manos.

Pero á pesar de que Taicosama habia usurpado tan inicuaente el Imperio, al principio, ó por respeto á la nueva Religion, ó lo que parece mas creible, por el deseo de captarse la voluntad de todos, nada emprendió contra el nombre Cristiano. Antes bien, por mas de cinco años lo favoreció en gran manera, elevando á los cristiano á los mas altos officios del Estado y concediendo no pocos privilegios á los misioneros, los cuales apaciguada la tempestad política que habia agitado al pais, pudieron volver de nuevo á la predicacion del Evangelio con suma ventaja de la Fé de Jesucristo. Pero los favores que conceden los tiranos siempre son mudables y transitorios; así es que un motivo bien leve bastó para encender la ira de Taicosama contra los adoradores de la Cruz. Habiendo sabido una vez que habia abordado un navío portugues á Firando tuvo la ocurrencia de quererlo ver desde su palacio, á cuyo fin instó á los misioneros que satisfaciesen su capricho: los que no pudiendo contentarle, se irritó Taicosama grandemente como de una grave desobediencia, y se

decidió á lanzarlos del Japon junto con los cristianos que no tubiesen el valor de renegar de Jesucristo. Con todo, tal vez la ira del tirano se habria calmado si un tal Jacuino, hombre impío y muy deshonesto y que de tiempo atrás pertenecía á la infernal secta de los Bonzos, no lo hubiese instigado diciendole: que los doctores cristianos despreciaban las leyes del país, y enseñaban á sus súbditos la desobediencia á las autoridades, el desprecio á las creencias patrias, infundiéndoles un profundo odio á los dioses inmortales del Imperio; de manera que jamás tendria paz, sin el estérmino de los cristianos especialmente de sus maestros, venidos al Japon á maldecir á sus dioses y destruir sus altares.

A estas y semejantes insinuaciones pérfidas de Jacuino, no puede decirse cuan irritado quedó el Emperador Quabacundono, quien ardiendo de rabia expidió un feroz bando, para que dentro de veinte dias saliese de su reino los misioneros todos de la compañía de Jesus exparecidos en el Japon, y conduciéndoseles á Firando, al momento se les reembarcase á las Indias de donde habian venido. Además, hizo notificar á los portugueses, que si en lo sucesivo querian abordar á los puertos del Japon á comerciar, se abstuviesen para siempre de conducir allí á esos hombres tan funestos á su reino. Y dado este decreto, repartió entre los capitanes del ejército las casas y bienes de los misioneros, autorizando á los soldados á saquear las Iglesias de los cristianos, que en efecto fueron derribadas en número de mas de veinte, que con sumos sudores se haian levantado al culto del verdadero Dios, y para satisfacer la ira feroz del tirano sus secuaces adoradores las arrazaron hasta los cimientos. Los pobres cristianos, temiendo á vista de aquel destrozo de sus templos, que las asechanzas de los Bonzos no encendiesen mas en su contra el rabioso furor del Emperador, se escondieron en los montes y cuevas firmes en su corazon de morir primero que renegar de Jesucristo. Los misioneros, aun tras pasados de dolor no decayeron de animo y antes bien, consiguieron permanecer todavia otros tres meses en el Japon, á fin de arreglar sus cosas, y pasado aquel tiempo se partieron á las Indias con esepeion de algunos pocos que permanecieron escondidos para el consuelo y auxilio espiritual de aquella desolada cristiandad. Esto pasó en el año de gracia de 1587, durando tan miserable estado de peligros y persecuciones para la Iglesia Japona hasta el de 1590, cabalmente cuando el espíritu

inquieta de Taicosama intentó otras nuevas conquistas. ¿Y quién habria creído jamas que en los inescrutables consejos de la Providencia se habia elegido puntualmente esta circunstancia para restaurar en el Japon la Iglesia de Jesucristo?

Existe al frente del Asia un vastísimo archipiélago bañado al Este por el Grande Oceano Equinocial, al Sur por el Mar de Célibe, al Sud Oeste por el de Mindor y al norte por el Chino, y formado de mas de cien islas, siendo la principal la de Luzon, donde está Manila. Estas islas colocadas en la Zona Tórrida convidan á gozar con su prodigiosa fertilidad, del mas delicioso clima del mundo.

Habiendo sido descubiertas por Fernando Magallanes en Diciembre de 1519, y despues por el español Villallabod, éste al abordar á ellas, la tituló Filipinas por el nombre de su rey Felipe II. conquistólas despues el capitán López de Lagápsi por el año de 1570. Entre todos los misioneros católicos fueron los primeros en anunciar allí el Santo nombre de Cristo, los Franciscanos de la observancia que llaman descalzos, los que siempre se han mantenido en el país y hasta nuestros dias tienen una floridísima mision. Por este tiempo el Emperador Taicosama, ambicionando mas vastos dominios, pensó hacia el año de 1590 en la conquista de estas islas, pretendiendo que le jurase obediencia Gomez Perez de Marina que con el cargo de Virey las gobernaba á nombre de la corona de España. Mas para tener algun pretexto para la guerra, despachó á Manila un embajador llamado Faranda con dos cartas al Virey, la primera de las cuales decia así.

“Aunque en los pasados tiempos fui un hombre bien pequeño y de ninguna nombradía, me tocó sin embargo en suerte sojuzgar esta redondez de la tierra que está bajo del cielo y hacer que todos los hombres sean mis vasallos, y hablando con verdad, con muchas ventajas tuyas. Porque á aquellos que me obedecen les he dado paz y descanso para pasar su vida sin niugun temor del mundo. ¡Mas ay de los que se resisten á prestarme obediencia! Al momento mando en su contra generales y ejércitos que lo sujeten á mi dominio, como cabalmente á pasado al Rey de la Corea, á quien solo por no haberme querido reconocer por su alto Señor, he quitado por la fuerza sus tierras hasta el país que confina con Lyanton. Pero admírese la Providencia de Dios: estos reinos que estaban antes en con-

“tina guerra, entre sí se despedazaban á porfía y jamás disfrutaban de paz, pero ahora gracias á la sabiduría de mis leyes se ha restablecido entre ellos una perfecta armonía, hasta el grado que sujetos á mi gobierno viven tranquilos y contentos; y á decir verdad yo los amo con tanta ternura como una madre ama á sus hijuelos. Ahora bien, debes saber igualmente, que yo no soy como todos los demás reyes del mundo, es decir, muy ambicioso de ganar mucho, sino que esta carta que te mando te sirva de aviso, remitiendo al instante su contenido al Rey de Castilla añadiéndole, que triste de aquel que me causa molestia. Por cierto que no podra escapar de mis manos, Te mando de regalo esa espada llamada Guikocaum: escribe presto y sin tardanza á tu Rey”

Esta carta servia como de prólogo á la siguiente.

“Hace mil años que el Japon dejó de ser gobernado por un solo Señor, y desde entónces estaba dividido entre muchos, en cuyo tiempo fueron tantas las guerras, que no se podia mandar con seguridad una carta de un lugar á otro; hasta que plugo el Señor del Cielo que en mis dias se redujese á unidad el Gobierno y que todo lo sometiese yo á mi cetro. Y de tal manera ha sido Dios benigno, que en diez años jamás he salido á campaña sin quedar gloriosamente vencedor. Así he vencido y sojuzgado la Isla de Lokio que rehusaba obedecerme, lo mismo pasó al Rey-no de Corea, y hasta de las Indias se me han enviado embajadas. Ahora pienso sujetar á mi obediencia á la gran China, y estoy persuadido que lo conseguiré, habiéndomelo Dios prometido por solo su bondad y no porque en mí haya algunos méritos. Por eso me causa grande asombro, que esa Isla de Luzon no me haya mandado embajadores y ni aun siquiera un navio. Hablando con verdad, yo estaba resuelto en vez de marchar á la China á ir con mi ejército á Manila; y te aseguro que lo habria llevado á efecto, si Faranda no me hubiera disuadido diciéndome: que sus moradores tratan bien y acarician á los Japones mis súbditos. No lo hice tampoco, porque preguntándole á Faranda si era amigo mio el Gobernador de esa Isla, me respondió que si, y que me mandaria una embajada con solo que le mandase una carta. Piensa pues, que si acaso no es así, soy tan fuerte y poderoso, que sin moverme del trono, con solo mi gente soy dueño de sujetar cualquiera reyno ó imperio. Dentro de dos meses por tanto, estaré en el Puerto de Nangoya donde ten-

“go un gran ejército, y allí aguardaré la embajada de esa Isla, la que si recibiere, mi bandera será arriada en señal de paz y amistad; pero de lo contrario, la izaré haciendo al momento mover mis tropas á esa Isla de Luzon, que tendrá que arrepentirse grandemente de haberme disgustado. Porque por solo el deseo de ser tu amigo, te mando esta embajada en el año décimo de Vizeo, en la luna undécima.”

Cuan confuso y atemorizado quedára el Gobernador de las Filipinas al leer la carta tan soberbia y enteramente nueva é inesperada del Emperador Taicosama, mas fácil es de concebir que de decirlo de palabra. Porque si por una parte lo espantaba el poder y audacia del Monarca Japon, dudaba por otra que no fuese tal vez algun engaño de Faranda ó Faxgüava como otros le llamaban hombre abyecto y enteramente indigno de ejercer el empleo de enviado de un Señor tan poderoso. Sin embargo, fué tratado con bastante cortesanía y agrado por el Virrey quien consultados los mas respetables personajes de Manila á fin de descubrir la verdad de las cosas, se determinó á retenerlo á su lado y despachar entretanto al P. Juan Cobos dominico, en calidad de su embajador al Emperador del Japon con una carta fecha de 29 de Junio de 1592, que decia así:

“Gómez Perez de Marina, Caballero de la orden de Santiago, Gobernador y Capitan General de estas Islas por el rey nuestro Señor Felipe II, Monarca de Castilla y de Leon ect: al muy alto y poderoso Príncipe Taicosama, Quavacundono, Emperador, despues de saludarlo con la debida cortesía, deseándole salud y felicidad, le espone; Que habiendo arribado aquí Faranda, Cristiano Japon tu vasallo, tuve noticias por él de tu real persona, que me causaron mucho placer, porque siendo tu tan gran Señor y de tanto renombre, por el valor y prudencia de que Dios te ha dotado, no pude menos que quedar altamente aficionado á tu persona. Este hombre me entregó dos cartas, que si bien parecen tuyas así por la forma del escrito como por la belleza y gravedad del estilo, con todo, no habiéndome parecido en su aspecto digno de representar tu elevada persona desempeñando un cargo de tanta importancia, he dudado que no haya en esto algun engaño; por ejemplo que la haya escrito él mismo sin tu conocimiento, movido á hacerlo por algun fin particular suyo, ó para ser aquí mas estimado y temido de lo que se mere-

"ce. Dudo del valor de estos documentos, porque careciendo de un
 "fiel intérprete, que sepa leer el idioma Japon y el español, he tenido
 "necesidad de que me manifieste su concepto el mismo Faranda. Porque
 "me parece, que si el Rey del Japon me hubiese verdaderamente escrito
 "de su mano, se habria servido de alguno de los muchos españoles que en
 "su reyno residen para enviarme por su medio un compendio de su carta
 "en mi idioma. Por lo qual, temiendo yo como he dicho, alguna traición
 "de parte de este hombre, he juzgado convenientemente mantenerlo á
 "mi lado, hasta averiguar la verdad y saber lo que propiamente manda
 "y quiere de mí el Rey del Japon. Espero que me lo harás saber por
 "medio del P. Juan Cobos, persona de importancia y muy instruida en
 "los negocios de mi estado, al que te envío en clase de embajador, no
 "solo con objeto de saludarte, sino tambien para responder á la carta
 "traída por Faranda, si acaso es tuya: la contestacion es esta: En pri-
 "mer lugar, beso tus reales manos, asegurándote primero, que soy y seré
 "tu sicero amigo, y que á nombre de mi Señor y Rey, que es el mayor
 "Monarca del mundo, alegrándome siempre de tu felicidad, y entriste-
 "ciéndome de cualquier mal que te pudiese sobrevenir, de que te libre el
 "Cielo. Pero sabe, que si á nombre de mi Rey yo deseo y aprecio tu
 "amistad por la buena acogida que haces á los españoles que de éstas
 "Islas pasan á comerciar al Japon, así tambien tu debes desear la nues-
 "tra, por las muchas cortesías que de nosotros reciben los Japones, que
 "por el mismo motivo del comercio se dirigen á las Filipinas. Por lo de-
 "mas, suponiendo verdadera la embajada de Faranda, yo te correspon-
 "deré lo mejor que me sea posible y como es debido á tan alto Señor;
 "pero al mismo tiempo te declaro solemnemente, que en lo mas mínimo
 "estoy dispuesto á separarme de lo que me ordena mi agusto Señor y
 "Rey á quien solo he jurado obediencia. Ultimamente, así como me has
 "mandado en regalo una espada, que sumamente he estimado, yo quisie-
 "ra que me viniesen de España algunas cosas curiosas con que corres-
 "ponderte; pero no habiendo tiempo de hacerlo y sabiendo por otra parte,
 "que las armas son las cosas mas apreciables á los soldados, te remito
 "doce espadas y otros tantos puñales, que te ruego recibas amorosamen-
 "te de mano del portador de esta carta, mi verdadero y único represen-
 "tante de quien podrás tomar otras noticias respecto de mi persona. La

"escribo en Manila á 29 del mes de Junio del año de Nuestro Señor Je-
 "sucristo 1592."

Habiéndose partido de Manila con esta carta el P. Juan Cobos al
 principio de Julio del mismo año, llegó despues de un feliz viage al puer-
 to de la Isla Saxuma; de donde se dirigió por Naugoya á la de Figen,
 en la que Taicosama habia poco antes fijado su corte por ser una ciudad
 muy fuerte y con un puerto grande y seguro. Y llegado allá, fué á po-
 co introducido á la presencia del emperador, á quien hechos los acostum-
 brados cumplimientos de parte del rey de las Filipinas, entregó la carta-
 y el regalo que para él llevaba de Manila. Taicosama los recibió con
 semblante risueño, y leida la carta de Gomez Perez de Marina manifestó
 tambien mucha complacencia. Y escrita la respuesta y entregada al
 P. Juan Cobos, lo despidió sin otra cosa mas, muy honrado á las Fili-
 pinas en compañía de Faranda Khiemon, hombre inteligente y honrado,
 amo del otro Faranda que habia quedado en Manila, con el objeto de
 que por su medio se afirmase la paz entre el Japon y la Isla de Luzon. Ha-
 biendo partido los dos Embajadores y llegados al puerto muy contentos
 por el buen resultado de la expedición, se resolvieron á no embarcarse
 ambos en una misma Nave, sino separadamente en dos; á fin de que si
 por una desgracia pereziese alguna, pudiese á lo menos llegar uno de
 ellos en la otra á Manila. Y así se hizo y aun el venerable P. Juan
 Cobos, para llevar pronto consuelo al Virey de las Filipinas y reanimar
 los ánimos abatidos de los Manilos (que dejó bastante asustados por las
 amenazas de Taicosama) se hizo á la vela un dia antes que su compa-
 ñero Faranda Khiemon. Pero ¡Oh inescrutables juicios de Dios! acaso
 de esto provino la muerte de ese hombre respetable, que privó á la Igle-
 sia de Jesucristo de un ilustre é intrépido defensor y que causó llanto á una
 ciudad entera. Porque Fray Juan, habiendo salido del puerto antes de
 tiempo, llegado á alta mar, experimentó tan terrible tempestad por los
 vientos contrarios, que al fin sumergieron la Nave en que viajaba el hom-
 bre de Dios. Y esto solo nos cuentan los historiadores sobre el naufra-
 gio del P. Juan Cobos, brillante gloria de la orden de Santo Domingo,
 aunque no faltan otros escritores antiguos que aseguran, que arrebatada
 la Nave en contrarias direcciones largo espacio de tiempo, por la vioien-
 cia de las olas, habia encallado en los peñascos de la Isla Formosa, situa-

da en el grande Océano á igual distancia de las Filipinas y del Japon, de donde si alguno pudo saltar á tierra fué muerto por los naturales, hombres feroces y salvages.

Pero sea de esto lo que fuere, nosotros admiramos la mano de la Providencia en haber dispuesto que el P. Cobos antes de su partida diera cópia de la respuesta de Taicosama á Faranda Khiemon, el que quiso Dios que llegara felizmente á Manila en Abril de 1593, pero sin saber nada de la mala suerte de su compañero. Lo esperó pues por algunos dias en el puerto hasta que no viéndolo llegar y temiendo hubiese perecido por un naufragio, entró en la ciudad, y dirigiéndose al gobernador y saludándole á nombre de Taicosama, se dió á reconocer por Embajador del Japon, manifestando sus sospechas sobre lo acaecido á su compañero Juan Cobos. Al principio no quiso dar crédito Gomez Perez de Marina á la relacion de Faranda Khiemon, y acaso temió una asechanza de Taicosama, á quien conocia por hombre de mala fé y al mismo tiempo de audacia y ferocidad como lo són los tiranos. Pero viendo despues la carta de éste y reconocida la firma del venerable Padre y averiguada en fin la noticia de su muerte (que lo llenó de profunda tristeza así como á los religiosos sus hermanos y á toda la ciudad), formó una junta de los principales ciudadanos, comunicándoles la carta venida del Japon. Pero muy pronto las esperanzas que cada uno habia nutrido en su corazon llegaron á desaparecer; porque de la carta de Taicosama no se podia colegir perfectamente qual era su voluntad. Porque si bien decia que queria vivir en amistad con la España, en paz con Manila, y que deseaba que de una y otra parte hubiera libre comercio; sin embargo, sus palabras antes manifestaban mando que deseo de que todo esto se obtuviese, en atencion á que en la cópia de aquella carta llevada por Faranda Khiemon á Manila para nada dejaba ver el Emperador Taicosama con qué condiciones y garantías solicitaba la alianza de la España y de las Islas Filipinas. Agréguese á ésto, que la muerte del P. Juan Cobos, dominico de cualquier modo que hubiera acontecido, valorizaba no en poco el turba, de ánimo del gobernador la duda, de que en verdad se ocultase allí algun engaño de Taicosama, decidido á caer mas ó menos pronto sobre Manila, apoderándose de ella por la fuerza como lo habia hecho con otros reinos. Apesar de estas reflexiones, no dió á conocer sus temores á

Faranda Khiemon, sino antes bien, le hizo preciosos regalos, le colmó de honores y le dió por habitacion uno de los mejores palacios de la ciudad. Y para manifestarle que de ninguna manera temia las amenazas de sus Señor, comenzó á preparar la defensa de la Isla, dando órden á la tropa de la guarnicion de estar pronta á resistir cualquier asalto enemigo por honra del nombre español y de su bandera. Mas estas eran exterioridades y nada mas, y los Manilos, lejos de tomar de ellas motivo de confianza, mas bien quedaban aterrorizados. Y con razon; porque era muy poderoso Taicosama Quabacundono, y la ciudad no tan fuerte y provista de lo necesario para resistir un largo asedio si desgraciadamente se intentase. Así es, que se determinó por último despachar nueva Embajada al Japon; y ya los ciudadanos de Manila pensaban en la persona que elegirian al efecto, cuando Faranda Khiemon pasó al gobernador la siguiente comunicacion:

“Yo, Faranda, Khiemon Embajador de las Islas y Reinos del Japon, te hago saber, que aunque hay en estos, muchos que han abrazado la Religion Cristiana sin embargo, no se ha propagado más, por falta de ministros y sacerdotes que la predicán. Y tengo igualmente por cierto que seria muy del agrado de mi Rey y Señor Quabacundono Taicosama, se le mandasen algunos Religiosos de aquí con tal que sean de la órden de San Francisco; porque se tendrá por cosa enteramente nueva y admirable verse allí á unos hombres tan estremadamente pobres y adornados de tanta pureza de vida. Así es que el Rey por amor y todos los Japones en virtud del desprecio en que tienen las cosas de este mundo, no podrán menos que recibirlos con sumo respeto y veneracion. Ruego pues á Vuestra Alteza me conceda que algunos Franciscanos vayan conmigo al Japon, prometiendo solemnemente á nombre de mi Rey que serán bien recibidos y no sufrirán molestia de ninguna especie. Y suponiendo que tal expedicion no surta el efecto que ardientemente deseo, prometo de toda la manera posible devolverlos sanos y salvos tan luego como se concluya la Embajada”.

CAPITULO III.

LOS CRISTIANOS DEL JAPON Y LOS FRANCISCANOS.

Bien que la carta de Faranda Khiemon se hubiese escrito con toda sinceridad, por lo pronto no se dió gran fé á sus palabras. Y no ciertamente porque se dejase de creer muy propios para llevar á buen termino semejante empresa á los Franciscanos que podia para llevar consigo al Japon, siendo como eran varones de mucha nombradía y sumamente estimados en todas las Islas Filipinas, ya por la santidad de su vida y su conocida instruccion, ya por las muchas pruebas que habian dado de su valor; sino solo porque el Embajador Japon para confirmar lo que solicitaba, no aducia otras razones que su creencia individual. Y en efecto ¿de qué modo podia persuadirse al Virey, que esos pobres religiosos de San Francisco, descalzos y tan humildes á la vista, serian tenidos en consideracion por un Taicosama, tan soberbio é incapaz de apreciar el heroismo ó culto bajo el pobre sayal seráfico? Por lo mismo, tanto él como los Manilos, continuaban en sus temerosa irresolucion, cuando repentinamente ocurrió una cosa que hizo desaparecer del ánimo de todos cualquiera duda concebida por las palabras del Embajador Japon.

Vivia por aquel tiempo en Manila un Religioso Franciscano natural de las Islas, llamado Fray Gonzalo Garcia; el cual antes de renunciar completamente al mundo y sus delicias, habia habitado en el Japon en clase de comerciante por espacio de mas de diez años, pero con una vida tan ejemplar y de perfecto cristiano, que se concitó el amor y veneracion tanto de los gentiles como de los fieles esparcidos en aquella region, hasta que volviendo á las Filipinas, enamorado de la pobreza de San Francisco de Asis, abandonó el comercio y se hizo fraile menor en el convento de Manila. No pasó mucho tiempo sin que se esparciera esta noticia en el Japon con mucha edificacion de todos los cristianos, los cuales llegado el termino de la persecucion, y lanzados de aquella tierra casi todos los

misioneros de la Compañía de Jesus, volvieron los ojos al Santo fray Gonzalo para hayar consuelo en tanta desolacion, y á fin de que apiadándose de sus hermanos fuese á socorrerlos, mandando al país si era posible algunos religiosos de su orden Franciscano, en el que tenia la única esperanza aquella atribulada Iglesia de Jesucristo. Así es que sabedores de que Faranda Khimon se dirijia á las Islas Filipinas, le entregaron tres cartas muy expresivas, para que llegado a Manila las pusiese en las manos del santo fray Gonzalo Garcia. Creyendo necesario referirlas, las traducimos aquí no tanto por el honor que de ellas resulta á la orden del pobre de Asis, cuanto por ser ciertísimos documentos de esta historia. La primera pues escrita por los cristianos de Amanguchi era del tenor siguiente:

“Nosotros los cristianos de Amanguchi, en número de mas de catorce mil, decimos primeramente: haber sido bautizados en los tiempos pasados por el P. Francisco Javier, religioso de la Compañía de Jesus; pero que llevamos casi doce años de vernos privados de sacerdotes y ministros del Señor, que nos consuelen en nuestras miserias con la predicacion de la palabra de Dios. Así es, que por falta de quien engendrarse á la nueva vida de gracia á nuestros hijos desde esa época, los hemos estado bautizando nosotros mismos en casa de Joaquin, donde teniamos escondida la cruz, el manto y la disciplina, de aquel santo, religioso con gran devocion nuestra; porque debes saber, que apenas se enfermaba algun cristiano, le vestiamos con aquel manto, le poniamos encima la cruz, y despues de háberle tocado cinco veces con la mencionada disciplina, al punto volvia á gozar de su primitiva salud. Pero con gran desconsuelo nuestro, vimos morir á Joaquin, y á este primer dolor siguió muy pronto otro mayor. Porque sabiendo el emperador que éramos cristianos y viviamos segun las leyes del bendito Evangelio, nos desterró de nuestra tierra, dejando aquí solo cuatrocientos. Mas sabiendo ahora que en Manila y otras Islas Filipinas hay muchos religiosos, hemos determinado recurrir á ellos. Queremos, pues, que sean Franciscanos, porque segun lo que nos han contado de su vida, tenemos por seguro, que viniendo ellos al Japon, muy pronto será infinito el número de los fieles que se convertirán á Dios; porque al ver en ellos una vida enteramente apostólica y muy semejante á la de nuestro buen P. Francisco

Javier, debe resultar que no solo ahora, ni solamente de nosotros, sino por otros muchos y bastantes veces serán solicitados. Debes saber tambien, que Fangusa cuñado del emperador es cristiano, pero por falta de sacerdotes ha mandado á todo su pueblo que soliciten quien los dirija por el camino de la salvacion, y de tal manera está firme en la religion católica, que habiéndole aconsejado el emperador que apostatase, respondió francamente, que queria mejor dejarse hacer pedazos, que abandonar á Cristo y su ley. Vive ademas en Meaco un señor muy justo, á quien obedecen mas de ochenta mil personas; y este desea igualmente y hace votos, tanto por su bien propio como por el de sus súbditos, se le manden predicadores, y así como Fangusa, se encuentra tan firme en la fé católica, que por ninguna cosa del mundo volveria á la falsa religion de los ídolos. El pues, y en su compañía todos los habitantes de sus terrenos quieren predicadores y especialmente Franciscanos.

La segunda carta mandada por los fieles de Amacusa, es como sigue:

“Nosotros los cristianos de Amacusa, y yo Doña Gracia, Reina y señora de estas tierras, juntamente con la muger de mi hijo Juan, de Bartolome y Cornelio, te rogamos hijo y hermano nuestro carísimo Gonzalo Garcia, que quieras avisar á tus hermanos, que nos es bien conocido el modo de vivir de los religiosos de San Francisco, especialmente por lo que mira al desprecio en que tienen el dinero y las riquezas humanas. Para decir verdad, nosotros no creimos en otra vez, que ellos pudiesen tan absolutamente despreciar las riquezas de este mundo; así es que aunque tomamos de esa noticia un motivo de edificacion, la pusimos algo en duda; pero asegurados ahora de su verdad, la admiramos altamente, y por esta razon á solo ellos queremos, como pobres y que viven de solas limosnas, las que prometemos darles con toda voluntad, con tal que vengan á estas tierras en que hay noventa pueblos, en cada uno de los cuales se cuentan de cuatrocientas á seiscientas familias; yo Doña Gracia no tengo otros que instruyan á mis pueblos, fuera de dos religiosos de la compañía de Jesus, de los cuales uno solo es sacerdote. Todas estas gentes por hallarse privadas de la Doctrina Evangélica, tienen que padecer de continuo muy fuertes persecuciones de parte de los infieles, que aprovechándose cabalmente de la falta de predicadores apostólicos, em-

plean toda clase de medios para arrancar del seno de la Iglesia católica á sus amantes hijos: estas y otras muchas cosas fueron escritas por mis súbditos cristianos el año de 1590.”

Véase por último la tercera carta mandada por los fieles del Japon á San Gonzalo de Garcia, que en verdad conmueve por sus términos mas que las dos anteriores.

“Nosotros los cristianos, que cuando viviamos sumergidos en la sombra de la muerte fuimos sacerdotes de los ídolos, nos dirigimos á tí Fray Gonzalo Garcia, tanto mas amado de nuestro corazon, cuanto que te hallas vestido del bendido hábito de S. Francisco, rogándote por las entrañas de Jesucristo te muevas á compasion de los que siguiendo tus consejos abandonaron honores y riquezas, y desertaron de la bandera del gentilismo para abrazar la Cruz de Jesucristo Nuestro Redentor. Muévante á piedad los gritos de dolor de nosotros infelices y cuitados, que vamos por montes y desiertos, alimentándonos con yerbas silvestres, sin encontrar consuelo en ninguna parte. No se nos oculta que los frailes de tu santa Religion son devotísimos y muy pobres. Por esto pues te rogamos encarecidamente que vengan cerca de nosotros á poner en salvo nuestras almas. Los fieles de Firando, de Xiqui y otros, piden lo mismo.”

Dejando por ahora el referir de qué modo se hicieron públicas estas conmovedoras cartas en la ciudad de Manila y el efecto que produjeron en el ánimo del virey Gomez Perez, nos parece oportuna una digresion, que entrando á formar parte de esta historia, creemos no desagradará á nuestros benévolos lectores. De las mencionadas cartas se infiere claramente, que los frailes menores eran muy conocidos antes de este tiempo en el Japon, y sumamente estimados por su modo de vivir tan conforme al de los apóstoles. Y si el lector quisiese saber cómo fué este le responderemos que provino puntualmente porque ya los franciscanos habian abordado otras veces á aquellas islas y ejercitado allí el ministerio apostólico. Lo decimos apoyados en la autoridad respetable de antiguos y célebres escritores, quienes afirman que desde fines de 1582, segun unos, ó 1583 como dicen otros, entró en el Japon el venerable fraile menor Juan Bovero, que penetrando hasta Meaco y reunido allí con otro religioso de su orden, se ocupó en evangelizar á aquellos miserables pueblos, recogiendo no pocos frutos de vida eterna. Ni debe maravillar-

el no saber por desgracia de la historia, la manera que tuvieron para introducirse en aquellas remotísimas partes de la Asia. Porque por poco instruido que se halle cualquiera en la historia de las misiones franciscanas, le sucede con frecuencia encontrarse con algun misionero minorita en bárbaros y remotos países, sin poder averiguar de donde, ni cuando, ni de qué manera hubo allí llegado. Y aun diremos mas, que tal ha sido del siglo XII al XV el verdadero carácter del misionero franciscano: partirse de sus propias tierras sin que casi llegue á saberse mas de él.

Y era cosa natural, porque en aquellos primeros siglos de tanto movimiento apostólico en la orden seráfica, los hijos de San Francisco, recibida la bendicion de los Romanos Pontífices, como rayos divergentes del disco solar abandonaban á Europa en mas ó menos número, dirigiéndose en busca de almas que convertir á la Cruz, sin otra guía que su elevada mision; hasta que llegados al centro del Asia y dándose un último adios como lo hacian los apóstoles, elegia cada uno su pueblo que evangelizar, y en el que terminaba su vida desconocido de los hombres, pero colmado de las bendiciones de Dios.

Volviendo á la historia, debe saberse que el Santo Fray Gonzalo, recibidas y leídas las cartas de los cristianos Japoneses, creyendo con esto dar honor á Dios y hacer un servicio á su Iglesia, las comunicó á los religiosos de su convento, á fin de que las publicasen para utilidad y gloria de aquellos fieles de Jesucristo, que aunque en medio de tantas y tan crueles angustias, hallaban modo de escribirle cartas llenas de tanta resignacion cristiana. Y así sucedió, porque circulando muy pronto por toda Manila y penetrando hasta el Gobierno, dieron por último una vuelta al mundo llegando á Roma y á Madrid. Así es, que es indecible lo sorprendido que quedó el Virey de Manila Gomez Perez de Marinas y con él los habitantes de la Ciudad, leyendo tales cartas, tan conformes en su contenido á la de Faranda Khiemon, y que tambien revelaban la miserable condicion de la cristiandad Japona. Inmediatamente, como si una venda hubiese caido de los ojos de todos, se mandó por Fray Gonzalo para que dijese si verdaderamente aquellas cartas le habian sido dirigidas por los cristianos del Japon lo que habiendo afirmado con juramento el siervo de Dios, conocieron todos la verdad de cuanto habia aconsejado Faranda y determinaron hacer su voluntad, mandando al

Japon algunos frailes menores en segunda embajada. Y ya el Gobernador de Manila estaba meditando á cual de tantos franciscanos de esa ciudad debería elegirse para Gefe de la Embajada, cuando por el voto universal de los ciudadanos, se le indicó un religioso que por su doctrina, la eminente santidad de su vida y notable habilidad para tratar negocios de grande importancia, se elevaba como águila sobre sus hermanos. Este era el glorioso S. Pedro Bautista ángel de las Islas Filipinas, á quien desde ahora en adelante se verá como el primer héroe de la esta historia, epopeya de los combates y triunfos de la fé de Jesucristo. Pero para no volver á cortar el hilo de la misma, dejamos de hablar aquí difusamente de este héroe, destinado por Dios á fecundar con vigoroso elemento de vida una cristiandad que gemia en la desolacion y el luto, reservándonos á dar breve noticia de él (así como de sus demas gloriosos compañeros, cuando lo véamos llegado al Japon, teatro sobre todos maravilloso de sus acciones, al que condujo á sus hermanos á batallar contra el espíritu de las tinieblas, y en el que al fin fué adornado por Dios con la palma de los Mártires y la aureola de los Apóstoles. Cierto pues el gobernador de Manila de haber encontrado en S. Pedro Bautista el hombre mas digno de representarlo ante Taicosama Quavacundono y conducir á buen término el importantísimo negocio de la paz entre el Japon y las Islas Filipinas, obsequió cumplidamente cuanto la voz pública le aconsejaba. Y sin dar pues lugar á ninguna demora, le hizo saber se dispusiese para marchar dentro de poco al Japon en calidad de su embajador con otros religiosos de su orden, de los que seria superior y comisario.

A esta noticia se conmovió fuertemente la profunda humildad del siervo de Dios, creyéndose indigno de tanto honor é incapaz igualmente de desempeñar bien el oficio de embajador de su Rey por lo que se determinó á no aceptarlo. Pero para la inteligencia de cuanto tenemos que decir, debe hacerse aquí otra muy oportuna digresion. Al mandar Gomez Perez de Marina al Japon la segunda embajada compuesta de Franciscanos, no tuvo otro ánimo como bien aparece de las cosas dichas hasta ahora, que amistarle por medio de la misma con Taicosama Quavacundono, y hacerle aceptar una paz tal con el Rey de las Españas Felipe II, que quedasen enteramente asegurados sus derechos sobre las Filipinas amenazadas por el Emperador. Mas no era ni podia ser de parte de los

ranciscanos el único fin que los habria decidido á aventurarse á ese viaje. Veian ellos en esa region no solo á un tirano que amansar y hacer amigo de un rey cristiano, sino mucho mas, una Iglesia desolada que levantar á nueva vida, millares de fieles sumergidos en la aficcion y pidiendo piedad que socorrer, infinitos errores que extirpar del corazon de hombres corrompidos y supersticiosos qual ningunos otros, monstruosos simulacros de falsas divinidades de echar por tierra para colocar en su lugar el glorioso estandarte de la Redencion; un campo inmenso en suma, que por falta de suficientes operarios, permanecia eriazo y sin dar frutos. Por lo que estaban ciertos, que, penetrando en aquellas tierras y dando cima á su mision politica, como es cosa natural en los hijos de San Francisco, que siempre en las acciones politicas introducen el elemento religioso, se entregarian enteramente á evangelizar á aquellas miserables gentes, tentando todos los medios posibles de conducirlos al conocimiento del verdadero Dios. Pero este apostolado puntualmente de paz y caridad, parecia al buen Pedro Bautista que no podia desempeñarlo en aquellas tierras, oponiéndose á ello un Breve Pontificio de 23 de Enero de 1585 del Papa Gregorio XIII que persuadido quien los misioneros de la compania de Jesus que moraban en el Japon bastarian á cultivar en él la vinya del Señor, dió espreso mandato para que ningun otro religioso de cualquier orden ó condicion que fuese, fuera de los padres de la mencionada Compania, pudiese entrar á ese Imperio en clase de Misionero, so pena de incurrir el que lo quebrantase en las censuras eclesiásticas. Por lo qual el santo Religioso, no acordándose tal vez al principio de otra Bula de Sixto V. de un año posterior á la del Papa Gregorio, en virtud de la qual por haber cambiado las condiciones del Japon, habia concedido aun á los franciscanos la entrada en este Imperio, como tan unido á Roma, centro de la católica unidad, dió al gobernador de Manila Gomez Perez de Marinas la siguiente respuesta.

“Señor: Bien conoceis la pequeñez de mis fuerzas y lo indigno que soy de representar la persona de mi augusto soberano Felipe II y lo escaso de mi ingenio para poder conducir á buen término el comprometido y difícilísimo encargo que quereis confiarme. ¿Cómo podré yo, hombre tan nulo, abrir negociaciones con un rey tan bárbaro como Taicosama, emperador del Japon, y persuadirle que deponga el depravado desigmo que ha con-

cevido sobre estas Islas? El, acaso de corazon soberbio, viéndome despreciable hará burla de mí, y no responderá á mis justas representaciones de otra manera que con golpes. Y por otra parte, ni mi ciencia es tanta que pueda con ella dar honor á nuestra tan ilustre patria, no siendo capaz de rebatir del modo mas conveniente las arrogantes pretensiones de Taicosama, ni tan grande mi virtud para resistir valerosamente á las muchas ocasiones de pecado, que ciertamente se me ofrecerán á cada paso en semejante empresa. De aquí, es que me ha causado grande asombro, que vos Señor, hayais podido escojer á un pequeñuelo como yo para desempeñar un oficio de tanta magnitud, habiendo en esta ciudad personas de un valor tantas veces experimentado, y muy capaces todas de llevar á cabo esta empresa, con honor y decoro vuestro y provecho de nuestra patria comun. Os ruego pues, Señor que considereis bien quanto llevo dicho, antes de resolveros á fiarme un negocio de tan suma importancia. Ni es esto todo, sino que hay otra dificultad acaso la mas grave de todas y sobre la que yo llamo muy atentamente vuestra consideracion, porque cabalmente impide ella á mí como á cualquiera otro religioso dirijirnos al Japon, y es la que sigue: Hay un Breve de la santa memoria del Papa Gregorio XIII, en cuya virtud, solo á los padres de la Compania de Jesus está concedido entre todos los misioneros católicos, morar en aquel imperio, á fin de predicar la Santa Fé de Cristo y ejercer allí el ministerio eclesiástico; prohibiendo so pena de excomunion abordar allá á otra persona religiosa de cualquier estado ó dignidad que sea. De aquí es, Señor, que ni yo ni ningun otro de mis hermanos, seremos tan atrevidos de hechar á un lado y despreciar semejante disposicion de la Santa Sede, á la qual todo el que sea verdadero cristiano debe enteramente sujetarse y obedecer. Propongo Señor esta dificultad con el debido respeto, para que se examine y juzgue rectamente; por que si bien considerada, se me persuadiere ser voluntad en primer lugar de Dios y despues de mi rey, que vaya al Japon, obtenido primeramente permiso de mi superior á quien debo obediencia os prometo ponerme luego en camino; porque si bien conozco mi pequeñez, espero con todo en las promesas de Dios y confío firmemente que no dejará de ayudarme en los mayores peligros, infundiéndome la sabiduría y valor necesarios para resistir cualquiera tribulacion y defender los sagrados

derechos de mi soberano. En una palabra, estoy pronto á dirigirme á cualquier lugar que sea por la gloria de Dios y el bien de la patria, esponiéndome á cualquier peligro, sin temer el feroz capricho, sea el que fuere, del emperador del Japon: porque sé que sobre todas sus fuerzas es mas poderoso y formidable el poder divino, que habiéndome criado no dejará de ayudarme en una empresa que va á efectuarse por un fin tan justo y tan santo. Por lo demás, yo no me moveré de Manila, á no ser obligado de la santa obediencia, en cuya virtud solamente espero los buenos resultados de la empresa y conseguir en fin una completa victoria en lo que de mi se solicita.

CAPITULO IV.

LA CONFERENCIA DE MANILA.

Siendo verdadera la humildad, es hija natural de aquella celestial sabiduría que conduce al cristianismo á dominar las naciones y á plantar en medio de pueblos embrutecidos con el error, la ciencia de la verdad y de la vida. Bien sabia esto, Gomez Perez de Marina, y así es que lejos de desanimarlo la carta tan humilde de San Pedro Bautista lo afirmó mas en su resolución, haciéndole desear con un ardor cada vez mas vivo, que él propio y no otro debiese ir de embajador suyo á Taicosama Quavacundono: muy cierto de que una empresa manejada por una alma tan llena de Dios y en tan gran manera ocupada de su gloria, no podría dejar de producir los mejores y abundantísimos frutos ¿Pero cómo superar la grave dificultad justamente expuesta por el humilde y fervoroso franciscano? El virey de las Filipinas tenia ya conocimiento del breve del Papa Gregorio XIII, y aun hacia un año habia conferenciado sobre el particular con el padre Antonio Sedeño, Provincial entonces de la Compañía de Jesus en las mencionadas islas, á fin de obtener permiso de que el padre Juan Cobos, dominico, pudiese dirigirse como su embajador al Japon. Es cierto que si en esa vez consiguió la licencia, fué por el carácter enteramente político de la mision, y además, porque se trataba del

viaje al Japon de uno solo y sin propósito de detenerse allí, cuando al contrario seria en la actualidad muy difícil el obtenerla tratándose de una expedicion de mayor número de religiosos, que llegados á aquellas tierras y dado entero cumplimiento á su mision política, iban á quedarse allí para el socorro espiritual de aquella desolada cristiandad. No desmayó sin embargo el gobernador, y mandando decir á San Pedro Bautista que encomendase al Señor aquel negocio entre tanto que él haria examinar el Breve del Papa Gregorio, determinó comunicarlo todo al padre Cristóbal de Salvatierra, de la orden de predicadores, que entonces administraba la iglesia de Manila, por la partida de su obispo P. Domingo de Salazar el año de 1591, como lo hizo en efecto. El padre Cristóbal, examinando bien la cuestion, y reconociendo su gravísima importancia, contestó debian convocarse á consejo en el convento de San Agustin los primeros personajes de Manila, y todos los que fuesen distinguidos por su doctrina y santidad de vida, para que procediendo detenidamente al exámen del breve pontificio, se estoviese á todo lo que en este punto se resolviese en aquella junta.

Y en efecto, el mismo dia citándose á las mas respetables personas, tanto eclesiásticas como seculares, y á los principales sugetos de las órdenes, de San Agustin, Santo Domingo, San Francisco y la Compañía de Jesus, se reunieron en el expresado convento á presencia del virey, quien habiendo hecho leer primeramente y en voz alta el Breve del Papa Gregorio, la carta de Faranda Khiemon y las remitidas por los cristianos del Japon á San Gonzalo Garcia, dió permiso al Padre Antonio Sedeño Provincial de los Jesuitas, persona muy respetable bajo todos aspectos, para que expusiera lo que mejor le pareciese en aquella cuestion para cuya resolución se habian reunido. Entonces el Padre Sedeño haciendo primero observar que solo por cumplir con su oficio hablaba en aquella junta tan respetable, alabó altamente la ciencia, prudencia y eminente santidad de San Pedro Bautista, hasta llamarlo la mas fuerte columna de la Iglesia de Manila y de las islas Filipinas de las que era llamado justamente el apóstol. En seguida por medio de una carta en forma de protesta, que leyó á nombre de su religion continuó expresándose así.

“A pesar de lo expuesto con la mayor sinceridad, juzgo no convenir

derechos de mi soberano. En una palabra, estoy pronto á dirigirme á cualquier lugar que sea por la gloria de Dios y el bien de la patria, esponiéndome á cualquier peligro, sin temer el feroz capricho, sea el que fuere, del emperador del Japon: porque sé que sobre todas sus fuerzas es mas poderoso y formidable el poder divino, que habiéndome criado no dejará de ayudarme en una empresa que va á efectuarse por un fin tan justo y tan santo. Por lo demás, yo no me moveré de Manila, á no ser obligado de la santa obediencia, en cuya virtud solamente espero los buenos resultados de la empresa y conseguir en fin una completa victoria en lo que de mi se solicita.

CAPITULO IV.

LA CONFERENCIA DE MANILA.

Siendo verdadera la humildad, es hija natural de aquella celestial sabiduría que conduce al cristianismo á dominar las naciones y á plantar en medio de pueblos embrutecidos con el error, la ciencia de la verdad y de la vida. Bien sabia esto, Gomez Perez de Marina, y así es que lejos de desanimarlo la carta tan humilde de San Pedro Bautista lo afirmó mas en su resolución, haciéndole desear con un ardor cada vez mas vivo, que él propio y no otro debiese ir de embajador suyo á Taicosama Quavacundono: muy cierto de que una empresa manejada por una alma tan llena de Dios y en tan gran manera ocupada de su gloria, no podría dejar de producir los mejores y abundantísimos frutos ¿Pero cómo superar la grave dificultad justamente expuesta por el humilde y fervoroso franciscano? El virey de las Filipinas tenia ya conocimiento del breve del Papa Gregorio XIII, y aun hacia un año habia conferenciado sobre el particular con el padre Antonio Sedeño, Provincial entonces de la Compañía de Jesus en las mencionadas islas, á fin de obtener permiso de que el padre Juan Cobos, dominico, pudiese dirigirse como su embajador al Japon. Es cierto que si en esa vez consiguió la licencia, fué por el carácter enteramente político de la mision, y además, porque se trataba del

viaje al Japon de uno solo y sin propósito de detenerse allí, cuando al contrario seria en la actualidad muy difícil el obtenerla tratándose de una expedicion de mayor número de religiosos, que llegados á aquellas tierras y dado entero cumplimiento á su mision política, iban á quedarse allí para el socorro espiritual de aquella desolada cristiandad. No desmayó sin embargo el gobernador, y mandando decir á San Pedro Bautista que encomendase al Señor aquel negocio entre tanto que él haria examinar el Breve del Papa Gregorio, determinó comunicarlo todo al padre Cristóbal de Salvatierra, de la orden de predicadores, que entonces administraba la iglesia de Manila, por la partida de su obispo P. Domingo de Salazar el año de 1591, como lo hizo en efecto. El padre Cristóbal, examinando bien la cuestion, y reconociendo su gravísima importancia, contestó debian convocarse á consejo en el convento de San Agustin los primeros personajes de Manila, y todos los que fuesen distinguidos por su doctrina y santidad de vida, para que procediendo detenidamente al exámen del breve pontificio, se estoviese á todo lo que en este punto se resolviese en aquella junta.

Y en efecto, el mismo dia citándose á las mas respetables personas, tanto eclesiásticas como seculares, y á los principales sugetos de las órdenes, de San Agustin, Santo Domingo, San Francisco y la Compañía de Jesus, se reunieron en el expresado convento á presencia del virey, quien habiendo hecho leer primeramente y en voz alta el Breve del Papa Gregorio, la carta de Faranda Khiemon y las remitidas por los cristianos del Japon á San Gonzalo Garcia, dió permiso al Padre Antonio Sedeño Provincial de los Jesuitas, persona muy respetable bajo todos aspectos, para que expusiera lo que mejor le pareciese en aquella cuestion para cuya resolución se habian reunido. Entonces el Padre Sedeño haciendo primero observar que solo por cumplir con su oficio hablaba en aquella junta tan respetable, alabó altamente la ciencia, prudencia y eminente santidad de San Pedro Bautista, hasta llamarlo la mas fuerte columna de la Iglesia de Manila y de las islas Filipinas de las que era llamado justamente el apóstol. En seguida por medio de una carta en forma de protesta, que leyó á nombre de su religion continuó expresándose así.

“A pesar de lo expuesto con la mayor sinceridad, juzgo no convenir

mandarlo al Japon con el objeto de establecer conventos de su orden, y predicar allí la fé de Jesucristo, porque se halla esto prohibido muy claramente por el Breve del Papa Gregorio, que movido de santísimos fines, quizo hacer de aquel imperio un campo de gloria y de accion apostólica para sola nuestra Compañía. Además que habia otra razon muy fuerte, que prohibía á los Franciscanos aunque hombres tan santos y celosos operarios, abordar al Japoa á fin de ejercitar el ministerio eclesiástico, y es la siguiente. "En ese imperio sufre actualmente la Iglesia de Jesucristo enanto no ha padecido en otro tiempo, por la terrible persecusion que cada dia se enfurece mas, movida en su contra por Taicosama Quavacundono; por lo cual justamente es de temer, que pasando allá otros religiosos, lejos de ser ventajoso á aquella miserable cristiandad, encenderia mayormente en contra suya la ira de aquel rey bárbaro, nunca mas que hoy encarnizado contra la santa ley de Dios y sus sacerdotes, que por tal motivo se ven obligados á mantenerse ocultos y lejos de su presencia. El hecho siguiente prueba lo que espongo.

¿Cuando llegó á noticia del Emperador Taicosama, que habia llegado á sus costas el venerable Juan Cobos dominico, ardió de rabia y dominado de inmenso furor dió la feroz orden de que inmediatamente se pusiese fuego á la Iglesia y juntamente al Colegio que teniamos en Nagasachi desterrando de allí á diez y ocho Padres que lo habitaban. Os suplico pues, Señores que antes de decidirse en un negocio de tan grande importancia peseis bien las razones espuestas.

Efectivamente aquellos Padres congregados consideraron atentamente las cosas referidas, examinando al mismo tiempo el Breve del Papa Gregorio y por último, todos enteramente de acuerdo dieron la siguiente res puesta:

"En cuanto al Breve de la Santa memoria de Gregorio XIII, juzgamos que de ninguna manera afecta á los frailes menores, teniendo estos á su favor una Bula de Paulo IV, en cuya virtud pueden predicar la fé de Jesucristo, erigir conventos de su orden y levantar Iglesias al culto del verdadero Dios en todas las partes del mundo, sin ninguna escepcion. Este privilegio les fué confirmado despues por el Pontífice Sixto V, sucesor de Gregorio XIII. en la cátedra de San Pedro, el cual por medio de su Bula expedida en 15 de Noviembre de 1596, elevando á la dignidad de

Provincia la custodia de menores observantes descalzos de estas nuestras Islas Filipinas, dió facultad á los mismos de fundar nuevas casas y conventos de su orden, y dirigirse á predicar el Sacrosanto Evangelio á todas las tierras y lugares de las Indias y de la china, en suma á donde hubiese infieles que convertir á la fe católica, sin necesidad para hacerlo de ninguna otra licencia. Así es que en virtud de tal consecion pueden los franciscanos dirigirse libremente á predicar el Evangelio en calidad de misioneros de Jesucristo aun al Japon; y no solamente por que el está comprendido en las espresadas Indias, sino ademas por la razon de que la consecion está hecha en terminos generales, sin excluir ninguna clase de lugar lo que habria debido hacer Sisto V. si verdaderamente tenia ánimo de dejar en vigor el Breve del Papa Gregorio, no pudiendose suponer de uinguna manera que le fuese ignorado"

"Por otra parte, aun sin el Breve del Papa Sixto podrian los minoristas dirigirse al Japon, sin el menor temor de oponerse á la voluntad de la Sede Apostólica. Porque es de muy grande necesidad no solo de política, sino aun de religion, que algunos religiosos de San Francisco vayan de embajadores á aquel Imperio en primer lugar de Jesucristo y despues de Felipe II. pues á decir verdad, la Iglesia católica se hallaba allí en tanta desolacion hasta llegar á correr peligro, por lo cual aquellos miserables cristianos ganados con tantos sudores al Evangelio, demandaban el pan de la Divina palabra, y no tenían quien se lo distribuyese; y obligados á pasar la vida mas de brutos animales que de hombres por los montes y cuevas, desde allí clamaban incesantemente á Dios que los socorriese, haciendo que abordasen á aquellas costas otros misioneros, especialmente de la orden de San Francisco. Y que tal era el estado de la cristiandad en el Japon, se probaba no solo con las cartas de los fieles de aquel mismo Imperio escritas á Fr. Gonzalo Garcia franciscano, sino tambien con las palabras acabadas de decir por el respetable Padre Antonio Sedeño. ¿Y creremos nosotros que si Gregorio XIII de Santa memoria viviera todavia y conociese las tristes condiciones en que actualmente se encuentra la Iglesia Japona, no derogaria su Breve? Ciertamente que sí, porque es de precepto divino que se auxilie al hermano cuando se halle en grave necesidad. Ni era tampoco de temer que la entrada de los franciscanos en el Japon, pudiese comprometer los intereses religio-

sos de aquel imperio, cuando Faranda Khiemon embajador de Taicosama Quavacundono que está aquí presente, asegura que no solamente quedarán consolados con su llegada los muchos cristianos que allí habitan sino que ella será el medio mas facil para establecer la paz entre su estado y las Islas Filipinas."

Por las cuales y otras semejantes razones, se concluyó que la expedicion de los Franciscanos no era de modo alguno contra el espíritu del Breve del Papa Gregorio. Resuelta de está manera la cuestion, todos los miembros de la junta y especialmente el virey que estaba fuera de sí de alegría, aclamaron á San Pedro Bautista gefe de la embajada. Rogándole todos que aceptase tan honorífico cargo en provecho de la Religion Católica y por el bien de la Patria. El humilde Franciscano por todo el tiempo que duró la conferencia, se mantuvo reclinado en uno de los lados, rogando á Dios en su corazon que dispusiese de su persona como mejor le agradara; esto es, haciendo que la cuestion se resolviera á favor de la embajada, si así era de su voluntad, ó en contra, si de ella no habia de resultar gloria á su Santo nombre y ventaja espiritual á aquellos pueblos cristianos. Por lo mismo no es decible cuanto resultase en su rostro la alegría que en lo interior lo inundaba tan luego como vió el resultado de la conferencia. Porque ya no dudó que esa expedicion fuese obra de aquella admirable Providencia que á veces suele elegir pequeños y débiles instrumentos para obrar cosas maravillosas en servicio de Dios. De aquí fué que á los ruegos que le fueron hechos por aquella respetable reunion para aceptar el oficio de embajador, inclinó la cabeza el buen Pedro Bautista, y besando el Crucifijo, como un hombre que se inmolaba en bien de sus hermanos y levantando el rostro, dijo: "Dios mio, pues que vos lo quereis, iré y confiado en vuestra ayuda, predicaré vuestro bendito Nombre, trabajando en dilatar los términos de vuestro reino en las tierras bárbaras" Y pareció desde luego que desde el cielo bendijo, Dios á este su siervo fiel; porque repente poniéndosele delante el docto y piadoso Padre Antonio Sedeño de la Compañía de Jesus, en medio del júbilo universal de la asamblea, lo abrazó, le besó la frente y le dijo: "Padre mio, mucho se alegra mi alma, de que debiendo ir religiosos de otra orden al Japon, haya tocado este honor en suerte á los hijos de San Francisco, y especialmente que

seais vos el escogido para guia y superior de los mismos; pues tengo por cierto que os manifestareis mas que hermano hácia los religiosos de nuestra Compañía, que sufren todo genero de persecuciones en aquel Reino. Por lo demas, si al principio he hablado en contra de vuestra partida entiendo padre mio que no lo habreis interpretado mal, habiendolo, hecho como ya dije, solo con el fin de cumplir mi oficio y por que mejor se conociese la voluntad de Dios" Con cuyas humildes y sinceras palabras del Padre Sedeño, quedó muy confortado el espíritu de San Pedro Bautista, que abrazándolo de nuevo, le aseguró que de su parte y de la de sus compañeros, no recibirian sus religiosos en el Japon sino los mayores oficios de verdadera fraternidad; y dicho esto se separaron volviendo el franciscano á su convento y los demas á sus casas.

Esparecida entretanto tan consoladora noticia por la ciudad, fué indecible la alegría que en el momento ocupó los corazones de todos los manilos; quienes prometiéndose de la santidad y sabiduría del nuevo embajador, no solamente una paz próspera y durable con el Emperador del Japon, sino nuevas conquistas para el reyno de Jesucristo en aquellas tierras, daban á Dios las mas fervientes gracias por el feliz resultado de la conferencia. El gobernador Gomez Perez de Marina, llamando en el acto al distinguido capitan Pedro Gonzalez de Carbajal, caballero Portugues residente entonces en Manila, le dió orden de alistar prontamente dos naves y que proveyendolas de todo lo necesario, se dispusiese para marchar prontamente al Japon. Sabido esto por el Padre Provincial de los franciscanos de las Islas Filipinas, que lo era en ese tiempo Fray Pablo de Jesus, llamó á S. Pedro Bautista y le dió cartas, en cuya virtud le concedió licencia á nombre de la orden para dirigirse al Japon, no solo como embajador del Virey de las dichas Islas al Emperador Taicosama, sino ademas en calidad de comisario y superior de los otros religiosos que nombró sus compañeros, y que fueron: el venerable Padre Fray Bartolomé Ruiz, insigne apóstol de Jesucristo que habia estado en la Cochinchina y los dos santos hermanos laicos Francisco de S. Miguel y Gonzalo de García á quien conocen ya nuestros lectores, el cual, como bastante inteligente en la lengua Japona, llevó el encargo especial de interprete de S. Pedro Bautista. Esta eleccion agradó mucho al gobernador de Manila, quien dispuso que en la principal nave se embarcasen el san-

to comisario y Fray Bartolomé Ruiz junto con el capitan Don Pedro Gonzales Carvajal, y en la otra el Embajador Faranda Kiemon en compañía de los dos santos hermanos laicos Francisco y Gonzalo. Ordenó tambien que en esta nave fueran los regalos del Emperador Taicosama Quavacundono, consistentes en un hermoso caballo de Castilla ricamente enjaezado, un vestido de paño finísimo guarnecido de oro, un bellissimo jubon de la tela mas preciosa de Milan, una gran cantidad de Camisas del mejor lino de España, algunas piezas de seda de diversos colores, un grande espejo y otras cosas semejantes.

Finalmente, haciendo llamar á S. Pedro Bautista, le dió una carta firmada por él y su secretario Juan de Cuellar, para que á nombre de su Rey pudiese tratar libremente con el Emperador del Japon y establecer con él paz y amistad, en el modo que juzgara mas ventajoso á la fé católica y honorificó á las Islas Filipinas y España y comunicándole otras mas secretas instrucciones, le entregó para Taicosama la carta que sigue: "Gomes Perez de Marina Caballero de la orden de Santiago, Gobernador y capitan general de estas Islas por nuestro Señor Felipe II. Rey de Castilla y de Leon, al muy alto y poderoso príncipe Quavacundono Taicosama Emperador, salud y prosperidad: En los años pasados mandé á tu magestad una carta por conducto del Padre Juan Cobos, en que contestaba á lo que á tu nombre me habia referido un embajador desconocido, no obstante que era muy de temer la realidad de la misma embajada. Pero de entonces acá, ninguna contestacion he recibido de tí como lo deseaba, excepto un pequeño escrito del mencionado Padre; de quien verdaderamente no supe otra cosa, sino que le habias recibido muy cortesmente, y habia partido del Japon rico de los regalos recibidos de tus reales manos que tengo el honor de besar. Es cierto que Faranda Kiemon que embarcado en una de las naves salidas de esas costas llegó felizmente á Manila me manifestó ser tu embajador; pero como no ví tu firma ni ninguna respuesta á la carta que te remití, no pisipó la duda, que ya con anterioridad habia concebido. Por lo qual ahora mas que nunca deseo saber la realidad de lo que pasa y conocer cual es verdaderamente tu ánimo. Sin embargo, si bien el referido Faranda no me dió ciertísimas señas de ser tu embajador y tampoco pude persuadirme enteramente ser familiar tuyo y persona digna de tanto ho-

mor, temí que hubiese podido abusar de tu real nombre enañándose en asunto de tanta importancia; pero con todo, traté de honrarlo hasta tomar prudente consejo sobre la respuesta que habia de dar á la breve carta que me entregó á tu nombre. Con tal fin, te mando al Padre Fray Pedro Bautista, varon de gran santidad y sumamente estimado en todas estas Islas Filipinas, de que es el apoyo y el consuelo; persona en quien me fio en todos y los mas difíciles negocios de mi gobierno, el que lleva consigo las cartas que hasta aqui he recibido tuyas, con copia de la que á tu nombre me trajo Faranda y últimamente la respuesta á la misma, para que bien examinados con toda tu magestad todos los mencionados documentos, pueda conocer tus intenciones y lo que verdaderamente deseas de mi parte. Y te noticio, que mientras él pasa allá mi nombre, con el objeto de concluir entre nosotros dos aquella alianza, que me indicó Faranda deseabas ardientemente, informaré de todo á mi rey y señor, para que me ordene lo que á el parezca mejor que haga; no dudando que el existo sea de tu agrado y el mio. Tambien te digo, que el sobre dicho Faranda me advirtió que debia mandarte un sujeto que ademas de su alma de docto fuese religioso del bendito instituto de S. Francisco, diciéndome que te seria grato y de sumo consuelo ver en tus estados á los individuos de esta orden, Y tal es la razon que he tenido para darte gusto, pudiéndote asegurar ademas, que el Padre Fray Pedro Bautista es digno sobre todos de particular estimacion tanto por la santidad de su vida quanto por la austeridad de sus costumbres. Te ruego pues lo recibas amorosamente y Nuestro Señor Dios haga feliz y próspera en todo á tu magestad. La firmo á 20 de Mayo del Año de Nuestro Señor Jesucristo 1593."

Llegado entretanto el dia señalado á la partida de los Embajadores ocurrió desde muy temprano á la bahia gran multitud de gente de todo estado y condicion, á fin de ver y saludar de cerca á los santos misioneros en el acto de embarcarse. El mismo virey acompañado de los ministros de Estado y de los principales ciudadanos, frente de la guarnición los, estaba esperando con el mismo objeto. Los venerables religiosos no tardaron en presentarse, por que recibida la bendicion de su superior Pedro Bautista, y despedido en primer lugar de sus hermanos que dejaba en Manila y se deshacian en lagrimas por la partida de su buen Padre,

apareció á poco en el puerto en compañía del Venerable Bartolome Ruiz y los Santos hermanos laicos, Francisco y Gonzalo en medio de los vivas de toda la multitud y los saludos del gobernador que tomándole de la mano y deteniéndose con el algunos momentos hablándole en secreto le acompañó á la nave junto con todos los dignatarios de la corona. Embarcados ya los Santos Religiosos, saludaron al pueblo reunido en la rívera, y recibiendo antes los honores militares de la guarnición colocada en orden de batalla, levaron las anclas de las naves que iba mandando como capitán el caballero Pedro Gonzalez de Carbajal. Fué entonces general la conmoción; todos, pequeños y grandes, nobles y plebeyos, hombres y mugeres victoreaban desde la bahía á los Santos embajadores, pidiéndoles, llorando de ternura, que los bendijesen otra vez desde el mar antes de partir para extraños países. Ninguno dejaba de admirar á aquellos hijos de San Francisco tan humildes á la vista, y tan intrépidos y valerosos que debían muy pronto con la sola palabra de caridad amanzar á un emperador tan inquieto y soberbio. Así es, que el mismo Virrey Gomez Perez de Marina, aunque no menos conmovido que los demás para no hacer mas larga la demora y saludados por la última vez á los Santos misioneros y al embajador Faranda Khiemon que se hallaba con ellos, á bordo dió la orden de la partida. Entonces en medio de los clamores y vivas de la muchedumbre, mezclados con el sonido de las campanas y la salva de los cañones que tronaban por todas partes, el capitán Pedro Gonzalez de Carbajal hizo desplegar las velas y zarpó en nombre de Jesucristo. Esto sucedió el día 26 de Mayo del año de la Encarnación del Verbo 1593

CAPITULO V.

LOS FRANCISCANOS EN EL JAPON.

Navegando hácia el Japon, los santos Embajadores Pedro Bautista comisario, Bartolomé Ruiz, Francisco de San Miguel y Gonzalo García, tuvieron vientos en todo propicias y favorables por algunos dias. Pero llegados á alta mar, los invadió una tempestad tan tremenda cual ninguna otra de que pudiera hacerse memoria. Muchas veces la nave á cuyo bordo se hallaba el santo comisario, estuvo al punto de quedar sumergida por las olas con grande espanto de los marineros y del mismo Pedro Gonzalez de Carbajal aunque era tan experto en el arte de la navegacion. Solo Pedro Bautista, inmóvil y tranquilo en su camarote, miraba la tormenta como si ningún peligro le amenazara; y así era en verdad. Porque el santo religioso, cierto en su interior de que aquello no era otra cosa que el último esfuerzo del espíritu maligno, levantó al fin la mano, y hecha la señal de la santa cruz sobre las aguas, mandó al mar que se sosegara. ¡oh milagro! Al momento desaparecieron las hinchadas olas y desapareciendo la tormenta, serenóse el cielo volviendo el mar á su primera tranquilidad. Grande fué el asombro de todos á vista de tal prodigio obrado por Dios por la interseccion de su humilde siervo, especialmente del capitán Pedro Gonzalez, que admirando grandemente en ese portentoso poder de la fé católica, tributaba al Señor Dios del cielo y de la tierra sumas alabanzas en lo íntimo de su alma. Ni este milagro fué obrado una sola vez San Pedro Bautista, sino que tantas veces se renovó cuantas el mar volvió á enfurecerse, hasta que despues de treinta dias de navegacion, llena de peligros, trabajos, molestias y padecimientos de todo género, echaron áncoras en el puerto de Firando, donde poco despues tomaron tierra.

Nada diremos aquí de las fiestas que hicieron aquellos fieles de Jesucristo luego que supieron la llegada de los santos misioneros. Todos se agolpaban á verlos de cerca, maravillados de su vida tan enteramente apóstolica y especialmente de la santidad que brillaba en el rostro de

apareció á poco en el puerto en compañía del Venerable Bartolome Ruiz y los Santos hermanos laicos, Francisco y Gonzalo en medio de los vivas de toda la multitud y los saludos del gobernador que tomándole de la mano y deteniéndose con el algunos momentos hablándole en secreto le acompañó á la nave junto con todos los dignatarios de la corona. Embarcados ya los Santos Religiosos, saludaron al pueblo reunido en la rívera, y recibiendo antes los honores militares de la guarnición colocada en orden de batalla, levaron las anclas de las naves que iba mandando como capitán el caballero Pedro Gonzalez de Carbajal. Fué entonces general la conmoción; todos, pequeños y grandes, nobles y plebeyos, hombres y mugeres victoreaban desde la bahía á los Santos embajadores, pidiéndoles, llorando de ternura, que los bendijesen otra vez desde el mar antes de partir para extraños países. Ninguno dejaba de admirar á aquellos hijos de San Francisco tan humildes á la vista, y tan intrépidos y valerosos que debían muy pronto con la sola palabra de caridad amanzar á un emperador tan inquieto y soberbio. Así es, que el mismo Virrey Gomez Perez de Marina, aunque no menos conmovido que los demás para no hacer mas larga la demora y saludados por la última vez á los Santos misioneros y al embajador Faranda Khiemon que se hallaba con ellos, á bordo dió la orden de la partida. Entonces en medio de los clamores y vivas de la muchedumbre, mezclados con el sonido de las campanas y la salva de los cañones que tronaban por todas partes, el capitán Pedro Gonzalez de Carbajal hizo desplegar las velas y zarpó en nombre de Jesucristo. Esto sucedió el día 26 de Mayo del año de la Encarnación del Verbo 1593

CAPITULO V.

LOS FRANCISCANOS EN EL JAPON.

Navegando hácia el Japon, los santos Embajadores Pedro Bautista comisario, Bartolomé Ruiz, Francisco de San Miguel y Gonzalo García, tuvieron vientos en todo propicias y favorables por algunos dias. Pero llegados á alta mar, los invadió una tempestad tan tremenda cual ninguna otra de que pudiera hacerse memoria. Muchas veces la nave á cuyo bordo se hallaba el santo comisario, estuvo al punto de quedar sumergida por las olas con grande espanto de los marineros y del mismo Pedro Gonzalez de Carbajal aunque era tan experto en el arte de la navegacion. Solo Pedro Bautista, inmóvil y tranquilo en su camarote, miraba la tormenta como si ningún peligro le amenazara; y así era en verdad. Porque el santo religioso, cierto en su interior de que aquello no era otra cosa que el último esfuerzo del espíritu maligno, levantó al fin la mano, y hecha la señal de la santa cruz sobre las aguas, mandó al mar que se sosegara. ¡oh milagro! Al momento desaparecieron las hinchadas olas y desapareciendo la tormenta, serenóse el cielo volviendo el mar á su primera tranquilidad. Grande fué el asombro de todos á vista de tal prodigio obrado por Dios por la interseccion de su humilde siervo, especialmente del capitán Pedro Gonzalez, que admirando grandemente en ese portentoso poder de la fé católica, tributaba al Señor Dios del cielo y de la tierra sumas alabanzas en lo íntimo de su alma. Ni este milagro fué obrado una sola vez San Pedro Bautista, sino que tantas veces se renovó cuantas el mar volvió á enfurecerse, hasta que despues de treinta dias de navegacion, llena de peligros, trabajos, molestias y padecimientos de todo género, echaron áncoras en el puerto de Firando, donde poco despues tomaron tierra.

Nada diremos aquí de las fiestas que hicieron aquellos fieles de Jesucristo luego que supieron la llegada de los santos misioneros. Todos se agolpaban á verlos de cerca, maravillados de su vida tan enteramente apóstolica y especialmente de la santidad que brillaba en el rostro de

Pedro Bautista. Los mismos gentiles reunidos en gran número, quisieron festejarlos del modo que usaban. Entre tanto, el P. Pedro Gomes, Superior de la Compañía de Jesus en el Japon, sabido el desembarco de los Franciscanos en Firando mandó al punto dos de los religiosos de su orden, para que los saludasen de su parte y les prodigarán todo género de auxilios. Pero en medio de todas estas muestras de estimación y cordial afecto, el corazón de S. Pedro Bautista no estaba ni podía estar tranquilo. Porque es de saber, que la nave á cuyo bordo estaban los santos hermanos Gonzalo Garcia y Francisco de S. Miguel juntamente con el Embajador Faranda Khiemon, combatida por diversos rumbos de la tempestad, poco á poco se fué alejando de la otra, mandada por el capitán Pedro Gonzalez de Carbajal en persona y que perdida enteramente de vista, no se tenia la menor noticia de ella. Así es, que Pedro Bautista y Bartolomé Ruiz desembarcados en Firando, la estuvieron aguardando muy afligidos durante un mes en una casa inmediata al Puerto, hasta que por favor de Dios llegó á sus oídos que habia felizmente abordado en Nagasachi de donde partiéndolo á poco, se reunió á la que estaba anclada en Firando. Entonces, reuniéndose en consejo los cuatro misioneros determinaron despachar ante todo á Faranda Kiemon y á Pedro Gonzalez de Carbajal á Nangoya, donde por aquellos dias residia el Emperador Taicosama Quabacundono, para que le llevasen los regalos de parte del Virey de las Filipinas, avisándole al mismo tiempo del arribo de los Embajadores Franciscanos. Y así se hizo; pero mientras Faranda y Gonzalez hacen su viaje á Nangoya, justo será referir á nuestros lectores, algo sobre la vida de los Santos Pedro Bautista, Francisco de San Miguel y Gonzalo Garcia, segun lo que tenemos ofrecido, bastando haber dicho en lo respectivo al venerable Bartolomé Ruiz, haber ya ilustrado el país de la Conchinchina fecundándola con sus sudores apostólicos. Comenzemos pues por el santo comisario de aquella pequeña pero valerosísima escuadra seráfica.

Fueron los padres de S. Pedro Bautista, Pedro y María Blazquez de una de las mas nobles familias de Castilla la vieja en España, y nació en la villa llamada de San Estevan de la Diócesis de Avila. Prevenido desde muy temprano por la gracia y dotado por la naturaleza de buenas inclinaciones, desde los primeros años de su juventud, dió muestra de aque-

llos buenos presagios, que el tiempo confirmó despues. Habiendo estudiado Gramática y bellas letras en Avila pasó en seguida á aprender Teología en la célebre y antigua Universidad de Salamanca, donde reuniendo á su claro ingenio una profunda aplicacion, produjeron en él sus estudios tan bellos frutos que formaban el consuelo y dulce esperanza de sus padres que desde la tan corta edad de su hijo se prometian de él grandes cosas en el mundo. Mas el ardiente y jóven corazón de Pedro Bautista aspiraba á cosas mas grandes y sublimes. Penetrado anticipadamente del espíritu de Dios, no tardó mucho en reflexionar que todo es aquí abajo vanidad, y yerra grandemente, el que coloca su dicha en los fugaces bienes de esta miserable tierra. Por lo mismo, decidido á abandonar las riquezas de sus padres para correr en pos de la sublime locura de la Cruz, abrazó en la fresca edad de veinte y dos años, el instituto del gran Patriarca de los pobres, San Francisco de Asís, profesando su regla el año de gracia de 1567 entre los observantes descalzos de la Provincia de San José en el rígido Convento de San Andrés del Monte de la ciudad de Arenas. Desprendido de esta manera de los lazos del mundo, con aquella alegría del corazón que hace conocer tan bien que es enteramente divina la vocacion religiosa, y cumplidos los estudios en diversos conventos de la orden, fué nombrado á poco predicador y despues lector primero de Filosofía y luego de Teología, con sumo provecho de las almas y de los afortunados jóvenes que lo tuvieron de Maestro, los cuales, como dice el Venerable Marcelo de Rivadeneida, fueron posteriormente el mas bello lustre de la Ceráfica Provincia de San José. Fué igualmente, Guardian de varios Monasterios de su Provincia, oficio que ejercitó mas bien como Padre que como superior. Y puntualmente era Guardian del Convento de Mérida en Estremadura, cuando el año de 1580 llegó allí el gran siervo de Dios Fr. Antonio de San Gregorio, que se dirijia á las islas Filipinas con intencion de establecer en ellas una mision franciscana. Pareció ésta á Pedro Bautista una bella ocasion para dedicarse enteramente al provecho espiritual de sus hermanos necesitados; y movido por lo mismo en el corazón del espíritu de Dios, quiso ser su compañero en las fatigas del Apóstolado, y con la licencia de sus superiores abandonó la España embarcándose en solicitud de almas que convertir á Cristo.

Pero llegando á las costas de México, se detuvo allí y entregándose á la predicacion del Evangelio recorrió casi todas las provincias de este vastísimo territorio con tantas ventajas espirituales de las almas, que se adquirió muy pronto el nombre del nuevo y mas grande de sus apóstoles. A los tres años de su residencia en ese pais, recibió orden de los superiores de proceder allí á la fundacion de una provincia franciscana con el título de San Diego, y sugetándose á la santa obediencia, se dedicó á llevar á efecto aquella empresa con increíble celo en desempeñar la alta mision que se le habia confiado erigiendo en poco tiempo tres conventos que proveyó despues de muy fervorosos é infatigables religiosos. En seguida pasó á Michoacan á fundar otro Monasterio, el que concluido con la misma facilidad regresó á México, de donde en fin partió en 1583 para las Islas Filipinas, á las que ya habia llegado anticipadamente la fama, de sus grandes virtudes. Habiendo arribado á Manila fundó otro convento bajo el título glorioso de San Francisco del Monte; al que retirándose despues y ocultándose por algun tiempo de la vista de todos, no pensó en otra cosa, que en levantar su espíritu á la esfera de las celestiales contemplaciones.

Una alma tan grande no podia permanecer escondida por mucho tiempo en el silencio de una oscura celda. El debió salir de ella, especialmente cuando reunidos sus hijos en capítulo en 1586 le eligieron por su supremo pastor, y durante su oficio, edificó muchos conventos especialmente á lo largo de la rivera de Bai y en la basta Provincia de Camarinis. Entregóse muy pronto el Santo al Apostólico ministerio, recorriendo siempre á pié desnudo todas las Islas de aquel vasto Archipiélago, para todo lo cual fué un verdadero ángel tutelar y una verdadera bendicion del cielo. Imposible es tener palabras con que referir los frutos de vida eterna que recogió en pocos años este gloriosísimo Apóstol en aquellas afortunadas Islas. Pero para conocer de alguna manera el grado de santidad á que habia llegado nuestro Pedro Bautista, bastará solo esta relacion. Hablando una vez de él Fray Miguel de Benavides, religioso dominico, digno Obispo entonces de la nueva Segovia y despues Arzobispo de Manila, llegó á decir: "Si estaviera en mis manos la eleccion de Sumo Pontífice, al momento elegiria al Padre Fray Pedro Bautista; "porque soy de parecer que así como ahora es la mas firme columna de

"esta nueva cristiandad, así seria apto para regir á toda la Iglesia de "Jesucristo" Y con todo, tenia tan bajo concepto de sí mismo, que se juzgaba la criatura mas indigna de la tierra y el hijo mas abyecto del Seráfico Padre, por lo que no habia ejercicio alguno por abatido que fuese, al que no se dedicara de propósito, ni hombre por pecador que fuera, á quien no se encomendase de corazon para implorar la misericordia de Dios en sus faltas. Tan obediente ademas, que reputaba por culpa no sugetarse á ningún mandato aunque emanase del mas humilde lego.

Tampoco hubo otro que con mayor libertad apostólica reprendiese públicamente los vicios de los grandes y las depravadas costumbres de los poderosos del mundo. Predicando una vez contra los malos tratamientos y tiranía que hacian sufrir á los pobres indios sin mas causa que ser vasallos, usó de palabras tan francas y libremente apostólicas, que dejó sumamente ofendido y mortificado á un gobernador, quien aunque aconsejado de un perverso adulador de su corte á deshacerce del predicador le respondió que ninguno otro le habria hablado así, si Pedro Bautista no fuera un santo. Ni la fama de sus virtudes quedó encerrada en solo aquellas Islas; sino que dando vuelta al mundo llegó á la corte de Felipe II, rey de las Españas, á quien habiéndosele presentado una favorable ocasion, lo nombró Obispo de la nueva Caseres ó Camarinis. Pero Dios que tenia sobre él muy diversos designios, dispuso que ya hubiera pasado de las Filipinas al Japon donde le esperaba una corona mas brillante y gloriosa.

Ni fué tan solamente Pedro Bautista Santo é Ilustra por los muchos milagros que obró aun en su vida, sino tambien doctísimo especialmente en las ciencias divinas, escribió varios opusculos, y el principal de todos el que tiene por título *Consultationem moralem regularem*, que se conservaba manuscrito en el convento de San Andres de Arenas, donde habia tomado el habito de los Menores y del que habló el docto Padre Jacinto Sbaraglia. Y baste por ahora lo dicho de él: pasemos ahora al Santo Fray Francisco de San Miguel.

Nació este Apóstol de Jesucristo en el pueblo, llamado la Parrilla de la Diócesis de Palencia á poca distancia de Valladolid en Castilla la vieja, fueron sus dichosos padres, Francisco de Andrata y Clara de Arco, ambos de respetables familias así por la nobleza de su cuna como por

sus cristianas virtudes, en las que pusieron todo empeño en educar desde su niñez á su hijo. De aquí provino que el pequeño Francisco, tanto por la santa educacion recibida de sus padres, quanto por la dulcísima índole de su alma, desde los primeros años de su edad era mirado como el mas amable y agraciado jovencito de toda Castilla; donde no habia alguno que no lo amase mucho y se sintiese inclinado á su persona solo con verlo, por su bellissimo ingenio, tierno y espasivo corazon y compostura en todas sus maneras. Brillaba en sus ojos tal candor y modestia, que junto con el atractivo de la edad, lo hacia parecer no hombre sino ángel bajado del cielo. Sentia tan bajamente de sí, que admiraba aun á las personas mas provecas y ejercitadas en las virtudes. Nada diremos de su docilidad y sumo respecto que tenia á sus padres y veneracion que siempre profesó á los eclesiásticos. Sus palabras eran de singular gracia y suavidad, tanto que ninguno observó en él la mas pequeña cosa que desagradara. Faltan espresiones para manifestar la pureza de afectos con que su jovencita alma daba adoracion á Dios su Creador y veneraba á la dulce reina de los cielos Maria, á la que desde muy pequeño habia con sagrado enteramente su corazon. Frecuentaba con mucha continuacion las Iglesias, pasando muchas horas en deshogar su devocion ante de Jesus Sacramentado; para conocer el profundo horror que sentia á toda clase de pecados, bastará decir que por todos era llamado con el titulo de "El niño de la pura conciencia"

Una alma prevenida tan anticipadamente de la gracia de Dios, no podia dejar de procurar escapar de los lazos que de tantos modos tiende á la virtud el enemigo de todo bien. Apenas habia cumplido los diez y seis años de edad, cuando resolvió Francisco volver las espaldas al mundo y refugiarse en la Sta. Religion de los frailes menores observantes de la Provincia de la Inmaculada Concepcion; profesando la regla franciscana en 1560 en el rígido convento de Calahorra en calidad de simple lego aunque muy delicado en su constitucion y no poco instruido en las letras; tanto así habia penetrado el sentimiento de la santa humildad en su alma! Allí moró tres años con una vida muy penitente y devota, hasta que fué mandado á habitar en el santuario de Abrojo, que honró con el ejercicio de las mas bellas virtudes, especialmente de la pobreza que amaba sumamente y que frecuentemente veneraba en la desnudez de nues-

tro Crucificado Señor. Fué tan limpio en su alma y tan en extremo amante de la santa pureza, que jamas fijó la vista en ninguna muger por nada de este mundo. Aspirando á mayor perfeccion pasó en 1567 de la Provincia de la Concepcion á la mas austera de los descalzos, llamada de S. José; á donde habiendo llegado en el mismo año, el mencionado gran siervo de Dios Fray Antonio de S. Gregorio á solicitar religiosos que conducir á las Filipinas, se unió al mismo y partió en compañía de S. Pedro Bautista para México, en cuya Capital permaneció de orden de los superiores. Encomendado Pedro Bautista de la fundacion de la nueva Provincia de S. Diego como se dijo arriba, le ayudó mucho Francisco haciendo frecuentes y dilatados viages, siempre descalzo, no sin sufrir continuos trabajos y privaciones de toda clase, pero siempre, con admirable constancia y heroica paciencia, especialmente en el país de los Chichimecas barbaros y feroces salvajes, que en cumplimiento de la santa obediencia tuvo que recorrer enteramente, y donde padeció graves insultos, contumelias y villanias. Habiendo pasado en 1583 de México á las Islas Filipinas en compañía del mismo S. Pedro Bautista, fué enviado por sus prelados, aunque lego y en un todo ignorante de la lengua del lugar, á evangelizar la vasta provincia de Camarinis. Llegado allí, obró tantas conversiones y recogió tantos frutos en provecho espiritual de aquellos pueblos idolatras, que fué visto como milagro por todos, religiosos é indígenas. Y lo fue verdaderamente; porque no una sino multitud de ocasiones se le oyó predicar el santo nombre de Dios en la lengua de los Camarinis con tanta precision, exactitud, soltura y propiedad de palabras, que asombraba á los mismos naturales, quienes llegaron á confesar públicamente que ni aun á ellos mismos sería facil hablar tan bien en el idioma de su propio país.

Hallábase una vez Francisco en compañía de un sacerdote de su orden en una Iglesia dedicada á Señor San José á quien profesaba la mas cordial devocion. Vínole deseo de predicar las glorias de este gran patriarca y pidió para ello licencia al ministro de Dios, quien le contestó que de muy buena gana se lo permitria si supiese la lengua Bicol ó de Camarinis. A lo que respondió Francisco: "Déjame hacer á mí, hermano y no te turbes por esto; porque no faltará á Dios modo de desatar mi lengua de la manera que mas le agrada" Lo que oyendo el sacerdote le con-

cedió la licencia; y Francisco en medio de una gran multitud de cristianos reunidos para asistir á la misa, hizo el elogio del santo y de su immaculada María con tal fervor y celo, con tan escogidas frases y propiedad de expresiones quedando todos tan absortos y maravillados, que clamaron á una voz que no él sino el Espíritu Santo habia hablado por su boca. Ni dejó Dios de ilustrar la predicacion de este su siervo fiel con otros frecuentes milagros. Una vez (y baste este por todos) viviendo en la misma provincia de Camarinis, le noticiaron los cristianos que una muger idólatra se hallaba al punto de morir sin querer decidirse por mas instancias que le hicieron á recibir el Santo Bautismo. Francisco corrió al momento al lugar donde se hallaba aquella miserable, á la que encontró casi en agonía; pero movido del espíritu de Dios le abrió con una mano la boca y con la otra hizo sobre ella la señal de la santa Cruz. La muger con sumo asombro de los circustantes sanó al momento, y las primeras palabras que habló fueron estas: "Dadme el santo Bautismo!"

De la Provincia de Camarinis fué mandado Francisco á Manila, donde ejerció por algun tiempo el oficio de portero, y en seguida pasó á ayudar al venerable Fray Juan Clemente en el cuidado del Hospital que los menores habian fabricado inmediato á su convento, en beneficio de los pobres de aquella ciudad; oficio que ejerció con tanta caridad y amor que dejó á todos admirados. Por último pasó al Japon en compañía de Pedro Bautista donde Dios le preparaba la corona del martirio en premio de sus apostólicas fatigas. Pasemos ahora á la vida de San Gonzalo Garcia.

En el año 1557 nació Gonzalo en Bazain, ciudad grande de la India oriental, y propiamente del reino de Decan, á ochenta leguas de Goa, perteneciente á la Corona de Portugal, que la conquistó en 1534, despues de la terrible guerra sostenida contra las armas del feroz Maralá: fué su padre portugues de nacion, su madre natural de las islas Canarias, ambos de noble cuna y fervorosos cristianos. Salido apenas de la infancia, fué dedicado á los estudios en el colegio de los Jesuitas, donde muy pronto se adquirió fama de un jóven no solo de claro ingenio, sino tambien de suave índole y santas costumbres. Aun no cumplia los quince años de edad, cuando abandonando su patria se embarcó en compañía de algunos misioneros en un navio que se dirigia al Japon, al que habiendo arribado en 1572, se ocupó con empeño en el

comercio, aunque no tanto que pudiese en él mas la sed del oro, que atesorar bienes incorruptibles para el cielo. Así es que fastidiándole muy pronto su ejercicio, lo abandonó enteramente y aprendiendo con perfeccion la lengua Japona al grado de creersele nativo de esa tierra, mas bien que extranjero, se unió á los padres misioneros de la compañía de Jesus sirviéndoles de catequista en sus predicaciones apostólicas. Indecibles decir el celo con que se dedicó Gonzalo á desempeñar este oficio tan delicado y los bienes que con él hizo á aquellas infelices poblaciones como presagiando lo que mas tarde debia ocurrirle en esas mismas tierras. Muchas veces entró en disputa con los Bonzos ó sacerdotes de los ídolos sobre muy importantes puntos de religion, quedando siempre victorioso en grandes y frecuentes concursos de cristianos y gentiles; lo que indujo á multitud de idólatras á abandonar el culto de las falsas dividades, para adherirse á [sus palabras abrazando la santa religion de Cristo. Cuéntase entre otros sucesos, que una familia muy noble y rica se hallaba presente á una de estas disputas, y viendo á los Bonzos vacilar, ó mejor dicho confundidos por los argumentos de Gonzalo, darse en fin por vencidos y huir llenos de vergüenza, tocada de la gracia de Dios se convirtió toda entera pidiendo al instante el Bautismo.

Otras muchas cosas y todas maravillosas, obró Gonzalo en el Japon en servicio de Dios y provecho espiritual de aquellos pueblos cristianos, que por lo mismo lo tuvieron siempre en grande estimacion, venerando su nombre como el de un verdadero apóstol de Jesucristo, hasta que despues de ocho ó diez años, dejando aquel país, se embarcó de nuevo para las islas Filipinas, en las que se detuvo algun tiempo edificando á todos con la santidad de su vida. Ultimamente, llegado á Manila y recordando aquellas palabras de Jesucristo: "Si quieres ser perfecto, ve y vende cuanto tienes y dalo á los pobres" Aplicándolas como dichas á su persona, dis tribuyó á los mismos cuanto aun poseía y en 1587 vistió el penitente habito de San Francisco en el convento de observantes descalzos de la espresada ciudad, titulado de Santa María de los Angeles. Un año despues y en que contaba treinta y uno de edad, profesó con grande gozo de su alma en manos de S. Pedro Bautista custodio en esa época y con el que debia posteriormente conseguir la palma del martirio.

Por algunos años pasó una vida muy penitente y mortificada en el

mencionado convento de Manila, y de allí en el hospital de la ciudad; donde por su heroica caridad en socorrer á los pobres enfermos especialmente á los extranjeros los mas abandonados de todos, se adquirió generalmente el nombre de Santo. En fin, los designios inescrutables de la Providencia, le llevaron nuevamente al Japon, lugar preparado por Dios para mayores triunfos de la fé. Baste lo dicho para la integridad de esta historia pues ya es tiempo de reanudar el hilo de los sucesos.

Llegados pues Faranda Khiemon y Pedro Gonzales de Carbajal á Nangolla, ciudad muy grande y de mas de cien mil habitantes á tres leguas de Firando, y presentados á Taicosama Quavacundono, le ofrecieron los regalos de parte del virey de las Filipinas anunciándole juntamente que cuatro religiosos de la orden de S. Francisco enviados por el mismo como embajadores, habian desembarcado en Firando, donde esperaban sus órdenes. Oído esto por el emperador, se alegró sumamente y llamando á su presencia á dos grandes del reino, les mando se fuesen al punto á aquella ciudad, á fin de saludarlos de su parte, honrarlos conforme á su grado, acompañarlos á Nangoya y conducirlos ante su trono. Y así se hizo. Pero los santos misioneros no admitiendo los preciosos vestidos y las ricas cabalgaduras que para mas honrarlos les mandaba el emperador Taicosama, quisieron mejor hacer el viaje á pie segun el espíritu de la regla franciscana, con gran sorpresa y admiracion de los mensajeros que los acompañaban. Los ciudadanos de Nangoya sobre todo, acudían de todas partes á verlos, maravillándose no poco y no pudiendo persuadirse á su llegada, que hombres tan pobres á la vista fuesen los embajadores de un tan gran señor como Felipe II Rey de las Españas. Y sin embargo, Dios en sus inesplicables consejos habia dispuesto que esos pobres religiosos descalzos consiguiesen un solemne triunfo sobre el corazón del mas fiero tirano, que acaso habia entonces en el mundo, manifestando así para nuestra enseñanza, que la Providencia acostumbra si empre elegir manos puras é inocentes para obrar grandes cosas en beneficio de los mortales.

Sabedor Taicosama de que los embajadores de las Islas Filipinas se hallaban próximos á Palacio, reunió á todos los ministros de Estado y príncipes de la corona, y rodeado de ellos subió en un alto y riquísimo

trono y allí los esperó en medio de un gran concurso del pueblo. Llegados los religiosos á su presencia, llenaron de asombro á aquel soberbio emperador del Japon, que á decir verdad, quedó por un momento fuera de sí á la vista de aquellos franciscanos descalzos, ceñidos de una cuerda y sin mas ropa que un grueso y pobre sayal de lana. Pero á poco, como si Dios en aquel instante le hubiese manifestado la elevada santidad que se ocultaba bajo aquellas pobres ropas, tomó de aquello un motivo de grande edificacion, así es que dando en voz alta las gracias á Faranda Khiemon de haberlos conducido á su reino, exclamó con universal sorpresa, "Estos son los verdaderos caballeros de Dios." Y acogiéndolos segun las costumbres de los japones, hizo señal á Pedro Bautista, como á Gefe de la embajada, para que expusiese los motivos que lo habian llevado al Japon. Entónces, poniéndose en pie Pedro Bautista junto con el santo Fray Gonzalo su intérprete, acercándose al trono é inclinándose profundamente, ante el emperador, respondió de ésta manera: "Gomez Perez de Marina, gobernador de Manila Virey de las Filipinas, á nombre suyo y de nuestro Rey Felipe II. poderoso Monarca de Castilla y de Leon nos envia á tí Señor, como á sus embajadores, no solamente con el fin de saludarte y rendirte los homenajes que corresponden á tu alta magestad, sino tambien, que si verdaderamente deseas tú ser su amigo, lo desea él igualmente de todo corazón, como te dignes celebrar alianza con él. Pero para conocer mejor la voluntad de mi Señor, he aquí la carta que te remite por nuestro conducto;" y se la presentó Taicosama quien tomándola de las manos de Pedro Bautista, con alegre semblante la leyó en presencia de todo aquel concurso.

CAPITULO VI.

TRATADO DE PAZ ENTRE EL JAPON Y ESPAÑA.

LEIDA la carta remitida por el virey de las Filipinas por el conducto de los embajadores franciscanos, se levantó Taicosama Quavacundono de su asiento, y en presencia de todos los que le rodeaban en muestra de alto honor que le correspondia, con voz soberbia comenzó á hablar así: "Cuando mi nacimiento el sol que apenas salia en ese punto del seno del mar, reverberó sobre mi pecho sus refulgentes rayos. Consultados por mis padres, los adivinos, á fin de saber el significado de aquel portentoso suceso, todos respondieron unánimemente, que lo que significaba era que debia yo con el tiempo llegar á ser dominador supremo de todos los paises de Oriente á Occidente. Y que acertaron en el vaticinio, se manifiesta claramente de lo que voy á referir. Eran ya pasados ciento y cuatro años, sin que el Japon pudiese llegar á conseguir la unidad de gobierno; porque de esa época á la actual ninguno ha podido someterlo á su cetro excepto yo, que despues de diez años de guerra logré obtener este gran bien, hecho señor de todo el Imperio. Ahora bien, para el cumplimiento de la alta profecía de los adivinos, lo conveniente era que el Estado de Luzon se me sometiera y jurase obediencia como á su supremo señor; porque si así no lo hiciere me veria obligado á declararle la guerra, como lo hize con el reino de Corea y la gran China, cuyo Rey por el gran temor que concibió de mis ejércitos, me mandó prontamente una embajada, ofreciéndome por esposa á su misma hija. Por lo tanto no resta al virey de las Filipinas sino una de estas dos cosas que elegir: ó pronta obediencia ó próxima guerra"

Oidas esta y semejantes palabras, se acercó Pedro Bautista á Gonzalo su interprete, y le ordenó que acto continuo contestára al Emperador sin separarse un punto de cuanto le habia anteriormente comunicado. Entonces el obediente religioso; llena su alma de santo ardor y con aquella evangélica libertad que acostumbra Dios conceder á sus siervos cuando están delante de los tiranos de la tierra, acercandose al trono de Taicosama Qua-

vacundono le habló con tal franqueza, que asombró grandemente á todos los que allí se hallaban presentes: "Porque, dijo aunque te tributamos Señor grandes elogios por el bien que haces á tus súbditos y la prudencia y juicio con que los gobiernas, te decimos sin embargo con toda franqueza, que ningun derecho tienes sobre Luzon; si te agrada vivir con el en paz y amistad, paz y amistad tendrás, pero no obediencia, porque esta no se te debe ni tampoco la has pedido. Recuerda en efecto la carta que enviaste al gobernador de Manila, y recordarás que está en contradiccion con las palabras que acabas de pronunciar. ¿Qué mas? Aquí se halla presente tu embajador Faranda Kiemon, que intérprete de tu voluntad, aseguró mil veces en tu nombre á Gomez, virey de las Filipinas, que no tenias otro intento que vivir en amistad con él. Y de esta puntualmente somos, ¡oh rey! los conductores, si así te agrada."

A estas palabras de Fray Gonzalo replicó las siguientes Taicosama: "Cierto es que por medio de la carta enviada por Faranda á los de Luzon no pretendia otra cosa que estar en paz con ellos; pero yo dudé mucho que se admitiera la promesa. Y cabalmente así como fué esta la causa de que declarase la guerra al rey Nobe-Corea, la misma me mueve ahora para apoderarme de Luzon con el valor de mis ejércitos que tengo ya preparados al combate." A lo que contestó Fray Gonzalo García: "Aseguro con toda verdad que ignoro las costumbres de los de Corea; pero en cuanto á nosotros, españoles, que adoramos al verdadero Dios del cielo y de la tierra, bien puedo decirte que hacemos un sacramento de la palabra dada á quien fuere por cualquier motivo racional y honesto. Sabe en fin, que por mas que hagas jamás tendrás nuestra obediencia; porque somos cristianos y como tales no acostumbramos obedecer sino solo á Dios y nuestro rey que nos gobierna en su nombre. Ni creas que á él se le da cuidado de tus amenazas, porque es poderosísimo y sobre todos los reyes de la tierra. El domina de Oriente á Occidente de las partes Meridionales á las de septentrion. Su cetro toca los confines del Mundo y jamás se pone el sol en su Imperio, que se extiende del Antiguo al Nuevo emisferio, así es que todos los mares se ven surcados por sus naves, que son muchas y poderosas y sostenidas por fuertes y aguerridos ejércitos de tierra. Sus aliados son numerosos, tanto que el glorioso pabellon español ondea respetado, y temido en Europa, en América y hasta en medio

del Oceano. ¡Por lo mismo, hay de aquel que se atreve á injurarlo! Sabe también señor, que Manila ya está enteramente preparada á la defensa; y suponiendo que consiguieras sorprender á Luzon, poco tiempo te duraría el triunfo, porque al instante se moverian en su contra numerosos ejércitos de mar y tierra de todas las costas que están esparcidas sobre la faz del Mundo, tanto, que tus soldados por bravos y aguerridos que sean quedarían envueltos, por todas partes vencidos, y desechos con gran vergüenza tuya y proximo peligro de perder aun este tu floridísimo Imperio. De-secha pues la idea de causar miedo á nuestro señor y rey, quien así como jamás ha pagado tributo á ninguno, nunca le ha acontecido dejar de salir victorioso de sus enemigos. ¿Qué será mejor para tí, Señor, vivir con él en paz, ó moverle guerra, que en último resultado siempre será funesta para tí? Porque ten entendido que nuestro soberano aunque tan grande y poderoso sabedor de tu alta prudencia y sumo acierto en gobernar bien á tus súbditos, por conducto de nosotros sus embajadores está dispuesto á formar alianza contigo, verdadera y firme con tal que desechando toda idea de conquista sobre las Islas Filipinas, te limites á tratar amistosamente con él. Ni temas que pueda violar su promesa; porque nuestro rey así como jamás acostumbra sufrir insolencias de cualquiera que sea, sin una justa y pronta venganza, así no hay tampoco quien se conserve mas fiel á sus juramentos. Y para darte un testimonio cierto de lo que decimos, nosotros sus verdaderos representantes, estamos prontos á permanecer en tu reino, te serviremos y amaremos cual si fueses nuestro padre y nosotros tus hijos, con la sola condicion de que nos permitas vivir segun las leyes de nuestro Señor Jesucristo, Rey del universo, á cuyo nombre se inclina la tierra, tiembla el infierno, y alaban reverentes los ciudadanos todos del cielo. Reflexiona pues, Señor, y decide: porque si te agrada la amistad y alianza del rey nuestro señor, su-jetaremos á tu consideracion los pactos y condiciones de la misma, que nos ha dado por escrito Gomez Perez de Marina, virey de Luzon y gobernador de Manila."

De esta manera terminó el discurso que San Gonzalo Garcia dirigió al Emperador por mandato de San Pedro Bautista en pro de la Nacion Española; y á decir verdad no se necesitaron mas palabras. Porque Taicosama, convertido en un momento en otro hombre, se rindió en fin, mudan-

do improvisamente de parecer, y olvidando las falsas profecias de los adivinos, con general sorpresa de su Corte, prometió á los religiosos embajadores, que ya no tendría en lo sucesivo otro deseo, que vivir en amistad con el rey de las Españas y en paz con la isla de Luzon. Sin duda la franqueza con que le habló el Franciscano debió conmovér no poco el alma inquieta de Taicosama; pero á quien bien considere su vida pasada en las mas desenfadadas pasiones, su génio feróz y su corazon deseoso de gloria y lleno de ambicion, no dejará de comprender que no podia esto haber sobrevenido sino en virtud de un milagro obrado por Dios para mayores conquistas de su fé. Porque en efecto, el Emperador Quavacundono no solo consintió el que permaneciesen los franciscanos en su reino todo el tiempo que quisiesen, sino que hizo la mas solemne promesa á Pedro Bautista, superior de los mismos, de proverles en todas sus necesidades. Acto continuo, estrechándole la mano en señal de alianza con el rey de las Españas, cuya persona representaba, bajó del trono, y en presencia de Faranda Khiemon, del capitan Pedro Gonzalez de Carbajal, Ministros de Estado, Príncipes de la Corona y de cuantos allí se hallaban reunidos, cristianos y gentiles, quedó concluida la paz y firmados los artículos, que por condicion de la alianza entre el Japon y las Filipinas le habian sido enviados por el Gobernador de Manila por conducto de sus embajadores, y eran del tenor siguiente.

1.º "El Emperador del Japon quedará obligado á despachar anualmente cinco navios llenos de cereales en auxilio de la poblacion de Manila, prometiendo ésta de su parte pagarlos á precio conveniente."

2.º "No deberá permitir jamás que de sus puertos salgan para las Islas Filipinas, naves con corsarios ú otra clase de gente que pueda de cualquiera manera comprometer la paz y amistad concluida en beneficio comun. Y á fin de que los habitantes de Manila estén seguros de esa disposicion tan importante al libre comercio de ambos estados, el Emperador del Japon deberá firmar de su mano el Tratado, y autorizado con el Real Sello, mandar cópia al gobernador de Manila con el objeto de que pueda informar á su rey de este documento."

3.º "En el caso de que enemigos poderosos asaltasen al Japon ó á las Islas Filipinas, ambos Estados deberán auxiliarse mutuamente, como conviene á dos amigos estrechados con vínculos de alianza, é igual-

mente deberán prestarse socorros mútuos en cualquiera otra necesidad que pudiese sobrevenir á uno ú á otro de los espresados Estados."

4.º "Finalmente, si como es de esperar quedase concluido este Tratado de paz entre el Emperador del Japon y del Virey de Luzon, no tendrá de parte de éste todo su efecto, hasta tanto que se le haga saber al Rey católico Felipe II, su augusto Soberano.

Concluida así la paz, no poco honrosa por cierto para la Nacion Española y las Islas Filipinas, los santos embajadores, que como se ha dicho habian ido allí por la gloria de Dios y el bien de aquellos pueblos, habrian querido al momento dedicarse al socorro de la pequeña y atribulada cristiandad de Nangolla tan necesitada de mano fuerte y excelentemente apostólica, que la elevara á nueva vida, de la esclavitud y envilecimiento á que se hallaba reducida. Pero vieron que aun no era tiempo de intentarlo. Así es, que humillados delante de aquel Dios que solo da el crecimiento en las empresas de la fé, le dieron por entonces las debidas acciones de gracias, rogándole ardientemente les diese su poderoso auxilio para no perdonar peligros, fatigas, hambre, sed ni aun la muerte, si tanto fuese necesario, para dilatar su santo reino en aquellas bárbaras regiones y para el provecho espiritual de esas pobres gentes. Y ya veremos en el curso de esta historia como escuchó Dios plenamente los votos de éstos sus siervos fieles, destinados por la Providencia para fecundar con su propia sangre el vasto imperio del Japon, primicia de mártires en esos países que los ángeles harian nueva fiesta en el cielo ante el acatamiento de Dios y del Cordero sin mancha. Entretanto es de saberse, que no contento Taicosama Quavacundono de haber honrado en tan gran manera á los humildes franciscanos, quiso en ese dia detenerlos á comer en su mesa, cortesía que aceptaron de buena voluntad los siervos de Dios. Ultimamente, por orden del mismo fueron conducidos en una rica nave á Meaco, capital entonces del imperio, donde habiendo llegado, fueron recibidos por los ciudadanos como tales Embajadores, con muestras de extraordinaria alegría, especialmente de los cristianos. Permaneciendo allí por algun tiempo y siendo tratados con todo género de honores por un tal Ugen, hombre muy respetable, y por los principales de la corte, pudo descansadamente el santo comisario por medio del capitán Pedro Gonzalez de Carbajal, que habia ido en su compañía á Meaco, remitió á su provincial de las Filipinas

una larga relacion relativamente á cuanto le habia pasado hasta aquel momento en el Japon. De cuya carta creemos conveniente referir algunos trozos que nos parecen de suma importancia, tanto por la sencillez con que espone el santo en ella los sucesos que le habian pasado, cuanto por las curiosas noticias que dá de aquellos países. Habiendo pues referido al principio los trabajos y peligros padecidos en el largo viage de Manila á Firando, y contado el tratado de paz concluido en Nangolla, no sin especiales alabanzas á fray Gonzalo por la bella y eficaz manera con que se portó con el emperador del Japon, prosigue así.

"De lo dicho hasta ahora se manifiesta claramente, de cuanta importancia haya sido nuestra venida al Japon por cuyo Rey fuimos recibidos con la mayor benignidad, prometiendo proveernos de sustento y de casa donde alojarnos. Fué nos en verdad muy útil que fray Gonzalo supiera la lengua Japona, porque habló con el rey por espacio de media hora con tanta franqueza, valor é ingenuidad, que todos los grandes del reino quedaron confundidos al escucharlo, postrándose en tierra con demasiado respeto. El rey estaba sentado sobre un rico tapete, segun las costumbres Japonas. Concluida la paz nos condujeron en señal de honor á un departamento muy hermoso y guarnecido todo de oro, y allí se nos sirvió la comida y se nos dió de beber en vasos de oro el licor que llaman *Cha* en Japon. Y cuando comiamos vino el emperador á sentarse á nuestro lado, y acercándose á mí tomó la cuerda, y golpeándose con ella ligeramente la espalda, dijo riendo, que la disciplina no debia ser muy agradable. Habló un poco despues con fray Gonzalo, manifestando que lo conocia y la habia visto otras veces en sus tierras. Tambien dijo algunas cosas sobre nuestro modo de vida, hasta que concluida la comida fuimos llevados á nuestra habitacion.

"Despues de pasado todo esto, el Emperador nos mandó decir por medio de un hombre muy respetable, que nos debian conducir á Meaco, la mas principal de las ciudades del Japon de mas de cien mil habitantes donde tiene su palacio real, á cien leguas de Nangolla. Para hacer el viage, puso á nuestra disposicion un navío con las suficientes provisiones hasta nuestro arribo á dicha ciudad, donde fuimos alojados en casa de un hombre muy noble y rico. El cual hablando un dia, de nosotros con el Emperador, tuvo orden suya para proveernos de fuego y de ropa para re-

sistir el rigor del frio; y replicándole nuestro huésped que jamás nos acomodariamos á recibir otros vestidos, respondió el Emperador: que puesto que le habiamos prometido tenerlo por padre, era de nuestro deber obedecerle y en consecuencia, estar dispuestos á hacer su voluntad vistiéndonos de buenos paños para no morir de frio, Y en efecto, poco despues, le vimos sacar de una caja algunas ropas largas muy hermosas y guarnecidas de seda. Y preguntándole por qué hacia aquello, respondió: que nos las mandaba el Emperador para que nos vistiésemos. Pero yo le dije que no las necesitábamos, ni nós pondriamos otra ropa distinta de la que acostubrábamos usar; y así lo hicimos á pesar del frio que hacia.

“En la ciudad de Meaco, que junto con otros dos ó tres reinos es gobernada por un primo del rey, hay muchas casas de señores, hermosas y ricas, especialmente el palacio del Emperador llamado Quabacundono, quien mandó una vez á su primo á visitarnos y convidarnos á comer, lo que ejecutó, comiendo con nosotros, ademas el gobernador de la ciudad y el señor que nos alojaba, delante de muchos caballeros que nos estaban mirando en la casa en que comiamos.

“Durante la comida, se habló de muchas cosas de las que nada diré en esta relacion, habiéndome propuesto no escribir sino lo que he visto y tocado con las manos. Los cristianos contentísimos de nuestra venida á Meaco, nos han recibido con mucha alegría, porque anteriormente una de sus afixiones era no poder hablar con ningun religioso pero ahora lo hacen con nosotros. Escuchan los sermones con tanta devocion, recogimiento y silencio, que hemos quedado muy edificados de verlos. Los pobres cristianos que están distantes de Meaco, no teniendo otros misioneros, se ven obligados á venir á confesarse á esta ciudad con los padres de la Compañía de Jesus que aquí moran, haciendo con tal objeto hasta tres leguas de camino. Puede decirse que en todo el mundo, no hay gente tan bien dispuesta á aprender las cosas de la fé reteniéndolas en la memoria por toda su vida, como esta del Japon. Frecuentemente me han preguntado sobre diversas cuestiones tocantes á la predestinacion: lo digo, para que aquellos que vengán en lo sucesivo á estos lugares, sepan con tiempo á cuantas dificultades será necesario que respondan. Aquí hay muchos, que aunque casados, hacen no obstante voto de castidad; por lo demas la gente del

pais es generalmente muy templada asi en la bebida como en la comida muchos jamás toman vino, por lo que es raro ver ébrios en estos lugares. El clima del Japon es sano aunque frio; sus habitantes son altos y gruesos, y que á primera vista parecen personas de mucho comer, bien que su comida sea muy pobre y parca. Con todo, viven muy sanos y mucho tiempo; y para prueba, refiero, que una vez vino á buscarme un hombre muy viejo que tenia padres de cuatro generaciones.

Los Bonzos, que así llaman á los sacerdotes de los gentiles, segun se nos ha informado, no comen carne ni pescado, y sin embargo, al verlos parecen tan gordos como nütrias. Dicen que solo en ésta ciudad llega su número á ocho mil. Añaden que el Emperador mandará diez y siete mil á la Corea, para que aren allí la tierra, la cultiven y auxilien las necesidades de aquella poblacion. Si es verdad esto grande será nuestra utilidad; porque siendo nuestros mas encarnizados enemigos partiendo allá en tan gran número, esperamos sean muchas las conversiones de los gentiles á la fé. Os hago tambien saber, que llegando á Firando, vino un padre de la Compañía de Jesus á visitarnos, regalándonos con pan, gallinas y frutas; y esto ocurrió propiamente en el puerto, donde primero llegamos, sin salir de allí, porque es costumbre en éste país que los Embajadores que vienen al Japon no visiten á los naturales hasta tanto que han rendido los homenajes debidos al Emperador. Y por esta causa no pudimos ir á dar las gracias á los padres de la Compañía como lo deseabamos. Y si tampoco lo hicieramos, en Nangoya fué porque apenas cumplida la embajada nos hizo embarcar el Emperador para Meaco. Pero llegados allá fuí á visitarlos antes que fuesen ellos á visitarnos.

“Los Japones que por razon de comercio van á Manila, cuando están de vuelta en estos lugares, cuentan de esa ciudad cosas de tan poca importancia que nos causó suma admiracion. Entre las que contaron al rey fué una de ellas, que los padres de la Compañía querian oponerse á nuestra venida al Japon lo que sabido por el Emperador, mandó por un Cristiano venido de Manila á informarse si aquello era cierto. Mas él respondió, que aunque lo habia oído hablar así, no podia asegurar su verdad. Entonces el Emperador mandó llamar á Faranda y haciéndole la misma pregunta contestó no saberlo. En fin, envió por uno de nuestros criados, que era esclavo del rey, quien preguntado en los mismos

términos, dió igual respuesta. Entonces dijo el emperador: ¿Son acaso los padres de la Compañía dueños de mis tierras para impedir que vengan á ellas los padres Franciscanos? Si averiguo la verdad no quedará uno de ellos en estos mis Reynos!

“El Japon es un lugar propio para observar la regla de nuestro Instituto del mismo modo que en España; tanto que dentro de breve podrá establecerse una hermosa provincia de mas de cuarenta conventos con diez ó doce religiosos en cada uno, porque son muchas las ciudades y pueblos en estos lugares; y el emperador nos está fabricando uno inmediato á Meaco, que segun se nos informa, será el mas bello de esa ciudad. Pero los religiosos que acá vengan despues, dejen á un lado los negocios propios del gobierno, porque en los que me he ingerido nos han costado grandes trabajos: tanto mas, que aquí no quieren embajadores religiosos, sino seculares muy ricos, con el objeto de que regalen á los que los visitan segun la usanza de los japones, que quien da más, es el mas afortunado en conseguir sus intentos. Tambien os ruego, que por conducto de algun Japon, mandeis dos gatos de Algalia y un pequeño perro de caza al Emperador, que me los ha pedido. Sabed por último, que ya mandó el Rey se nos dé una casa con su huerta, porque la que habitamos actualmente está en tal estado que tendremos que abandonarla pronto.

“Caminando una vez nosotros por un camino solitario fuimos muy perseguidos de los infieles, pero en medio de sus amenazas nos encontramos despues con un niño cristiano que nos hizo muchas caricias. Tambien otra vez que transitábamos por otra senda, se nos acercó un enfermo llevando en la mano una taza de agua y mojando en ella nuestro cordon y bebiéndola, en seguida al instante quedó sano; son muchos los cristianos que de todas partes vienen á visitarnos. Los infieles frecuentan con mucho gusto sus templos, donde rezan sus oraciones y escuchan con placer las pláticas de los Bonzos; esto es un bien para nosotros, porque convirtiéndose á la fé católica, no tendrán dificultad en frecuentar tambien nuestras iglesias. Cuando se trató de mandar al Emperador los regalos que de allá trajimos, se opusieron muchos diciendo no estaba bien presentar tan poca cosa á un señor tan grande. Pero su embajador contestó que nada importaba al rey lo poco ó mucho de los regalos con tal que le fueran presentados por los padres Franciscanos.

En esta ciudad de Meaco hay mucha y buena artilleria y arcabuces y naves que trabajan los japones con suma facilidad. Dicen no obstante, que los soldados de este país no saben tirar con fusil, aunque diariamente consumen con ese fin mucha pólvora. El dia que nos convidó á comer el rey de Meaco en su palacio, vimos delante de la puerta del mismo, cuarenta y siete piezas de artillería dispuestas ya para la guerra y fundidas todas en ese mismo año de 1593. Convendria fabricar un convento en la ciudad de Nagasachi, ó en sus inmediaciones, en razon de que todos los Portugueses que arriban de Meaco, vienen á desembarcar á ese puerto para proveer se de las cosas necesarias á la vida. Y este convento seria de grande utilidad, no solo á los Portugueses que llegan á Nagasachi, sino tambien á los que por su comercio residen en dicha ciudad, que son muchos y nos darian con gusto limosnas como si estuviéramos en España, habiendo aquí suma abundancia de todas las cosas necesarias para vivir. Ademas, seria menester que pasando á habitar en él algunos religiosos, á lo menos uno de ellos supiese la lengua Portuguesa, pues segun me han dicho, muchos quisieran confesarse con los nuestros. Por lo cual procurad mandar en este año á lo menos otros seis religiosos, cuatro para Nagasachi y dos para Meaco.

Ahora quisiera saber, si pudiéramos sin temor de pecado retener para nuestro uso quanto el emperador nos va donando; y lo digo, porque él ha subyugado tiránicamente el imperio. En efecto, cuentan que primeramente fué capitán general, y que sabiendo haber muerto el emperador, se levantó y dijo: yo defenderé al nieto de mi rey hasta que llegue á la edad de poder reinar; pero en vez de ello se hizo dueño de todos los reinos del Japon, que anteriormente se gobernaban con independencia. Y por esto os pregunto, si los cristianos é infieles, que como esperamos se convertirán á la Religion Católica, podemos retener quanto hasta ahora nos ha dado el emperador y recibir quanto en lo sucesivo nos fuere donando. Tambien os notició que este rey ha subyugado gran parte de la Corea, que es muy poderoso, poblado y muy provisto de toda clase de animales, especialmente domésticos. El terreno de la Corea es muy fértil, y sus habitantes muy blancos y de buenas disposiciones. Últimamente os digo, que, *Messis quidem multa, operarii autem pauci: Rogemus onnes Dominum Messis ut mitat operarios in messem suam.* Conservaos sano, y sea con vos la paz de Jesucristo.— *Fray Pedro Bautista*

CAPITULO VII

EL PRIMER CONVENTO DE FRANCISCANOS EN EL JAPON Y LA SEGUNDA EMBAJADA

DE la relacion que acaba de leerse de San Pedro Bautista, se manifiesta claramente que el viage de los franciscanos al Japon, y especialmente á Meaco, centro de todo el imperio, donde habia hecho su residencia Taicosama Quavacundono, fué una bendiccion del cielo para aquella pobre cristiandad. Esta debió ciertamente alegrarse no poco al ver honrados en tal manera á aquellos pobres religiosos, no solamente por toda clase de ciudadanos sino por aquel mismo Taicosama, que ardiendo antes en rabia contra la Santa Religion de Cristo, habia hecho destruir bárbaramente todas las iglesias que se habian levantando al culto del verdadero Dios con los sudores y padecimientos de los misioneros de la compañía de Jesus: los que precipitados á mantenerse lejos de su presencia, ó mejor dicho, ocultos á la vista de todos, rogaban incesantemente á Dios que viniera en su auxilio. Y Dios que es padre de todos los hombres no dejó de escucharlos, haciendo que los franciscanos fuesen á socorrerlos en aquella empresa no menos generosa que atrevida. Porque acercándose un dia al emperador Quavacundono y recibidos por él con muestras de extraordinaria benevolencia movidos sus corazones del espíritu del Señor, le manifestaron que los padres de la compañía, no eran delinquentes como se lo habia persuadido el impío Tacuino, por solo motivo de envidia, sino antes bien religiosos santos que viviendo segun las máximas del Sacrosanto Evangelio, que en nada dañaban al imperio sino antes bien cooperaban grandemente á su prosperidad, haciendo que todos prestaran obediencia á sus órdenes siempre que no estuviesen en contradiccion con la ley de Dios. Por lo que ardentemente le rogaban se sirviese derogar el edicto de proscripcion fulminando en su contra, dando así una muestra de que verdaderamente los amaba. Taicosama los oyó benignamente y dió gusto á aquellos humildes de San Fran-

cisco de Asis de que salieran francamente á aquel vasto campo apostólico, pudiendo junto con los franciscanos volver al cultivo de la mística vida del Señor, y por último derramar juntamente su sangre sobre el mismo altar, en solemne testimonio de la fé de Jesucristo.

Pero hacia seis meses que los religiosos menores moraban en Meaco, alojados en casa del Tungen, por orden del emperador, de quien era gran favorito; y aunque recibian todo género de honores sentian gran pena en su corazon por no existir todavia en esa ciudad un convento ni iglesia de su orden, donde renir al culto público á los cristianos que de todas partes venian en su solicitud, y entregarse mas ligeramente á los ejercicios del apostolado. Pero muy pronto proveyó Dios á esta grande necesidad de sus humildes siervos. Porque encontrándose un dia con el emperador, cuando volvia á su palacio, saludándolo muy humildemente le rogaron recordase la promesa que les habia hecho en Nangolla, de proveer los de cuanto hubiesen menester; y contestándoles que lo tenia bien presente y estar dispuesto á cumplir su palabra, le dijeron los religiosos. Pues bien, Señor, nosotros os suplicamos ardentemente que os digneis concedernos un local en esta ciudad de Meaco á propósito para fundar un convento de nuestro instituto, del que tenemos suma necesidad y ademas una iglesia para hacer oracion á Dios y ejercer los sacrosantos oficios de nuestra religion. Lo que oido por el emperador les contestó muy amorosamente, tuviesen buen ánimo, porque si al momento no los habia contentado, le pesaba mucho que antes no se le hubiesen dirigido esta peticion, siendo su voluntad proveerlos segun su estado en todas las necesidades de la vida. En efecto, sin la menor tardanza escribió al gobernador de Meaco lo que sigue: "Al momento dad á los padres de Luzon un local capaz de contener una casa y un templo para ellos, asignándoles igualmente una renta necesaria á su subsistencia; y lo quiero así porque son buenos religiosos y de ninguna manera perjudiciales á mi reyno" Así es que el gobernador, llamándolos á su presencia les comunicó el decreto imperial, agregando ser de su deber llevarlo inmediatamente á efecto. Pero los padres habiéndole rogado diese de su parte las gracias á Taicosama, respondieron sin embargo no aceptaban otra cosa fuera del local para la ereccion del convento é iglesia; porque en cuanto á la renta por pequeña que fuese, les estaba prohibido por la

regla de su santo patriarca Francisco, el cual quería que sus hijos viviesen pobres como los pájaros en el aire. Ni sirvieron para mudarlos de parecer las persuaciones del gobernador, que insistiendo en que aceptasen las rentas, decía, que de otro modo no podrían vivir en la tierra del Japon.

A lo que le contestó al momento Pedro Bautista „A esto proveerá Dios Señor del cielo y de la tierra, que viste á los lirios del campo y hace lucir el sol que ha eriado sobre los buenos y sobre los malos. Déjanos obrar á nosotros, y verás si es vana nuestra esperanza, Por lo demas, así como no te es permitido quebrantar las órdenes de tu rey Quavacundono, nosotros, debemos atenernos á las promesas hechas á nuestro rey Francisco de Asis, que nos está mirando desde el cielo.

A tales palabras nada replicó el gobernador; pero grandemente admirado dió cuenta de todo al emperador. Este, igualmente fuera de sí á tal ejemplo de abnegacion cristiana, que se manifestaba en aquellos pobres hijos de San Francisco, como cosa jamás vista en el Japon, mandó que en todo se hiciese la voluntad de los Padres de Luzon, diciendo no podia menos que ser éstos unos hombres santos, teniendo por cosa tan vil las riquezas de la tierra, y despreciando tan generosamente lo que se acostumbra llamar delicia de este mundo.

Concedido pues por el emperador el local para la fábrica del convento y de la Iglesia, para el uso de los franciscanos, y esparcida súbitamente dentro y fuera de Meaco aquella deliberacion de Taicosama, que en aquellos momentos tenia mucho de extraordinario, todos cristianos y gentiles se empeñaron á porfia en suministrar limosnas y otras cosas necesarias, adelantándose muchos generosamente á prestarles servicios personales. El mismo emperador anduvo solícito en mandar á los religiosos una considerable suma de dinero, rogándoles la recibiesen bajo solo el título de limosna; lo mismo hizo el gobernador de la ciudad, el Tungen, su insigne bienhechor, y otros respetables personajes de la corte. Por lo cual Pedro Bautista, despues de haber tributado solemnes gracias al Señor en compañía de sus hermanos, hizo dar principio á la fábrica del convento y de la Iglesia, en medio del júbilo universal de todo el pueblo cristiano. Y ¡cosa maravillosa pero cierta! Aun en medio de las continuas asechanzas de los envidiosos Bonzos, empeñados en contradecir esa empresa de tanto honor al culto católico, Pedro Bautista, en poco tiempo, ayudado

eficazmente de los santos religiosos Bartolomé Ruiz, Francisco de San Miguel y Gonzalo García, pudo llevar á efecto su proyecto hacia el mes de Setiembre de 1594.

Por cierto fué de grande importancia este acontecimiento para la Religión de Cristo, proscrita antes y encarnizadamente perseguida en las tierras del Japon; que de tal manera esta hija hermosa del cielo, único sosten de la pobre humanidad peregrinante en la tierra, se viese como por milagro, despues de tantos años de luto y de duelo, rehabilitada de las humillaciones padecidas, levantando nuevamente gozosa la cabeza, y dirigiendo su vista al rededor, pudiese ver á sus amados hijos, reunidos con toda libertad, nuevamente en un templo católico, levantado por los afanes de los humildes secuases del Serafin de amor en la misma ciudad capital de aquel vasto y poderosísimo imperio.

Edificada completamente la iglesia pensó Pedro Bautista darle un nombre que en virtud de su celebridad sirviese para eternizar aquel primero, aunque pobrísimo templo franciscano en el Japon. Y para conseguirlo, olvidada su patria, aunque tan distante de ella, dirigió su mirada á la bellísima Italia, fijándose su pensamiento en Asis, centro de la misma. Cerca de esta antigua ciudad, que es como quien dice la amada Jerusalem del Instituto Seráfico, en medio de una rica y sorprendente llanura se eleva el bello, grande y magestuoso templo de Santa María de los Angeles, “monumento levantado á la pobreza entre tantos consagrados al fausto” por el Santo Pontífice Pio V, obra del célebre Viñola. En medio del mismo, y propiamente bajo de la gran cúpula, se levanta la pequeña y modesta iglecita, llamada vulgarmente la *Porciúcula*, célebre en toda la cristiandad, pero que la eligió San Francisco por madre y cabeza de toda la orden seráfica, y por la que solicitó del cielo y del Romano Pontífice una indulgencia, cuyos ventajosos influjos á los pueblos, se extendieron bien pronto de una á la otra extremidad de la Europa. Y por lo tanto San Pedro Bautista, á imitacion de su gran patriarca, quiso fuese dedicada á la Reyna del cielo su primera iglesia del Japon, titulándola Santa María de los Angeles ó de Porciúcula. Y parece que la dulce Madre de Dios se complació desde el cielo de la tierna devocion de su fiel siervo: porque apenas colocada en el altar mayor una bella y grande imágen suya, súbitamente aparecieron sobre ella á presenciar de

gran número de pueblo estas palabras "*Felice Jerusalem, ne suscitetur, neque que evigilare faciat dilectam, donec ipsa velit.*" Todos quedaron sumamente maravillados á vista de semejante milagro, pero mas los franciscanos, y especialmente San Pedro Bautista, que rogando fervorosamente al Señor, que se dignase manifestarle el significado de aquellas misteriosas palabras, recibió en una vision esta respuesta: "haberlo así obrado Dios para darle á entender, que cuanto habia hecho en Meaco en provecho del culto católico, habia sido obra mas divina que humana.

Aproximándose entre tanto la festividad del gran patriarca de los pobres Francisco de Asís, dispusieron sus amados hijos del Japon celebrar en ese día la fiesta de la dedicacion de la iglesia de Santa María de los Angeles de Meaco y así en efecto lo verificaron. Pero antes de describir este acto religioso, debemos para no cortar el hilo cronológico de la Historia, salir un poco del Japon, y volvernos á Manila, donde habia regresado el capitán Pedro Gonzalez de Carvajal con la relacion de la paz concluida por los franciscanos entre el Japon y las Filipinas, confiada como se ha dicho al santo comisario Pedro Bautista jefe de la embajada.

Llegado pues á Manila hácia la mitad del año 1593 el capitán Carvajal, y esparcida generalmente la consoladora noticia de que por medio de los humildes hijos de San Francisco enviados de embajadores á Taicosama Quavacuodono se habia celebrado una honrosa paz entre ese Emperador y el virrey de las Filipinas, fué grande y universal el júbilo de la ciudad, que despues de tantos meses de inquieta espera parecia volver á nueva vida; por lo cual poniéndose súbitamente de fiesta, y proclamando los Franciscanos por la voz general del pueblo libertadores de la Patria y beneméritos de la República, quiso se tributaran públicas y solemnes gracias al Altísimo por aquel acontecimiento tan fausto. En efecto el día señalado, al melodioso sonido de los clarines, á las ruidosas salvas de la artillería y general repique de campanas, se cantó en la Iglesia Catedral de Manila un solemne *Te Deum* al Dios de la paz, con asistencia de inmenso pueblo y de todas las autoridades civiles, religiosas y militares de la ciudad. Pero Dios no permitió que el intrépido y valeroso Gomez Perez de Marinas, que tan eficazmente habia cooperado á la consecucion de tanto bien, mandando á los Franciscanos de Embajadores al Japon, pudiese entonces gozar aquellos suaves frutos, asistiendo con los

demas manilos á la fiesta; porque á la vuelta del capitán Pedro Gonzalez, habia ya fallecido con sentimiento general de la ciudad, sucediéndole en el empleo de gobernador y virrey de las Filipinas su mismo hijo D. Luis Perez de Marinas, caballero de la orden de Alcántara y page que habia sido del rey Felipe II. Dicho señor, animado de los mismos pensamientos y virtudes de su padre, á fin de hacer mas estable y duradera la paz concluida entre él y el emperador Taicosama, determinó mandarle segunda embajada, compuesta igualmente de franciscanos, á cuyo efecto se dirigió al ministro provincial de las Filipinas, que lo era el P. Pablo de Jesus; quien aunque al principio parecia no querer acomodarse al deseo del gobernador, por la suma necesidad que habia en aquel tiempo de religiosos; recordando despues las últimas palabras de la relacion mandada á Manila por San Pedro Bautista sobre que en el Japon era grande la miez y pocos los operarios, dispuso satisfacerlo señalando los cuatro religiosos que siguen, hijos todos de la regular observancia de España, los que con su doctrina y santidad aumentarían el esplendor de aquella naciente mision. Los elegidos fueron los venerables padres Fr. Marcelo de Rivadeneira, doctísimo catedrático de la Universidad de Salamanca. Fray Agustin Rodriguez, de no menor virtud y saber, de la provincia de Santiago, Fr. Gerónimo de Jesus ó de Castro, de nacion portugués, Santo hijo de la provincia de Granada y Fray Andrés de San Antonio de la provincia de Burgos.

Dispuestas brevemente las cosas estos nuevos apóstoles de Jesucristo, recibida la bendicion de su superior, y los despachos y regalos que habian de hacerse al emperador Quavacuodono, del gobernador de Manila, se embarcaron en un navío de comerciantes japones, y á 15 de Julio de 1594 se hicieron á la vela del puerto de Cavite. ¡Pero, ha cuán cierto es que á los gozos del corazon van unidos los dolores y el llanto! Estos cuatro hijos de San Francisco se habian puesto en viage con las mas alegres esperanzas, no tanto por la idea de ver dentro de poco y abrazar á sus amados hermanos, cuanto por el ardiente deseo de cooperar ellos tambien á dilatar la fé de Jesucristo en el Japon. Pero llegados á alta mar ó propiamente á la vista de la isla Formosa, el Padre Andrés de San Antonio, atacado de una grave enfermedad, espiró en brazos de sus compañeros, quienes dándole sepultura en el Oceano, y llenos de dolor vol-

vieron su corazón y miradas al cielo, buscando consuelo en aquel Dios, que tiene en su mano los destinos de los hombres y es árbitro de la vida y muerte de sus criaturas; ni faltó el Señor á darles á conocer lo agradable que le habia sido aquella sumision á su santísima voluntad. Porque tres japones infieles que se hallaban á bordo de la misma nave, movidos de aquel ejemplo de resignacion cristiana, y casi fuera de sí al mirar á los tres religiosos rogando tan afectuosamente por el alma de su difunto hermano, pidiendo en alta voz el bautismo, diciendo: no podia dejar de ser verdadera y santísima la religion de Cristo, cuando los que la seguian eran capaces de semejante heroísmo. Y los religiosos abrazando tiernamente á esos sus nuevos hijos, comenzaron sin tardanza á instruirlos en la fé cristiana regenerándolos poco despues en las aguas del santo bautismo. Y de esta manera despues de cuarenta dias de navegacion, alternándose los gozos y dolores en medio de continuas tempestades, abordaron felizmente con el auxilio divino al puerto de Firando el 27 de Agosto del mismo año 1594.

Desembarcados en Firando y descansando algun poco los tres franciscanos Marcelo de Rivadeneira, Agustin Rodriguez y Gerónimo de Jesus en compañía de algunos japones nativos á Meaco se pusieron en camino para esa ciudad. Llegados á ella entre los aplausos de los cristianos y gentiles, y presentándose á S. Pedro Bautista como á su superior en aquel país los condujo éste en persona á Fugimi ó Fqaimi hermosa grande y populosa ciudad, que el emperador habia edificado recientemente á pocas leguas de Meaco y donde en la actualidad residia. El cual sabido el arribo de la nueva embajada franciscana que le mandaba el virey de Manila, dió orden al gobernador de la ciudad de alojarlos en su casa hasta tanto que hubiera despachado á un alto personaje que por asuntos de estado mantenía en su palacio, lo que así se hizo. En este intermedio, que fué de algunos dias, no faltó alguno que trabajara de mil maneras en impedir á los franciscanos la entrada en la corte. Pero Dios, disipó los perversos designios de los enemigos de sus ciegos; porque el mismo emperador preguntó por los misioneros, ordenando que inmediatamente se le presentasen. Y llegados á palacio hallaron según la costumbre, ricamente vestido á Taicosama y sentado sobre un alto y magnífico trono, rodeado de los miembros de su familia y de los principales sujetos

de la corte. Hecha pues reverencia al emperador por los tres franciscanos, y habiéndole presentado los regalos de parte del gobernador de Manila (entre los que estaban, los dos gatos de Algalia y el pequeño perro de caza mandados pedir por conducto del capitan Gonzalez de Carbajal por el santo comisario Pedro Bautista), expusieron el fin de su venida de esta manera: "Luis Gomez de Marinas gobernador de Manila y virey de Luzon nos manda, Señor, con el fin de saludarte y afirmar mas la paz concluida ya prósperamente entre su difunto padre y tu imperio." Y dicho esto, le fué entregada la carta, rogándole que por algun intérprete fuera traducida á su lengua. Taicosama la tomó benignamente y dándola á traducir, ordenó que á los nuevos embajadores se enseñara su palacio que formaba en esa época una de las mas sorprendentes maravillas del Japon, despues de lo cual, dada á los misioneros conveniente respuesta que al momento se remitió al virey de las Filipinas, los convidó á comer en su mismo palacio sirviéndoles él mismo con mucha familiaridad y cariño. Finalmente dándoles las gracias por su venida y asegurándoles su buena voluntad de mantener la alianza con el nuevo virey de Luzon, los despidió, mandando á San Pedro Bautista que los alojase en su convento de Meaco como en efecto se hizo.

Habiendo pues vuelto los franciscanos de Fugimi á la capital del imperio á mediados de Septiembre, San Pedro Bautista de comun acuerdo, con los principales cristianos de la ciudad que le prestaron todo género de auxilios, solo pensó en celebrar de la manera mas magnífica que fuera posible la fiesta de la dedicacion de la nueva iglesia. En efecto, apenas rayó la aurora del cuatro de octubre, dia querido á todos los franciscanos como consagrado por la iglesia á la memoria de su glorioso padre, apareció el pequeño templo de Sta. Maria de los Angeles de Meaco, adornado de fiesta, lleno de flores y de multitud de brillantes luces y lo que es mas, lleno así de gentiles como de cristianos, quienes á la noticia de tan alegre acontecimiento habian acudido de todas partes, aun de las mas distantes. Concluidas á medio dia las ceremonias religiosas de la dedicacion, celebró misa solemne S. Pedro Bautista, acompañado del canto de los religiosos y de la efusion de santos afectos de la multitud de fieles. En la tarde, hecha una devota procesion al rededor del templo con la Reyna de los ángeles, se expuso á la adoracion de los fieles el Santísimo cuerpo de

Cristo. Ninguna lengua podrá referir el contento de las almas, la santa alegría de los cristianos y la notable conmoción que en aquel momento se notó aun entre los gentiles, algunos de los cuales que por sola curiosidad habian concurrido, se hallaron con gran maravilla suya convertidos en perfectos cristianos. Esta era la vez primera que en un templo católico del Japon aparecía públicamente Cristo en el Sacramento y se exponían y revelaban libremente á los cristianos las ocultas bellezas y los arcanos de los mas sacrosantos dogmas de la Religion católica. Embriagados los fieles de santa alegría, se miraban confundidos adorando y bendiciendo á Dios, presente en el pan Eucarístico, y rogándole del fondo del corazón que disipase de toda su region las sacrílegas aras levantadas á las falsas deidades, y que todos conociesen en fin, al verdadero Dios del Cielo y de la Tierra, adhiriéndose á su Santa y divina religion. No faltó quien criticára á los franciscanos por aquel hecho, cual si hubiesen procedido locamente sin haber conseguido antes facultad y licencia del Emperador Taicosama; pero habiendo este concedido el lugar para la Iglesia y cooperado el mismo para su erección, es muy claro con solo esto que era su voluntad que en ella se celebrasen los misterios de la Religion católica único fin para que habia sido edificada. De todos modos Dios bendijo desde el cielo á aquellos pobres hijos de San Francisco, que nada procuraban sino el verdadero bien de los pueblos; y con frecuentes milagros conservados en la memoria de los mismos cristianos de Meaco, y referidos por célebres y antiguos escritores, manifestó del modo mas solemne, lo agradable que le habian sido aquellos religiosos actos.

Para concluir este capítulo, nos parece oportuno copiar dos documentos que sirven mucho para confirmar cuanto arriba hemos escrito, y son tomados de dos relaciones publicadas en Manila por otros tantos cristianos de esa ciudad, que las hicieron al volver á su patria del Japon, donde vivian en ese tiempo en razon de su comercio. El primero dice así:

“Ya hacia muchos años que los pobres cristianos, especialmente de Meaco, deseaban tener una Iglesia donde reunirse á orar y para conseguirlo, no cesaban de suplicarlo fervorosamente al Señor, quien los oyó en fin. Por que en el mismo tiempo que allí morabamos, llegaron algunos religiosos de S. Francisco para grande utilidad de aquella atribulada Iglesia de Jesucristo; los cuales no solamente prestaron desde luego todo gé-

nero de auxilios á aquellos pobres fieles, sino que ayudados poderosa y visiblemente de Dios, consiguieron facultad y local para fundar dentro de la misma ciudad de Meaco un convento con iglesia capaz de contener mas de trescientas almas, en la que dijeron misa y depositaron el Sto. Cuerpo de Cristo con inmenso júbilo de todos los cristianos.” El otro está concebido en los términos siguientes.

“En el tiempo en que morabamos en el Japon, sentiamos gran dolor en el alma por no poder aparecer cristianos sin grande peligro de la vida, y por que no nos era posible de ningun modo oír la palabra de Dios y el canto celestial de su Iglesia. Pero movido despues el Señor á compasion de nosotros miserables, hizo que de Luzon viniesen al Japon algunos menores de San Francisco que se llaman descalzos; y á quienes luego que vimos, quedamos llenos de júbilo, pareciéndonos contemplar en ellos al mismo Jesucristo en persona; ¡tanto así eran pobres y enteramente conforme á la vida apostólica! Estos religiosos hicieron cosas verdaderamente de prodigio. Por que muy pronto encontraron gracia del mismo emperador; quien si en los tiempos pasados habia perseguido ferozmente á los padres de la compañía de Jesus, acordó á aquellos amistad sustento y libertad de predicar el Evangelio en sus dominios, hasta llegar á concederles un lugar para servirse de él de la manera que mas les agradase. Y ¡cosa por cierto extraordinaria! fundaron allí muy pronto un convento con iglesia y dos hospitales, para recoger allí á los pobres leprosos y á todos los enfermos abandonados y necesitados de humano socorro de Meaco

CAPITULO VIII.

LOS PRIMEROS COMPAÑEROS DE SAN PEDRO BAUTISTA EN EL JAPON Y LOS HOSPITA-
LES DE MEACO.

 EAMOS dicho ya que apenas pusieron los pies los franciscanos en el Japon y especialmente en Meaco, acudieron de todas partes á ellos los cristianos festejándolos de mil maneras y manifestando con muestra de extraordinaria alegría el gozo universal por su venida. Debe ahora saberse, que concluido ya el convento de Meaco, y comenzando en él los franciscanos á observar vida apostólica, se les unieron voluntariamente algunos de los mas fervorosos cristianos, como compañeros de su modo de vivir, de sus fatigas y demas padecimientos que pronto tuvieron que sufrir á favor de aquella iglesia de Cristo. Mas como la integridad de la historia exige, que dejando á un lado á todos los otros, contemos aqui brevemente la vida de aquellos que despues de haber participado con frecuencia de sus sudores en el cultivo de la viña del Señor, profesando todos sus hermanos, merecieron en fin en compañía de los mismos, la corona de mártires en premio de sus santas tareas, demos principio á darlos á conocer.

El primero pues, que consta por la historia haberse dado por compañero de aquella pequeña escuadra seráfica, es San Leon Gara zuma, de quien hablan así las antiguas memorias: Este illustre varon, nació de padres novilimos pero por su desgracia, adoradores de las falsas divinidades, en el reyno de Corea, vasta y poderosa region del Asia é inmediata al Japon, del que solo está separado por un canal estrecho y peligroso. Llegado apenas á la edad de la juventud, fue dedicado por los suyos, al servicio de un templo pagano bajo la direccion de los Bonzos, ó sea sacerdotes de los idolos, llegando despues á ser uno de ellos durante cuyo impio ministerio que fué

de algunos años, tan fanático en todas las supertisiones de su secta, que fué el terror de los cristianos. ¡Hay de aquel que hubiese en su presencia nombrado solamente la Religion católica ó proferido una palabra que á ella de cualquier modo se refiriese! Pero Dios que en sus eternos consejos habia destinado á convertir á Leon de un vaso de ira en uno de eleccion, permitió se dirigiese al Japon y allí se encontrase con un antiguo é intrepido cristiano llamado Cosme Yoya, de quien tendremos que hablar muchas veces en el discurso de esta historia; el cual, llamando aparte al bienaventurado bonzo de la Corea, le habló tan ventajosamente de la verdad de la religion de Cristo, que casi en aquel momento ilustrado de un rayo de luz sobrenatural, abriendo los ojos del alma, conoció la falsedad de su culto, pidiendo ser cristiano. Y Cosme, lleno el corazon de júbilo por tan bella conquista, abrazándolo tiernamente y dándole el nombre de hermano, tomó á su cargo instruirlo en los divinos misterios y bautizándolo, hizo de él un perfecto discipulo de Jesucristo.

Leon, hecho cristiano en la fresca edad de treinta años, sintiéndose renacer á nueva vida, distribuyó á los pobres cuanto sabia haber malamente adquirido; y desposándose en seguida con una noble y muy fervorosa cristiana, se pasó á vivir á Meaco, donde poco despues llegaron los cuatro franciscanos, como otros tantos ángeles enviados del cielo. Al solo verlos Leon, en cuya alma habia obrado Dios ya maravillosas trasformaciones sintió un impulso dentro de su corazon para hacerse su compañero en la vida apostólica. Ni la aficion á la muger le bastó á deponer el designio, concebido; por que dirigiéndose á ella y conociendo bien la virtud del ángel que Dios le habia dado para consuelo de su vida, le habló de esta suerte: "Amada compañera, bien sabes cuanto sobrepujan á los placeres de la tierra las delicias del cielo, esas delicias de la vida bienaventurada que Dios tiene reservada á sus hijos. Cuan bueno seria y cuan agradable al Rey del Cielo, que es el esposo de nuestras almas, si desatándonos voluntariamente de los lazos de la carne y unidos con el solo vinculo de la Santa Caridad, viviésemos en adelante como dos castas palomas en los recintos del santuario."

Aun no habia acabado de hablar Leon, cuando su esposa animada ya del espíritu de Dios, le contestó: "Hagase Leon tu voluntad, desde ahora en adelante solo serás para mí un hermano, amándonos con aquel amor

puro, santo é inmaculado, con que se aman los ángeles en el Paraiso." Lo que oido por Leon, voló ebrio de alegría á la presencia de S. Pedro Bautista, y contándole lo sucedido, le rogó con lagrimas que lo vistiese de franciscano. Pero Dios que de estas dos almas escogidas habia aceptado el piadoso deseo sin querer el completo sacrificio, lo dispuso de otra manera. Porque Pedro Bautista, aunque alabó en gran manera el heroico designio del neofito, le dijo que aun no podia complacerlo, por cuanto el estado del órden seráfico en el Japon todavia no daba lugar á recibir novicios. Sin embargo, lo animó añadiendo: que su sacrificio estaba ya escrito por mano de los ángeles en el libro de la vida por lo cual seria de igual agrado al Señor, que por entonces se hiciese tercero de San Francisco, en cuyo estado sin romper los lazos bendecidos por Dios podria consagrarse por una santa comunión de oraciones y buenas obras, viviendo de esta manera como religioso entre los cuidados y deberes de la vida doméstica.

Leon con sumo gusto llevó á efecto el consejo de San Pedro Bautista; y así inauguró en el Japon este glorioso apóstol del Evangelio aquella admirable institucion de la Tercera órden franciscana, en cuya virtud vió el mundo hacerse el claustro civil y destinado de la Providencia á tener una gran parte en la educacion de las futuras generaciones, hasta llegar á excitar los celos de los tiranos y de quienes seguian sus maximas. Y que habia motivos de temer de todos éstos, se tenia una prueba entre otras en la célebre Santa Rosa de Viterbo, que siendo de solo diez y siete años excitaba á sus compatriotas á resistir con valor el ejército de Federico, manifestando así con su propio ejemplo que el habito de la penitencia lejos de debilitar, vigoriza mas bien la dignidad y sentimientos del ciudadano. Admirable institucion por cierto, que fué como el complemento de la grande obra de Francisco, renovador del espíritu de Jesucristo en todas las clases de la sociedad; y que no poco sirvió para remediar diremos con el ilustre Julio Dandolo, los desordenes civiles tan frecuentes en la edad media en Italia, donde cada ciudad era teatro de diarias revoluciones, prevaleciendo ya los Güelfos ó ya los Gibelinos, y encendiéndose encarnizados odios, causa de robos y de muertes.

Convertido de esta manera Leon en secuaz del santo del amor, se estrechó mucho mas con los franciscanos, mucho mas amados ya á él como hermanos de religion. Llegado entre tanto el tiempo de la fundacion en

Meaco del convento é Iglesia de Sta. María de los ángeles. Leon uniéndose para tal empresa á los menores, los ayudó con todo genero de socorros, cooperando aun personalmente, conduciendo piedras, animando al trabajo á los operarios y excitando con su propio ejemplo á los demas cristianos á prestar los mismos auxilios. Entre ellos merece ser especialmente nombrado aquí San Miguel Cosaquí, que debia despues junto con Leon morir martir de Jesucristo.

Nació Miguel en la provincia de Yao, é Ysé, que los japoses llaman Isei situada en la parte meridional en la isla de Nifon, al Oeste de la provincia de Ovari y al Este de la de Umi. Abrazando la profesion de armero, llegó en su edad provecta á adquirir fama de perfecto fabricante de ba. llastas, arma muy en uso en aquellos tiempos en los pueblos del Japon con cuya habilidad pasaba honestamente la vida, Muy pocas otras noticias nos ha dejado de él la historia; pero lo que se sabe con certeza el que ya era cristiano y vivia en Meaco cuando los franciscanos de Vangoya llegaron á esa ciudad, donde se estrechó en amistad con el santo martir Leon Garazuma, viviendo juntamente en continuos ejercicios de piedad, uniéndose á su ejemplo á la Tercera órden franciscana, y cooperando eficazmente á la edificacion del Convento é Iglesia de Meaco, pasando igualmente á imitacion de Leon á vivir á una casa inmediata á la en que residian los franciscanos.

Haciéndose de esta manera familiares y vecinos del Convento de los menores, no hubo ya austeridad monástica ú otro cualquier ejercicio cristiano al que estos dos gloriosos mártires dejasen de tomar parte. A media noche se levantaban con los religiosos á rezar maitines; muy de mañana volvian con los mismos á cantar alabanzas al Señor, deteniéndose muchas horas en la iglesia á orar ante Jesucristo Sacramentado. De sus casas habian hecho dos asilos para los miserables, recogiendo allí pobres, huérfanos abandonados y á cuantos tenian necesidad de humano socorro. Quanto pues trabajaran en provecho de la fé en las peregrinaciones apostólicas que hicieron en compañía de los franciscanos, lo iremos mirando en el discurso de esta historia, bastando por ahora señalar dos hechos referentes á su vida y que nos facilitan ocasion de hablar de otros dos heroes de aquella iglesia y mártires tambiea con ellos de Jesucristo.

El Sto. mártir Miguel Cosaquí, tenía un hijo pequeño llamado Tomás á quien amaba tiernamente. Era de dos años de edad, cuando haciéndose el padre hijo de la Iglesia católica, fué regenerado á la nueva vida de gracia con las aguas del Santo Bautismo. Cuando Miguel prestó el servicio de sus manos á los franciscanos para la fundación de su Convento é iglesia de Meaco, condujo consigo á Tomás, quien á ejemplo de su padre aunque en la tierna edad de once años, cooperó con cuanto le fué posible en la misma fabrica. Y aun mas, enamorado de la vida aun que tan pobre y tan en la penitente de los franciscanos, é inspirado ciertamente de Dios, que lo habia escogido para combatir en la ardua aunque gloriosa pelea de los heroes cristianos, pidió por favor á Miguel lo dejase vivir en el convento con aquellos hijos del serafín de amor; y consintiendo el piadoso padre del toda voluntad, se lo donó sin tardanza á Pedro Bautista, dedicándolo al servicio de Dios, diciendo como presagiando el porvenir, estas palabras: Aquí os entrego en este niño un mártir en Jesucristo. Indecible fué el transporte del júbilo del santo comisario por tan querida y bella adquisicion; cibiendo de las mismas manos de su padre á aquel afortunado ángelito y revistiéndole del hábito de tercero de San Francisco, se lo entregó para que lo educase é instruyese á Fray Marcelo de Rivadeneyra, quien lo amó muy pronto con un amor tierno y purísimo. Grandes y muy edificantes cosas tendremos que referir de este bienaventurado jovencito, destinado por Dios para ilustrar del modo mas brillante á su Iglesia y manifestar en todo su encanto el poder de la fé católica. Por ahora diremos de el lo que obró antes de caer cual flor cortada por el jardinero mártir de Jesucristo, bajo los golpes de bárbaro y despiadado verdugo.

Recibido pues bajo su direccion el venerable Marcelo de Rivadeneyra, de tal manera le instruyó en poco tiempo en las cosas de Dios y en leer y en escribir, que muy en breve pudo el pequeño Tomás dedicarse al ejercicio de catequista en la Iglesia franciscana de Meaco, enseñando á los niños cristianos y aun á los gentiles, que quedaban tanto mas conmovidos de sus pláticas cuantos las verdades de la fé les eran manifestadas por los labios de un santo jovencito. Ayudaba las misas de los padres con tanto recogimiento interior y compostura de su persona, que mas bien parecia ángel que hombre terreno. Siempre era el primero en acudir á todos los actos monásticos de los franciscanos, con quienes se levanta

taba á los máitines de media noche y al toque del alva á cantar himnos de alabanza al Señor. No habia alguno que no se sintiese inclinado á amar á Dios con solo ver á Tomás arrodillado muchas horas con las manos cruzadas sobre el pecho delante de Jesus Sacramentado. Su devocion á la reina de los ángeles era tan tierna, que mas parecia cosa divina que humana. No dejaba pasar dia sin rezarle su corona, y cuando le dejaban libre sus ordinarias ocupaciones del monasterio corria á postrarse ante su imagen, derramando su juvenil alma en su presencia, llamandola con los títulos mas amorosos de Madre que le habia arrebatado el corazon, de querida Esposa que le habia herido su alma con las saetas de amor. En suma, Tomás vivia en tan pura, santa é inmaculada vida, que llegado á fruto maduro para el cielo, Dios lo llamó á la gloria de los santos. Pasemos en seguida al hecho que mira á San Leon que consiste en la reduccion que hizo al recto sendero de la salvacion á un anciano cristiano llamado Pablo Suzuqui apóstol despues y mártir del Señor y cuya vida es como sigue.

Fué Pablo Japon de nacion de la provincia de Ovari hácia la parte meridional de la isla de Nifon, confinante con la de Umy y de Ice. Lo dotó Dios de tan perspicaz ingenio, que aunque cayó desde muy pequeño en los errores del gentilismo, conoció sin embargo con solo la luz de la razon serle imposible conseguir su salvacion eterna entretando que adorase los ídolos. Por lo cual oprimida su alma por tan íntima persuacion, se dedicó en fin á reflexionar atentamente sobre la verdad de la Religion Cristiana; y quedando convencido de ella por beneficio de Dios, abandonó la infame secta de los bonzos, y desde aquel momento se hizo discípulo del Salvador, comenzando á vivir una vida nueva y espiritual. No ha llegado á saberse el tiempo en que esto sucedió apareciendo unicamente de la historia que fué antes de la llegada de los franciscanos al Japon; y tambien consta que entibiado de sus fervores, cuando los religiosos arribaron á Meaco, ya moraba él en aquella capital del Imperio en una calle muy distante del convento franciscano pasando una vida no solo indigna de un cristiano sino tan inmortal que era el escándalo de todos los fieles. Y aunque á la presencia de los apóstoles franciscanos su alma experimentó fuertes remordimientos, con todo permaneció en su mal modo de vivir, lo mismo, segun parece que su muger y todos sus hijos.

Pero Dios que en sus inescrutables consejos habia dispuesto hacer de

éste extraviado cristiano un fervoroso apóstol y glorioso mártir de su fé, permitió por su grande dicha que algun tiempo despues contrajese amistad con el Santo, Leon Garazuma; quien interrogado un dia por Pablo sobre algunos puntos de conciencia, advirtiéndole que la gracia de Dios comenzaba ya á obrar en su alterado corazon, comenzó á hablarle así: "Dices bien, oh Pablo, que tu conciencia no está tranquila, por que la conducta que observas no es la de los cristianos. Mas ahora que reflexionas, que los que pusieron mano al arado y se volvieron atrás no son aptos para el reino de los cielos; ¿como no te conmueven los ejemplos magnánimos de los hijos de San Francisco? Ellos han sido enviados por Dios á esta ciudad, no menos en auxilio de las almas de los idólatras, que á devolver al buen camino á los extraviados cristianos. Piensa bien, amigo mio, que es necesario no despreciar los beneficios del cielo. Pero al verte tan compungido, yo tributo rendidas gracias al Señor y solo te resta seguir mis pisadas. Ven, Pablo y te enseñaré la senda segura del cielo." Y dicho esto, se dirigieron ambos al convento de los franciscanos, al que habiendo llegado, refirió Leon á Pablo todo lo que habia hecho por los consejos de San Pedro Bautista, preguntándole si se hallaba en ánimo de imitarlo; y como le contestase que si, lo presentó al santo comisario, quien abrazando tiernamente á Pablo Suzuquí, le llamó hermano, y poco despues, á su peticion, lo inscribió en la Tercera orden franciscana.

Héchose así hijo del Instituto seráfico, se sintió Pablo como en un momento mudado en otro hombre, y decidido firmemente á cambiar de vida en tal manera, que llegase á ser otro apóstol de las gentes, como en efecto lo consiguió. La primera obra á que puso mano, fue la reforma de su familia, que á imitacion de su amigo Leon, llegó á vivir cerea de los franciscanos; la que en virtud de la santa vida de Pablo, de sus buenos ejemplos y prudentes disposiciones, llegó en poco tiempo á ser tan perfectamente cristiana que servia de edificacion á todo Meaco

En una vez, su esposa á quien la historia nos pinta como una muger muy virtuosa despues de la conversion de su santo consorte, se deslizó en ciertas palabras en un todo indiferentes; pero Pablo se escandalizó de ellas, y ocurrió al punto á San Pedro Bautista rogándole privase á su muger de la Santa Comunión, porque decia: no era digna de recibir á Je-

sucristo, quien en vez de alabar su infinita bondad y misericordia, gastaba el tiempo en inútiles conversaciones.

Puede decirse que antes de consumir Pablo el sacrificio de su vida en el árbol de la cruz, quizo ser mártir por sus continuas y ásperas penitencias. Antes de oír misa, gastaba una hora en oracion delante de Jesus Sacramentado ó de alguna imágen de la Santísima Virgen. Se confesaba dos ó tres veces á la semana derramando muchas lágrimas por su vida pasada. Concurría á todos los ejercicios espirituales de los religiosos, levantándose con ellos todas las noches á rezar maitines, quedándose despues por muchas horas en la Iglesia, desahogando su amor para con Dios, y entregándose á tan ásperas disciplinas, que varias ocasiones quedaba el pavimento teñido con su sangre. Su ardiente caridad, como es propio de los Santos, reverberaba de Dios á los prójimos. Habia hecho de su casa hospedage para los pobres enfermos y niños expuestos á los insultos de la fortuna. Rogaba continuamente á Dios por la salvacion eterna del genero humano, al grado de llorar como un niño cuando sabia la muerte de algun infiel ó de algun cristiano. En los cuatro años que le quedaron de vida, cooperó con los franciscanos al cultivo de aquella viña evangelica recorriendo muchas tierras, predicando siempre con sus palabras y mucho mas con su ejemplo la fé del Nazareno; en cuya obra llegó á convertir á no pocos gentiles, entre los cuales merecen especial mencion, su misma madre y algunos hermanos suyos, que al tiempo de su mision todavia eran idólatras. Fué catequista en la iglesia de Meaco y sirvió de intérprete á los religiosos en sus frecuentes correrias apostólicas. Y no solo de esta manera sirvió á la causa católica y de la órden seráfica; sino que dotado de doble ingenio y muy instruido en la literatura del pais, compuso algunos opúsculos para instruir á los neófitos y tambien un arte de la lengua japona y un diccionario de la misma para uso de los religiosos. Por estas y otras obras semejantes, fué llamado muy en breve Pablo Suzuquí así por los cristianos como por los gentiles con el sobrenombre de "santo". Y baste por ahora lo dicho sobre este insigne apóstol de la fé.

Por estos medios prosperaban las cosas de la cristiandad en el Japon y sobre todo en Meaco, cuando Pedro Bautista hacía el fin de 1594 segun parece, tomó una determinacion, que llevada á efecto bastaria ella sola para hacer inmortal su nombre y el de sus compañeros en la historia

de la humanidad. Habia por aquel tiempo en Meaco, como siempre sucede en las grandes capitales especialmente en aquellas en donde no reina la Santa Religión de Cristo que es caridad por esencia, una multitud de pobres y enfermos de lepra, quienes á pesar de ensordecen los oídos con el grito del dolor, se veían sin embargo abandonados de todo socorro humano, gemir por los caminos públicos. Los bonzos ó sean los sacerdotes de Budda, en vez de socorrerlos cuando tropezaban con ellos, volvían á otra parte la vista de aquellos infelices como indignos de piedad y objeto de los crueles azotes del cielo. Por varias partes de aquella inmensa ciudad, se veían continuamente niños expuestos ó errantes, que aunque frutos del pecado ageno, quedaban abandonados y sujetos á todas las privaciones de su mala fortuna. Inútil es por lo mismo decir, si los franciscanos no se conmovieran á la vista de tantos miserables, y ardirían en deseo de auxiliarles en aquella desventura.

Ya hemos dicho, como desde el principio, los nuevos secuaces de los hijos de San Francisco, especialmente Leon Garazuma y Pablo Suzuquí que eran los mas ricos en bienes de fortuna, habían franqueado á insinuación de Pedro Bautista sus propias casas para hospedage de los pobres y enfermos de la ciudad. Mas era poco esto, porque no todos podían caber en ellas. Por lo cual, llamándolos el santo comisario, les manifestó su deseo de que para complemento de cuanto habían trabajado en beneficio de sus almas y decoro de la Iglesia de Jesucristo le ayudasen con sus bienes á fundar cerca del convento dos grandes hospitales, uno para los adultos y otro para los pequeños niños. Oido esto por Leon y Pablo, á imitación de los primitivos cristianos que ponían sus haberes á los piés de los apóstoles en beneficio de los pobres, dijeron á Pedro Bautista que dispusiese de toda su hacienda para llevar cabo tan noble empresa. Así es que sin la menor demora puso Pedro Bautista mano á la obra ayudado eficazmente por otros cristianos y sus súbditos, y dentro de pocos meses, vió levantarse á inmediación del convento dos bellos y grandes establecimientos de caridad para el socorro de la pobre población de Meaco. Uno de ellos, el destinado á recoger á los niños á espensas de Pablo Suzuquí fué titulado de S. José, y el otro para adultos, fabricado con el dinero de Leon Garazuma, lo fué con el glorioso nombre de Santa Ana, dichosísima madre de la Virgen é Inmaculada Madre de Dios.

Cumplida enteramente tan piadosa y nobilísima obra, especialmente por los continuos cuidados de S. Gonzalo García puesto por Pedro Bautista casi en oficio de presidente y arquitecto, los franciscanos junto con los santos terceros Leon, Pablo y Miguel, rodearon la ciudad, recogiendo por todas partes cuantos pobres, enfermos y niños abandonados pudieron encontrar; y de tal manera registrando las calles y casas que sabían abundar mas de aquellos miserables, como si buscasen un tesoro, trasportándolos en seguida á todos, algunos de ellos, aun en sus propios brazos á los hospitales del convento.

¿Donde recibieron de los franciscanos todos aquellos auxilios que solamente puede suministrar la caridad del Evangelio? Por aquellos humildes hijos del pobre de Asís, no solamente les administraban todo lo necesario para conservar la vida, sino que les servían además de enfermeros, médicos, padres y maestros, instruyéndoles sobre todo, en las cosas de la religión, especialmente á los niños para quienes espresamente pusieron una escuela, donde los santos hermanos Francisco de la Parrolla, servían constantemente, no solamente de enfermeros sino también de catequistas, acompañados siempre de los mencionados terceros, y además del pequeñito Tomas, hijo del santo Martir Miguel Cozaqui.

Así es como aquellos pobres franciscanos, desprovistos de todo humano socorro y peregrinos en tierra extranjería, confiados únicamente en el poder de la fé y en el auxilio de la admirable Providencia de Dios, pudieron hácia el fin del siglo XVI llevar á efecto en la última region del Asia una empresa que sus antepasados habían mil veces renovado en provecho de la sociedad en todas las partes del mundo, y especialmente en Italia, donde, sobre todo en la Edad media, fueron muchos los piadosos y sociales establecimientos fundados por ellos para asilo de los desventurados y última esperanza de los pobres huérfanos, entre los cuales debe numerarse como bellísima la institucion llamada *Montes de Piedad*. Empresa ciertamente de grande y generosa osadía y digna por lo mismo de ser bien considerada por aquellos, que no enteramente ignorantes de la historia y no recordando las antiguas memorias de sus padres, claman hoy contra los claustrales, destruyendo aquellas santas moradas, de donde salieron tantos ejemplos de piedad, abnegacion, sacrificios y caridad religiosa y social. Vaste por ahora lo dicho y prosigamos refiriendo un hecho

que honra en gran manera al santo tercero Leon Garazuma, y es a la conversion de Pablo Ibarchi, hermano suyo, mártir despues de Jesucristo; del que hablaremos describiendo su vida, que es como sigue.

San Pablo Ibarchi fué hijo del Japon y natural de la provincia de Ovari en la Isla de Nifon. Educado desde su niñez en la falsa religion de Sinto, se consevó adorando á los ídolos, hasta que pasando á Meaco, su hermano Leon, ya cristiano y discípulo de los franciscanos pensó en convertirle. Tenia entonces muger é hijos y habitaba bien lejos de la Iglesia católica. Al principio se resistia á su conversion, pero estrechado por los fuertes argumentos de su santo hermano y convencido de la verdad de la religion Cristiana, se rindió en fin, y pidió el Bautismo. Entonces abrazando, Leon tiernamente, y llamando, doblemente hermano, lo condujo á los franciscanos quienes llenos de júbilo lo hicieron discípulo del Salvador por las santas aguas de la regeneracion. Hecho cristiano Pablo Ibarchi, convirtió á la fé de Jesucristo á su muger é hijos, y pasandose á morar en seguida á una casa inmedia al convento, á ejemplo de su hermano Leon, pidió tambien á Pedro Bautista ser admitido de tercero. Satisfecho su piadoso deseo y agregado así al número del escogido escuadron seráfico, se entregó á una vida tan penitente y mortificada que causaba suma admiracion á todos, cristianos y gentiles. Pero por desgracia su fé llegó á vacilar por el hecho que sigue:

Dos cristianos llegaron en presencia de Pablo, á alterarse en palabras y decirse muchos improprios y villanías llegando hasta el punto de venir á las manos. El nuevo cristiano vivía en la falsa suposicion, de que cualquiera fiel en virtud de las aguas santas del Bautismo, quedaba en un momento lleno de gracia de tal manera, que se volvia casi impecable y en nada sujeto á las pasiones humanas. Por lo que sumamente escandalizado por la riña que habia presenciado, comenzó á decir entre sí: "Cómo puede creerse la Religion de Cristo la única verdadera entre cuantas existen en el mundo, si los que la profesan cometen semejantes desórdenes. Los cristianos deberian ser los hombres mas de bien de la tierra, si verdaderamente su ley fuera la mas santa de todas" Con esta imaginacion el pobre Pablo vivió algunos dias con el alma angustiada por tales dudas. Pero Dios que jamás abandona á sus hijos, hizo que el santo fray Gonzalo García advirtiese aquel su miserable estado, y corriendo pronta-

mente á abrazar á su vacilante hermano, le hizo comprender, cómo el hombre aun llegando á ser cristiano, no por eso quedaba privado de su libertad, con el fin de hacerse en virtud de sus operaciones, digno de mérito ó demérito, y por lo mismo de premio ó de pena, segun que ellas fuesen buenas ó malas, es decir, conformes ó contrarias á la santa ley de Dios. Por tal razon, el acto presenciado entre aquellos dos cristianos y otros semejantes que pudieran llegar á su noticia, no debian servirle sino para estrecharse mas á la fé de Jesucristo; pudiendo el cristiano por su libre albedrío avanzar siempre mas y mas en el camino de la virtud, ó abusando de él, caer en faltas como cualquiera otro gentil.

A tales palabras, quedó Pablo convencido pidió á Dios perdon de la duda que le habia sobrevenido, y entregóse en adelante con mayor fervor, al ejercicio de las mas santas obras. Vistióse de una grosera túnica en lugar de las hermosas ropas de seda, guarnecidas de oro, propias de los nobles japones, y héchose pobre por amor de Jesucristo, prestó con admirable constancia todo género de auxilio á los enfermos de los hospitales, induciendo con su ejemplo á semejantes obras piadosas á su muger y sus hijos. Servia de catequista á los religiosos franciscanos, frecuentaba los sacramentos, concurría constantemente á la iglesia y daba muchas limosnas á todos los necesitados é indigentes. Hecho compañero de los franciscanos en la predicacion del evangelio, convirtió muchos idólatras cooperando sumamente á la dilatacion de la fé de Jesucristo en su patria. Lo demás lo reservamos á su lugar.

CAPÍTULO IX.

NUEVOS COMPAÑEROS DE LOS FRANCISCANOS.

QUIEN hubiese visto á Meaco, especialmente despues de las piadosas fundaciones hechas por los franciscanos, del convento, iglesia y hospitales, habria quedado maravillado en gran manera de su casi repentina mudanza. El templo de Santa María de los Angeles estaba siempre lleno de fieles ya para la frecuencia de los sacramentos y ya para oír la palabra de Dios, que diariamente les predicaban los religiosos. Veíanse á los mas altos personajes de Meaco, á nobles y delicadas matronas servir á los enfermos en los establecimientos de caridad, con ejemplo de paciencia único en la historia del Japon. Cada dia se admiraban estrepitosas conversiones de gentiles, que abandonando las aras de los ídolos, corrian al templo católico para colocarse bajo la bandera de la redencion. Por otra parte acudian de los mas remotos lugares de Nipon millares de gentiles y cristianos á la capital del imperio; éstos, arrastrados del fervoroso zelo de honor de Dios, movidos aquellos, por la curiosidad de verificar con sus propios ojos tantas cosas como de todos los ángulos del Japon se referia de la vida penitente de los apóstoles franciscanos. Se asegura que aún el emperador Taicosama ocurrió una vez curiosamente en clase de incógnito, y quedandó como fuera de sí de aquellas maravillas, exclamó en presencia de los grandes de la corte y de los ministros de estado: "Verdaderamente debe ser cierto lo que predicán estos frailes de Luzon respecto de la vida futara. Porque me parece imposible que gente de tan buena presencia y de tanto ingenio, quiera pasar libremente por tantos trabajos, vida tan pobre y despreciar de tal manera las delicias de este mundo, sin la firme y cierta esperanza de que todo les será recompensado en el cielo con goces eternos." Por lo demás es cosa cierta que los franciscanos recogieron muchos frutos de su predicacion en la ciudad de Meaco en menos de un año. Porque siendo los ja-

pones de naturaleza muy despiertos de entendimiento y agudísimo ingenio y los nuevos apóstoles, dignos en un todo de alto renombre por su grande saber, especialmente el comisario Pedro Bautista, Bartolomé Ruiz y Marcelo de Rivadeneyra, no fué posible que á sus fuertes argumentos hechos mas valiosos por el ejemplo de su vida, dejasen de convertir á muchos. No pudiendo hablar de todos, continuaremos mencionando á aquellos que haciéndose compañeros de los franciscanos, derramaron su sangre en testimonio de la fé de Jesucristo en union de sus santos cohermanos Leon, Miguel, Pablo Suzuqui, Tomás Cosaquí y Pablo Ibarchi. Despues de éstos, el primero á filiarse bajo la bandera del Crucificado, por la predicacion de los frailes menores, fué, á lo que aparece en la historia, el intrépido Francisco llamado el médico, por su profesion, cuya bella y prodigiosa vida pasamos á exponer.

Meaco fué la dichosa patria de este nuevo Mártir de la fé; que aunque nacido de pobre familia idólatra, con todo, por su noble ingenio y bellas cualidades de alma, se elevó en poco tiempo á grande y brillante fortuna. Aplicóse primeramente al arte médico, en que llegó á ser tan docto y experimentado, que por todo el Japon se hizo tan célebre, que era nombrado el Médico por excelencia. Llamado á la Corte por el virey de Bungo, cautivó por la sencillez y modestia de sus maneras, el ánimo de todos, especialmente del virey, que le colmó de riquezas y le contrajo un cariño extremado. Y con todo, este médico afortunado aunque idólatra no se envaneció con estos favores; antes bien, dando gracias á sus dioses, hacia grandes limosnas á los pobres, ayudándoles en cuanto necesitaban, y estas eran semillas, que debian á su tiempo germinar en su corazon y producir frutos de vida eterna. Entregándose Francisco á mayores estudios, miraba con frecuencia y atencion los astros del firmamento y la bóveda azulada de los cielos; vista que lo arrastraba á considerar atentamente, el órden y armonía de este bellissimo universo. Su corazon entónces palpitava y su entendimiento era turbado con fuertísimas dudas. Finalmente, mirando de nuevo el cielo y la tierra, las flores y las plantas, los montes y el mar, su alma se conmovia enteramente, cruzaba los brazos y esclamaba: "No, ni la religion de Sinto ni la de Budá, no son capaces de resolver las dudas que tan fuertemente agitan mi alma. ¿Quién ha criado el cielo, la tierra y el mar? ¿El acaso? pero esta

palabra es vacía de sentido. Jamás se ha oído que un solo nido de pajarrillos se haya formado por una casual combinación. Cuanto yo descubro y veo debe haber tenido un principio. ¿Quién pues fué la causa primera? ¿Quién gobierna esta máquina tan estupenda del universo? ¿Tal vez el hombre! no, no el hombre no es capaz de tanto. Un Dios debe haber, sumo, infinito, omnipotente, eterno, que todo lo sacó de la nada; otra ley debe existir mas santa que la que enseñan los bonzos, la que explique al hombre el fin para que fué criado por Dios."

Agitado de tal manera en su alma, buscaba el pobre Francisco modo de salir de sus dudas. Pero en esto sonó, el clarín guerrero y debia abandonar el Japon. El Emperador Taicosama habia declarado guerra al rey de Corea, y Francisco en calidad de primer médico del ejército, debia seguirlo en compañía de un hijo de su amigo el rey de Bungo y de otros distinguidos personajes de la corte. Terribles fueron los combates entre coreanos y japones, pero la victoria quedó al último por estos apoderandose de gran parte de aquel bastísimo reyno. Francisco prestó sus axilios á los heridos con tal prontitud y eficacia que su nombre se hizo célebre en todas las filas del ejército. Pero no se aquietaba él por esto, las grandes agitaciones de su alma le habian acompañado en el teatro de la guerra. Un dia, por su gran fortuna, encontrése con algunos cristianos que le hablaron de su religion. Francisco, enamorado de sus informes le preguntó qué medio tendria para conocer mas profundamente las verdades que le referian. Se le contestó, que concluida la guerra se dirigiese á Meaco donde encontraria muchos cristianos muy versados en las materias de su religion, y entre ellos, tambien á algunos doctores venidos de Europa que habitaban en la misma Ciudad. Aludian á los franciscanos. Oido esto por Francisco no puso ninguna demora, y sin esperar la conclusion de los combates, sin dar parte á ninguno de su partida, abandonó el ejército japon y dió la vuelta á Meaco. Llegado allí, preguntó por la casa de los doctores cristianos, y señalándole el convento de los franciscanos, voló á él y entrando en la Iglesia se encontró con Fray Marcelo de Rivadeneira, que en aquel momento enseñaba á algunos nuevos cristianos los sacrosantos misterios de la Religion católica. Francisco es puso á escuchar aparte, y terminada la explicacion del catecismo, ya reia cristiano y brillaba sobre su rostro la alegría mas pura, reverberando á lo exterior el contento de su alma.

Habia Dios permitido que Marcelo de Rivadeneira con aquella precision teológica y claridad de argumentos con que se hizo tan célebre en la Universidad de Salamanca, tuviera en aquel dia conferencia sobre la esencia divina, la creacion del mundo, el fin último del hombre y casi todas aquellas verdades que tanto agitaban el espíritu de Francisco; de manera que sin decir otra cosa, se presentó á Fray Marcelo, pidió el Bautismo y le fué prometido por el franciscano, sin mas condicion, que para prepararse á él se retirara algunos dias al convento. Obedeció Francisco, y poco despues con gran júbilo de su corazon, fué lavado con las aguas bautismales y hecho hijo de la Iglesia católica, tomando el nombre del santo Patriarca de los pobres, de quien por haber leído su admirable vida, habia quedado sumamente enamorado.

La conversion de Francisco, aunque al principio fué criticada por sus amigos y parientes, conmovió sin embargo á toda la ciudad de Meaco; Tenia por mujer á una de las mas ilustres y distinguidas señoras del Japon la cual, si bien nacida y educada desde sus mas tiernos años en la religion de los ídolos, le habia tocado por naturaleza un corazon dócil y bella alma naturalmente inclinada á la virtud. Así es, que su amado consorte poco trabajó en convencerla de la falsedad de la secta de Budda y aficionarla á las bellezas de la Religion cristiana; por lo cual, abrazando de toda voluntad la fé del Nazareno, llegó en breve á tan alto grado de perfeccion cristiana, que creemos muy conveniente hacer alguna reseña de su admirable y casta vida. Lo primero que hizo esta piadosa y santa mujer, fué desprenderse de todas las relaciones que tenia con las personas de su sexo que no pertenecian al rebaño de Jesucristo, no pensando ya en otra cosa, que en vivir una vida de espíritu, elevando su alma á los vuelos de las celestiales contemplaciones. Aunque nobilísima, quiso hacerse pobre por Jesucristo, empleando en socorro de los necesitados, cuanto anteriormente solia gastar en comprar nobles y ricas vestiduras y disfrutar de todos los placeres del mundo. De su corazon hizo una digna morada del Espíritu Santo; y por lo mismo, aunque brillaba por su hermosura juvenil, enamorada de las castas delicias de los hijos de Dios, no vaciló en entregársele toda en virtud del santo voto de castidad que hizo de acuerdo con su santo marido. Y desde aquel momento, su vida fué enteramente oculta con Cristo en Dios, y purificados sus afectos

tos con el fuego del santo amor, respiraban todos olor de suavidad grato, al Señor.

Héchose tercera de San Francisco, habria deseado dedicarse enteramente al cuidado de los pobres en los hospitales del convento; pero Pedro Bautista en consideracion á su natural delicadeza, no le permitió dándole en su lugar licencia de asistirlos en su misma casa. Obedeciendo ella prontamente, no hubo obra de caridad á que no se dedicase por entero preparando para ellos las medicinas, dirigiéndose de vez en cuando á visitarlos, exhortándolos con las maneras mas dulces á la paciencia, curándolos con sus mismas manos y socorriéndolos con gruesas limosnas. Fuera de estas piadosas visitas, si salia de casa por otras ocurrencias, era únicamente á hacer bien ó á la Iglesia á oír misa y frecuentar los sacramentos Grande era su veneracion á los ministros de Dios. Hallábase una vez presente á la procesion, su templo el Domingo de Ramos; y en señal de su alto respeto se quitó de los hombros un riquísimo manto y cubrió con él la tierra para que pasase encima el sacerdote del Dios vivo, que era en aquel dia San Pedro Bautista. A vista de tal acto de fervor, imitaron su ejemplo todas las demas Señoras nobles; piadosa y bella costumbre que se observó despues en el Japon mientras floreció allí la religion de Cristo. Tal fué la vida de la piadosa mujer de Francisco, la que llegado el tiempo de la persecucion contra la religion cristiana, no dudó con raro ejemplo de sublime constancia animar á su santo marido á sufrir valerosamente la muerte por Jesucristo. En fin, despues de haber vivido por algun tiempo apartada siempre de todas las cosas mundanas, espiró con la sonrisa de los justos en los lábios, entregando su bendita alma en las manos de su Creador, que se goza ahora en el cielo en union de su santo consorte.

¡Qué contraste el de esta mision católica del siglo XVI con las protestantes del presente! Por la revelacion de uno de sus ministros se saben los anales de la Propagacion de la Fé, núm. 71, que en 1849 en Meaco, durante veinte años y con un gasto de quinientos mil francos, la mision protestante no habia convertido mas que á siete indígenas comprendiendo en ellos á los criados de la casa. Y con razon, porque como se lee en la *Revista mensual* de Enero de 1831, la conducta de

Con una alma pues, tan animada del Señor, bien puede el lector imaginar cual fuera la vida de Francisco despues de su conversion al cristianismo. Recobrada la paz del corazon, aquella paz serena que por tanto tiempo tenia angustiada su alma, llegó el afortunado médico de Taicosama á ser uno de los mas fervorosos apóstoles de su querida patria, amaba todas las virtudes pero sobre todo, dos lo levantaron á aquella altura de méritos, que por último debia conducirle á derramar su propia sangre por la fé de Cristo; esto es, el amor á Dios acompañado siempre de un profuado dolor á la Pasion de su amado Hijo, y la caridad al prójimo especialmente á cuantos tenian de él necesidad. Aquel lo arrastraba á llorar amarguísicamente por muchas horas los dolores de Cristo sobre todo cuando le recibia Sacramentado, tanto que se veia su rostro inflamado, y digamos como rodeado de una aureola de luz en señal de ardentísimo amor con que en aquel momento se desahogaba su alma: esta le urgia á mantenerse dia y noche al lado de los enfermos, especialmente de lepra, en los hospitales del Convento, lavándolos con sus propias manos, curándoles él mismo sus llagas y prodigándoles toda clase de servicios. No hubo penitencia, por áspera que fuese, á que no sugetara su cuerpo; y muchas veces sucedió, que los religiosos viéndole decaído y enteramente falto de fuerzas, tuvieron que despojarlo de los mas crueles cilicios. Amante ademas de la Reina de los ángeles, no dejaba pasar dia alguno sin dedicar á su honor alguna obra de piedad. Fué catequista en escuela abierta por los franciscanos á beneficio de los niños así cristianos como gentíles de Meaco; enseñando á estos últimos aun las ciencias del país, pero despues de haberlos purgado de cuantos errores habian introducido en ellos los pérfidos bonzos. Tradujo en la lengua japonesa los modernos misioneros protestantes no es muy propia para producir estos prodijios: "Luego que llegan, á su destino, dice ese periódico el primer cuidado que se toman es el de alojarse lo mas comodamente que pueden pero manteniéndose siempre en cuanto les es dable bajo la proteccion del cañon Britanico." Rara vez penetran en las naciones salvages, tienen miedo á la peste y al cólera, á los cuales no es razonable esperar que quieran esponer á sus familias, ó que sus familias les permitan esponerse; y por otra parte, las mismas razones les hacen no tener el menor deseo de ser mártires. [Nota del Traductor.]

na diversos libros piadosos, y compuso otros refutando las sectas de Sinto, de Budda y de Cofnuso y en defensa de la Religion de Cristo; los que esparcidos en las familias ya cristianas y ya gentiles, es indecible á cuantos de éstos iluminaron para abandonar las falsas aras de los ídolos y correr á colocarse bajo la gloriosa bandera del Redentor del Mundo. Acostumbraba continuamente, deleitarse en la lectura de la Biblia, y escogiendo sus mejores pasages, adornó con ellos el claustro de los franciscanos, en suma, nada omitió este amable santo que pudiese de qualquiera manera influir en bien de los prójimos y en ventaja y decoro de la Religion católica. Y suspendiendo por ahora la vida de San Francisco Médico, pasemos á referir la no menos admirable de otro ilustre héroe de la fé, llamado Buenaventura, que es del tenor siguiente:

Nació San Buenaventura, llamado por otros Ventura, en Meaco, de madre gentil pero de padre cristiano, que puso el mayor cuidado en que su hijo recibiese el Bautismo antes de caer en los errores de la idolatria. Así fué hecho, pero pervertido poco despues por la mala doctrina de la madre, se dedicó á los ídolos en clase de bonzo, en cuyo impio oficio perseveró por unos veinte años, es decir hasta que llegaron á su patria los apóstoles franciscanos, pero habiendo tenido éstos ocasion de hablar con él, le echaron en cara su apostasia de la Religion de Cristo, amenazándole con tal franqueza de que si al momento no cesaba en su impio ministerio de engañar al pueblo, experimentaria muy breve las terribles aunque justas venganzas de aquel Dios cuya sacrosanta fé habia ultrajado tan locamente y vituperado con la mas pérfida ingratitude. Herido como de un rayo Buenaventura con tales palabras, se arrojó á los piés de los franciscanos, llorando amargamente sus pecados y pidiendo á Dios misericordia y perdon, Pero, levantándolo los religiosos de la tierra y abrazándole tiernamente le dijeron: "Basta, hermano, ya Dios te ha perdonado desde el cielo, y de nuevo has vuelto á ser hijo de aquella santísima Madre que por tanto tiempo habias abandonado. Rinde gracias al Señor, y prepárate para adelante á hacer penitencia de los pecados cometidos." Buenaventura lo prometió y partió del convento.

Llegada la Dominica, la Iglesia de Santa María de los Angeles estaba llena segun costumbre, de cristianos que habian concurrido á oír misa cuando repentinamente apareció por la puerta del templo un hombre en

bierta de ceniza la cabeza, vestido de un saco y con una gruesa cuerda al cuello. Era Buenaventura, que penetrando al interior y dirigiendo á todas sus miradas, abjuró en voz alta los errores de la idolatria, renovando solemnemente la profesion de la fé católica, pidiendo perdon á los cristianos del escándalo que les habia dado y prometiendo en fin á Dios mudar enteramente de vida; y para dar un testimonio público de su arrepentimiento, se arrojó á los piés de S. Pedro Bautista, suplicándole que vistiéndole el sagrado hábito de la Tercera orden franciscana le admitiera por compañero en lo restante de su vida. Satisfecho su piadoso deseo, Buenaventura no se apartó mas del lado de los hijos de S. Francisco, sirviéndoles continuamente en cuanto se ofrecia, especialmente en el oficio de catequista. Fué despues tan obediente sobre todo á S. Pedro Bautista, que sin su licencia jamás habria hablado con ninguna persona del mundo ni aún á su propio padre. En lo restante, su vida fué siempre conforme á la de los misioneros en el ejercicio de todas las virtudes, aunque despues de la obediencia, le fué sobre todas amadísima la santa humildad.

La repentina conversion de S. Buenaventura á la religion del Nazareno, si por una parte colmó de júbilo á todos los nuevos cristianos, es indecible por otra cuanto encendió la rabia de los pérfidos bonzos. Y para conocerlo mas, referiremos el siguiente hecho que nos abre camino para contar la vida de otro que junto con los franciscanos sufrió despues el martirio por Jesucristo.

Al tiempo que acontecian semejantes conversiones en Meaco por el apostolado de los frailes menores, vivia en la corte del Gobernador de la misma ciudad, en clase de paje de honor, un noble jovencito perteneciente á una de las mas ilustres y antiguas familias del Duizeco, lugar de la provincia de Jeé en la parte meridional de la isla de Nifon. Hallábase entonces en la florida edad de diez y seis años, disfrutando del amor general no menos por su rara belleza que por su dulce índole. Se llamaba Gabriel y para colmo de sus buenas calidades, estaba dotado por la naturaleza de un despejado y vivísimo ingenio. Desde los primeros dias de su llegada á Meaco, los franciscanos como frecuentaban mucho la casa de Gobernador, tuvieron conocimiento de este amable jóven, que para ser llamado ángel, solo le faltaba á decir verdad la profesion de la fé católica. Así es, que arrastrado Gabriel de la natural curiosidad, propia de

todos los jóvenes, y mucho mas de la bella índole que habia recibido de Dios, desde el principio trabó amistad con los frailes de Luzon, y de vez en cuando iba á visitarlos al convento, deteniéndose con ellos en largas conversaciones, especialmente con Fray Gonzalo García, quien es inútil decir que tomó todo empeño en atraerlo al conocimiento de la verdad y amor de Jesucristo.

Cierto dia, que se hallaba con Gonzalo que le hacia mil caricias, le vió deshacer de repente en abundantes lágrimas. Fuera de sí á tal vista y abrazándole tiernamente le dijo: "Gonzalo, ¿qué mal tienes y por qué lloras? confíalo á tu amigo."—Lloro por ti, respondió el buen religioso.—"¿Por mí! Yo no te entiendo, explicate mejor."—"Sí, lloro por tí pobre Gabriel; mira, y le señaló el cielo: Allí está la habitacion de los hijos de Dios! ¡Cuánto mas hermoso serias si tuvieses la fortuna de ir allá! ¡Cuánto mas resplandecería tu rostro en medio del coro de los ángeles!... pero... y Gonzalo continuaba llorando; sorprendido cada vez mas el jovencito, le replicó, "Si este es el motivo de tu dolor, deja de llorar, porque yo tambien iré al paraíso; y qué ¿no estarás contento, Gonzalo, de que igualmente vaya á gozar de Dios allá en el cielo?"—¡Yo! ¡Ah! tú no sabes cuanto deseo para tí esa felicidad; pero no te hagas ilusiones Gabriel, jamás entrarás en aquella bienaventurada mansion mientras vives en la secta de Budda.—¡Pero por qué!—Porque es falsa y no hay salvacion fuera de la religion de Cristo.—¿Quién te lo ha dicho?—Primera mente Dios por medio de la revelacion hecha á algunos hombres que le eran adeptos; y en segundo lugar el conocimiento de la razon.—Y con todo, los bonzos me han enseñado, Gonzalo, que todas las religiones son buenas, y que siguiendo yo la de Budda, no solamente iré al cielo sino tambien mi alma despues de la muerte será trasformada en un Kamis.—Te han engañado Gabriel, te han engañado; y creelo así á tu Gonzalo el cual se ha expuesto á todos los peligros de la vida, á fin de venir á estas tierras á arrancar de las fauces del demonio tantas miserables criaturas, que creyendo tributar culto y honor á Dios, se postran ante Satanás.—Qué debo hacer pues, Gonzalo?—Hacerte hijo de Jesucristo por medio de las aguas del santo Bautismo.—¿Y despues?—Despues vivir conforme con su santa ley, que diariamente te iré yo explicando.—Basta, respondió el jovencito, dame luego el bautismo y no hable

de esto con persona viviente, hasta que no haya tomado otra resolucion.

Dióse gusto á Gabriel, y por dos meses permaneció cristiano oculto, no dejando en todo este tiempo el buen religioso de instruirlo en todas las cosas de la religion; y pasados estos dias, abandonando el santo jóven á sus padres, parientes y amigos, y arregladas algunas cosas pertenecientes á su oficio, se retiró al convento de los franciscanos; donde vestido el hábito de la sagrada, Orden tercera de penitencia y despidiéndose para siempre del mundo y cuando en él le era querido se dedicó enteramente al servicio de Dios, diciendo á presencia de los religiosos que habiéndolo llamado el Señor tan benignamente á servirlo en su casa, ninguna cosa del mundo, ni amenazas, ni lisonjas, ni la misma muerte podrian apartar lo jamás de su santo propósito. Y ya veremos con cuánto valor y verdaderamente heroica intrepidez rechazó Gabriel todos los asaltos que le vinieron por el enemigo de todo bien.

Efectivamente, pocos dias habian pasado de su entrada á la Religion seráfica, cuando innumerables amigos suyos azuzados de la ira de los bonzos, fueron á verlo al convento, usando de todo género de lisonjas para hacerle abandonar á Jesucristo y reducirle de nuevo á postrarse ante la ara nefanda de los falsos Dioses. Pero Gabriel se tuvo firme y para manifestarles cual era la constancia de su propósito en la nueva vida emprendida, se dejó ver de ellos con la cabeza rasurada de sus hermosos y negros cabellos, lo que es señal entre los japones de que uno se ha separado totalmente de las cosas de la tierra para darse enteramente á la contemplacion de las del cielo. Rechazado este primer asalto, quedaba otro que vencer al buen jovencito, el mas terrible de todos, pero que siempre dará á conocer el heroismo de que es capaz el poder de la fé católica.

Quando los padres de Gabriel supieron la resolucion de su hijo, se pusieron furiosos, y acompañados de gran número de parientes, amigos y criados, fueron al convento de Meaco con la firme intencion de sacar de allí al Santo jovencito á toda costa, aun valiéndose de la fuerza si fuere necesario. Sabido esto por Gabriel, de temor que los halagos de la carne le arrancasen de su santo propósito, se escondió en una celda retirada del convento, rogando á S. Pedro Bautista que recibiese en su lugar, él mismo á sus padres, y les asegurase su firme voluntad era no faltar por nada del mundo á la voz del cielo. Hizolo así el santo comisario; pero movido

al fin de los ardientes ruegos de la madre, que bañada en lágrimas le pedía la gracia de ver al meos á su hijo, indujo á Gabriel á contentarla confortándole al mismo tiempo con que Dios le daría la victoria. Obedeció el buen jovencito y encomendándose fervorosamente á Jesucristo, amada prenda de su alma, se presentó muy alegre y contento á sus padres; y luego que los tuvo delante, inflamado el rostro en amor divino y movido del espíritu del Señor, arrodillóse ante los autores de su vida, hablandoles de esta suerte: "Amados padres, yo os ruego encarecidamente por lo muchos que os amo, que me dejéis permanecer tranquilo con estos padres. Si verdaderamente me amais, no priveis á vuestro hijo de tan gran bien. Dios con un rayo benignísimo de su gracia, se ha dignado llamarme para sí; ¡y quereis oponeros á la voluntad del cielo! Por lo demas, estoy resuelto á morir primero que abandonar á Jesucristo, á quien me he dedicado enteramente, y su santa religion, la única verdadera entre cuantas existen en el mundo."

Y aquí Grabiél haciéndose superior á su edad, comenzó á hacerles elogio de la Religion Cristiana, declarando sus bellezas, exponiendo su recompensas, y rogando con lágrimas á sus padres se convirtiesen tambien ellos á la Cruz, asegurándoles que no haciéndolo así, jamás conseguirian su salvacion eterna. A lo que replicó la madre: "Calla hijo mio, que tu vives en error. ¿Qué bien puedes esperar siguiendo á estos hombres extrangeros, tan pobres y miserables, que para no morir de hambre tienen que mendigar limosna de puerta en puerta?" A lo que contestó Grabiél: "Yo, madre mia, sigo á estos pobres, porque ellos siguen á Jesucristo, que es el Rey del cielo y de la tierra, y que como justo Juez premiará algun dia á los buenos con las delicias del paraíso y castigará á los malos con las penas del infierno. Por otra parte, si son pobres, lo son por amor de Jesus, y para darnos á entender, como sobre todos los bienes de la tierra están los eternos del cielo, cuyo camino puntualmente han venido á enseñar á los hijos de las tinieblas. Y por esta razon me he hecho su compañero, por el ardiente deseo que tengo de estos bienes. Por esto os ruego que me dejéis vivir en paz en su compañía, porque lo repito; ni ofertas, ni amenazas, ni la misma muerte, podrán separarme de su lado y hacerme abandonar la Religion de mi Jesus."

A estas palabras quedaron profundamente conmovidos el padre y la madre de Gabriel; pues aunque nacidos en la idolatría, entrevieron en la heroica resistencia de su hijo, todo el encanto de una sobre natural inspiracion. Porque, al fin abrazándolo tiernamente é imprimiéndole en la frente los mas ardientes ósculos, aunque con el alma traspasada de dolor, le dejaron vivir con Dios en el convento de los franciscanos.

Salido victorioso de tal manera Gabriel del mas terrible asalto, dió fervorosas gracias al Señor, entregándose á vivir con una vida tan virtuosa y angelical, que no hay palabras posibles á describirlas. Bastará decir, que por todos, gentiles ó cristianos era llamado con el sobrenombre de santo. Y lo era en verdad; porque en poco tiempo por el continuo ejercicio de las mas bellas virtudes, su alma de tal manera se unió con Dios, que solamente al oír hablar de él, se inflamaba su rostro, siendo sorprendido de los mas dulces éxtasis de amor, cual si ya se encontrara en los brazos de su Creador. De aquí le provenia aquel íntimo dolor del corazón, que manifestaba con lágrimas y suspiros por la perdicion de tantas almas incrédulas. El ardiente amor á Cristo le arrastraba de vez en cuando hasta lo mas concurrido de Meaco, donde reunida gran multitud de ciudadanos, no se cansaba de predicar las grandezas de la Religion católica, rogando á todos que abandonando los errores de Budda, abrazaran sus santos dogmas y preceptos. Pero lo que sobretodo afligia el inocente corazón de Gabriel, era el pensamiento de su padre. Muchas veces probó á convertirlo, preparándose con ayunos y oraciones, con lágrimas y ruegos á su Dios, hasta que al fin lo consiguió. Porque tocado de la gracia del Señor, conmovido y enternecido de las inocentes y fuertes súplicas de Gabriel, se hizo en fin cristiano, y haciéndose tercero de San Francisco, emprendió una vida perfectamente cristiana; muriendo en opinión de santidad en el convento de los menores en los brazos de su amado y santo hijo.

La historia no nos dice lo que sucedió á la madre de Gabriel; aunque bien puede ser, que tambien ella animada por el ejemplo de su hijo y de su marido abrazara por último el cristianismo. De todos modos, lo dicho hasta aquí basta para mostrar en todo su portento, la vida de Gabriel, destinado por la Providencia á hacernos comprender cada vez mas, que

solo en virtud de la fé católica puede el hombre convertirse de un golpe de vaso de ira en vaso de eleccion, en apóstol, en santo.

Concluyamos este capítulo refiriendo un milagro obrado por Dios en este tiempo por interseccion de su fiel siervo San Pedro Bautista; y es como sigue: Cosme Yoya, cristiano japon, como varias veces se ha dicho, insigne bienhechor de los franciscanos, tenia una hija, cubierta toda de cabeza á piés de inmunda lepra. Sucedió pues, que un dia de Pentecostés se hallara en su casa con otros varios cristianos el santo comisario quien movido á piedad de aquella miserable, y deseando verla sana, dirigió fervorosos ruegos al Señor. Llamóla en seguida, y haciendo sobre su cabeza la señal de cruz, recobró en un momento la salud, como si ningun mal hubiese antes tenido. A tal prodigio, todos los concurrentes alabaron el poder de la fé católica, pero especialmente cuando Pedro Bautista los bendijo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, apareciendo visiblemente sobre la cabeza de cada uno de ellos una lengua de fuego, de la misma manera que á los apóstoles cuando en un dia igual se hallaban congregados en Jerusalem. Y que tal prodigio obra-se Dios en señal de que todos le eran amados, se conoció muy pronto; porque sobrevinida la persecucion, ó murieron todos mártires por Jesu-cristo junto con los franciscanos, ó padecieron por su fé prisiones y destierro.

CAPITULO X.

PERSECUCIONES Y VICTORIAS DE LOS FRANCISCANOS.

A isla de Chiu-siu muy grande entre todas las demas del Japon, despues del Nifon, de la que está separada por medio un canal apenas largo de cuatro millas de la punta de Ximonosequi á la de Kokuta, se halla colocada al Sud-Oeste del imperio, rodeada de muchas islas menores, de las que son las principales: Firando, donde la vez primera arribaron los apóstoles franciscanos. Amacusa desde la cual escribieron los cristianos hácia el año de 1590, como hemos dicho, al santo Fr. Gonzalo Gar-

cia residente entonces en Manila. Esa isla fertilísima en su terreno y circundada de innumerables golfos, senos y bahias á la que los antiguos llamaron tambien Ximol ó Ximoa, no solamente es de las mas bellas y pintorescas del Asia; sino ademas rica por hermosas, grandes y muy pobladas ciudades, entre las cuales es importantísima la de Nagasachi sobre la costa occidental al frente de la de Corea, y propiamente en la península formada al Sur de la bahia de Omura y al Oeste de la que toma nombre de la misma ciudad, distante doscientas leguas de Yedo. Divídese en dos partes desiguales, una llamada interior, que comprende 26 calles, y exterior la otra, nombrada tambien *Cosmatz* que tiene mas de 60, angostas todas y torcidas, pero adornadas por diversas partes de grandes y bellos edificios. De los campos vecinos bajan muchos riachuelos hasta tocar sus muros, y aun inundarla con frecuencia por la abundancia de sus aguas. Sus templos en número de 62, se elevan sobre amenas y deliciosas alturas, y no solo están dedicados á los diversos cultos del Japon, sino tambien á lugares de recreo y placeres de la poblacion. Nagasachi se encuentra muy fortificada y es el solo punto del imperio donde se permite el comercio europeo. Su puerto formado de la bahia que da nombre á la ciudad es de los mas hermosos y pintorescos del Japon, de excelente anclage y muy bien defendido de los vientos, aunque acaso tiene como tres y media leguas de longitud. Así como en los pasados tiempos, á solo los portugueses, entre todos los países extranjeros era permitido arribar para el comercio, así despues se concedió á los holandeses con el mismo fin; pero relegándolos al Oeste de la ciudad, en la isla artificial de Desima, que comunica con Nagasachi por un puente muy estrecho y bien resguardado por tropa. Dificil cosa es fijar el número de sus habitantes dándole algunos 70, otros 100, y varios solo 30,000. De todos modos, es indudable haber sido Nagasachi una de las mas importantes poblaciones del Japon desde tiempos muy remotos, teniendo hasta hoy el título de ciudad imperial, elevada despues por el inmortal Pontífice Sixto V á la dignidad de Iglesia catedral, pero sujeta al arzobispado de Goa. Y hasta esto, por lo tocante á esta ciudad, de la que hemos querido decir algo, no solo porque pronto la haremos ver nuevo teatro de los trabajos apostólicos de los misioneros franciscanos, pero mucho mas por la razon de que cumpliendo allí la carrera de sus glorio-

solo en virtud de la fé católica puede el hombre convertirse de un golpe de vaso de ira en vaso de eleccion, en apóstol, en santo.

Concluyamos este capítulo refiriendo un milagro obrado por Dios en este tiempo por interseccion de su fiel siervo San Pedro Bautista; y es como sigue: Cosme Yoya, cristiano japon, como varias veces se ha dicho, insigne bienhechor de los franciscanos, tenia una hija, cubierta toda de cabeza á piés de inmunda lepra. Sucedió pues, que un dia de Pentecostés se hallara en su casa con otros varios cristianos el santo comisario quien movido á piedad de aquella miserable, y deseando verla sana, dirigió fervorosos ruegos al Señor. Llamóla en seguida, y haciendo sobre su cabeza la señal de cruz, recobró en un momento la salud, como si ningun mal hubiese antes tenido. A tal prodigio, todos los concurrentes alabaron el poder de la fé católica, pero especialmente cuando Pedro Bautista los bendijo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, apareciendo visiblemente sobre la cabeza de cada uno de ellos una lengua de fuego, de la misma manera que á los apóstoles cuando en un dia igual se hallaban congregados en Jerusalem. Y que tal prodigio obra-se Dios en señal de que todos le eran amados, se conoció muy pronto; porque sobrevinida la persecucion, ó murieron todos mártires por Jesu-
cristo junto con los franciscanos, ó padecieron por su fé prisiones y des-
gierro.

CAPITULO X.

PERSECUCIONES Y VICTORIAS DE LOS FRANCISCANOS.

A isla de Chiu-siu muy grande entre todas las demas del Japon, despues del Nifon, de la que está separada por medio un canal apenas largo de cuatro millas de la punta de Ximonosequi á la de Kokuta, se halla colocada al Sud-Oeste del imperio, rodeada de muchas islas menores, de las que son las principales: Firando, donde la vez primera arribaron los apóstoles franciscanos. Amacusa desde la cual escribieron los cristianos hácia el año de 1590, como hemos dicho, al santo Fr. Gonzalo Gar-

cia residente entonces en Manila. Esa isla fertilísima en su terreno y circundada de innumerables golfos, senos y bahias á la que los antiguos llamaron tambien Ximol ó Ximoa, no solamente es de las mas bellas y pintorescas del Asia; sino ademas rica por hermosas, grandes y muy pobladas ciudades, entre las cuales es importantísima la de Nagasachi sobre la costa occidental al frente de la de Corea, y propiamente en la península formada al Sur de la bahia de Omura y al Oeste de la que toma nombre de la misma ciudad, distante doscientas leguas de Yedo. Divídese en dos partes desiguales, una llamada interior, que comprende 26 calles, y exterior la otra, nombrada tambien *Cosmatz* que tiene mas de 60, angostas todas y torcidas, pero adornadas por diversas partes de grandes y bellos edificios. De los campos vecinos bajan muchos riachuelos hasta tocar sus muros, y aun inundarla con frecuencia por la abundancia de sus aguas. Sus templos en número de 62, se elevan sobre amenas y deliciosas alturas, y no solo están dedicados á los diversos cultos del Japon, sino tambien á lugares de recreo y placeres de la poblacion. Nagasachi se encuentra muy fortificada y es el solo punto del imperio donde se permite el comercio europeo. Su puerto formado de la bahia que da nombre á la ciudad es de los mas hermosos y pintorescos del Japon, de excelente anclage y muy bien defendido de los vientos, aunque acaso tiene como tres y media leguas de longitud. Así como en los pasados tiempos, á solo los portugueses, entre todos los países extranjeros era permitido arribar para el comercio, así despues se concedió á los holandeses con el mismo fin; pero relegándolos al Oeste de la ciudad, en la isla artificial de Desima, que comunica con Nagasachi por un puente muy estrecho y bien resguardado por tropa. Dificil cosa es fijar el número de sus habitantes dándole algunos 70, otros 100, y varios solo 30,000. De todos modos, es indudable haber sido Nagasachi una de las mas importantes poblaciones del Japon desde tiempos muy remotos, teniendo hasta hoy el título de ciudad imperial, elevada despues por el inmortal Pontífice Sixto V á la dignidad de Iglesia catedral, pero sujeta al arzobispado de Goa. Y hasta esto, por lo tocante á esta ciudad, de la que hemos querido decir algo, no solo porque pronto la haremos ver nuevo teatro de los trabajos apostólicos de los misioneros franciscanos, pero mucho mas por la razon de que cumpliendo allí la carrera de sus glorio

esos combates, deberán derramar su propia sangre sobre el árbol de la cruz, muriendo mártires en solemne testimonio de la fé de Cristo.

Aunando pues el hilo de la historia, debe saberse, que los cristianos de Nagasachi, sobre todo los portugueses, que en gran número residian allí en razon de su comercio desde el año 1594, oyendo el gran bien que los franciscanos estaban haciendo en Meaco, dirigieron cartas á Pedro Bautista, para que pasando el estrecho que separa á Nifon de la isla de Chu-Siu, fuese á prestarles axilio en sus necesidades espirituales. Ninguna cosa del mundo podia ser tan grata al corazon del santo comisario como esta invitacion de los cristianos; los cuales, verdaderamente se hallaban en sumas angustias, no teniendo otros ministros de la religion que tres ó quatro misioneros de la Campaña de Jesus, que aunque muy laboriosos, no podian con todo auxiliar á tantos cristianos. Por lo mismo, San Pedro Bautista, lleno el corazon de bellas esperanzas por los nuevos hijos que acudian bajo la bandera del patriarca de los pobres, y deseoso de extender cada dia mas el reino de Jesucristo en las tierras del Japon, dejando á Meaco se puso en camino para Nagasachi á fines del mismo año en compañía del Beato Padre Fray Gerónimo de Jesus. Llegado por tanto allí despues de un largo y peligroso viaje por tierra y mar, y recibido en el puerto con extraordinarias muestras de alegría por los cristianos, se fué á morar á la casa de los misioneros jesuitas, donde permaneció veinte días. Pasados estos, San Pedro Bautista, recibida la licencia del gobernador llamado Teraraba, se pasó á habitar junto con su fiel compañero Gerónimo á una ermita fuera de la ciudad, donde solian alojarse los pobres, cerca de la cual habia una capilla solitaria en el título de San Lázaro; donde con inmensa satisfaccion tanto de los cristianos como de los gentiles, comenzó desde luego á ejercitar los divinos oficios, celebrar misa, escuchar confesiones y administrar otros sacramentos. Así es, que en la cuaresma de 1595 predicó fray Gerónimo de Jesus, que siendo nativo de Portugal, es indecible referir los frutos saludables que consiguieron con sus pláticas los mercaderes de aquella nacion. En suma, estos dos apóstoles franciscanos, benditos de Dios y de los hombres, obraron en breve tiempo en Nagasachi aquellos mismos prodigios de caridad religiosa y social, que fueron vistos con general sorpresa en la ciudad de Meaco; Valiéndose de las muchas y amplias limosnas que les eran ofrecidas por

los cristianos; así indígenas como europeos las emplearon en socorrer las necesidades de los pobres y muchos de aquellos que se habian acogido en la dicha ermita, encontraron allí la amorosa asistencia que en vano habian implorado de los bonzos. Creciendo por lo mismo cada dia mas el aprecio del pueblo los misioneros, Pedro Bautista, despues de tres meses de morar en la dicha casa de S. Lázaro, con objeto de auxiliar mejor á la cristiandad de Nagasachi, que con tan bellos y consoladores auspicios comenzaba á recobrar su antiguo esplendor, con acuerdo de los principales cristianos, se determinó á fundar dentro de la ciudad, una nueva iglesia y convento de su órden. Pero en esta vez quiso Dios probar su heroica y admirable constancia con una terrible persecucion, suscitada en su contra por la ira de los bonzos.

Es indudable que en aquel tiempo podian los franciscanos no solo habitar libremente en cualquier lugar del Japon, sino tambien fundar conventos, erijir iglesias y predicar la fé de Cristo, en virtud de las amplias concesiones del emperador Taicosama, como vamos á verlo; y segun de ellos dió testimonio San Pedro Bautista. Sin embargo, los irritados sacerdotes de Budda, se acercaron al gobernador de la ciudad, amenazándole altamente que de no arrojar de allí á los frailes de Luzon, lo acusarian al Emperador de que en vez de defender las leyes patrias y los dioses del Japon, favorecia su envilecimiento permitiendo la predicacion de cultos estraños. Terazaba tembló á tal amenaza, y sin mas, decretó que los franciscanos, dejada la ermita de San Lázaro, partiesen al punto de Nagasachi. A tan funesta intimacion derramó lágrimas San Pedro Bautista, pero no decayó de ánimo. Habiendo consolado á Fr. Gerónimo de Jesus, no menos que él atribulado, se presentó al gobernador de quien, obtenida la licencia de hablar, comenzó á decirle así:

"Sabed, Señor, que llegado yo al Japon como embajador del virrey de Luzon, fui reconocido por tal de vuestro emperador Taicosama; quien concluida la paz con las Filipinas, no solo me recibió con muestras de extraordinaria alegría, sino proveyéndome de cuanto yo y mis religiosos necesitabamos para pasar la vida, me dió amplio permiso para que pudiese dirigirme á vivir á cualquiera lugar de su imperio. Y por esto he venido á Nagasachi para edificar convento de mi órden, tanto mas necesario aquí, no solo para el auxilio de los enfermos y cristianos, sino tambien al buen

desempeño de mi oficio de embajador de Luzon, pudiéndose de esta ciudad recibir y despachar prontamente cartas á Manila. Mas si no me creis por no poderos mostrar por escrito tal licencia, bien podeis sobre esto preguntar á cuantos os agrada, y sobre todo, al mismo Guenifoin, Gobernador de Miaco, que juntamente con los demas ministros de estado y grandes de la corte, fué testigo de las concesiones que se me hicieron de habitar junto con mis religiosos en cualquiera parte del Japon. Ni creais tampoco que predicar la fé de Cristo pueda de ningún modo desagradar al emperador, que al contrario dió muestras de contentarse de ello cuando ejercitábamos estos oficios en su misma corte. Sabed tambien que el mismo Taicosama nos donó un sitio dentro de Meaco, para que levantásemos convento é iglesias, como en realidad lo hicimos, ayudados por el mismo con grandes limosnas para esa fábrica; en la cual, habiendo nosotros celebrado públicamente los divinos oficios, predicado á cristianos y gentiles nuestra santa religion, casi á la misma presencia del emperador, jamas nos lo reprobó, sino siempre nos vió benignamente, como puede testificar todo Meaco, y especialmente el gobernador, á quien podeis dirigiros. Y si todo esto no basta á persuadirnos de la voluntad de Taicosama; ¿por qué, señor, nos disteis licencia de habitar en la ermita de San Lázaro, permitiéndonos que por mas de tres meses, ejerciésemos el ministerio apostólico para el consuelo de los fieles de Jesucristo, y curásemos los enfermos pobres de la ciudad? Y entonces obrásteis bien, mal ahora, se te aconseja á espulsarnos. Reflexionad, pues, os ruego, antes de dar efecto á vuestro decreto, que ciertamente nos colmaria el alma de profundo dolor. Al menos, mientras no seais mejor informado de Guenifoin, gobernador de Meaco, permitid que vivamos pacíficamente en nuestra pobre ermita.

Este hermoso y valiente discurso de Pedro Bautista, no fué enteramente estéril, porque aunque Terasaba se mantuvo firme en lanzar á los franciscanos de la casa de San Lázaro, con todo, les dió permiso de habitar en otra parte, entretanto se informase bien del negocio por medio del gobernador de Meaco. Por lo cual San Pedro Bautista, aunque con el corazón traspasado de dolor abandonó la ermita, y junto con el P. Gerónimo de Jesus se pasó á vivir á la casa de un anciano y fervoroso cristiano japon, que les prestó toda clase de socorros, así como á todos los demas fieles especialmente portugueses; los cuales adquirida con su

propio dinero la misma casa, y dándola á los franciscanos, fué en el acto reducida como un convento, levantándose tambien un pequeño oratorio para celebrar la misa y reunir en él á los cristianos. Y fué un espectáculo muy conmovedor, ver concurrir desde luego de todas partes á la nueva casa de los frailes menores, cristianos y enfermos; estos, para ser curados y asistidos en sus males, y aquellos á recibir el pasto de la palabra divina que allí se les predicaba. Inútil es decir si los franciscanos tributasen gracias al Señor, remitiendo su causa en sus manos, al mismo tiempo que los mas notables entre los portugueses cristianos trabajaban con el gobernador para hacerle derogar su anterior decreto. Y acaso Terasaba los habria contentado, á no ser por la ira de los bonzos, que siempre mas irritados contra los franciscanos, fueron de nuevo á amenazarlo que mas fuertemente lo acusarian ante el emperador, si en el acto no arrojaba fuera de Nagasachi á los doctores cristianos; con lo que aterrizado el gobernador dió orden á los padres para que dentro de pocos dias abandonasen la nueva casa. Universal fué el llanto de los cristianos á esa otra repentina intimacion de Terasaba. Sin embargo, ni aun esta vez faltó el valor á San Pedro Bautista; antes bien, mirando á su amado compañero Gerónimo de Jesus, derramar amargas lágrimas en el oratorio delante de la Imágen de un crucifijo, como presagiando el porvenir, lo animó con estas palabras: "Hermano, vaya fuera el dolor y consolaos; porque yo sé de cierto que Dios ha reservado este lugar á nuestra Orden; por ahora debemos resignarnos en su divina voluntad, y abandonar á Nagasachi; pero dentro de poco vereis de qué modo la Providencia dispondrá las cosas en esta ciudad, en gloria de la perseguida Iglesia de Jesucristo, y ventaja espiritual de sus desconsolados hijos."

Mientras todo esto pasaba á los pobres franciscanos, llegó improvisamente de Manila á Nagasachi el venerable fray Juan Pobre, distinto del otro que en 1582 habian entrado el primero de todos los menores en el Japon. Era natural de Zamora, de jóven habia militado bajo las banderas españolas y tomado parte en la guerra de Flandes, durante la cual se adquirió el nombre de muy valiente soldado. Pero abandonando al fin la milicia terrena, pensó alistarse en la de la iglesia, como lo hizo en efecto, profesando la regla franciscana entre los menores observantes de la misma provincia de Flandes; en la que permaneció algunos años hasta

que el furor de los herejes volvió á desolar nuevamente aquellas infelices regiones. Entonces fray Juan con la licencia del Padre Francisco de Tolosa, ministro general de toda la orden franciscana, se unió al célebre misionero P. Pedro Ortiz, y se hizo con él á la vela á las islas Filipinas donde llegó en 1594. Enviado á Manila y reconocido por hombre diestrísimo en el manejo de negocios de grande importancia; aunque lego, fue despachado al Japon con el oficio de visitador de aquella mision en lugar del comisario apostólico P. fray Luis Maldonado. Indecible fue el contento de San Pedro Bautista y del venerable Gerónimo de Jesus en el inesperado arribo de este su amado hermano, que en aquellos momentos tan angustiados, aparecía como ángel consolador para confortar á sus ciervos. Mas en esto llegó á noticia del santo comisario, que Terasaba se disponía á partir á Meaco; y como además de su santidad era también de espíritu muy previsor desde luego vió el daño que resultaría á la mision seráfica si el medroso gobernador de Nagasachi arribase solo á la capital del imperio; y por lo mismo de conformidad con sus hermanos, se decidió adelantarlo en su dilatado viage.

Y en efecto, al comenzar la primavera del año de 1595, Pedro Bautista, en compañía del P. Gerónimo de Jesus y fray Juan Pobre, en medio del llanto de todos los cristianos, especialmente portugueses y los gritos de dolor de todos los pobres y enfermos que habian encontrado auxilios y asistencia en su casa, se hizo á la vela del puerto de Nagasachi, y confiado en Dios se dirigió á Meaco á donde habiendo llegado despues de no pocos trabajos y peligros, así en el mar como en la tierra, sin la menor demora fué á verse con el gobernador Guenifoin, hombre muy amante de los franciscanos, instruyéndolo de la próxima llegada de Terasaba y dándole noticia de cuanto le hubiera pasado en Nagasachi; despues de lo cual, confortado Pedro Bautista por las palabras de Guenifoin, retornó á su convento á los brazos de sus amados hijos. No tardó mucho en llegar á Meaco Terasaba, y Dios quiso que antes que con otros se abogase con el gobernador, el cual entrando en conversacion sobre los franciscanos, le aseguró, que la cosa habia pasado conforme á lo que en Nagasachi le habian informado á quienes Taicosama habia dado licencia no solo de habitar en cualquiera parte del Japon, sino de ejercer allí los oficios de su religion, como de ello daba testimonio todo lo que habia pasado sobre e-

particular en Meaco. Que por lo mismo les diese facultad de fundar casa en Nagasachi, sin necesidad de recurrir al emperador que mas bien se molestaría con aquellas dificultades, debiendo por una parte defender la religion del Japon; y mantener por otra, las promesas solemnemente juradas á los frailes de Luzon de dejarlos libres en sus tierras, como el hecho de Meaco bien lo demostraba. Convencido pues Terasaba de las palabras del gobernador Guenifoin, que era el hombre mas poderoso de la corte de Taicosama, concedió sin mas á los franciscanos el poder regresar á Nagasachi y levantar allí iglesia y convento de su orden. Alegre por tal victoria el santo comisario Pedro Bautista, dió gracias al Señor en compañía de sus hijos, y por segunda vez mandó á Nagasachi al venerable Geronimo de Jesus, acompañado de fray Juan Pobre, que concluida la visita á los religiosos de Meaco, habia vuelto á Manila. Pero entre tanto que estos dos intrepidos apóstoles de la fé hacen su viage, ocupemonos en referir brevemente la vida de otros dos mártires de Jesucristo, se habian unido á los misioneros franciscanos en el convento de Meaco, durante la permanencia de Pedro Bautista en la ciudad de Nagasachi. Fueron estos Santo Tomás Ydañqui y San Cosme Taquín.

Y comenzando por el primero, fué natural de Meaco y mercader de profesion educado en la idolatria, y bautizado en edad adulta por los misioneros de la compañía de Jesus, no dió muestras de haber mejorado su vida con la nueva religion, ó muy pronto volvió á sus antiguas y malas costumbres, porque segun la historia, á la llegada de los franciscanos á Meaco, su casa mas que de cristianos parecia morada y cueva de ladrones. Su muger y sus hijos todavia eran idolatras. La aparicion de los apóstoles minoritas en medio de su patria, así como valió á tantos la salud eterna, no pudo menos de conmover fuertemente el alma de Tomás. En efecto, haciendose amigo del Santo Leon Garazuma, y movido de los ejemplos admirables de los misioneros, hizo abrazar la religion á su muger é hijos, comenzando á vivir una vida enteramente nueva y perfectamente cristiana. Entrando, en fin á la tercera orden franciscana, y pasando á ejemplo de Leon habitar cerca del convento, se dedicó en un todo al servicio de Dios en la asistencia de los enfermos y otros ejercicios de caridad.

Cuando la Providencia destina á un hombre á grandes cosas, son admirables las trasformaciones que obra en su alma la divina gracia. Y es-

to pasó puntualmente á Tomás despues de su conversion. Era de tan fiero aspecto y corazón tan duro y perverso, que se le miraba como el terror de todos así gentiles como cristianos. Pero apenas se reconcilió con Dios y se hubo vestido del pobre hábito de la penitencia, volvióse su alma mansa y piadosa, su corazón flexible y dócil, y su rostro dulce y afable. Todos atribuyeron á milagro de Dios tan repentina mudanza; y fue lo así verdaderamente. Por que Tomás, recordando su mala vida pasada, distribuyó inmediatamente gran parte de sus bienes á los pobres, y haciéndose de todos, se hizo una ley de derramar sobre los necesitados. siempre y en todas ocasiones los tesoros del amor y de la beneficencia. Dominado sin embargo de aquella caridad, que aunque debe extenderse á todos, requiere no obstante ser bien ordenada, Tomás procuró primeramente la salvación de su familia, ordenando á su muger é hijos ser honrados en vender y comprar, sin aprovecharse nunca de la sencillez y miseria ajena, amar siempre al prójimo, por el solo fin de agradar á Dios, padre de todos, no defraudar jamas sus derechos, sino defenderlos y de todos modos auxiliarlos. Les enseñó á amar á Dios como primero y último fin del hombre, temerlo eficazmente en esta vida para no incurrir en sus justos y tremendos castigos: preparados á los malos en la otra, y perdonar de buena voluntad cualquiera ofensa, para que de la misma suerte les perdonase el Señor sus pecados.

Santificada la propia familia mediante tan santos consejos, enseñado primeramente por el santo Fr. Gonzalo Garcia, á quien trataba con la mayor familiaridad, dedicóse Tomás á instruir el mismo á los hijos de los gentiles en las verdades de la religion católica, empleando en tal oficio todas las horas que le dejaba libres la asistencia de los enfermos en los hospitales. Afectísimo á los franciscanos, los ayudó en cuanto necesitaban, no solo en el oficio de catequista, sino tambien de interprete, acompañándolos siempre en todas sus expediciones apostólicas por diversas partes de la basta isla de Nifon. De esta manera, dándose el mismo á predicar el Evangelio en union de otros terceros de su patria, atrajo á no pocos gentiles á la fé católica, por la que debía últimamente derramar su propia sangre. Pasemos ahora al santo mártir Cosme Taquia; diverso del otro apellidado Yoya, que redujo á la religion de Cristo á Leon Garazuma.

Nació pues San Cosme de nobilísima familia de la provincia de Ova-

ris. Pero habiendo caído en pobreza sus padres, el joven Taquia se vió obligado para buscar la vida á dedicarse al oficio de balletero, arte entonces muy acreditada en el Japon; en la que en poco tiempo adquirió grande crédito. No nos dice la historia cuando y como se convirtiera á la fé católica. Lo cierto es que á la llegada de los franciscanos á Meaco, Cosme ya vivía en esa ciudad con su muger y varios hijos con fama de perfecto cristiano. Llegado el tiempo de la fundacion de la iglesia y convento de los frailes menores, á ejemplo y por las insinuaciones del santo mártir Leon Garazuma, de quien era tiernísimo amigo, se prestó á ayudar á la obra, quedando tan aficionado á la vida apostólica de los franciscanos, llegando desde aquel día á ser uno de los mas insignes colaboradores de los mismos en la viña del Señor. Establecidos los hospitales, Cosme unido á Leon, se dedicó enteramente al cuidado de los enfermos, no dejando aunque pobre, de socorrerlos hasta con largas limosnas. Cristiano fervoroso como el que mas, no hubo ejercicio piadoso que no tomase parte, visitando continuamente la iglesia frecuentando los sacramentos y asistiendo siempre á oír la divina palabra. Las virtudes le fueron amadas; pero mas especialmente se hizo admirar en el oficio de catequista, enseñándole á niños gentiles las verdades de la religion de Cristo de la que tenia un profundo conocimiento. Así es que para entregarse con mas empeño á tan noble y santa ocupacion, se pasó con su familia á vivir á una casa inmediata á la Iglesia de los menores, y haciéndose despues tercero é imitador ardiente del amor del Serafin Francisco, le hizo donacion de su hijo Macsimo, niño de diez años, para que sirviese de catequista en la escuela que en beneficio de los jovencitos idólatras, se habia establecido dentro del convento. Y esta fué la mas preciosa ofrenda que Cosme podia hacer al Señor. Por quien su hijo llegó á ser verdaderamente macsimo en la fé, macsimo en la inocencia, y macsimo en fin en sufrir valerosamente la muerte por amor de Jesucristo; aunque esto no fuese como vemos en el discurso de esta historia, del mismo modo con que murió su glorioso y santo padre.

Despues de tan heróico sacrificio, que solo bastaria para honrar toda la vida de un cristiano, dominado Cosme de un celo mas fuerte por honor de Dios y salvacion de aquel pueblo idólatra, se dedicó á predicar la fé del Nazareno aun fuera de Meaco, entrando no pocas veces en cues-

tiones con los bonzos, que á su pesar aceptaban, aunque siempre publicamente quedasen confusos y avergonzados. Muchos fueron los gentiles que introdujo en el rebaño de Jesucristo, de los cuales haremos solamente mencion de dos, para concluir por ahora la vida de este héroe intrepido del Evangelio.

Volviendo un día el Santo de un viaje á la ciudad de Meaco, se encontró en el camino con dos viejos gentiles, marido y mujer, que regresaban igualmente de una devota peregrinacion á un templo pagano. Ambos venian cubiertos de piés, á cabeza de falsas reliquias, que les vendieran á gran precio los bonzos y cantando segun su usanza plegarias á sus dioses. Aunque eran pobres, y tan abanzados en edad que contaban ochenta años ó muy cerca de ellos, parecian sin embargo, las mas felices y alegres personas de la tierra, de lo que maravillado el Santo Tercero, les preguntó por el motivo de aquel sumo contento que manifestaban. A lo cual sonriendo le respondieron de esta manera: "Por toda nuestra vida nos hemos fatigado para ganar la eterna salvacion; y cuando gracias á los dioses del Japon y la caridad de los bonzos acabamos de conseguirla ¿cómo quereis que no estemos alegres?" Mostraron en seguida un papel con ciertas figuras de ídolos pintados, y añadieron: "Esto á venido del cielo, y á ninguno le conceden los bonzos, sin pagar antes una gran suma de dinero; pero felices aquellos que como nosotros han podido adquirir su posecion; porque debe saber, que cualquiera que muere con esta prenda, por malvado que sea y aunque haya cometido todos los pecados del mundo, directamente se va al cielo, y despues de algun tiempo se convierte su alma en un Kamis en beneficio de los pueblos. Y mirad puntualmente la razon de nuestra gran alegría."

Entonces San Cosme movido á compasion de la ceguedad y miserable estado de aquellos viejos, parándolos en medio del camino y levantada la mano á lo alto, les respondió de una manera franca y resuelta: Y yo tambien os juro en el nomdre del verdadero Dios, creador del cielo y de la tierra, que estais en el mayor error, y que apesar de ese papel y las seguridades de los pérfidos bonzos ireis en derechura al infierno." Conmovidos al escuchar nuestros dos gentiles, le preguntaron la razon de aquellas palabras y nuestro Cosme supo tambien demostrarles el engaño en que vi-

vian por la astucia de los bonzos, la falcedad de secta y la verdad de la religion cristiana que aquellos no miserables sino afortunadicos viejos, iluminados de Dios, se arrojaron á sus piés, rogándole bañados en lágrimas que allí mismo los bautizase. A lo que Cosme contestó: "Primero llegad á Meaco y dirijios al convento de los franciscanos, que instruyendos mejor en la religion de Cristo os bautizarán. Y hecho esto, no volvais mas á vivir con los gentiles; sino permaneced en la casa levantada á beneficio de los pobres, donde por la piedad de esos religiosos y de otros cristianos sereis socorridos en todas vuestras necesidades." Y dándoles en seguida una limosna, se despidio de ellos.

Cumplieron puntualmente los viejos cuanto San Cosme les habia aconsejado. Presentáronse en el hospital del convento franciscano, y admitidos allí y bautizados, pocos dias despues con suma alegría de los religiosos y demas cristianos, murieron con la serenidad de los hijos de la Iglesia católica.

CAPITULO XI.

NUEVOS CONVENTOS FRANCISCANOS EN NAGASACHI Y OSACA



EMOS referido en el capítulo anterior, que el Santo comisario Pedro Bautista, conseguida la licencia del Gobernador Terazaba de poder morar libremente en Nagasachi y levantar allí convento, mandó nuevamente á aquella ciudad al V. P. Gerónimo de Jesus y á Fr. Juan de Zamora. Volviendo pues, á estos dos intrepidos apóstoles franciscanos, es de saber, que habiendo llegado despues de un largo y penosísimo viaje, al principio de la primavera de 1595, fueron recibidos con tales muestras de alegría de todos aquellos fieles de Jesucristo, que no es fácil explicar. Bastará decir, que apenas sabida esa licencia, todos en general, pobres y ricos, y especialmente los portugueses, compitieron en ayudar á Gerónimo de Jesus en aquella empresa, no solo con largas limosnas, sino tambien con su trabajo personal. Así es que en poco tiempo á despecho de los bonzos y demas enemigos de los misioneros francisca-

tiones con los bonzos, que á su pesar aceptaban, aunque siempre publicamente quedasen confusos y avergonzados. Muchos fueron los gentiles que introdujo en el rebaño de Jesucristo, de los cuales haremos solamente mencion de dos, para concluir por ahora la vida de este héroe intrepido del Evangelio.

Volviendo un día el Santo de un viaje á la ciudad de Meaco, se encontró en el camino con dos viejos gentiles, marido y mujer, que regresaban igualmente de una devota peregrinacion á un templo pagano. Ambos venian cubiertos de piés, á cabeza de falsas reliquias, que les vendieran á gran precio los bonzos y cantando segun su usanza plegarias á sus dioses. Aunque eran pobres, y tan abanzados en edad que contaban ochenta años ó muy cerca de ellos, parecian sin embargo, las mas felices y alegres personas de la tierra, de lo que maravillado el Santo Tercero, les preguntó por el motivo de aquel sumo contento que manifestaban. A lo cual sonriendo le respondieron de esta manera: "Por toda nuestra vida nos hemos fatigado para ganar la eterna salvacion; y cuando gracias á los dioses del Japon y la caridad de los bonzos acabamos de conseguirla ¿cómo quereis que no estemos alegres?" Mostraron en seguida un papel con ciertas figuras de ídolos pintados, y añadieron: "Esto á venido del cielo, y á ninguno le conceden los bonzos, sin pagar antes una gran suma de dinero; pero felices aquellos que como nosotros han podido adquirir su posecion; porque debe saber, que cualquiera que muere con esta prenda, por malvado que sea y aunque haya cometido todos los pecados del mundo, directamente se va al cielo, y despues de algun tiempo se convierte su alma en un Kamis en beneficio de los pueblos. Y mirad puntualmente la razon de nuestra gran alegría."

Entonces San Cosme movido á compasion de la ceguedad y miserable estado de aquellos viejos, parándolos en medio del camino y levantada la mano á lo alto, les respondió de una manera franca y resuelta: Y yo tambien os juro en el nomdre del verdadero Dios, creador del cielo y de la tierra, que estais en el mayor error, y que apesar de ese papel y las seguridades de los pérfidos bonzos ireis en derechura al infierno." Conmovidos al escuchar nuestros dos gentiles, le preguntaron la razon de aquellas palabras y nuestro Cosme supo tambien demostrarles el engaño en que vi-

vian por la astucia de los bonzos, la falcedad de secta y la verdad de la religion cristiana que aquellos no miserables sino afortunadicos viejos, iluminados de Dios, se arrojaron á sus piés, rogándole bañados en lágrimas que allí mismo los bautizase. A lo que Cosme contestó: "Primero llegad á Meaco y dirijios al convento de los franciscanos, que instruyendos mejor en la religion de Cristo os bautizarán. Y hecho esto, no volvais mas á vivir con los gentiles; sino permaneced en la casa levantada á beneficio de los pobres, donde por la piedad de esos religiosos y de otros cristianos sereis socorridos en todas vuestras necesidades." Y dándoles en seguida una limosna, se despidio de ellos.

Cumplieron puntualmente los viejos cuanto San Cosme les habia aconsejado. Presentáronse en el hospital del convento franciscano, y admitidos allí y bautizados, pocos dias despues con suma alegría de los religiosos y demas cristianos, murieron con la serenidad de los hijos de la Iglesia católica.

CAPITULO XI.

NUEVOS CONVENTOS FRANCISCANOS EN NAGASACHI Y OSACA



EMOS referido en el capítulo anterior, que el Santo comisario Pedro Bautista, conseguida la licencia del Gobernador Terazaba de poder morar libremente en Nagasachi y levantar allí convento, mandó nuevamente á aquella ciudad al V. P. Gerónimo de Jesus y á Fr. Juan de Zamora. Volviendo pues, á estos dos intrepidos apóstoles franciscanos, es de saber, que habiendo llegado despues de un largo y penosísimo viaje, al principio de la primavera de 1595, fueron recibidos con tales muestras de alegría de todos aquellos fieles de Jesucristo, que no es fácil explicar. Bastará decir, que apenas sabida esa licencia, todos en general, pobres y ricos, y especialmente los portugueses, compitieron en ayudar á Gerónimo de Jesus en aquella empresa, no solo con largas limosnas, sino tambien con su trabajo personal. Así es que en poco tiempo á despecho de los bonzos y demas enemigos de los misioneros francisca-

nos, se vio levantar en aquella gran ciudad un pequeño convento de su orden, con casa para hospital, que pronto se llenó de podres y enfermos, y, una reducida aunque hermosa capilla, que de orden de Pedro Bautista fué dedicada al Seráfico Patriarca. En ella, despues de su solemne bendicion, volvieron á renovarse las tareas apostólicas, por tanto tiempo interrumpidas, y fué tal el número de gentiles que por su predicacion abrazaron la fé del Nazareno, que conmovido sumamente un padre de la Compañía de Jesus decia lleno el corazon de gozo en una reunion de sus hermanos: "Verdaderamente tenia Dios reservada esta su afligida iglesia á los pobres hijos del Gran Patriarca de los pobres Francisco de Asis: para que con su laboriosidad apostólica nos fuesen de auxilio para dar bello testimonio de la fe de Cristo en medio de este numeroso pueblo de idólatras.

Entretanto debe saberse, que concluido ya el nuevo convento de San Francisco en Nagasachi, partió de esa ciudad para Manila el V. Fr. Juan Pobre ó de Zamora, á dar cuenta al célebre P. Luis Maldonado de la visita hecha por su comision á sus hermanos del Japon, y especialmente de la capital del imperio. Y como anteriormente ya le habia mandado desde Meaco una relacion por escrito, juzgándola de grande importancia histórica, la presentamos aquí para que nuestros lectores conozcan mejor la vida penitente y apostólica que observavan los pobres hijos de S. Francisco en aquellas bárbaras y remotas regiones; he aquí la carta:

"Por cierto, mi amado padre, he visto tales cosas, y tan maravillosas en estas regiones, que son capaces de ablandar cualquiera corazon por durísimo que sea. Porque se ve á religiosos de grande sabiduría arrodillados delante de los leprosos, lavarlos con sus propias manos, curarles las llagas y besarlas despues amorosamente por amor de Dios, que aun mas que los mismos milagros manifiestan toda su santidad. Hombres de pocas palabras que desempeñan obras estupendas en servicio de Dios y provecho espiritual del prójimo, y lo que es mas, tan amoldados á la vida pobre, humilde y penitente, como fué ordenada de nuestro Seráfico Padre, y á perfecta semejanza de sus primeros compañeros. Y con el fin de imitarlo en todas sus cosas, han dado tambien á su iglesia el título de la de Asis, la que se eleva propia mente en medio de la gran ciudad de Meaco, sobre casi sus dos mil templos paganos, como centro

religioso de todos los reinos del Japon de manera semejante á la de Jerusalem, colocada, segun se refiere en el punto medio de la tierra. Y ciertamente, es cual una centinela avanzada contra las maldades de los bonzos, que en número de mas de veinte mil residen en esta grande capital. Los religiosos tienen repartido su tiempo como sigue: A media noche se levantan siempre á maitines, los que rezan con mas ó menos solemnidad segun las fiestas ocurrientes, permaneciendo despues por mucho tiempo en la iglesia en largas oraciones y disciplinas. Al rayar la aurora rezan en coro las horas canónicas y en seguida celebran misa: lo restante de la mañana hasta la comida, la emplean en los hospitales á asistir á los enfermos, curar leprosos, á confesar, predicar, bautizar y tambien á aprender la lengua japona; pasado el medio dia rezan á las dos vísperas, y vuelven á los hospitales, ó se ocupan en los referidos oficios hasta las ocho de la noche en que se retiran á descansar para levantarse á maitines, y volver desde bien temprano á las mismas santas ocupaciones del dia anterior. Todo esto he visto con mis propios ojos; pero mucho mas os referiré á mi vuelta á Manila.—V. H. S.—FRAY JUAN POBRE.

Y verdaderamente regresó, como hemos dicho, dejando lleno de dolor á su hermano el venerable padre Gerónimo de Jesus. Pero muy presto lo consoló Dios, dándole por compañero á un santo jovencito, ángel de inocencia y pureza, destinado para dar poco despues un sublime espectáculo de fortaleza á los ojos del mundo, muriendo mártir en defensa de la fé de Cristo en la tierna edad de poco mas de trece años. Este fué el jóven Antonio, nacido en Nagasachi, de madre japona, y de padre de China, ambos pobres, pero honestos cristianos; el cual recientemente bautizado y muy bien instruido en los misterios de la religion, de tal manera se enamoró de Jesucristo, que fué considerado como un prodigio de la divina gracia. Tan luego como fué fundado el convento franciscano y levantada la nueva iglesia dentro de su patria, fué de los primeros en frecuentarla con la mayor constancia, deteniéndose en ella por muchas horas, hallando sobre todo sus delicias en orar delante de la bella y devota imágen de la dulce reina de los cielos María, de la que no separaba la vista, juzgándose tan dichoso en hacerle homenaje de los afectos de su tierno corazon, que se deshacia en copioso llanto, cuando se veia obligado á retornar á la casa paterna. Por lo cual le cobró tanto cariño

Fray Cerónimo de Jesus, que se los pidió á sus padres, seguro de que ya bien instruido en el modo de servir al sacerdote en el santo sacrificio de altar, seria en breve muy útil á aquella cristiandad en el oficio de catequista; lo que obtuvo con facilidad, haciéndole el don de su querido hijo gozosos de que en compañía de tan santo religioso llegase á hacerse cada día mas perfecto en la religion del Nazareno. Y en efecto, el pequeño Antonio, educado en todas las virtudes por Gerónimo de Jesus, floreció en poco tiempo como escojida flor en el jardín de la iglesia católica, apenas tocando el décimo año de su edad. Pero dando punto por ahoralá falta de mayores noticias en lo respectivo á la vida de este angelical niño, volvamos á Meaco, para ser testigos de los nuevos trabajos apostólicos de Pedro Bautista.

Mientras que Gerónimo de Jesus, asistido eficazmente por los cristianos de Nagasachi, llevaba á efecto en esa ciudad la obra del convento é iglesia de San Francisco, el santo comisario trabajaba por la fundacion de otro en Osaca, ciudad populosísima, á ocho leguas de Meaco y á noventa de Yedo, á la estremidad de una baya del mismo nombre sobre la costa meridional de Nifon, al Este de la pequeña isla de Avadsi; á la que atravesaba el rio Tedogaba; fundacion muy necesitada de los trabajos apostólicos de los franciscanos, sobre todo por su inmediatecion á la no menos populosa ciudad de Sacay, y á pocas leguas de la de Fugimi, que entonces se levantaba rápidamente de órden del emperador Taicosa ma. Habia tambien en Osaca gran número de cristianos, que no teniendo por ministros sino tres misioneros de la compañía de Jesus, continuamente pedian á Pedro Bautista algunos de sus amados hijos. Con tal fin el santo comisario, de acuerdo con el valeroso cristiano Cosme Yoya que se hallaba provisto de grandes limosnas, especialmente las recientes llegadas del virey de las Filipinas, lo despachó en compañía del venerable Padre Marcelo de Rivadeneyra, el santo lego Gonzalo Garcia y el intrépido tercero Leon Garasuma, los que llegados á esa ciudad fueron recibidos primeramente en la casa de un antiguo y noble cristiano, llamado Agustin, de donde pasaron á la de otro por nombre Juan, á quien el mismo fray Marcelo habia convertido á la fé en Meaco. Y de paso diremos que trasportado de alegría por la hospitalidad dada á los franciscanos, salió por las calles de la ciudad publicando á gritos aquella su buena

fortuna, invitando á pasar á su casa á ver á los recién llegados, y protestando altamente, que habiéndolo Dios consolado en tan gran manera, otra cosa no deseaba ya sino derramar con su familia su propia sangre por la fé de Jesucristo.

Ni fué menor el entusiasmo de los demás fieles, especialmente por San Gonzalo Garcia, muy conocido anteriormente en aquel lugar, donde habia ejercido el comercio. Pero sobre todos, merece especial mencion la nobilísima Sra. Dña. Gracia, reina antes de Tango, que entonces residia en Osaca con su esposo, por su desgracia contrario á la religion de Cristo; la que sabida la llegada de los apóstoles franciscanos, y especialmente contenta por la de Fray Gonzalo, á quien habia escrito con el mismo fin á Manila por medio de algunos cristianos les hizo grandes limosnas. Merced pues á estas y otros auxilios, y animados por el favor de la poblacion, pudieron comprar una casa dentro de Osaca, comisionando al Santo Leon Garazuma para que la redujese á convento; como en efecto ayudado de Cosme Yoya y otros fieles, entre ellos un hermano del virey, ó gobernador de la ciudad, al momento en nombre de Dios puso manos á la obra.

Mas entre tanto que aquellos intrépidos cristianos trabajaban en obra tan santa, se dirijieron los franciscanos á la inmediata ciudad de Sacay, donde se detuvieron algun tiempo en la casa de un antiguo y excelente cristiano, de nombre Diego, prestando toda clase de auxilios á los fieles que allí habitaban, asistiendo, curando enfermos y socorriendo pobres, especialmente en un hospicio levantado á este fin por un noble y fervoroso cristiano llamado Joaquin Ruyza. Y dedicándose al mismo tiempo á predicar el evangelio, protegidos grandemente por Don Benito, gobernador de la ciudad, tambien cristiano y hermano de aquel Agustin, que fué primero en hospedar á los franciscanos en Osaca, fueron innumerables con la gracia de Dios, innumerables las conversiones que lograron de gentiles, abandonando familias enteras el culto de los ídolos para alistarse bajo la bandera de la cruz, entre los cuales se contó una nobilísima bautizada toda por San Gonzalo Garcia. Así es que en breve tiempo aquella cristiandad, por los apostólicos trabajos de los franciscanos, á los que de vez en cuando venia á auxiliar el Santo Tercero Leon, recobró tal vigor de vida, saliendo de su abatimiento, que hizo concebir á los religiosos las

mas bellas y consoladoras esperanzas para lo futuro. A vista de esto el mismo gobernador Don Benito propuso al venerable Marcelo de Rivadeneira fundar en Sacay un convento con iglesia, inducido no solo de la piedad de su corazón, sino mucho mas del gran número de fieles que diariamente se aumentaba por el zelo de aquellos apostólicos barones. Semejante propuesta fué por estos recibida con el mayor placer, por lo cual destinado el lugar que pareció mas á propósito al efecto, y convenido con los principales cristianos, dar principio á la empresa, se iba á poner mano á la obra, cuando la ira de los bonzos, prontos siempre en tramar asechanzas á los menores, impidió aquel tan santo y noble propósito.

Por que los fieros sacerdotes de Budda, no sufriendo que Cristo ganase tantas almas, excitaron contra los franciscanos una terrible persecucion en Osaca, consiguiendo que el gobernador de esta ciudad prohibiese absolutamente á San Leon Garazuma y á su compañero Cosme Yoya, proseguir en la edificacion del convento, que así como la iglesia, estaba proxima á concluirse. Avisado de esto Marcelo de Rivadeneira, al momento ocurrió con su compañero Gonzalo, para buscar modo de conjurar aquella tempestad, aunque dejando mientras en llanto pur su partida á toda la cristiandad de Sacay, especialmente al gobernador Don Benito y al gran limosnero Joaquin Rayza, que les prometieron defenderlos y asistirlos en cuanto necesitasen.

Llegados pues los dos franciscanos á Osaca, encontraron profundamente afligido al pobre Leon ya con él todos los cristianos por las amenazas del gobernador, y para aumento del mal, contrarios á la fábrica del convento á los principales entre aquellos mismos gentiles que antes habian dado muestras de recibir bien á los religiosos. Sin embargo, estos no se desanimaron: porque qué amenaza ú otra cosa mas puede entibiar el zelo de dilatar la fé en el misionero católico, trasladándose á cualquiera tierra bárbara para ganar almas á Cristo, recibe tanta gracia del cielo para mostrarse fuerte y superior á toda contradiccion humana? Y esto que consta claramente en la historia de todos los tiempos, que refiere los combates y victorias de los héroes del cristianismo se vió de la manera mas espléndida en lo que los dos apostóles, Marcelo y Gonzalo obraron en Osaca. Por que no obstante la ira de los bonzos y pérfidas asechanzas de los enemigos del nombre cristiano, vencieron al fin, no solo conseguida la licencia de

gobernador de permanecer en la ciudad y concluir la fábrica del convento, sino para mayor vergüenza de sus ocultos adversarios, ayudados eficazmente en su empresa por aquellos mismos gentiles que fueron al principio sus mas tenaces opositores; los cuales ciertamente no pudieron haber hecho tal cambio, sino movidos de los magnánimos ejemplos de resignacion, paciencia y caridad religiosa y humanitaria de aquellos pobrecitos misioneros de San Francisco. Así pues, consiguieron en estas circunstancias, un triunfo, que fué por cierto el mas hermoso de cuantos lograron en el Japon, como diremos adelante.

Entre tanto, S. Pedro Bautista, sabida la persecucion suscitada por los bonzos contra sus amados hijos en Osaca, no habia dejado de volar á su socorro. Y aunque supiese muy bien que el virrey de aquella ciudad era ardiente enemigo del nombre cristiano, con todo, movido por Dios en su interior á intentar su conversion, la consiguió en efecto. Porque el Tono (que así se llaman los gobernadores en el Japon) no solo abrazó la fé de Cristo junto con su muger, fanática antes, adoradora de los ídolos, sino concediendo á todos sus criados amplio permiso de hacerse cristianos, se declaró uno de los mas insignes bienhechores de los franciscanos. De lo cual es fácil adivinar, cuál seria dentro de poco el triunfo de la fé por los trabajos de aquellos hijos del Serafin de Asis, que por último pudieron gloriarse en el Señor de tener en Osaca un convento de su orden, que por su pequeñez llamaron de Belem una iglesia que dedicaron al Niño Jesus, y una casa en fin, para recibir pobres y leprosos, de la misma manera que lo practicaban en Meaco y Nagasachi. Despues de lo dicho lleno S. Pedro Bautista de las mas alegres esperanzas partió á lo que parece hácia la mitad del año 1595, para su amado convento de Porcincula, dejando allí á Marcelo y Gonzalo en compañía del Tercero San Leon.

Fundado ya el convento y perfeccionada la iglesia franciscana dentro de la ciudad de Osaca, no dejó Dios de manifestar lo agradable que le era esa obra de los hijos del gran patriarca de los pobres, con multitud de milagros, á vista de los cuales se convirtieron familias enteras de idólatras, acudiendo á pedir violentamente el Bautismo. Porque en la noche del dia en que por primera vez se celebró misa en su iglesia, estando los religiosos en oracion en el coro, todo el convento fué rodeado de tan

grande y viva luz, que parecia arder toda la ciudad. Tambien se cuenta, que inmediato al convento vivia un gentil, que nunca habia querido hacerse cristiano por mas que trabajaron y rogaron los religiosos. Pero Dios que queria hacer de éste idólatra un apóstol de su fé, permitió que oyese por la noche innumerables voces de ángeles, que en torno de la iglesia del convento franciscano, rodeado todo de brillantísima luz cantaban himnos de alabanza al Señor. Y como fuera de sí por esa maravilla estuviese meditando de donde pudiese venir tan melodioso concierto, se le presentaron dos de aquellos espíritus celestiales, diciéndole: "Ya es tiempo de que cedas á las inspiraciones de Dios: vé á la iglesia de los menores y hazte cristiano sino quieres experimentar cuán terribles sean los juicios del cielo;" lo que dicho esto desaparecieron. No es difícil decir lo que á vista del estupendo milagro determinó el feliz idólatra; al rayar la aurora del dia siguiente se hallaba ya en la iglesia á los piés de los franciscanos, á quienes refiriendo el prodigioso suceso, pidió con suspiros y lágrimas; con profundo reconocimiento al Dios de los cristianos el sagrado bautismo. Y habiéndolo obtenido al momento, despues volvió desalado á su casa á convertir á la religion del Nazareno á su muger é hijos, y bien instruido, por los religiosos en las verdades de la fé católica, se hizo en lo restante de su vida un fervoroso apóstol del Señor, muriendo con fama de santidad.

Ni terminaron con esa admirable conversion las conquistas de la fé católica en Osaca; mas antes, su ejemplo fué como una centella [que levanta] grande llama. Porque los franciscanos, iguales siempre así mismos en las obras del apostolado en bien espirital social de toda clase de gentes, de la misma manera que procedian en Meaco y Nagasachi, se entregaron á predicar la fé católica dentro de su iglesia, á socorrer pobres, á asistir enfermos y curar leprosos, recogieron en breve tan hermosos y abundantes frutos de vida eterna, que faltan palabras para referirlos. Pero dejando otras muchas, hablemos de una sola conversion que se relaciona con esta historia, y nos da motivo á referir en breve la vida de otro Tercero de San Francisco, mártir despues de Jesucristo, el glorioso San Joaquin Saquiye.

Desde los primeros dias de su morada en Osaca, habia convertido Fr. Marcelo de Rivadeneira á la religion de Cristo á la muger de un pobre idólatra, la que luego que fué regenerada á la nueva vida de gracia, in-

dicó al franciscano que tambien su marido estaba pronto á hacerse cristiano, pero que antes deseaba instruirlo bien en las verdades de la nueva religion. Mas pasados algunos dias se presentó otra vez á Fr. Marcelo, rogándole que acudiese pronto á su casa, porque hallándose su marido enfermo de gravedad, y temiendo morir en la idolatría, deseaba ardentemente el bantismo. Oído esto, al momento ocurrió el santo misionero, y se halló que era el enfermo nuestro Joaquin Saquiye. Sin embargo, no pareciéndole bastante dispuesto para recibir el primer sacramento de la religion católica; y por otra parte, que su enfermedad no era mortal, aconsejó á la muger esperar todavia algunos dias, y cuando le pareciese bien dispuesto, ó en mayor peligro, mandara por él, que al momento ocurriria. Pero á poco se agravó el enfermo, por lo que corrió á avisar á Fr. Marcelo, á quien no encontró, habiendo partido dias antes con Fr. Gonzalo en socorro de la cristiandad de Sacay. Entonces aquella fervorosa cristiana, temiendo mucho por la salvacion de su marido, sin esperar la vuelta de los religiosos, llamando á un antiguo cristiano, llamado Pablo, que servia á los mismos en oficio de catequista; le hizo por él administrar el santo bautismo. Vueltos á Osaca los franciscanos, encontraron ya bautizado al neófito y perfectamente restablecido en su salud, tanto, que acompañando á San Leon Garasuma, lo ayudaba á concluir la fábrica del convento y de la Iglesia. Finalmente, enamorado de la vida apostólica de los hijos de San Francisco, pretendió, á ejemplo de Leon, el hábito del Sagrado Tercer-Orden Franciscano, con el fin de consagrarse enteramente al servicio de Dios; lo que habiéndole conseguido el V. Marcelo, prévio el consentimiento de su santa esposa, entró al convento de los Menores, haciéndose compañero de su vida y de todas sus tareas apostólicas. Réstanos decir todavia algo mas de su vida pasada en el monasterio, antes de consumir su martirio.

Nacido en Osaca, de padres pobres, y obligado desde sus mas tiernos años á ganarse el pan con el sudor de su frente, no le fué cosa difícil á Joaquin servir á los religiosos en los oficios mas humildes del convento. Sin embargo, aunque principalmente se ocupase en preparar los alimentos á sus hermanas minoritas, este glorioso mártir de la fé se hizo ilustre en la Iglesia de Dios, por otros muchos virtuosos y heroicos sacrificios. De vez en cuando se dirigia al hospital á visitar á los enfermos, curándolos

caritativamente y de rodillas, con sus propias manos y besándoles también sus llagas. Y no contentándose con esto, dejaba por amor de Jesucristo la mitad de su escasa comida, para darla á los pobres de la ciudad, ó á cuantos desdichados se le presentaban. Devotísimo de Jesus en el Sacramento, hallaba sus delicias en acercarse con frecuencia á la mesa del Altar, y rogarle por muchas horas, que dirigiendo una mirada de piedad sobre su querida patria, la hiciese una escogida herencia de su Divino Padre. Verdadero imitador de su gran padre San Francisco, nunca dejó en toda su vida de meditar en la pasión de su amoroso Dios, que por exceso de amor á sus criaturas, quiso morir liberalmente por su eterna salvación. Y deseando por esto, que todos conociesen el sumo beneficio de la humana redención, obrada por Dios con la muerte de su bendito Hijo; se esforzaba cuanto era de su parte á buscar á todos los que era posible para instruirlos en tan alto misterio. Se ocupó además en el oficio de catequista, predicando la fé del Nazareno aun á los gentiles, algunos de los cuales se convirtieron por sus trabajos apostólicos. En fin, asociado á todos los oficios de la pequeña comunidad franciscana de Osaca, vivió con los religiosos en continuos ejercicios de piedad y religion, hasta que el Señor, en premio de sus admirables virtudes, le concedió, según veremos la palma de los mártires.

En tal estado se hallaban las cosas de la cristiandad en Osaca, cuando el Santo Tercero Leon Garazuma, fué llamado de nuevo por Pedro Bautista á Meaco; donde no solo continuó en servir á los enfermos como primer enfermero y auxiliar á los religiosos cual fervoroso catequista, sino que convirtió su misma casa en lugar de oración y otro asilo de los miserables. Recogiólos allí y manteniendo á sus propias espensas; todos los que no podían caber en los hospitales del convento, por estar lleno de pobres y leprosos, se dedicó á instruirlos en las verdades de la religion cristiana y exhortarlos á la paciencia por amor de Jesucristo, en union de su santa esposa, que á ejemplo de Marta, les prestaba toda clase de servicios en sus muchas necesidades corporales. No solamente los pobres y enfermos, sino tambien otros fieles, eran los que se le reunían á tener oración en la casa de Leon, acompañado siempre de su fidelísimo y constante amigo S. Pablo Suzuqui, todos y los demas terceros, que vivían con los religiosos en el convento de Meaco, entre los que no debemos de olvidar á su inseparable é intrepido compañero Cosme Yoya.

Pero no solamente se ejercitaba en estos piadosos y caritativos oficios, sino que por especial comision de Pedro Bautista se dedicó tambien á enseñar á los demas catequistas el modo de predicar bien la palabra de Dios. Y cual fuera en esta difícil instruccion el espíritu que los animaba? se conoció una vez en las siguientes palabras con que reprendió á uno de ellos, que hacia alarde de escogidas y pomposas frases: "Cuidado hermano, con envanecerte por tu bello modo de hablar, por que la ley de Dios quiere ser predicada mas con el corazón que con la palabra. Sobre todo, nosotros debemos ser humildes; si verdaderamente deseamos sacar provecho de nuestras predicaciones. Cristo lo ha dicho, avisándonos al mismo tiempo, que obrando de otro modo, solo haremos mal á su religion. Ni faltan ejemplos á que debemos conformarnos en tan noble y santo ejercicio. Somos discípulos de los hijos de San Francisco, y si queremos ser aceptos al Señor, imitémosles no menos en la humildad de la vida, que en la manera en un todo apostólica que observan en predicar el Santo Evangelio"

Urgido de el ardiente deseo de que todos amasen á Dios, empleaba Leon mil ingeniosos medios para aplacarlo con alguna obra piadosa cuando lo juzgaba justamente indignado por los pecados de los hombres. Volviendo una vez de un viage á Meaco, se encontró con algunos idólatras que injuriaban villanamente al venerable fray Marcelo de Rivadeneira. Sintió Leon traspasado su corazón por ese insulto de los hijos de las tinieblas contra un ministro del Dios vivo, reprendió altamente á los atrevidos, y arrojándose en seguida á los piés del franciscano, se los besó muchas veces arrodillado y llorando. Indecible es cuánto cooperase con semejantes ejemplos y otras tareas apostólicas este glorioso santo en dilatar la fé católica en aquellas tierras bárbaras. En efecto refiere la historia haber sido tan grande el número de gentiles conducidos por él al rebaño de Jesucristo, que es imposible calcularlo.

CAPITULO XII.
NUEVOS FRANCISCANOS EN EL JAPON.

AS cosas de la cristiandad progresaban admirablemente en el Japon por medio de los apóstoles franciscanos, cuyas incansables tareas eran largamente compensadas de Dios con los innumerables y fecundos frutos de vida eterna, que diariamente recogian entre aquellas bárbaras gentes. Esparcidos ya en muchos lugares de aquel vasto imperio, asistidos siempre por la mano de la Providencia, honrados sumamente y colmados de bendiciones de los hombres, es indecible, cuantos gentiles agregasen al rebaño de Jesucristo en Meaco, Nagasachi y Osaca especialmente, despues de la fundacion del convento en esta última ciudad, de la cual se iban esparciendo en Sacay, Fugimi, Udsi, Amangasarchi, Jao y otros lugares. Y aunque siempre asechados por los pérfidos bonzos y continuamente expuestos á todo género de peligros y trabajos, el reino de Jesucristo se estendia cada dia mas en aquel vastísimo archipiélago hasta principios de 1596, infundiendo en el corazon de los misioneros y de la multitud de fervorosos cristianos las mas consoladoras y alegres esperanzas por el dichoso porvenir de aquellas tierras. Con todo, á pesar de tan heróicas partidas de los menores, quedaba mucho que trabajar en aquella viña del Señor, y el número de los operarios evangélicos no parecia suficiente para la gran mies que tenian á la vista. Por lo cual el santo comisario Pedro Bautista no cesaba de rogar á su provincial de las Filipinas, que le mandase nuevos hijos para los mayores aumentos de la fé. Y el V. P. Juan Gazaballas que en calidad de ministro gobernaba la provincia franciscana en dichas islas, determinó mandar luego otros cuatro religiosos, de los cuales por ciertas imprevistas circunstancias se embarcaron por entonces solamente dos, que fueron San Martin de la Ascencion, lector de teología y su santo discípulo Francisco Blan-

co; quienes habiéndose embarcado á fines de Mayo, arribaron felizmente despues de veinte dias de navegacion al puerto de Nagasachi y se presentaron al convento de San Francisco. Inmenso fué el júbilo del V. P. Gerónimo de Jesus por la repentina llegada de los dos amados hermanos, sobre todo de Martin, de quien por mucho tiempo habia sido compañero y ternísimo amigo. Permanecieron allí juntos algunos dias, unidos con los vínculos de la santa caridad y paterna al amor, hasta que llegado el tiempo de su partida á Meaco, á donde los llamaba S. Pedro Bautista, Gerónimo de Jesus dió á su hermano fray Martin un testimonio de su grande afecto.

Recordará el lector, que en el convento de Nagasachi vivia por aquel tiempo sirviendo á Dios el santo jovecito tercero Antonio. Este se habia de tal manera aprovechado en un año en las cosas de la religion, que viéndolo su venerable superior bastante apto para instruir á los niños en las verdades de la fé, dispuso mandarlo á Meaco para que allí ejercitase ese oficio en la escuela franciscana; como de mucho tiempo atrás lo desempeñaba el pequeño Tomás, hijo de S. Miguel Cosaqui. Y así de acuerdo con sus piadosos padres, fió esta carísima prenda á S. Martin, quien alegre por tan querido compañero y en union de S. Francisco Blanco, dejando á Nagasachi con la dulce esperanza de volver pronto á abrazar á su amigo Gerónimo (al que no debia por cierto volver á ver mas en la tierra) se embarcó de nuevo para Meaco, donde despues de un próspero viaje llegaron todos á fines de Junio de 1596, con sumo placer de sus santos hermanos. Difícil es referir el empeño y heróica caridad con que Martin y Francisco se dedicaron al momento á la asistencia de los enfermos, y especialmente al estudio de la difícil lengua del Japon; para entregarse cuanto antes á la predicacion del evangelio; aunque á decir verdad, con poco trabajo y en tan breve tiempo salieron tan excelentes maestros en el idioma que causó asombro á los mismos indígenas y se tuvo á milagro por sus propios hermanos. Pero antes de hablar de su corto aunque glorioso apostolado en aquellas tierras, es indispensable, como hemos hecho con los demás, decir algo sobre su vida, comenzando por S. Martin de la Ascencion.

Nació pues este ínclito mártir de la fé, en el año de 1567, en Beasain pequeño lugar de la provincia de Guipuzcoa en España; lo que consta

de auténticos documentos mandados últimamente á Roma de aquella provincia. Su apellido fué Aguirre, y su familia una de las nobles del país. A la edad de quince años lo mandaron sus padres, cuyos nombres se ignoran, á estudiar á la antigua y célebre universidad de Alcalá; en la que se dedicó sobre todo á la filosofía y Teología; en aquel tiempo estudiaban con empeño aun las personas seculares. A una alma cándida y naturalmente inclinada al bien, reunia Martín un talento clarísimo, manifestándose en él desde la niñez bastante aptitud para las ciencias, en las cuales en efecto aprovechó tanto en Alcalá, que hicieron concebir las mas bellas esperanzas para el porvenir; así por parte de sus maestros, como muy especialmente de la de sus padres. Pero Martín no habia nacido para el mundo, y muy pronto lo dió á conocer. Porque deseoso de obrar cosas maravillosas en servicio de Dios, que tan amorosamente lo llamaba á sí abandonando las comodidades de la casa paterna tomó el hábito franciscano á los diez y ocho años de edad, en el rígido convento de los observantes descalzos de Annon, de la provincia de S. José.

Cumplido con mucho aplauso el año del noviciado, y hecha la solemne profesion el 17 de Mayo 1556, fué mandado por los superiores al convento de S. Bernardino en Madrid; donde se entregó á una vida tan áspera y penitente, que parecia renovado en él el espíritu de su gran padre Francisco. Las mas crueles disciplinas para refrenar la carne, los ayunos mas rigurosos y largos, las mas frecuentes y asiduas oraciones, los elevados éxtasis, visiones y dulces coloquios con su divino Salvador llegaron á ser ordinarios ejercicios de Martín y los mas caros entretenimientos de su inocente alma. Sobre manera pobrísimo, no poseia otra cosa que una grosera túnica y el breviario para rezar el oficio divino. Dormía sobre el desnudo suelo, y tan humilde era de corazón, que se juzgaba el mas abatido hombre del mundo. Y no obstante este bajo concepto de sí mismo, eran admirables los progresos que diariamente hacia en las ciencias, especialmente sagradas, conformando su entendimiento á las doctrinas del doctor seráfico, y de los demás grandes varones de que tanto se gloria la orden franciscana. En una palabra, todos lo reputaban por santo y docto religioso que daria honor en lo futuro no solo á su madre la provincia, sino á todo el constituto de los menores. Pero á nuestro Martín no parecia gran cosa, con especialidad despues de hecho sacerdote, pasar una vida tan

dura y santa dentro de los recintos de un el sistro solitario, sintiéndose en su corazón, como siempre acontece á las almas grandes, poderosamente inclinado á obrar en servicio de Dios y bien de los prójimos. La orden cuyos hijos se contaban; apostólica por excelencia desde su nacimiento, tenia entonces mas que nunca floridísimas misiones entre gentes bárbaras y salvages entre pueblos idolatras y gentiles? en medio de naciones sistémicas y erejes; en Europa, en Asia, en Africa, en las dos Américas, en las islas del Oceano y por todas partes. ¿Y cómo dejaría Martín de aspirar como otros tantos de sus hermanos á partir lejos del suelo pátrio en solicitud de almas que conducir á Cristo? Este era el voto mas ardiente de su alma, este es el único pensamiento que lo dominaba.

Un dia oraba nuestro jóven franciscano, arrodillado y con las manos levantadas al cielo, delante de una devota imagen de la dulce madre del Dios. Su alma parecia arrebatada en éxtasis de amor contemplando aquel divino semblante del paraíso, cuando inflamado el rostro y llorando tiernamente, como inocente niño, fué oído esplicar en estas palabras: "Oh hermosa madre de Dios, amable María, yo te ruego como hijo, que me alcances la gracia de tu bendito Jesus, de hacerme digno de llegar á ser apóstol de su santa ley y de llevarme á predicar su santísimo nombre á aquellos miserables pueblos, que tanto tiempo ha viven en la sombra de la muerte, totalmente privados del conocimiento del verdadero Dios. Dáme este gusto, ó Señora de mi corazón, ó bendita entre todas las mugeres; por que á Tí no se niega gracia alguna en el cielo, donde Tú imperas como reina, coronada sobre todos los coros de los ángeles por tu Jesus, fruto beddito de tus immaculadas entrañas. Ea, pues, suplicale oh María, ruégale que me haga digno de llevar su santo nombre á tantas miserables criaturas, que aun que hechas á su imagen y semejanza, no lo conocen; viven como brutos presa del error. Dile, oh bella hija del Altísimo, que me hayo pronto, ó mas bien contento en padecer todo género de persecuciones y hasta la muerte, con tal de conseguir arrebatarse una alma, una sola alma de las garras del demonio y alcanzarle la herencia del paraíso." Aun no habia terminado la oracion el piadoso suplicante, cuando la Reina de los ángeles hablándole por medio de su imagen le contestó de esta manera: "Ten ánimo Martín; tu peticion á sido escuchada por mi Hijo. No solo predicarás el evangelio en tierras

bárbaras, sino tambien serás uno de los que restaurarán las cosas de la religion cristiana en el Japon."

¿Y quién podrá referir las áncias y suspiros de aquel corazon tan ardentemente deseoso de padecer por Cristo, de volar al socorro de tantos hermanos necesitados de su ayuda, luego que escuchó haber sido oidos sus ruegos por Dios? Ya no deseaba otra cosa que llegará el afortunado momento de satisfacer sus votos; y aun en esto lo oyó tambien el Señor. Poco tiempo despues, llegó á su convento el celeberrimo misionero P. Pedro Ortiz, superior de otros cincuenta franciscanos que conducia á las Filipinas; y Martin sin demora alguna, conseguida la licencia de su provincial, se agregó a aquella escogida tropa de heroes evangélicos, siguiendo con ellos el viage á Sevilla, donde se reunieron para el mismo fin otros apóstoles franciscanos, hasta completar el número de mas de sesenta misioneros. Demoráronse por algun tiempo en aquella ciudad, y partiendo para Cádiz, casi al mismo tiempo arribó á ese puerto el célebre P. Francisco de Tolosa, cabeza suprema entonces de toda la orden de los menores; que instruido de la elevada virtud y no comun ciencia de fray Martin de la Ascencion, venia resuelto á nombrarlo lector de filosofia, para enseñanza de los jóvenes religiosos de la provincia de Granada. Llegó esto á noticia del santo, y postrandose á los pies del Padre general, le manifestó francamente la voluntad del Señor, que lo habia destinado para apóstol, rogándole, que por el bien de su alma lo dejase partir con el Padre Ortiz. Lo que oido por el Padre Francisco de Tolosa accedió á su peticion, y Martin; junto con los demas compañeros (entre los que se hallaban tambien San Francisco Blanco, el P. Marcelo de Ribadeneira y Fray Juan de Zamora, llamado el pobre) se dieron á la vela en dicho puerto, á principios de la primavera de 1593, para las Indias.

Durante la navegacion, que estuvo llena de trabajos y peligros, San Martin, por mandato del V. P. Ortiz, predicó muchas veces á los religiosos con admiracion universal del B. Rivadeneira; y hácia fines del mismo año tocó la expedicion las playas de México. Detenidos allí, no viendose Martin enviado á las Filipinas; esperó por algun tiempo ocupando á lo menos en el oficio de misionero en ese pais, donde ya tenian los franciscanos muchos conventos y colegios, poblados de varones célebres en

santidad y doctrina. Pero por entonces lo dispuso Dios de otra manera; porque conociendo el santo comisario Pedro Ortiz la elevada ciencia que se ocultaba bajo aquellas pobres apariencias de penitente, y deseoso de que se manifestasen sus talentos en gloria de Dios y provecho de sus hermanos; los señaló para enseñar filosofia y teología á los co-ristas de la órden en el convento de Churubusco. Repugnábalo nuestro joven héroe, pero obligado en fin por la obediencia, inclinó la cabeza y subió á la cátedra magistral. Fray Marcelo de Rivadeneira, testigo ocular, refiere en su historia haber sido grande el aprovechamiento de los jóvenes, que tuvieron la fortuna de tenerlo de maestro, entre los que se cuenta San Francisco Blanco, con quien debía mas tarde morir mártir por Jesucristo.

Ultimamente, fué enviado á las Filipinas, donde arribó con la dulce esperanza de comenzar ya entre aquellos pueblos todavia medios bárbaros un apostolado de amor y de caridad. Pero llegado á Manila devió otra vez desempeñar el cargo de lector, enseñando con admirable provecho de sus oyentes filosofia y teología; hasta que despues de haber ilustrado por un año la provincia franciscana de Luzon con su doctrina, penitencia y santidad de vida, fué mandado, como queda referido, á la mision del Japon, donde la providencia, segun la promesa de María, le preparaba nuevas glorias y nuevos triunfos. Hayábase entonces en los veinte y nueve años de su edad. Pasamos ya á su santo compañero y discípulo Francisco Blanco.

Nació este bendito apóstol, en el pueblo de Taymaron inmediato á Monterrey ciudad de la diócesis de Orense en la provincia de Galicia en España. Habiendo aprendido en su patria los primeros rudimentos de la doctrina cristiana y lengua latina, fué mandado por sus padres, cuyo nombre y condicion tambien se ignoran, á estudiar á la célebre universidad de Salamanca; donde adelantó tanto en las ciencias, que muy pronto fué la admiracion de sus condiscípulos y el aprecio de sus maestros. Viviendo todavia en Salamanca, pensó volver las espaldas al mundo y á sus engañosos placeres, para correr en pos del sublime sendero de la Cruz; encerrándose en un claustro solitario de franciscanos, donde Dios con su soberana inspiracion, manifestamente lo llamaba. Resuelto pues á llevar á efecto este noble designio, con sorpresa de todos,

huyó de Salamanca, y admitido por el P. Alderet doctísimo franciscano y superior entonces de la provincia de Santiago; vistió el hábito de los menores observantes en el convento de Villalpando, en que al año siguiente profesó con inmenso júbilo de su corazón. Al poco tiempo fué enviado de conventual al célebre retiro de San Antonio, inmediato á Salamanca; donde su dulce carácter, la ingenuidad y candor de su alma, y todas aquellas dotes que hacen amables la edad de la juventud; le adquirieron á poco el amor de sus prelados y el de sus hermanos. Entregóse allí Francisco, de tal suerte á una vida de santo, que casi enteramente parecia disuelto de los lazos de la carne y su principal ocupacion era encerrado en la iglesia meditar los divinos misterios de la religion. Totalmente muerto al mundo, se hizo un vivo ejemplo de mortificacion y penitencia, al grado de caer gravemente enfermo agotadas casi enteramente sus fuerzas, lo que movió á los superiores pasado un año; á mandarlo respirar mejores aires al convento de Pontevedra en los amenos valles de Galicia. Convalecido allí de sus enfermedades, y bajo la direccion y enseñanza del insigne y docto P. Juan Alvarez, renovó Francisco, ó mas bien aumentando los rigores de su vida, llegando á tal perfeccion, que eran citados por modelo de santidad aun por los hombres mas experimentados en virtud de que abundaba aquella provincia. Fué pues de tan irreprehensibles costumbres y de tal pureza de alma, que despues de su muerte, lo predicaban sus contemporáneos rodeado de una triple aureola del martiro, de la santidad y de la virginidad.

Dos eran con todo los poderosos afectos que distinguian sobre los demas á Francisco: deseo de su propia salvacion y amor del verdadero bien de sus prójimos. Aquel lo habia impulsado á hacerse fraile menor, éste dentro de poco debia arrastrarlo á regiones bárbaras en solicitud de nuevos hermanos que conducir al conocimiento de Dios; y no tardó en presentársele ocasion bastante propicia. Porque, reuniéndose á poco en el convento de Pontevedra quince franciscanos de su misma observante provincia de Santiago para pasar á Sevilla á formar la célebre mision del referido P. Ortiz, Francisco, con licencia de los superiores, fué uno de ellos, y llegado á Cádiz se embarcó con los demás para México, de donde se le mandó al convento de Churubusco á estudiar filosofia y teología, en cuyas ciencias aprovechó tanto, que mereció un público y hono-

rífico elogio de su santo preceptor Martin de la Ascencion, de quien habia sido compañero de viaje. A poco fué ordenado sacerdote por el Arzobispo de México; y en seguida, junto con los demas franciscanos, entre ellos su maestro, enviado á las Filipinas, concluyendo en Manila el curso de sus estudios, y últimamente, destinado al Japon San Martin, tratándose de darle compañero, se eligió á tal oficio á su amado discípulo Francisco Blanco, segun llevamos escrito, y con lo que anudaremos el hilo de la historia.

Viéndose pues San Pedro Bautista, padre ya de ocho hijos, que con ayuda de los Terceros Japones parecian por entonces suficientes para cultivar aquella viña del Señor, dispuso su distribucion para los conventos que la Orden Franciscana poseia entonces en el Japon. Dejó en el de Nagasaki de guardian al venerable P. Fray Gerónimo de Jesus, dándole de compañeros á Fray Bartolomé Ruiz y Fray Marcelo de Rivadeneira; hecho venir del convento de Osaca, donde mandó como guardian al repetido San Martin de Aguirre, con San Francisco de la Parrilla; por maneciendo él en Meaco con el V. P. Agustin Rodriguez, San Francisco Blanco y el santo lego Gonzalo Garcia; que ademas tenia el cargo de dirigirse de vez en cuando á auxiliar á los religiosos de Osaca. Pasó en seguida á distribuir á los Terceros, mandando á San Martin, á los dos jovencitos Antonio y Tomás, reteniendo consigo á los demas, entre ellos á San Leon Garazuma, San Pablo Suzuqui, Santo Tomás Cosaqui, San Buenaventura y San Gabriel, destinados especialmente á la curacion de los enfermos, que solamente en Meaco, pasaban de doscientos treinta, sin contar los niños mantenidos en el convento á expensas de los religiosos.

Lo que los apóstoles franciscanos trabajasen en provecho espiritual de aquellos pueblos cristianos, lo que cada uno sufriera en la parte asignada por el santo comisario, lo que trabajaran por la conversion de los gentiles y cuántas y cuán tremendas persecuciones tuvieron que padecer de los enemigos de la religion católica, lo referiremos mas adelante; concluyendo este capítulo con algunos rasgos de la vida de dos mártires japones bautizados por los franciscanos, á lo que aparece de la historia, á muy poco de la llegada de Martin y Francisco Blanco á Meaco. Estos son San Juan Quizuya y el pequeñito San Luis Ibarchi, el mas tierno é inocente de todos. Comencemos por el primero.

Tres años hacia que moraban los apóstoles minoritas en Meaco, y Juan nativo de esa ciudad, é idólatra en religion, en nada menos pensaba que en hacerse cristiano. Dotado de una alma sencilla y naturalmente inclinado á obrar el bien, se mantenía del honesto trabajo de sus manos, sin cuidarse de averiguar cuál de las dos religiones era verdadera, si la suya ó la que predicaban los misioneros. Sin embargo, jamás había hecho cosa que no fuese arreglada á razon y conforme en todo á los principios de lo justo y honesto; por lo cual, queriendo premiar Dios estas buenas disposiciones de su corazón, dispuso que se hospedara en su casa un cristiano, quien grandemente admirado al mirarlo, aunque gentil, de alma tan buena, de corazón tan ingénuo y de costumbres tan enteramente dignas de un discípulo del Crucificado, preguntóle sin vacilar, porque aún no se había convertido á la religion de Cristo; especialmente despues de la llegada á Meaco de los franciscanos, quienes ciertamente lo habrían instruido en aquella tan importante materia, como á otros muchos gentiles; á semejantes palabras, como si una venda hubiese caído de sus ojos, preguntó urgentemente al cristiano, cuál era la religion de que le hablaba, quiénes esos buenos franciscanos, y si despues de la muerte había otra vida. A cuyas preguntas habiendo contestado cumplidamente el cristiano, díjole Quizuya tomándole de la mano: "Ahora bien, pues el verdadero Dios del cielo y de la tierra, dirigiendo una mirada de piedad sobre el Japon, nos ha mandado semejantes hombres para anunciarnos la buena nueva de una vida mejor despues de la muerte, condúceme á su presencia, que sin mas espera quiero hacerme cristiano." Y dicho esto, se dirigieron ambos al convento de los franciscanos, los que instruyéndolo en poco tiempo en los sacrosantos misterios de la religion, y dándole el bautismo, lo agregaron á petición suya á la Tercera Orden de Penitencia, haciéndose de tal manera no solo miembro de Cristo, sino del instituto Seráfico.

Esta nueva conquista de los misioneros consoló extraordinariamente á los cristianos, que conociendo anticipadamente la dulce y suave índole de Quizuya, dieron gracias á Dios que tiene en sus manos el corazón de los hombres, y presagiando desde aquel momento lo que llegaría á ser el recién convertido. Porque á muy poco entregándose á la práctica de las mas sólidas virtudes, se hizo admirable su fervor en predicar la pa-

labra de Dios y sobre todo, la heroica caridad con que asistía á los enfermos, moviendo con su ejemplo á imitarlo en tan piadoso ejercicio, á su mujer y á su hijo convertidos por él á la religion cristiana con otros varios gentiles. Así pues, en pocos meses tuvo la suerte el afortunado Quizuya de llegar á ser fervoroso cristiano, insigne apóstol y glorioso mártir de la fé.

Viniendo ahora al santo niño Luis, la mas bella flor que por ventura produjo la perseguida iglesia japonesa, sentimos con dolor las pocas noticias que de él nos ha transmitido la historia. Solamente sabemos que nació en la provincia de Ovari, de padres idólatras, que de edad de ocho á nueve años pasó con ellos á vivir á la ciudad de Meaco y que allí, fué confiado á los santos terceros Leon Garazuma y Pablo Suzuqui, sus tios lo que en verdad fué un singularísimo designio de la gracia de Dios, que en breve quería hacer de Luis un ángel del paraíso. Porque recibéndolo en su compañía Pablo y Leon, lo educaron desde luego virtuosamente, lo instruyeron en todas las verdades de la religion cristiana, y haciéndolo bautizar por S. Pedro Bautista; se lo entregaron, para que en calidad de tercero lo sirviese, como efectivamente lo hizo en el santo sacrificio de la misa. Y desde aquel momento se entregó Luis á Dios; no ocupándose sino en frecuentar sacramentos, rezar oraciones haciéndose cada dia mas amable á los religiosos con la suavidad, compostura y modestia de todas sus acciones. Y como tales prendas, mas que frutos de la educacion, eran obra del Espíritu Santo y efectos de la fé; no debe maravillar que á los once años de su edad, según veremos, diese la vida por amor de Jesucristo con tanta intrepidez y constancia que confundiera á sus mismos verdugos.

NOMINA DE NUEVO LEÓN

ALFONSO DE BARRAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XIII.

ESTADO DE LA MISION FRANCISCANA DEL JAPON ANTES DE LA ÚLTIMA PERSECUCION.

DISTRIBUIDOS ya en los diversos conventos del Japon y entregados con mayor dedicacion á predicar el evangelio, imposible empresa seria numerar todos los frutos de vida eterna que recogieron los franciscanos en esa viña del Señor. Bastará decir, que desde la partida del grande apóstol de las Indias orientales S. Francisco Javier, no se vió en el Japon época mas hermosa, de mayor gloria y fecunda de conversiones para la Iglesia de Jesucristo. Movidos del buen olor de su vida apostólica y tan penitente, ocurrían diariamente de los lugares mas remotos de aquellas numerosísimas islas, á Meaco, Nagasachi y Osaca; cristianos y gentiles, entre estos insignes personajes, gobernadores de ciudad y señores de enteras poblaciones, á contemplar y ofrecer juntamente dones y limosnas á aquellos pobrecillos descalzos, que en su sencillez y modestia, que mas con obras y ejemplo que palabras, predicaban la desnudez del Señor Crucificado. ¿Y cómo referir los sacrificios de toda clase, y privaciones de toda género, á que por amor de Jesucristo se sujetaban día y noche en curar con una amabilidad capaz de conmovir todo corazon, á los pobres leprosos y á cuantos carecian de todo auxilio humano; en cada uno de los hospitales, abiertos en pública beneficencia al lado de sus mismos conventos? ¿Cómo numerar y apreciar dignamente los beneficios de los mismos, á centenares de niños tanto gentiles como cristianos, que descargados del peso de su miseria, eran curados y educados dentro de los propios monasterios ó en públicas escuelas, expresamente erigidas en la inmediacion de los hospitales? ¿Cómo reducir á cálculo todos aquellos centenares y millares de idólatras, que abandonando las nefandas casas de los ídolos, en virtud de tantas apostólicas fa-

tigas, se agregaron al rebaño de Jesucristo, viviendo tan cristianamente, que no pocos en los siguientes años merecieron la palma del martirio? Ciertamente es que la mayor parte de las maravillosas obras de los misioneros franciscanos en el Japon solo están escritas en el libro de la vida de mano de los ángeles; pero afortunadamente no faltan hechos registrados en la historia que nos manifiestan cuántas fueron las victorias que alcanzara por su medio, la fé de Jesucristo sobre el infierno, especialmente en el año de 1596. Porque introduciéndose muchas veces en los mismos templos de los ídolos, disputaron con los bonzos, quienes oprimidos con el peso de sus razones, y convencidos de la falsedad de su secta, no tuvieron mas arbitrio que huir precipitadamente, gritando á los gentiles se guardasen de las astucias de los doctores cristianos como de endemoniados. San Pedro Bautista era llamado el gran bonzo del Occidente, título da lo antes á S. Francisco Javier, para denotar cuán terribles fueron estos dos gloriosos apóstoles á los hijos de error y cuántos los triunfos que alcanzaron en pró de la fé cristiana. Pero para que mejor aparezcan los prodigios del apostolado de los franciscanos, nos conviene referir algunos de ellos entre los muchos que omitimos por brevedad.

Encontróse una vez el santo lego Fr. Francisco de la Parrilla, con un pagano, que se quejaba fuertemente de no haber llegado á tiempo á un sermón de los bonzos en su templo: "Hermano, le dijo, no te apesadumbre esto, porque de la palabrería de tus maestros no puedes prometer escapar de la condenacion eterna." El gentil, manifestando al principio no haber oido aquellas palabras, proseguía su camino para el templo; pero reflexionando despues en la franqueza con que le habia proferido el franciscano tan terrible sentencia, volvió atrás y le preguntó: "¿Qué, pues, debo hacer para conseguir mi salvacion? A lo que contestó el santo lego: "Ven conmigo y lo sabrás"; y sin mas dilacion lo condujo al convento, donde instruido y en la religion católica, bautizado en seguida^s llegó á ser despues un fervorósimo cristiano.

Un jovencito como de catorce años, bautizado por los frailes menores de Meaco, incurrió por solo este motivo en la desgracia de su padre, fanático adorador de los ídolos. Y como para obligar á su hijo á apostatar de la religion cristiana si sirviese inútilmente de todo género de amenazas y lisonjas, lo condujo á la presencia de un bonzo á fin de que lo pervirtie-

CAPITULO XIII.

ESTADO DE LA MISION FRANCISCANA DEL JAPON ANTES DE LA ÚLTIMA PERSECUCION.

DISTRIBUIDOS ya en los diversos conventos del Japon y entregados con mayor dedicacion á predicar el evangelio, imposible empresa seria numerar todos los frutos de vida eterna que recogieron los franciscanos en esa viña del Señor. Bastará decir, que desde la partida del grande apóstol de las Indias orientales S. Francisco Javier, no se vió en el Japon época mas hermosa, de mayor gloria y fecunda de conversiones para la Iglesia de Jesucristo. Movidos del buen olor de su vida apostólica y tan penitente, ocurrían diariamente de los lugares mas remotos de aquellas numerosísimas islas, á Meaco, Nagasachi y Osaca; cristianos y gentiles, entre estos insignes personajes, gobernadores de ciudad y señores de enteras poblaciones, á contemplar y ofrecer juntamente dones y limosnas á aquellos pobrecillos descalzos, que en su sencillez y modestia, que mas con obras y ejemplo que palabras, predicaban la desnudez del Señor Crucificado. ¿Y cómo referir los sacrificios de toda clase, y privaciones de toda género, á que por amor de Jesucristo se sujetaban día y noche en curar con una amabilidad capaz de conmovir todo corazon, á los pobres leprosos y á cuantos carecian de todo auxilio humano; en cada uno de los hospitales, abiertos en pública beneficencia al lado de sus mismos conventos? ¿Cómo numerar y apreciar dignamente los beneficios de los mismos, á centenares de niños tanto gentiles como cristianos, que descargados del peso de su miseria, eran curados y educados dentro de los propios monasterios ó en públicas escuelas, expresamente erigidas en la inmediacion de los hospitales? ¿Cómo reducir á cálculo todos aquellos centenares y millares de idólatras, que abandonando las nefandas casas de los ídolos, en virtud de tantas apostólicas fa-

tigas, se agregaron al rebaño de Jesucristo, viviendo tan cristianamente, que no pocos en los siguientes años merecieron la palma del martirio? Cierto es que la mayor parte de las maravillosas obras de los misioneros franciscanos en el Japon solo están escritas en el libro de la vida de mano de los ángeles; pero afortunadamente no faltan hechos registrados en la historia que nos manifiestan cuántas fueron las victorias que alcanzara por su medio, la fé de Jesucristo sobre el infierno, especialmente en el año de 1596. Porque introduciéndose muchas veces en los mismos templos de los ídolos, disputaron con los bonzos, quienes oprimidos con el peso de sus razones, y convencidos de la falsedad de su secta, no tuvieron mas arbitrio que huir precipitadamente, gritando á los gentiles se guardasen de las astucias de los doctores cristianos como de endemoniados. San Pedro Bautista era llamado el gran bonzo del Occidente, título da lo antes á S. Francisco Javier, para denotar cuán terribles fueron estos dos gloriosos apóstoles á los hijos de error y cuántos los triunfos que alcanzaron en pró de la fé cristiana. Pero para que mejor aparezcan los prodigios del apostolado de los franciscanos, nos conviene referir algunos de ellos entre los muchos que omitimos por brevedad.

Encontróse una vez el santo lego Fr. Francisco de la Parrilla, con un pagano, que se quejaba fuertemente de no haber llegado á tiempo á un sermón de los bonzos en su templo: "Hermano, le dijo, no te apesadumbre esto, porque de la palabrería de tus maestros no puedes prometerte escapar de la condenacion eterna." El gentil, manifestando al principio no haber oido aquellas palabras, proseguía su camino para el templo; pero reflexionando despues en la franqueza con que le habia proferido el franciscano tan terrible sentencia, volvió atrás y le preguntó: "¿Qué, pues, debo hacer para conseguir mi salvacion? A lo que contestó el santo lego: "Ven conmigo y lo sabrás"; y sin mas dilacion lo condujo al convento, donde instruido y en la religion católica, bautizado en seguida^s llegó á ser despues un fervorósimo cristiano. ®

Un jovencito como de catorce años, bautizado por los frailes menores de Meaco, incurrió por solo este motivo en la desgracia de su padre, fanático adorador de los ídolos. Y como para obligar á su hijo á apostatar de la religion cristiana si sirviese inútilmente de todo género de amenazas y lisonjas, lo condujo á la presencia de un bonzo á fin de que lo pervirtie-

se, medio que tampoco le produjo el resultado que esperaba. Por lo cual trasportado de rabia aquel padre inhumano, despues de haberlo por muchos días atormentado, con crueles golpes y encerrándolo en una horrible cárcel, lo arrojó bárbaramente de su casa, protestando no tenerlo ya por su hijo. A tal ceso de furor no dió un solo lamento el intrépido y valeroso niño; solamente en el acto de hacerle abandonar la casa paterna, fué esta su despedida: "Pues que me lanzas de tu lado, me tomará á su cargo aquel Dios, por quien he incurrido á tu cólera; quien ciertamente no me abandonará y mas bien me dará otro padre mas amoroso en la tierra, mientras voy á gozar de EL mismo allá en el cielo." Y dicho esto emprendió su camino, corriendo deshalado al convento de franciscanos á contarle todo á San Pedro Bautista, quien estrechándolo en sus brazos y consolándolo en su desgracia, lo mantuvo consigo algunos días, mandándolo despues á Nagasachi con Fray Gerónimo de Jesus, en cuya compañía sufrió posteriormente con heroica constancia toda clase de persecuciones de los enemigos de Dios, y poco faltó para no morir mártir por Jesucristo.

Otro jóven, de cerca de diez y ocho años, familiar de uno de los mas nobles y poderosos ciudadanos de Meaco, habiendo entrado á oír el sermón en la iglesia de los franciscanos tan enamorado quedó de la religion de Cristo, que postrándose á los piés de Pedro Bautista, le pidió con lágrimas el bautismo, el que le concedió el santo, mudándole su anterior nombre en el de Jacobo. Pero no pasó mucho tiempo que llegando á noticia de su padre, idólatra y cruel, de acuerdo con su señor, concibió el bárbaro proyecto de asesinar á su hijo si al instante no renunciaba de su nueva religion. Pero antes mandó á algunos de sus mas íntimos amigos para que lo pervirtiesen. Todo fué envano, porque firme en su fé y sin espantarle aquellas amenazas les contestó: "Mejor quiero morir, que renegar de Jesucristo y perder así el paraiso;" y separándose al instante de sus malvados compañeros, voló á contarle todo á San Pedro Bautista. El santo comisario, juzgando con prudencia, que no podia recibirlo en el convento por no incurrir en las iras del desnaturalizado padre, y vergonzas del mas inhumano señor, poniendo en peligro las bellas esperanzas de aquella cristiandad, le aconsejó por bien de su alma huyese de Meaco, hasta que Dios no dispusiera otra cosa. Lo que oido por el san-

to jóven y movido interiormente del espíritu divino, arrojó lejos de sí las ricas ropas de seda de que estaba vestido, y cubierto de otras pobres de que lo proveyera la caridad de un amigo, para no ser reconocido; se puso en camino para evitar la cólera de su padre, sin deterse hasta Nagasachi. Permaneció allí por algun tiempo escondido y al fin se hizo á la vela para las Filipinas, refugiándose en Manila, en el covento de San Francisco; donde despues de una vida de pobreza, mortificación y demas virtudes, con que edificó á toda esa ciudad, entregó su bendita alma en los dulces brazos del Creador.

Tales eran los frutos que aquellos pobres franciscanos, con la sola ayuda de Dios, recogian en el Japon para consuelo de aquella afligida iglesia de Jesucristo. Pero pasemos á referir algun otro alegre y consolador acontecimiento para una alma cristiana; antes de ver mudarse improvisamente esta historia en escenas de desolacion y sangre.

Desde que el venerable Marcelo de Rivadeneira morada en Meaco, habia convertido á la religion cristiana á un ciudadano muy noble é interiorizado en la corte del emperador, quien habiendo tomado el nombre de Estéban, y gloriándose con sus amigos y parientes de aquella dicha, habia protestado solemnemente muchas veces defender contra cualquiera el honor y la verdad de su religion; dispuesto á morir antes que abandonarla. Acontecióle pues á poco tiempo hallarse en la corte con un muy respetable personaje, desgraciadamente escaltadísimo idólatra, el cual, dirigiéndose á Estéban, despues de haberlo insultado de mil maneras delante del mismo emperador y muchos caballeros, le hizo el severo cargo de haber abandonado la religion del pais, por seguir las extraviadas doctrinas de aquellos miserables extranjeros, que adoraban á un hombre, que no pudiendo salvarse á sí mismo, murió crucificado como malhechor. Herido en el alma el nuevo cristiano al escuchar tal blasfemia, con el semblante inflamado, y nada espantado por la presencia de Taicosama y de cuantos le rodeaban, franca y resueltamente cotesó así al temerario gentil: "Mi Dios es quien ha creado de la nada el cielo y la tierra, ha dado el ser á todos los hombres y á cuanto existe acá bajo, y hace resplandecer su sol sobre los buenos y los malos; quien conserva en fin con admirable órden y armonía este hermosísimo universo y mantiene la vida de todas sus criaturas, desde el pintado pajarillo has-

ta el primer monarca del mundo. Y si Cristo Hijo del Dios verdadero, fué muerto en el árbol de la cruz; esto fué por su voluntad y para salvar al género humano, corrompido por la mala simiente de Adán, habia perdido miserablemente la herencia de su Padre. Pero, si para dar la vida al hombre decaído de su gracia, se sujetó á la muerte de cruz, resucitó despues triunfante del sepulcro, subiendo glorioso á la diestra de su Padre, ahora, como antes y por todos los siglos, Dios verdadero, gloria suprema de los cielos; donde vosotros ciegos idólatras y despreciadores de su ley, ciertamente no subireis. Y si todo esto no creis, decidme, ¿quién á creado el cielo y la tierra y creado de la nada al primer hombre?"

Confuso en extremo á tal pregunta el gentil, le contestó: "Amida es el Señor del universo, y el que tiene preparado en el cielo un premio eterno á los buenos." ¡Amida! replicó Esteban; bien necio eres si así lo crees, porque este fué hombre mortal ni mas ni menos de lo que somos nosotros, y cuyo cuerpo se redujo á cenizas: "¿quién pues lo hubo criado?" A lo que el gentil no supo que oponer, y avergonzado se retiró de la corte, no sin placer de los circunstantes, que aunque idólatras se alegraron en su corazon, de que así hubiese sido confundido.

Desde aquel momento se mantuvo Esteban cada día mas fuerte en la religion cristiana, por la que tuvo la felicidad de sufrir toda clase de insultos, peligros y persecuciones. Pero auxiliado poderosamente de Dios, y fortalecido por el magnánimo ejemplo de los franciscanos y de otros muchos cristianos, murió tranquilamente en el ósculo del Señor.

Otro igual hecho se refiere de los misioneros franciscanos de la misma ciudad de Meaco en la conversion de un idólatra de los mas nobles y poderosos entre los japones; quienes teniéndolo en grande estimacion y como oráculo por sus muchos conocimientos de las ciencias del país, fueron movidos en gran manera de su ejemplo y abrazando la religion católica pidieron el bautismo.

Lo que en aumento de la fé obraban, Pedro Bautista, Francisco Blanco, Agustín Rodriguez y Gonzalo García en Meaco, Gerónimo de Jesus Marcelo de Rivadeneira, y Bartolomé Ruiz en Nagasachi, Martín de Aguirre y Francisco de la Parrilla en Osaca, era imitado por testimonio de la historia en su clase, por todos los terceros, sin excepcion, aunque mas especialmente son dignos de alabanza Leon Garasuma, Pablo

Susuqui, Miguel Cosaqui, Francisco, médico antes de Taicosama, Garque, page de honor anteriormente del gobernador de Meaco, Buenaventura y los tres jovencitos Tomas, Antonio y Luis. Empleandose esto en obra de caridad jamas vistas en el Japon; á hacer menos triste la existencia de tantos miserables, en instruir en la verdad á tantos rústicos ó infelices idólatras, y finalmente en proteger la vida de innumerables hijos de la desgracia, nacidos al llanto antes de saber lo que fuese dolor, es indecible cuanto cooperase á dilatar la fé de Jesucristo en aquellas remotas regiones. Gentiles hubo, que al solo mirar aquellos hombres antes ricos y poderosos, cubiertos despues de grosera túnica y ceñidos de una cuerda entregarse á semejantes ejercicios de caridad, se convirtieron sin mas motivo á Cristo gritando no ser posible que no fuera verdadera y divina una religion que infundía en el corazon de sus hijos tanto amor de sacrificio y abnegacion en solo el bien del prójimo. Viéronse niños idólatras, ocultar parte de su comida para darla, sin noticia de sus padres á los pobres de los hospitales franciscanos; y piadosas y ricas matronas, nobles y delicadas doncellas, movidas las primeras del ejemplo de sus consortes y estas de sus padres, curar á los enfermos, especialmente de lepra con tan amorosa delicadeza hasta besar sus llagas por amor de Jesucristo.

En fin, tanto los franciscanos como los terceros, llevando la mortificacion de Cristo en el semblante, predicando la penitencia y enseñando el camino que conduce al cielo, protegidos visiblemente de Dios y bendito de los hombres, habia reducido aquella cristiandad á un estado tal de hermosura y vigor, cual á caso jamas habia llegado a verse en los tiempos anteriores, levantadas iglesias al culto del verdadero Dios, fundados conventos para conservar el fuego sagrado de la fé del Nazareno, fabricados hospitales para el auxilio de tantos miserables hijos de la desgracia, establecidas escuelas para instruir en la verdad á los pobres y abandonados niños; convertidos á Cristo millares de infieles, reanimada la fé en los corazones de todos los cristianos vencidos y llenos de confusion los enemigos de la religion católica, adorada la cruz hasta por las personas mas poderosas del imperio, frecuentados en gran manera por cristianos y gentiles los templos franciscanos, aquellos para recibir los sacramentos, estos para pedir el bautismo; protegidos los misioneros y con lleos la religion de Cristo por aquel mismo emperador que antes ha-

bia sido su terror, destructor y mas encarnizado enemigo; vease, en una palabra, cual era el estado de la iglesia japona hácia la mitad del año 1596, es decir en vísperas de la persecucion, que á muy poco debia descargar la destructora espada sobre aquella, abundante mies, recogida con tantos sudores, fatigas padecimientos de los santos misioneros de la iglesia de Jesucristo. Para referirla nos faltaria siempre valor sino estuviéramos ciertos haberla permitido Dios para mayor y solemne triunfo de su fé y gloria imperecedera del instituto Seráfico.

¿Habia visto, amado lector, una navecilla, cuando en el día mas claro próxima á anclar en la ribera patria, es sorprendida por una repentina tempestad? ¿cómo arrebatada por todas partes á las mayores distancias por la violencia de las olas, destrozadas al fin las velas, despedazados los palos, entre los clamores de los marineros y el ronco rumor del abismo, enteramente anegada, se va á pique y desaparece? Pues tal fué el término funesto de la mision franciscana en el Japon. Pero antes de describir tan lúgubre catástrofe, es indispensable imponeros de algunos hechos, que fueron como el doloroso principio.

De lo dicho hasta aquí, se colige con toda claridad cuanta fuera la rabia que devorara los sacerdotes de los ídolos, al ver aumentar tan admirablemente y estenderse cada dia el reino de Jesucristo en las tierras del Japon, y como estallarse su odio contra los franciscanos por la multitud de gentiles que desertaban de sus banderas. Sin embargo, aunque jamás dejaban de tramarse asechanzas y azuzar en su contra ora á este, ora aquel personaje gentil no se habían atrevido todavía á presentarse al emperador. Pero viendo últimamente que de nada servian sus perfidias contra la constancia de aquellos apostólicos pechos, depuesto todo temor y de acuerdo con algunos idólatras, entre ellos Faranda, que fué el primero mandado de embajador á Manila, se presentaron á Taicosama, con estas ó semejantes palabras:

“¿Qué haceis, emperador? estos doctores de Luzón, que protegeis, no cesan de predicar, no solamente el desprecio á nuestros altares, sino un odio mortal contra nosotros ministros y sacerdotes de los dioses del Japon. De aquí es, que millares de ciudadanos, engañados por su predicacion, han abandonado ya la religion del país, para seguir á un hombre crucificado y su abominable secta. Dirigid la vista en torno vuestro, y vereis

por todas partes acudir á sus templos un pueblo inmenso; al grado que si no poneis remedio, pronto ó tarde todo el Japon llegará á ser cristiano. Guardaos, ó emperador, porque sois cruelmente engañado de estos frailes de Luzón, que no solo predicán su ley y arrancan del lado de sus padres á sus propios hijos, sino que bajo el manto de la caridad y el pretesto de curar los enfermos en los hospitales se ocupan en maldecir las leyes del país, y aun vuestra misma persona, porque no os haceis cristiano.” A lo que agregaron otras cosas que les dictaba su perfidia. A lo que habiendo respondido Taicosama: mentís con la mayor desfachatez sin decir mas, los despidió confundidos. Ni tampoco les valió volver repetidas veces con el mismo objeto al emperador, porque jamás quiso rendirse á sus impías insinuaciones. Encendidos, pues, de rabia, acudieron al gobernador de Meaco, á quien hablándole como inspirados de sus falsas deidades, vomitaron contra los inocentes franciscanos cuantas injurias y calumnias les fué posible, intimidándole por último á nombre de Taicosama, que inmediatamente promulgase en su contra un decreto proscripcion, como otras veces se habia dado contra los misioneros de la compañía de Jesus, reos del mismo delito, que era la predicacion de la fé del Nazareno. Pero el intrépido gobernador noticioso de las inicuas arterias de los bonzos, irritado mas de ellas que de sus palabras, les contestó: No seré yo el que moleste á los frailes de Luzon, los que si predicán á los pobres su ley, ningun mal pueden causar ni á vosotros ni al emperador. Ademas, siendo tan numerosas vuestras sectas y tan diversas y contrarias entre sí ¿qué perjuicio puede resultar al Japon de agregarse otra estrangera?

Oido esto se retiraron de allí los impíos sacerdotes de los ídolos, confusos y avergonzados, pero no cansados de tramarse asechanzas á los misioneros. Al contrario, sabiendo el odio que les profesaban algunos familiares de Taicosama; se acercaron á ellos para valerse de su auxilio y de ver coronadas sus perfidias. En efecto describieron con arte de tan fina malicia lo que los frailes insinuaban en el corazon de los japones, sobre todo en los hospitales, que esos enemigos del nombre cristiano; reuniendo varios hombres perversos, los mandaron aquellos santos asilos, para que sacasen á fuera los que allí se encontraban. Pero dispuso Dios que al momento que entraban, se encontrasen con el santo comisario Pedro Bautista; que instruido de sus inicuas intenciones, se puso á la puerta, y con semblante sereno pero grave, comenzó á decirles:

“¿Qué es lo que intentais hacer, hombres ciegos? A caso es mejor que estos pobrecillos vaguen por las calles de la ciudad abandonados, y careciendo de todo socorro humano, que el que vivan estos hospitales, donde son curados, y auxiliados de todas maneras en esta su grave desventura? ¡Miserables! ¿no son ellos hermanos vuestros, nacidos en una misma patria; y no os es mas honroso, que tantos desgraciados dejen de darse en espectáculo compasivo á los ojos de la multitud? No son hombres como vosotros? Tiempo es ya, de que reconocida su dignidad, vengan tambien ellos á formar parte de la grande familia de la humanidad, protegidos y consolados por manos fraternales. ¿Qué mal resulta al Japon, si nosotros á pesar de vuestra resistencia, les prestamos semejante obra de caridad? retiraos, pues, y guardaos de causar mal alguno á estos pobres, porque de lo contrario elevaré mis quejas al emperador, que ciertamente no consentirá que vosotros y vuestros amigos, ni cualquiera de otra persona se entrometa en cosas que no les corresponde. Porque, sabedlo, ya tiene autorizado anticipadamente cuanto aquí veis hacer, conociendo muy bien, que nosotros que predicamos en sus dominios nuestra santa fé curamos tambien á los enfermos en los hospitales.”

El noble y franco continente del santo comisario espantó fuertemente á aquellos malvados, que junto con los bonzos se retiraron de allí devorados de la rabia que interiormente los consumia. Y los franciscanos serenos y tranquilos á vista de aquel triunfo continuaron sus fatigas en la difícil obra del apostolado católico; y dando gracias á Dios del fondo de sus corazones, esperaban poder en adelante proseguir aquellos insignes beneficios humanitarios en aquellas bárbaras tierras y terminar su vida, léjos del suelo patrio en aumento de la fé de Jesucristo, y provecho espiritual y corporal de aquellos miserables pueblos: cuando la Providencia para probar mas su constancia con el fuego de las tribulaciones, antes de coronarlos en el cielo en premio de sus grandes trabajos, permitió que en lo mas bello, de sus esperanzas recibiesen otro golee, tanto mas terrible que los otros cuanto era imprevisto.

Noticiosa la Santa Sede como ya en el Japon en virtud de los sudores y fatigas apostólicas de los misioneros católicos, hubiese recobrado su primer esplendor la Iglesia de Jesucristo, cual madre benigna, dispuesta siempre á auxiliar á sus amados hijos, ordenó prontamente al Obis-

po Pedro Martínez, de la Compañía de Jesus, que pasase de la China á aquel imperio á ejercer el oficio de primer pastor católico. Obedeciendo efectivamente este prelado lo dispuesto por el Soberano Pontífice que en ese tiempo regia al pueblo cristiano, dejando prontamente á Meaco, se hizo á la vela; y llegado á Nagasachi á 14 de Agosto de 1596, fijó allí su residencia, dando desde luego principio á visitar la nueva grey que le habia confiado el Señor; lo que sabido por los franciscanos, hicieron gran fiesta, como de un suceso que era el complemento de sus mas bellas esperanzas. Pero de aquí nacieron muy pronto no pequeños disturbios con motivo del breve del Papa Gregorio XIII, que, para manifestarse obediente á la Sede apostólica renovó nuevamente el Illmo. Pedro Martínez, y por lo cual su alegría pronto se convirtió en profundo dolor; porque ciertamente en seis siglos y medio de gloriosa, aunque siempre afligida existencia sobre toda la tierra de los pobres frailes de San Francisco, jamás tuvieron que padecer tanto, cuanto en esas circunstancias en aquellas remotas regiones del Japon. Tachados públicamente de haber incurrido en las censuras de la Iglesia, prohibídoles ademas predicar la fé del Nazareno, y ocuparse con la administracion de los sacramentos en auxilio espiritual del pueblo fiel, y verdado á los cristianos ocurrir á sus iglesias, vieron por último impedida hasta la mano de sus piadosos bienhechores para ayudarles en las necesidades de la vida. Y mientras todo esto pasaba, escuchábase una voz sorda que los llamaba perturbadores de la paz, ambiciosos, llegados á poner mano á mies ajena, hombres abyectos, propios solamente á mendigar el paz de puerta en puerta, y á conversar con los hijos de los pobres. Entre tanto, sin embargo, en medio de estos y semejantes disgustos, ni un momento exhalaban aquellos pobrecillos ni una palabra de reprobacion. Solo el venerable Marcelo de Rivadeneira, á los que afirmaban que los japones no veian con buen ojo la vida de los franciscanos por demasiado pobre y mortificada, contestaba con la mayor franqueza y libertad. “Es mentira esto, ó mas bien un insulto al buen sentido y fino entendimiento de los japones, porque siendo cristianos no pueden dejar de apreciar sumamente la pobreza de los hijos de San Francisco, viendo á Jesucristo, pobrísicamente nacido vivir y morir en medio de todo género de indigencias.

Pero corramos un velo sobre estas tristes ocurrencias, las que ni au^l

habríamos indicado, si no estuviésemos ciertos haber permitido Dios tal tempestad para refinar mas la virtud de sus siervos, y manifestar al mundo, de cuán admirable paciencia y heroica resignacion es capaz una alma fiel que solo en Él ha puesto toda su confianza. Por solo amor de la verdad hemos hablado, no por odio ni desprecio á otras personas. Nuestras palabras por lo mismo deben entenderse é interpretarse en el sentido de la caridad cristiana. Porque ciertamente el Ilmo. Pedro Martínez fué movido por celo del honor de Dios, á causar aquellas molestias á los hijos de San Francisco, y sabido es que el celo como el amor, es fuerte como la muerte, por lo que bien puede suceder que alguna vez se haga esceder sin culpa de los límites en que quisiera contenerse, sin que ninguno pueda negar ser inconveniente; sino antes bien, acto de justicia oponerle una justa y honesta defensa.

CAPITULO XIV

LA NAVE DE S. FELIPE.

ANTES de continuar esta historia es conveniente hacer una digresion, no menos importante que necesaria. Algunos escritores poco instruidos, ó demasiado fáciles en juzgar las acciones de los santos, atribuyeron á los pobres franciscanos toda la causa de la persecucion, por haber predicado públicamente la religion cristiana contra la absoluta prohibicion de Taicosama. No gastaremos por cierto muchas palabras en probar este error, calumniando á esos generosos héroes de la fé. Porque lo primero, es un hecho histórico, que para ello tuvieron licencia del mismo emperador, que si en lo sucesivo cambió de parecer, solo provino de la malignidad de su corazon. La prueba no la presentaremos por sola la autoridad de los escritores franciscanos, y ni aun, lo que es mucho conceder, de S. Pedro Bautista y de sus compañeros, sino del testimonio de un ilustre contemporáneo. El P. Diego Oduard y de la santísima órden de predicadores, dignísimo Obispo despues, de la nueva Segovia, en cuyo cargo falleció con fama de santidad; el cual hablando

en la *Historia de la provincia del Santísimo Rosario de las Filipinas*, de nuestros mártires, como grande gloria de aquellas islas, se expresa en las palabras que al pié de la letra citamos: "Fueron al Japon los hijos del Seráfico Padre S. Francisco, que entraron en Japon el año de 1593, y habiéndolos recibido con grande amor el Tayco, grande emperador, les hizo particulares dádivas, y los dió licencia para edificar Iglesias; y luego sin mas causa que su natural inconstancia, y poca firmeza trocando el amor en odio, los mandó crucificar por predicadores del evangelio, habiéndoles él mismo dado poco antes licencia para que lo predicasen."

Pero aun supuesto que los franciscanos se hubiesen entregado á la predicacion del evangelio sin expresa licencia de Taicosama habria sin embargo obrado con juicio, habiendo sido animados desde el principio á intentar la empresa por el alto favor del príncipe, quien no solamente los acogió con muestra de grande alegría, sino lo que es mas, socorriéndolos con cuantos ríveres necesitasen; admirado de la sencillez de su vida y del nuevo espectáculo de su absoluta pobreza, reputando por vil toda riqueza humana y hasta la mas pequeña moneda. Y seria por cierto, gran necedad afirmar que ignorase Taicosama su predicacion, comenzada casi en su misma corte, y proseguida por tres años que trascurrieron desde su entrada al Japon hasta estallar la persecucion, puede decirse á su misma vista. Taicosama, por cierto no residió en todo este tiempo en el centro de la China, ó en alguna cueva de la isla Formosa, sino en Meaco y sus inmediaciones: ¿cómo podia pues, ignorar las grandes y públicas empresas de los franciscanos, la multitud de conversiones de gentiles á la religion de Cristo, los ejemplos magnánimos de caridad religiosa y social, especialmente despues de la fundacion de los hospitales, tan amplios para contener solamente el de Meaco no menos que doscientos treinta enfermos? De todo era sabedor, y lejos de quejarse, se complacia en secreto, al grado de no atreverse ninguno (por temor de incurrir en su cólera, sabiendo ser su protector) á promover ninguna acusacion contra los frailes de Luzon, hasta pasados tres años.

¿Y no obstante esta admirable y aun prodigiosa tolerancia del príncipe, debian dejar los franciscanos de anunciar á aquellos pueblos bárbaros la palabra de vida eterna? ¿No habian entrado allí á predicar el Evangelio. no hábrían muerto crucificados. Pero entonces ni la Iglesia de Dios

habríamos indicado, si no estuviésemos ciertos haber permitido Dios tal tempestad para refinar mas la virtud de sus siervos, y manifestar al mundo, de cuán admirable paciencia y heroica resignacion es capaz una alma fiel que solo en Él ha puesto toda su confianza. Por solo amor de la verdad hemos hablado, no por odio ni desprecio á otras personas. Nuestras palabras por lo mismo deben entenderse é interpretarse en el sentido de la caridad cristiana. Porque ciertamente el Ilmo. Pedro Martínez fué movido por celo del honor de Dios, á causar aquellas molestias á los hijos de San Francisco, y sabido es que el celo como el amor, es fuerte como la muerte, por lo que bien puede suceder que alguna vez se haga esceder sin culpa de los límites en que quisiera contenerse, sin que ninguno pueda negar ser inconveniente; sino antes bien, acto de justicia oponerle una justa y honesta defensa.

CAPITULO XIV

LA NAVE DE S. FELIPE.

ANTES de continuar esta historia es conveniente hacer una digresion, no menos importante que necesaria. Algunos escritores poco instruidos, ó demasiado fáciles en juzgar las acciones de los santos, atribuyeron á los pobres franciscanos toda la causa de la persecucion, por haber predicado públicamente la religion cristiana contra la absoluta prohibicion de Taicosama. No gastaremos por cierto muchas palabras en probar este error, calumniando á esos generosos héroes de la fé. Porque lo primero, es un hecho histórico, que para ello tuvieron licencia del mismo emperador, que si en lo sucesivo cambió de parecer, solo provino de la malignidad de su corazon. La prueba no la presentaremos por sola la autoridad de los escritores franciscanos, y ni aun, lo que es mucho conceder, de S. Pedro Bautista y de sus compañeros, sino del testimonio de un ilustre contemporáneo. El P. Diego Oduard y de la santísima órden de predicadores, dignísimo Obispo despues, de la nueva Segovia, en cuyo cargo falleció con fama de santidad; el cual hablando

en la *Historia de la provincia del Santísimo Rosario de las Filipinas*, de nuestros mártires, como grande gloria de aquellas islas, se expresa en las palabras que al pié de la letra citamos: "Fueron al Japon los hijos del Seráfico Padre S. Francisco, que entraron en Japon el año de 1593, y habiéndolos recibido con grande amor el Tayco, grande emperador, les hizo particulares dádivas, y los dió licencia para edificar Iglesias; y luego sin mas causa que su natural inconstancia, y poca firmeza trocando el amor en odio, los mandó crucificar por predicadores del evangelio, habiéndoles él mismo dado poco antes licencia para que lo predicasen."

Pero aun supuesto que los franciscanos se hubiesen entregado á la predicacion del evangelio sin expresa licencia de Taicosama habria sin embargo obrado con juicio, habiendo sido animados desde el principio á intentar la empresa por el alto favor del príncipe, quien no solamente los acogió con muestra de grande alegría, sino lo que es mas, socorriéndolos con cuantos ríveres necesitasen; admirado de la sencillez de su vida y del nuevo espectáculo de su absoluta pobreza, reputando por vil toda riqueza humana y hasta la mas pequeña moneda. Y seria por cierto, gran necedad afirmar que ignorase Taicosama su predicacion, comenzada casi en su misma corte, y proseguida por tres años que trascurrieron desde su entrada al Japon hasta estallar la persecucion, puede decirse á su misma vista. Taicosama, por cierto no residió en todo este tiempo en el centro de la China, ó en alguna cueva de la isla Formosa, sino en Meaco y sus inmediaciones: ¿cómo podia pues, ignorar las grandes y públicas empresas de los franciscanos, la multitud de conversiones de gentiles á la religion de Cristo, los ejemplos magnánimos de caridad religiosa y social, especialmente despues de la fundacion de los hospitales, tan amplios para contener solamente el de Meaco no menos que doscientos treinta enfermos? De todo era sabedor, y lejos de quejarse, se complacia en secreto, al grado de no atreverse ninguno (por temor de incurrir en su cólera, sabiendo ser su protector) á promover ninguna acusacion contra los frailes de Luzon, hasta pasados tres años.

¿Y no obstante esta admirable y aun prodigiosa tolerancia del príncipe, debian dejar los franciscanos de anunciar á aquellos pueblos bárbaros la palabra de vida eterna? ¿No habian entrado allí á predicar el Evangelio. no hábrían muerto crucificados. Pero entonces ni la Iglesia de Dios

se gloriaria en venerar en los altares tantos millares de mártires, que no hubieran predicado la fé del Nazareno, sin primero obtener la licencia de los tiranos de la tierra, ni tampoco hubiera muerto á manos del verdugo en defensa de aquella fé divina que anunciaron.

Y esto los hacemos notar contra las muchas extravagancias del Señor Patricio Wittmann, conociendo su espíritu de partido, siempre nocivo á los verdaderos y universales intereses de la Iglesia Católica, y al mismo tiempo persuadidos de que el objeto de la historia, es dar razon de la verdad y generosas empresas; cualquiera que sea quien las hubiese obrado, el hábito que lleva y la condicion de vida que haya seguido.

Entre tanto veremos en este capítulo cuales fueron las causas, cuando menos remotas, de que Taicósama tanto se enfureciera contra la Religion Católica y los misioneros franciscanos. Pero conviene antes salir otra vez del Japon y boiver á Manila.

Vivia por este tiempo en el convento de Santa María de los Angeles de esa ciudad un jóven franciscano, llamado Fray Felipe de Jesus; que despues fué mártir, y su vida es la que sigue. Nació en la capital de México y fueron sus padres Doña María Martínez y D. Alonso de las Casas, ambos de nobles é ilustres familias españolas, originaria la primera de Salamanca, y natural el segundo de la villa de Yescas del distrito de Toledo. Como primer fruto de su casta union, es indecible el afecto con que lo amaron sus padres y el cuidado que pusieron en encaminarlo desde sus principios en el recto sendero de la virtud. Empero, dotado naturalmente de un genio vivísimo y muy inclinado á los placeres y disipaciones de la vida, era considerado á los diez años de su edad como el jóven mas caprichoso y emprendedor de México. Inútilmente procuraron sus padres, por medio de caricias, acaso demasiadas, sacarlo de aquel mal camino; mostrandose insensible á cuantas pruebas de ternura se le prodigaban. Quería el vagar continuamente, ya por una, ya por otra parte, refír con cuantos niños no hacian su gusto, y no pocas ocasiones venir con ellos á las manos. En suma, el pequeño Felipe habia llegado á ser motivo de no poca afliccion á su madre, que muchas veces llegó á tener por su vida, viéndolo subir sobre altísimos árboles para buscar nidos de pájaros, ó correr por las orillas de profundo precipicios, persiguiendo á las mariposas. Sin embargo, Felipe era bueno de corazon y lleno de

aquellos dotes que hacen amable la juventud y capaz de sacrificio á un hombre, y no tardó en dar prueba de ello.

Presentósele un dia á la madre, que era la que parecia mas inquieta por su porvenir, manifestándole sus deseos de abandonar el mundo y tomar el hábito de San Francisco. Mas la buena señora, conociendo la índole de su hijo, sonrió á aquellas palabras. Pero Felipe, al ver aquella muestra de incredulidad y desvio, prosiguió en tono franco y resuelto: "¿Os reís? pues os repito que dentro de poco me vereis vestido de franciscano" La madre volvió á dar muestra de no creerlo; mas él cumplió la promesa, y en el mismo año de 1589 entró en los observantes descalzos de la provincia de San Diego, en el convento noviciado de Santa Bárbara de Puebla. Esta imprevista resolucion de Felipe, colmó de alegría el corazon de todos, especialmente de sus padres, y aun mucho mas el de la madre; pero muy pronto se convirtió en el mas fuerte dolor, porque no habiendo mejorado su vida con la mudanza de traje, á poco se rindió á la tentacion, y fastidiándose del claustro, despues de algunos meses de novicio salió de la Orden, volviendo á sus anteriores travesuras.

No es fácil decir cuánta fuera la pesadumbre de sus padres, pareciéndoles, con razon, que aquella inconstancia de su hijo hacia temer en lo futuro mayores desórdenes de su parte. Así es que, para apartarlo de las ocasiones próximas del pecado, que como siempre suele suceder, le venian de malos compañeros, su padre, de acuerdo con su afligida madre, mandó á Felipe á Manila para dedicarlo al comercio, recomendándolo á algunas personas honradas de su conocimiento. Pero el hijo de Alfonso de las Casas, que era todavía aquel alegre jóven de antes, burlando á muy poco las esperanzas de sus amados padres y contrayendo nuevas amistades, solo pensó en entregarse á los goces de la vida en paseos y diversiones, aunque, á lo que parece de la historia, sin entregarse á aquellos vicios que degradan al hombre y destruyen la naturaleza. Dos años vivió tan desordenadamente, hasta que consumido el dinero de que lo habian provisto sus padres, muy presto se vió abandonado de sus falsos amigos; y el descarriado jóven juzgando desventura lo que acaso era designio de la Providencia, lloró amargamente aquel triste desengaño, y tal fué acaso el principio de su conversion; porque tocando

en fin, con la mano en cuantos errores caiga el hombre cuando se desvía de la virtud, volvió en sí; y pidiendo humildemente perdón á Dios de su mala vida pasada, se decidió firmemente á llorar sus pecados con pronta y eficaz penitencia. Y para efectuar su santo propósito, ó mas bien movido interiormente del espíritu de Dios, se dirigió sin tardanza al convento de los franciscanos de Santa María de los Angeles de Manila, y con lágrimas y suspiros, pidió ser nuevamente vestido de aquel sagrado hábito de que con tanta ingratitud suya y dolor de sus padres, se habia desnudado en México. Convencidos los superiores de la vocacion de Felipe, fué admitido al noviciado, el que concluido loablemente, se estrechó con Dios en indisoluble lazos de amor, por la solemne profesion de los santos votos, á los veinte años de su edad, el día 20 de Mayo del año de gracia de 1591.

Devuelto de este modo Felipe al instituto franciscano, se entregó á toda clase de mortificaciones, penitencias y ayunos, siendo en breve la admiracion, no solo de sus religiosos hermanos, sino de la ciudad entera. No contento con la multitud de ejercicios piadosos, propios de aquella austera familia Seráfica, cada dia confesaba, llorando y suspirando sus culpas pasadas á los piés del confesor y públicamente en el capítulo ó reunion de los religiosos. Destinado por los superiores al oficio de enfermero en el hospital de la ciudad, se aprovechó de aquella ocasion para desahogar mas su amor á Dios con todos aquellos ejercicios de obediencia, caridad y humildad, con que se adquirió el nombre del jóven santo. Vease de qué manera habla de él un testigo ocular.

“En la enfermería se mantenía dia y noche al lado de los enfermos, sirviéndolos con tanto amor, humildad y caridad, que parecia hallar en esto la mayor de sus delicias. Ni podia ser de otra suerte, porque miraba en ellos otros tantos ángeles del Paraíso, ó mas bien al mismo Jesucristo enfermo. Asi es que, en su beneficio ponía en peligro su misma salud, porque lavarles los piés, curar sus llagas, ministrarles los alimentos y medicinas, era su ordinario entretenimiento.

Esta ardiente caridad, que suavizandó los males del cuerpo daba una imágen del amor con que Dios ama á sus criaturas, le habrió el camino para mayor perfeccion de vida y mas sublimes vuelos de las celestiales contemplaciones, al grado de dejar confuso al V. Fray Francisco de

Montilla, varon de gran santidad y en otros tiempos su maestro, quien en los fervores de su espíritu solia reconvenirse haberse dejado avanzar tanto en el camino de la perfeccion por su santo jóven discípulo.

Entretanto, la noticia de la conversion de Felipe y su fama de santidad que por todas partes se dijo un dia, habia llegado á México á los oídos de sus amados padres, que fueron llenos de tal alegria, cual no puede espresarse; bastará saber, que tan fuerte fué el deseo de su corazon de volver á ver y abrazar á su querido hijo vestido con el pobre sayal del Seráfico Padre, que con lágrimas solicitaron su vuelta del R. P. comisario general de la Orden de San Francisco de la Nueva España; quien para satisfacer tan piadosos é inocentes deseos, escribió en el acto al provincial de Manila, rogándole le remitiese á México á Fr. Felipe de Jesus, entre otros motivos, para ser ordenado de sacerdote en esta ciudad, por estar en sede vacante el obispado de las Filipinas. De aquí fué, que el 12 de Julio de 1596, el jóven las Casas, en compañía de dos religiosos agustinos, de un dominico y del V. Fr. Juan Pobre ó Zamora, franciscano bien conocido de nuestros lectores, se embarcaron en una nave española titulada San Felipe, mandada por el capitán general D. Matías Landecho; la que de orden del virey de Luzon D. Luis Perez de las Marinas, debia hacerse á la vela del puerto de Cabite para el de Acapulco.

Tuvieron por algunos dias vientos propicios; pero llegando á alta mar, á mas de los 33 grados de altura, fueron sorprendidos de tan terrible tempestad, que en juicio de los aterrorizados navegantes, de otra igual no se habia tenido noticia hasta entonces; y aunque á poco calmó, se presentó mas horrozoza en la noche del 18 de Setiembre, sobreponiéndose á toda la pericia y valor de los marineros; porque rotas las entenas, destrozadas las velas y arrancado el trinquete, la desdichada nave arrastrada por el furor de las olas y en pésimo estado de la proa á la popa, se vió en punto de perderse. ¿Y quién podrá referir los gritos de los marineros, los gemidos, suspiros y lamentos de los navegantes? Todos, pero mas especialmente los religiosos, postrados en el suelo, clamaban á Dios en esa vez, única áncora de salvacion. Y entonces fué cuando el jóven Felipe de las Casas, se dió á ver por aquella parte del cielo que miraba al Japon, una cruz blanquísima, rodeada de una brillante

aureola de luz, la que despues de un cuarto de hora tomó un color de sangre, y últimamente envuelta en una nube oscura, desapareció de sus ojos. Su forma era la misma que aquellas sobre que despues fueron crucificados los mártires del Japon: el mismo espectáculo se presentó á los otros navegantes, que quedaron sorprendidos á su vista. Todos esclamaron al milagro, y Felipe, conociendo por divina inspiracion que aquello era el significativo presagio del porvenir, consoló á sus afligidos compañeros de viage, diciéndoles tuviesen ánimo, porque la nave lejos de perderse, arrivaria muy pronto á las costas del Japon. Y así fué; despues de varios dias de tempestuosa navegacion, y pasados mil peligros y trabajos, se hallaron á la vista del puerto de Tosa en el reino de Urando, donde abordaron el 20 de Octubre.

Ya habia entrado la noche cuando los fatigados navegantes, despues de tantas calamidades, recibieron generosa acogida del virey del lugar; quien habiéndolos proveído de refrescos y manjares, y asegurándoles que nada tenian que temer en aquellas tierras en virtud de la paz recientemente concluida entre el Japon y la Isla de Luzon, permitió al capitán D. Matías Landecho, desembarcar cuanto habia á bordo en la nave de San Felipe; como en efecto se hizo el dia siguiente. Por desgracia, no obstante, la nave estaba armada á guerra y cargada de toda clase de riquezas; por lo cual, entrando el virey en grandes sospechas, y estimulado de la codicia de un gran botín, meditó una traicion que á muy poco debia ser causa de la mas fiera persecucion contra los cristianos, y para asegurar mejor su pérfida trama, continuó en mostrarse benévolo á los españoles, dándoles hospedaje en un cuartel nombrado *Camarate*, y llamando á D. Matías Landecho, le manifestó con semblante amistoso, el deseo que tenia de que para captarse mas el favor de Taicosama, le enviase algunos dones por conducto de uno de sus españoles. Convino de buena voluntad el general, y preparando algunas piezas de seda y muchas piedras preciosas, mandó á Osaca á saludar de su parte al emperador y presentarle aquellos regalos, á D. Antonio Malaver y Cristóbal Mercado, oficiales distinguidos de su marina, acompañados de Fray Juan Tamayo, insigne y docto agustino, de los dos franciscanos, Juan Pobre y Felipe de las Casas, destinado el primero en el oficio de intérprete y el segundo para dirigirse á Meaco y ponerse á disposicion de San Pedro Bautista, por

entonces su inmediato superior, perdida ya la esperanza de poderse dirigir á México. Llegados, pues, á Osaca, recibidos en el convento franciscano de Belen, hallaron allí al Santo comisario, quien si quedó bastante afligido por las desgracias ocurridas en el mar á la nave de San Felipe, se alegró con todo por haber adquirido aquellos dos nuevos hijos, que dispuso en lo pronto permaneciesen en Osaca en compañía del santo presidente Martin de la Ascencion. Y para concluir aquí lo relativo de la vida de San Felipe de las Casas, añadiremos, que despues de algunos dias que se detuvo en el dicho convento de Belea, que honró con la santidad de su vida, llamado por Pedro Bautista á Meaco, junto con el Santo niño Tomás Cosaqui Tercero, vivió en esa ciudad en continuos ejercicios de piedad y trabajos apostólicos hasta el dia de su prision.

Debe pues, saberse, que D. Antonio de Malaver y Cristóbal Mercado, de comun acuerdo con el citado P. Tamayo, conociendo que San Pedro Bautista era el primer representante de las Islas Filipinas en el Japon, le consiguieron los despachos del virey de Urando y los dones del capitán D. Matías Landecho, rogándole que él mismo los hiciese llegar á manos del emperador. Pero como éste se dispusiera en esos momentos para marchar á Fugimi, ordinario lugar de su residencia, no pudiendo abocarse con él en Osaca, se adelantó con los españoles á aquella ciudad, á la que habiendo llegado el Santo comisario, bien habria querido valerse de Guenifoin, gobernador de Meaco, muy amigo de los franciscanos; pero advertido igualmente de no separarse un punto de lo que habia dispuesto el virey de Urando, es decir que las cartas se entregaran al gobernador Gibongio, que igualmente acompañaba á Taicosama, se dirigió á él inmediatamente. Pero, temeroso acaso Pedro Bautista de alguna intriga en aquella disposicion de que se le entregasen á este último gobernador las cartas junto con los regalos remitidos del puerto de Tosa, no dejó de recomendarle eficazmente la nave de San Felipe, manifestándole con franqueza que ese negocio en nada podia perjudicar á los españoles, en virtud del tratado del libre comercio concluido entre las Islas Filipinas y el Japon, presentándole al efecto una copia para que quedase mas persuadido. Gibongio, fingiendo amistad, le contestó que nada habia que temer en el particular, porque conociendo bastante la nobleza y lealtad del emperador que tan amistosamente se habia estrechado con el

virey de Luzon, estaba cierto que no faltaria á la palabra dada y mucho menos causaria molestia alguna á los españoles. Así es que estuviera tranquilo y se dirigiese con los enviados á Meaco, esperando allí la respuesta que no podia dejar de ser favorable, porque él sabria disponer las cosas con el emperador en su beneficio. Con tales palabras quedó plenamente satisfecho Pedro Bautista, y tranquilizados tambien Antonio Malaver y Cristóbal Mercado, los cuales últimamente perdieron todo temor, habiendo mandado Taicosama pocos dias despues, quienes los saludasen á su nombre y les diese la bienvenida á su tierra.

Pero todas eran ficciones y nada mas, porque despues de la partida de D. Antonio Malaver y compañeros á Osaca, el pérfido virey reduciendo á prision al capitan D. Matías Landeche, á sus soldados y á los diversos religiosos que con él viajaban, se apoderó de todos sus bienes, y dirigió á Taicosama un correo con la carta siguiente:

“Señor: vientos contrarios han arrojado á este punto de Urando una nave española partida de Luzon, muy maltratada de la tempestad, pero por nuestra buena fortuna llena de inmensas riquezas y de tales preciosidades, que me han dejado sumamente admirado. Pero lo que mas me aumentó mi sorpresa fué verla armada de guerra con mucha artillería, armas de todas clases, muchas municiones y otros efectos militares. Habia tambien á bordo muchos soldados, conducidos ciertamente por su general en contra nuestra. Y esto lo prueba la presencia de siete frailes, igualmente españoles, de quienes se dice se vale su rey para subyugar los países enemigos; y en efecto ellos fueron los que conquistaron la Nueva España y el Perú. ¿Y lo qué allí ha pasado, no puede suceder tambien al Japon? Señor, estos frailes, so pretexto de predicar su ley, trabajan siempre contra aquellos reinos donde moran; y esta es la razon que los hace atravesar mares desconocidos sobre naves españolas. Y supuesto que las leyes del país os dan derecho de apropiaros los bienes de la dicha nave, no dejéis perder tantos y tan preciosos tesoros reunidos tal vez contra el Japon. De todos modos os noticio, que por medio de mis guardias tengo asegurado al capitan general, á sus soldados y á todo el cargamento: Quedo por lo tanto esperando vuestra última resolución.”

Entretanto, San Pedro Bautista, el P. Tamayo y los dos oficiales españoles, que no obstante el consejo de Gibongio de dirigirse á Meaco,

habian permanecido en Fugimi, aguardaron por dos dias la repuesta del emperador, la que habiendo llegado finalmente, les decia el dicho gobernador que Taicosama habia mudado su parecer, y que estando grandemente airado con el capitan D. Matías Landeche, les esperaba solamente á que llegasen personalmente á saludarlo. Por lo mismo, en lugar de recibir los regalos, habia dado orden espresa para que dentro de cuarenta y ocho horas regresaran al punto de Tosa y aguardasen allí su última resolución, que era de esperar mudaria, pues él de su parte no dejaria de insinuarle medidas mas suaves.

Fácil es de entender el terror de los tres españoles á tan inesperada intimacion. Pero siendo preciso obedecer, San Pedro Bautista, para hacerles menos insoportable tal desventura, hizo venir al V. Fray Juan Pobre, para que los acompañase él mismo á Urando; á lo que prestandose el caritativo laico, y tomando por guia un fervoroso cristiano japon, muy animado por el santo comisario, tomaron el camino para Osaca, donde llegados y amorosamente hospedados en el pequeño convento de franciscanos de Belen, allí tuvieron muy pronto otro dolor, porque San Martín de Aguirre presidente del convento, les advirtió que no se fiasen nada de las palabras del gobernador Gibongio, el cual en compañía del capitan de las guardias imperiales y de muchos hombres armados, habian partido para Urando de orden de Taicosama, con el fin de confiscar la nave de San Felipe, y hacer prisionera la gente española. Oido esto por Fray Juan Pobre, en el acto partió con sus compañeros para Sacay, donde apenas llegados, se hicieron á la vela en una nave que partia al punto de Tosa, donde desembarcaron, despues de una navegacion de muchos dias, entre infinitos peligros y trabajos de todo género. Grande fué el contento de los aflijidos españoles por aquella repentina venida, porque aun no se habia presentado el Gobernador Gibongio, que sin embargo no se hizo esperar mucho, arribando al dia siguiente.

Las palabras del Santo Fr. Martín se cumplieron á la letra; porque el pérfido gobernador, abocándose desde luego con el virey de Urando, cómplice del delito, secuestró en el acto todas las riquezas de la nave, grandemente maravillado á la vista, sobre todo, de las armas y artillería de los españoles. Llamados estos en seguida á su presencia, y preguntados si era verdad que el rey de España dominase en Europa, en Rusia y

en América, y que antes de conquistar tierras enemigas mandara á todas estas expediciones misioneros, especialmente franciscanos, á predicar la religion cristiana, ocurrió que un piloto, no previendo el engaño, respondió que sí. Esta confesion hizo entrar en fuertes sospechas á Gibongio, quien haciendo anotar sus nombres y despojándolos de sus haciendas, mandó que se les pusiesen guardas; lo que hizo creer á todos que su destino era morir en aquellas bárbaras tierras. Y no fué ciertamente de corto alivio á aquellos miserables, tener en su compañía á tres sacerdotes, que como se ha dicho, dos eran agustinos y uno dominico y al intrépido y valeroso Fr. Juan Pobre, franciscano, quien como su estado de lego le impidiese hacer otra cosa en su provecho espiritual, levantando en alto un crucifijo, comenzó á confortarles á sufrir con paciencia aquella tribulacion á vista de ese Dios, que por rescatar el decaido linaje de Adán, se habia ofrecido víctima de propiciacion muriendo por todos en la cruz. Pero por fortuna suya terminó su quebranto, luego que oyeron que no se trataba de su vida sino de la pérdida de todos sus bienes: Y así se verificó, no valiendo de nada las reclamaciones del capitán general D. Matías, las lágrimas de los miserables naufragos, ni las quejas del V. Juan Pobre, que manifestando francamente los capítulos de la paz celebrada entre el Japon y la isla de Luzon, tuvo el valor de lamentarse enérgicamente con Gibongio de aquel acto, como de la mas negra traicion. Pero nada valió, porque á principios de Diciembre de 1596, cuauto se encontró á bordo de la nave española fué embarcado de su órden para ser conducido á Meaco.

En estas circunstancias el capitán D. Matías Landecho, obtenido el permiso del gobernador, aunque no sin haber sufrido antes multitud de insultos y tribulaciones, se decidió á pasar en persona en compañía de varios españoles, del P. Diego de Guevara, agustino, y del franciscano Fr. Juan Pobre, á presentarse inmediatamente al emperador Taicosama; á cuyo fin se embarcó de nuevo á Osaca, á donde no pudo arriivar hasta despues de veinte dias de tempestuosa y peligrosísima navegacion. Pero cuando se vieron dentro de la ciudad, todas las esperanzas que habian concebido al dar aquel paso, desaparecieron enteramente convirtiéndose en profundo dolor, porque el virey de Urando que habia llegado antes que ellos á Osaca en compañía de Gibongio, habia dado cuenta de todo

al emperador, quien lejos de secundar los deseos del santo comisario Pedro Bautista, los ruegos de los españoles, los esfuerzos del gobernador Guenifoín y las diligencias del obispo Pedro Martínez, tenia dada ya órden, como diremos en el capítulo siguiente, de que se arrestasen en sus propios conventos los franciscanos y los misioneros de la Compañía de Jesus, por lo cual, apenas tuvieron el consuelo de poder hablar con el santo Fr. Martin de Aguirre presidente del pequeño convento de Belen, que se hallaba escoltado por numerosos soldados.

Nada diremos aquí de los dolorosos clamores del capitán D. Matías Landecho, del P. Diego de Guevara y demas españoles á tan inesperada noticia, y pasaremos por alto referir los prolongados lamentos del V. Juan Pobre; muchas cosas nos quedan que decir de él en lo restante de esta historia; por lo cual dando por ahora punto á su vida, solamente diremos, que habiendo por último, los españoles conseguido del emperador poderse á lo menos embarcar para volverse á Luzon junto con los compañeros que habian dejado en el puerto de Tosa, no tuvo ánimo el buen hermano para abandonarlos en tan dilatado viaje, sino quiso servirles nuevamente de guía, hasta que despues de sufrir increíbles trabajos por tierra y mar, llegado á Nagasachi, lugar destinado al embarque, allí se mantuvo escondido por montes y cuevas, con el firme propósito de reunirse á su tiempo á sus hermanos y participar con ellos de su última suerte. Volvamos ahora á San Pedro Bautista.

CAPITULO XV.

LA PRISION.

EN aquella situacion, que acabamos de referir, se hallaban los miseros españoles defraudados tan pérfidamente de sus esperanzas; San Pedro Bautista, regresando de Fugimi á Meaco tomaba el mayor empeño en salvar la nave de San Felipe. Pero no pareciéndole bien abogar personalmente esta causa ante Taicosama y sabiendo al mismo tiempo cuan poderoso y tambien amigo de los franciscanos fuera el gobernador Guenifoin, le recomendó á los afligidos y abandonados españoles: y en verdad, que para desempeñar bien este encargo, no podría haberse accreado á persona mas conveniente, porque ninguno mejor que él conocia el tratado de alianza celebrado por medio de los embajadores de Luzon entre esta isla y el Japon; siendo ademas testigo de vista de todó lo que el emperador hubiera hecho á favor de los franciscanos, á quienes él mismo de su órden habia señalado el lugar para la fábrica del convento y de la iglesia de Santa María de los Angeles. Y en efecto, aquel gobernador, prestándose de buena voluntad á los ruegos de Pedro Bautista, se dirijió en el acto á palacio para servirlo; pero muy pronto quedaron desvanecidas sus esperanzas, porque el pérfido virey de Urando, no contento con haber urdido las mas negras asechanzas contra los españoles y los franciscanos, habia ya informado anticipadamente de su proyecto al impío Yacuino: quien aprovechando inmediatamente aquella ocasion tan favorable para efectuar sus malvados designios, se presentó en la corte en compañía de varios enemigos de los misioneros, escogidos entre los mas ancianos bonzos é íntimos familiares del emperador, y logrando la oportunidad de hablar con Taicosama, se esplicó en estos términos.

“Llegado ha sido el tiempo, señor, que os desengañeis respecto de

esos frailes de Luzon, enemigos implacables no solo de nuestras creencias pátrias, sino tambien de vuestro imperio; y bien lo prueba la nave arrojada por contrarios vientos sobre las costas de Urando. Porque, armada á guerra, y provista de soldados y armas de todo género, tenia ademas á bordo algunos de esos frailes espresamente despachados por el rey de Castilla á hacer prosélitos en el Japon, con el fin de conquistarlo en seguida con ayuda de los mismos. Abrid, pues, Señor, los ojos; porque esto puntualmente á sucedido en la Nueva España el Perú y en la misma isla de Luzon, y sin la menor duda acaecerá mas ó menos tarde á vuestro reino, si violentamente no salís del engaño. Tiempo es ya, de que retirando vuestra proteccion á estos furiosos cristianos, los esterminéis junto con sus doctores, reos cuando menos de lesa magestad, puesto que contra las leyes del Estado, no cesan de predicar la religion de Cristo y de inspirar en el corazon de vuestros súbditos, ódio mortal á los gloriosos dioses del Japon.”

Yacuino, ademas de fanático bonzo, tenia el oficio de médico predilecto de Taicosama, por lo cual hallándose sus pérdidas insinuaciones enteramente conformes á las espresadas en la carta del virey de Urando, no dejaron de llamar fuertemente la atencion del emperador. Sin embargo, recordando cuanto habia hecho á favor de los franciscanos y la elevada dignidad de embajadores de Luzon que tenian en el Japon, no se rindió de luego á luego á obsequiar los deseos de Yacuino. Y ciertamente, ¿cómo ser persuadido, de que aquellos pobres frailes, á quienes muchas veces hubiera recomendado en presencia de toda su córte, fuesen capaces de urdir tales traiciones en su contra? Su vida apostólica, la heroica caridad en prestar todo género de auxilios á centenares de infelices, la calidad misma de sus costumbres pobres y modificadas, ¿no eran por ventura solemnes argumentos de la falsedad de las acusaciones dirigidas en su contra por Yacuino? No hay duda que el suceso de la nave de San Felipe, habia al principio turbado en gran manera la alma desconfiada de Taicosama; pero ¿quién le aseguraba que ella verdaderamente se hubiera armado para hacer la guerra? Así es que al fin agitado por tan diversos afectos, respondió friamente á su médico y á los que le acompañaban: “Bien está todo esto; pero diciendo francamente mi sentir, no tengo motivo de quejarme de los frailes de Luzon, sino mas bien de

Faranda Rhiemon que me los trajo, y de Fungen, que muchas veces me aseguró ser muy buenas personas, amigos míos sinceros, y muy dignos por lo mismo de mi proteccion."

Hallabase allí casualmente un hijo del mismo Fungen, que viendo al emperador tan airado contra su padre, le respondió: "Señor, tenéis razon de quejaros de los frailes de Luzon, porque con tanto ardor han predicado su religion, que si pronto no se pone remedio, dentro de poco todos nos haríamos cristianos. Pero no por eso debe condenarse á mi padre, que demasiado lo ha sentido, y no ha dejado de amonestarlos repetidas veces de dejar de predicar su ley, severamente proscrita por vos por repetidos decretos." A lo cual Taicosama, fingiendo ignorar quanto habian trabajado los franciscanos en Meaco y otras partes por la propagacion de la fé católica, le contestó muy colérico: "¡Como! ¿con que tu padre sabia que los frailes predicaban la religion cristiana y jamas lo puso en mi conocimiento?" A lo que el joven replicó francamente: "No lo hizo, Señor, porque conociendo bien quanto los protejais anteriormente, temió incurrir en vuestra indignacion, si se hubiera atrevido á denunciaros un hecho, que pasaba á nuestros mismos ojos." Pero basta, añadió por último Taicosama, bien sé los motivos que me dan derecho de mandar á todos al suplicio.

Tales fueron las últimas palabras del emperador, y que hicieron creer á Yacuino haber llegado á la mitad de sus perversos designios; pero en este momento se presentó Guenifoin, y aunque conociendo la mala hora en que había llegado, sin embargo, oyendo la sentencia fulminada por la boca del mismo Taicosama contra los franciscanos, tuvo el valor de hablarle con esta resolucion:

"Señor, la palabra salida de los labios de un rey debe ser fielmente guardada; si jurasteis vivir en alianza y amistad con la España y la Isla de Luzon, ¿cómo podreis confiscar la nave arribada al puerto de Tosa? ¿no convenisteis con los embajadores venidos de Manila, que habria libre comercio entre esa ciudad y el Japon? Por lo que mira á los franciscanos, recordad que vinieron encargados de esa embajada de parte de Gomez Perez de Marinas, virey de Luzon, y por tales los reconocisteis y honrásteis, consintiendo últimamente que residieran en cualquier lugar de vuestro reino, y aun vos mismo los ayudasteis con grandes limosnas

para que fabricaran casas dentro de Meaco; y si despues principiaron á predicar su ley y á prestar auxilios á los pobres de la ciudad y á los leprosos, no fué sin vuestra aprobacion, y de que disteis testimonio y guardásteis silencio."

A estas palabras nada respondió Taicosama; pero al momento Yacuino, temiendo no mudase de parecer, replicó: "Bien está todo esto, mas el emperador fué engañado, y por otra parte, un príncipe puede faltar á sus promesas, cuando estas no son útiles al Estado." Y el emperador que buscaba un pretexto cualquiera que justificase el decomiso de la nave española, y al mismo tiempo la sentencia que poco antes habia fallado contra los apóstoles franciscanos, y que ya meditaba en su interior, aprovechando esas últimas palabras de Yacuino, y devorada su alma por la sed del oro, lleno de cólera contestó: "Demasiado cierto es que desde el punto que estos frailes existen en mis dominios, ninguna ventaja me ha resultado á mí, ni bienes á mis súbditos. Yo los he honrado y aun permitido que fabricaran casa en mi reino; y ahora en lugar de mostrar se agradecidos á mis beneficios, cuando la fortuna ha hecho caer en mis manos la nave española llena de grandes tesoros (que en virtud de las leyes del país me pertenecen), se han valido de todos los medios posibles para que los perdiera; lo que es una señal evidente de que son mis enemigos, y de que la dicha nave ha sido enviada contra mi imperio. Merecen por lo mismo un severo castigo."

No pareció conveniente al gobernador Guenifoin hacer nuevas observaciones á lo que acababa de escuchar, por temor especialmente de no encender mas contra los franciscanos la ira del tirano, quien aunque no habia pronunciado contra ellos una formal y decidida sentencia, dió á entender lo bastante, que cualquiera esperanza de salvarlos seria enteramente inútil. La junta, pues, se disolvió en el acto, con suma alegría de Yacuino y demas enemigos de la religion cristiana.

San Pedro Bautista entre tanto, hallábase con sus santos compañeros, tranquilo y confiado en Dios, esperando en el convento la vuelta de Guenifoin. Y cuando llegó éste y le refirió el resultado de la conferencia tenida con el emperador, especialmente sobre la suerte de la nave de San Felipe, el santo comisario sin prorumpir en ninguna expresion de queja ó de lamento, alzando los ojos al cielo, ofreció á Dios en holocausto

to su propia vida y la de sus hijos. Y dando gracias á Guenifoin, como si ningun peligro le amenazase, continuó sus santas prácticas, sobre todo en las amorosas y benéficas que prestaba á los pobres de los hospitales, sin ningun temor del mundo. ¿Pero qué habria podido espantarlo? ¿No deseaba acaso de mucho tiempo atras dar la vida por Cristo? Animado de aquella caridad que todo lo sacrifica en bien de otros, habia emprendido largos viajes, afrontado peligros, sufrido persecuciones, soportado tantos miserables, convertido á la cruz millares de idólatras. Verdadero imitador de su gran Patriarca Francisco, habia empleado su vida siempre y en todas partes en bien de sus hermanos. Llegada era, pues, la hora de recibir el premio de tantas fatigas, de tantas lágrimas enjugadas, de tantos corazones consolados, de tantas almas redimidas. Conocia ya que Dios lo llamaba á sí, y por esto desde aquel instante, poniendo en sus manos su propia causa, vivió confiando mas que nunca en el auxilio de la Providencia.

Por el mismo tiempo, noticioso el Ilmo. Obispo Martinez de lo ocurrido á la nave San Felipe, habia llegado á Meaco el 16 de Noviembre, con objeto de tentar algun modo de salvarla, y conjurar juntamente la tempestad de la cabeza de los franciscanos, á quienes ciertamente no fué de poco lenitivo su venida, especialmente cuando pasando á visitarlo, recibieron de él aquellos consuelos de que tanto necesitaban en aquella tribulacion.

Empero, los nobles esfuerzos de aquel digno prelado fueron enteramente inútiles; así es que dejando sin dilacion á Meaco, se dirigió á Osaca para regresar de nuevo á su residencia de Nagasachi. Sin embargo, Guenifoin, por su parte no cesaba, un punto de proteger á los franciscanos y defender igualmente la causa de los españoles prisioneros en Tosa. Y tal vez al fin habria logrado mitigar la cólera del emperador; pero en aquel momento arribaron á Meaco el gobernador Gibongio y el mismo virey de Urando con las armas y riquezas de la nave de San Felipe; dominados ambos de una feroz malignidad, confirmaron á Taicosama en la sospecha ya concebida contra los franciscanos y en cuanto en su contra habia dicho Yacuino, pintándolos como enemigos del imperio, mandados espresamente por ese rey, para reunir proselitos y con su ayuda conquistar el Japon, como habia sucedido en otros muchos países y especialmen-

te en la isla de Luzon. Ademas que ya no habia motivo de dudarle, por haberlos certificado de tales intentos la confesion de un piloto de la misma nave apresada en el puerto de Tosa, á quien habiendole preguntado si era cierto que el rey de Castilla, antes de conquistar tierras enemigas, mandaba primeramente misioneros, habia contestado afirmativamente; que por lo mismo habia llegado el momento de su castigo, como de hombres enemigos del imperio. Mas fácil es concebir que espresar con palabras lo airado del emperador con semejante noticia. Encendiéndose de nuevo su cólera y arrebatado de furor, mando que los franciscanos fuesen arrestados inmediatamente en sus propios conventos, y custodiados por tropas mientras disponia lo conveniente en aquellas críticas circunstancias.

A ocho de Diciembre día dedicado á la Inmaculada Concepcion de María, hallabanse los franciscanos en su pequeño convento de Nuestra Señora de los Angeles de Meaco, meditando en union de otros muchos cristianos, y contemplando las glorias de tan estupendo misterio, cuando repentinamente oyeron gran rumor de gente armada. Desde luego comprendió S. Pedro Bautista lo que era y cual el motivo de su venida, y dirigiéndose á sus compañeros, les dijo: "Hermanos, ha llegado el momento en que debemos mostrarnos fuertes y constantes en los padecimientos que nos han preparado los enemigos de Dios. Valor y paciencia, pues ha sonado la hora de la prueba." En efecto, á pocos instantes se les presentó el pérfido Gibongio al frente de una numerosa soldadesca, y en tono amenazador mostrándoles la orden recibida de Taicosama, y haciendo rodear el convento de guardias, les intimó que ninguno saliese de el, pena de la vida. De esta manera quedaron arrestados los religiosos Pedro Bautista comisario, Francisco Blanco sacerdote, Felipe de las Casas corista, y los dos hermanos legos Gonsalo Garcia y Francisco de la Parrilla con los terceros que se hallaban presentes Leon Garasuma, Pablo Suzuqui, Tomás Ydanqui, Buenaventura de Meaco y Gabriel Duizeo, ademas Francisco el médico, Cosme Taquia, Juan Quisuja, Miguel Cosaqui, Pablo Ybarchí, y su sobrinito Luis Ybarchí, todos los cuales quedaron presos en el convento. A poco llegó Ufoiojo hijo del Gobernador Fungen, con una lista de todos los cristianos que servian en Meaco á los franciscanos en el oficio de catequistas ó en el de enfermeros en los hospitales y sin decir una pa-

habra euretro: lo mismo pasó en el propio día en Osaca, donde fueron rodeados de guardias tanto el colegio de los padres de la Compañía de Jesús como el convento de los franciscanos, en que residían San Martín de Aguirre con el oficio de presidente y los tres terceros Joaquín Saquiye, Antonio de Nagasachi y Tomás hijo de Miguel Cosaquí. Para dar ahora á conocer á nuestros lectores el gozo y Santo entusiasmo con que se preparaban los franciscanos á dar la vida por Jesucristo, copiaremos la siguiente carta de San Pedro Bautista dirigida á San Martín de Aguirre poco despues de su prision.

“Jesucristo sea siempre con vosotros. Por vuestra última he recibida, carísimo hermano, grande consuelo, mirando que no solamente os conserva Dios la salud, sino que tambien os ayuda poderosamente á inflamar á los cristianos en su santo servicio y disponerlos á sufrir por su amor toda clase de tribulaciones y angustias. ¡Bendito sea por siempre el Señor! A nosotros nos pasa lo mismo; porque os hago saber que estamos muy alegres y consolados en Dios al ver las numerosas guardias que por dentro y fuera rodean el monasterio; y con mucha razon, porque es una singularísima gracia para nosotros padecer persecuciones y angustias por su amor. Desde luego os escribí, dandoos noticia de cuanto aquí ha pasado, pero no habiendo recibido ninguna respuesta, y temiendo que no hayais recibido mi carta, creo conveniente repetiros en breve cuanto en ella os decía.

“En el mismo día en que por conducto Cayo me disteis noticia de lo ocurrido allí, fuimos rodeados de guardias y aprisionados en nuestro convento, y á decir verdad, quedamos poco sorprendidos de lo que nos anunció nuestro hermano Cosme, de que al día siguiente seríamos todos conducidos á la muerte. Así es que en la noche nada dormimos, disponiéndonos á morir, confesándonos mutuamente y tambien á muchos cristianos, que en la misa que celebré á la madrugada les administré la santa comunión, y despues con el fin de animar á los cristianos á no volver las espaldas, sino á estar bien preparados á dar la vida por Cristo, ordené á Fray Gonzalo que les predicase, lo que hizo en efecto, oyendo todos voluntariamente su plática, y cuando esta terminó le respondieron todos llenos de fé, que deseaban tener no una, sino cien vidas, para sacrificarlas todas por amor de aquel benigno Señor, que por bien de sus almas

habia muerto antes en la Cruz; y que aunque diesen la vida por Cristo, lo juzgaban pequeña cosa, siendo pecadores y por esto indignos de tanto favor.

“Terminada la misa (que todos oyeron con mucha devocion y casi llorando de alegría) llegaron al convento muchos ministros de justicia, que á guisa de endemoniados, todo lo saquearon, hasta las cosas de la iglesia; y dentro de poco oímos decir haber llevado consigo muchas cuerdas y cadenas para atarnos y conducirnos en seguida al suplicio, lo que nos confirmó mucho mas la nueva llegada del lugarteniente de uno de los gobernadores de Meaco, á la cabeza de mucha gente armada. ¿Y quién podria contar el júbilo y gozo que experimentamos todos en nosotros mismos? ¡Cuántas gracias dimos á Nuestro Dios y Señor, pareciéndonos venida ya la dichosa hora de tener parte en su santo reino y permutar esta nuestra vida mortal en sempiternos goces! ¡Oh! la alegría de nuestras almas llegó á su colmo, cuando el mismo gobernador, poniendo encima las manos á los santos predicadores Leon, Pablo, Buenaventura, Tomás y Gabriel, los hizo trasladar atados á la cárcel pública donde todavía se hayan; y aunque mucho sufrieron en el largo viaje, valerosos no obstante y confiados en Dios, no dejaron de predicar su santo nombre á los gentiles. Escribíronme despues desde la cárcel una carta muy tierna, en la que me daban noticia cierta de que perderian la cabeza por ser cristianos, añadiendo en seguida, con mucha fé, hallarse muy alegres y contentos, deseando ardientemente sufrir por amor de Dios nuevos y mayores tormentos, no pensando en otra cosa que en volar pronto al paraíso, para gozar eternamente con los ángeles aquel descanso feliz, para el que solo habian sido creados y redimidos; rogándome por último, que en compañía de sus cohermanos los encomendara al Señor, á fin de padecer con resignacion y constancia la muerte por su amor. Y por cierto no he ojeado de consolarlos en una carta, diciéndoles tuviesen ánimo, porque Dios les daria esfuerzo en el día de la última prueba.

“Mientras vivimos con la esperanza de que á todos nosotros nos sucederá lo mismo, porque, considerad, carísimo hermano, la profunda tristeza que se apoderó de nuestros corazones cuando juzgamos que íbamos á permanecer en el convento. ¡Oh! ciertamente, nuestro dolor fué grande por habernos parecido por un momento, que Dios, como indignos, nos

negaría la gracia de perder la vida en testimonio de su santo nombre, por nuestros muchos pecados. Pero no por esto nos falta el ánimo, antes esperamos confiadamente, que se servirá escuchar nuestros fervorosos ruegos. Mas, de todos modos, tenemos por gran fortuna estar presos por él, en poder de los soldados, que son en tan gran número los que rodean nuestro convento, que es imposible despachar fuera una sola carta; porque no permiten á los cristianos la entrada á nuestra iglesia. Entre tanto, hermano mio, no dejéis de encomendaros á Dios, así como á todos los otros fieles, á quienes hareis saber, que nosotros igualmente rogamos por ellos. No desmayéis, pues, y permaneced tranquilos en el auxilio de su Divina Majestad, que jamás abandona á los suyos. Porque, realmente ¿qué es lo que hemos hecho, para haber merecido el cielo, y tantos y tan dulces consuelos? Podemos decir que aun no hemos dado principio á nuestro ministerio apostólico en bien de las almas: ¡y de cuántos beneficios no nos ha colmado siempre y en todas partes este nuestro amorosísimo Dios! Y aunque actualmente nos hallamos en medio de tantas angustias y trabajos, ¿no es acaso él quien consuela nuestras almas con la abundancia de divinos dones, y llena nuestro corazón de júbilo y santa alegría, solamente al pensar que tal vez dentro de poco padeceremos por su amor, persecuciones, tormentos y la muerte? ¡Oh! ¡con cuánto placer del alma aguardamos este feliz momento! *Benedictus Deus et Pater Domini nostri Jesuchristi, qui consolatur nos in omni tribulatione nostra.* [1] En conclusion, jamás hemos tenido en nuestra vida tanto contento, como al presente, y me parece que no carecemos de razon. *Quoniam digni habiti sumus; pro nomine Jesu contumeliam pati.* Sí, porque en verdad, que sufrir por amor de Jesus tormentos y muerte, es la mas distinguida de todas las gracias que Dios suele conceder á sus criaturas. El Señor os asista con su divino auxilio: adios, carísimo hermano, no sé si podré escribiros mas, de esta prision de Meaco".—*Fray Pedro Bautista.*

Tales eran los sentimientos de fé en Dios y de la firme esperanza en el futuro premio, que animaban á los franciscanos ya encarcelados en odio de la fé del Nazareno. Pero el júbilo de sus corazones, y la santa alegría de sus almas crecieron á lo sumo, cuando en el dia 13 de Diciembre

[1] Epíst. 2 á los Corintios: cap. 1 v. 3,

presentándose Gibongio en el convento, les notificó de parte de Taicosama estar todos condenados á la muerte en odio de aquella angustísima religion que por cuatro años no habian dejado de predicar. ¡Cuántos fueron entonces las estáticas manifestaciones de caridad y de fé, y cuán grande el olvido de todas las penas! Hé aquí los términos con que comunicó San Pedro Bautista la noticia á su querido cohermano P. Agustin Rodriguez, morador del convento de Nagasachi.

"Estamos rodeados, [le dice] dentro y fuera de guardias, y sobre nuestra cabeza y las de todos los cristianos, ha sido pronunciada sentencia de muerte; y por esto han sido puestos en lista nuestros nombres de orden del emperador. En el primer dia de nuestra prision, fué tal el fervor de reconciliarse con Dios, que Fray Francisco Blanco y yo gastamos toda la noche en oír sus confesiones; porque se nos notició por un cristiano, que al dia siguiente todos debiamos morir. Por lo cual, antes de salir la aurora celebré misa y administré la santa comunión á los demás religiosos, la que igualmente recibieron cincuenta cristianos. En seguida tomamos el crucifijo recomendándole nuestras almas. En la mañana del dia siguiente sobrevinieron mas japones, que se entregaron á recorrer todo el convento, y en pos de ellos un lugarteniente del gobernador Gibongio, que se llevó consigo á los santos predicadores Leon, Pablo, Tomás, Buenaventura y Gabriel, que todavia los retiene en su casa. Ignoro cómo terminará esta tempestad. Unos dicen que todos seremos degollados, y otros que remitidos á Filipinas. Pero para decir verdad, mas preparados estamos á morir que á volver á Luzon, aunque yo ciertamente no me creo merecedor de tanta gracia. Nuestro hermano Martin de la Ascension desea con igual fervor de espíritu la misma suerte. Sea Dios bendito".—*Fray Pedro Bautista.*

El santo Fray Francisco Blanco escribió tambien una carta muy tierna á un cristiano amigo suyo, en la que así se expresa: "Cada dia estamos en espera de la muerte con inmenso júbilo de nuestro corazón, especialmente al ver á los cristianos desear tan fervorosamente dar la vida por Cristo, sintiendo gran dolor por la demora del verdugo. Pero lo que mucho mas nos fortalece y causa tambien nuestra admiracion, es el mirar no solo de Fugimi, sino aun de lugares mas remotos, correr los fieles á Meaco exclamando todos: "Si los cristianos deben morir por Cristo, nosotros

tambien queremos contarnos en su hermoso número." Pero á nosotros no se ha permitido hablar con ellos. ¡Oh, yo me avergüenzo de mí mismo, al ver hombres tan novicios en la fé, tan bien preparados á no espantarse de morir por Cristo!"

Adelante diremos con cuanta verdad haya sido escrita la espresada carta de San Francisco Blanco, en lo que dice de los cristianos. Por ahora nos conviene dejar á estos gloriosos apóstoles aprisionados en su propio convento, para referir algo de lo ocurrido á los demas religiosos moradores en aquél tiempo en el de San Francisco de Nagasachi.

Despues de la llegada de San Felipe de las Casas y la vuelta al Japon del venerable Juan el Pobre, eran once los hijos del Seráfico Padre en ese imperio: de estos se hallaban encarcelados en Meaco Pedro Bautista, Francisco Blanco, Gonzalo Garcia y Francisco de la Parrilla, y en Osaca, el espresado Felipe y Martin de Aguirre, quedando en Nagasachi los venerables Marcelo de Rivadeneira, Bartolomé Ruiz y Agustin Rodriguez, poco antes mandado por el santo comisario de Meaco por su quebrantada salud, llamando en su lugar al P. Gerónimo de Jesus. De este último y de V. Juan el Pobre, que aun permanecia con los españoles, hablaremos mas adelante, y vamos á los otros. Cuando Taicosama dió la órden de notificar á los franciscanos de Meaco y de Osaca la sentencia de muerte, escribió á Fazamburo, gobernador de Nagasachi, que arres-tando á los frailes de Luzon que allí moraban, los mantuviera presos en alguna nave de portugueses, hasta que hubiera oportunidad de mandarlos á Manila. ¿Qué causa hubo para esta excepcion? La historia no lo dice, ni es fácil conjeturarlo; porque si el delito porque fueron sentenciados á muerte sus demas hermanos, fué la predicacion del Evangelio, á ellos debia tocar la misma pena, habiendo sido no menos fervorosísimos predicadores (algunos por mas de tres años) de la fé del Nazareno. Así es que admirando los inescrutables designios de la Providencia, que elije á la gloria á quien solamente le place, dejaremos este punto, ateniéndonos al simple hecho.

Llegada, pues, la mencionada órden á Fazamburo, sin mas dilacion, despachó al couvento de San Francisco muchos soldados y ministros de justicia, para que lanzando de allí, aun valiéndose de la fuerza si fuera necesario, á los tres religiosos que lo habitaban, que eran como se ha

dicho, Marcelo de Rivadeneira, Bartolomé Ruiz y Agustin Rodriguez, los condnjesen á bordo de la nave portuguesa anclada en el puerto, dando órden igualmente á su capitan, de que por ningun motivo les permitiese saltar á tierra, so pena de incurrir desde luego en la ira del emperador. Y así puntualmente se cumplió, sin atender a las lágrimas de aquellas tres desoladas víctimas al momento de ser arrancadas por fuerza de su propio convento, fruto de sus sudores, y llevados presos y atados con cuerdas á una nave extranjera. Y no fué menos el llanto de toda la ciudad. De los tres, solo logró escapar de la nave, casi milagrosamente Fr. Marcelo de Rivadeneira, el mas robusto de ellos, quien se mantuvo escondido por algunos dias en los bosques y cuevas fuera de Nagasachi, con propósito de reunirse lo mas pronto que pudiera á sus santos hermanos de Meaco y de Osaca. Pero el invierno se hallaba en el colmo de su rigor y él falto de todo lo necesario para mantener la vida; por lo cual, mirando serle ya imposible vivir en tal estado de padecimientos, se presentó á un gentil conocido suyo, rogándole se apiadase de él, y por amor de Dios lo quisiese esconder en algun lugar seguro, como efectivamente lo hizo, llevándolo á una casa muy distante del puerto, donde se mantuvo oculto por algunos dias, provisto de ropa y alimentos. Pero los soldados ya iban en busca del religioso prófugo por diversas partes, y poco faltó para que no cayera de nuevo en sus manos. Por tal motivo, no queriendo Fr. Marcelo que aquel caritativo gentil padeciese daño alguno por su causa, abandonó aquella habitacion y volvió de nuevo á andar errante por los montes y selvas, hasta que agotadas sus fuerzas, y no pudiendo aun mantenerse en pié, creyó morir lejos de los ojos de sus hermanos. Clamó entonces á Dios, que no tardó en venir en socorro de aquel su fiel siervo que tanto habia padecido por la salvacion de las almas redimidas por él con la muerte de cruz.

En efecto, no tardó mucho en que descubriera Fr. Marcelo á algunos cristianos, á los que refiriéndoles sus tribulaciones les suplicó le prestaran algun auxilio. Movidos estos á piedad, lo trasladaron ocultamente en la noche dentro de la misma ciudad de Nagasachi, escondiéndolo en su casa, y prodigándole toda clase de socorros. Pero escrito estaba que no debia reunirse más en esta tierra con sus amados hermanos, de quienes habia sido compañero en todos los trabajos de su vida y en el

cultivo de aquella viña del Señor. Fr. Marcelo, despues de algunos dias de demora en la casa de esos cristianos, creyó mejor refugiarse en la de algunos portugueses, como mas propies para tenerlo oculto, lo que fué lo mismo que entregarse en las manos de los esbirros de Fazamburo; porque éstos, entrando en sospechas llegaron en fin á descubrirlo, y atado como malhechor, fué de nuevo conducido á bordo de la nave de que se hubiera fugado, y allí se mantuvo por mas de sesenta dias junto con sus compañeros Bartolomé Ruiz y Agustin Rodriguez, sufriendo hambre, sed, frio, desnudez, injurias é insultos de toda clase.

Y dejando por ahora esta materia, pasemos á referir en el capítulo siguiente lo que ocurrió durante la última persecucion á los misioneros de la Compañía de Jesus, dando al mismo tiempo alguna noticia de los santos Pablo Miki, Juan de Soto y Diego Kisai, gloria ilustre de la misma, y compañeros, en fin, de los franciscanos en la consumacion del martirio.

CAPITULO XVI.

LOS TRES MÁRTIRES DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.



El espresado 8 de Diciembre, los padres Organtino y Francisco Rodriguez de la Compañía de Jesus, de vuelta de Sacay, donde habian acompañado al Illmo. Pedro Martinez que regresaba á Nagasachi, se hallaban en su colegio de Osaca y se disponian á partir á Meaco, lugar de ordinaria residencia, cuando llegando inesperadamente algunos cristianos, les dan la noticia de que el emperador excitado por Yacuino, habia últimamente descargado su cólera contra los misioneros, dando otra vez principio á mas fiera persecucion, de que ya se percibian en la ciudad fuertes rumores y tumultos de gente armada, despachada sin duda para aprehenderlos. Aun no habian acabado de hablar, cuando llegando un paje de Farimandono, gobernador de Osaca, les comunicó haberle dado ya orden éste á su lugar-teniente, de que en el acto pusiese guardias en las casas, así de los franciscanos como de los jesuitas.

A tal anuncio, en medio de aquella reunion de cristianos y religiosos se suscito un tierno contraste de santos afectos, digno verdaderamente de ser recordado para instruccion de los fieles que leyeren esta historia por sí misma ya tan edificante. Porque por una parte aquellos venerables Padres, lejos de desanimarse por semejante nueva, se regocijaron mas bien como de una gracia del cielo, protestando unánimemente todos, su deseo de morir por Cristo, y por la otra, los cristianos, justamente temerosos de que la pobre Iglesia japona quedase enteramente privada de ministros de Dios, les rogaban ardientemente ponerse en salvo, á lo menos por el bien de sus almas; oponiendo á sus fervorosos y nobles votos, nuevas súplicas y ruegos, manifestándoles el abandono en que iban á quedar sus almas. Los

cultivo de aquella viña del Señor. Fr. Marcelo, despues de algunos dias de demora en la casa de esos cristianos, creyó mejor refugiarse en la de algunos portugueses, como mas propies para tenerlo oculto, lo que fué lo mismo que entregarse en las manos de los esbirros de Fazamburo; porque éstos, entrando en sospechas llegaron en fin á descubrirlo, y atado como malhechor, fué de nuevo conducido á bordo de la nave de que se hubiera fugado, y allí se mantuvo por mas de sesenta dias junto con sus compañeros Bartolomé Ruiz y Agustin Rodriguez, sufriendo hambre, sed, frio, desnudez, injurias é insultos de toda clase.

Y dejando por ahora esta materia, pasemos á referir en el capítulo siguiente lo que ocurrió durante la última persecucion á los misioneros de la Compañía de Jesus, dando al mismo tiempo alguna noticia de los santos Pablo Miki, Juan de Soto y Diego Kisai, gloria ilustre de la misma, y compañeros, en fin, de los franciscanos en la consumacion del martirio.

CAPITULO XVI.

LOS TRES MÁRTIRES DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.



El espresado 8 de Diciembre, los padres Organtino y Francisco Rodriguez de la Compañía de Jesus, de vuelta de Sacay, donde habian acompañado al Illmo. Pedro Martinez que regresaba á Nagasachi, se hallaban en su colegio de Osaca y se disponian á partir á Meaco, lugar de ordinaria residencia, cuando llegando inesperadamente algunos cristianos, les dan la noticia de que el emperador excitado por Yacuino, habia últimamente descargado su cólera contra los misioneros, dando otra vez principio á mas fiera persecucion, de que ya se percibian en la ciudad fuertes rumores y tumultos de gente armada, despachada sin duda para aprehenderlos. Aun no habian acabado de hablar, cuando llegando un paje de Farimandono, gobernador de Osaca, les comunicó haberle dado ya orden éste á su lugar-teniente, de que en el acto pusiese guardias en las casas, así de los franciscanos como de los jesuitas.

A tal anuncio, en medio de aquella reunion de cristianos y religiosos se suscito un tierno contraste de santos afectos, digno verdaderamente de ser recordado para instruccion de los fieles que leyeren esta historia por sí misma ya tan edificante. Porque por una parte aquellos venerables Padres, lejos de desanimarse por semejante nueva, se regocijaron mas bien como de una gracia del cielo, protestando unánimemente todos, su deseo de morir por Cristo, y por la otra, los cristianos, justamente temerosos de que la pobre Iglesia japona quedase enteramente privada de ministros de Dios, les rogaban ardientemente ponerse en salvo, á lo menos por el bien de sus almas; oponiendo á sus fervorosos y nobles votos, nuevas súplicas y ruegos, manifestándoles el abandono en que iban á quedar sus almas. Los

jesuitas decian: "Tantos son los años que trabajamos en estas comarcas en la propagacion de la fé de Jesucristo; ¿y podremos, perder la palma de los mártires, ahora que se nos prepara? ¿no fueron estos siempre y en todo lugar los mas ardientes deseos de nuestro corazon? ¿habrá fortuna mayor para nosotros, que sacrificar por amor de Dios unos pocos años de vida, para adquirir una brillante corona de gloria en la mansion eterna del Señor? No, no, pues que Dios lo quiere, hémos aquí prontos para sufrir por Él persecuciones, penas, trabajos y la misma muerte." Sobre todos el P. Organtino, enfermo y venerable anciano, que habia consumido la vida en el glorioso y muy difícil empleo del apostolado, se manifestaba fuertemente inclinado á morir por Cristo. Empero las instancias de aquellos fieles se hicieron á la vez más enérgicas y eficaces. "Bien esta todo esto, decian á los Padres; ¿pero qué haremos nosotros sin ningun sacerdote de Dios? ¿á cuya custodia nos dejareis, para que, descarriadas ovejas, no seamos pasto de los lobos? ¡Ah! muévaos á compasion esta afligida hija de Sion, tened piedad de nuestras almas." Tales fueron por último sus clamores, que los jesuitas se dieron por vencidos, aunque bien á su pesar, y solo con el fin de ayudar á esos desventurados.

El P. Organtino y el P. Francisco Rodriguez se refugiaron á la casa de un noble cristiano llamado Don Agustin, y los padres Francisco Perez y Pedro Morejon, que moraban en Osaca á la de un tal Sachendou. En seguida, para averiguar mejor la verdad de las cosas, despacharon á un jóven que servia de paje en la casa del primero, á la de un pariente suyo muy al tanto de todos los negocios de la corte, quien volviendo poco despues, dió por muy cierto cuanto se les habia noticiado, refiriendo minuciosamente todo, especialmente lo respectivo á la venida del virey de Urando y la órden del Emperador para prender á todos ese dia, religiosos y cristianos. Entonces el venerable P. Organtino, no obstante los ruegos de los cristianos, dispuso volverse á Meaco en compañía del P. Francisco Rodriguez, con cuyo magnánimo ejemplo animados los Padres Pedro Morejon y Francisco Perez dejaron la casa de Sachendou, y fiados en Dios se volvieron á su propio colegio, donde moraba ya otro religioso llamado Pablo Miki y dos catequistas, Diego Kisai y Juan de Goto.

En la misma noche, pues, del 8 de Diciembre, ocupado ya el pequeño convento franciscano de Belen por la fuerza armada, y reducidos ya á prision San Martin de Aguirre y los tres valerosos terceros Joaquin Quisuya de Osaca, el jovencito Antonio de Nagasachi y Tomás, hijo del Santo mártir Miguel Cosaqui, se encaminaron los ministros de Farimandono con igual objeto á la de los padres de la Compañía, cuando encontrándose repentinamente con un cristiano llamado Andrés Ongasanata, V. Ongasavara, le dijo, que aquel convento era de su propiedad y no de los religiosos, á quienes solamente permitia vivir allí en ciertas ocasiones, y que en la actualidad solo habia tres personas, un religioso de nombre Pablo Miki y dos cristianos, uno que hacia oficio de sacristan y otro encargado de la casa. Oido esto, sin detenerse mas los alguaciles, anotaron los nombres de aquellos tres, y ordenando á Andrés que custodiase el colegio, fueron á dar relacion de todo á Farimandono. Retirados por tal motivo los aprehensores, y avanzada ya la noche, llegaron á allí cuatro animosos cristianos, los que dejando á los tres que se ha dicho, valiéndose de ruegos y de toda clase de razones, se llevaron consigo á los padres Pedro Morejon y Francisco Perez, quienes conducidos despues á Sacay, fueron puestos en salvo. De lo que resultó, que de los jesuitas residente en Osaca, solo cayó en manos de los esbirros el Santo religioso Pablo Miki en compañía de los espresados domésticos Juan de Goto y Diego Kisay, de los cuales haremos próximamente mencion.

Pero antes debe saberse, que el dia 8 de Diciembre, no se sabe por qué motivo, hizo poner Gibongio guardias tambien en la casa de los padres de la Compañía de Jesus de Meaco, como se habia hecho con los franciscanos; lo que advirtiendo el dia siguiente Ufioyo, hijo del gobernador Fugen, temiendo que por esto no se culpase á su padre, á quien el emperador habia comisionado para formar la lista de todos y cada uno de los cristianos, se dirigió á Fugimi, donde entonces se hallaba Gibongio, y le reconvinó altamente su oposicion á las órdenes dadas por Taicosama de que todos los religiosos de Meaco, junto con los cristianos que los servian, fuesen aprisionados en sus propios conventos. De aquí resultó, que aunque poco agradó esa reconvenion á Gibongio, sin embargo, creyendo que podia venirle algun daño, mandó el dia 10 á un primo de su lugarteniente que se dirigiese á Meaco, pusiese guardias tambien

en el colegio de la Compañía de Jesus y se anotaran sus nombres en la lista; lo que así se hizo, pero solamente se encontró allí á un religioso con dos catequistas y algunos cristianos, hallándose fuera los otros cuatro ocupados en santos y piadosos ministerios á favor de los fieles; y en el mismo día que esto pasaba en Meaco, presentándose al emperador que todavía permanecía en Fugimi, le participó Gibongio haberse puesto en ejecución sus órdenes; pero Taicosama, noticioso ya por Ufioyo de lo ocurrido, lo recibió muy indignado, y á otro día que fué el 11 de Diciembre, le mandó que dirigiéndose á Meaco intimara de su parte la sentencia de muerte á todos, franciscanos y jesuitas y á cuantos cristianos allí hubiese, como á reos de un mismo delito, es decir, haber predicado su religion contra las leyes del estado; cuya orden puso en efecto Guibongio en 13 del repetido mes, pero solo en cuanto á los franciscanos, por los motivos que pronto espresaremos:

A esta orden del emperador se hallaba presente un cristiano, respetable por sus años y santidad de costumbres; el cual por un cierto Pablo de Amacusa informó de todo á otra cristiana, llamada María, para que ésta á su vez lo comunicase á los demas fieles, especialmente á los padres jesuitas, como en efecto lo hizo. Y para manifestar la alegría con que estos santos ministros recibieron semejante noticia, repetiremos una carta del P. Organtino, el mas venerable de todos, dirigida á su visprovincial, en la que le decía.

“Con esta carta, que escribimos llenos de gozo, hacemos saber tanto á V. R., como al Illmo. Sr. Obispo y á todos los demas padres y hermanos de nuestra compañía cuanto nos ha ocurrido y todavía nos pasa. Ayer al caer la tarde, se nos presentó María, mujer que fué de Chuan, con una carta venida de Fugimi, en que se nos noticiaba, que pocas horas antes habia mandado el emperador á Gibongio, que á todos nosotros nos intimara sentencia de muerte. Y en efecto, entrando á poco el hermano Pablo en la casa donde actualmente habitamos, comenzó á esclamar lleno de alegría: “Padres míos y hermanos carísimos, ha llegado finalmente lo que por tanto tiempo esperábamos. Sí, muy pronto daremos todos la vida por amor de aquel Dios que se dignó morir antes por nosotros sobre una cruz.” Oído esto, todos cuantos allí nos hallabamos presentes, padres, hermanos y catequistas, comenzamos muy contentos á preparar-

nos á la muerte; y no solamente nosotros, sino todos los cristianos, sin excepcion, grandes y pequeños, deseando todos la misma suerte. La primera cosa, pues, de que nos ocupamos, fué de arreglar las partidas del alma; despues de lo cual, sacando fuera los manteos, las sotanas y estolas, las tenemos prontas para vestirnos de ellas en el día de la última prueba, como conviene á los verdaderos siervos del Señor, predicadores de santa ley é hijos de la Compañía, y como al mismo tiempo lo manda Nuestro Señor Jesucristo; y hacemos esto con tanta alegría de nuestro corazón, que ciertamente no podemos espresar con palabras. Pero nosotros verdaderamente lo atribuimos todo, no á nuestros méritos, sino á la virtud del Espíritu Santo que tan admirablemente nos asiste en medio de tantos trabajos y peligros, como tambien á la eficacia de las muchas oraciones y sacrificios conque el padre general no cesa de ayudar á esta provincia. Y este júbilo de nuestras almas cada día se aumenta en vista de estos buenos cristianos, que sin ningun temor del mundo, sino antes bien con inefable contento de su corazón, se preparan á morir con nosotros. Pero sobre todos ellos, es ciertamente digno de alabanza aquel excelente caballero y verdadero soldado de Jesucristo, Justo Ucondono. Tambien hay aquí otros nobles caballeros, animados del mismo fervor, especialmente los dos hijos del gobernador Guemifoin, de los cuales D. Constancio, el mas jóven, vive en nuestra compañía. Además, otros cristianos, entre ellos personas muy ilustres, nos visitan con frecuencia, asegurándonos estar dispuestos á morir con sus padres y hermanos, antes que renunciar á Cristo; de todo lo cual creemos causa primera, la virtud de la gracia que hace poco han recibido en el sacramento de la confirmacion, que les fué administrado por el Illmo. Obispo. Ni puedo pasar en silencio la virtud de nuestros dos antiguos catequistas Juan y Diego, quienes me han rogado muy fervorosamente por medio del hermano Pablo Miki, que puesto que les es concedido morir por Dios junto con los padres de la Compañía, sean hechos dignos de ser primero inscritos en su número.”

Hasta aquí el V. P. Organtino, que bien nos da á conocer cuán ardiente fuese en él y en sus santos hermanos el deseo de derramar su sangre en union de los apóstoles franciscanos en aquellas bárbaras y lejanas regiones del mundo, fecundadas con sus propios sudores. Pero estaba

escrito en el cielo, que excepto Pablo Miki y los dos domésticos, no conseguirían ellos la palma del martirio; no ciertamente porque no fueran dignos, sino porque Dios dispensa sus celestiales tesoros, según los impenetrables juicios de su Divina Sabiduría. Así, pues, para probar mejor que aun del mal resulta grande bien, quiso Dios que el impío Gibongio convertido en un momento amigo de los padres de la Compañía, se empeñara cuanto le fuese posible, y moviera toda clase de resortes, sobre el corazón de Taicosama para librarlos de la muerte, después de haber calumniado en tan gran manera como queda dicho, á los hijos del Seráfico Padre. Y para conseguir mejor su intento, despachó primero al gobernador Guenifoin á preparar el ánimo del emperador, el cual voluntariamente aceptó tan caritativo oficio, sobre todo, por salvar la vida de sus dos hijos, llamados Pablo y Constantino, compañeros hacia tiempo, del P. Organtino, de quienes, como hemos dicho, había hecho mención en su citada carta á su viceprovincial. Porque debe saberse, que los dos jóvenes luego que oyeron haberse dado sentencia de muerte contra esos padres, se prepararon llenos de júbilo á derramar en su compañía su sangre, dando noticia á sus padres, en esta breve y edificantísima carta. "Nosotros somos seguidores de la religión de Jesucristo; y supuesto que nuestros maestros han sido condenados á muerte, estamos en la firme resolución de morir con ellos. Y para que esteis ciertos de que obramos con toda libertad, hemos querido hacerlo saber por medio de estas letras. No lloreis, pues, por nosotros, sumamente afortunados en dar la vida por Cristo; ni nuestra buena madre se empeñe en hacernos magníficas exequias después de la muerte, porque lo que únicamente deseamos, y lo decimos con toda verdad, del amor maternal que nos profesa, es que se haga cristiana y reciba el bautismo.

Ahora bien, convencido Guenifoin de que la suerte de sus hijos dependía enteramente de la de los padres de la compañía, de los que eran tan adictos, por salvar su vida procuró salvar la de sus maestros, y lo consiguió. En efecto, presentándose á Taicosama, le habló en estos términos: "Nuestro deber es ciertamente, Señor, obedeceros, y al momento, en todas vuestras disposiciones. Sin embargo, para que la sentencia recientemente dada contra los cristianos sea recibida con aplauso en el mundo, como lo deseais, es indispensable, lo primero, considerar bien el

negocio y poner en claro enteramente las circunstancias que á él tienen referencia. Desde el año de 1587 en que por vuestro decreto fué proscribida la religión cristiana, obedeciendo prontamente los padres de la Compañía vuestra disposición, dejaron al punto de predicarla; y aunque algunos de ellos permanecieron en estas tierras, no fué por quebrantar vuestro mandato, sino viviendo conformes siempre á las leyes del país, absteniéndose no solo de predicar mas su fé, y hasta despojándose de su traje para uniformarse á los de los japoneses. Por lo demás, en el negocio de la nao venida de Luzon, no han tenido parte alguna, porque aunque tambien sean ellos españoles, con todo, vinieron de otro lugar, esto es, de Goa, que nada tiene que ver con las intrigas de las islas Filipinas. En fin, hay que reflexionar, que hace mas de cuarenta años que moran ellos en el Japon, donde, si en otras ocasiones han predicado la religión cristiana con permiso de nuestros antepasados, pero jamas ha recaído en su contra la menor sospecha de enemigos del imperio, sino al contrario, le han servido no poco ya con el comercio floreciente que por su medio se estableció con los portugueses de Goa, y ya tambien por las frecuentes embajadas que por su conducto nos envia el mismo virey de esa ciudad. Y en fin, por lo que hace á su fidelidad, estoy pronto á dar testimonio de la de los de Meaco. Por tanto, Señor, es de Justicia, que á lo menos los mencionados padres no sean comprendidos en la sentencia de muerte."

A este discurso de Guenifoin se dió por vencido Taicosama; y aunque replicaran, que por cierto el P. Organtino y otros tambien habian venido á predicar la fé cristiana, declaró últimamente, con todo, que en la sentencia de muerte fulminada contra los franciscanos, no debian comprenderse los padres de la Compañía, con la condicion empero de que dejaran para siempre de predicar su ley. Oído esto por Gibongio, que á la puerta estaba escuchando, entró á la sala, y acercándose á Taicosama comenzó á decirle: "Señor, ayer me diste orden de condenar á muerte á todos los padres, sin ninguna excepcion. Pero aunque esta terrible sentencia no me toca juzgarla, sin embargo, su misma calidad me obliga á preguntaros, si verdaderamente á todos, ó solamente á algunos, debo llevar al suplicio." A lo que contestó el emperador: "¿No sabes tú, Gibongio, que los padres de la Compañía, que vinieron en las naves portuguesas, hombres modestos y pacíficos, de mucho tiempo atras los tenemos

experimentados; y al contrario, los franciscanos llegados de Luzon, personas nuevas y muy sospechosas, son declarados enemigos míos y de mi trono? Van corriendo ya diez años desde que mandé á los Padres de la Compañía que dejasen de predicar, y me obedecieron, por cierto, contentándose con mantenerse escondidos en sus casas: en lugar de que los de las Filipinas, contraviendo á mis órdenes, predicaron publicamente, bautizando muchos dentro y fuera de Meaco. Te aseguro, á fé mia, no haberme causado tantos disgustos los primeros en los muchos años de permanencia en el Japon, como en tan poco tiempo los últimos. Por que si aquellos siempre me fueron aficionados, amorosos y reverentes, estos por la inversa, mandados por los españoles á mis dominios para hacer prosélitos, so pretexto de predicar su ley, trabajan por quitarme el reino, como ha sucedido en el Perú, la Nueva España y las Islas Filipinas; de lo que tengo una prueba en lo ocurrido con la nave naufragada en Tosa, armada á guerra de la proa á la popa, que demasiado manifiesta sus intentos de apoderarse de mi imperio; y lo que es mas, siendo ella legítima presa mia en virtud de las leyes del país, han tomado el mayor empeño estos frailes, en salvarla arrancándola de mis manos. Ahora, pues, ¿te parece bien Gibongio, que deba yo mantener en mi casa enemigos tan terribles y peligrosos? ¿No es, al contrario, grande acto de justicia que al momento me deshaga de ellos, perdonando al mismo tiempo á aquellos que, como es público, me han sido siempre amigos tan adictos?"

Así respondió Taicosama, é inútil es decir que en nada hizo oposicion á sus palabras Gibongio, á quien continuó hablando el emperador: "Ve, pues, á informar á aquellos padres de cuanto habeis oído, sobre todo al anciano Organtino, al que dirás de mi parte, que tenga buen ánimo, porque tanto á él quanto á los demas de la Compañía les perdono generosamente la vida. Hareis tambien despachar violentamente un correo á Nagasachi, á noticiar todo esto al intérprete Juan Rodriguez, que por temor de la muerte abandonó precipitadamente á Meaco, haciéndole saber al mismo tiempo, que lo autorizo para predicar su fé á los portugueses que allí residen, pero absteniéndose de hacerlo á los japoneses."

Gibongio cumplió en efecto quanto le habia ordenado Taicosama, intimando únicamente á los franciscanos, como está dicho, la sentencia de muerte; y tal fué la causa de que se cerrase el camino al martirio al

P. Organtino y sus compañeros, cuyo dolor es indecible referir á semejante nueva. Pero persuadiéndose pronto de que así lo habia dispuesto Dios en provecho espiritual de aquella su afligida iglesia, conformándose enteramente á su voluntad, dieron muchas gracias á Gibongio por sus eficaces servicios, resignándose en su corazon á los ocultos designios de la Providencia, cuyos admirables caminos veremos en seguida, al referir por qué el hermano Pablo Miki y los dos catequistas Juan de Goto y Diego Kisay, á los que dejamos aprisionados por Jesucristo en su colegio de Osaca, llegaron á adquirir la corona de mártires, no obstante haber declarado Taicosama espresamente en la sentencia de muerte fulminada contra los cristianos, no deberse comprender los padres de su compañía, contentándonos por ahora para completar nuestra historia, con decir alguna cosa acerca de la vida de estos tres gloriosos héroes de la Iglesia católica, del mismo modo que lo hemos hecho con los franciscanos, en cuya compañía, así como mezclaron sus propios sudores por la fé, dieron solemne testimonio del nombre santo de Dios, muriendo últimamente sobre el árbol de la Cruz.

Comenzando por San Pablo Miki, él fué japon de nacion, y propiamente nativo de la provincia de Ava, en la parte mas oriental de la isla de Jeso ó Xicoco. Su padre, no menos ilustre por la nobleza de su cuna que por el ejercicio de sus virtudes cristianas, por lo que parece habia abrazado la religion católica en 1568, en que tambien fué bautizado Pablo Miki, de edad entonces de solo cinco años; el cual manifestando desde tan tierna edad suma aficion al estudio y á la virtud, fué entregado seis años despues por su padre para ser educado por el P. Organtino, quien lo puso de alumno en el seminario recientemente establecido en Anzuquama, capital entonces del reino de Mino en el centro de la isla de Nifon. Pero poco despues, en consecuencia de la sangrienta guerra suscitada en la muerte del emperador Nobunanga, incendiada dicha ciudad, paso de allí el jóven Pablo Ozaca, donde se dedicó á concluir sus estudios en Amacusa ciudad del reino de Ximo, hasta el año de 1586, que habiendo muerto su padre, peleando valerosamente por el rey de Bungo contra el de Saexuma, despidiéndose del mundo, entró en la Compañía de Jesus en la florida edad de 22 años.

Concluido el noviciado, se dedicó á la predicacion del Evangelio, con

tal ardor, que le ha merecido justamente ser contado entre los mas insignes apóstoles de la religion católica en las tierras del Japon. Convirtió muchos infieles, especialmente en Arima ó Mura y otros lugares de la provincia de Ximo; y siempre en las disputas con los bonzos sobre puntos de religion, que con ellos sostenia con mucha asistencia del pueblo, triunfó completamente, y aun llamado por el P. Organtino primero á Meaco y despues á Osaca, en estos lugares atrajo no menos á muchos gentiles al seno de la Iglesia católica. Destruído el colegio de esta última ciudad en la primera persecucion de Taicosama contra los misioneros de la Compañía, regresó á ella en 1596, cuando de nuevo reedificaban los jesuitas una pequeña casa, y acaso entonces contrajo una estrecha y santa amistad con el V. Marcelo de Rivadeneira franciscano, quien de este su santo amigo dejó escrito en su historia el magnífico elogio siguiente:

“Dos ó tres veces, dice, vino Pablo á nuestro convento (no se sabe si de Meaco ó de Osaca), y con este motivo pude reconocer en él un hombre de grande silencio y suma modestia, y conocí á qué grado de virtud habia llegado en solo los once años que vivía en su religion. Entre todos sus hermanos, que cuando fué al Japon predicaban allí el Evangelio, este santo mártir era por la voz comun el mas fervoroso apóstol para los cristianos, quienes lo escuchaban con mucho entusiasmo, y acostumbraban decir, que él habia conseguido sobre todos frutos de vida eterna, por su mayo: celo en las cosas de la religion, por lo que lo estimaban grandemente los de su Compañía, alabándolo de un bueno y humilde predicador, entregado enteramente á conquistar las almas. Y ciertamente aunque su orden pueda gloriarse justamente de haber dado muchos mártires á la Iglesia, sacrificados por los herejes y gentiles, sobre todos, sin embargo, debe reputarse muy célebre el santo hermano Pablo Miki, porque con su martirio no poco ilustró la religion de que fué hijo y el país donde nació.” Hasta aquí el historiador franciscano, lo que es suficiente por ahora, habiendo ya referido el modo con que fué aprisionado en odio de la fé del Nazareno en su colegio de Osaca, donde lo dejamos en compañía de Juan de Goto, de quienes nos toca tambien hacer mencion.

Fué el primero de Goto, de donde tomó el nombre, grupo formado

de cinco pequeñas islas en la provincia de Figen al oeste Cihiu-Sin y al Sur de la Corea. Nacido de padres cristianos en 1578, y excitada posteriormente la feroz persecucion contra la religion de Cristo, abandonó su patria con otros muchos fieles y permaneció desterrado en Ngasachi, donde á poco fué admitido por los padres de la Compañía de Jesus en calidad de catequista, y últimamente mandado á Osaca como coadjutor en ese oficio del P. Morejon. Fué Juan de bella índole de suaves costumbres y de ánimo esforzado, cual se vió especialmente en el día 8 de Diciembre, cuando pudiendo libremente emprender la fuga á la llegada de los ministros de justicia á su casa, quiso mas bien permanecer prisionero por Jesucristo.

En cuanto á Diego Kisai, natural del reino de Bizen al oeste de la isla de Nifon, sabemos por la historia, que era ya muy antiguo cristiano y notable por sus santas costumbres cuando se entregó por compañero de los padres de la Compañía de Jesus, entre los cuales pasó vida de Santo, distinguiéndose especialmente por su estremada caridad á los pobres y su fervoroso amor á Jesus Crucificado: hasta que destinado por último al servicio doméstico del colegio de Osaca, allí fué hecho preso por los soldados de Taicosama junto con Juan de Goto y Pablo Miki, segun lo tenemos referido; y baste por ahora lo dicho, siendo ya tiempo de volver al convento de Santa María de los Angeles de Meaco, donde dejamos aprisionados por la fé católica á los apóstoles franciscanos.

CAPITULO XVII.

LOS CRISTIANOS DEL JAPON AL TIEMPO DE LA ULTIMA PERSECUCION.

Tenemos referido el júbilo de corazón de los santos aprisionados en Meaco Pedro Bautista y sus compañeros, cuando el día 13 de Diciembre se les notificó por Gibongio que dentro de poco todos serian muertos por la fé de Cristo. Pero como habiendo oído la última voluntad de Taicosama hiciera prontamente quitar las guardias de la casa de los padres jesuitas y mandado orden al gobernador de Osaca que hiciera lo mismo respecto de los misioneros de la Compañía residente allí, siguiendo con todo sus pérdidas miras, despachó á un comisario suyo para que dirigiéndose de nuevo al convento de Santa María de los Angeles, por segunda vez formase una lista de los nombres de los cristianos que directa ó indirectamente formaban una misma familia con los franciscanos, lo que llevándose á efecto se encontraron como 170 cristianos, reunidos en ese local con los hijos del Seráfico Padre. Considerando, sin embargo, Gibongio, que no era posible llevar al suplicio tan gran número de fieles, dispuso, que solamente se anotasen los nombres de aquellos que junto con los frailes de Luzon se habian dedicado á predicar la religion cristiana, ó les hubieran servido directamente en esta clase de cosas; de lo que resultó que en la lista fueron inscritos únicamente cuarenta y siete. Y aun pareciéndole todavía demasiado considerable este número, mandó fuesen interrogados cada uno de por sí, si realmente fuesen familiares de los franciscanos, y que solo se dejasen en lista los que por sí mismos confesasen su complicidad. Sabido esto por esos valerosos frailes, y persuadidos que de su propia confesion dependia ser ó no mártires de Jesucristo, todos unánimes y trasportados de un gozo, el

mayor acaso que se ha visto otra vez, clamaron en voz alta: "Somos cristianas, somos secuases y discípulos de los frailes de Luzon, con ellos hemos predicado la fé de nuestro Dios y en su compañía debemos morir." Y no solamente los 47 frailes que acabamos de mencionar, sino tambien los demas que fueron quitados del número de los 170 primera mente anotados y aun otros que rodeaban el convento de Porciuncula, hicieron pública y solemne profesion de su fé; lo que ciertamente al paso que honra altamente á aquellos fervorosos hijos de la religion católica, no menos manifiesta las profundas raices que en sus corazones habia hechado la fé de Jesucristo en el Japon. Sin embargo, permitiéndolo así Dios por sus inescrutables fines, no consiguieron todos la palma de mártires, aunque la tuviesen tan asegurada, porque el comisionado, no dice la historia por qué motivos, de los cuarenta y siete solo eligió como dignos de muerte á doce, Terceros todos, catequistas, enfermeros, discípulos ó auxiliares de los franciscanos en la obra del apostolado católico; es decir, á los santos Leon Garasuma, Pablo Suzuqui, Buenaventura y Gabriel que ya habian sido conducidos, como arriba se dijo, á la cárcel pública de Meaco desde el 8 de Diciembre, Francisco Médico, Cosme Taquia, Tomás Idanqui, Juan Quizuya, Pablo Ibarche, Miguel Cosaqui y el niño Luis Ibarche, con otro llamado Matías, que como adelante veremos perdió la palma del martirio.

Lo mismo se ejecutó en Osaca; inscribiéronse de nuevo los nombres de San Martin de la Ascencion y de los tres Terceros que moraban en el pequeño convento de Belen, esto es, los tres santos Joaquin Saquiyi Antonio de Nagasachi y Tomás, hijo de San Miguel Cosaqui. Por lo tocante á los padres de la Compañía de Jesus, el gobernador de la ciudad, temiendo la reprension de Taicosama, que otras veces se habia quejado fuertemente con él de haber otorgado demasiada libertad á los cristianos, á pesar de la orden recibida de Gibongio, no se atrevió á retirar las guardias de su colegio, por lo cual, llegado el momento de mandar á Meaco la lista de los condenados á muerte, fueron tambien incluidos en ella los santos Pablo Miki, Juan de Goto y Diego Kisai. Despues de lo espresado no no ocurrió otra cosa á los santos prisioneros hasta el fin de Diciembre. Pero en este intermedio de tiempo fué tanta la conmocion de los cristianos, ansiosos de sufrir el martirio junto con

los misioneros sus padres y maestros, que no podemos menos de consagrar á su memoria lo restante de este capítulo, refiriendo algunos de tantos hechos admirables presenciados en aquel pueblo cristiano, que ademas de servir de edificacion á nuestros lectores, haran conoecer el poder de la fé católica y las fatigas que para propagarla en esas tierras debieron sufrir especialmente los hijos de San Francisco de Asís.

Y sea el primero el admirable hecho de una mujer llamada María, esposa de Cosme Joya, y por lo mismo no menos ilustre por la nobleza de su cuna que por la santidad de sus costumbres. Esta heroica señora, tan luego como llegó á su noticia que todos los cristianos habian sido condenados á la muerte de cruz, dando fervorosas gracias á su Divino Redentor, lleno el corazon de celestial alegría, lo anunció á sus dos hijas Magdalena é Isabel, las que al instante protestaron solemnemente sus deseos de morir por Cristo. Entonces la santa madre, para convencerse mejor de su voluntad, como manifestando no dejar crédito á sus palabras, dispuso con frialdad que en el día de la prueba se retirasen de Meaco, salvándose en algun lugar seguro. Ofendidas de esta disposicion esas hermosas doncellas, respondieron violentamente y de lo mas íntimo de su corazon: "¿Qué es lo que decís, madre mia? ¿No somos tambien cristianas? ¿por qué, pues, dejarnos perder la palma de los mártires? No, no, nosotras no os dejaremos y moriremos con vos." A lo que respondió María, conteniendo apenas las lágrimas y abrazándolas tiernamente: "Pues bien, preparémonos, queridas hijas mias, á dar la vida por Cristo." Y dicho esto sacaron las tres las mas ricas ropas que tenian, para tenerlas prontas para vestirse de fiesta en el día del martirio.

¿Pero qué diremos de aquel noble y fervoroso cristiano, muchas veces nombrado en esta historia, Cosme Joya, esposo de la referida María é íntimo amigo y bienhechor insigne de los franciscanos? Informado apenas de su amenazada prision, con el alma traspasada de dolor no vaciló en presentarse valerosamente á Taicosama y echarle en cara su crueldad, como otras ocasiones lo habia hecho en defensa de los cristianos, al grado de haberse tenido por milagro de que el tirano no lo hubiese mandado matar; aunque no dejó de pagar bastante caro su noble valor, siendo despojado de sus bienes y destituido de sus nobles empleos. Pero Cosme lejos de afligirse, dió gracias á Dios de verse pobre por su amor,

y cuando oyó decir que Gibonio habia despachado un comisionado al convento de Santa María de los Angeles para poner en lista á los cristianos condenados á muerte, urgido del deseo de contarse en ese hermoso número, corrió desalado á ponerse á lado de los padres. ¿Pero será posible referir el dolor que destrozó su corazon al ver defraudadas sus santas esperanzas? ¿Podrán contarse los ardientes ruegos, las fuertes y repetidas instancias para conseguir que su nombre apareciese en la lista de los sentenciados? Cuando despues de tan inútiles diligencias vió Cosme cerrársele el camino del martirio, llorando como niño por las calles de Meaco, exclamaba: "Dios mio, ¿por qué no soy digno de dar la vida por Vos, que la dísteis primero por mí? ¡Ah! lo comprendo, mis pecados son la causa; ellos, ellos solos impiden que no brille sobre mí frente la gloriosa aureola de los mártires! ¡Oh padres y amados maestros de mi alma! dentro de poco aparecereis en el cielo, ornada la cabeza de duplicada y brillante corona, mientras yo continuaré en este suelo ingrato pasando la vida entre dolores y penas!" Ultimamente, pareciéndole que no debia de ningun modo abandonar á los franciscanos, consiguó á fuerza de dinero dado á las guardias y soldados, entrar en el convento, donde permaneció todo el mes, con la firme esperanza de acompañarlos á lo menos al lugar del martirio, aunque ni esto pudo lograr, como adelante veremos.

Y no menos digno de admiracion fué Justo Catayama, vulgarmente llamado Ucondono, sugeto de gran nobleza y fé católica, por la que habia padecido mucho desde la primera persecucion contra los misioneros de la Compañía de Jesus. Sabiendo éste la prision de los franciscanos, montó á caballo, y dirigiéndose á Fugimi y presentándose á Chicugandono, virey de Canga, de quien habia recibido un rico estipendio para pasar la vida, despues de haberle dado gracias por cuanto habia hecho á su favor, le ofreció en compensacion cuanto entonces formaba su rico capital, diciéndole al mismo tiempo que ya no tenia de él ninguna necesidad. Sorprendido el virey, preguntóle la causa de aquella su inesperada renuncia. A lo que Justo le contestó: "¿Pues qué no sabéis lo que pasa! Taicosama ha pronunciado sentencia de muerte contra todos los cristianos, y siendo yo uno de ellos por mi gran fortuna, y debiendo dentro de poco dar la vida por Cristo, he resuelto manifestar primeramente mi gratitud á quien

debo tantos beneficios." Sorprendido á estas palabras el virey, apuró todo su ingenio para que Justo deponiendo el pensamiento de muerte, procurara ponerse en salvo. Mas fué en vano, porque aquel esforzado caballero, valeroso soldado en otro tiempo de Taicosama, y uno de los mas poderosos señores del Japon, al grado de imponer respeto al mismo emperador, volviendo á tomar su caballo, regresó inmediatamente á Meaco á reunirse con los franciscanos para participar con ellos su última suerte; aunque no le tocó morir por Cristo con profundo dolor de su corazón.

Otro admirable ejemplo de fé y de constancia, digno por cierto de los primitivos tiempos de la Iglesia, dió un cristiano de Meaco llamado Matías; el cual llegado el tiempo de la persecucion y sabido el arresto de los franciscanos en su propio convento, sin ninguna tardanza determino ponerse él mismo en manos de los soldados para sufrir el martirio. Pero teniendo un hijo como de diez y seis años, que actualmente se hallara en servicio de un gran señor en un lugar á tres jornadas de Meaco, haciendo al punto testamento, y nombrándolo heredero de todos sus bienes, le escribió la siguiente carta:

"Hijo mio, los religiosos de San Francisco, y con ellos todos los cristianos de Meaco, han sido sentenciados á muerte, lo que te hago saber, porque estoy resuelto á perder la vida en su compañía. Cuanto yo poseo te pertenece segun las leyes: vive pues, sirviendo á Dios, y ruega por tu padre cuando ya no exista."

No tardó mucho tiempo en recibir la respuesta de su hijo en estos términos:

"Querido Padre: no creo una ventaja por la miserable herencia de este mundo perder la que me está preparada en el cielo. Yo tambien soy cristiano y por lo mismo me conviene participar con voz de igual suerte. Si los gentiles (lo que sobre todo sucede en el Japon) se juzgan deshonorados, cuando un hijo reusa morir en compañía de su padre, ¿cómo queréis que yo, especialmente en ocasion tan bella y venturosa, me niegue á morir con voz por amor de aquel Dios que en premio de nuestro valor, nos coronará en la muerte con los ángeles en el cielo? Por lo tanto os aviso, que dentro de poco estaré á vuestro lado." Así fué, pero

por las razones espresadas aunque Dios admitió el piadoso deseo pero no quiso el sacrificio de estos dos intépidos cristianos.

Hemos indicado en el capítulo anterior, la manera con que Pablo y Constantino, hijos de Guenifoin, uno de los gobernadores de Meaco, le manifestaron su deseo de morir por Cristo. Debemos ahora decir las santas industrias de estos dos virtuosos jóvenes para llegar á conseguir sus fervientes votos. Pablo, el primogénito, de veinte y dos años de edad, se hallaba en la provincia de Tamba, cuando supo haber sido aprehendidos los religiosos, de orden de Taicosama.

Y al momento, excitado en su corazón un fuerte deseo de unirse á ellos luego que fuesen conducidos al suplicio, mandó inmediatamente á algunos de sus criados á Meaco y á Osaca, para que lo informasen minuciosamente de cuanto pasaba en esos lugares contra los adoradores del Crucificado; y no tardó mucho sin que le avisaran de la sentencia de muerte fulminada en su contra por Gibongio.

Entonces, llamando Pablo á algunos de sus mas fieles amigos, les anunció su propósito de dirigirse á Fugimi y despues á Osaca, manteniéndose allí escondido, mientras se le proporcionase ocasion de reunirse á los mártires. Así lo hizo en efecto; pero temiendo que por ser hijo de tan gran señor, lo respetarian los soldados, despojándose de sus ricos y nobles vestidos para no ser conocido de ellos, se disfrazó con la túnica que solian usar los predicadores de la fé cristiana, cuyo noble ejemplo fué imitado al momento por sus demas amigos, sin la menor excepcion.

Pero como entre estos se encontraba uno de corta edad y recién bautizado, temiendo el santo joven, con razon, que no llegase á perseverar en el día de la última y terrible prueba, llamándolo aparte, le dijo:

"Niño mio, aun no conoces todavía lo que quiere decir terminar la vida con muerte de cruz; lo mejor será que esperes otro tiempo para morir por Dios."

A lo que le contestó el niño: "Confieso, Señor, que llevo poco tiempo de ser cristiano; mas no obstante, gracias á Dios, comprendo demasiado lo que importa salvar la propia alma. No estimo tanto la vida, cuando estoy cierto que la muerte del cuerpo me debe abrir las puertas del cielo."

Complacieron tanto á Pablo tan fervorosas palabras, que abrazándolo

tiernamente y dándole gran cantidad de dinero para socorrer á sus pobres padres, unidos todos, se pusieron en camino para Osaca.

No fué menos admirable el valor de Constantino, hermano de Pablo, tiernísimo amigo del V. Marcelo de Rivadeneyra y residente entonces en Meaco, quien habiendo oído la orden de Taicosama, de acuerdo con su primo Miguel, corrió precipitado á unirse á los misioneros. Pero no habiéndoles permitido las guardias la entrada al convento, se retiraron á una pobre casa poco retirada, hasta que causado de esperar mas, salió á la calle pública, y comenzó en alta voz á declararse cristiano; por lo cual fué llevado ante su padre, al que protestó solemnemente que deseaba morir por Cristo junto con sus maestros. A estas resueltas palabras, airado Guenifoin, lo reprendió ásperamente, diciéndole: "¡Oh hijo cruel! ¿hasta cuándo serás inhumano con tu padre? ¿Porqué no antes de abrazar la religion cristiana me diste aviso? Y puesto que tu nueva profesion de fé era ignorada, ¿por qué, publicarla tú mismo, cuando de esto podrá seguirse tu muerte?" A lo que le contestó intrépidamente el hijo: Lo hice, padre mio, porque nada me espanta la muerte, sino antes la deseo ardientemente por amor de mi Dios." Nada valieron las lágrimas y los ruegos de toda clase de que se valió la madre. Constantino estuvo firme, y tal vez habria caido mártir de Jesucristo junto con Pablo y Miguel, si Guenifoin no hubiera despues, como se ha dicho, mitigado la ira de Taicosama contra los misioneros de la Compañía de Jesus, de quienes eran mas especialmente familiares.

Tambien fué admirable el ejemplo dado por Doña Gracia, reina antes de Tango, y como queda dicho estraordinariamente afecta á los hijos de San Francisco; la cual luego que oyó la orden de Taicosama, reuniendo en su casa gran número de mujeres cristianas, comenzó á decirles: "Ya, queridas mías ha llegado la hora de la prueba, la hora de demostrar con hechos ser verdaderas amantes de Jesucristo. Ea, pues, preparémonos al martirio. Dios nos llama á la gloria, no desoigamos su llamamiento. ¿Y qué, debemos acaso ser menos que los hombres? Por todas partes los cristianos hermanos nuestros se preparan á dar la vida por Cristo; ¿y nosotras, nosotras solas, nos encerraremos medrosas dentro de nuestras casas por temor de la muerte? Preciso es que los discípulos sigan las huellas de sus maestros. Vamos, repito, si verdaderamente os sentís

en vuestro corazon enamoradas de Cristo y de su religion, imitad lo que me vereis hacer." Y al heróico ejemplo de Gracia, todas aquellas mujeres, pobres y ricas, esclavas y libres, partieron enagenadas de gozo á preparar sus mejores vestidos para adornarse en el día del martirio y morir decorosamente sobre la cruz.

Lo mismo se vió en todas las demas partes del Japon, especialmente en Osaca. Vivía en esta populosa ciudad un cristiano llamado Víctor Hodaquesuqui, secretario del gobernador del lugar, el que sabida la prision de San Martin de Aguirre, se dirigió prontamente á su casa, y llamando á su mujer é hijos, exhortándoles grandemente á morir por Cristo, se encaminó en su compañía al pequeño convento de Belen á ponerse al lado del Santo franciscano, y á los que por el camino, so pretexto de amistad le aconsejaban que huyese de Osaca, ó á lo menos no obligase á su familia á morir, les respondia valeroso: ¿Qué decis? ¿Sabreis que no puedo yo dar á mis hijos un bien mayor, que del que ahora se trata, es decir el que sean contados en el número de los mártires? Pero tambien sus esperanzas quedaron fallidas como las de los otros.

Admirable fué igualmente el ardor conque Andrés Ongasavara, natural de la provincia de Ovari, pero entonces junto con su familia, vecino de Osaca, se preparó á la muerte. Porque apenas supo que en union de los misioneros sufririan tambien el martirio muchos cristianos, esperando contarse en el número de estos, anunció públicamente que profesaba la religion de Jesucristo y pertenecía á los que por esa causa eran sentenciados. Mas oyendo decir despues, que entre tantos fieles solamente á algunos tocara tan dichosa suerte, encontrándose con Víctor, de quien acabamos de hablar, entró con este en disputa, probándole con multitud de razones, convenirle á él preferentemente dar la vida en defensa de la fé.

Empero mucho mas edificante y placentero al mismo tiempo fué el diálogo que tuvo con su padre, hombre de ochenta años, muy sencillo y naturalmente virtuoso, el cual, como por ser cristiano de pocos meses, le pareciese á Andrés no tener la mejor disposicion para sufrir el martirio, le ocurrió irlo preparando poco á poco. Presentándosele, pues, y manifestándole primeramente los rumores que ya corrían contra los adoradores del Crucificado, le habló de esta manera: "Padre mio, aun

no conoces lo bastante lo que quiere decir martirio, pero escúchame y te lo explicaré. Entre tantos dones y beneficios espirituales que Dios nuestro Señor suele conceder á sus hijos, tiene en primer lugar la gracia de dar la vida por ellos, de la que un hombre debe creerse adornado, cuanto antes que abandonar su ley siente dispuesto su corazón á sufrir toda clase de injurias, persecuciones y tormentos y aun la misma muerte. Aquel, por lo tanto que aspira á tan sublime don de Dios, es de toda necesidad que considere bien, primero, si reconoce en sí tanta paciencia para resignarse á soportar por su amor todos los padecimientos posibles."

A estas palabras contestó riendo el anciano: "¡Oh hombre niño! ¿y te atreves tú á aconsejarme tales cosas? ¿Pretenderás que yo me deje matar por un puñado de gente tan malvada? ¿Crees acaso, que viendo yo á esos impíos aprisionar á nuestros padres espirituales, pueda estar-me quieto, como si tuviese atadas las manos? No, por cierto, porque sería una grande vergüenza." Tenia el buen viejo, segun la costumbre de los japones, ceñida la espada, y sacándola de la vaina, dando vueltas por la estancia con ella en la mano, con la cabeza erguida y el rostro airado, como si fuese un hombre de fresca edad, esclamaba repetidas veces: "¡Ah! sí, vengan, vengan estos hombres inicuos y perversos, y si intentan matar á los padres, yo los defenderé con estas armas mientras tuviere brazos y espada; y si despues me quitaen la vida, caeré contento con ser mártir, porque no seré muerto como hombre vil sin haber antes combatido como esforzado y valeroso soldado."

Despues de este arrebato, calmado algo, volvió á su asiento, al parecer tranquilo; pero recalando en su interior las palabras de su hijo, se levantó de nuevo, apretó la espada en la mano, reconocióla de la punta al puño, y dando grandes pasos y esgrimiéndola en todas direcciones, cual si estuviere combatiendo, y siempre colérico, fijando la vista en Andrés repitió: "¡Vaya con lo que me ha venido á aconsejar este manco, de dejarme asesinar vilmente por semejante gentuza! Vive Dios, que antes deberán experimentar el valor de mi brazo, porque bien sé como se maneja este fierro."

Viendo entonces Andrés cuán inútil habia sido aquella prueba, y temiendo que el buen anciano no fuera á hacer algo contrario á la religion, en el caso que llegaran los soldados, como se decia, trató de persuadir-

lo al menos á retirarse de Osaca, rogándole de esta manera con la mayor tranquilidad. "Padre mio, no ignoras la antigua y renombrada familia que es la nuestra por todo el Japon. Ahora bien, pues que tengo firmemente decidido dar la vida por Cristo, procura tú ponerte en salvo, junto con mi hijo único, para que no se estinga nuestra estirpe." A cuyas palabras mas ofendido y encolerizado el anciano, le contesto: "¡Oh petulante rapaz, cada vez advierto mas que estás privado enteramente de juicio, cuando te atreves á hablarme así! ¿Te parecen propios estos consejos para darse á un viejo? ¿Acaso, te conviene á tí, siendo jóven, mas conveniente morir primero que yo tan avanzado de edad? ¿Con qué cara sufriré tranquilo semejante vileza en medio de los hombres? No, jamas toleraré tanta ignominia. Y puesto que te has atrevido á darme consejos, escucha ahora uno de mi boca. Tú, ponte en salvo en mi lugar, y deja que yo llegue á mártir, pero despues de haber roto la cabeza á nuestros enemigos."

Es indecible el dolor del pobre de Andrés al escuchar el firme propósito de su padre; pero Dios finalmente quiso consolarlo de improviso, y puede decirse por un milagro, iluminando el alma del anciano; el cual, mirando á su mujer, así como á la jóven esposa de Andrés y demas de la familia, escoger los mas hermosos y ricos vestidos que tenian y preparar objetos de devocion, como reliquias de santos, rosarios y cosas semejantes, quedó fuertemente sorprendido, á vista de una cosa tan enteramente nueva para él. Y mucho mas creció su admiracion oyéndolas esclamar. "¡Bendito sea nuestro Dios, que nos ha reservado á estos felices tiempos, y preguntándoles el motivo de su gozo, le contestaron: "Hacemos esto para adornarnos en el dia del martirio, dia de gran fiesta para nosotros y para todos aquellos que antes de abandonar á Jesucristo estén prontos á dar la vida por él, para tenerla mas gloriosa en el cielo." A tan fervorosas palabras, mudando repentinamente de opinion el anciano, esclamó tambien: "Y yo no quiero ser menos que vosotros." Y arrojando en seguida la espada y depuesto en un todo su furor, tomó el rosario, y rezando devotamente se preparó á la muerte con grande alegría y no inferior consuelo de los que lo escucharon. Empero por las razones ya espresadas, no concedió el Señor la palma de mártires á esos magnánimos discípulos de la Iglesia Católica.

En obsequio de la brevedad, dejamos de hacer mension de multitud de otros hechos semejantes; llenos todos de aquel fervoroso entusiasmo que bastan solos para demostrar la divinidad de la religion de Cristo. Por que en efecto, tocaria á lo imposible referir enánto todos aquellos cristianos, de un modo ó de otro, despreciaron sus bienes, riquezas y honores y aun su misma vida por confesar á Jesucristo y á su santa ley. Diremos únicamente, que despues de los primitivos tiempos de la Iglesia, jamas se vió en la cristiandad tanto amor de sacrificio y tan gran deseo de padecer la muerte en solemne triunfo de la fé del Nazareno, como en la del Japon, aunque tan recién fundada y nacida en medio de peligros y riesgos de toda clase, de persecuciones públicas y privadas, de ocultas asechanzas, calumnias, contradicciones, amenazas, cárceles y destierros. Llegada la hora de la prueba, todos, hombres y mujeres, pobres y ricos, jóvenes y ancianos, se levantaban como una sola persona, á confesar intrépidos su sacrosanta religion, lo que era tanto mas heroico, quanto estaban muy ciertos, al menos en su interior, de encontrar puntualmente por ello la muerte. ¿Y quien presenció nunca un espectáculo mas tierno y edificante? Las madres con sus pequeños niños, los padres con sus propios hijos, los amos con sus criados, los grandes señores con sus familiares, prontos, sin temor, con alegre semblante, trasportadas sus almas de inefable júbilo, manifestarse no solo cristianos, reunirse únicamente á los santos misioneros franciscanos y jesuitas, sino rogar ellos mismos y excitar á los soldados que escribiesen sus nombres en la lista de los sentenciados. Ciudades enteras y populosas poblaciones quedaron desiertas, partiendo todos los cristianos á Meaco y Osaca para unirse á los mártires y participar en su compañía de su última suerte. Viéronse nobles matronas, vestidas de gala, con el Crucifijo en la mano, salir al encuentro á los soldados y ofrecerles gruesas sumas de dinero, para que sus nombres apareciesen entre los demas que se conducian al suplicio, sufriendo con heroica paciencia villanías, injurias é insultos; viejos y jóvenes trabajar con sus propias manos grandes cruces, y abrazados á estas esperar que se presentasen los esbirros á prenderlos; niños de pocos años, llorar en pos de sus padres para que los condujeran á la muerte; delicadas doncellas, en fin, con el rosario al cuello, seguir los pasos todos de sus madres, recelosas de que sin saberlo no se dirigiesen al lugar del martirio.

Y Bien: si esto no manifiesta un grande y espléndido milagro obrado por el dedo mismo de Dios, un solemne y acaso jamas visto triunfo de su fé, ¿á cuál otra deberemos dar crédito? Y entiendan los lectores, que semejante entusiasmo no fué de poca duracion ni momentanea; sino continuado por largo tiempo, desde el principio de la persecucion hasta el sacrificio de la cruz sufrido por los mártires japones; es decir desde los primeros dias del mes de Diciembre de 1596, al 5 de Febrero del siguiente año, y aun mucho despues como lo haremos observar en el discurso de esta historia.

CAPÍTULO XVIII.

LOS FRANCISCANOS EN LA CARCEL PUBLICA DE MEACO.



El repetido mes de Diciembre de 1596 estaba ya al concluir, y los santos misioneros de Meaco y Osaca, aprisionados en sus propios conventos se hallaban en espera de la muerte con tanto júbilo, cuanto no puede experimentar un hombre que se encuentra próximo á conseguir una grande é inesperada fortuna. Pero, ¿cómo describir las ansias del corazon, las agitaciones del alma, las dudas y afanes de aquellos invictos héroes de la fé, al ver diferrirse tanto la hora de contarse entre los mártires de Jesucristo? No era ciertamente por el deseo de poner fin á tantas penas, á tantos sufrimientos y persecuciones, sino mas bien, por el temor de que mudase de parecer Taicosama, por alguna humana consideracion, y perder aquella corona que en su interior tenian á los ojos, en toda la brillantez de su gloria. Y en verdad que hubo un momento de grande peligro, porque algunos grandes señores de la corte, entre ellos Tungen y Guenifoin, movidos de la natural piedad, que nunca se extingue enteramente en el corazon del hombre, y aun acaso temerosos de la conmocion de los cristianos, que formaban no despreciable parte de la capital del imperio, se presentaron nuevamente al emperador, procurando con empeño inducirlo á retirar la orden dada á Gibongio contra los hijos de San Francisco; y tal vez Taicosama, habria inclinádose á medidas mas suaves, si advirtiéndolo el impío Jacuino, no le hubiese convencido de nuevo á mantener con firmeza sus disposiciones contra los frailes de Luzon; inventando nuevas calumnias, y persuadiéndole ser acto de vergonzosa flaqueza para un soberano derogar sus órdenes aun cuando no fuesen segun justicia. Por lo que Taicosama despidió á los protectores de los franciscanos, diciéndoles como Pilato: que lo decretado era irrevocable. Y á esta interposicion debe atribuirse sin duda, la dilatada prision de los

misioneros, que habian llegado ya al 25 del espresado mes, ignorando todavía cuándo y de qué manera serian conducidos al suplicio.

Con todo, así en Meaco como en Osaca, no abandonaban sus prácticas religiosas, ejercitándose siempre en piadosas y santas obras, especialmente en las de su instituto. Cada mañana se les veía celebrar misa, predicar, confesar y administrar el santísimo cuerpo de Cristo á los religiosos Terceros presos allí, y aun á muchísimos cristianos, á quienes se habia consentido poder frecuentar la iglesia de Santa María de los Ángeles; y no pocas veces quedaron altamente conmovidos los soldados, viendo á esos pobres hijos de San Francisco tan resignados en Dios y tan pacientes en sufrir toda clase de insultos, cuando amenazaba sobre sus cabezas la sentencia de muerte. Por lo cual, lejos de oponerse á que los cristianos, y tambien algunos gentiles, les prodigasen limosnas, daban muestras de no advertir lo que pasaba. Pero lo que aun mas movia á todos á piedad, era el ardor, el celo y entusiasmo con que S. Pedro Bautista exhortaba dia y noche á los religiosos y demás cristianos á la resignacion, á la constancia y amor de Jesus, especialmente á los pobres y enfermos de los dos hospitales, á quienes no pudiendo socorrer en persona por todo el tiempo de su prision, ordenó fuesen asistidos por los cristianos, dividiendo en ellos las limosnas que recibia de sus piadosos bienhechores; siendo indecible el profundo dolor que sentia su corazon al pensamiento de tener que abandonar á la doble miseria de la pobreza y enfermedad á tantas infelices criaturas y miserables huérfanos.

Muchas fueron las lágrimas, y prolongados los gemidos del santo embajador de Luzon y de todos sus gloriosos compañeros á tan funesto recuerdo. El único motivo de consuelo que tuvieron estos animosos bienhechores de la humanidad, abandonada en medio de sus penas, solo fué pensar que hay en el cielo un Dios, padre de todos los hombres, y mas especialmente de los huérfanos y de cuantos son hijos de la desventura y del llanto.

En tal estado de ansiedad y sufrimientos continuaron viviendo los franciscanos hasta el 24 del mes de Diciembre, vigilia del nacimiento de Cristo; y ciertamente no les sirvió de poco consuelo poder aun en medio de su prision celebrar, juntamente con una gran multitud de cristianos, tan solemne festividad, que si para todos los hombres es fuerte motivo de

esperanza y fé en Dios, mas especialmente es causa de amante júbilo en los hijos del Serafin de amor, de quien cabalmente aprendió el mundo católico "á celebrar festivo con rito anual la cuna en que descansó el divino Infante." Escúchese como prueba, el santo entusiasmo con que el santo comisario escribió algunos dias despues á su amado compañero S. Martin de la Ascencion, preso por amor del Crucificado en el pequeño convento de Osaca.

"La paz de Nuestro Señor Jesucristo sea con vos. He recibido carta del hermano Juan el Pobre, que consoló mucho mi afligido corazon, habiéndome informado que el P. Fr. Diego de Guevara y esos señores españoles, en medio de tantas desgracias como les han sobrevenido, quisieron para su consuelo espiritual, pasar en vuestra compañía las santas fiestas de la Natividad del Señor. ¡Oh! ciertamente que habria yo tenido á gran fortuna me hubiese tocado en suerte tenerlos conmigo en dia tan solemne para socorrerlos, regalarlos, servirlos y prestarles, en fin, todos los buenos y amorosos oficios que exige la santa hospitalidad. Pero aunque al presente estemos presos y custodiados por soldados, nuestra alma, sin embargo, se halla libre. En efecto, á Dios gracias, tambien nosotros hemos celebrado el nacimiento del santo hijo de María con tal alegría de nuestro corazon, cual no puede explicarse. Celebradas solemnemente las vísperas, rezamos a media noche en voz alta los maitines, cantando el invitatorio, las lecciones é himnos, celebrando yo en seguida misa solemne, incensando á los cristianos que en gran número habian ocurrido, los cuales, aunque no pudieron entrar á la Iglesia por haberlo prohibido Gibongio, asistieron no obstante, á todas estas funciones á la puerta de la misma, sufriendo con tanta constancia y paciencia el frio y la gran nevada que caía, que hemos quedado sumamente edificados. Tambien quisieron, y así lo hicimos, que celebrásemos nuevamente misa solemne, á la aurora.

He oído decir, que otra nave ha abordado al puerto de Tosa; de lo que se cuenta haberse alegrado sumamente Taicosama, quien ha mandado á Chuzungami á capturarla. Si esto es cierto, ¡pobres españoles! sobre todo si la nao ha partido de la isla de Luzon; porque, en verdad el emperador con esta ocurrencia acabará de dar crédito á cuanto falsamente se le ha informado en nuestra contra. Es decir, que la nao de

San Felipe habia llegado á las costas del Japon para hacerle la guerra. Dios nos provea de mayores auxilios en esta segunda desgracia, que causará no pocos males á Manila.

"Fr. Gerónimo puede marchar libremente á Nagasachi, tanto mas, cuanto que así me lo ha rogado el general. Con todo, creo seria mejor que aguardase algunos dias, á lo menos hasta que no llegue á saberse la última resolución que respecto de nosotros tomará el emperador. Sin embargo, si él opina pasar allá, que lo haga con la bendicion de Dios y la mia. En cuanto á Fr. Juan, seria bueno que regresara á Manila á dar cuenta al P. provincial de cuanto nos pasa en estas tierras, y que al presente, mientras no calme esta tempestad, bastamos para el cultivo de esta viña del Señor. Mas si entre tanto llegase á oír que siempre seremos conducidos al suplicio, desearia se mantuviese oculto en el Japon, aunque, á decir lo que siento, temo mucho que no nos conceda Dios esta gracia. Pero sea lo que fuere en lo futuro, me ha parecido muy bueno la reflexion que Fr. Juan me hacia en su carta, que no nos convenia partir de estos países, cuando tantos cristianos podian ser entregados á la muerte ¡Oh! por cierto que no haremos tal, sino que si llega este caso, los acompañaremos al lugar del suplicio, prodigándoles toda clase de auxilios, sin cesar un punto de predicar la fé de Nuestro Señor, porque solo por este medio podremos, digámoslo así, obligar á los verdugos á ligarnos como reos y quitarnos la vida juntamente con ellos. Y todavía, si esto no bastare y quedamos vivos, ni aun así abandonaremos el país, sino siendo arrojados por la fuerza. Pero Dios disponga de nosotros como mejor le agrade. Y ciertamente que nunca le he pedido que me libre de la muerte, sino que en mí se haga enteramente todo quanto convega á la gloria de su santo nombre y en provecho espiritual de su afligida Iglesia.

Una cosa, con todo, aflige mi corazon, y es que ni á los pobres de los hospitales se les permite acercarse á nosotros, y á nosotros tampoco poder acudir á auxiliarlos en sus miserias. ¡Oh! ellos no tendrán ciertamente con que alimentarse; y si mas dara nuestra prision, morirán de hambre esos miserables. Por nuestra parte los socorremos todavía, participándoles de las limosnas que no dejan los cristianos de hacernos; y á Dios gracias, aun que presos, tenemos mucho mas que en el tiempo

de nuestra libertad. Ahora bien, animémosnos naturalmente y á porfía por medio de fervorosas oraciones á Dios, para que nos dé gracias de soportar con constante resignacion el peso de nuestras tribulaciones. Por lo que mira á todos esos señores españoles, les hareis saber, que nunca hemos dejado de rogar por ellos, y diariamente acostumbramos rezar las letanías de la Santísima Virgen, para que en todo los proteja. Adios, hermano mio, Nuestro Señor os consuele siempre con el auxilio de sus gracias.—*Fr. Pedro Bautista, Comisario.*?

En otro capitulo hemos hablado de la llegada á Osaca del V. Fr. Juan el pobre, ó de Zamora, juntos con los españoles venidos de Tosa, para implorar la clemencia del emperador en el negocio de la nao de S. Felipe. Pero para mayor inteligencia de la carta de San Pedro Bautista, debemos decir ahora, que puntualmente llegaron poco antes del 25 de Diciembre, detenidos en el mar por mas de veinte dias por la terrible tempestad, de que ya se hizo mencion. Todos ellos, hospedados primero en la casa de un fervoroso cristiano, lanzados de ella por la fuerza y mantenidos por algunos dias en estrecha custodia en el palacio del pérfido gobernador de Urando, consiguieron por último licencia de poder habitar en el pequeño convento de Belen, donde en compañía de San Martin de la Ascencion, asistieron despues á las fiestas del santo Nacimiento. Lo que en seguida les pasó, lo veremos en otra parte, requiriendo ahora la secuela de la histoia, continuar la narracion de los santos aprisionados en Meaco.

A los 30 de Diciembre de 1596, habiendo llamado Taicosama al gobernador Gibongio, le habló de esta manera: "Tiempo es ya de hacer morir á los frailes de Luzon. "Ordeno, pues, que tanto los de Osaca como los que se hallan en Meaco, sacándolos de sus propios conventos, sean conducidos á la cárcel pública de esta ciudad. Despues de esto, colocados sobre carros, tirados cada uno por un solo buey, y hechólos recorer antes, para su mayor confusion, por las calles mas concurridas de Meaco, los conducireis en seguida al centro de la ciudad, haciendo cortar á todos la nariz y orejas. Luego, puestos á caballo, mando sean espuestos á la vergüenza por las ciudades de mi reino hasta Nagasachi, donde serán crucificados. Y para que todos conozcan los motivos de esta mi resolucion, cuidareis de que al frente de todos recorra el camino un soldado con un

cartel en la mano en que se lea haberlos sentenciados yo á muerte *por haber predicado la religion cristiana.*" A todo lo cual prometió Gibongio dar cumplimiento sin separarse un punto de sus órdenes, y despedido de Taicosama, despachó un correo al gobernador de Nagasachi haciéndole saber aquella sentencia, para que lo tuviese todo preparado para la ejecucion que en ella se prevenia.

La tarde, pues, del mismo dia 30 de Diciembre, y justamente en la hora de vísperas, en que San Pedro Bautista junto con todos sus compañeros religiosos y Terceros, estaban en el coro á entonar alabanzas al Señor, grandes turbas de esbirros, á guisa de hambrientos lobos, entre alegres gritos de los pérfidos bonzos, y gemidos y lamentos de todos los cristianos de la ciudad, rodearon el convento de Santa María de los Angeles, al que entraron en seguida con estrépito é inauditos bramidos. Al punto comprendieron los santos aprisionados acercarse la hora del sacrificio; por lo que, concluido el rezo de las vísperas, levantando los ojos al cielo y unidas las manos, dieron gracias á Dios en lo íntimo de su corazon. San Pedro Bautista, cabeza y guía de aquel pequeño escuadrón de valientes, confesores de Cristo tomando en la mano un Crucifijo, levantándolo en alto y puesto en medio del altar, dijo un breve discurso para confortar á sus queridos hijos, que lo rodeaban como niños á su madre; y dirigiendo en seguida unas cortas oraciones á aquel Dios que habia querido morir por el linaje humano en el árbol de la cruz, entonó en voz alta el *Te Deum*, respondiendo en coro todos los religiosos; quienes entregándose por último en las manos de los verdugos, fueron estrechamente atados con cordeles y cadenas. Entoncez un lugarteniente del gobernador, para ver si alguno faltaba pasó lista de los santos prisioneros quienes francamente respondieron, menos uno llamado Matías, que casualmente se hallaba fuera del convento; por lo que, temiendo que se hubiese fugado, mandó salir á algunos soldados para que lo buscasen por la ciudad. Apenas salidos estos de la Iglesia, comenzaron á gritar: "Matías, Matías, ¿Dónde está Matías?" cuando de la gran multitud de cristianos, que llorando rodeaban todo el monasterio, vieron desprenderse un hombre, que poniéndoseles delante intrépidamente, les dijo: "Yo, yo soy el que buscáis." Era tambien este un fervoroso cristiano, sirviente y Tercero de los franciscanos, quien, aunque el dia 13 de Diciembre no habia sido

puesto en la lista de los sentenciados, ardiendo, sin embargo, en deseo de dar la vida por Cristo, quiso espontáneamente entregarse á los soldados. Unido á la presencia del lugarteniente, y no reconociéndolo por uno de los presos, le contestó: Tú no eres el que buscamos, tú estas libre de la muerte." A lo que replicó el cristiano: "No, no, yo soy el mismo" "Pero tú no eres el sentenciado Matías," mas él, contestó "Sí, sí, yo soy el mismo Matías, y aunque no lo fuese, soy también cristiano, y amigo como él, y también sirviente de los frailes de Luzon con los cuales pues debo morir." A lo que dijo por último el lugarteniente: "Bien, si así es, atesele como á los demas," lo que al momento se ejecutó.

Era el nuevo preso, natural de Meaco, y mucho tiempo fervoroso cristiano, cuando los benditos fieles de San Francisco fueron á habitar á esa ciudad, capital del Japon. Tan luego como los conoció, arrastrado por la natural bondad de su corazón, los amó, les prodigó toda clase de auxilios y se hizo por último su imitador é inseparable compañero. Admirable fué su caridad para con los desdichados recogidos en los hospitales, á quienes es indecible el amor con que prestaba todo género de servicios, especialmente á los mas pobres, á los que siempre socorria con amplias limosnas. Dedicado á cultivar la viña del Señor junto con Leon, Pablo, Francisco, Buenaventura y otros, no es fácil referir el número de los que convirtió á la fé del Nazareno, la que ya habian abrazado antes, en virtud de sus santas exhortaciones todos los de su familia. Admitido posteriormente por el mismo Pedro Bautista á la Sagrada Tercera Orden de Penitencia, no hubo práctica alguna espiritual ó austeridad monástica á que constante y empeñosamente no se dedicara juntamente con los religiosos. Reducidos estos á prision, solamente se ocupó Matías en llorar y pedir con fervor á Jesucristo, que lo hiciese digno de sufrir el martirio en testimonio de haber también él predicado su santo nombre, de lo que puede inferirse la alegría que sintiera su corazón, viendo que Dios le satisfacía sus ardientes deseos. Abrazándose de los franciscanos, y seguro ya de padecer con ellos la muerte por Cristo, tribútóle Matías de lo íntimo de su alma las mas fervorosas gracias.

Atado, pues, con los demas este nuevo héroe de la Iglesia Japona, y rodeados todos de muchos soldados, fueron estraidos de su templo y arrastrados á la cárcel pública. Grande fué la conmocion de los cristia-

nos al ver á sus padres y hermanos ligados como malhechores, con cordeles y cadenas, bejados con toda clase de insultos y burlas por los soldados de Taicosama y colmados de injurias por los bonzos y gentiles, reunidos allí para regocijarse en su malvado triunfo. Empero, sobre la frente de los mártires radiaba aquella luz que es el reflejo de las almas justas; ni una palabra de lamento se escuchaba de su boca, ni se percibia el menor suspiro: se habia dicho, que no á la muerte, sino á la posesion de un gran bien eran conducidos. Y así lo era en verdad; porque felices con el éxtasis del amor, veían ya ante sus ojos aquella oracion resplandeciente de gloria, que dentro de poco les concederia Dios en el cielo. Sin embargo, apenas dados algunos pasos, no sufrió el corazón de San Pedro Bautista seguir adelante sin dar el último adios á aquella Iglesia levantada con tantos afanes por la piedad de los cristianos, y donde tantas veces habian elevado cánticos y preces al Dios de la paz y á su Inmaculada Madre María, á cuyo culto estaba consagrada. Por lo cual, el Santo Comisario, con el alma ciertamente conmovida en aquel momento, vuelto á mirarla otra vez mas, levantó en alto la frente, y entre el llanto universal de los fieles, entonó á toda voz á la Reina del cielo aquel cántico de alabanzas que le ha consagrado la Iglesia, y que comienza ¡Oh! gloriosa Domina.

La conmocion de todos, cristianos y gentiles, llegó á su colmo, cuando aquel ilustre escuadron de la Iglesia militante pasaba por las puertas de los hospitales de San José y Santa Ana; porque todos los miserables recogidos allí, advirtiendo por el rumor que escuchaban, que los franciscanos eran conducidos al martirio, prorumpieron en los mas desolantes gemidos de dolor que pueden exclamarse. "¡Ah infelices de nosotros! exclamaban estos pobrecillos: ¿Quién nos socorrerá? ¿Quién cuidará de nuestras almas? ¿Quién suavizará nuestras penas? ¿Quién, en fin, si se nos quita á nuestros maestros, nuestros consoladores y nuestros ángeles tutelares? ¡Oh! adios, adios por última vez, ó padres tan amantes y piadosos para nosotros! ¡Adios Pedro Bautista, adios Gonzalo, adios Francisco, adios Felipe, Leon, Mignel, Pablo, adios á todos! ¡Ah! bendecid, ó gloriosos mártires de Jesucristo, á nuestras almas, para que se nos conceda volver á veros á lo menos en el cielo!" No es decible el profundo dolor que oprimió á todos en este momento, especialmente á los santos misioneros, que por

mas de dos años se afanaban en asistirlos con todo esmero por amor de aquel Dios que tiene escrito: "Lo que hicieres á mis pobres lo reputaré como hecho á mí mismo." Pero sobre todos San Pedro Bautista, á tan lamentables voces lloró de profunda tristeza, recordando que á pesar del héroe sacrificio á que se preparaba, aun era viajante en este valle de lágrimas, y no pudiendo alcanzar las manos, que tenia atadas á la espalda, bendijolos con el alma, y levantando la voz exclamó: "Valor, hijos míos, animaos con el pensamiento de que ayá en el cielo hay un Dios, que si es padre de todos los hombres, de un modo especial todavía protege la vida de los huérfanos y de cuantos en el mundo son pobres y abandonados. Yo os confío á su proteccion y á la de su Madre María. "Adios hijos míos, hasta vernos en el paraíso." Y dicho esto continuaron su doloroso camino.

Mas no estaban distantes del convento de Santa María de los Angeles, cuando se presenció otra escena que causó mayor conmocion. Ya referimos con qué fervor y entusiasmo se prepararon Cosme, Yoya y su santa mujer María, á dar la vida por Cristo. Sabedores ambos valerosos héroes de que los franciscanos eran llevados á la cárcel pública, volaron á encontrarlos en el camino, y penetrando entre los cristianos y soldados, abrazándose de sus queridos hermanos prurumpieron en clamores del mas profundo dolor, rogando ardientemente, tanto á los mártires, como á los ministros de justicia, que atándolos con ellos los hicieran dignos de sufrir la muerte en su compañía. Pero sobre todo es imposible decir las palabras, la pugna y el contraste que se vió en aquel punto ante la piadosa mujer y los fieros soldados de Gibongio; empeñados estos en separarla y ella en mantenerse siempre unida á los santos mártires; ellos á gritarle que no podian satisfacer sus deseos sin la orden de su gefe, María á protestar que deseaba morir por Jesucristo como verdadera cristiana. Por último golpeada brutalmente por la tropa, mofada por los gentiles y despedazados sus vestidos, fué arrancada del lado de los mártires, y aunque de linaje muy noble fué encerrada en una horrible prision, cuyo hecho ha sido atestiguado por el mismo Cosme Yoya su esposo, en la relacion que escribió sobre el martirio de los franciscanos.

Mas fácil es concebir que contar en palabras cuán sorprendidos queda-

ron así los cristianos cuanto los hijos de San Francisco á tan edificante y no menos admirable fé y amor á Dios, de esta notable heroína. Todos lloraron y hasta los soldados, que aunque barbaros quedaron sin embargo conmovidos dentro de su alma. Por tal motivo y para terminar de una vez aquella escena de desolacion, acercándose San Pedro Bautista á Cosme, que con las manos alzadas estaba arrodillado en su presencia, le dijo: "Hijo mio bendito, amado Cosme, enjuga ya tu llanto y vete con Dios. El de lo alto del cielo ha recibido tu sacrificio, aunque no tengas la fortuna de consumarlo con nosotros. Desigño es de la Providencia que sobrevivias á tus hermanos para bien espiritual de los fieles. Yo te recomiendo á mis pobres, á mis niños y á mis leprosos de los dos hospitales. Tú debes vivir para ellos; si, Cosme, préstales todo auxilio y toda asistencia mientras te durase la vida. Diles de mi parte, que en el cielo tendran en mí un padre amoroso. Adios, mi Cosme, lo que hicieres en bien de esos miserables, lo habras hecho al mismo Cristo, que te dará una corona inmortal en premio de tus fatigas. Y allá, allá, volveremos á verte feliz ante el trono del Cordero Inmaculado." Dicho esto, prosiguió su camino hasta la cárcel, distante como un cuarto de legua del convento de Porciuncula, donde habiendo llegado los cinco hijos de San Francisco, con sus santos Terceros, fueron encerrados en un mismo lugar con los malechores y demas chusma de criminales. Debien- do pasar en silencio el júbilo de los Santos Leon, Pablo, Tomás, Buenaventura y Gabriel al verse reunidos á sus padres y hermanos, como una cosa que debe suponerse naturalmente, segun lo que tenemos referido de su fervor, nos limitaremos solo á decir, que al momento que Pedro Bautista puso el pié en la cárcel pública de Meaco, fué inspirado del Espíritu de Dios, de tal manera, que comenzó á predicar la fé de Jesucristo á las guardias y soldados que lo rodeaban, los que, conmovidos no poco, de tan ilustre ejemplo de valor cristiano, confesaron altamente, que jamás habrian creído que hombres condenados á muerte tuvieran tanto ardor, tan grande fé y constancia en padecer por Cristo.

En el primer día de Enero de 1597, á consecuencia de las órdenes de Gibongio, dadas al gobernador de Osaca, fueron igualmente atados y custodiados por la tropa, y conducidos de esa ciudad á la de Meaco, los santos aprisionados, Martin de la Ascencion, Joaquin Saquiyi, Antonio

Nagasacano y Tomás Cosaqui, de la Orden de San Francisco, y Pablo Miki, Juan de Goro y Diego Risai de la Compañía de Jesus, con los que se completó el número de veinticuatro encarcelados. Sabido esto por el Padre Organtino, intentó, por medio de algunos amigos de Gibongio, que dicho gobernador pusiese en libertad á los tres jesuitas; pero que no encontraba modo de salvarlos, porque creyendo Taicosama que ningun religioso de la Compañía hubiera en Osaca, hablándole ahora de esto, sería fácil, que arrebatado de cólera condenase á muerte á todos los demas. Por lo cual juzgaba conveniente, que por la salvacion de todos fuesen sacrificados aquellos tres, que se le recomendaban. Sin embargo, se procuró todavía ver algun modo de salvarlos, con cuyo objeto se interpuso la mediacion de un ministro del gobernador de Osaca. Pero Dios que en sus inescrutables designios habia dispuesto conceder la palma del martirio á aquellos tres gloriosos héroes junto con los hijos del Seráfico Padre, hizo que aquel gobernador se mantuviese firme en su resolucion. Lo que sabido por Pablo Miki, dió con sus compañeros infinitas gracias á aquel Dios que elige al que le place; diciendo intrépidamente á los que habian intentado salvarlos de la muerte del cuerpo: "¿Pues qué? ¿este es el amor que me teneis? ¿Será, pues, cierto, que os hayais empeñado, tanto en privarme de un bien tan grande, cuando debiais mas bien alegraros, y con nosotros tributar muchos agradecimientos á la infinita bondad del Señor? Tal fué la causa por la cual no se cerró el camino del martirio á los tres espresados gloriosos Apóstoles.

Mas dejando por un momento á los santos aprisionados en su cárcel de Meaco, conviene referir, para terminar este capítulo, algunos prodigios obrados por Dios, como muestra de su digna indignacion contra los enemigos de sus siervos, apenas pusieron las manos sobre Pedro Bautista y sus compañeros: prodigios de que no puede dudarse, constando todos por los historiadores que hemos citado, y aprobados, por último, solemnemente por el inmortal Pontífice Benedicto XIV, que en su célebre obra de *Canonizatione Sanctorum* se espresa de la manera que sigue:

Apenas fueron aprisionados, de orden de Taicosama, San Pedro Bautista y sus compañeros, apareció en el cielo un espantoso cometa, que en forma de cruz, partiendo de las Islas Filipinas, parecia estenderse hasta la ciudad de Nagasachi, milagro singular, que duró hasta la llega-

da de los mismos al lugar del suplicio, despues del cual desapareció para siempre. Igualmente, despues de la prision de los mártires, fué sorprendida la ciudad de Meaco de un terremoto tan grande y acaso el mas espantoso que se hubiera experimentado en otros tiempos, que se continuó por el espacio de tres horas, en que vinieron á tierra muchos edificios, especialmente de los dedicados á las falsas divinidades. Y no solamente quedó desolada por el anterior azote, sino poco despues anegada por un diluvio de aguas tan grande, que costó la vida á innumerables de sus habitantes. Mas como si todo esto no bastase á manifestar á esa desgraciada ciudad, la ira del cielo en su contra por la prision de los héroes de la fé, por el mismo tiempo una imájen del glorioso Patriarca de los pobres San Francisco de Asís, que se veneraba en la Iglesia de Porciúncula, sudó sangre á vista de multitud de pueblo, que quedó grandemente admirada.

CAPÍTULO XIX.

CRUELDAD Y HEROÍSMO.

El día 2 de Enero, en la cárcel en que los santos misioneros unidos todos con los lazos de caridad y esperanza, se confortaban mutuamente, se les presentó de improviso un lugarteniente de Gibongio, anunciándoles que el emperador había destinado á Nagasacki, como lugar de suplicio; por lo cual estuviesen dispuestos á partir cuanto antes para dicha ciudad para ser allí crucificados. Difícil es explicar lo que sintieron en aquel acto aquellos fervientes religiosos, quienes alzando los ojos al cielo y con los brazos al pecho, todos inmediatamente entonaron á Dios un cántico de grata alabanza, tan sublime cuanto el espíritu que los animaba. San Pedro Bautista entonces, no pudiendo contener el impetu de alegría que inundaba su alma, vuelto á sus compañeros les dirigió así la palabra: "¿Cuándo, carísimos hermanos? ¿cuándo amigos y muy queridos hijos míos, fuimos merecedores de tanta gracia? ¿Qué bien hemos hecho, para que la Majestád Divina nos concediese tan grande beneficio? Valor, pues, hermanos míos, en el día del último combate, aunque tan terrible, pero en cuya consecuencia nos ceñiremos una brillante corona de gloria en el cielo. Persuadios no haber otro camino que de este destierro terreno nos lleve con mayor seguridad á nuestro Dios, que el de la cruz. Ni debe este causarnos el menor espanto, porque el Salvador que en ella dió la vida por nosotros, nos será guía, fortaleza, consuelo y premio. ¿Qué rehusaremos nosotros, débiles y pecadores, abrazar aquel glorioso signo de redencion, que sirvió ya de patíbulo al autor de la vida, á Jesus Hijo de María, y que despues de la muerte nos llevará á los eternos gozos del Paraíso? ¡Oh, no! la sentencia fulminada en nuestra contra no es funesta, sino apasible y grata á nuestro corazon; ni esa muerte á que se nos conduce, es otra cosa, que un principio de vida, una entrada á la mansion eterna; porque somos con-

denados en ódio de aquella santísima fé, que con tantos sudores y fatigas hemos predicado. ¿Y podríamos esperar otra mayor fortuna ni mas hermosa gloria que aquella? ¡Oh! hijos muy queridos, ¡oh! benditos hermanos, ¡oh! dulcísimos amigos, vuestras oraciones, vuestras fervorosas y dilatadas súplicas, me han alcanzado á mí, vuestro padre director no perder la corona de mártires. Yo os lo agradezco, y por el júbilo, que en este momento inunda mi alma, os estrecho á todos sobre mi corazon, como muestra del mas santo y tiernísimo afecto."

Mientras esto pasaba, amanecia el día 3 de Enero que en el Japon corresponde al 15 de la undécima luna, cuando advirtieron los veinticuatro aprisionados habérseles llegado la hora de comenzar á derramar su sangre por Cristo. En efecto, á la madrugada, cuando aparecia el sol por el Oriente é iluminaba con sus rayos las cambres de las montañas de Jessan, llegados á la cárcel muchos ministros de justicia y compañías de soldados, fueron, atadas las manos á la espalda y conducidos en seguida á la parte superior de Meaco, donde ya habia concurrido una inmensa multitud de cristianos y gentiles, llorando aquellos de profunda tristeza, y llenando estos de vituperios á los santos misioneros; á todos los cuales, de órden de Taicosama, que se habia trasladado á Fugimi, les fué cortada parte de las orejas. Entonces se vió á qué grado de fé habian llegado los cristianos del Japon, porque tan luego como el suelo de Meaco comenzó á ser vañado de la sangre de los mártires, sin temer á ningun peligro y desoyendo las injurias é insultos, ocurrieron á porfia los fieles á empapar en ella lienzo y recoger las partes cortadas de las orejas, teniéndolas y conservándolas despues como amables y preciosas reliquias de sus padres. Mas lo que orijinó mayor llanto, aún á los gentiles, fué el valor manifestado durante tal barbarie por todos los veinticuatro sentenciados, especialmente los jóvencitos, entre los cuales Tomás, hijo de San Miguel Cosaqui, sobrepujó en fortaleza á todos porque, acercándose á él el verdugo con el cuchillo en la mano y comenzando ya á correr su inocente sangre, le dijo: "Corta bien, si te agrada, sigue con la otra, para que en el día de la resurreccion universal, cuanto mas ahora te encarnices, otro tanto mas hermosas y resplandecientes serán las partes de mi cuerpo que actualmente me destruyas."

Llevado á efecto el bárbaro é inhumano mandato de Taicosama, Gibongio, conforme á la antigua costumbre de los japones, hizo colocar á los mártires sobre otras tantas carretas, y ordenó fuesen llevados por las calles públicas de la ciudad, rodeados siempre de numerosos soldados, uno de los cuales llevaba escrita en un cartel la sentencia de muerte fulminada por el emperador, que decia así: "Por quanto estos hombres, venidos de las Filipinas como embajadores al Japon, permanecieron despues en Meaco *predicando la Religion Cristiana, prohibida por mí severamente en tiempos pasados*, mando que todos juntos con los japones que abrazaron la misma religion, sean muertos. Por lo que, todos los veinticuatro seran crucificados en Nagasachi. Y para que sea notorio á todos que en lo porvenir proscribo y desapruero dicha ley, dispongo que esta mi resolución sea luego llevada á efecto. Si alguno no prestare obediencia á este mi edicto, será castigado con multa, junto con toda su familia. La he firmado en el año primero de Cheicio, en el día décimo de la undécima luna." De esta manera giraron los santos mártires por la ciudad en medio de tan gran multitud de gente, de que se hallaban llenas no solo las calles, sino las ventanas y azoteas. Y era en efecto espectáculo conmovedor, nunca jamás visto en aquel país. El Santo comisario Pedro Bantista, padre y superior de aquel escuadron de valerosos soldados de la fé, iba predicando en voz alta, ya en lengua española y ya tambien en la del Japon, confortando quanto era de su parte, aun con gestos y movimientos del cuerpo, á los religiosos, ha sufrir tantas penas, y á los cristianos á la constancia á la religion del Crucificado. San Martin de la Ascencion y San Francisco Blanco, guardaban tanta modestia y humildad, qual si se hallasen ya ante el tribunal de Dios, encomendándose con mucho fervor á la Divina Misericordia. Pero lo que conmovia principalmente á la multitud, hasta el punto de derramar lágrimas de ternura, era la vista de los tres jóvenitos Tomás Cosaqui, Antonio de Nagasachi y Luis Ibarchi, que atadas las inocentes manos atras, llenos de júbilo y con semblante angelical, rezaban con voz alta y alegre el Padre Nuestro, y de vez en cuando cantaban juntos la Ave María y otras oraciones. No debe, pues, causar admiracion, si durante este tránsito de los mártires por la ciudad de Meaco, muchos cristianos, encendidos del deseo de padecer en su compañía la misma ignominia, se agrupa-

sen á los soldados, rogándoles con lágrimas y suspiros que arrojándolos en los carros los hiciesen dignos de participar de su suerte. Entre ellos era siempre el primero Cosme Yoya, el santo esposo de María, que por la causa de la fé se hallaba ya encarcelada. Y esta conmocion en el pueblo cristiano, tomó mayor incremento cuando el Santo lego Gonzalo García, de órden de Pedro Bantista, comenzó á predicar á la multitud con tanto celo y fervor, que dejó admirados á los mismos verdugos. Ultimamente, despues de haber atravesado por muchas horas todas la calles de la gran ciudad de Meaco, volvieron á conducir á la cárcel á los veinticuatro ilustres campeones de la fé, para presentarlos despues en nuevo espectáculo de ignominia. Y entonces fué quando el hermano Pablo Miqui, de la Compañía de Jesus, convencido enteramente de que iba á conseguir la palma del martirio junto con los hijos de San Francisco de Asís, trasportado de alegría se precipitó al cuello del Santo Comisario, abrazando en seguida tiernamente á cada uno de los demas franciscanos, magnificando el grande beneficio que recibia de Dios de deber perder la vida por Cristo á la sombra de ellos. De lo que, fuertemente asombrados los soldados que los rodeaban prorrumpieron en estas exclamaciones: "¿Pero qué es lo que mueve á estos hombres á obrar semejantes cosas? ¿Qué lugar, qué tierra á visto jamás, como se mira hoy en Meaco una gente tan alegre y regocijada en medio de tales penas, contumelias y oprobios? ¿Pues qué no son hombres como nosotros? ¿Tienen acaso otra naturaleza distinta de la nuestra? Ciertamente que nunca vimos en hombres condenados á la muerte, tanta paciencia, tanto júbilo, ni tanta constancia."

Al día siguiente, que fué el 4 de Enero, fueron nuevamente sacados de la cárcel de Meaco nuestros veinticuatro héroes, y puestos cada uno sobre un caballo, con las manos ligadas atras, y custodiados igualmente por muchos grupos de soldados, recibieron órden del gobernador Gibongio de caminar á Osaca á sufrir otra nueva y pública ignominia. Inmenso fué el concurso de los cristianos, que al momento de su partida rodeaban á los mártires. Los mismos gentiles gritaban contra la barbarie de Taicosama, y de una y otra parte del camino que debian seguir, arrojaban arena, lo que entre los japones es señal de grande honor, y por decirlo así, de un espléndido triunfo. Pero lo que mas excitaba el

llanto de todos era el ya nombrado Cosme Yoya, que no separándose un punto de sus hermanos franciscanos, derramó copiosas lágrimas, suplicaba á San Pedro Bautista, que ya que no podia morir con él, le permitiese á lo menos acompañarlo hasta el lugar del martirio. Mas el Santo Comisario, aunque sumamente conmovido en su interior, le contestaba repetidas veces: "No, no, bendito hermano, no es voluntad de Dios que vayas conmigo á Nagasachi. Lo que te conviene es socorrer á mis amados hijos los pobres de los hospitales. Si abandonas á Meaco, ¿quién prestará auxilios á esos miserables cristianos? Quiero tambien que permanezcas aquí, para que asistas al Padre Fray Gerónimo de Jesus, á quien he ordenado se mantenga escondido en el Japon para auxilio y espiritual provecho de los cristianos. Consuélate pues, hermano mio, porque si no te es dado conseguir la palma de los mártires, tienes bien de que gloriarte, habiéndote reservado Dios á auxiliar á sus afligidos hijos. Yo te amo cuanto puede amarse una criatura en este mundo; y para darte una prueba y que conozcas toda mi gratitud y reconocimiento por lo que has hecho en nuestros pobres, toma de mis manos esta imájea de Jesus crucificado, en cuyo nombre te bendigo con toda mi alma. Guárdala, Cosme, en memoria mia, de mis hermanos, y del santísimo afecto que todos te profesamos. Y si llegare algun dia en que nuestra Iglesia de Porciuncula fuere otra vez abierta al culto del verdadero Dios, ten cuidado de esponerla nuevamente á la veneracion de los fieles."

Y dicho esto, abrazando tiernamente Cosme ya á uno ya á otro, tomada la imájea de Jesucristo, y besándola y llorando se puso á uno de los lados del camino, permaneciendo inmóvil hasta que el escuadron de los mártires, bendecido todo el gentío, no siguió caminando á Osaca, pasando primero por medio de la ciudad de Fugimi. Empero no le sufrió el corazon abandonar tan pronto á los mártires, mucho mas viendo la muchedumbre grande de pueblo que los seguia; por lo que quiso acompañar á sus amados maestros al menos hasta aquella ciudad, sin separarse de su lado hasta que entraron en la cárcel pública. Y entonces regresó á Meaco con el solo objeto de acudir al auxilio de los pobres y enfermos recojidos en los hospitales de San José y Santa Ana, llorando siempre, y haciendo resonar con sus lamentos los campos y los montes. Mas aquí es necesario cortar un poco el hilo de la historia, para

referir uno de aquellos hechos tan sublimes y edificantes, y aun enteramente increíbles al parecer, si la misma historia no nos prestase seguro testimonio; aunque á decir verdad, para no omitir lo que mas bien puede llamarse prodigio de Dios, que obra de un hombre.

Si lo recuerda el lector, hemos dicho en el capítulo X, que San Cosme Taquia no contento con haberse hecho cristiano y Tercero, tambien de San Francisco, quiso consagrar al culto del verdadero Dios á su pequeño y único hijo llamado Máximo, poniéndolo al servicio de Santa María de Porciuncula de Meaco, bajo custodia y direccion de los Frailes de Menores, entre los cuales vivia como un ángel del Paraíso, compañero inseparable y especialmente querido del pequeño Luis, por ser de su misma edad, es decir de diez á once años. Debe ahora saberse, que en el mismo dia que fueron puestas las guardias al convento de los franciscanos, cayó gravemente enfermo, al grado de temerse no poco por su vida. Por lo cual viendo San Pedro Bautista que no podia curarlo en el monasterio por estar lleno de soldados, conseguida licencia del lugar teniente de Gibongio y de acuerdo con su Santo Padre Cosme, lo mandó á su madre para que le prodigase aquellos socorros que en la actualidad no podian prestarle los religiosos. Y en efecto, el niño poco á poco comenzó á aliviarse, pero no tanto de poder dejar todavía el lecho y volver al monasterio, como ardientemente lo deseaba y muchas veces lo habia probado hacer, llamando siempre por su nombre ya á su padre, ya á Antonio, ya á Tomás, y principalmente á su querido Luis. Llegó entre tanto el dia destinado para trasportar á los mártires del convento á la cárcel pública de Meaco, y Máximo nada sabia, ocultándose solo su buena madre para no agravar mas su enfermedad. Llegó el 3 de Enero: partieron los mártires de Meaco para Osaca, y habian avanzado en su doloroso viaje, siendo todo esto ignorado del hijo de San Cosme. Mas en esto entró llorando amargamente una criada á donde se hallaba Máximo, quien entrando en sospechas, y preguntándole el motivo de su llanto, sabido este, en el acto saltó del lecho, se vistió como pudo, y tomando en la mano un pequeño Crucifijo, corrió en pos de los santos [misioneros. Viendo apenas á lo lejos, comenzó así á gritarles: "Padres míos, padres míos, ¿por qué me dejais? Tomás, Antonio, Gabriel, soy Máximo, yo, vuestro antiguo compañero. ¿No me

conocéis? Yo, yo tambien quiero morir con vosotros." Y biendo á Luis que con las manos atadas á la espalda era llevado en el último carro, junto con los otros dos jóvencitos, rezando el *Padre Nuestro*, continuó gritando: "Luis, Luis mio, ¿cómo has podido partir sin tu Máximo? ¿Qué no te acuerdas de las promesas que me hacias de morir juntos por Jesucristo."

Imposible es decir la conmocion universal del pueblo que acompañaba á aquel santo escuadron de valientes, á vista de tan sublime espectáculo, especialmente cuando reuniéndose Máximo á los mártires, y viendo entre ellos á su padre Cosme, comenzó á gritar: "Padre mio, padre mio, recójeme contigo en el carro, tambien yo soy cristiano, y soy tu hijo." Pero inútilmente, todos lloraban; y hallándose atados, ni aun podian abrazarlo y besarlo, como tanto lo deseaban, Cosme, Antonio, Luis y Pedro Bautista, á quien muchas veces habia servido en el santo sacrificio de la misa. Por lo cual, Máximo, llorando siempre, rogaba á los esbirros que lo reunieran á su padre, alegando por razon ser él tambien cristiano y ademas familiar de los franciscanos; á quienes acercándose últimamente, y dirijiendo la palabra á Pedro Bautista, le decia: "¿Pues qué, no te ha servido yo igualmente con los otros niños? ¿No me disteis vos mismo por compañero á Luis? ¿Por qué, pues, me apartais ahora de vuestro lado, cuando consentis á él tan niño como yo, que dé la vida por Cristo?" ¡Pobre niño! ninguno le respondia, mirándolo todos profundamente conmovidos, sin poder decirle una palabra. Pero al fin, por no alargar mas aquella escena de dolor, levantado Máximo en peso por los soldados, fué lanzado lejos del gantío. Pero fué inutil, porque mezclándose nuevamente entre la multitud, se acercó otra vez al carro de su padre, suplicándole que rogase él mismo al juez que no desairase sus súplicas. Y entonces fué cuando, irritado de tan admirable constancia un esbirro doblemente cruel, levantó el asta de la lanza, hiriendo con ella con tanta fuerza la inocente cabeza de Máximo, que desvanecido vino á tierra como cuerpo muerto, bañado en su propia sangre. Un grito universal de maldicion se escuchó de toda la concurrencia al presenciar tal iniquidad, y tambien se dejó oír un gemido agudo y prolongado de la fila de los mártires, que solo pudieron dar una mirada sobre el hijo semivivo de San Cosme Taquia, y seguian precipitados el camino á Osa-

ca de órden del lugarteniente de Gibongio. Mas al moverse los carros, incorporándose Máximo como pudo y recogiendo sus fuerzas, se volvió á mirar por la última vez aquella santa comitiva, y sus ojos se encontraron con los de Cosme, y alzando hácia él las manos suplicantes, exclamó con voz lánguida: "¡Oh padre mio, oh padre mio!" Y no dijo mas, y cayó en tierra, como flor arrancada por la tempestad.

A poca distancia se veía una mujer abrazar al niño, estrecharlo en su seno, imprimirle en la frente mil ardientes ósculos, y conducirlo consigo á Meaco. Era la misma madre de Máximo, la esposa del santo mártir Cosme Taquia, que como la Mujer Fuerte de Salomon, junta con las demas esposas de los condenados, seguia en pos del marido para acompañarlo al lugar del suplicio. Llegada á casa de la heroica Señora, postrándose ante el lecho del hijo moribundo y alzando los ojos y las manos al cielo, exclamó: "Dios mio, yo te doy gracias por la dicha suerte que me has concedido de ser madre y juntamente esposa de mártires." Algunos dias despues, Máximo parecia sonreirse algo, pero no tanto que diera esperanza de vida. Antes bien, viéndose próximo á su fin, rogó á Cristo, con un ejemplo de fé, tal vez el único en la historia de la humanidad redimida, que pues no lo habia hecho digno de morir juntamente con su padre, le quitase á lo menos la vida cuando hubiese muerto por él sobre el árbol de la cruz. ¿Tendremos algo que agregar para hacer mas sublime esta escena tan digna de compasion? Sí, y es que en el mismo momento en que Cosme, Pedro Bautista y los demas espiraban por mano del verdugo, Máximo entregaba su alma inocente en las de su Creador, encontrándose al mismo tiempo por las sendas luminosas del cielo juntamente el padre, Antonio, Luis y nuestro héroe, agitando en compañía la palma de mártires ante el trono de Dios.

Reanudando ahora el hilo de la historia, conviene saber, que la llegada de los mártires á la ciudad de Osaca, ocurrió cabalmente en el momento en que á ella entraba Taicosama á la cabeza de numerosa tropa y de todos los grandes del reino que habian acudido á honrar al hijo del emperador, que en aquel dia tomaba por primera vez posesion de la ciudad y de otros países circunvecinos, segun el antiguo uso del Japon. Véase lo que Don Bernardo de Avila, español residente entonces en Osaca, y por lo mismo testigo de vista, nos dejó escrito en una relacion

sobre el arribo de los aprisionados, junto con la de Taicosama en la repetida ciudad. "Estos gloriosos mártires (dice) entraron en Osaca en el momento mismo en que el emperador, llegado á la fortaleza, ponía en posesion de ella á su hijo Indi Yori, así es que, en esa hora en que las calles todas de esta afamada y populosa ciudad estaban como inundadas de innumerables gentiles, venidos de todas partes para honrar á Taicosama y á su hijo, fué vista avanzar la edificante procesion de los santos apóstoles de Jesucristo. Por lo cual puede decirse, que aquellos pobrecillos descalzos, tan humildes á la vista y tan mal parados por las fatigas del viaje, hicieron sublime contraste con el cortejo majestuoso del príncipe. Hé aquí el modo de su entrada en Osaca."

"Los primeros en entrar fueron diez ó doce mil hidalgos, señores todos de grande importancia, acompañados cada uno de ellos de tres vasallos; un hombre armado que conducía en la mano el escudo de nobleza de su señor, su paje que lo seguía en señal de honor, y finalmente un jóven que llevaba las riendas del caballo. Seguían seiscientos hombres bien ordenados y armados enteramente de piés á cabeza, con ricas vestiduras bordadas de oro y brillantes collares del mismo metal. Luego doscientos maceros ceñidos de largas y lucidísimas espadas. En seguida los dos mil archeros, y quinientos de la primera nobleza del reino, vestidos de terciopelo carmesí. En pos de estos, treinta caballos con arneses dorados, conducidos cada uno por cuatro japones, cubiertos de finísimas joyas, aunque desnudos la mitad del cuerpo. Acto continuo se veían dos grandes señores cubiertos enteramente de oro y piedras preciosas, á los lados del príncipe, niño de cinco años, y á su alrededor cuatro gobernadores descalzos y con mucha seriedad, acompañados de otros muchísimos señores de los principales del imperio, á quienes hacían corte innumerables criados, esclavos y vasallos. Detras de esta comitiva marchaban dos ejércitos de caballería é infantería, y al fin de todos Taicosama, quien apenas entrado en la fortaleza, aparecieron los franciscanos y demas presos, que aunque pobres y con las marcas de sentenciados á la última pena, se atraieron sin embargo las miradas de todos y la admiracion hasta de los mismos gentiles."

Hasta aquí la relacion de Don Bernardo de Avila, de la que es fácil inferir las mofas é insultos de toda clase, sufridos con invicta constancia

por aquellos santos misioneros. Estos fueron no obstante celebrados, aclamados y compadecidos de cuantos cristianos habia en Osaca y en los pueblos vecinos, especialmente cuando despues de haber recorrido todas las calles de la ciudad, de la misma manera que en Meaco, fueron arrojados á la cárcel pública, guardados siempre por numerosos esbirros y ministros de justicia. Pero no dejó Dios de consolarlos en sus grandes trabajos, haciendo que muchos cristianos recién convertidos á la fé por San Martín de Aguirre, entre ellos un hijo del gobernador de Osaca, fuese á visitarlos: y como este último, en razon de su rango hubiera conseguido entrar á la cárcel con vários de su familia, permaneció toda la noche con los mártires, pretándoles aquellos auxilios de que tenían tanta necesidad en el tiempo de tan universal abandono.

A otro dia, colocados los veinticuatro presos sobre sus carros, fueron conducidos á la inmediata ciudad de Sacay y llevados igualmente por las calles públicas entre el llanto universal de todos los cristianos y las insultantes mofas de los pérfidos bonzos, despues de lo cual, acompañados de gran multitud de fieles, fueron conducidos de nuevo á la cárcel pública de Osaca, para partir el 9 de Enero á Nagasachi, lugar destinado á su suplicio. Pero aquí [debemos dejarlos otra vez para referir las edificantes aventuras del V. Gerónimo de Jesus, escritas por él mismo á un religioso franciscano de Luzon, reservándonos para otro capítulo las del V. Juan el Pobre. Para hablar verdad, deberíamos hablar de ellas en otro lugar, pero como en su relacion hacen parte algunas cartas de San Pedro Bautista que le fueron dirigidas cabalmente de Osaca, hemos creído oportuno tratar de ellas en el capítulo siguiente; tanto mas, cuanto que no podemos consentir queden sepultados en el olvido tan preciosos documentos, acreedores bajo todos aspectos, de la estimacion de los hombres.

CAPÍTULO XX.

AVENTURAS DEL V. GERÓNIMO DE JESUS ESCRITAS POR EL MISMO.

Hemos dicho anteriormente, que habiéndose enfermado el V. Agustín Rodríguez poco antes de la prision de los franciscanos en sus conventos de Meaco y Osaca, fué mandado por el santo comisario Pedro Bantista á Nagasachi, llamando allí en su lugar á Meaco al V. Gerónimo de Jesus. Aun se hallaba este en el camino cuando oyó que sus cohermanos habían sido arrestados por los soldados de Gibongio de orden de Taicosama. Continuó sin embargo su viaje á Osaca, donde habiendo llegado, recibió un recado de San Martín de la Ascension, carísimo amigo de Fray Gerónimo, de lo que pasaba; y según él, mudando trage juntamente con el V. Juan el Pobre, que todavía moraba en esa ciudad, se ocultó en la casa de un cristiano, de donde escribió por tres ocasiones á Pedro Bautista, rogándole que por las entrañas de Jesucristo le permitiese ir á Meaco, admitiéndolo como preso entre los demás religiosos. Pero todo fué en vano, porque le fué mandado mantenerse oculto en el Japon, para auxiliar del modo que pudiera á los cristianos después de su partida de este destierro terreno. Las lágrimas, los suspiros y lamentos de Fray Gerónimo, y últimamente el heroico sacrificio de su voluntad á voz de la obediencia, aparecerán claramente de la relacion que sigue, escrita por él mismo, á un compañero suyo de Luzon, y que referimos por entero, como un precioso documento que respira un bello perfume de poesía, ó mejor dicho de gracia divina; y que manifiesta por entero en su mas hermoso encanto la Fé, la Esperanza, la Caridad y el sublime heroísmo de aquellos pobrecillos hijos de San Francisco de Asís, que en tan lejanos países del mundo, continuaban la obra civilizadora de su Fundador en pro del apostolado del amor de Jesucristo. Así pues, da principio.

“Con el fin de satisfaceros enteramente, carísimo hermano, respecto de lo que deseais saber de este pobrecillo, resuelvo mandaros esta breve relacion de cuanto me ha ocurrido en el Japon, la que os dará bien á conocer las causas que me obligan á permanecer en este reino, y que á poco después me hicieron regresar á Manila, donde actualmente me encuentro.

“Y principalmente sabed: que cuando fueron arrestados mis compañeros y hermanos junto con los demás gloriosos y bienaventurados mártires que estaban en Meaco y en Osaca, me hallaba en camino de aquella ciudad, habiendo partido pocos días antes de Nagasachi (donde estaba de presidente) de orden del santo comisario, para dar lugar á nuestro hermano Agustín Rodríguez, que con motivo de su quebrantada salud se retiraba á respirar aires mas saludables en este último lugar. Y de aquí provino, que por mi desgracia no llegué pronto ni á Meaco, ni á Osaca, y mucho menos á Nagasachi, como los otros religiosos, que fueron embarcados para ser remitidos á Filipinas. Sin embargo, estando todavía lejos de Osaca, y sabedor de la prision de mis cohermanos de Meaco, resolví como lo mejor, dirigirme á esta ciudad, que volver de donde habia partido; y así lo hice, aunque en medio de continuos peligros, como fácilmente puede suponerse en un religioso solo, pobre y abandonado de todo socorro humano, peregrinando entre innumerables gentiles, enemigos irreconciliables del nombre cristiano, que empleaban toda clase de medios para que cayésemos en su poder. No obstante, puesta toda esperanza en Dios, llegué en fin á Osaca, donde supe que mi amado hermano Martín, el fiel amigo de mi juventud, habia sido reducido á prision, á quien, por medio de un cristiano japon me dirijí, rogándole me dijese lo que debia yo hacer, porque aun ignoraba cuanto á él y á los demás religiosos les habia pasado. A esto me contestó, que desnudándome de mi hábito, me mantuviese disfrazado ocultamente en la casa de un cierto cristiano que me indicaba, para escapar de la fiera persecucion encendida contra nosotros, que cuando menos nos haria abandonar el Japon ó remitirnos á las Indias, ó reembarcarnos de nuevo para las Filipinas. Y obedeciendo prontamente, en la misma noche fui á la casa del cristiano, donde encontré á Fray Juan el Pobre y á la que llegaron á poco el capitán general de la nao de San Felipe, Don

Matías Landecho, con el Padre Fray Diego de Guevara y otros seis españoles. Pero descubiertos á pocos momentos y hechos salir, fueron todos juntos arrestados y conducidos á casa de un gran señor, que decían era el rey de Urando; quienes viéndose privados de todo auxilio humano, me mandaron decir, que prestaria un gran servicio al rey católico, si regresando á Nagasachi fuera á suplicar al capitán de Macan, que emplease á su favor todo su valimiento con el emperador, que acostumbraba conceder muchas gracias á los portugueses; y para llevar á cabo sus deseos, escribieron al santo comisario pidiéndole la licencia, el cual, en efecto, á muy poco me dirigió una carta de Meaco, diciéndome y aun rogándome, que cuanto mas pudiera trabajara en provecho del general y de los demas pobres españoles. Pero como de la dicha ciudad se anunciaba igualmente que se aproximaba la hora del suplicio de los religiosos que se hallaban presos, temiendo yo mucho que fuese verdad, dispuse esperar, ver con mis propios ojos la suerte que corrieran mis compañeros. Y oyendo poco despues que les habian cortado las orejas, y de Meaco eran conducidos para Osaca, pregunté el motivo á algunos gentiles, los que me respondieron que no morirían con solo que yo lo suplicara al emperador. Pero muy pronto conocí ser esto una cosa imposible, y del mismo parecer fueron todos los demas españoles. Por lo cual, oprimido de dolor, ocurri fervorosamente á Dios, rogándole dispusiera de mí como mejor le agradase, é ilustrase mi entendimiento para saber lo que debiera yo hacer en aquel caso. Y entonces fué cuando me parece haber sufrido en mi interior una bien fuerte batalla, porque ya prevalecia en mí el deseo de padecer el martirio con mis hermanos, participando con ellos de todos los insultos, penas, contumelias é injurias que habian comenzado á sufrir; y yo tambien juzgaba que mis pecados me harian indigno de tanto bien, y que otras razones (que omito decir) me aconsejaban tenerme oculto. En suma, yo era combatido así por no saber qué partido tomar, no pudiendo reposar un momento, pues el combate fué vivo y dilatado entre el deseo de padecer la muerte y el temor de no hacer con esto cosa agradable al Señor. Hasta que por último propuse no decidirme á nada por mi capricho, sino sujetarme en todo á la obediencia, poniéndome en las manos de mi prelado, de quien bastante me constaba lo lleno que era del espíritu de Dios. Por lo cual me dirijí á

él con una carta, cuando pasaba preso de Meaco á Osaca, felicitándolo en primer lugar por su triunfo, y rogándole en seguida me permitiese el que lo acompañara; indicándome al mismo tiempo donde disponia que fuese á su encuentro: si en el camino (como me aconsejaba Fray Juan el Pobre) ó á la misma cárcel: advirtiéndole en fin, que esta era mi última resolución, si no me mandaba respuesta. Pero no pudiéndome escribir por su mano por tener ambas atadas, me mandó á decir de palabra por un cristiano, que me mantuviese escondido y con buen ánimo, porque no dejaria de informarme de cuanto ocurriese, cuando le fuera posible. Mas á poco de llegado á la cárcel de Osaca volví á escribirle, diciendo, que supuesto que nada me habia contestado, á la mañana siguiente me presentaria en la prisión, colocándome entre los demas mártires: y lo habria hecho así, á no recibir en el mismo día la siguiente carta:

"Carísimo Fray Gerónimo: hemos sido condenados a muerte por haber predicado el Santo Evangelio, habiéndonos cortado ya á cada uno la mitad de la oreja. Os ruego, pues, que os mantengais escondido en provecho espiritual de los cristianos, á cuyo fin os comunico toda mi autoridad y tambien la del padre principal, y no agrego otra cosa por lo que confio en vuestra pronta obediencia. Entre tanto, encomendados á Dios, que hablando con verdad, tenemos á grande merced padecer por su amor. Recibid los saludos de todos los hermanos y de los demas japos, que parece milagro lo animados que se hallan algunos de la fé de Dios.—*Fray Pedro Bautista.*"

"En una segunda carta, que tambien me dirijió, me repetia lo que me habia dicho en la primera exhortándome únicamente á mantenerme tranquilo y resignado, si Dios exigia de mí aquel sacrificio. Pero sabiendo á poco que debia salir de la cárcel para dirijirse, segun se decia, al lugar del martirio, no pudiendo resistir á tan gran tormento del corazon, que por el dolor parecia se me despedazaba si no los acompañase á morir en su compañía, escribí de nuevo al santo comisario, á quien decia, que aunque estaba pronto á obedecerlo en todas las cosas, con todo le rogaba por amor de Dios, que no me dejase solo, sino me recibiera en su compañía, ó me permitiese á lo menos que pudiese seguir á mis amados hermanos, asegurándole por último, que disponiendo otra cosa, moriria de pesar; á lo que me contestó las siguientes palabras:

"Hermano Gerónimo: lo que en mi primera y segunda carta os rogué que hicieras, vuelvo á repetir por tercera vez; y para que conozcais mejor mi voluntad, y consigais mérito ante Dios en darme gusto, de presente os lo mando en virtud de santa obediencia; lo que ciertamente no habria hecho, si no supiese al mismo tiempo, que de vos exige este sacrificio el Señor que os conserve siempre en su santísima gracia.—De esta cárcel de Osaca.—*Fray Pedro Bautista.*"

"En seguida encargó al bendito Fray Francisco Blanco me escribiera á su nombre, diciéndome, que en caso de morir Fray Agustín Rodríguez me nombraba su sucesor y comisario de todos los religiosos del Japon. Pero Dios sabe si esta vida que se me concedía, solamente por la obediencia fuera para mí grata, ó motivo de aflicción. Sin embargo, persuadido de la voluntad del Señor, bendije de todo corazón las admirables disposiciones de su Providencia, y venerando sus ocultos é impenetrables juicios, le ofrecí el ardiente deseo que tenía de morir por su amor, aunque verdaderamente me reconocía indigno de tanta gracia. Por lo cual aun estando aprisionado el santo comisario, y yo casi en las manos de mis enemigos, no dejé con todo de cumplir, cuanto era de mi parte, el oficio de pastor y de padre, hasta llegado el caso de haber caído también preso y cuidadosamente resguardado por los soldados. Y á Dios gracias, si bien en medio de tanto género de peligros, jamás dejé por su amor de socorrer á los cristianos, ayudándolos con oraciones y consejos, y detestando siempre las abominables sectas de los gentiles, especialmente cuando me parecía necesario defender el honor de Dios. Pero aunque me mantuve escondido en Osaca, obligado por la santa obediencia, no por esto, permitiéndolo Dios para mi provecho espiritual, faltó alguno que habiéndome descubierto, conspirase en mi ruina. En efecto por dos ocasiones fui arrancado bárbaramente del lado de dos hombres ilustres, que con mucha caridad me tenían en sus propias casas; y despues me lanzaron también de la de un hombre pobre donde me habia acogido, y por último de una cuarta con gran dolor mio. Viendo, por lo mismo que en ningún lugar me podia ocultar, conjurándose casi todos en mi contra, abatido y desconsolado, dije llorando al que me habia arrojado de mi última guarida:

"Vamos hermano; tranquilízate y escúchame; si cuanto desgraciada-

mente me pasa es culpa mia, aquí me tienes, estoy en tus manos: haz cuenta que soy otro Jonás; y si con esto crees que debe resultar bien á todos los demas cristianos, márame." A lo que me respondió que no era esto lo que pretendía, sino únicamente, por mi bien, que me dejase conducir al mar, donde ya me tenía preparada una embarcacion. Por tal motivo, hallándome en el mes de Enero á las puertas de Osaca, casi muerto de frio por la mucha nieve que caía del cielo, vestido como estaba de japon, y muy atribulado interiormente por no saber si se me llevaba á morir en una cruz ó á arrojarme al mar, derramé copiosas lágrimas, y alzando las manos á lo alto, con sentimiento de profundo dolor, hice esta oracion á Dios: "Señor mio Jesucristo, Redentor de mi alma, bien sabes que esta vida que me concedes, no la aprecio por otra cosa sino para emplearla en tu servicio; y tampoco se te oculta, Dios mio, que por lo que á mí toca, muchas veces y por muchos años te la he ofrecido de corazón, especialmente desde que puse los piés en estos países. Igualmente sabes el ardiente deseo con que te rogaba, hace cuatro dias, me concedieras acompañar á mis hermanos para morir con ellos por tu amor. A la obediencia solamente sacrifiqué mi propia voluntad, y aun rodeado de tantas angustias, protesto con todo, sujetarme siempre á tu querer divino y á cuanto me fuere mandado por mi santo prelado. Él quiso, como lo ves, que me mantuviera escondido. ¡Ah! dadme á conocer, Dios mio, los designios de estos hombres sobre mi persona."

"Concluida esta oracion, experimenté al momento cuán grande es la fuerza de la obediencia, así como las maravillas que obra Dios nuestro Señor, y las gracias que concede por el mérito de ella; porque hallándome en tan grande aflicción, ocurrió, que el hombre que debia conducirme á la barca, dió este encargo á tres japones, quienes apenas me vieron, me preguntaron: "Fr. Gerónimo, ¿á qué parte os dirijís? Y sumamente admirado de que supiesen mi nombre habiendo vivido tan poco en esa ciudad, les contesté: "Verdaderamente no lo sé, pero fiando en Dios y resignado á su voluntad, estoy pronto á ir con vosotros á cualquier lugar que quisierais." A lo que contestaron: "Padre, venid con nosotros sin temor, y no os fieis de ese hombre, que no os llevaba al mar con otro fin que el de ahogaros. Y sabed que solo ha partido para avisar al barquero." Por lo que, dando crédito á sus palabras, me en-

tregué en sus manos. Mas de allí á poco, ví que volvia el hombre primero, gritando que no creyese á los japones, quienes sin duda ninguna me matarian. Así es, que no sabiendo qué partido tomar, pensé no hacer mi voluntad, sino rendirme á aquella parte que últimamente sobrepujase á la otra. Sin embargo, encomendándome fervorosamente al Señor, me pareció escuchar una voz interior, que me decia siguiera el parecer de los tres, porque realmente el hombre de la barca era el traidor, por lo cual me atuve á esta inspiracion; negándome al último, me dejé guiar voluntariamente de los primeros. Mas en esto, el hombre llegado del mar, viendo que no podia llevarme consigo, comenzó á dar grandes gritos, llamando gente por todas partes para que me aprehendiesen, pero á Dios gracias no consiguió el impío su deseo, pues con tanta violencia me condujeron los tres, que en menos de un cuarto de hora nos hallamos distantes una legua de la ciudad, y entouces estos tres hombres fieles me introdujeron á la casa de un gentil muy rico, recomendándome sumamente á él; aunque yo me ví oprimido de tan fuerte angustia por las grandes fatigas y trabajos que habia padecido, que creí llegada ya la hora de mi muerte.

Pero recobrado á poco, y muy confortado por aquel gentil, que verdaderamente me prodigó todo género de auxilios, tributé muchas gracias á Dios por haberme librado tan prodigiosamente de la muerte, y restauradas mis fuerzas con el alimento, me adormecí en una camarita expresamente preparada para mí por la caridad de mi huésped. Pero no pude reposar sino muy poco, despertando repentinamente por las fuertes palpitations de mi corazon, que de ninguna manera podia aquietar. Y bañando en esas circunstancias el lecho con mis lágrimas, me quejaba amorosamente con mi Señor Jesucristo por haberme privado del placer de morir con mis queridos hermanos, aunque estaba cierto de que mis pecados habian sido la causa. Mas habiéndome tranquilizado luego, procuré dormirme de nuevo, y habiéndolo conseguido por favor divino, tuve un sueño, que debió sin duda durar la mayor parte de la noche, porque tales cosas se me presentaron en él, ya tristes y ya consoladoras, que debió mediar entre ellas no poco tiempo. Hé aquí lo que se me representó en el sueño:

“Parecíame ver muchas cruces, sobre las que pendian muertos mis

amados hermanos, y en el lugar en que los estaba mirando ví otra en que debian crucificarme á mí. Pero en el acto en que los soldados iban á colocarme en ella, ví aparecer repentinamente á nuestro P. San Francisco, diciendo en voz alta: “No lo hagais, porque está reservado este á otras empresas.” Y yo, sin proferir una palabra, permanecí fuera de mí por el portento, inmediato á la cruz. Mas pareciéndome que veía salir mucha sangre de las heridas de mis hermanos, á quienes rodeaba una brillante luz, deseoso de conseguir tambien la misma suerte feliz, y sintiendo arder mi corazon en el divino amor, me aproximé á los soldados, rogándoles que me pudiesen en la cruz; y como á mí parecer querian ellos darme gusto, lleno enteramente de júbilo me preparaba ya á morir. Mas de nuevo ví presentarse nuevamente á San Francisco, intimando á los soldados á que no me obedeciesen, por lo cual me aparté desconsolado, manteniéndome allí por algun tiempo, hasta que separado por fuerza de la presencia de mis difuntos compañeros, fui conducido por los verdugos por montes y cuevas, pareciéndome despues andar errante por diversas partes, solo, triste, desconsolado, perseguido y maltratado, ya por uno y ya por otro gentil, sin encontrar nunca el menor alivio.” Y en este estado de la vision, recordé, enteramente temblando todo el cuerpo y bañado de sudor. Púseme á considerar mi sueño, y aun lo tuve por tal; lo juzgué con todo un indicio de mi vida futura. Pasó en esto la noche, y al rayar el alba del día siguiente, vimos llegar á la casa, lleno de tristeza, un jóven cristiano, quien apenas fijó los ojos en mí, sin decir palabra se desató en llanto; y yo que me hallaba en igual disposicion, no pude menos de derramar muchas lágrimas en su compañía, aunque no alcanzara á conocer por qué se dolia tanto, ni quién era, ni de dónde, ni á qué fin habia llegado. Pero pronto supé que habia acompañado á los santos mártires, los cuales (como me decia en la lengua japona), caminaban al lugar del suplicio con tal alegría, cual acaso no se habia visto mayor. Y es inexplicable el trasporte de júbilo con que lo escuchaba yo, aunque al mismo tiempo experimentara en el corazon tan inmenso dolor, que parecia que se me despedazaba, no sabiendo si esto provenia en mí de la santa envidia de no participar de su martirio, ó del no menos santo amor que les profesaba. Últimamente, me entregó una carta de parte del bienaventurado comisario, la que antes de leerla produjo en mí alma un in-

menso gozo, no tanto por lo mucho que yo lo quería, cuanto por la alta opinion de santidad que tenía de él, que cabalmente me obligaba á recibir sus palabras como otros tantos oráculos de Dios. Esta carta, que me escribió, y que conservo como muy amada y preciosa reliquia, es del tenor siguiente:

"Carísimo hermano, nuestro Señor os consuele y sea compañero inseparable de vuestra alma.— Aunque considero vuestro pesar por la ausencia de los amados hermanos, tengo sin embargo, la firme esperanza que Dios, en virtud de la pronta obediencia que profesais á este miserable, no dejará jamas de ayudaros en todas las necesidades de la vida. Sí, os lo digo para vuestro consuelo: yo y todos estos hermanos, si por una parte hemos quedado muy consolados al veros tan ardentemente dispuesto á morir por Jesucristo en nuestra compañía, por la otra no ha sido menos grande nuestra edificacion al veros tan resignado á sacrificar vuestra voluntad, ocultándoos en beneficio de los cristianos, porque la perfeccion del hombre consiste ciertamente en servir á Dios, pero de la manera que á su Majestad pareciere mejor. Así, pues, hermano, conformándoos en todo á la voluntad divina, habeis conseguido mucho en beneficio de vuestra alma; y aunque os parezca pequeña cosa, soy de parecer que Dios por solo esto os prestará toda clase de auxilios, pues como dice San Dionisio, *divinissimum omnium divinorum est, Dei cooperatorem fieri*; trabajando vos adelante, cuanto fuere de vuestra parte, á la salvacion de las almas que Cristo Señor nuestro ha redimido con su propia Sangre, contribuireis no poco al entero y final objeto de la redencion humana, pudiendo decir con toda confianza con San Pablo: *Adimpleo quae desunt passioni Christi*.

"De todos modos, amadísimo hermano, es de toda necesidad por ahora, que algunos religiosos se mantengan ocultos en estos lugares para el servicio de Dios, utilidad y auxilio de los cristianos que se encuentran en grave peligro, no solo del alma sino tambien del cuerpo; y aunque yo conozco que importa mucho que para animarlos con nuestro ejemplo, hagamos frente valerosamente á los enemigos de Dios, me parece, sin embargo, no ser muy conveniente que los hijos quedan privados de sus padres espirituales como huérfanos tristes y abandonados á sí mismos, con especialidad en tiempo de tan cruel persecucion. Por esto, si la orden

de nuestro arresto no hubiese sido tan repentina, yo habria mandado á otros religiosos que igualmente permanecieran ocultos. Para decir verdad, con tal fin tengo escrito á los de Nagasachi, pero dudo mucho que les llegue á tiempo mi carta, porque á lo que se dice, habrán ya caído en manos de los soldados. Mas entre tanto, carísimo hermano, demos gracias á la alta Providencia de Dios nuestro Señor, que dispuso que no hubiesis partido antes, para ocurrir á esta grande necesidad, que conocida á tiempo por mí me obligó puntualmente á no satisfacer vuestros santos deseos, aunque creo que no tardará mucho en que los consigais, dando finalmente con valor la vida por Cristo; porque sabed, que cuando en Osaca se pronunció contra nosotros la última sentencia, se anunció igualmente, que el emperador tenia ya resuelto condenar á muerte, no solo á los que actualmente adoran á Jesucristo, sino tambien á cuantos en lo sucesivo abrazaran nuestra religion. Por lo cual preveo que ciertamente morirán, cuando menos, todos aquellos que en virtud de nuestros trabajos se convirtieron al verdadero Dios del cielo y de la tierra en Meaco y en Osaca. Y esto lo confirma la voz pública, que dice que el emperador, aunque ferozmente airado contra todos los cristianos, lo está mas especialmente contra los bautizados por nosotros, á causa esto de las malignas y perversas informaciones recibidas de los gobernadores; y aun se agrega que la mayor parte de sus nombres están ya puestos en la lista. Esta noticia, pues, sirvaos de oficio, y cuando viereis anunciado próximo el dia de nuestro último combate (que creemos será pronto), ocurriréis al momento á Meaco ó á aquel lugar donde fuere mayor el número de los cristianos, y por esto mas grande la necesidad, confesándolos, animándolos y exhortándolos á la conformidad y al perdon, sin temor á los peligros, persecuciones y trabajos, sean los que fueren, portándoos, en una palabra, como verdadero pastor y padre amoroso de las almas. Porque *bonus pastor animam suam dat pro ovibus suis; mercenarius autem fugit*; importando sobre todas las cosas, cooperar á la salvacion de las almas que Cristo Señor nuestro redimió con su preciosa Sangre. Y para conseguirlo mejor, os doy licencia de hacer lo que creais en el Señor mas conveniente, el cual no faltará de ayudaros siempre, inspirándoos cuanto fuere necesario que hagais en provecho de los prójimos y bien de vuestra alma.

"Entre tanto, como llevando el traje religioso pudiérais caer en poder de los soldados que, aprisionandoos, no os dejarían socorrer á los cristianos en esta persecucion tan feroz; por lo mismo, si juzgais conveniente quitároslo y borrar la corona de vuestra cabeza, hacedlo tambien con la bendicion de Dios y la mia. Y si, al contrario, os pareciese mas útil presentaros á los fieles con las insignias del estado religioso, como un padre delante de sus propios hijos redimidos con la sangre de Cristo, animándolos sin ningun temor del mundo, y hasta esponiendoos en su bien espiritual á seguro peligro de la vida, no dudando morir en defensa de las ovejas, como Nuestro Señor la dió por la salvacion del género humano, conservad el sayal seráfico con la bendicion de Dios, de nuestro Padre San Francisco y de este pobrecillo; porque soy de parecer que hay momentos solemnes en que para fortalecer á los fieles, para confusion y espanto de los enemigos de Dios y honra y triunfo de nuestra sagrada religion, importa, sobre todo, marchar con semblante descubierto, frente elevada y señales manifiestas de nuestro valor contra los hijos de las tinieblas, y si fuere necesario, contra la misma muerte. Ahora, pues, bendito hermano, preparaos con ánimo fuerte á la última batalla, que Dios os proveerá ámpliamente de sus auxilios, tan solamente que no confiando en vuestras fuerzas os pongais enteramente en sus manos, rogándole siempre con viva y ardiente fé y humildad de corazón, que os inspire lo que debéis hacer en provecho de vuestra alma, bien espiritual de los cristianos y triunfo de su religion. Porque sobre todo, en tiempo de angustias y persecuciones, desgraciado de quien confiando en su propia sabiduría y demás dotes intelectuales, deja de recurrir á la admirable Providencia de Dios, á quien únicamente no se ocultan las necesidades de sus criaturas y los medios de socorrerlas. Esperad, pues, solo en Él; confiad enteramente en su proteccion, que vuestro será por último, el triunfo.

"Por lo que respecta á nosotros, caminamos ya para Nagasachi, siguiendo el camino de tierra; y no hay necesidad de que os relate los trabajos y padecimientos que encontramos á cada paso. Mucho, sin embargo, nos conforta el pensamiento de marchar á la muerte por amor de Jesus, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones y no nos faltará, ciertamente su poderoso auxilio hasta que nos veamos ante su Divina

presencia. Adios, hermano carísimo, Jesucristo sea vuestro consuelo, vuestra fortaleza y vuestra sola esperanza en todas las angustias de la vida. Que Él os la conserve, para bien de esta abandonada cristiandad, y en premio de vuestras fatigas escuche últimamente vuestros votos, concediendooos morir por su amor. Adios, otra vez, el Señor os bendiga desde el cielo, como yo os bendigo aquí en la tierra con todo mi corazón. Confíad siempre, siempre, en su infinita misericordia, y hasta nuestra vista en el paraíso.—De este camino de Nagasachi, á los diez de Enero.—*Fr. Pedro Bautista, comisario.*"

"Recibida, é impuesto de esta carta, determiné al momento poner en ejecución los consejos de mi santo prelado. Por lo cual, presentándoseme pronto una ocasion propicia, me puse en camino para Meaco; mas Dios sabe en medio de cuántos trabajos, peligros y aficciones de mi corazón. Llegado, sin embargo, á la capital del imperio, luego advertí que ya no tenia allí lugar, porque puestas en libertad las mujeres de los cristianos y dejados ya en paz á todos los fieles, parecia que aquella persecucion solamente habia sobrevenido para estirpar del Japon la religion de San Francisco, y que solo allí terminaria. Considerando por lo mismo, que mi prision en aquella ciudad podia suscitar de nuevo otra tempestad contra los pobres cristianos, determiné regresar oculta-mente á Nagasachi, con la intencion de recoger á lo ménos las reliquias de mis santos hermanos y despacharlas á Manila por conducto de algunos religiosos, con el objeto tambien, de que estos noticiaesen allí el deplorable estado de la cristiandad del Japon. Y sin esperar mas, me puse en camino, con la firme esperanza de encontrar favor y caridad en aquellos que antes me habian de tantas maneras perseguido, porque pensaba que la muerte de mis amados hermanos, habria ya desengañado á nuestros enemigos, los que con esto tornarían á amar á los que antes miraban con ojos de sangre. Pero me engañé. Empero llegará día, en que los mismos gentiles ministros de la persecucion, viendo á los que ahora llaman malhechores, colocados entre los hijos de Dios y coronados de brillante aureola de gloria, conocerán lo que quiere decir derramar la propia sangre por Cristo. ¡Oh, sí! verán, en fin, la pobreza de los hijos de San Francisco de Asís, tan despreciada al presente, convertida en señal de triunfo en los inestimables tesoros del cielo; y

su humildad, que los poderosos de la tierra llaman demencia, coronada por Dios y bendecida de los ángeles segun la infalible palabra de Cristo Nuestro Señor.

"Llegado á Nagasachi, fuí á esconderme á la casa de un devoto cristiano, de donde escribí al padre viceprovincial de la Compañía de Jesus, que me hiciese la caridad de mandarme unos paramentos para poder celebrar secretamente la misa, sin que ninguno me viera. A lo que me contestó no ser esto posible sin que fuésemos descubiertos; por lo que no me fué concedido tal consuelo. Sin embargo, habiéndome dirigido secretamente á la morada de unos portugueses, allí la celebré con mas comodidad; pero á poco, noticioso de mi venida el gobernador gentil de la ciudad, me arrojó de ella por los soldados, y entonces me propuse dirigirme al general D. Matias Landacho, que me decian hallarse en Firando con el objeto de hablar con Taicosama.

"Mas esto no se me permitió, antes me encarcelaron, poniéndome muchas guardias; y así fué que, por algunos meses, estuve privado de decir misa, y últimamente, lanzándome del Japon, me pusieron en un navío para que me volviese á Filipinas; todo lo cual causó en mi corazon el mas profundo dolor, llorando inconsolablemente, atribuyendo á mis pecados el no haberme tocado la feliz suerte de morir por Jesucristo con mis amados hermanos, ó á lo ménos, que no se me hubiese permitido ser mártir de la santa obediencia, haciendo por su amor y en provecho de los cristianos cuanto se me habia mandado por mi santo prelado. Y en efecto que fuí infeliz, porque deseaba ardientemente permanecer en el Japon, donde los fieles, privados casi de sacerdotes del Dios vivo, y vejados de tan indignos modos por los gentiles, escitaban en mi pobre corazon tal compasion, que deseaba, no solamente con los mayores disgustos y sacrificios, sino aun á costa de mil vidas, poder darles alivio y consuelo.

"Salido ya del imperio, y despues de sufrir mil penalidades, quiso Dios que la nave en que iba á bordo llegase á Macan, donde encontré á mis hermanos y compañeros de Nagasachi, quienes navegando primeramente errantes por diversos mares, conseguida últimamente su libertad por favor de algunos buenos japones, estaban para partir á Luzon. Unido, pues, á ellos, llegamos todos juntos á Manila, de don-

de habiamos antes partido para el Japon, donde permanecí tres años predicando allí el sacrosanto Evangelio. Mas con la ayuda del Señor, espero regresar pronto á esos países."

Hasta aquí la relacion del venerable Gerónimo de Jesus: ya veremos al fin, con qué ardor magnánimo y generosa abnegacion de sí mismo, llevó á efecto su noble y santo propósito. Por ahora, nos conviene volver á sus invictos hermanos aprisionados por Jesucristo, bastando indicar por lo relativo á él, que al tiempo de su glorioso martirio, anduvo errante por diversos lugares del Japon, manteniéndose oculto para consuelo de los pobres cristianos, segun las órdenes recibidas de su santo comisario Pedro Bautista.

CAPÍTULO XXI.

VIAJE DE LOS FRANCISCANOS AL LUGAR DEL SUPLICIO.

VENIDOS, pues, de Sacay los veinticuatro mártires á Osaca, fueron nuevamente encerrados en la cárcel pública, en la que permanecieron hasta el 9 de Enero, dia destinado para comenzar su doloroso viaje hasta la ciudad de Nagasachi, á donde ciertamente habrían llegado en poco tiempo, con solo que se les hubiese concedido seguir el camino por mar, embarcándose en el mismo puerto de Osaca. Pero Taicosama, que tenia resuelto aterrorizar á todos los súbditos de su imperio con las prolongadas penas de los sentenciados á muerte, para que en lo sucesivo ninguno se atreviera á abrazar la religion de Cristo, mandó antes, que aquella santa comitiva recorriese toda la parte meridional de la grande isla de Nifon, hasta la punta de Ximonoxegui, y que atravesando luego el canal que separa á Nifon de Chiu--Siu, prosiguiesen atravesando casi toda la superficie de esta isla hasta su estremidad meridional, donde se halla Nagasachi; ordenando ademas, que para su pública vergüenza, se les detuviese en todas las ciudades y lugares del tránsito. Para decir verdad, el determinado viaje era muy suficiente para inspirar terror al mas atrevido y acostumbrado á los trabajos de la vida; porque distando Osaca de Nagasachi más de trecientas leguas italianas, debian caminarlas en el invierno mas rígido, entre nieves y hielos, por bosques y montañas, atravesando pueblos desconocidos y bárbaros, gentes feroces y salvajes, siempre en medio de las burlas de los gentiles, las injurias de los bonzos, las burlas de la plebe y los insultos de los esbirros, padeciendo hambre, sed, desnudez y privaciones de toda clase, caminando dia y noche descalzos y sobre viles jumentos. Sin embargo, los veinticuatro héroes de la fé, lejos de entristecerse en lo mas mínimo, daban infinitas gracias al Señor, que en tantas penas como sufrían por

su amor, les daba ocasion de merecer mas cada dia, haciéndoles de este modo mas semejantes á su Unigénito Hijo, que por la redencion del mundo quiso ser ejemplo de sufrimientos y humillaciones á todos los mártires de la nueva alianza. Mas para conocer mejor el júbilo espiritual con que marchaban esos campeones de la religion de Cristo al lugar de su suplicio, nos conviene referir aquí, traducida, la tierna y edificante carta que Tomás, hijo del santo martir Miguel Cosaqui, jovencito poco mas de catorce años, escribió á su madre poco antes de comenzar el viaje de Osaca á Nagasachi; de cuya lectura siempre aparecerá con claridad las admirables trasformaciones que obra la divina gracia en una alma cuando se apodera de ella. Su tenor es como sigue:

“ Con la gracia del Señor, os escribo, madre mia, la siguiente carta: En la sentencia pronunciada contra nosotros, se dice que todos debemos ser crucificados en Nagasachi; así es que, comprendidos nuestros padres franciscanos, formamos el bello número de veinticuatro condenados. Pero vos, mi amadísima madre, lejos de tomar esto por motivo de dolor, mas bien debeis regoejaros mucho delante de Dios, porque os haya hecho digna de una gracia, la mayor acaso y de mas consuelo sobre esta tierra. Sí, madre mia, no os aflijais si yo y mi padre Miguel vamos á morir por Cristo; porque nosotros no os olvidaremos en el cielo, rogando siempre á Dios que os asista en vuestras grandes necesidades, llenando vuestro corazon de celestiales gracias. Consolaos, que en la hora de vuestra muerte, no llamareis en vano al hijo y al esposo que, mártires gloriosos en la mansion de la Divinidad, oirán muy bien vuestra voz, y presentándose ante el trono de Jesucristo, le encomendarán vuestra alma, rogándole que en virtud de la sangre que hemos derramado en defensa de su sacrosanta religion, se digne conducirnos al paraíso, á ser eternamente feliz en nuestra compañía; pero para conseguirlo mejor, os conviene, mi querida madre, llorar amargamente los pecados de la vida pasada; y cada y en toda momento, bendecid á nuestro benigno Señor por las muchas gracias que os ha concedido en vuestra terrena peregrinacion, y muy especialmente por la mas principal de todas, la de haberos librado de los artificios del demonio y hecho conocer á tiempo y abrazar la santa religion. Sí, por cierto que le debeis agradecer tan grande beneficio, no olvidando jamas las promesas que solemnemen-

te le ofrecisteis en el día del bautismo. Y si acaso, madre mia, os aconteciese llegar á pobre por su amor y despreciada de los hombres, reputaos dichosa, porque sobre todas las riquezas del mundo estan las del cielo, que ninguno de los mortales puede quitaros. Llevad, pues, tranquilamente cualquiera tribulacion que os venga de sus manos. Mas para conseguir con mayor facilidad el don de la paciencia, es de toda necesidad recordar siempre los pecados de la vida pasada, llorarlos continuamente y pedir de ellos humilde perdón al Señor, porque (segun muchas veces he oído de la boca de nuestros Padres, de S. Francisco) solo por este camino de perfecto dolor consiguió de Dios la remision de sus culpas y la gloria del paraíso; é imitándolo vos, sereis, por cierto, justificada ante los ojos del Altísimo, aunque no tengais ya á vuestro lado al hijo y al esposo.

“Por último, madre mia, yo os recomiendo mucho, mucho, á mis amados hermanitos Mancio y Felipe. Cuidad siempre de mantenerlos lejos de la compañía de los gentiles, para que no vayan á perder la herencia del cielo. Muchas oraciones tengo hechas por esto, las que renovaré siempre delante de Dios; pero con todo, es preciso que unais á las mias las vuestras así como vuestros esfuerzos por su eterna salvacion. Adios, madre mia, el Señor sea siempre vuestro consuelo en la vida, hasta que juntamente conmigo y Miguel, os conduzca al paraíso.—Vuestro hijo aprisionado por Jesucristo.— *Tomás Cosaqui.*”

Estos sentimientos de fé en Dios y de firme esperanza de los eternos premios, del jóvenito hijo de San Miguel, eran comunes á todos aquellos gloriosos mártires; quienes tan confiados en el Señor comenzaron su doloroso viaje, tocando de nuevo en Sacay, pasando despues á Fiongo, y siguiendo luego para Acaxi, donde detenidos, entre los insultos de los gentiles y las lágrimas de los cristianos, fueron conducidos, segun costumbre, por las calles públicas de la ciudad, no cesando nunca de anunciar á la multitud del pueblo á Jesucristo y á su religion, puntualmente á la vez que un soldado á caballo, delante de todos, llevaba en la mano, escrita la sentencia, gritando en alta voz que Taicosama los mandaba morir por haber predicado la Ley de los cristianos. Y es indecible lo que esto consolaba á esos invictos héroes de la fé, que ofreciendo en todas circunstancias su vida como argumento de su ver-

dad, con asombro de los mismos paganos, se llenaban de regocijo cuando tal eual vez veían algunos de estos que, abriendo los ojos á la luz del Evangelio, se convertían á Cristo.

Detenidos algun tiempo en Acaxi, se movieron los presos para Catambe, ciudad á ochenta leguas de Meaco: y durante este largo viaje fué cuando San Pedro Bautista, recordando á sus amados hijos de Nagasachi, Bartolomé Ruiz, Marcelo de Ribadeneira y Agustin Rodriguez, para alivio de sus muchas penas sufridas por la gloria de Dios, les dirigió la siguiente edificantísima carta.

“Mis amados hermanos: He dado orden á Fr. Gerónimo de Jesus, de mantenerse oculto en Osaca en auxilio de los cristianos, estando cierto que de otra manera dentro de dos dias habria caído en las manos de los soldados. Fr. Juan el Pobre, por lo que entiendo, se encuentra tambien con los españoles, que trabajan en que se apiade de ellos Taicosama; y aun el general D. Matías Landecho espera recobrar, cuando menos, la bandera de la nao de San Felipe, junto con las armas secuestradas, especialmente la artillería. Pero yo creo que nada conseguira, y aun será un milagro si él y sus compañeros salvan la vida. Cuando fuimos trasladados de nuestro convento á la cárcel pública, estaba con nosotros Fr. Felipe, á quien, aunque el último llegado al Japon, tocó la feliz suerte de ser arrestado con los demás. Nosotros actualmente somos conducidos al suplicio rodeados de numerosos soldados, uno de los cuales nos precede llevando en la mano una larga asta en que vé fijada la sentencia de muerte que dice mandarnos crucificar Taicosama en Nagasachi, por haber predicado la religion de los cristianos, proscrita por él años atras. Pero en vez de aflijirnos por esto de modo alguno, mucho nos alegramos y hacemos fiesta de ello, por el inefable gozo de que rebosan nuestras almas. Porque estamos asegurados de que no puede tocar en la tierra suerte mas feliz al hombre redimido con la sangre de Jesucristo, que morir por tan santa y nobilísima causa. (R)

“Por todos, formamos el número de veinticuatro apresados, por la fé, seis de los cuales pertenecen á la bendita Orden de San Francisco y uno á la compañía de Jesus: los demas son japones, catorce de ellos terceros nuestros, y dos familiares de los jesuitas. Todos igualmente son condenados á muerte, por la misma causa que á nosotros se imputaba á deli-

to, esto es, por la predicacion de la fé del Nazareno, por el cual nos gloriamos ya todos de haber derramado nuestra sangre, lo que fué de esta manera. Trasladados del convento á la cárcel pública, de allí á poco fuimos conducidos á la plaza de Meaco, donde á la presencia de gran multitud de pueblo nos fué cortada por los verdugos parte de la oreja izquierda, con mucho dolor nuestro. Despues de esto, recorridas primeramente, como muestra de irrision, todas las calles de la ciudad, fuimos vueltos á la prision, de donde sacados nuevamente y puestos á la vergüenza á caballo, se nos condujo á Osaka, de allí á Sacay, y otra vez devueltos á Osaka, espuestos siempre á las burlas de la plebe, á los insultos de los gentiles y á las villanías de los soldados, pero acompañados por todas partes de las lágrimas de los cristianos, que no poco nos aliviaron tantas penas. A decir verdad, conforme nos acercábamos á cada una de las espresadas ciudades, creíamos que era para darnos muerte, aunque ya habíamos sabido con certeza, que Nagasachi debia ser el lugar de nuestro suplicio: así es que actualmente estamos en camino para esta ciudad.

“Ahora, pues, amadísimos hermanos míos, por las entrañas de Jesucristo, no dejéis un momento de encomendarnos á su Divina Majestad, para que se digne de recibir, en descuento de nuestros muchos pecados, el sacrificio que le vamos á hacer de nuestra vida. Entre tanto, me parece bien que alguno de vosotros se mantuviera escondido con Fr. Gerónimo, para su ayuda, y además el auxilio de estos miserables cristianos. Pero para ejecutarlo se necesita mucha habilidad, porque segun dicen, ya ha dado órden Taicosama al gobernador Terazava, de dar muerte al momento á cualquier fraile que, venido de Luzon, intentara solamente acercarse á las costas del Japon. Por lo cual es indispensable tomar el traje del país, si verdaderamente teneis ánimo de permanecer en estas tierras; sobre lo que sin embargo será bien que consultéis con fervorosas oraciones la divina voluntad, con cuyo favor solamente se os dará á conocer cuanto os convenga hacer en tan terribles circunstancias, pues ya he sabido que actualmente estais presos en la nave de los portugueses. El hermano del gobernador Terazava, á quien mucho estimo, nos ha prometido, que llegando á Nagasachi, no dejará de auxiliarnos. Dios le pague esta buena voluntad con los premios eternos del cielo. Pero, sea de esto lo que fuere, nosotros nos encomendamos sobre todo, á vuestras oraciones. Sí, hermanos carísi-

mos, rogad á Dios por nosotros que dentro de pocos dias seremos muertos. Grande es nuestra confianza en ellas, estando seguros de que solo en su virtud, se servirá el Señor tener finalmente piedad de nuestros pecados y nos los perdonará en pro de la sangre que dentro de poco derramarémos por su amor.

Ni en el entre tanto dejaremos de hacernos agradables al cielo, donde tendremos fija la vista cuanto nos dure la vida, ayudándoos en todas las cosas, especialmente en las que se refieren á los intereses de vuestras almas. Adios, pues, hermanos míos, amadísimos. Os recomiendo la paz, pero aun mucho mas el amor á nuestro Señor Jesucristo, única esperanza y consuelo de los atribulados en esta vida. Poned en él solo vuestra confianza, y el que alimenta á los pájaros del aire y viste de púrpura los lirios del campo, tendrá cuidado de vosotros, hechos á su imájen y semejanza. Os ruego por último, que no os aflijais por nuestra muerte, la que, al contrario, debe seros motivo de suma alegría.—De este camino para Nagasachi.—*Fr. Pedro Bautista.*”

Despues de escrita esta tierna carta, que ciertamente sirvió no poco al alivio de los profundos pesares de los tres miserables franciscanos Bartolomé Ruiz, Marcelo de Ribadeneira y Agustin Rodriguez, que gemian en la nave portuguesa, siguieron los mártires su viaje á Catambe, donde llegaron á 19 de Enero, despues de haber sufrido cruelísimos trabajos, y aquí, segun lo acostumbrado en todas partes, fueron conducidos por las calles públicas, burlados siempre de los pérfidos bonzos, pero acompañados tambien del llanto de los cristianos, y aun siendo objeto de estimacion y respeto de los mismos gentiles, algunos de los cuales, rendidos al sublime espectáculo que se les presentaba en los mártires, quienes aunque en la apariencia de reos y casi agotados de fuerzas no dejaban sin embargo de predicar el Santo nombre de Dios, llegaban á convertirse, proclamándose en voz alta cristianos; lo que es indecible lo que en tan grande manera regocijara á aquellos invictos héroes de la fé en medio de sus gravísimas penas y trabajos, quienes enteramente seguros de la victoria que por su muerte alcanzarian muy pronto sobre el infierno despues de un dia de detencion en Catambe, prosiguieron su viaje encaminándose á Caminoxequi en la provincia de Miaco. Mas antes de acompañarlos hasta esa ciudad, conviene insertar otras dos cartas, diri-

gidas de la espresada Catambe al viceprovincial de la compañía de Jesus á Nagasachi, una de San Pedro Bautista y otra de San Pablo Miki, cuya lectura dará á conocer no menos cuales eran los votos y los ardientes deseos de nuestros presos. La de San Pablo Miki, es la siguiente:

“Es cosa verdaderamente admirable y digna de atribuirse á milagro de Dios, que tanto yo, como los hermanos Diego y Juan, junto con los padres franciscanos, estemos condenados á muerte por amor de nuestro Redentor Jesucristo. Sí, por cierto, amado padre, porque no esperábamos nosotros tan feliz suerte; porque morir bajo la sombra y al lado de tan santos religiosos, es la mayor gracia que Dios Nuestro señor podia concedernos, y por la que le tributamos infinitos agradecimientos. A los veintiseis dias de la luna undécima, llegamos muy á la madrugada á este lugar, llamado Catambe, en el reino de Bisen, de donde dentro de poco pasaremos á Ocayama, y á los siete dias estaremos en Xinomoxequi, para dirijirnos á Mangoya, de donde el hermano de Terazava nos conducirá á Nagasachi para ser crucificados allí, que es cabalmente la última suerte que nos esta reservada. Os ruego, no os aflijais por nosotros, demasiado afortunados por cierto, habiéndonos hecho Dios dignos de padecer contumelias y muerte por su amor. Una sola cosa deseamos ardientemente en este momento; y es poder á lo menos confesarnos un dia antes de morir, con algun religioso, de la Compañía. Sí, amado padre, no es otro el voto de todos nosotros los presos, y el único, que oír misa y á lo menos recibir una sola vez en nuestros pechos á Jesucristo en el Sacramento, antes de ser puestos por su amor en la cruz. Y esta gracia esperamos puntualmente obtener por medio de vuestra paternidad reverenda. Ni os será difícil consolarnos, tan solo con que lo roguéis al hermano de Terazava ó al lugarteniente de esta ciudad, que siendo mis amigos ciertamente os darán este gusto.—De Catambe, á 19 de Enero.—*Pablo Miki.*”

En seguida, San Pedro Bautista, con palabras aun mas tiernas, le escribió del modo que sigue:

“Somos veinticuatro pobrecillos, condenados á muerte por Taicosama, unos por cristianos y otros por haber predicado la religion de Cristo; y todos aunque muy alegres y confiados en Dios, sentimos sin embargo un deseo ardentísimo en el corazon, de podernos reconciliar con él por medio de la confesion, y recibir, antes de consumir el martirio, el

Santísimo Cuerpo de Cristo. Dignaos, pues, amado padre, rogar al juez, á quien está encomendada la ejecucion de la sentencia, que nos conceda esta grande gracia. Tambien deseamos todos nosotros antes de morir, recibir la bendicion del Señor Obispo, y ver y abrazar por última vez á nuestros queridos hermanos. Y tanto á estos como á vosotros, R. P., mucho nos encomendamos.—De Catambe en reino de Bisen, á 19 de Enero de 1597.—El pobrecillo, *Fr. Pedro Bautista.*”

Animados sumamente por tan fervorosos y santos deseos, partieron de Catambe, llegando á Caminoxequi poco distante, tocando primeramente el Xibacu y otros lugares. Detenidos allí poco tiempo, despues de sufridas muchas injurias é insultos, caminaron para Ximomoxequi en la provincia de Naogato, última ciudad de la grande isla de Nifon, á la cual atravesando antes Cami Siasaca y otras tierras, entraron hácia el 25 del mes, en medio igualmente de las aclamaciones del júbilo de los cristianos y sin cesar un punto de predicar á la multitud el nombre de Jesucristo; de lo que se siguieron tambien no pocas conversiones en triunfo de la fé del Nazareno, que con la palma de la victoria en la mano, parecia recorrer al frente de ellos el camino.

Últimamente, pasado el estrecho que separa á Nifon de la isla de Chiu-Sui, tomaron tierra en Kokuta, grande y populosa ciudad en la provincia de Buigen confinante al Oeste con la de Chicugen y al sur con la de Bungo. Y tal vez de este lugar escribió San Martin de Aguirre una tiernísima carta á Don Antonio, Dr. de Morga, segundo del gobernador de Manila y su apreciado amigo, llena de nobles afectos y generosos sentimientos, con la cual concluiremos este capítulo, lo que hacemos para manifestar que en el corazon de los Santos, lejos de disminuirse las inclinaciones amorosas, mas bien adquieren fuerza cuando están purificadas en el fuego de aquella caridad, fuente de vida, que mana del costado del Redentor. Su tenor es como vamos á ver:

“Adios, señor doctor, adios para siempre de este mundo. Nuestro Señor Jesucristo, no obstante la gravedad de mis pecados, me ha hecho digno de ser condenado á muerte por su amor, juntamente con otros veintitres héroes ilustres de su fé, seis de los cuales somos hijos del gran Patriarca San Francisco de Asís; los demas japones; y aun tenemos firme esperanza en el corazon, de que otros se agregarán en el camino á este

número. Recibid, pues, la última despedida de vuestro tierno amigo, que aunque sentenciado á morir en defensa de aquella sacrosanta fé que forma el primer objeto de vuestro amor, no puede sin embargo borrar de su alma vuestra querida memoria. Sí, por cierto, amadísimo mio, que yo quisiera que actualmente vieseis mi pobre corazón para que conocierais el puro y santo afecto que os profeso. Ni solamente yo, sino todos mis compañeros os recuerdan con amor, os agradecen el mucho bien que nos hicisteis en Manila, os abrazan en espíritu y por mi conducto os dirijen la postrera despedida. ¡Cuanta verdad es, mi amado Antonio, que es fuerte el amor como la muerte! Pero si no me es permitido abrazaros en la tierra, llegará ciertamente un día en que volveremos á vernos en el cielo. Entre tanto, en este solemne momento ardientemente os ruego á mi nombre y al de todos mis compañeros (que lloran de ternura solo con vuestro recuerdo) que continúeis vuestro afecto á los pobres frailes de San Francisco de esta santa provincia, amándolos como verdadero padre y protegiéndolos siempre, con el solo fin de dilatar por su medio cada día mas el santo reino de Cristo en estas islas tan queridas de nosotros, lo que os agradeceremos en el cielo, donde esperamos vernos dentro de poco, pidiéndoos ahora únicamente que nos encomendeis al Señor, para que valerosamente y como conviene á soldados de la fé, afrontemos la muerte que muy pronto nos aguarda. Tal vez cuando leyereis esta carta, ya no existiré. Adios, os digo por último, tanto á vos como á vuestra señora Doña Juana.—De este camino de la Horca, á 23 de Enero.—*Fr. Martin de la Ascension.*"

CAPÍTULO XXII.

DOS NUEVOS MARTIRES.



ANTES de seguir adelante en el viaje de nuestros santos prisioneros, que dejames en Kokuta, conviene detenernos nuevamente para hablar de dos cristianos que, por disposicion de la Providencia fueron dos por compañeros suyos en aquella larga caminata, y lograron la dicha juntamente de ser mártires de Cristo, de lo que aparecerá muy manifiesto, cuán ocultos y admirables sean los juicios de Dios.

Luego que hubieron partido nuestros veinticuatro santos, de Meaco para Osaca, para seguir de allí el camino hasta Nagasachi, el V. P. Organtino, haciendo llamar á un cristiano por nombre Pedro Suquezi, nativo de la misma ciudad de Meaco, familiar que era de los franciscanos, y adscrito que era tiempo atras á su sagrada Tercera Orden de penitencia, le rogó encarecidamente que los fuese acompañando para servirles de auxilio en las muchas necesidades que sufrirían en tan largo y áspero camino; á lo que habiendo consentido con muy buena voluntad Pedro, se dispuso en el acto á partir, con la alegre esperanza tambien de caer en fin en poder de los soldados y conseguir la palma del martirio juntamente con los franciscanos, sus amados padres y maestros. No nos dice mas la historia respecto de su vida anterior, aunque esto es bastante para comprender la santidad y fervor de este afortunado cristiano. Pasemos ahora á hablar brevemente del otro fiel que, como diremos, cayó con el mártir por Jesucristo, cuya vida se enlaza admirablemente con la de Suquezi, como pasamos á verlo.

Vivia por aquel tiempo en Meaco, un tal Francisco, llamado Faehlante, antiguo y valeroso cristiano, de quien tenemos las siguientes noticias: Nacido en dicha ciudad, de una pobre familia, y habiendo abrazado muchos años antes la religion de Cristo, vivia por mucho tiempo en grande estado de perfeccion, piadoso, sóbrio y tan caritativo, que se

número. Recibid, pues, la última despedida de vuestro tierno amigo, que aunque sentenciado á morir en defensa de aquella sacrosanta fé que forma el primer objeto de vuestro amor, no puede sin embargo borrar de su alma vuestra querida memoria. Sí, por cierto, amadísimo mio, que yo quisiera que actualmente vieseis mi pobre corazón para que conocierais el puro y santo afecto que os profeso. Ni solamente yo, sino todos mis compañeros os recuerdan con amor, os agradecen el mucho bien que nos hicisteis en Manila, os abrazan en espíritu y por mi conducto os dirijen la postrera despedida. ¡Cuanta verdad es, mi amado Antonio, que es fuerte el amor como la muerte! Pero si no me es permitido abrazaros en la tierra, llegará ciertamente un día en que volveremos á vernos en el cielo. Entre tanto, en este solemne momento ardientemente os ruego á mi nombre y al de todos mis compañeros (que lloran de ternura solo con vuestro recuerdo) que continúeis vuestro afecto á los pobres frailes de San Francisco de esta santa provincia, amándolos como verdadero padre y protegiéndolos siempre, con el solo fin de dilatar por su medio cada día mas el santo reino de Cristo en estas islas tan queridas de nosotros, lo que os agradeceremos en el cielo, donde esperamos vernos dentro de poco, pidiéndoos ahora únicamente que nos encomendeis al Señor, para que valerosamente y como conviene á soldados de la fé, afrontemos la muerte que muy pronto nos aguarda. Tal vez cuando leyereis esta carta, ya no existiré. Adios, os digo por último, tanto á vos como á vuestra señora Doña Juana.—De este camino de la Horca, á 23 de Enero.—*Fr. Martin de la Ascension.*"

CAPÍTULO XXII.

DOS NUEVOS MARTIRES.



ANTES de seguir adelante en el viaje de nuestros santos prisioneros, que dejames en Kokuta, conviene detenernos nuevamente para hablar de dos cristianos que, por disposicion de la Providencia fueron dos por compañeros suyos en aquella larga caminata, y lograron la dicha juntamente de ser mártires de Cristo, de lo que aparecerá muy manifiesto, cuán ocultos y admirables sean los juicios de Dios.

Luego que hubieron partido nuestros veinticuatro santos, de Meaco para Osaca, para seguir de allí el camino hasta Nagasachi, el V. P. Organtino, haciendo llamar á un cristiano por nombre Pedro Suquezi, nativo de la misma ciudad de Meaco, familiar que era de los franciscanos, y adscrito que era tiempo atras á su sagrada Tercera Orden de penitencia, le rogó encarecidamente que los fuese acompañando para servirles de auxilio en las muchas necesidades que sufrirían en tan largo y áspero camino; á lo que habiendo consentido con muy buena voluntad Pedro, se dispuso en el acto á partir, con la alegre esperanza tambien de caer en fin en poder de los soldados y conseguir la palma del martirio juntamente con los franciscanos, sus amados padres y maestros. No nos dice mas la historia respecto de su vida anterior, aunque esto es bastante para comprender la santidad y fervor de este afortunado cristiano. Pasemos ahora á hablar brevemente del otro fiel que, como diremos, cayó con el mártir por Jesucristo, cuya vida se enlaza admirablemente con la de Suquezi, como pasamos á verlo.

Vivia por aquel tiempo en Meaco, un tal Francisco, llamado Faehlante, antiguo y valeroso cristiano, de quien tenemos las siguientes noticias: Nacido en dicha ciudad, de una pobre familia, y habiendo abrazado muchos años antes la religion de Cristo, vivia por mucho tiempo en grande estado de perfeccion, piadoso, sóbrio y tan caritativo, que se

proponia á sus conciudadanos como edificante ejemplo de todas las virtudes. Ejercitábase en el humilde oficio de zapatero, viviendo honestamente con el sudor de su rostro, cuando llegaron los franciscanos á su patria, á los que apenas vió, descubriendo en ellos los signos casi de una sobrenatural aparicion, se sintió interiormente movido á seguirlos, uni formando enteramente su vida á la apostólica que tanto admiraba. En efecto, llegado el tiempo de la fábrica del convento y de la iglesia de Meaco, Francisco, á ejemplo de tantos otros cristianos, los ayudó mucho en tal empresa con su ingenio y trabajo de sus manos, hasta que tomando junto con Leon Garasuma, Pablo Suzuqui, Miguel Cosaqui y otros, el hábito de Tercero, no se apartó más de su lado, sirviéndolos cuanto le era posible en todo, pero ejercitando especialmente su caridad en provecho de los pobres y leprosos, sustentados á espensas de los religiosos en los hospitales del convento. Y habiendo continuado esta vida hasta el año 1596, en que llegó á Meaco el Illmo. Pedro Martínez, primer obispo del Japon, recibió con inmenso júbilo de su alma, en compañía de otro ciento, el Sacramento de la Confirmacion, creciendo desde aquel momento mas y mas su fervor y estrechándose con un lazo ya indisoluble á sus hermanos franciscanos. Así es que entonces dió á conocer noblemente su afecto á ellos y su ardiente devocion á su gran Patriarca, porque puntualmente en ese tiempo quiso cambiar el nombre de Cayo que se le habia impuesto en el bautismo, en el glorioso de Francisco, aumentando de tal manera la santidad de su vida y su grande amor á Cristo y su religion, al grado de parecerle que nada habria hecho en bien de su alma y en pró de la fé católica, si al fin no muriese mártir en su defensa, creyendo firmemente que era llegado aquel feliz instante tan deseado por él, cuando sus hermanos minoritas fueron aprisionados de orden de Taicosama, por lo cual, trasportado de indecible gozo, corrió violentamente al Monasterio de Santa María de los Angeles de Meaco, y presentándose intrépidamente á los soldados, confesándose en alta voz cristiano y esperando con esto solo verse arrestado con los demas. Mas en vano, porque fué tan grande el número de fieles que corrieron igualmente á confesar su religion con la esperanza del martirio, que espantado el mismo Gibongio, como se ha referido, solo eligió á doce, denegando esa gracia á todos los demas.

Sin embargo, no desanimándose San Francisco, continuó al lado de los mártires, volviendo á él cuantas veces era rechazado por la fuerza armada, hasta que Pedro Bautista y sus compañeros fueron trasladados, el 30 de Diciembre, del convento á la cárcel pública. Ni dejó por esto de procurar la deseada palma, acompañándolos por las calles públicas de la ciudad de Meaco, asistiendo con las lágrimas del mas profundo dolor al primer derramamiento de su inocente sangre, rogando de mil maneras, suplicando y aun procurando comprometer á los esbirros, á Gibongio y demas, porque se le hiciera el mismo favor, como á cristiano, discípulo y familiar de los franciscanos. Mas todo esto fué inútilmente, porque viendo el pobre Fabelante partir á los veinticuatro aprisionados para Nagasachi, últimamente, casi perdidas sus esperanzas, se colocó á uno de los lados del camino, y comenzó á llorar amargamente, llenando el aire de sus gemidos y gritando: "¡Oh padres míos, adios! ¡adios, Pedro Bautista, consuelo de mi vida! ¡adios, Gonzalo, Leon, Pablo, Miguel, Felipe! ¡Oh, rogad al menos por mí, á quien por mis muchos pecados niega Dios la gracia de morir en defensa de su fé, aunque ardientemente yo he deseado desde el momento que dí mi nombre á la religion cristiana!" Empero, consuélate, Francisco, porque Dios te tiene tambien preparado el laurel de la victoria, mas afortunado con esto que otros centenares de cristianos á quienes no se les concedió alcanzarlo, aunque para ello empleasen mil esfuerzos, mil ruegos y todo género de ingeniosos arbitrios.

Efectivamente, manteníase Fabelante en aquel lugar, ofreciendo á Dios en descuento de sus pecados los muchos insultos de la tropa y de los gentiles, cuando reparó en San Pedro Suquezi que venia corriendo por el mismo camino en pos de los veinticuatro prisioneros. "¿A dónde vas, Pedro?" preguntóle Francisco. "A acompañar, respondióle, á los santos mártires, á prodigarles auxilios, y si fuere necesario, á morir con ellos por amor de Cristo." Un rayo de esperanza brilló entonces á los ojos bañados todavía de lágrimas de San Francisco Fabelante, quien abrazando tiernamente á Pedro, prosiguió: "y yo tambien quiero ir contigo, amigo Suquezi, si no desprecias mi compañía." A lo que le contestó el mártir Pedro: "¿Qué es lo que dices, Francisco? para mí será de mucho gusto tenerte por compañero de las penas y esperanzas que al presente

nos fortalecen el alma. Sí, amigo, vamos á prestar obras de caridad á nuestros hermanos, y durante el camino ocupamos el pensamiento en un bien lejano, ese bien al que se dirijen ardientemente todos mis deseos y los tuyos. Marchemos confiados en la ayuda de Dios, que seremos bienaventurados si nos hace dignos de morir por su amor, y si no nos lo concediere, grande será por cierto el consuelo de nuestras almas, pensando haberlo intentado, y viviendo alegres en lo futuro con la dulce y bella esperanza de ser protegidos de aquellos que antes de tomar el vuelo á la patria celestial, recibieron de nosotros oficios de piedad y muestras de fraternal cariño." Y dicho esto, abrazándose de nuevo, pusieron en camino en pos de los carros de los sentenciados, y reuniéndoseles presto, se postraron á los piés de San Pedro Bautista, rogándole que los aceptara por hijos y pidiese por ellos en su corazón á Dios que los hiciera dignos del martirio.

No nos detendremos mas en seguir á estos dos intrépidos cristianos en todo su viaje de caridad y misericordia, bastándonos decir, que no cesaron un punto de prestar toda clase de auxilios y consuelo á los veinticuatro prisioneros, predicando siempre con ellos á las turbas y á los mismos soldados la fé del Nazareno, sufriendo injurias, insultos, hambre, sed, frío, todos los trabajos y privaciones, en suma, que naturalmente trae consigo un dilatado viaje á pié en tiempo del invierno mas rígido, por medio de pueblos bárbaros y enemigos de la religion de Cristo, el cual quiso finalmente retribuirles tantas buenas obras satisfaciéndoles su ardiente y noble deseo del martirio, manifestando al mismo tiempo cuán admirables sean los caminos de la Providencia Divina, que si niega á algunos una gracia, elije á otros para la gloria, para que advertidos todos de sus ocultos juicios, procuren cuanto les sea posible cumplir sus utilísimos fines sobre el hombre, obra maestra de sus manos.

Hallábanse ya los mártires en la mitad del camino de Osaka á Nagasachi, cuando los satélites de Taicosama, sumamente irritados de tanta constancia, paciencia y admirable fortaleza de ánimo de los santos Pedro y Francisco, los encadenaron, en fin, como á los otros, uniéndolos á ellos y formando de esta manera el número de veintiseis gloriosos prisioneros. Imposible es referir lo que en aquel acto pasó de edificacion en ese escuadron de héroes, quienes olvidando, por decirlo así, en un instante

todas las penas del viaje, tributaron todos infinitas gracias al Señor, alegres unos por la adquisicion de nuevos compañeros, de que resultaba nuevo júbilo á los ángeles del cielo, nueva gloria á la tierra y otro triunfo sobre el infierno; felices los otros por la conseguida palma del martirio, con que entrarian muy pronto á la posesion de Dios. Y aun es de notar, que no solamente Pedro y Francisco fueron capturados durante el viaje, sino otros de los muchos cristianos que acompañaban á los santos presos de quienes sin embargo no haremos mención, porque despues, por imprevistas circunstancias, quedaron libres, con inmenso dolor de su corazón, quedando solamente los dos espresados; acontecimiento que no puede explicarse de otra manera que por los inescrutables juicios de Dios, segun antes hemos dicho, y como mejor podremos conocerlo, por lo que aun nos resta que hablar en esta historia. Por lo que mira al lugar donde los santos Fabelante y Suquezi fueron aprisionados y reunidos á los franciscanos, nada se sabe de positivo, pero de las cartas que tenemos referidas anteriormente, y con especialidad de la de San Martin de Aguirre de 28 de Enero, en la que solo aparecen veinticuatro sentenciados, parece haber sucedido esto pasado el estrecho que separa á Nifon de la isla de Chiu-Siu.

Habiendo permanecido poco tiempo en Kokuta, los mártires, en número ya de veintiseis, partieron para Facata, grande y populosa ciudad en las costas del antiguo reino de Figen, al oeste de la Isla de Chiu-Siu, llegando allí despues de un desastroso viaje é infinitas penas, el 30 del mes de Enero; de donde los gobernadores que los custodiaban dieron luego aviso á Fazamburo, remitiéndole al mismo tiempo una orden de Taicosama, en que se le prevenia, que llegando los presos á Nangoys, se encargase él mismo de conducirlos á Nagasachi y crucificarlos allí. Oído esto por Fazamburo, lo comunicó á su lugarteniente de esta última ciudad, ordenándole, que preparando cincuenta cruces para servir de patíbulo á los sentenciados, hiciese marchar al momento á Facata cuantas tropas le fuese posible reunir; lo que sabido en Nagasachi, fué grande y universal la conmocion de los cristianos, los que, infiriendo por el número de las cruces mandadas disponer por Fazamburo, que otros muchos fieles serian inmolados por la religion de Cristo, se prepararon á morir con tal ardor y gozo de sus almas, que pareceria imposible si la

historia no diese de ello un tan indudable testimonio. "Veintiseis, se decían mutuamente, son los condenados; ¿para quiénes otros, pues, se aprestarán las veinticuatro cruces que todavía sobran? ¡Oh! dichosos aquellos cristianos que puedan espirar sobre ellas, entregando el alma á Dios al lado de los franciscanos." En una palabra, fué este un momento de sublime é indescriptible entusiasmo, de que acaso no se encuentra semejante ejemplo en la historia de la humanidad. Cada uno se enervorizaba, se animaba y levantaba el espíritu á Dios, á la luz de una esperanza de que podía tocarle la muerte, oyéndose esclamar por todas partes por aquellos fervorosos cristianos: "¡Dios mio, Dios mio, que no me falte una cruz para espirar en ella por tu amor!" Y encontrándose en las calles, abrazándose tiernamente, y con los ojos inflamados y el alma trasportada de éxtasis celestial, se fortalecían unos á otros, deseando cada cual ser uno de los predestinados á la gloria, uno de aquellos condenados por la fé. Todos estaban en movimiento, quiénes terminando sus negocios, quiénes escribiendo cartas de despedida, éstos disponiendo trajes para vestirse en el día del martirio, si Dios les concediese tanta gracia. Todos en fin, hombres y mujeres, ricos y pobres, viejos y jóvenes, y hasta tiernos niños y delicadas doncellas, con santa porfía é indecibles muestras de júbilo, se preparaban á encontrar la muerte como valerosos campeones, intrépidos soldados del Nazareno y verdaderos cristianos. Tan sublime espectáculo se veía, no solo en la ciudad, sino en toda la provincia de Nagasachi, acudiendo de todas partes en multitud cristianos y gentiles; éstos á maldecir la verdadera religion hija del cielo; aquellos á recoger al menos reliquias de los mártires, si Dios no les quisiese participar de aquel banquete de dolores y penalidades. ¡Sublime poder de la fé católica, que de un tierno niño ó de una débil doncellita, hace de un golpe una heroína de fortaleza, capaz de hacer olvidar á todos los héroes de la mitología! contraposición admirable, á lo que mas tarde, en esta misma tierra, debía pasar con otros cristianos; que solo como herejes, y fuera por esto del verdadero rebaño de Cristo, desnudando su alma de todo noble sentimiento, no dudarian de conculcar el signo de la humana redención, de temor de incurrir en la ira de los bonzos, cuando en su lugar innumerables católicos, y hasta ilustres jóvenes y nobles matronas, adquiriendo fuerza y virtud al pronunciar

el nombre sacrosanto, maldecido por aquellos mas con hechos que con palabras, espiraban entre mil dolores, bendiciendo á Cristo y perdonando de corazón á sus mismos verdugos!

Prosiguiendo la historia, debe saberse, que mientras esa conmoción se veía en el pueblo cristiano de Nagasachi, recojian los santos prisioneros, no pocos frutos de vida eterna en la populosa ciudad de Facata, donde predicando el santo nombre de Dios, se convirtieron muchos gentiles, movidos de aquel edificante espectáculo de paciencia y constancia. Entre ellos merece especial mención uno de los principales bonzos del lugar, que abrazó la fé solo por haber oído á San Pedro Bautista fortalecer á sus compañeros con estas palabras: "Animo, hermanos míos: cuando nos veamos sobre el árbol de la cruz por amor de Cristo, entonces, sí, entonces podremos con toda confianza reconocernos por verdaderos apóstoles de su divina ley; siendo seguro, que para el aumento de la fé de Cristo, vale mas la sangre de uno de nosotros, que la palabra viva de muchos predicadores, porque la sangre de los mártires es semilla de cristianos."

Después de detenerse un día en Facata, partieron al siguiente entre el llanto universal de los ciudadanos, llegando á poco á la ciudad de Carazú, á tres leguas de Nangoya, donde encontraron con muchas guardias y soldados al gobernador Fazamburo, el cual, aunque gentil, no pudo contener las lágrimas á la lastimosa vista de aquellos pobres frailes; y dirigiéndose especialmente á San Pablo Miki, que era su conocido, dió muestras de compadecerlo, confesando además, que no merecían aquella muerte que sin embargo debía darles, obligado del precepto de Taicosama. Y dicho esto, ordenó se les prestaran varios socorros para alivio de tan grandes padecimientos. Pero el santo jesuita, lleno el corazón del espíritu del Señor, le contestó francamente: "Deja de compadecerme, Fazamburo, porque mi muerte no es motivo de dolor, sino antes bien de alegría; así es que rindo infinitas gracias al Señor, porque estoy vencido, que no hay en esta tierra mayor fortuna para un cristiano, que dar la vida por Cristo. Sí, tengo por cierto: aquellos son bienaventurados que, como nos pasa á nosotros, no vacilan en sufrir la muerte por haber predicado la Santa Ley de Dios. Pero supuesto que tanto os apiadais de nuestras penas, te ruego á mi nombre y al de todos estos

mis compañeros, que nos permitas antes de morir, podernos reconciliar mejor con Dios, recibiendo los Santos Sacramentos de la Iglesia Católica.

Hemos dicho ya, que recibir los últimos auxilios de la religion, era el voto y ardiente deseo de todos; por lo mismo, San Pedro Bautista, volviéndose á Fazamburo, prosiguiendo el discurso de San Pablo Miki, continuó diciendo: "No teneis razon, Señor, de compadecernos, cuando somos felices en dar la vida por Cristo, al que despues de la muerte gozaremos eternamente en el cielo, en compañía de los ángeles. ¡Y es lo que en realidad perdemos, cambiando pocos años de vida por una dichosa eternidad! Tened por cierto, que mucho mas nos honra el emperador con entregar os á la muerte por Cristo, que cuando con tanto y placentero afecto nos recibió como embajadores de Luzon, entre los aplausos de su corte en Nangoya. Esos fueron honores terrenos, pasajeros y mas bien efectos de mundana política, que de buena intencion y deseo de agradar á Dios; pero los que Cristo nos tiene preparados en el cielo, infinitamente mayores, estos sí merecen llamarse verdaderos bienes, como eternos y los mas apropiados para conseguir á Dios, último fin del hombre. ¡Ah! bendito sea el momento en que ese amor, verdadero ó fingido, que nos manifestaba Taicosama, se ha convertido en tan cruel ódio! Y no lo digo ciertamente por el mal, que sin saberlo resulta á su alma, sino por el incomparable bien que por esto mismo él nos ha procurado. Por lo mismo, señor, si nos miras llenos de tan santa alegría, bastante sabemos nosotros el motivo, y tú no debes asombrarte.

"Empero, una sola cosa podia acaso disminuir el gozo de nuestro corazon, y es, si partiésemos sin el auxilio de los Sacramentos que nuestra amorosa y santa madre la Iglesia concede á todos sus hijos, especialmente á la hora de la muerte. Por lo que te suplico, Señor, que si verdaderamente teneis compasion de nuestra suerte, permitas algun padre de la Compañía de Jesus, que nos acompañe al lugar del suplicio, y permítele tambien, que administrándonos el Sacramento de la penitencia, nos dé en seguida el santo cuerpo de Cristo, celebrando en nuestra presencia, á lo menos una sola vez, la santa misa. Todavía te pido otra gracia: Debes saber, que el mes de Marzo está consagrado entre los cristianos á la pasion y muerte de Nuestro Señor Jesucristo Redentor del mundo. Esto supuesto, y habiéndonos Dios concedido imitar á su

Unigénito Hijo hasta en el género de muerte, te ruego que se nos permita morir cuando Cristo espiró sobre el árbol de la cruz para la salvacion de la humanidad."

"A tan tiernos ruegos del apóstol franciscano, se conmovió, al menos en apariencia, el gobernador Fazamburo, por lo cual prometió conceder á todos la gracia que se le pedia. Despues de lo cual reparando en los tres jovencitos, Antonio, Tomás y Luis, que como tres espíritus angélicos, atadas las manos, fijos los ojos en el cielo y con el rostro resplandeciente, con la alegría de los santos, oraban á Dios y á su dulce Madre, rezando en la lengua patria el *Padre nuestro* y el *Ave Maria*, como á la vista de una vision beatífica, quedó por un momento Fazamburo sorprendido, pálido y mudo, sin decir una palabra, hasta que, volviendo en sí, exclamó: "¿Cómo es posible tanto valor, para sacrificarse, en jovencitos de tan corta edad, bellos como las flores que empapadas en rocío y olorosas, se abren en una mañana de primavera? ¿Qué religion es esta, que convierte á los niños en héroes? Pues ¿qué, en este mundo no es la muerte el espanto del hombre?" Pero por su desventura, era incapaz de comprender que tal espectáculo de heroica caridad hácia Dios, es el mas bello y fuerte argumento de la verdad de la religion católica, que puntualmente en esos mártires se dejaba ver en todo el esplendor de su divina virtud. Por lo cual, léjos de adherirse á ella, intentó mudar la voluntad de aquellos ángeles, trabajando, aunque inútilmente, en hacer, les perder la corona de mártires, con halagos y promesas; y especialmente probó su industria con el pequeñito Luis, que con preferencia á todos, lo habia enamorado, por brillar en su rostro toda la hermosura de la inocencia. Por lo cual, dirigiéndose á él, le dijo: "Mi querido niño, tu vida todavía está en mis manos: habla, pues, que con solo que tú quieras, te mandaré libre á la casa de tu padre." A lo que Luis contestó: "Yo nada te pido, contento como estoy con mi suerte; como fiel discípulo de mi buen maestro Pedro Bautista, de él solo dependo resuelto á no hacer cosa que le desagrade." Oyende esto Fazamburo, se volvió al santo comisario, para que consintiese á Luis salvar la vida. Mas el santo le respondió: "¿Le prometereis tambien vivir despues segun la Ley de Jesucristo?" Y diciendo Fazamburo que no, replicó el santo niño: "Pues con tal condicion, renuncio voluntariamente la vida. Vé con Dios, ni me digas mas en el particular, porque no soy tan

loco de perder el cielo por una miserable vida que deberé pasar entre angustias y dolores."

"Confuso Fazamburo, nada replicó á estas palabras; pero acercándose en su lugar, un caballero gentil, á Luis, le hizo mil ofertas de honores y riquezas, solamente con que renunciara á Cristo, y quisiese ofrecer incienso de nuevo á las falsas deidades del Japon. Mas aquel intrépido angelito, esforzado con la victoria que acababa de adquirir, despreció todas aquellas lisonjeras promesas, reconviniéndole, por último, su audacia, diciéndole: "Corre tú á postrarte delante de la ara de tus ídolos; vale que ellos no podrán por esto librarle del infierno, donde cuando mueras caerá ciertamente tu alma, si abandonados tus errores, no abrazares presto la fé de Jesucristo, en la que solamente hay salvacion." Avergonzado con esto el gentil, se apartó de su lado, no sin asombro de cuantos se hallaban presentes y del mismo Fazamburo, quien por último, al frente de los soldados que custodiaban á los mártires, partió para Nangoya, donde llegaron el 2 de Febrero."

Si lo recuerda el lector, ya hemos referido, que puntualmente en esta populosa y rica ciudad, brillante con toda la magnificencia japona, entraron los franciscanos Pedro Bautista, Bartolomé Ruiz, Gonzalo García y Francisco de la Parrilla en 1593, como embajadores de Luzon á Taicosama, recibidos solamente por este, y concluida despues la paz, sumamente honrados por toda la corte; por cuyo motivo, siendo tan conocidos, bien puede imaginarse la sorpresa que causaria su vista en todos los cristianos y gentiles. Pero en obsequio de la brevedad, lo pasaremos en silencio, reduciéndonos á observar, que los franciscanos entraron allí de un modo triunfante, predicando siempre la fé del Nazareno entre el llanto de innumerables cristianos y tambien de muchos paganos, ocho de los cuales, movidos interiormente del Espíritu de Dios, se convirtieron al cristianismo, alegrando de esta manera las indecibles penas de esos valerosos misioneros. Estos, en fin, dejando á Nangoya, prosiguieron su camino á Suecaqui en la provincia de Egen, á donde llegaron quebrantados de fatiga, agotadas sus fuerzas, casi muertos de frio. Sin embargo, á otro dia, 3 de Febrero, siguieron de nuevo su camino, que quisieron hacer á pié hasta Zanunqui, lugar á una jornada de Nagasachi, al que llegaron siempre alegres por las nuevas conquistas de la fé de Jesucristo."

CAPITULO XXIII.

LA PRISION DE FRAY JUAN EL POBRE.



L llegar, pues, los 26 sentenciados á Zonunqui al medio dia del 4 de Febrero, prosiguieron su viaje á Conoqui, ciudad de la provincia de Omura, á ocho ó nueve leguas de Nagasachi, regocijados no poco por la presencia de dos padres de la Compañía de Jesus, Francisco Paz y Juan Rodriguez, venidos de la misma Nagasachi á prestarles su ayuda espiritual. Pero habiéndose adelantado á ella Fazamburo, no solo no les permitieron los soldados celebrar misa y confesar á los mártires, sino con mucha dificultad y despues de muchos ruegos é instancias, apenas consintieron acercarse un poco á ellos y abrazarlos á nombre de sus correligiosos, y de parte del Obispo Pedro Martinez, y dar á todos, especialmente á San Pedro Bautista y á los demás franciscanos, la última bendiccion. Y entonces se verificó una edificantísima escena, que dió á conocer bastante cuánta era la virtud y heroica caridad de aquellos valerosos soldados de la fé; porque, abrazados Pedro Rodriguez, jesuita, y el franciscano Pedro Bautista, se dieron el ósculo de la paz en señal de fraternal amor y pidiéndose mutuamente perdón á nombre de sus respectivos hermanos, de los lijeros sentimientos nacidos entre ellos en los años anteriores en aquella viña del Señor; despues de lo cual, separándose llorando, y contentos al mismo tiempo por el santo vínculo de la caridad fraterna renovado en aquel solemne momento, víspera de su última batalla, á la que seguiria la gloria del cielo, Francisco Paz y Juan Rodriguez, despidiéndose de los mártires, volvieron prestamente á Nagasachi con el fin de obtener licencia de Fazamburo de poder, segun las promesas que les habia hecho, administrarles, á lo menos en dicha ciudad, la sagrada comunión en el santo sacrificio de la misa, y auxiliarlos por último en la hora de la agenia.

Partidos que fueron los dos dichos jesuitas, siguieron los mártires su

loco de perder el cielo por una miserable vida que deberé pasar entre angustias y dolores."

"Confuso Fazamburo, nada replicó á estas palabras; pero acercándose en su lugar, un caballero gentil, á Luis, le hizo mil ofertas de honores y riquezas, solamente con que renunciara á Cristo, y quisiese ofrecer incienso de nuevo á las falsas deidades del Japon. Mas aquel intrépido angelito, esforzado con la victoria que acababa de adquirir, despreció todas aquellas lisonjeras promesas, reconviniéndole, por último, su audacia, diciéndole: "Corre tú á postrarte delante de la ara de tus ídolos; vale que ellos no podrán por esto librarte del infierno, donde cuando mueras caerá ciertamente tu alma, si abandonados tus errores, no abrazares presto la fé de Jesucristo, en la que solamente hay salvacion." Avergonzado con esto el gentil, se apartó de su lado, no sin asombro de cuantos se hallaban presentes y del mismo Fazamburo, quien por último, al frente de los soldados que custodiaban á los mártires, partió para Nangoya, donde llegaron el 2 de Febrero."

Si lo recuerda el lector, ya hemos referido, que puntualmente en esta populosa y rica ciudad, brillante con toda la magnificencia japona, entraron los franciscanos Pedro Bautista, Bartolomé Ruiz, Gonzalo García y Francisco de la Parrilla en 1593, como embajadores de Luzon á Taicosama, recibidos solamente por este, y concluida despues la paz, sumamente honrados por toda la corte; por cuyo motivo, siendo tan conocidos, bien puede imaginarse la sorpresa que causaria su vista en todos los cristianos y gentiles. Pero en obsequio de la brevedad, lo pasaremos en silencio, reduciéndonos á observar, que los franciscanos entraron allí de un modo triunfante, predicando siempre la fé del Nazareno entre el llanto de innumerables cristianos y tambien de muchos paganos, ocho de los cuales, movidos interiormente del Espíritu de Dios, se convirtieron al cristianismo, alegrando de esta manera las indecibles penas de esos valerosos misioneros. Estos, en fin, dejando á Nangoya, prosiguieron su camino á Suecaqui en la provincia de Egen, á donde llegaron quebrantados de fatiga, agotadas sus fuerzas, casi muertos de frio. Sin embargo, á otro dia, 3 de Febrero, siguieron de nuevo su camino, que quisieron hacer á pié hasta Zanunqui, lugar á una jornada de Nagasachi, al que llegaron siempre alegres por las nuevas conquistas de la fé de Jesucristo."

CAPITULO XXIII.

LA PRISION DE FRAY JUAN EL POBRE.



L llegar, pues, los 26 sentenciados á Zonunqui al medio dia del 4 de Febrero, prosiguieron su viaje á Conoqui, ciudad de la provincia de Omura, á ocho ó nueve leguas de Nagasachi, regocijados no poco por la presencia de dos padres de la Compañía de Jesus, Francisco Paz y Juan Rodriguez, venidos de la misma Nagasachi á prestarles su ayuda espiritual. Pero habiéndose adelantado á ella Fazamburo, no solo no les permitieron los soldados celebrar misa y confesar á los mártires, sino con mucha dificultad y despues de muchos ruegos é instancias, apenas consintieron acercarse un poco á ellos y abrazarlos á nombre de sus correligiosos, y de parte del Obispo Pedro Martinez, y dar á todos, especialmente á San Pedro Bautista y á los demás franciscanos, la última bendiccion. Y entonces se verificó una edificantísima escena, que dió á conocer bastante cuánta era la virtud y heroica caridad de aquellos valerosos soldados de la fé; porque, abrazados Pedro Rodriguez, jesuita, y el franciscano Pedro Bautista, se dieron el ósculo de la paz en señal de fraternal amor y pidiéndose mutuamente perdón á nombre de sus respectivos hermanos, de los lijeros sentimientos nacidos entre ellos en los años anteriores en aquella viña del Señor; despues de lo cual, separándose llorando, y contentos al mismo tiempo por el santo vínculo de la caridad fraterna renovado en aquel solemne momento, víspera de su última batalla, á la que seguiria la gloria del cielo, Francisco Paz y Juan Rodriguez, despidiéndose de los mártires, volvieron prestamente á Nagasachi con el fin de obtener licencia de Fazamburo de poder, segun las promesas que les habia hecho, administrarles, á lo menos en dicha ciudad, la sagrada comunión en el santo sacrificio de la misa, y auxiliarlos por último en la hora de la agenia.

Partidos que fueron los dos dichos jesuitas, siguieron los mártires su

doloroso viaje; pero llegando á poco á orillas del mar, fueron embarcados en una nave, tomando tierra el mismo dia despues de una breve aunque penosísima navegacion á Toquizú, puerto distante tres leguas de Nagasachi en las costas meridionales del reino de Figen. Allí fué donde el santo comisario Pedro Bautista, casi moribundo por las penas padecidas, no pudiendo con todo, olvidar al dulce compañero de sus fatigas, el venerable anciano P. Bartolomé Ruiz, con quien habia venido al Japon, y entonces, como se ha dicho, se hallaba custodiado por tropa en una nave en el puerto de Nagasachi junto con sus compañeros Agustin Rodriguez y Marcelo de Ribadeneira, le dirigió una tierna y edificantísima carta, la última que escribió durante el viaje al lugar de su martirio, del tenor siguiente:

“Jesucristo sea con vosotros. Carísimo hermano mio: ¿Cómo podré tributaros los debidos agradecimientos por las muchas cosas que no habeis dejado de hacer en mi provecho espiritual? ¿Cómo espresaros la abundancia de santos afectos de que en este momento abunda mi alma, cuando camino junto con mis compañeros á la muerte de cruz? Hacia á ella, sin embargo, marchamos muy voluntariamente por amor de Jesus Nuestro Redentor. ¡Oh! como muestra del amor que es profesado, quisiera daros parte de mi mismo corazon; pero no siendo esto posible, recibid en su lugar mi voluntad, que no es otra, sino que vivais siempre dentro de las llagas del Salvador, última memoria de vuestro Padre condenado á muerte. Ya esta sentencia pronunciada contra nosotros debe ser conocida en todos sus pormenores, por lo que la omito. ¿Pues, qué os diré, en vez suya en esta mi última carta, en la cual, si me fuera permitido, quisiera enviaros toda mi alma, ¡oh dulce y amoroso compañero de mi vida! Verdaderamente lo ignoro, mi Bartolomé, como no sea rogaros que nos ayudeis con vuestras oraciones para terminar este doloroso viaje pacientemente y con entera resignacion de espíritu. Bien considero que vos, así como todos mis demas hijos, envidiais grandemente la buena fortuna de morir por Cristo; pero deponed el sentimiento, y animaos, porque ciertamente tambien para vosotros está siempre espedido el camino que conduce al martirio, que no se os concede ahora hacer en nuestra compañía; es de toda necesidad remitirse á los consejos admirables de la Providencia, sobre los cuales se cumplen

á la letra, en mi juicio, las palabras del profeta Isaías: *cogitationes mea, non sunt sicut cogitationes vestrae.*”

“Si Dios os concede volver á Manila, saludadme afectuosamente á todos nuestros hermanos de la provincia de San Gregorio, con particularidad á mi amadísimo hermano P. Pablo de Jesus, dándole de mi parte muchas gracias por su bondad de haberme mandado á estas tierras, cuando tenia el oficio de ministro provincial en las Filipinas. Tambien dareis por mí, iguales memorias al bendito P. Fr. Vicente Valerio, al P. Olivarez, al P. Romero, al P. Juan Clemente, á Fr. Agustin de Tordesillas, á Fr. P. Matías, á mi carísimo hijo Fr. Francisco de la Soledad, y últimamente á todos los demas, que por brevedad deo de nombrar, porque á todos, sin escepcion, doy mi última bendicion, y en este momento me encomiendo con toda mi alma. ¡Oh sí! ruegen por mí, á Dios Nuestro Señor, no omitiendo este oficio de caridad fraterna, hasta que no haya volado al cielo, donde no dejaré de agradecerlo, pidiendo sin cesar á mi vez por ellos ante el trono del Altísimo. Adios, repito, hermano mio: recibid tambien las memorias y la última despedida de parte de mis compañeros, que os abrazan en espíritu, lo mismo que á Fr. Marcelo y á Fr. Agustin, y conservaos buenos.—De este camino para Nagasachi. —Fr. Pedro Bautista, comisario.”

Despachada de Toquizú esta carta, que llevó el bálsamo del consuelo al corazon del venerable padre Bartolomé Ruiz y su compañero, San P. Bautista, con los demas mártires, siguió el viaje por tierra, caminando á pié aun de noche hasta Uracami, ciudad á una legua de Nagasachi, en la que deteniéndose hallaron allí nuevamente al P. Juan Rodriguez de vuelta de esa ciudad, quien les informó que Fazamburo habia mudado de parecer en cuanto á la promesa de recibir los sacramentos de la Iglesia, porque con este objeto habia hecho antes disponer una casa: con todo, muy asustado de la grande universal conmocion de la ciudad y tambien por lo mucho que crecia el murmullo de los portugueses y españoles residentes allí en gran número, especialmente de Castilla, habia resultado ejecutar la sentencia de muerte el miércoles siguiente y muy á la madrugada, con el fin de impedir cualquier tumulto. Oído esto por los mártires, no se desanimaron, sino confiados en aquel Dios que penetra lo mas profundo del corazon humano, dieron gracias al buen padre

por la caridad usada con ellos, deteniéndose en su compañía toda la noche en santas pláticas, hasta que al rasgar la aurora del día 5 de Febrero, prosiguieron su viaje á la vista ya del lugar de su suplicio, fijos siempre los ojos al cielo, feliz término de sus suspiros y premio igualmente de tantas penas, tantas fatigas y lágrimas derramadas en pró de la fé y enjugadas en los párpados de tantos hijos de la dicha. Mas aquí nos conviene dejar de nuevo á los veintiseis aprisionados, en las inmediaciones de Nagasachi, para instruir al piadoso lector de otro edificante episodio que se encadena con nuestra historia, y se refiere á uno de los compañeros de los franciscanos, es decir al venerable Fr. Juan el Pobre, ó sea de Zamora.

Recuérdese, que lo dejamos en Osaca, en compañía de D. Matías Landecho, capitán de la nao de San Felipe, naufragada en el puerto de Tosa, y del P. Diego de Guevara, agustino, y otros españoles que allí se habian dirigido con el intento de rescatar sus haciendas, secuestradas traidoramente por el virey de Urando. Ahora diremos, que, habiendo sido inútiles todas sus tentativas, sin que se les hubiese concedido á los miserables españoles otra cosa que regresar á Nagasachi, para de allí retornar á Manila en cualquiera embarcacion; no tuvo ánimo el buen hermano de abandonarlos en tan dilatado viaje, por lo cual los acompañó de nuevo, decididos siempre en su corazón á reunirse, cuando pudiera, á Pedro Bautista y á los restantes sentenciados ya á muerte de cruz. Con tales intenciones, llegado á Nagasachi, despues de infinitos trabajos y peligros padecidos en mar y tierra, y sabedor de la prision de los tres religiosos, Bartolomé Ruiz, Marcelo de Rivadeneira y Agustín Rodríguez, se entregó Fr. Juan á un deshecho llanto, no pudiéndolo consolar los amables cuidados de los españoles, especialmente del alférez Pedro Cotelo y el portugués Antonio Garcés, que siempre le profesaron un afecto mas que fraterno. "¡Ay, miserable de mí! esclamaba continuamente el pobre lego, ¿qué haré yo en esta tierra sin mis amados hermanos? ¡Oh, si á lo menos me fuera concedido dar la vida con ellos!" Y dirigiéndose en seguida á la orilla del mar, empleaba toda clase de arbitrios para ser reconocido de sus santos compañeros; pero lejos de conseguirlo, tuvo á gran fortuna de no caer en mano de los soldados. Y habiendo á escusas de todos, huídose de Nagasachi, se

mantuvo oculto por montes y cuevas, saliendo de allí siempre que sentia rumor de gente, para saber cuándo llegarían sus hermanos; y no viendo ni llegando á saber lo que solicitaba, se escondia de nuevo en alguna cueva emboscada, padeciendo frio, sed, hambre, desnudez; llenando continuamente el aire de prolongados gemidos, llamando á voces, ya á Pedro Bautista, ya á Martín, ahora tambien á Gonzalo, Felipe y Francisco, á Marcelo, Bartolomé y Agustín.

Y por cierto, cuán sublime debia haber sido, aún á los ángeles del cielo, el espectáculo de ese pobre hijo de San Francisco de Asís, solo y errante en extranjería tierra, que asomando de vez en cuando la triste frente desde un escondrijo, escuchaba, cual perdida oveja, si llegaba el pastor á recojerlo en el rebaño de sus hermanos, con quienes habia prometido vivir y morir por amor de Cristo. ¡Cuántas fatigas, cuántas penas y tribulaciones no habia sufrido! ¡á cuántos padecimientos y dolores no se habia expuesto, aunque siempre inútilmente, para ser mártir de Jesucristo! Muchas veces, en tantas correrías con los desgraciados españoles, de Urando á Osaca, de Osaca á Meaco, de Meaco á Nagasachi, fué encontrando por los esbirros de Taicosama, que al mismo tiempo que aprisionaban á sus amados hermanos, lo dejaban á él solo libre, entregado al duelo y al llanto. Parecia, ciertamente, que la muerte huía siempre de sus ojos, para atormentar mas su corazón. ¡Inescrutables juicios de Dios! que en aquel mismo momento que negaba la palma de los mártires á Fr. Juan, que por dos ocasiones habia estado en el Japon, la donaba á Felipe de Jesus, jóven, y el último llegado á aquellas tierras; y mientras se concedia esa misma gracia á Francisco Fabelante y á Pedro Suquezi, quedaban privados de ella otros cien cristianos, no obstante que mil veces habrian intentado unirse á los mártires, aguzando, por decirlo así, para conseguirla, la ferocidad de los soldados y la rabia de los gentiles.

Finalmente, despues de tantas ánsias, penas y tormentos, pareció á Fr. Juan oír un fuerte estrépito de armas y soldados, un galopar de caballos, un rechinido de carros y un prolongado clamor de voces, de suspiros y gemidos. Entonces, dando un grande grito, y presentándose en el camino público, descubrió á poca distancia á sus amados hermanos, que caminando por parejas á pié, atadas las manos á la espalda, desmayados de fatiga, agotadas sus fuerzas, tiritando de frio, pálidos, en-

flaquecidos y moribundos, y con todo, alegres en el semblante y cantando himnos al Señor, marchaban lentamente por entre filas de soldados de todas armas al lugar del martirio. No corre tan violento el ciervo á apagar su sed en una pura y clara fuente, ni una tierna madre á salvar la vida del hijo que está para caer en un precipicio, como Juan el Pobre voló sin tardanza á abrazar á sus amados hermanos. Pero á pocos pasos se encontró con Fazamburo, que venia á caballo delante de todos, que, conteniéndolo, y preguntándole: “¿Quién eres tú, y con qué fin te presentas aquí?” le dió la siguiente animosa respuesta: “Yo soy fraile de San Francisco, y vengo á reunirme con mis hermanos.” Pues qué, le contestó, “¿no veis, hombre nécio, que dentro de poco deben morir á mis manos?” A lo que le replicó el franciscano: “Ya lo veo, y esto es puntualmente á lo que yo aspiro, á morir con ellos, habiendo sido su compañero en la predicacion del Santo Evangelio.” “Ya lo veo, añadió Fazamburo, que tú eres de su número, y con todo, no morirás.” “¿Qué decis? le opuso Fr. Juan, ¿cómo no moriré? ¿pues por qué conducas á la muerte á mis hermanos? Si reputas delito la predicacion de la religion de Cristo, yo tambien soy reo, siendo predicador, aunque indigno de la fé de mi Jesus. Por lo mismo, á mí me toca igualmente morir crucificado; de lo contrario, deberá llamarse Taicosama sobre nécio, impío, prohibiéndome dar la vida por Cristo, cuando mis hermanos, reos conmigo de un mismo delito, son conducidos á muerte de cruz.” A estas últimas palabras, conmovido últimamente Fazamburo de tanto arrojó, contestóle de nuevo: “Bastante razon tienes de lamentarte, mas sin embargo, no me es lícito quitarte la vida, puesto que tu nombre no aparece en el número de los condenados.” A tal escusa, replicó francamente Fr. Juan: “Esto nada importa, cuando de todos soy conocido por cristiano y franciscano; pero si no hallarse mi nombre en lista con los de mis hermanos, me impide ser reunido á ellos, yo, yo mismo lo escribiré, con tal, solamente, de que consentas que muera por amor de Cristo.”

Empero, todo fué inútil; por lo cual, no desanimado con esto Fr. Juan el Pobre, firme en el propósito de morir mártir, apartándose de Fazamburo, siguió precipitadamente en pos de sus amados hermanos, quienes, aunque conmovidos á la vista de su dulce y compasivo compañero, no tuvieron ni siquiera el consuelo de hablarle, abrazarlo y darle el último

adios, bendiciéndolo únicamente con toda su alma; porque haciéndolo prender el juez al momento por cuatro soldados, mandó que atado con cuerdas, fuese trasladado á Nagasachi, donde se le tuviese en segura custodia, hasta que él no dispusiera otra cosa. Y así se hizo, y nos faltan palabras para espresar lo que en aquel acto pasó de edificante en aquel escuadron de sentenciados, al momento de la violenta separacion del afligido y desconsolado Fr. Juan el Pobre, el cual, aunque muchas veces intentó escapar de las manos de los soldados, no pudiendo efectuarlo por la robustez y ferocidad de ellos y lo cansado y agotado de sus fuerzas, no dejaba de volver su vista á todas partes, pidiendo á voces socorro, como el pobre marinero al romper la tempestad. Y no tardó mucho en presentarse á sus ojos un rayo de esperanza, del modo siguiente:

El español Pedro Cotelo y Antonio Garcés el portugués, de quienes hemos hablado arriba, tiernísimos amigos del V. Juan, advertidos de su partida de Nagasachi y temiendo grandemente por su vida, siguieron piadosamente sus pasos, resueltos, si lo encontraban, á ocultarlo en su propia casa, y conducirlo ellos mismos á Manila al partir para Luzon. En efecto, por algun tiempo lo buscaron, recorriendo aunque inútilmente, por aquellos montes y llanuras cubiertas de hielo y de nieve, hasta que al aproximarse los mártires, salieron al camino público, esperando que allí hubiera ido á su encuentro. Y así fué, pues á poca distancia se encontraron con cuatro soldados que conducian atado y maltratado al pobre religioso, quien viendo á sus dos amigos, rogó á los soldados, que á lo menos lo dejasen ir en su compañía, y lo mismo suplicaron Pedro y Antonio, á lo que accedieron los esbirros, avisando á Fazamburo, que estaba poco distante. El gobernador, ya de lástima de las muchas penas de aquel pobrecillo, ó ya mas bien por el deseo de concluir pronto, ordenó su entrega á los dos europeos, con la condicion, sin embargo, de escoltarlo hasta la ciudad. Hízose así, y llegados á Nagasachi, despedido la guardia, lo escondieron dentro de su casa, prodigándole toda clase de socorros; mas el franciscano, aunque agradeciéndoles amorosamente sus servicios dió muestras de aquietarse, pero en verdad su corazon comenzó á palpar mas fuertemente, porque tenia íntimamente resuelto en su interior fugarse tan luego como los mártires llegasen al lugar del suplicio, con la esperanza siempre de participar de su última

suerte, ó á lo menos asistirlos al pié de la cruz, y consumado el martirio, recoger algo, aunque fuese solamente una gota de sangre de sus amados hermanos, para conservarla como apreciable reliquia por lo restante de su vida; mas aún esta esperanza debía salirle fallida.

Y así fué en realidad, porque habiendo llegado Fazambaró á Nagasachi, sospechando que Fr. Juan el Pobre pudiese ser condeuido ocultamente á Manila, dió orden de que fuese prontamente trasladado al navío donde se hallaban todavía arrestados los otros tres franciscanos, Bartolomé Ruiz, Marcelo de Ribadeneira y Agustín Rodríguez. Así se cumplió exactamente, arrancándolo á viva fuerza del lado de sus piadosos amigos Pedro Coletto y Antonio Garcés, quienes los acompañaron llorando hasta el mar. Indecible es decir los lamentos de Juan el Pobre y de sus otros tres compañeros, al escuchar como habían perdido toda esperanza de volver á ver y abrazar al menos á sus amados hermanos, próximos en una nave extranjera. Grande, por cierto, é inmenso fué el dolor de aquellos pobrecillos, que habiendo consumido casi toda su vida en diversas tierras del Asia, dando innumerables hijos á la cruz á costa de increíbles sudores y sacrificios, veían entonces desaparecer ante sus ojos aquella corona por tanto tiempo deseada, como glorioso término de su apostolado de amor y caridad; corona que ya en espíritu lleno de santa envidia miraban brillar en la frente de Pedro Bautista, de Gonzalo, Martín, Francisco y demás Hermanos, hasta del jóven Felipe, que últimamente había llegado al Japon. Manteniéndose estrechamente abrazados, con los ojos bañados de lágrimas, vueltos al lugar del suplicio, exclamaban aquellos cuatro fervorosos prisioneros: "¡Oh Dios mío! ¿por qué abandonar este campo regado con nuestros sudores, cuando juntos con nuestros hermanos debíamos fecundarlo igualmente con nuestra sangre? ¿Por qué, Señor, por qué nos negais la palma de los mártires? ¡Oh costas del Japon, no sereis vosotras nuestra tumba! ¡Oh Nagasachi, ciudad destinada á beber la sangre de los hijos de San Francisco de Asís! si nosotros también te predicamos la fé de Jesucristo, ¿por qué, pues, nos lanzas lejos de tí? ¡Ah! ¡si pudiesemos á lo menos recoger antes un pedazo de tu polvo empapado en la sangre de nuestros hermanos, y besar el lugar que fué testigo de la muerte de los fuertes del Señor! ¡Oh Taicosama, instrumento de los divinos designios sobre esta tierra infeliz, no solo inhumano

sino injusto, nosotros, á pesar de esto, os estamos agradecidos, porque con la sangre de nuestros hermanos habeis sellado la morada de los hijos de san Francisco en el Japon! ¡Oh hermanos nuestros, adios! ¡Adios Pedro Bautista!, Martín, Gonzalo, Felipe y Francisco! ¡Adios á todos! Ah! recibid la última palabra de despedida de vuestros cuatro aflijidos hermanos, que no lloran ya vuestra muerte, sino su desventura! ¡Benedicidnos desde el cielo, donde dentro de poco entrareis, adornada la frente de esplendida y doble corona, y acordaos de nosotros ante el trono de Dios!"

¡Consolaos, gloriosos hijos de San Francisco de Asís! porque el proposito siempre firme y constante de afrontar la muerte por amor de Cristo, justamente os hace entrar en el número de aquellos invictos héroes que sellaron con su sangre la fé del Nazareno.

CAPÍTULO XXIV.

LLEGADA DE LOS FRANCISCANOS Á NAGASACHI.

EA aurora precursora del 5 de Febrero de 1597, se hallaba algo avanzada, y el sol apenas salido del Oriente, reverberaba sus lánguidos rayos, cuando los veintiseis prisioneros, salidos de Uracamí, llegaron á la ermita de San Lázaro, inmediata á Nagasachi, donde antes habia morado San Pedro Bautista con el V. Geronimo de Jesus.

Hecha allí una breve pausa, encontraron dispuestos á los PP. Juan Rodriguez y Francisco Paz, de la Compañía de Jesus, que habian ocurrido desde muy temprano para rogar otra vez al gobernador Fazamburo que les diese licencia de oír á lo menos las confesiones de los santos mártires; lo que habiendo conseguido al fin, entraron todos á la ermita, consagrada ya con las lágrimas de los hijos de San Francisco, en la que, con efusion de santos afectos, confesaron brevemente sus propios pecados al sacerdote del Dios vivo, sin omitir en seguida darle infinitas gracias, especialmente cuando de parte del Ilustrísimo Obispo Pedro Martinez, los bendijo el padre Juan Rodriguez, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Concluido este acto, los veintitres franciscanos fueron testigos de una tierna y juntamente religiosa ceremonia, que no debemos pasar en silencio.

Ya hemos dicho anteriormente, que los santos Juan de Goto y Diego Kisay, luego que fueron trasladados con San Pablo Miki, de Osaca á la cárcel pública de Meaco, con la certeza de haber conseguido la gloriosa palma de mártires, suplicaron por una carta al padre viceprovincial de la Compañía de Jesus, que pues Dios les habia concedido morir por su amor, los recibiese en ella, para de este modo tener el gusto de morir hijos de San Ignacio. Accediendo prontamente á tan piadoso deseo, dió comision al dicho padre viceprovincial, al padre Francisco Paz, para que llegados á la repetida ermita de San Lázaro, les diera allí la ropa de

la Compañía y recibiera sus votos, haciéndolos de esta manera de dos simples cristianos dos religiosos jesuitas. Despues de lo cual todos juntamente, entre himnos y cánticos de alabanzas y gracias á Dios, continuaron su viaje á la inmediata Nagasachi. Y ya estaban inmediatos, cuando una muy conmovedora escena se presentó á la vista de todos.

La víspera de la llegada de los mártires á Nagasachi, el gobernador Fazamburo habia publicado un bando anunciando su venida, y ordenando que ninguno, pena de la vida, saliese á su encuentro ni se atreviera á acercarse al lugar del suplicio. Y para mejor conseguirlo, puso muchas guardias en las puertas de la ciudad, con la severa y terminante orden de que á nadie, japon ó extranjero, se le permitiese la salida. Mas todo fué inútil, porque apenas rayó la alba del día siguiente, todo el pueblo ocurrió á un solo punto, y al grito de "Ya llegan los mártires," todos, cristianos y gentiles, hombres y mujeres, nobles y plebeyos, jóvenes y viejos, indígenas y extranjeros, entre ellos muchos españoles y muchos mas portugueses, forzaron las puertas. En vano los soldados intentaron negarles el paso enristrando sus lanzas sobre la multitud, porque ésta, á semejanza de un crecido torrente, que rotos y destrozados los diques inunda los campos, aterrados ó sorprendidos los soldados, atravesó las puertas y pasó adelante gritando: "Ya estan aquí, ya estan aquí" acercándose á los santos prisioneros. Bramó á tal vista Fazamburo, pero no se atrevió á resistir; por lo cual toda esa multitud, rodeando á los mártires, los acompañó casi en triunfo entre lágrimas y suspiros, hasta las mismas puertas de la ciudad, compitiendo todos en prodigarles todo género de socorros. Jamas, por cierto, se vió en aquellos lugares un tan conmovedor espectáculo. Arrodillados ante los santos campeones, les pedian los cristianos llorando que los bendijesen antes de dar la vida por Cristo, y que no los olvidasen delante del trono del Señor. Algunos tenian en la mano lienzos de seda ó pañuelos blancos para recoger su sangre en el acto del martirio, y guardarlos como preciosa reliquia en sus casas. Otros, sin temer la ferocidad de los soldados, se aproximaban mas á los mártires, procurando todo lo posible besarles los piés. Y hubo mas de uno que por esto quedase bien maltratado de los soldados. Y no faltaron otros muchos que sin temor de la muerte, confesándose en alta voz cristianos, suplicaban á Fazamburo que los reuniera á los franciscanos. No debe pasarse

en silencio el hecho de dos intrépidos cristianos, que habiendo rogado tanto á los verdugos que los hiciesen dignos del martirio, recibieron tan fieros golpes, que cayeron en tierra casi muertos, permaneciendo allí largo espacio privados de sentido. Se refiere de otro á quien se amenazaba con la muerte si no se aquietaba, que lleno de júbilo corrió á la ciudad á arreglar las cosas de su alma, dando vuelta inmediatamente al mismo lugar.

Inmediatos ya á Nagasachi, salieron al encuentro de los mártires algunos portugueses, llevando consigo vino y otros alimentos, y rogándoles ardientemente que con ellos restaurasen sus fuerzas. Distinguióse sobre todos en ese oficio de caridad, D. Francisco Rodriguez Pinto, ilustre oficial de esa nacion, amantísimo de los frailes menores, que puesto á los piés de San Pedro Bautista, teniendo en las manos bebidas calientes y de licados manjares, le pedía con lágrimas, que para alivio de tantas penas, tomara alguna cosa por amor de Dios. Pero el Santo, abrazándolo y bendiciéndole con toda su alma, le respondió: "Gracias, hijo mio, Dios te recompense con premios eternos tu caridad, pero yo no como, porque, á decir verdad, ya nada procuro de alimentos terrenos. Próxima está ya la última hora de mi vida, y aunque mucho he sufrido, con todo, á Dios gracias tengo bastantes fuerzas para poder llegar al lugar del suplicio. Vamos, ten ánimo, que te será agradecido en el cielo." Y dicho esto, tomando los manjares de las manos del caritativo portugues, los repartió á los soldados. Es increíble lo que esto los llenó de admiracion. Finalmente, estando casi á la vista de Nagasachi, vuelto á sus compañeros exclamó: "Hijos míos, albanza sea al Señor Dios del cielo y de la tierra: hénos por fin llegados al término glorioso. Felices nosotros, que con toda confianza podemos decir con el Apóstol de las gentes: Hemos combatido en buena pelea, consumado nuestra carrera, mantenido viva nuestra fé: ahora nos está preparada la corona de justicia, con la cual nos retribuirá dentro de poco nuestro divino Juez, por cuyo amor marchamos á encontrar la muerte. Sí, valor, hijos míos, todavía otras pocas penas, y seremos todos nosotros dichosos en la morada de la Divinidad." Dicho esto, respondieron *Amen* sus veinticinco compañeros; y continuando el camino, entraron á poco á la ciudad con semblante mas alegre que nunca y recitando en alta voz cánticos de acciones de gracias al Señor; de lo

que sumamente maravillado Fazamburo, preguntó á Pedro Bautista: "¿Pero de dónde sacais motivos de tanta alegría estando condenados á muerte de cruz?" A lo que contestó el santo comisario: "Para conocerlo bien, necesitarías ser cristiano; porque sábelo bien, quien profesa la fé de Cristo, no tiene placer mayor que sufrir por [su amor: siendo Él verdad por esencia, ha prometido la eterna bienaventuranza á los que sufren persecucion por la justicia. Empero vosotros, ciegos idólatras, no sois capaces de penetrar en los misterios de la religion cristiana ni de apreciar los premios que el Dios vivo por todos los siglos tiene reservados á sus hijos."

A tales palabras, nada tuvo que replicar Fazamburo, quedando solamente poseido de rábia al ver tanta constancia y alegría en unos hombres que dentro de muy poco debían morir como públicos malhechores. Por lo cual, á pocos pasos, mientras daba sus órdenes para llevar á cabo prontamente la sentencia de muerte, hizo entrar á los veintiseis condenados á una casa dentro de la ciudad, bien custodiada de soldados que no pudieron, sin embargo, impedir que en un momento quedara llena de cristianos. Y entonces, mas que nunca, fué ciertamente grande, inmenso é imposible de referir, cuál debió ser el llanto de aquellos pobres fieles de Jesucristo, entre ellos, siempre los primeros los portugueses, que en aquellos solemnes momentos se portaron, no solo como verdaderos, sino como magnánimos cristianos; sobre todos, se distinguieron los piadosos padres Juan Rodriguez y Francisco Paz, á quienes se habia concedido auxiliar á los mártires hasta el lugar del suplicio; y por cierto que, como luego veremos, no faltaron un punto á ese doloroso aunque sumamente caritativo oficio: y aun mas, el P. Francisco Paz, empleó toda clase de ruegos para que Fazamburo dejara con vida á los santos Pedro Suqueri y Francisco Fahelante, por cuanto sus nombres no estaban escritos en la lista venida de Meaco. Pero él le respondió, no poder usar semejante indulgencia con aquellos hombres, que como dignos de muerte le habian sido entregados por el lugarteniente de Gibonogio. Y replicando el jesuita, que se esperase á lo menos hasta que se le diera parte, añadió Fazamburo: "Ni aun esto puedo, porque Gibonogio entraria por cierto en sospechas de mi fidelidad." Así es, que de aquí, resultó, que á los santos Francisco Fahelante y Pedro Suqueri, no se cer-

rased el camino del martirio; siendo indecible lo que este alegró á sus gloriosos compañeros, especialmente á los apóstoles franciscanos.

¿Pero por qué asoman ahora á sus ojos desusadas lágrimas de profundo dolor? ¿Dónde ha huido el júbilo de su corazón, y la santa alegría que antes manifestaban, como si ya fuesen bienaventurados en los brazos del Creador? ¿Sienten acaso espanto de la muerte, que tienen ante su misma vista? No, en verdad, más noble y santa es la causa que mueve á llanto aquellos alentados atletas. Acuérdate que á corta distancia de allí, viven en trabajos y angustias algunos de sus amados hermanos: traen a la memoria que los padres Marcelo de Ribadeneira, Bartolomé Ruiz, Agustín Rodríguez y Fr. Juan el Pobre, á quienes Taicosama ha dejado la vida, se conservan todavía presos dentro de una nave rodeada de numerosos soldados; y casi les parece ver aquellos infortunados, los piés descalzos, desgarradas las ropas, macilentos los semblantes, oprimidos de penas, agotados de fuerzas, medio muertos de frío, pedir y suplicar á los soldados, que dejándolos un momento libres, les permitan dirigirse hasta el lugar del suplicio, para ocurrir al auxilio espiritual de sus queridos hermanos; y así pasaba realmente, porque habiendo nacido alguna esperanza en los cuatro afligidos hijos de San Francisco, de salir á lo menos de su prision, sin reparar en frío, hambre ni desnudez, reunidos sobre cubierta, vueltos sus ojos llenos de lágrimas hácia Nagasachi, levantados los brazos al cielo, con gemidos de inefable dolor, llamaban por su nombre á sus compañeros, encomendándolos á Dios, á la Virgen Santísima y á los santos. Y entonces San Pedro Bautista, á quien en espíritu parecía verlos en tan suplicante actitud, conmovido en su alma, se puso de rodillas y levantadas las manos á lo alto, rodeado de los santos Martín, Gonzalo, Felipe, Francisco Blanco, Francisco de la Parrilla, Leon, Pablo, Miguel, Gabriel y to los demás Terceiros, entre el llanto de innumerables cristianos y aun la conmocion de los gentiles y soldados de la guardia, dirigió á Dios á su favor la siguiente oracion:

“¡O Señor del Universo! Tú, que nos llamas al convite de los ángeles, no olvides á nuestros amados hermanos. ¡O Dios Eterno! Tú llamaste bienaventurados á los que sufren persecucion por tu nombre; dignate ser el consuelo de esos desdichados, infundiendo en su corazón un

poco de bálsamo, para aliviarles algo de las infinitas penas y trabajos que sufren por la causa de la cruz. ¡O Señor, que tomando carne humana en las inmaculadas entrañas de la pura doncella de Nazaret, qui siste morir por el bien de tus criaturas, bendícelos desde lo alto de los cielos! No consientas, ¡o Hijo de María! que nuestros hermanos, como ovejes dispersas caigan en las garras de rapaces lobos. Sí, nosotros, que somos amados, si aceptas con agrado esta sangre, que dentro de poco derramaremos hasta la última gota por el aumento de tu fé, escucha, gran Dios nuestro humilde ruego.”

A estas últimas palabras de Pedro Bautista, siguió un deshecho llanto de multitud de los cristianos, y luego el santo comisario volviéndose á dos portugueses allí presentes, les hizo este ruego: “Dirijios al mar, y anunciad á mis hijos, que yo los bendigo con toda mi alma en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.” En seguida, señalando el cielo, añadió: “Consoladlos de parte de todos nosotros, y decidles, que allá los esperamos.” Ultimamente alargándoles el breviario, añadió: “Dadlo á Fr. Marcelo, y rogadle á mi nombre que lo reciba como la postrimer memoria de su padre.”

Habiendo partido los dos portugueses, llegó Fazamburo, anunciando á los veintiseis sentenciados ser ya hora de encaminarse al lugar del suplicio. Pero nada se espantaron esos valientes, antes como mansos corderos conducidos al matadero, con el rostro sereno y el espíritu elevado al sumo Dios, á quien invocaban con todo el afecto de su corazón con dulces lágrimas, se dirijieron todos gozosos á su calvario. Mas en esta ocasion, dirijiendo la vista Fazamburo sobre los tres jovencitos, Tomás, Antonio y Luis, que como bernejas rosas ó tres cándidos lirios, extraordinariamente alegres marchaban por delante de todos cantando alabanzas al Señor, pretendió todavía minar su constancia. Tomás con pocas palabras, venció el asalto, pues estrechando á San Miguel su padre, respondió al juez: “Mi suerte está unida á la de mi padre, él me ha enjendrado á esta vida de llanto, bien es, que en su compañía vaya á la posesion de la vida eterna y bienaventurada.” Ni menos fuerte que su compañero, se manifestó Luis; porque dirijiéndose á Fazamburo, que le hacia mil ofertas de honores y riquezas tan solo con que abandonando á Pedro Bautista los siguiese á él y á su ley, franco y resuelto, en la

grande concurrencia del pueblo que se deshacia en lágrimas de profunda admiracion, les respondió en estos términos: “¿Yo abandonar á Cristo, que me abre ya las puertas del cielo y manda á sus ángeles á poner sobre mi cabeza una corona resplandeciente de gloria? ¿Separarme y del lado de mi buen padre Pedro Bautista, que educándome en la religion de mi Dios, con solo esto me ha hecho heredero de la gloria de los santos? ¿Dejar en llanto á mis compañeros, y perder las delicias del cielo y la vision Beatífica de Cristo mi Señor, para correr en pos de tí á condenar mi alma? ¡Ah! si yo lo hiciera, ¡cuán eterno seria mi vituperio en esta y en la otra vida! Guarda para tí tus riquezas, que para nada las solicito, contento solo con las celestiales.” Y dicho esto, dejando á Fazamburo, corrió á abrazar á San Pedro Bautista. Pero mas terrible fué el combate que tuvo que sostener en ese momento el santo jovencito Antonio.

Tenemos dicho que era natural de Nagasachi, y que saliendo de allí, mandado por San Martin de Aguirre á Meaco en compañía del V. Gerónimo de Jesus, dejó á sus amados padres. Habiendo, pues, sabido estos la llegada de su pequeño hijo á su patria para ser allí crucificado, le salieron al encuentro llorando copiosamente; y viéndolo atado como inocente corderillo en medio de cien soldados, aunque ellos eran cristianos, quedaron oprimidos de tan profundo dolor de no poder á lo menos estrecharlo en su seno y bañarlo con sus ardientes lágrimas, que no pudieron contenerse de dirigirle así su suplica: “¡Ay hijo querido! tiernísima prenda de nuestro amor, muévante á piedad las lágrimas y suspiros de estos tus desgraciados padres. No nos dejes en el gran duelo, aflijidos y desolados inconsolablemente por toda nuestra vida. Si nuestros ruegos no te mueven, ten lástima siquiera de tí mismo, y no quieras morir en una edad tan tierna. Bien está que sea este tu deseo por amor de Cristo Nuestra Redentor; pero aun eres jovencito y no te faltará ocasion, si él lo quiere, de morir mártir en los años futuros. Considera nuestra ansiedad, y reflexiona, que ciertamente no podemos sobrevivir á tu muerte.

A estos lamentos de sus padres, contestó Antonio en estos términos: “Queridos míos, no hablais vosotros con juicio. ¡Qué pérdida puede decirse la vuestra, mandando un hijo al cielo á gozar de Dios eterna-

mente? Lejos de entristeceros, á modo de los gentiles, ¿no deberiais hacer fiesta y manifestar regocijo? Otro ejemplo, para decir verdad, de fortaleza y resignacion cristiana, esperaba yo que hubierais dado á estos ciegos paganos. ¡Ah! si verdaderamente me amais, dejadme morir con mis compañeros por amor de Jesus, que ya me tiene preparada la corona del martirio. Cierto es que soy jóven tierno, mas por esto muy amado de mi Señor y de los ángeles del paraíso, que ya vienen á encontrarme con la palma de la victoria en la mano. Consolaos, pues, que no es muerte la mía, sino principio de vida eterna. Dios me llama ahora á sí, ¿y siendo vosotros cristianos, quereis oponeros á su voluntad? ¿No reflexionais que si al presente pierdo la palma de los mártires, acaso no me será dado conseguirla despues?”

A estas palabras de su hijo, no supieron los padres de Antonio qué responder; pero al momento Fazamburo, para sacar provecho de sus lágrimas, se le puso delante, añadiendo toda clase de lisonjas y mil promesas de premios y riquezas, tan solo con que se rindiera á los ruegos de sus padres. Mas interrumpiéndolo Antonio desde luego, le contestó así, entre burlándose y entristeciéndose: “Tú me prometes cosas de la tierra, y mi Dios el reino del cielo: aquí solo hay abrojos y espinas, y allá verdaderos goces de vida bienaventurada: los pocos placeres de acá abajo son frágiles y desaparecen como el humo, y los del cielo infinito, y eternos, porque todos se refunden en Dios, eterno é infinito. Mira, pues, cuán necio seria yo si quisiese cambiarlos con los que tú me prometes. Pero sin embargo, dime, ¿concediéndome tú la vida, harás lo mismo con Pedro Bautista mi maestro y todos mis otros compañeros?” —“No, contestó Fazamburo.”—Y tú, añadió el heróico jovencito, dentro de poco verás el aprecio que hago de la vida y cómo temo la muerte.” En seguida, separándose de él y vuelto de nuevo á sus padres, que todavía lloraban, aunque compungidos con las palabras de su hijo, desnudándose la sobreveste azul, llamada *Queimon*, les dijo: “esta es vuestra, y gustoso os la devuelvo.” Y la arrojó á sus piés, quedándose cubierto con una túnica trabajada por las mismas manos de San Gonzalo García. Luego, no sin derramar lágrimas de inefable gozo, prosiguió diciéndoles: “Animaos, mis amados padres, demasiado felices por cierto, estando seguros de tener muy pronto un hijo mártir glorioso en el cielo. Conso-

laos, que en lo alto rogaré por vosotros á mi Dios; no lloreis mas por mí sino por estos ciegos idólatras, privados del conocimiento del verdadero Dios. Adios, madre mia, adios, padre mio; conservad siempre intacto el tesoro de la fé, mostraos en medio de los enemigos del nombre cristiano, intrépidos confesores de la religion católica y dignos padres de un mártir. Adios, ya se abre el cielo, ya me llama el Señor al bienaventurado convite del eterno descanso, ya se regocijan los ángeles, y los santos del paraíso hacen fiesta ante el Cordero sin mancha por nuestro triunfo. Abrazad por última vez á vuestro hijo y dadme vuestra bendicion."

A estas últimas palabras del jovencito, elevóse de la multitud de cristianos un prolongado grito de inefable alegría, y en esa misma hora que todo el infierno parecia temblar por su vergonzosa derrota, los ángeles del cielo entonaron el himno de la victoria á la fé, regocijada con tan hermoso y nuevo triunfo; porque el padre y la madre de Antonio, casi reconviniéndose á porfia de la debilidad tenida al frente de la admirable fortaleza del hijo, postrándose en fin ante él, reverentes, besándolo, abrazándolo y bendiciéndolo en nombre de aquel Dios que muda á los niños en héroes, se lo ofrecieron como inocente y perfumado holocausto, de que debia seguirse nueva gloria á la tierra y nuevo júbilo al cielo; y dándole el último adios, le dijeron así: "¡Oh hijo, querida prenda de nuestro mas tierno amor, marcha ya adonde Dios te espera; pero no olvides á tus tristes padres, á quienes dejas en el duelo, desterrados y peregrinos sobre esta tierra infeliz, y acordaos frecuentemente de ellos en la feliz morada de la Divinidad!"

De esta manera terminó esta escena tan edificante, exacta y solemne pintura de los dorados tiempos del naciente cristianismo; y ya los mártires, ébrios de desusada alegría por el triunfo de Antonio, estaban á punto de moverse para el doloroso calvario, cuando llegando violentamente los padres Juan Rodriguez y Francisco Paz, jesuitas, destinados por el obispo Pedro Martinez para auxiliarlos en la última hora, entregaron al capitan de todos, San Pedro Bautista, una carta de parte del P. Pedro Morejon de la Compañía de Jesus. Este celoso misionero, no pudiendo dirigirse en persona á saludarlos y prestarles ayuda espiritual, lo que estaba prohibido á todos, fuera de los dos antedichos, quiso al

menos despedirse de ellos por medio de la siguiente carta, que pasamos á referir como solemne documento de la virtud de nuestros santos.

"La paz de Cristo sea con vosotros, ¡oh amados padres y amadísimos hermanos míos! el Espíritu Santo consuele vuestras almas y las de todos esos cristianos que tan bien han triunfado del mundo y de sí mismos. ¡Oh, con cuánto ardor, desseo y siempre he deseado ser vuestro compañero! mas esto no depende de mí, porque siendo tan gran pecador, nunca he merecido tan bella y feliz ventura. Pero siempre entregado al llanto, estaré esperando el dichoso día, en el cual, no diré llegué á mártir, (que aun no me atrevo ni á pensarlo, como indignísimo de merecer tanto de Dios, por mis muchos pecados,) sino que vea consumarse el curso de mi triste vida, y reducirse á cenizas este mi infelicísimo cuerpo en defensa de esta santa iglesia de japoses, para que inaugurada con tan magnífico principio, é ilustrada por tan admirables ejemplos de la santa vida de sus hijos, pueda traerme á mí algun bien, sea el que fuere. Entre tanto, carísimos padres y hermanos míos, por las entrañas de aquel Dios por cuyo amor padecéis, os ruego me concedais perdon de los grandes disgustos y pocos buenos ejemplos que anteriormente os he dado: os suplico, igualmente, que llegados ante el acatamiento de Dios, no olvidéis á los que dejáis en llanto y duelo, errantes peregrinos sobre esta miserable tierra, y muy especialmente hagais memoria de mí, mucho mas necesitado que los demas, de vuestra intercesion. ¡Cuánto deseo abrazaros, y afectuosamente estrechar á todos sobre mi corazon, si tanto favor me fuese concedido! Y ya que no me es posible, me alegro de poderos suplicar al menos, antes de vuestra gloriosa muerte, que rogueis al Señor que en el momento de la mia viva en él, que con su propia Sangre hermoseó á su Iglesia, pues verdaderamente no deseo otra cosa sobre esta tierra. Adios, padre mio comisario Fr. Pedro Bautista, adios, padre mio Fr. Martin; adios tambien á tí, padre mio Fr. Francisco Blanco: adios hermanos míos, Fr. Felipe, Fr. Gonzalo y Fr. Francisco. ¡Dichosa muerte, que sobrepuja sumamente á mis méritos! Saludadme á Leon, Cosme, Pablo, Tomás, Francisco y á todos vuestros demas compañeros. No necesito exhortaros á confortar á estos cristianos á morir resignados por Dios, porque no me es desconocido ser uso entre los japoses, aun por otros motivos, soportar con suma fortaleza la

muerte. *Eia patres amantissimi, usque ad cospectum Dei.*—MOREJON, vuestro indigno siervo.”

Leída la carta anterior, entre la efusion de santos afectos, los veintiseis sentenciados, dadas las gracias á los padres Juan Rodríguez y Francisco Paz, prosiguieron su viaje, acompañados de inmensa multitud de cristianos, los cuales, dando lamentos de profundo dolor, y arrojando arena á lo largo del camino que debían recorrer los gloriosos campeones de la fé, movían á llanto á los mismos gentiles, á los innumerables soldados que de todas partes los rodeaban, y aún á los ministros de justicia que marchaban los últimos de todos. En suma, su viaje al lugar del suplicio fué un nuevo triunfo de la fé de Jesucristo, en cuya defensa caminaban á morir crucificados.

CAPITULO XXV.

LOS FRANCISCANOS EN EL LUGAR DEL SUPPLICIO.



EN las afueras de Nagasachi, á lo largo del camino que conduce á Omura, y donde desde muy remotos tiempos se acostumbraba castigar con la muerte á los públicos malhechores, habia dispuesto Fazamburo ejecutar la sentencia contra los veintiseis confesores de la fé, pero, llegado á conocimiento de los portugueses, y no pudiendo éstos sufrir que religiosos tan santos y de tan grande honor de la Iglesia de Jesucristo fueran llevados á morir al lugar donde hombres perversos y malvados habian perdido la vida con la marca de la infamia en la frente, suplicaron ardientemente al gobernador que señalase otro sitio, que mirando á la ciudad fuese tambien vista desde el puerto, de la Ermita de San Lázaro y del convento habitado antes por los franciscanos, disponiendo en su interior, fabricar allí una iglesia en honra de aquellos invietos héroes de la fé, cuando llegara á triunfar la religion católica. Y Fazamburo, ó bien por cortesía á los suplicantes, ó ya por el deseo de no disgustar á esos extranjeros, de cuyo comercio resultaban tantas utilidades al Japon y mucho mas á Nagasachi, accedió benignamente á sus ruegos, disponiendo para el lugar del suplicio una altura que, inmediata al mar, á modo de pequeño calvario, se levantaba como un baluarte de la ciudad; y aun añadió en voz alta, que mucho le dolía no tener facultades, como lo habria deseado, de salvar la vida de los presos. Y parece que verdaderamente así lo sentía, mostrándose en aquel momento en extremo conmovido hasta derramar no pocas lágrimas, como entre otros lo ha testificado D. Bernardino de Avila, español, testigo de vista. Pero sea de esto lo que fuere, á la aurora del dia 5 de Febrero, todo se hallaba prevenido en el nuevo calvario; colocados los soldados por todas partes, preparadas las lanzas, prontos los verdugos, y colocadas

muerte. *Eia patres amantissimi, usque ad cospectum Dei.*—MOREJON, vuestro indigno siervo.”

Leída la carta anterior, entre la efusion de santos afectos, los veintiseis sentenciados, dadas las gracias á los padres Juan Rodríguez y Francisco Paz, prosiguieron su viaje, acompañados de inmensa multitud de cristianos, los cuales, dando lamentos de profundo dolor, y arrojando arena á lo largo del camino que debían recorrer los gloriosos campeones de la fé, movían á llanto á los mismos gentiles, á los innumerables soldados que de todas partes los rodeaban, y aún á los ministros de justicia que marchaban los últimos de todos. En suma, su viaje al lugar del suplicio fué un nuevo triunfo de la fé de Jesucristo, en cuya defensa caminaban á morir crucificados.

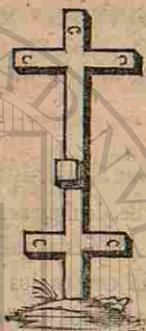
CAPITULO XXV.

LOS FRANCISCANOS EN EL LUGAR DEL SUPPLICIO.



EN las afueras de Nagasachi, á lo largo del camino que conduce á Omura, y donde desde muy remotos tiempos se acostumbraba castigar con la muerte á los públicos malhechores, habia dispuesto Fazamburo ejecutar la sentencia contra los veintiseis confesores de la fé, pero, llegado á conocimiento de los portugueses, y no pudiendo éstos sufrir que religiosos tan santos y de tan grande honor de la Iglesia de Jesucristo fueran llevados á morir al lugar donde hombres perversos y malvados habian perdido la vida con la marca de la infamia en la frente, suplicaron ardientemente al gobernador que señalase otro sitio, que mirando á la ciudad fuese tambien vista desde el puerto, de la Ermita de San Lázaro y del convento habitado antes por los franciscanos, disponiendo en su interior, fabricar allí una iglesia en honra de aquellos invietos héroes de la fé, cuando llegara á triunfar la religion católica. Y Fazamburo, ó bien por cortesía á los suplicantes, ó ya por el deseo de no disgustar á esos extranjeros, de cuyo comercio resultaban tantas utilidades al Japon y mucho mas á Nagasachi, accedió benignamente á sus ruegos, disponiendo para el lugar del suplicio una altura que, inmediata al mar, á modo de pequeño calvario, se levantaba como un baluarte de la ciudad; y aun añadió en voz alta, que mucho le dolía no tener facultades, como lo habria deseado, de salvar la vida de los presos. Y parece que verdaderamente así lo sentía, mostrándose en aquel momento en extremo conmovido hasta derramar no pocas lágrimas, como entre otros lo ha testificado D. Bernardino de Avila, español, testigo de vista. Pero sea de esto lo que fuere, á la aurora del dia 5 de Febrero, todo se hallaba prevenido en el nuevo calvario; colocados los soldados por todas partes, preparadas las lanzas, prontos los verdugos, y colocadas

á tres y cuatro pasos de distancia una de otra, las veintiseis cruces para suspender á los mártires, las que, al uso Japon, se componian de cuatro leños como se ve en la siguiente figura.



La descripción de este suplicio la refiere así uno de los historiadores, el padre Frois: "Las cruces que sirven de patíbulo en el Japon, se diferencian algo de las que conocemos, pues, tienen además de los brazos grandes en que se afirman las manos, otro pequeño atravesado y una estaca ó fuste; aquel para asir los piés, y el fuste, para que la víctima quede como cabalgando. No usan clavos, ni cuerdas para sostener á los ejecutados, sino cinco argollas que se ajustan fuertemente á las manos, piés y garganta: además, se aseguraba el cuerpo rodeándolo por la cintura y las espaldas con unas cuerdas; levantando en seguida la cruz, afirmándola en una hoya con piedras y tierra.

En esta situación concluía el paciente con dos golpes de lanza que atravesándole el pecho, salían de una y otra parte de las clavículas.²² Sobre cada cruz había hecho Fazamburo poner el nombre del mártir, ordenando que en el centro se colocasen los seis franciscanos, y á la derecha é izquierda de los mismos, los otros gloriosos héroes japones. Luego, haciendo ocupar todas las entradas por numerosa tropa á pié y á caballo, promulgó una orden severísima, para que ninguno, de cualquier estado ó condicion que fuese, fuera de los padres Juan Rodríguez y Francisco Paz, osara penetrar, pena de la vida, al lugar del suplicio. En suma, todo estaba dispuesto á la llegada de los mártires, que no se

hizo esperar mucho, presentándose allí tres horas antes del medio día, dos á dos, con sogá al cuello, las manos atadas á la espalda, y al lado de cada cual el verdugo por cuya mano debía de terminar su vida; todos, pero mas especialmente San Pedro Bautista, San Martín de Aguirre, San Francisco Blanco, San Pablo Miki y San Gonzalo García, auxiliando con voz clara y levantada á los cristianos, y predicando á los gentiles la fé del Nazareno. Venian los primeros de todos, los dos niños Antonio y Luis, sobre cuyos rostros, reverberando la inocencia de sus almas, parecia resplandecer un rayo de la hermosura de Dios. Seguian á estos dos ángeles, Pedro Bautista y Martín, quienes tan luego como estuvieron á la vista de las cruces, arrodillándose y levantando los ojos al cielo, como si ya vieran delante de sí abiertas las felices puertas del paraíso, comenzaron á entonar en alta voz el cántico de Zacarías *Benedictus Dominus Israel*, respondiendo en coro la escuadra de los mártires y la inmensa multitud de cristianos que, profundamente conmovidos, los acompañaban con lágrimas y suspiros; hasta que llegados á la falda del ya célebre collado, formaron ala los soldados de la guardia, que pasados los veintiseis condenados, intentaron impedir la entrada á la multitud. Y entonces ocurrió un suceso, nunca verificado allí y no muy fácil de describir. Considérese por una parte una legion de feroces soldados, que alzadas las lanzas, preparados los arcabuces y dirigidas las espadas contra una desordenada multitud, emplea todas sus fuerzas, procura todos los medios y se vale de todo género de amenazas para contenerla; y por la otra esa misma muchedumbre de hombres y mujeres, viejos y jóvenes, gentiles y cristianos, nobles y plebellos, japoneses y extranjeros, que inermes, pero atrevida, sin temer ningun género de peligros, se precipita adelante, con la vehemencia de un desbordado torrente, para abrirse camino por medio de los soldados y seguir á los gloriosos héroes de la fé, y podrá formarse alguna idea de lo que en aquel acto pasó. Y ciertamente este fué un triunfo solemne para aquellos pobrecillos de Jesucristo condenados á muerte, no por otra causa que por la religion santísima que predicaban. Porque, de seguro, jamas un pueblo desarmado se abria atrevido á tanto para ver y seguir á un rey ó emperador cualquiera que fuese. Pero no hay que maravillarse, pues si los gentiles pudieron ser movidos acaso de natural curiosidad, no puede decirse lo mismo de los cristianos, im-

pulsados á lo mismo por el grande, indecible é inmenso ímpetu de la fé. Y en efecto, así lo consiguieron; porque mirando los soldados ser inútil toda resistencia, dejaron de oponerse, mas asombrados todos de tanta constancia, especialmente Fazamburo. Así es que últimamente fué concedido á los cristianos acercarse hasta la cima del montecillo y asistir al feliz tránsito de los mártires, que luego que estuvieron delante de las cruces, cada uno voló en busca de la suya propia, no dejando de besarla, abrazarla y adorarla como signo glorioso de la redencion humana.

Pero aunque todos sin escepcion corrieron á estrechar su propia cruz, con tan impetuosos afectos, que dejaron confusos y profundamente conmovidos á los mismos gentiles, no debemos pasar en silencio algunos hechos especiales, para la edificacion de las almas devotas y piadosas. Cuando San Luis estuvo al frente de las cruces, separándose del lado de Pedro Bautista, se dirigió á Fazamburo y le preguntó con una sonrisa de paraiso y alegre gracia, que enamoraría á los bienaventurados del cielo: "¿Dónde, Señor, está mi cruz? que yo la vea y la estreche sobre mi corazón." Y apenas le fué señalada, volando á ella el santo niño, la besó ciento y mil veces; y abrazándola luego tiernamente, como si temiera le fuese quitada, no la apartó de sí, hasta que llegó el momento de ser colocado encima. Tal ejemplo imitado prontamente por los otros jovencitos Antonio y Tomás, hizo llorar á toda la multitud, aún á los gentiles y al mismo Fazamburo. Ni conmovió ménos la accion de San Felipe de las Casas, que abrazándose estrechamente á su cruz, recordando el naufragio de la nao, á cuyo bordo pasaba de las Filipinas á México, lleno de grande admiracion de los inescrutables designios de la Providencia, comenzó á exclamar: "¡O cruz, estandarte adorable, donde por mí fué muerto el Redentor del mundo, yo te saludo! ¡Salve, ó cruz sacrosanta, signo glorioso de la eterna alianza entre Dios y los hombres! ¡O querida y afortunada nao de San Felipe! ¡O preciosos trabajos, ó tormentos, ó naufragio, no pérdida para mí, sino la mayor ganancia de la mas grande de todas las gracias! ¡O verdaderamente afortunado de mí, destinado por Cristo, sumo sacerdote segun el orden de Melquisedec, á recibir sobre este madero un sacerdocio de sangre! ¡O dichoso, ó ciento y mil veces feliz Felipe de las Casas, alégrate, porque dentro de poco, muriendo por tu Jesus, volarás al cielo con la palma de la victoria en la mano, y

rodeada la cabeza de luminosa aureola, que es la resplandeciente corona del martirio!"

Y esta última hora estaba ya para llegar, cuando San Martin de Aguirre, puesto en medio de los mártires, rodeado un número inmenso de soldados, de gentiles y cristianos, hizo señal á la multitud, pidiendo su atencion; y á los suspiros, oraciones y deshecho llanto, sucedió profundo y universal silencio en todo aquel campo de héroes. Porque conviene saber, que San Pedro Bautista, desde que estaba arrestado en su convento de Meaco, le habia mandado tuviera dispuesta una plática para predicarla animando á todos en el último dia del combate, es decir antes de consumir su martirio sobre el árbol de la cruz. Y Martin, obedeciendo prontamente, escribió el edificante discurso que sigue, en la lengua japona, que tradujo despues á la latina el padre Luis Frois, jesuita, y á la española el franciscano padre Marcelo de Ribadeneira; cuyo preciosísimo documento se encontró en el pecho mismo del mártir al recojer sus reliquias. Levantando, pues, los ojos al cielo, á la señal que les hizo su padre y maestro Pedro Bautista, comenzó así á confortar á sus gloriosos y amados compañeros.

"Hermanos míos, y vosotros todos mis compañeros en el martirio, ¿cómo podremos agradecer adecuadamente la gran misericordia de Dios, que aunque tan indignos y pecadores, nos paga con tan elevado y singular beneficio las pocas penas padecidas por su amor? Muchos fueron por cierto los santos, y entre estos muy especialmente nuestro grande y glorioso Patriarca Francisco, que de mil maneras procuraron dar la vida por Cristo y no vieron cumplidos sus ardientísimos votos. Y sin embargo, esta gracia tan bella negada á tantos héroes, hoy, hoy mismo se concede á nosotros pecadores, por Dios; quien al mismo tiempo, como si fuese esto poco, quiso que muriésemos en el mismo instrumento de la pasion de su Divino Hijo.

"Grandemente, en verdad, fueron amados de Cristo los Apóstoles, y no obstante, á dos ó tres solamente de ellos se concedió el alto privilegio de morir crucificados. Y lo mismo hemos visto con casi todos los otros héroes santos del cristianismo. De ellos, unos fueron degollados, otros sumergidos en calderas de aceite hirviendo; algunos murieron quemados ó anegados en estanques de de agua helada, ó precipitados de altísimas tor-

res; quienes devorados por los tigres y leones, divididos por medio, ó hechos mil pedazos; por allí se les ha visto arrastrados por despeñaderos y peñascos, ó atormentados en los evileos, ó despedazados bajo armadas ruedas; en suma, ya de uno, ó ya de otro modo, todos espiraron entre tormentos, sellando la fé de Cristo con su propia sangre. Todos verdaderamente afortunados, todos felices, pero no tanto como nosotros, á quienes, aunque pecadores, tiene Dios preparado por instrumento de muerte, este glorioso estandarte, sobre el cual muriendo Cristo su Unigénito Hijo, libertó al hombre caído de su gracia, devolviéndolo á la herencia de la patria celestial. Beneficio ciertamente tan singular, que no puede bastantemente comprenderse aún por las inteligencias angélicas.

“¿Cuántas gracias, pues, no se merece de nuestra parte este benig-nísimo Señor? ¡O cruz sacrosanta, en que murió el Hijo de María, Jesucristo Redentor del mundo, nosotros te adoramos con toda el alma! ¡O día dichoso para nosotros! ¡O feliz suerte nuestra! ¡O momento afortunado en que morimos por Cristo sobre este glorioso trofeo de la redención! ¡Cuándo nunca, hermanos, merecimos semejante gracia del cielo! O glorioso pobrecillo de Asís, ó padre nuestro San Francisco, tu espíritu, transmitido en todos tus hijos, fué quien nos condujo á estas distantes regiones, á fin de predicar la fé de Jesucristo. Por lo mismo, á tí, padre nuestro, á tí mas que á ninguno somos deudores del alto don de Dios, de morir en defensa de la fé de Jesucristo, por cuyo amor llevaste impresos en el cuerpo los signos de su dolorosa pasión, que tu profunda humildad te obligaba á tener ocultos de los ojos del mundo. Y con todo, de Cristo hemos recibido mas envidiable suerte; porque, no solamente en el género de la muerte, sino tambien quiso asemejarnos á sí en el resto de la vida. En efecto, Cristo fué aprisionado en el Huerto de Getsemani, donde sudó sangre, y nosotros hemos sido aprisionados en nuestro convento; Cristo derramó infinita sangre, especialmente en su flagelación, en la columna, y nosotros la derramamos en la ciudad de Meaco; Cristo en medio de mil insultos y mofas fué arrastrado ya á este ya aquel tribunal, de Caifas, de Pilatos y Herodes, y nosotros entre mil penas y trabajos, hemos dado la vuelta casi por todo el Japon; Cristo, por último, murió por la salud del mundo sobre la cruz, y nosotros, hermanos míos, nosotros tambien dentro de poco entregaremos nuestra alma sobre el

mismo madero. ¡Oh! cuán preciosa pues, debe llamarse nuestra prisión, preciosa la sangre que derramamos para sellar la fé que hemos predicado, preciosas las penas, los trabajos, las angustias del alma y los dolores del cuerpo, preciosos, finalmente, todos y cada uno de los pasos que entre tantos padecimientos tenemos dados en Meaco hasta este lugar, donde hemos llegado al glorioso término, al que mucho tiempo ha se dirigian todos nuestros votos, todo nuestro pensamiento!

“Pero con todo, hermanos míos, lejos de envanecernos, debemos mas bien humillarnos por esto mismo hasta el polvo: ¿porqué qué comparación háy entre nosotros, nacidos en pecado, y Cristo, Hijo Unigénito de Dios, la santidad por esencia? ¡Ah! muy diversas penas mereceriamos nosotros, nosotros, frágiles y débiles, nosotros, manchados con mil culpas, nosotros, indignos gusanos de la tierra! Pero Cristo, Dios Eterno antes de todos los siglos, á quien por reverencia se inclinan los ángeles del paraíso, que sacó de la nada este magnífico universo, dió colores á las flores de los campos, pobló el profundo mar de innumerables criaturas, que enriquece la bóveda azul de los cielos de lucidísimas estrellas, que girando en armoniosas sendas nos manifiestan su poder, su sabiduría y su bondad: este Dios, Sol de la Eterna Justicia, alegría de los querubines, espanto y terror del infierno, deseo eterno de los felices moradores de la patria celestial, ¿qué hizo jamas, carísimos hermanos míos, para que, cual manso cordero, fuese arrastrado á la muerte por las manos de aquellos mismos que cabalmente habia venido á libertar de la mala simiente de Adán? ¡Ah! humillémonos á lo menos con toda el alma ante tanta bondad, seámosle gratos y reconocidos por el alto y admirable beneficio concedido á nosotros, si no por otro motivo, con llevar en paz todas las penas que aun nos restan que sufrir; en suma, con soportar como fuertes y valerosos soldados del Evangelio, la muerte que tenemos delante. Es verdad que llegados á Nagasachi, nos salió fallida la ansiosa esperanza de recibir en nuestros pechos el Santísimo Cuerpo de Cristo; pero, hermanos míos, ¿fuimos merecedores de tanta gracia, ó no fueron por ventura tantos nuestros pecados, que nos hicieron indignos de ser alimentados con la inmaculada carne del Cordero Divino? Sí, por cierto, hermanos míos; pero lejos de alimentarnos de esto, nos conviene mejor en la profunda contrición de nuestras culpas, humillarnos delante de Dios,

pidiéndole perdón, por la sangre que dentro de poco derramaremos toda por su amor. ¡Oh! sí, ofrezcámosle en holocausto aún este fuerte deseo de recibirlo en el Sacramento, y como magnánimos y generosos, marchemos á encontrar la muerte. Ni nos cause ésta pavor alguno, porque muriendo Cristo en su cruz para redimir al mundo, quiso hacerse puntualmente modelo y ejemplo de todos los mártires, para que recibiesen de él fuerza y valor bastante para sufrir la muerte. Él, pues, nos reanime, él nos haga espirar como intrépidos soldados de su fé. En resumen, nada son nuestras penas comparadas con las padecidas por él por nuestro amor. Ánimo por tanto, hermanos, valor y constancia en el momento de la última prueba, terrible sí, pero gloriosa á nosotros, después de la cual, coronados de mano de los ángeles, llegaremos á la posesion de Dios:

“Pero cuidemos bien, hermanos míos, de que ninguno de nosotros sea presa de la tentacion; porque entonces, aun espirando en este instrumento de la humana redencion, podríamos caer en el infierno. No, no demos lugar á la soberbia, ni nos reputemos perfectos solo porque Dios nos ha hecho dignos del martirio, permitiendo que con el derramamiento de nuestra sangre diésemos testimonio de la verdad de su religion. Porque no está en esto, hermanos míos, nuestro mérito, ni de aquí acaso debe juzgarse nuestra santidad. Esta es una gracia que nos hace Dios, sin que de ninguna manera la mereciésemos; por lo cual, alentémonos si queis, pero no dejemos de llorar nuestros pecados hasta el instante de nuestra muerte, perdonando de todo corazon á los que nos la causan, é implorando tambien á su favor la Divina Misericordia. Porque solo mediante esto seremos justificados delante de Dios, y gloriosos y triunfantes entraremos en el cielo. Preparémonos, pues, hermanos míos, á apurar hasta el fondo el cáliz de nuestros dolores, á morir por Cristo, y no temais que nos falte la ayuda de Dios en ese momento. Sí, pues si tan bella y venturosa fué nuestra suerte, caminemos á ella con la fortaleza propia de cristianos y que se espera de los soldados de la fé de Jesucristo. Él nos prodigará su asistencia, cuando él mismo ha dicho: “Bienaventurados son aquellos que padecieren por amor de la justicia y en defensa de la verdad.” Encomendémonos á su Divino Padre, á la Inmaculada Virgen María, á nuestro bendito padre San Francisco, á los ángeles que Dios nos ha dado para nuestra guarda, y cumplidos serán

nuestros votos y enteramente satisfechas nuestras esperanzas. Miramos, pues, contentos, invocando tan amados nombres: ni terminen nuestros suspiros por la bienaventurada patria del cielo: *ad quam nos perducat Christus.*”

Es indecible la profunda conmocion que produjo en todos los ánimos este discurso de San Martin de Aguirre. Ni podia ser menos, porque los portugueses, testigos de vista, han dejado escrito que durante esta plática, no parecia el mártir hombre, sino mas bien ángel del paraíso. Después de lo cual, entre el copiosísimo llanto de los cristianos y los hondos y sensibles suspiros, aún de los gentiles, los veintiseis mártires, trasportados de inefable gozo, se entregaron voluntariamente en mano de los verdugos; y éstos, casi en un mismo punto, estendiéndolos sobre las cruces, los ataron á ellas, asegurándolos con unos anillos de hierro al cuello, á los brazos y piés, segun lo que se dijo arriba.

Y entonces fué cuando el capitán de todos, San Pedro Bautista, para conformarse mas á la pasion de su Jesus, empleó muchos ruegos, para que sus manos y piés le fuesen traspasados con clavos, como lo escribe Benedicto XIV; aunque parece que no le fué concedida semejante gracia.

CAPÍTULO XXVI.

EL MARTIRIO.

SERIAN como las diez de la mañana del día 5 de Febrero, cuando los veintiseis gloriosos mártires se hallaban suspendidos de las cruces, con dos verdugos á los lados armados de lanzas para traspasarles el corazón. Inmensa era la multitud que rodeaba aquel santo escuadrón de invictos caballeros del Altísimo. Todos lloraban, aun los gentiles, movidos en aquel acto de profunda compasión, oyéndose á veces á algunos de ellos prorumpir en estos lamentos: "¿Qué delitos han cometido estos extranjeros? ¿Era esta la suerte que se reservaba á los embajadores de Luzon? ¿En esto debían parar tantos honores que les prodigara Taicosama en Nangoya?" Muy diversas eran, empero, las expresiones de los cristianos: "¡Oh Señor Dios Redentor del mundo! no permitas que la sangre de estos tus fieles siervos, caiga como signo de maldición, sino antes bien de clemencia, sobre la cabeza de quien la derrama!" Otros exclamaban: "Dios mio, ten piedad de nosotros, miserables, por la virtud de tus mártires." Otros: "Cristo, hijo de María, haz que la sangre de estos héroes sea eterno sello de tu sacrosanta fé en estas infelices regiones." Algunos: "¡Ay de tí, Japon, tierra ingrata, que entregas á la muerte á los siervos del Señor, nuestros dulcísimos padres! y tú, Taicosama, principal instrumento de su muerte, tiembla y llénate de espanto, que á pesar del esplendor del trono, está muy cerca á herirte la mano de Dios." Todos, en fin, vueltos á los mártires, gritaban de vez en cuando, bañados de lágrimas: "¡Dios os guarde, invictos campeones de la fé! no nos olvidéis, y rogad por nosotros al Señor, al presentaros gloriosos ante su sólio. No, amadísimos padres nuestros, no dejéis de proteger desde lo alto á los que en vida trabajásteis tanto en dirijir por el camino recto de la salvación. Todos, padres, estamos affi-

jidos y dolientes por vuestra partida; pero no menos ciertos de que pedireis en el cielo por los que ahora huérfanos y desolados dejais llorosos en la tierra."

Tales eran los clamores de los cristianos, y los mártires, cada uno desde su patíbulo, los bendecían en el nombre de Dios, y con sereno semblante no cesaban de predicar á todos la fé de Cristo, especialmente Pedro Bantista y Martin de la Ascension, franciscanos, y el jesuita Pablo Miki. Y en esto se aproximaba la hora de su gloriosa muerte, y los verdugos, preparados ya á dar los golpes fatales, solamente esperaban la señal de Fazamburo. Pero antes de continuar, debemos poner á la vista del lector la posición de cada una de las cruces, que es la siguiente:

Miraban al Poniente á la derecha de los franciscanos:

I. San Pablo Luzuqui, natural de la provincia de Ovari, tercero de San Francisco, enfermero, intérprete de los religiosos, predicador insigne de la fé, y autor de varios opúsculos para instruir á los neófitos en la religion cristiana.

II. San Gabriel Duizeo, japon, de diez y nueve años, familiar, catequista y Tercero franciscano.

III. San Juan Quizuya, natural de Meaco, cristiano nuevo, familiar y catequista de los franciscanos y su Tercero.

IV. San Tomás Idanqui, de Meaco, de la Tercera orden de San Francisco, cristiano antiguo, enfermero, catequista é ilustre predicador del Evangelio.

V. San Francisco Médico, japon, de cuarenta y seis años, aunque moderno cristiano, insigne apóstol, intérprete y Tercero de los franciscanos, y escritor de un tratado en materia de religion.

VI. Santo Tomas Cosaqui, japon, jovencito de quince años no cumplidos, hijo de San Miguel Cosaqui, alumno y catequista de los franciscanos, y su Tercero.

VII. San Joaquín Saquiye, natural de Osaca, cristiano nuevo, familiar de San Martin de Aguirre, catequista, criado de los religiosos y Tercero de San Francisco.

VIII. San Buenaventura de Meaco, japon, de la Tercera Orden fran-

ciscana, infatigable trabajador de la viña del Señor, catequista y enfermero en el convento de su patria.

IX. San Leon Garazuma, natural de Corea, primer compañero, y Tercero de los franciscanos, principal intérprete y enfermero, é intrépido apóstol de la fé de Jesucristo.

X. San Matías de Meaco, Tercero, japon, cristiano nuevo, familiar y auxiliar de los franciscanos en las empresas de su apostolado.

Estaban en medio los seis franciscanos.

XI. San Francisco de San Miguel, laico, natural de la Parrilla, pueblo de la diócesis de Palencia, cerca de Valladolid en España, uno de los primeros llegados al Japon con San Pedro Bantista, de cincuenta y cinco años, insigne por santidad, é ilustre por milagros obrados en su vida.

XII. San Francisco Blanco, sacerdote, natural de Tamayron, villa de la Diócesis de Orense en Galicia, insigne predicador de la fé de Jesucristo y discípulo de San Martín de Aguirre, de treinta años.

XIII. San Gonzalo García, laico, natural de Bazain del reino de Can en la India Oriental, uno de los primeros franciscanos venidos al Japon con San Pedro Bantista, laboriosísimo apóstol de Jesucristo, de cuarenta años.

XIV. San Felipe de las Casas, corista, natural de América y propiamente de la ciudad de México, último llegado al Japon, ilustre por santidad y austeridad de vida, de veintiseis años.

XV. San Martín de Aguirre, sacerdote, natural de Beasain, pequeño pueblo de la provincia de Guipuzcoa en España, lector de Teología, ilustre predicador y esclarecido por santidad y doctrina, de treinta años.

XVI. San Pedro Bantista, comisario, embajador de Luzon, primer apóstol de las Islas Filipinas y del Japon, insigne sobre todos por santidad, doctrina y milagros, de cincuenta y dos años.

A la izquierda de los franciscanos, al Oriente.

XVII. San Antonio de Nagasachi, japon, joven de cerca de trece años, de la Tercera Orden de San Francisco, alumno y catequista de lo religiosos, ángel de puras costumbres.

XVIII. San Luis Ibarche, niño de once años, Tercero, japon, sobrino de los santos Leon Garazuma y Pablo Suzuqui, primer ayudante de San Pedro Bantista en el Santo Sacrificio de la Misa, el mas joven é inocente de todos.

XIX. San Pablo Ibarche, natural de la provincia de Ovari, hermano carnal de San Leon Garazuma, cristiano nuevo, cristiano nuevo, catequista é intérprete de los franciscanos y su Tercero.

XX. San Juan de Goto, japon, hermano de la Compañía de Jesus, ilustre por la suavidad de sus costumbres y santidad de su vida, de diez y nueve años.

XXI. San Pablo Miki, jesuita japon, escolar, insigne predicador de la fé, de treinta y tres años.

XXII. San Diego Kisay, coadjutor temporal de la Compañía de Jesus, natural del Japon, ilustre por su santidad, de sesenta y cuatro años.

XXIII. San Miguel Cosaqui, Tercero de San Francisco, padre del joven Tomás, enfermero, catequista é intrépido colaborador de los religiosos en la viña del Señor.

XXIV. San Pedro Suquezi, japon, antiguo familiar y Tercero de los franciscanos, llamado Adaucto, porque se agregó á los mártires en su camino á Nagasachi.

XXV. San Cosme Taquia, Tercero, japon, familiar y catequista de los franciscanos, é insigne predicador de la fé.

XXVI. San Francisco Fabelante, japon, de la Tercera Orden Franciscana, reunido á los mártires en su viaje al lugar del suplicio.

Tal era la colocacion de los veintiseis héroes de la fé; cada uno, como va referido, distante del otro tres ó cuatro pasos. En el medio, y propiamente entre los dos franciscanos Gonzalo y Felipe, se elevaba una larga asta con un cartel, escrita en lengua japona la sentencia de muerte; y de una y otra parte de ella, los padres Juan Rodriguez y Francisco Paz, bañados de lágrimas y con las manos alzadas en acto de confortar á los mártires en el momento último de su tránsito. Y llegada ya esta hora de triunfo y de llanto, dada la señal por Fazamburo á los verdugos, comenzaron estos la dolorosa ejecucion, del modo siguiente:

El primero á consumir el martirio, fué San Felipe de las Casas, último llegado al Japon, quien enteramente absorto en Dios, y los ojos

elevados al cielo, pronunciaba afectuosamente los Dulcísimos Nombres de Jesus y María, cuando acercándose á su cruz dos verdugos, le traspasaron el pecho con dos lanzadas (1). Y entonces de toda la multitud de cristianos fué escuchado un prolongado gemido de compasion; mas el cielo lo dió mayor de aplauso por la entrada de un nuevo mártir; y dichoso Felipe por haber precedido á sus hermanos en adquirir la corona, anunció el primero de todos á los ángeles, la grande victoria que sobre el infierno conseguia la fé en la tierra.

Muerto Felipe, se prepararon los verdugos á alcanzar á San Francisco Blanco. Ni este héroe palideció á la vista de la próxima muerte; mas pensando en que toda virtud puede faltar sin la ayuda de Dios, exclamó lleno de celestial resignacion: "Señor, en tus manos encomiendo mi alma." Y dicho esto, traspasado su corazon con dos lanzas, voló á la posesion de su Criador, encontrándose antes que los demas con Felipe por las sendas luminosas del cielo, rodeada ambos su frente con la brillante aureola de gloria.

El tercero fué San Martín de Aguirre, sobre manera alegre despues de la gloriosa partida á lo alto de Francisco Blanco su amado discípulo, en cuya compañía habia hecho el viaje de mar y entrado al Japon. Al ver moverse á los soldados, principió á cantar el salmo que comienza: "Alabad al Señor, gentes todas de la tierra." Y ya estaba en el fin, cuando con tres golpes de lanza fué su corazon traspasado; y su alma entonces, abandonando la cárcel del cuerpo, se halló ante el trono de Dios, junto con sus dos anteriores hermanos, con la palma de los mártires.

Subido al cielo Martín, se llegaron los verdugos á la cruz de que se hallaba pendiente el santo laico Gonzalo García. Ni tembló á aquella vista el fuerte atleta de Cristo, sino que, recordando, como humildísimo que era de corazon, que todo hombre mientras es peregrino sobre esta

(1) El P. Medina, en la Crónica de San Diego de México, y en la vida particular que escribió de San Felipe de Jesus, dice que fué atravesado con tres lanzas, y así lo dicen tambien las oraciones del oficio que se reza en México: *Inter primos Japponie Martyres Beatum Philipum, cruce alligatum, triplicique lancea confossum, primum omnium martyrio coronati.* Nota del traductor.

tierra puede caer en pecados, encomendándose á Dios y diciendo: "Señor, ten piedad de mis culpas, traspasado tambien por las lanzas, voló á la feliz morada de los justos, para ser coronado de mano de los ángeles.

Habiendo espirado Gonzalo, las lanzas de los esbirros de Fazamburo se dirijieron al pecho de San Francisco de la Parrilla. Estaba entonces dirijiendo sus oraciones á la Virgen inmaculada, y á las palabras, "Dios te salve María, llena de gracia," dividido su corazon le entregó su alma, que recibida por sus hermanos en las puertas del cielo, lo acompañaron ante el trono del Cordero sin mancha.

Quedaba solamente, de los franciscanos, Pedro Bautista, el capitán de todo aquel valeroso escuadron de héroes y el padre de todos. Mas estaba él reservado á mayor destrozo de su corazon, destinado á morir el último de todos, despues de haber visto subir al cielo á sus gloriosos hijos, ofrecidos por su mano segun espiraban, á Cristo Redentor del mundo, como víctima expiatoria de los pecados de sus enemigos. Así es que, dejándolo vivo para contemplar el estrago que se hacia en sus amados hijos, los soldados, unos por la derecha y otros á la izquierda de los franciscanos ya muertos, siguieron alanceando uno á uno, á todos los japoneses. Y estos, como fuertes héroes y verdaderos soldados de la fé católica, espiraron con la sonrisa de los justos en los labios, bendiciendo á Cristo, invocando el Dulce nombre de María, y pidiendo á la Divina Clemencia, el perdón para sus mismos verdugos, exclamando cada cual desde su cruz, á ejemplo del Nazareno: "Perdónalos, Señor, porque no conocen lo que hacen." Así murieron, el glorioso San Leon Garazuma, el esforzado Francisco Médico, el ilustre Buenaventura de Meaco, el caritativo Pablo Suzuqui, el intrépido Cosme Taquia, el afortunado Miguel Cosaqui, el admirable Gabriel Duizco; así Juan Quizneya, Joaquin Saquiye, Pablo Ibarche, Matías de Meaco, Toman Idanqui, Francisco Fabelante, Pedro Suqueri, y el jesuita Diego Kisai; así finalmente todos. Ni faltaron, en aquel solemne momento, ejemplos magnánimos, singulares y de la mas fuerte confusion al infierno, mayor edificacion al pueblo cristiano y nueva alegría á todos los bienaventurados moradores del cielo.

Juan de Gota, traspasado de lanzas, con intrepidez superior á su edad de diez y nueve años, murió en aquel momento mismo en que su padre

llegado á darle el último adios, abrazándole los piés en señal de reverencia, los bañaba con sus lágrimas, retirándose en seguida, cubierto todo con la sangre caliente de su hijo.

El santo Pablo Miki, viendo acercarse la hora de su tránsito, habló de esta manera á la atónita multitud: "Escuchadme, todos cuantos estais aquí presentes. Yo no soy hombre de Luzon, sino japon y religioso de la Compañía de Jesus; yo no he cometido ningun delito, y he sido condenado á la muerte de cruz, solo por haber predicado la ley de Jesucristo. Yo muero muy contento por tan bella causa, atribuyendo tambien al mayor beneficio de Dios la suerte que me está reservada. Muy fácil es convenceros, que en este último momento de mi vida no puedo predicaros sino la verdad; yo, pues, os juro todavía otra vez en el nombre de Dios, que no existe otro camino para la salvacion fuera del que enseña la ley cristiana; y puesto que manda esta, á todos sus hijos el perdon de las ofensas, yo de buena voluntad perdono de corazon, desde esta cruz, á todos aquellos que me han hecho mal, pero mas especialmente al emperador del Japon y á los demas que directa ó indirectamente son causa de mi muerte. Yo no siento dentro de mi corazon ningun rencor hácia el príncipe; solamente deseo, que tanto él como los demas japones, habriendo los ojos á la luz de la verdad, se conviertan á Cristo." Y dicho esto, á las palabras *In manus tuas Domine commendo spiritum meum*, traspazado de las lanzas, entregó su bendita alma en las manos de su Criador.

Pero aun conmueve mas lo que se refiere sobre la muerte del angélico jovencito Antonio. Durante el viaje de Osaca á Nagasachi, habíale prometido el santo comisario Pedro Bautista, que puesto ya en la cruz, le habria hecho cantar, con los otros dos jovencitos, el Salmo: "Alabad ó niños al Señor." Así es que, muertos ya casi todos sus invictos compañeros, y viendo próximo el momento de su muerte, se volvió á la cruz del santo comisario, que estaba inmediata á la suya, y le dijo sonriendo: "Padre, ¿no recordais la promesa que nos hicisteis durante el viaje, de que nos hariais cantar á nosotros los mas jóvenes, cuando estuviésemos en la cruz, el Salmo *Laudate pueri Dominum*? Entonad, pues, que la hora es llegada." Pero el santo comisario, como tuviese el espíritu muy elevado en la contemplacion de las cosas celestiales, nada respondió á

estas palabras. Por lo cual Antonio, vueltos los ojos al cielo, con un semblante hermoso, como el de los ángeles, levantando la voz comenzó á cantar: "*ó niños, alabad al Señor.*" A cuyas espresiones, contestando Luis, crucificado á su lado, siguió en la misma voz diciendo: "*Alabad, ó niños, el nombre Santo de Dios.*" Y Tomás, hijo de San Miguel Cosaqui, aunque distante, siguiendo á Antonio y Luis, en tono alto y sublime, continuó diciendo: "*Sea bendito el nombre del Señor, desde ahora hasta todos los siglos.*" Uiniéndose luego los tres angélicos jovencitos, en concierto de sublime y celestial armonía, prosiguieron el canto. "Desde el nacimiento del sol hasta su ocaso, es digno de alabanza el nombre del Señor. Excelso es sobre todas las naciones el Señor y su gloria sobre los cielos. ¿Quién es como el Señor Dios nuestro, que habita en las alturas y atiende á las cosas humildes en el cielo y en la tierra? Él levanta de la tierra al desvalido, y alza del estiercol al pobre, para colocarle con los príncipes, con los príncipes de su pueblo. Él hace que habite en casa la mujer estéril, gozosa de ser madre de hijos. Alabad, pues, ó niños, el nombre Santo de Dios." Y dicho esto, se dirijieron las lanzas de los soldados á sus tiernos pechos, viéndose entonces cuán grande y admirable sea el poder de la fé de Jesucristo, que así como confió el magisterio de su doctrina á pobres pescadores, así encomendó la defensa de su religion, ante los tiranos de la tierra, á tiernos cuerpecillos de débiles mujeres, y muchas lenguas de lactantes pequeñitos. Porque, aunque al resplandor de las lanzas levantadas por los soldados para traspasar á aquellos tres amables é inocentes corderillos, se elevó un alto grito de compasion de toda aquella inmensa concurrencia. Tomás, Antonio y Luis, tranquilos y serenos, sonrieron de aquella manera que se ha contemplado en el rostro solamente de los felices caminantes la cielo. Cual si viesen á sus ojos, abiertas las puertas de la bienaventurada patria, siguieron exclamando: "¡Paraiso, Paraiso!" á cuyas palabras, traspasados cada uno de dos golpes de lanza, espiraron sus inocentes almas, que al momento volaron á aumentar aquel glorioso ejército de ángeles que cantan perpetuos *Aleluyas* ante el trono del Hijo de Dios.

Entre tanto, solo quedaba vivo el capitán supremo de aquella escogida

legion de campeones, el ángel de las Islas Filipinas, el intrépido embajador de Luzon, el Apóstol del Japon, el padre de bienaventurados hijos, el Santo, el invicto, el glorioso comisario Pedro Bautista. Este, tantas veces muerto cuantos fueron los golpes de lanza que atravesaron los cuerpos de sus amados hijos y compañeros, despues de haber visto como la invicta madre de los Macabeos, subir uno á uno al eterno reposo, y veinticinco veces victorioso contra el infierno en la muerte sufrida por ellos en defensa de la religion de Cristo, estaba esperando los golpes fatales en un éxtasis de inefable gozo, y mas bien ciudadano del cielo que viador en este terrenal destierro. Así es que, al brillar las lanzas, vueltos los ojos al cielo, despues de haber confortado á los cristianos á permanecer firmes en la fé de sus padres, y á los gentiles á abrazar finalmente la única religion hija del cielo: despues de haber perdonado á sus verdugos, y como si viera á sus hijos salir al encuentro en medio de un escuadron de ángeles con la palma de la victoria en la mano, movió suavemente los lábios en una sonrisa de inefable placer. Era la sonrisa del justo, que ve en la muerte próxima la patria, rotas las cadenas, terminada la esclavitud. Era el dulce recuerdo de haber derramado en servicio de Dios tantos sudores, y sostenido tantas fatigas y sufrido tantas persecuciones en bien de los proximos. Era la memoria de tantas lágrimas enjugadas, tantos corazones consolados, tantos pueblos redimidos. Era la amable certeza de haber gastado la vida en las empresas de un apostolado de amor y de caridad, con que iba á sellar con su propia sangre la fé de Jesucristo, á quien ya escuchaba invitarlo á recibir el premio de sus grandes tareas. En este feliz estado, á pocos momentos, con dos golpes de lanza entregó dulcemente su alma en las manos del Criador, y volando rápidamente á los collados eternos del paraíso, acompañado de su gran Patriarca Francisco y al frente de veinticinco mártires, se presentó ante el trono del Hijo de Maria, donde fué coronado de mano de los ángeles, que entonaron á la fé triunfante el himno de la victoria.

Tal fué el glorioso mártirio consumado en solemne testimonio de la fé del Nazareno por nuestros veintiseis héroes en Nagasachi del Japon, á 5 de Febrero del año de gracia 1597, dia miércoles, á las diez de la mañana, ocupando la cátedra de San Pedro gobernando al mundo católico, el Pontífice Clemente VIII; rijiendo la monarquía de España, Fe-

lipe II; la Orden Franciscana, el padre Buenaventura Secusi, siciliano, Patriarca despues de Constantinopla; las Islas Filipinas por la Corona de Castilla, D. Francisco Tello; la Iglesia de Manila, el padre Ignacio Santibañes Minorita; la Seráfica provincia de Luzon, el padre Juan de Garavallas.

¡O Santa Iglesia de Jesucristo, salve! Muertos están los invictos campeones de tu fé, pero tú venciste, y su sangre vendrá á ser perpetua semilla del cristianismo en aquellos bárbaros y remotos países. ¡Salve ó Madre Iglesia, único consuelo de la pobre humanidad peregrina en éste terreno destierro! Dentro de poco los pueblos del Japon, recordando el heróico combate sostenido y vencido con la muerte de tus gloriosos hijos, se levantarán intrépidos á pelear de nuevo contra los secuases del error, y la sangre de millares de millares de nuevos mártires, testificará en el porvenir, que tú, ó inmaculada hija del cielo, combatida siempre y jamas vencida, cada dia se levanta mas bella y fuerte de las persecuciones de tus enemigos, y á cada paso que dá en esta tierra de dolores, en medio del aplauso de los creyentes, escribe una palabra que dice: *¡Triunfol* á los invictos hijos de Francisco é Ignacio, entrados de nuevo á demostrar el ensangrentado campo del Japon, seguirán los magnánimos de Agustín y Domingo; al caer estos, vendrán otros y otros en pos de su heróica muerte; con su sangre será de nuevo bañada toda esta tierra infeliz, pero la fé se avivará en los pechos católicos, nuevamente será domado el infierno, y tú siempre escribirás: *¡Triunfol* ¡Oh, sí, alégrate, inmaculada esposa del Nazareno! La última batalla será larga, terrible, pero grande el triunfo, sublime la victoria; y tus hijos, ceñidas las sienes de nuevas y purpúreas rosas, presentarán al atónito mundo las innumerables palmas recogidas en aquel vasto campo de sangre, y ante tu divino acatamiento pondrán siempre nuevas y copiosas gavillas, que enriquezcan los graneros del paraíso.

CAPÍTULO XXVII.

TESTIMONIOS DEL MARTIRIO Y RELIQUIAS DE LOS FRANCISCANOS.

EMPRESA imposible intentaría quien pretendiera describir minuciosamente todo lo que pasó después de la muerte de los mártires, en el pueblo cristiano presente á su glorioso tránsito; por lo cual nos contentaremos con señalar algunos breves pormenores. Y primeramente es de saberse, que el gobernador Fazamburo, aunque gentil, como veía ya muertos á todos los veintiseis campeones de la fé, mostró tan gran dolor, que derramó no pocas lágrimas en presencia de sus mismos soldados y ministros de justicia; y no pudiendo, en fin, resistir mas á la fuerte conmocion de su corazon, se retiró de allí, dando antes estrecha orden á las guardias, de que no permitiesen á ningun cristiano aproximarse á las cruces, de temor que su devocion no los arrastrara á cortar parte de sus cuerpos. Mas fué esto en vano, aunque con tal objeto se duplicaron los soldados. Ninguna fuerza bastó á contener á aquella inmensa multitud de cristianos, que llegándose á los piés de esos héroes, con llanto de profundo dolor, se apresuraron tanto á cortar sus vestidos, que á muy poco quedaron los santos cuerpos casi enteramente desnudos, con especialidad los de los nueve religiosos; por lo cual, el padre Antonio López rector de la Compañía de Jesus, en señal de alta reverencia, hizo cubrir aquellos benditos restos, que lejos de dar muestra alguna de corrupcion, començaron á exhalar tan fragante olor, que no solo parecian vivos, sino ungidos de suavísimos perfumes. Sabido esto en las poblaciones vecinas, fué tanta la muchedumbre de cristianos que ocurrieron de todas partes á venerar los cuerpos de los mártires, que espantó fuertemente á los capitanes de las guardias; ni es decible cuál quedaron los gentiles al mirar tanto y tan espontáneo y sincero entusiasmo de los fieles, los cuales, o bien besando los piés de los mártires,

ó recojiendo á lo menos parte de la tierra empapada en su sangre, daban muestras del profundo reconocimiento de su santidad. Y muchos en efecto, se movieron á convertirse, probándose de esta manera que la sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos. Ni debió pasarse en silencio el hecho admirable de uno de los mas encarnizados idólatras, antes cristiano; y después por su natural malignidad, apóstata y de los mas fieros enemigos de la religion del Nazareno y de los franciscanos. Este, siendo testigo de la heroica intrepidez con que habian recibido la muerte, agitado íntimamente con las lágrimas de los fieles, y movido en su corazon á profundo arrepentimiento de sus pasadas maldades, se entregó á un deshecho llanto, y abrazando en seguida á un portuges allí presente, y abjurando solemnemente los errores de la idolatría, proclamándose altamente cristiano, regresó de nuevo al rebaño de Jesucristo.

En la tarde, el Illmo. Pedro Martínez, que en dicho de algunos escritores habia asistido desde la ventana de su palacio al glorioso tránsito de los mártires, fué á venerar sus despojos mortales, no rehusando besar y derramar sobre esos gloriosos restos, copiosísimas lágrimas en medio siempre de los lamentos, suspiros y muy deshecho llanto de la inmensa multitud de cristianos y gentiles. Pero su conmocion llegó al colmo, cuando Dios, para mayor incremento de su fé y mas solemne gloria de sus siervos, començó á obrar por su intercesion estupendísimos milagros, algunos por cierto sin ejemplo en la historia de la Iglesia. Hablaremos de ellos en el siguiente capítulo, reduciéndonos á referir aquí algunos documentos, que ademas de servir de suma edificacion á los fieles y de nueva gloria á nuestros santos, son muy propios para continuar nuestra narracion.

Y sea el primero, la magnífica carta que el Illmo. Señor Obispo ya espresado, escribió poco después sobre el martirio de los franciscanos al provincial de los frailes Menores de Luzon, con festivas muestras de alegría y parabien de sincera y edificante ternura. Dice así:

“Muy reverendo Padre en Cristo.—*Pax Christi*.—No puedo dejar de regocijarme con V. P. y con la santa religion, por la felicísima muerte de los seis religiosos de su Orden, los Padres Fr. Pedro Bautista, comisario, Fr. Martín de la Ascension y Fr. Francisco Blanco, y de los hermanos Fr. Felipe de las Casas, Fr. Gonzalo García y Fr. Francisco

de San Miguel, que en Nagasachi fueron crucificados por mandato de Taicosama, atribuyéndoles á culpa haber predicado nuestra santa fé. Pero estas culpas santifican su muerte, por la que todos tributamos infinitas gracias á Nuestro Señor envidiando tan feliz suerte y el ejemplo que nos han dejado. Bajo su sombra entraron en tan bienaventurado fin, tres hermanos de la Compañía y diez y siete japones, (familiares y Terceros de los franciscanos,) que en número de veintiseis tenemos por seguro haber llegado á la posesion de Dios en el paraíso, triunfando de esta manera del tirano que los hizo morir, y de la muerte que soportaron en paz, y aun con magnánima y heroica intrepidez, honrándose á sí mismos y á su religion, y dejándonos tan ilustre ejemplo de caridad y fortaleza, para que animados los demas á vista de la sangre que derramaron, estemos preparados á pelear valerosamente, y ofrecer la vida por causa tan santa y que tanto alegró la perseguida iglesia de Dios.—Los portugueses quedaron muy edificados de las palabras con que los padres murieron en las cruces, unos cantando himnos y salmas, otros pidiendo á Dios perdon por los que les quitaban la vida; estos diciendo *in manus tuas Domine, commendo spiritum meum*; aquellos abrazándose tiernamente á las cruces y proclamándose indignos de tanto favor; todos, en suma, espirando como santos.—El Padre Fr. Pedro Bautista, mas especialmente que los demas, manifestó en aquel punto ser un grande siervo de Dios; porque cuando el verdugo le aseguraba con un anillo de hierro el brazo á la cruz, señalando con el dedo la palma de la mano, le dijo: "Clava aquí, hermano." Ni quiero escribir á V. P. todas las otras particularidades del martirio, ni hablarle de la tiranía que usó el emperador con la nao de San Felipe, porque á decir verdad, son cosas que mueven mucho á compasion. Y si ellas causan pesadumbre á quien las escribe, fácil es considerar cuanta mayor pena habrán causado á los que las sufrieron. Estos, como testigos de vista informaran mejor á V. P., limitándome yo á decirle que se regocije en Dios, esté alegre, y haga fiesta por la gloriosa muerte de sus hermanos.—Entre tanto le ruego me tenga por sumamente devoto de su religion, y me ocupe en todo lo que sea en servicio de la misma y suyo. En fin, no me olvide con el Señor en sus fervorosas oraciones.—De Nagasachi, á 27 de Febrero de 1597.—*Humildísimo siervo en Cristo.*—Pedro, Obispo del Japon."

Pero mas estensa, tierna y edificante es la relacion que Cosme Joya, muchas veces citado en esta historia, escribió acerca del martirio de los franciscanos, al padre provincial de los mismos en las Filipinas; pero no pudiendo referirla por entero, en obsequio de la brevedad, nos contentaremos con darla á conocer á nuestros lectores, que ciertamente quedarán no solamente edificados, sino altamente maravillados de la fé en Dios, y de la caridad y ternura verdaderamente filial de este heroico hijo de la iglesia japona hácia los religiosos Menores sus hermanos.—Despues de haber referido por menor todas las dolorosas ocurrencias de los mártires, desde el dia de su prision hasta el momento que fueron conducidos á la cárcel pública de Meaco, continúa diciendo:

"Despues que nuestros amables padres franciscanos, atadas las manos á la espalda, fueron sacados del convento, tan luego como llegaron á la puerta de la iglesia, por el gozo que sentian en su corazon comenzaron á cantar himnos de agradecimiento al Señor. Y cuando llegaron al hospital de Santa Ana, postrándose ante una imagen de la misma, que estaba allí expuesta á la pública veneracion, le dirijieron muchas preces. Yo he visto esto con estos mis ojos, y conmigo otra gran multitud de cristianos, que al mirar á nuestros padres encadenados en medio de una grande muchedumbre de soldados, de ministros de justicia y de gentiles, quedamos adoloridos en lo íntimo del alma, llorando todos y lamentándonos de mil maneras por los insultos con que hacian sufrir á tan santos religiosos. Pero debe confesarse, que mas que todos mostró afliccion mi esposa María; la que no pudiendo soportar la pena que sentia en el alma, se precipitó llorando por medio del gentío, y abrazando á los padres, se mantenía estrechamente á su lado, por lo cual la maltrataron mucho las guardias, dándole puñadas, despedazando su ropa, y poniéndola últimamente en la cárcel, llegando de este modo á ser mas afortunada que yo, á quien no tocó la misma suerte.

"Finalmente, nuestros buenos padres entraron en la cárcel pública de Meaco llamada *Michiku*, en donde, contando los de Osaca y otros diversos cristianos japones, formaron el número de veinticuatro aprisionados. Pero sería imposible decir la alegría y el júbilo que por esto experimentaron dentro de su corazon. Bastará notar, que ninguno en el mundo por cualquiera fortuna habria hecho tanta fiesta, cuanto ellos

en aquel momento al verse encarcelados por amor de Dios. La noche siguiente la emplearon en continuas oraciones, confortándose unos á otros, y no dejando jamás de predicar á los cristianos la fé de Jesucristo y los misterios de su pasion. Así es que, nosotros los fieles, que desde fuera oíamos las voces de los que tantas veces nos habían hablado de Dios, nos deshacíamos en lágrimas de profundo dolor, y nos lamentábamos de una manera que no puede reducirse á palabras. En seguida, á los quince dias de la luna de Enero, sacándolos de la cárcel, les fué cortada á todos parte de la oreja izquierda; y colocados despues sobre carretas, llevados á la vergüenza por las calles de la ciudad; y despues devueltos á la prision. Al dia siguiente, sacándolos de nuevo, y puestos á caballo, fueron conducidos á Osaca, acompañados de gran multitud de soldados y de cristianos, entre los que iba yo, testigo por lo mismo de vista de todos los ultrajes hechos sufrir á mis padres. Inútil es decir el dolor que sentí, las lágrimas que derramé y los suspiros que exhalaba de lo íntimo del alma. Solo esto añado: que llegando los mártires á la puerta de Meaco llamada *Tongxi*, no pudiendo ya contenerme en abrazarlos, me arrojé á los piés del padre comisario Pedro Bautista, pidiéndole con llanto me diese algun consuelo, y entonces sacando él un crucifijo que llevaba en el pecho, que estaba bañado de la sangre de su oreja cortada el dia anterior, me lo alargó diciendo: "Te lo doy en señal del grande amor que te profeso." Y tomándolo de sus manos, lo besé y bañé con mis lágrimas, con tanto júbilo del corazon, que en mi juicio no sentí ya ningun dolor.

"En fin, llegados que fueron nuestros amados padres á Osaca, fueron llevados á la vergüenza por sus calles, y conducidos á Sacay á los diez y siete dias de la luna de Enero: allí sufrieron igualmente injurias é insultos, y devueltos otra vez á Osaca, el dia siguiente prosiguieron su viaje á Nagasachi, deteniéndose primero en Fiongo, luego en Caxe y por último á Finegxi, lugar á 384 leguas japonas de Nagasachi, donde llegaron á los diez y nueve de la luna del mes de Febrero, llamado *Xunin-guathix*. Conducidos á poco al sitio designado al martirio, allí fueron crucificados nuestros amorosos padres.

"Cuatro años moró en el Japon el padre Fr. Pedro Bautista juntamente con sus compañeros; y son innumerables los padecimientos que su-

frieron y las tribulaciones de todo género que arrostraron, y bien puede decirse que fueron infinitos sus dolores. Ignoro si á otros mártires acaeció padecer tanto; pero esto solo sé con certeza, que jamás había oído en mi vida que hombres santos hubieran soportado por amor de Dios tantos trabajos, persecuciones y angustias. Yo verdaderamente no me hallé en el lugar del martirio; por lo que no podré decir lo que pasó de particular en ese punto. Pero me remito á las relaciones que á este respecto os darán los padres Gerónimo, Marcelo, Bartolomé y Agustin, que mejor informados que yo, os referirán la mas menuda relacion de la muerte de nuestros padres. Las esposas de los mártires japones, detenidas en la prision hasta ese momento, están ahora libres, pero sufren, sin embargo, aun al presente, toda clase de padecimientos, de insultos y persecuciones, y se anuncia á cada instante que serán muertas por amor de Cristo. Pero ellas, sin manifestar la menor queja, antes se alegran, no deseando otra cosa que hacerse dignas de morir por Cristo é imitar así el magnánimo ejemplo de sus amados consortes. Tambien de noche se rennen á orar, encomendándose á Dios y pidiéndole, que siendo ya peregrinas en este mundo sin sus esposos, las reciba por hijas, asistiéndolas en todas las necesidades de la vida. Y verdaderamente son miserables las pobrecillas, no teniendo alguno que las socorra. Mas yo, con la ayuda de varios amigos míos y otros cristianos, espero encontrar una casa para recojerlas y sustentarlas por amor de Dios.

"¡Pero hay de mí! yo soy el mas infeliz de todos, no teniendo á mi lado al padre Pedro Bautista, que era mi padre y en quien encontraba todo consuelo y toda esperanza! No poseo ya á mi buen padre, ni otra cosa que me recuerde su memoria mas que el Crucifijo que me dió como muestra de lo bien que me queria. Y lo tendré siempre estrechado sobre mi corazon, encomendándome á él en todo tiempo, así como á su dulce Madre Santa María, al padre San Francisco, al padre Pedro Bautista y á todos los mártires sus compañeros, que tengo por cierto me consolarrán algun dia. Pero con todo, mas que en mi provecho, ruego actualmente á los santos mártires, por los hijos y esposas de los que murieron en Nagasachi crucificados por amor de Cristo. ¡Pobrecillos! que no tienen ya en el mundo quien los socorra y consuele! ¡y lo mismo los desdichados de

los hospitales y los huérfanos, tanto cristianos como gentiles, de las escuelas, que abandonados y en llanto andan errantes por todas partes, llamando á voces á sus padres franciscanos! Yo soy pobre y privado de la gracia del soberano, que me ha despojado de todos mis bienes por ser cristiano. Sin embargo, haré cuanto pueda por recoger á estos miserables, cuya tutela me ha encomendado Pedro Bautista, y espero no me faltará la ayuda de Dios para que pueda socorrerlos como lo tengo hecho hasta ahora.

"Entre tanto, os ruego que escribais al Santo Padre y al rey D. Felipe, para que, si es posible, no se pierdan los cuerpos de los santos mártires, sino que recojiéndolos con honor, reciban la veneracion de los fieles. Y para conseguirlo mas fácilmente, dirigiré muchas oraciones al Señor. Por último, os hago saber, que el santo padre Fr. Pedro Bautista, confió á mis cuidados al padre Fr. Gerónimo, á quien cuanto ha sido de mi parte, no he dejado nunca de prestarle auxilios y socorros, y lo mismo procuraré hacer en lo sucesivo.

"He escrito la presente para el provincial de las Filipinas, á los cinco dias de la luna "Xongothx" que corresponde al mes de Marzo.—*Cosme Yoya.*"

Hasta aquí la relacion de ese fervoroso cristiano, que ciertamente no necesita de comentarios para ser conocida en toda su maravillosa belleza. Pero en honor de quien la escribió, debemos añadir, que finalmente fueron oídos de Dios sus ardientes votos, recibiendo algunos años despues (en 1618) la corona del martirio juntamente con otros franciscanos que habian vuelto de nuevo á cultivar el ensangrentado campo Japon. Y dicho esto, anudemos el hilo de la historia.

Bien puede imaginarse el efecto que causaria en toda la ciudad de Manila la llegada de esta y otras semejantes cartas. Pero la conmocion del pueblo fué general y llegó á un grado casi imposible de describir, al repentino é inesperado arribo del capitán D. Matías Landecho, junto con los franciscanos Bartolomé Ruiz, Marcelo de Rivadeneira, Agustín Rodríguez, Gerónimo de Jesus y Juan el Pobre. Estos, segun se ha dicho, arrestados en la nave portuguesa, permanecieron en ella hasta fines de Marzo, siendo espectadores, en consecuencia, de la muerte de sus hermanos, que desde el mar vieron morir uno á uno, sin el consuelo de poder-

los abrazar y besar la tierra empapada de su sangre. Mas en fin, viendo D. Matías Landecho disipada toda esperanza de recobrar la nao de San Felipe, y habiendo conseguido con bastante trabajo embarcarse en una pequeña nave extranjera, se hizo á la vela en union de los referidos religiosos, á 30 de Marzo en el puerto de Cochinosú, tomando tierra, despues de muchos peligros, en Macan, en las Indias. Allí, á poco llegó tambien el V. Gerónimo de Jesus, lanzado del Japon despues de haber muchas veces ocultamente visitado y adorado las cruces de que pendian los cuerpos de sus hermanos mártires, quedando no poco consolado de haberse reunido á sus otros cuatro compañeros, que algunos dias despues se pusieron todos de nuevo en viaje para Manila, donde desembarcaron á 15 de Abril. Bien puede imaginarse lo que pasaria en la ciudad á la noticia muy circunstanciada que ellos dieron del naufragio y decomiso de la nao de San Felipe, y la descripcion del martirio que habian presenciado, y muy especialmente á vista de algunas reliquias de los religiosos mártires que habia llevado consigo D. Matías: tal narracion de ese suceso, en que se mezclaba el gozo al dolor, ocupó enteramente el ánimo de todos los habitantes de la ciudad, y mucho mas de los franciscanos de Luzon. Así es que, reuniéndose una general asamblea del clero y principales ciudadanos, se decretó por unanimidad hacerse una solemne procesion en accion de gracias á Dios por tanta fortuna. Ella se verificó el 18 de Abril de 1595, saliendo de la iglesia Arzobispal á la de los franciscanos, todo el clero secular y regular, el gobernador y todos los ministros de la corte, la nobleza, la oficialidad militar, el consejo superior, magistrados y todas las demás autoridades, en medio de inmensa multitud de pueblo venido de todas partes, al sonido de todas las músicas y campanas de la ciudad, al estruendo de la artillería y entre las lágrimas de una conmocion universal verdaderamente increíble. Entrada, en fin, en la iglesia de los menores, se cantó una solemne misa, en la cual se dió lectura desde el púlpito á la piadosa historia del martirio de los bienaventurados atletas, dando en seguida plácemes y parabienes á los religiosos, de la feliz ventura tocada á su Orden de haber sido la primera que con la sangre de sus generosos hijos fecundara la tierra del Japon, sin olvidar las mismas muestras de afecto á los de la Compañía de Jesus.

Inmediatamente á otro día, D. Francisco Tello, sucesor de D. Luis Perez de las Marinas en el gobierno de las Islas Filipinas por la corona de España, reunido y escuchado el gran consejo de toda clase de ciudadanos, deliberó mandar en solemne embajada al Japon, como lo hizo, al capitán D. Luis de Navarrete, al caballero Diego de Souza y á su hermano el padre Mateo, agustino, para que á nombre del virey de Luzon pudiese primeramente á Taicosama, los cuerpos de los mártires, le exigiera rason de la muerte de los franciscanos sus embajadores y de la confiscacion de la nao de San Felipe, que estaba en derecho de arribar á sus Estados, á consecuencia del tratado de alianza y comercio libre celebrado y concluido entre las dos naciones en 1593 por medio de Pedro Bautista y sus compañeros. En efecto, llegados los embajadores en Agosto á la isla de Farando, se dirijieron de allí á Sacay, donde recibidos de Taicosama como amigo, tuvieron por respuesta: que habia sentenciado á muerte á los frailes de Luzon, por haber predicado la religion de Cristo contra las leyes que lo prohibian; que la nao de San Felipe habia sido confiscada por estar armada en guerra, lo que era una amenaza al Japon; que en quanto á los cuerpos de los crucificados, ninguna dificultad tenia de entregarlos al señor gobernador y virey de Luzon.

Pero como entre los cristianos de Nagasachi se supo tal concesion de Taicosama, corrieron prontamente á tomar parte para sí, más de aquella que ya habian tomado; por lo eual, muy pocas reliquias quedaron al embajador, quien haciendo desenterrar las cruces de las fosas donde habian sido sepultados, reduciéndolas á pedazos las mandó en regalo á las iglesias franciscanas de Meaco, Goa y Malaca en las Indias Orientales. Despues de esto, puestas en una caja las cabezas de los bienaventurados mártires con otros restos de sus benditos cuerpos (entre ellos el brazo derecho de San Pedro Bautista, su manto y el cartel en que estaba escrita en lengua japona la sentencia de muerte), la llevó consigo D. Luis de Navarrete á Manila. ¿Cómo podrá contarse lo que pasó en esa ciudad á la llegada de tan preciosas reliquias? Hicieronse nuevas fiestas, otra procesion solemnisima y nuevas é indecibles muestras de júbilo en todas las Islas Filipinas, donde Pedro Bautista, Martin de Aguirre, Francisco Blanco, Gonzalo Garcia, Francisco de la

Parrilla y Felipe de las Casas habian morado por tan dilatado tiempo, sin dudar ninguno que en la actualidad fuesen sus poderosos intercesores ante Dios en el cielo. Ni tan solo en Manila, sino en otras varias partes, especialmente en las Indias, en México y en España, se hicieron magnificas fiestas á su memoria luego que llegó la noticia de su glorioso martirio; pero las omitimos en obsequio de la brevedad, porque verdaderamente hablando, se requerian muchas páginas para quererlas solamente indicar, reservándonos para concluir este capítulo, referir brevemente el fin de los gloriosos compañeros de los mártires, los venerables padres Bartolomé Ruiz, Agustin Rodriguez, Juan el Pobre, Marcelo de Rivadeneira y Gerónimo de Jesus, que, segun se ha dicho, regresaron á Manila con el capitán de la nao San Felipe D. Matías Landeche, despues de haber sufrido por mar y tierra quanto puede padecer un hombre en este valle de lágrimas.

Por lo que mira al V. P. Bartolomé Ruiz, natural de la villa de Cabra en Andalucía de España, pero hijo de la Seráfica Provincia del Santo Evangelio de México, respetable anciano que habia empleado toda su vida en el apostolado católico en América, Asia, Islas Filipinas y últimamente en el Japon, donde fué el primero é inseparable compañero de San Pedro Bautista, poco, ciertamente, nos resta que decir, habiendo vivido solamente tres años despues del martirio de sus gloriosos hermanos, á quienes se reunió en el de 1600, muriendo como santo en el convento de Manila, á la edad de ochenta años. Pero no por esto se borró su memoria entre los habitantes de esa ciudad, que hasta el día lo veneran como apóstol del Señor, contándolo en el número de sus protectores ante Dios en el cielo.

Y tambien del V. P. Agustin Rodriguez, natural de Castilla la Vieja, intrépido héroe igualmente del Evangelio, tenemos que decir poco en estas últimas relaciones. Despues de su regreso del Japon, permaneció en Manila, donde consumó la gloriosa carrera de sus fatigas en beneficio de la Iglesia y de los prójimos, muriendo con fama de santo, de setenta y siete años, en 1613. Y ademas, en su muerte experimentaron gran dolor aquellos ciudadanos, honrando su memoria, que por considerable tiempo conservaron viva en sus corazones. En quanto al V. Fr. Juan el Pobre, natural de Zamora en la misma Castilla la Vieja, y antiguo

franciscano de la provincia de Flandes, diremos desde luego, que aunque laico, fué uno de los mas valerosos é ilustres apóstoles, no solo de la Religión Seráfica, sino de toda la Iglesia de Dios. Trabajó en muchas misiones de su Orden, y entre los innumerables infieles que redujo al rebaño de Cristo, se cuentan veinte que sellaron con su sangre su fé en el martirio. Fué muy apreciado de los príncipes y reyes, especialmente de Felipe III de España, que siempre lo contó en el número de sus sábios é íntimos consejeros. Mucho hizo en beneficio de la Provincia Seráfica de las Filipinas, para la que consiguió no pocos privilegios de Clemente VIII. Empezó frecuentes y dilatados viajes, siempre en gloria de Dios y provecho de las almas, en España, en Roma y otras partes. Finalmente, despues de su regreso á las Filipinas, permaneció por un año en Manila, y pasó por tercera vez á España, en solicitud de nuevos religiosos para la provincia de Luzon. Y estaba ya dispuesto para regresar á esa isla, cuando sorprendido por la última enfermedad en el convento de San Bernardino de Madrid, entregó el alma á Dios en 1616.

Iguamente fueron gloriosos los últimos años de la vida del V. Marcelo de Rivadeneira, también español y franciscano, de la provincia de Santiago. En efecto, pasados algunos años santamente en Manila, fué mandado á Roma por sus superiores en el de 1600, para procurar ante la Sede Apostólica la beatificación de los mártires japoneses, sus antiguos compañeros en las fatigas del apostolado. Despues de lo cual, dejadas en la Ciudad Eterna algunas preciosas reliquias de los repetidos héroes del Evangelio, se dirigió á España á agitar la causa ante el rey Felipe III, hasta que pasando al convento de Salamanca de su observante provincia de Santiago, se empleó allí, no solo en vivir vida de santo, sino en ilustrar su Orden con variedad de escritos. En 1601, publicó en Barcelona la *Vida y empresas de los Mártires del Japon*, obra citada con aprecio por Benedicto XIV, y tanto mas digna de estimación, cuanto que él mismo representa papel en ella y es testigo de vista de las admirables tareas apostólicas de sus santos hermanos. Y poco despues dió á la luz pública otra hermosa obra, titulada: *Historia del Archipiélago y de los reinos de Siam, de los Tártaros y del Japon*; magnífico trabajo y de grande utilidad á los eruditos y estudiosos, especialmente de las antigüe-

dades asiáticas. Y como por el año de 1605 publicó otra no menos bella, con el título de: *Excepciones de la Corona de la Bienaventurada Virgen*, dividida en dos libros é impresa en Nápoles por Juan Bautista Sottile. Ni únicamente éstos, sino otros trabajos de pública utilidad, fueron la ocupación por ese tiempo de nuestro V. Marcelo de Rivadeneira, entre los cuales nos place recordar el que lleva por título: *Discurso del Sumo Sacerdote de los Tártaros*, y el otro relativo á las *Alabanzas y prerogativas del Seráfico P. San Francisco y de sus doce compañeros*. Tal fué la admirable y santa vida de Marcelo de Rivadeneira, antes glorioso apóstol del Japon; hasta que en 1606, oprimido de tantas fatigas sostenidas con invicta constancia en defensa de la fé de Jesucristo, atacado de una grave enfermedad en el convento de Salamanca, entregó su bendita alma en manos de Dios, de quien ahora goza juntamente con sus amados compañeros.

Pero todavía mas prodigiosos y dignos verdaderamente de la admiración del mundo fueron los últimos años de la vida del V. Gerónimo de Jesus, quien habiendo vuelto como queda dicho, junto con sus compañeros á Manila, no pensó en otra cosa que en regresar prontamente al Japon, donde San Pedro Bautista le habia mandado mantenerse oculto para el consuelo de los cristianos. Y efectivamente, no tardó mucho en que tomando por compañero al P. Luis Gómez, también franciscano, cumplió tan sublime propósito, dando principio desde luego á nuevas empresas apostólicas. Pero su regreso al Japon no pudo quedar oculto por mucho tiempo á los ministros de justicia; por lo cual, habiendo sido descubiertos, el padre Luis Gómez fué arrestado, y nuestro Fr. Gerónimo, como mejor informado de los lugares, se sustrajo á los que lo buscaban, y errante por diversas partes en los montes y cuevas, permaneció libre hasta la muerte de Taicosama, ocurrida á 16 de Setiembre de 1598. Entonces respiró la fé, y presentándose Gerónimo de Jesus al descubierto en aquel vasto campo evangélico, redujo al rebaño de Jesucristo innumerables gentiles, y adquiriéndose la gracia del nuevo emperador Daifuxama, le fué concedido predicar libremente la religión de Cristo en las tierras del Japon. Así es que, partiendo á Yeddo en el reino de Guanto, allí anunció, el primero de todos, el nombre de Cristo á los gentiles, y obteniendo poco despues licencia del mismo emperador, fabricó una

iglesia católica, á la que dió por título Nuestra Señora del Rosario, celebrando él mismo en ella, por la primera vez, los divinos misterios en día de Pentecostes. Siguiendo de allí más grandiosas empresas del apostolado, recorrió descalzo todo el dicho reino de Quanto, levantando en todas partes iglesias al culto del verdadero Dios, convirtiendo millares de idólatras y obrando muchos y estupendos prodigios. De esta manera permaneció hasta fines de 1599, que fué mandado del emperador Daifuzama por su embajador al virey de Manila, á fin de concluir entre los dos Estados un nuevo tratado de amistad y libre comercio; lo que habiendo ejecutado prontamente, dió de nuevo la vuelta al Japon junto con otros tres franciscanos, para dar noticia al emperador, que entonces residia en Meaco. Contentísimo éste del éxito de la expedicion, abrazó á Géronimo, permitiéndole no solo continuar la predicacion del Evangelio en cualquiera parte de sus dominios, sino volver á abrir al culto divino, como lo hizo, el convento y la iglesia de Santa María de los Ángeles de Meaco, fundada por San Pedro Bautista su antiguo compañero. Sabido esto por el provincial de las Islas Filipinas, despachó al Japon otros ocho franciscanos, quienes protegidos del emperador y reverenciados de los pueblos, hicieron reflorcer por todas partes la religion de Cristo, fundando por aquellas vastas regiones muchas iglesias y como siete conventos de su Orden, que gobernados posteriormente por un comisario apóstolico, formaron la provincia franciscana del Japon.

Mas el V. Gerónimo de Jesus, cansado de tantas fatigas, habia ya volada al cielo á recibir de las manos de Dios el premio de sus grandes sudores en servicio de su iglesia y provecho de sus hermanos. Murió en Meaco en el convento de Santa María de Porciuncula, á 6 de Octubre de 1601, entre las lágrimas de sus religiosos y llanto de los cristianos, que desde su partida de este mundo comenzaron á experimentar su poderoso intercesor ante el trono de Dios.

Ni despues de la muerte del V. Gerónimo de Jesus terminaron las conquistas de la fé en el Japon; antes se multiplicaban cada dia mas, hasta 1613, año de la nueva y terrible persecucion que, durando por mucho tiempo, llegó á esterminar enteramente la religion de Cristo en aquellas infelices regiones. Tampoco nos ocuparemos en describir las sangrientas escenas que dieron al cielo innumerables mártires y al

mundo nuevos y solemnes testimonios de la verdad de la religion católica. Únicamente diremos, que la sangre de los hijos de San Francisco, siempre los primeros en el peligro, bañó todas aquellas desgraciadas tierras, y cuando desapareciendo públicamente la Iglesia de Jesucristo, se cerraron á todos los predicadores del Evangelio las puertas del Japon, permanecieron todavía allí cinco franciscanos ocultos, de cuyo glorioso fin nada nos dice la historia. Imposible, además, nos será referir las tentativas empleadas en todo tiempo por la santa provincia de Filipinas, verdadero seminario de mártires, para romper aquellas barreras y ocuparse nuevamente en el cultivo de ese ámplio campo, fecundado por la sangre de sus hijos. Bastará solo decir, que los franciscanos de Luzon nunca perdieron de vista al Japon; y acaso Dios, en virtud de la sangre de sus mártires, se aproxima á satisfacer sus ardientes y magnánimos votos.

CAPÍTULO XXVIII.

LOS MILAGROS, LA BEATIFICACION, LA CANONIZACION.

EA sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos. Esta sublime verdad, así como en todos los tiempos, también tuvo maravilloso verificativo después de la muerte de nuestros gloriosos héroes en las tierras del Japon; y tan portentoso, que es de considerarse cual estupendo milagro de Dios y señal evidente de su santidad; y sirva de prueba el incremento súbito y prodigioso de la cristiandad de Nagasachi, que siendo compuesta en el tiempo del glorioso martirio, de poco más de mil fieles, algunos años después, escribe un historiador de este siglo, contaba más de treinta mil cristiano. Pero Dios con señales más claras quiso todavía atestiguar á todo el mundo el heroísmo de sus veintiseis apóstoles y mártires en defensa de su fé. Y sea la primera, el suave olor que exhalaban sus cuerpos ya muertos y pendientes de las cruces, la brillante aureola de luz de que no pocas ocasiones fueron rodeados á vista de inmensa multitud de cristianos y gentiles, y la incorrupcion enteramente maravillosa con que se conservaron, como por sesenta dias, sobre las cruces, y los globos de fuego que se vieron descender del cielo y reposar sobre la cabeza de cada uno de los mártires.

Ni las innumerables aves de rapiña, acostumbradas siempre anteriormente á devorar las carnes de los infelices que allí crucificaban, dejándolos barbaramente insepultos, jamás osaron en tan largo tiempo, no solamente tocar aquellos venerables restos, pero ni aun acercarse de alguna manera á las cruces de que estaban pendientes.

Estaba ya crucificado, pero aún todavía no traspasado de las lanzas el glorioso San Pedro Bautista, cuando le fué puesta delante una mujer gentil privada del uso de la palabra y del ejercicio de todos los demás sentidos y casi en artículo de muerte. Esta, llena de fé en Dios y en la

santidad de su siervo, como si le hubiese puesto en la boca una parte de la cruz de que pendía el apóstol, adquiriendo en un momento la habla, sanó de tal suerte, que ella misma pidió el bautismo al mártir, que en el acto le fué administrado. ¡Milagro singular, que fué causa en seguida de numerosas conversiones! Y del mismo San Pedro Bautista se refieren igualmente los dos prodigios que siguen:

Hacia tres dias que, traspasado de las lanzas, pendía su cuerpo exánime de la cruz, aunque rodeado todo de resplandores, y tan flexible que parecía vivo, cuando á presencia de innumerable pueblo comenzó á deramar sangre fresca de las heridas de que habia muerto, y en tan grande abundancia, que todos, cristianos y gentiles, quedaron sumamente espantados y conmovidos de tan indecible portentoso.

Corria el dia sesenta y dos de la muerte de los gloriosos atletas de Cristo, cuando el cuerpo de San Pedro Bautista, pendiente aún de la cruz, principió á moverse en presencia de innumerables gentiles, manando de las heridas copiosísima sangre. De cuyo admirable hecho fué testigo de vista también el P. Martin de Leon, dominico, uno de los religiosos venidos con el capitán D. Matías Landecho en la nao de San Felipe, quien después lo declaró públicamente con solemne juramento ante la junta reunida en la iglesia catedral de Manila.

Igualmente un italiano, soldado al servicio de los portugueses, que se halló presente al glorioso tránsito de los mártires, habiendo recojido algo de la sangre de los santos Pedro Bautista, Martin de Aguirre, Pablo Miki y de un japon, la guardó con mucha devocion dentro de un vaso, conservándola como amable y preciosa reliquia. Mas después de un mes, estando en presencia del Illmo. Obispo de la China y del Japon, de su vicario general y de varios religiosos de diversas órdenes, quiso manifestárselos en señal de profunda veneracion á los héroes que la habian vertido en defensa de la fé de Cristo. Y he aquí que al presentar el vaso se vió aparecer la sangre líquida, caliente y sin ninguna señal de corrupcion, como si en aquel momento mismo saliera de las venas de los mártires. Pero dejando todas las demás maravillas que obró Dios en honor de sus gloriosos siervos, bastará el siguiente prodigio, no solo estupendo, sino acaso único en la historia de los santos para probar su santidad.

Estaban muertos ya todos los veintiseis gloriosos héroes de la fé, cuando el cuerpo del santo comisario fué visto muchas veces descender de la cruz, dirigirse á su iglesia de Nagasachi y celebrar allí entre el canto de los ángeles la misa, sirviéndole como ministro, vestido de blanco, el santo jovencito Antonio. Hecho singularísimo atestiguado con juramento por Juan Rodríguez Curiel y Juan Bautista de Aguirre, testigos de vista. El primero de estos, declaró además, que presenciando aquello, corrió en el acto al lugar del martirio, y dirigiendo la vista á la cruz de San Pedro Bautista no vió allí sus restos mortales. Y entonces, mas fuera de sí por la maravilla, habia preguntado á los soldados de la guardia, ¿qué se habia hecho del cuerpo del santo comisario? A lo que le respondieron: Que muchas veces les habia acaecido no verlo en la cruz, y despues de algun tiempo mirarlo de nuevo suspendido, sin que ellos advirtiesen cómo sucedia esto. Lo que habiendo oído, volvió nuevamente á la iglesia de los padres franciscanos, donde ya no vió al santo mártir, por lo cual regresó al lugar del suplicio, mirándolo de nuevo suspenso, así como todos los demas, de su patíbulo. Hecho por cierto extraordinario, el que suficientemente probado, debe llamarse con Benedicto XIV, prodigio enteramente grande y sorprendente, y él solo bastante para la solemne canonizacion de los mártires japoneses.

Efectivamente, por este solemnisimo milagro y los demas que van referidos, habiendo nacido en el pueblo cristiano un vivísimo deseo de ver honrados del culto en la Iglesia de Dios á los veintiseis mártires del Japon, Paulo V, á instancia especialmente del rey de las Españas, de los ciudadanos de Manila y de la Orden Franciscana, comisionó en el año de 1616 á tres auditores de la Sagrada Rota, á saber: Juan Bautista Coccino, Alonzo Mazanedo y Felipe Pirovano, para levantar formal proceso sobre su vida y gloriosa muerte. El cual, en efecto, felizmente concluido despues de inmensas fatigas, aprobado por la Congregacion de los Sagrados Ritos por decreto del 1.º de Abril de 1626, los anunciaba solemnemente verdaderos mártires de la fé. En cuya virtud, el Papa Urbano VIII, á 4 de Setiembre del año siguiente, 1627, por la Bula que comienza: *Salvatoris et Domini nostri Jesu-Christi*, los declaró bien aventurados, concediendo á toda la Orden Franciscana de la Diócesis de Manila, celebrar cada año la fiesta de los veintiseis mártires japoneses,

á 5 de Febrero, con oficio y misa á su honor; agregándose despues por Clemente XII en 1739, indulgencia plenaria para todos los fieles que, prévia la santa comunión, asistiesen á la espresada fiesta.

Indecible es espresar el júbilo que esa declaracion de la Sede Apostólica causó en todos los fieles. Pero mas especialmente la Orden franciscana, la Compañía de Jesus (á la que se estendieron las mismas concesiones por sus tres mártires) las Españas y las ciudades de Manila, de Goa, Bazain y México, hicieron tan solemnes fiestas, que imposible es describirlas con palabras. (1) Sin embargo, aunque la Congregacion de Sagrados Ritos desde el tiempo del papa Urbano VIII habia declarado podía procederse á la solemne canonizacion de los bienaventurados mártires del Japon, con todo, nunca se pensó seriamente en llevarla á efecto hasta nuestros dias. Y no por algun pacto ó convencion, ni por ser general el deseo de que estos gloriosos héroes recibieran en la tierra los mas espléndidos honores del culto católico, sino porque la Providencia, para cumplir sus ocultos é inescrutables designios sobre el mundo, dispuso reservar tan plácido acontecimiento al siglo XIX, en que desgraciadamente parece quererse desconocer los derechos de Dios y de su Iglesia. Así es que solo bastó que un año antes el ministro de la Seráfica Provincia de las Islas Filipinas espresase por carta al Reverendísimo padre Bernardino de Montefranco, sucesor de San Francisco en el gobierno de toda la Orden de los Menores, el piadoso deseo de ver inscritos en el catálogo de los santos á los veintitres mártires del Japon, para que él, de comun acuerdo con el M. R. P. Francisco de Lucca, digno postulador general para las causas de beatificacion y canonizacion de los siervos de Dios de la Orden franciscana, y el ilustre señor D. Juan Sottovia abogado de las mismas causas, con empeño verdaderamente admirable pusiese al momento mano á la empresa. Y Dios se sirvió coronar los votos de todos, porque admitida benignamente la humilde instancia del espresado reverendísimo

(1) Sobre todas ellas, es digna de recuerdo la celebrada con tal motivo en 1629 en la ciudad de Mexico á honor del Bienaventurado Felipe de las Casas, natural de dicha ciudad. Porque, al fin de la procesion solemnisima que se hizo, se vió á la misma madre del mártir, que aún vivia, en medio del arzobispo de la ciudad y el virey de Mexico, con tierno llanto de la inmensa multitud de gente que asistia á aquel acto. (Nota del Autor.)

mo padre general, que comienza: *Urbano VIII, Pontífice Máximo*, por la Suprema Cabeza de la Iglesia Católica Pio Papa IX, oído primeramente el parecer del Illmo. Promotor de la Fé, ordenó que, reunidos los Emmos. Señores Cardenales que componen la Congregacion de Sagrados Ritos, el día 30 de Setiembre de 1861 en el palacio apostólico del Vaticano, discutiesen en su presencia y diesen su juicio con respecto á tan importante materia. Y en efecto, declarado por unanimidad en tan noble reunion poderse proceder por la Sede Apostólica á la canonizacion de los mencionados mártires, el Santo Padre, á 17 de Setiembre del mismo año, implorado primeramente el Divino auxilio, y despues de haber celebrado el santo sacrificio en el oratorio privado de su palacio apostólico del Vaticano, en oficial ceremonia y gran concurso de pueblo, se dirigió á la iglesia de Santa María del Aracueli de los frailes menores. Y habiendo llegado á ella, adorado primeramente el Augustísimo Sacramento, y hecho larga oracion ante el altar dedicado al glorioso Patriarca San Francisco de Asís, cuyas sagradas llagas se solemnizaban en ese dia, pasó á la sacristía, tomando asiento sobre un magnífico trono. Rodeado allí del nobilísimo cortejo de cardenales, obispos y prelados, en presencia de otros distinguidos personajes, entre ellos el Exmo. Sr. caballero de Souza, enviado extraordinario de S. M. C. la reina de España y de todos los religiosos franciscanos del ilustre convento espresado, ordenó al señor secretario leer, como lo hizo, el siguiente:

DECRETUM JAPONEN.

CANONIZATIONIS VIGINTI TRIUM MARTYRUM EX ORDINE MINORUM
S. FRANCISCI

SUPER DUBIO

*An tuto procedi possit ad solemnem eorumdem Beatorum
Canonizationem?*

Primitiæ Martyrum quas Ecclesia Japonensis Christo Martyrum Principi obtulit, fuere viginti tres viri fortissimi, qui animam perdere propter Evangelium non metuentes, eam in vitam æternam custodierunt. Nomina eorum hæc sunt—Fr. Petrus Baptista Sacerdos Commissarius Missionis—Fr. Martinus de Ascensione Sacerdos— Fr. Franciscus Blanco

Sacerdos— Fr. Franciscus de Sancto Michaeli—Fr. Gundisalvus Garzia Laicus—Fr. Philippus de Jesu—Paulus Suzuqui inserviens in hospitali Fratrum, eorumque interpres— Gabriel Regni de Ize scholaris ditorum Fratrum— Joannes Quizuja Japonensis— Thomas Regni de Ize eorumdem Fratrum interpres— Franciscus Japonensis medicus et interpres—Thomas Cosaqui qui in Sacrificio Missæ Fratribus ministrabat— Joachim Saquijor Japonensis Fratribus inserviens— Bonaventura Japonensis—Leo Carazuma Japonensis primarius interpres— Mathias Japonensis—Antonius Japonensis qui ministrabat Patri Commissario in Missæ Sacrificio—Ludovicus Japonensis—Paulus Yuaniqui Japonensis—Michael Cosaqui de Regno Ize— Petrus Suqueixein Japonensis— Cosmus Raquija ex Regno de Voari inserviens pauperibus in Hospitali— Franciscus Campinten Japonensis omnes ex Ordine Minorum S. Francisci.

Permiserat primo Japonensis Tyrannus, ut P. Petrus Baptista et Socii possent in Civitate Meaci, ubi ipse sedem habebat, sibi construere Monasterium, cui erat Ecclesia adnexa Beatæ Virgini Mariæ Angelorum Reginae Sacrae; at cum ei perlatum fuisset ab idolorum sacerdotibus Fratres illos publice divinum diffundere Evangelium eo audientium fructu, ut plurimi relictis patriis diis Baptismum susceperint, statim furore percitus nedum contra illos, sed etiam contra Japonenses Christianos capitalem sententiam dixit, qua sancitum erat eos in Civitate Nangasaqui crucibus affigendos esse, lanceisque transverberandos. Capti igitur sunt Martyres in eorum Monasterio die decimatertia Decembris anni MDXCVI, ac unicuique eorum auriculæ parte excisa, per summum lumbum in varias Regni civitates traducti Nangasaquium usque perduntur. Ibi crucibus affixi in altum elati, ac duobus lanceæ ictibus in utroque latere percussi sunt; quo in supplicio animam efflarunt die quinta Februarii Anni MDXCVII.

De his omnibus á Delegatis Sedis apostolicæ processu canonice instructo, Paulus V. sa. me. juxta vetustiore disciplinam, quæ tunc obtinebat, Causam tribus Rotæ Auditoribus expendendam permisit, qui, testium depositionibus, Martyrii causa, sententia ipsa authentica Tyrani, nec non Miraculis subtiliter expensis, accuratissimam totius negotii pertexerunt relationem, quam concludebant declarantes: *Causam istam esse Ecclesie Ritum, et Sacrorum Canonum dispositionem (si Sanctitati Vestra*

placuerit) possit procedi ad istorum Famulorum Dei Canonizationem, & in numero Sanctorum adscriptionem in forma Ecclesiae consueta

Ejusmodi disquisitione faustum ad exitum perducta, de more postea delata Causa est ad Congregationem S. R. E. Cardinalium Sacris Riti- bus tuendis praepositam, quae matura adhibita deliberatione censuit. *Constare de Martyrio et Miraculis, ideoque ad actualem illorum Martyrum Canonizationem quandocumque devenire posse.*

Quum vero Praeses Ordinis Minorum S. Francisci ab Urbano VIII sa- me. enixe postulasset ut Officium et Missa de illis Martyribus donec ad solemnem eorum Canonizationem deveniretur recitari ac celebrari possent, Summus ille Pontifex de Cardinalium consilio facultatem impertitus est in Litteris Apostolicis in forma Brevis expeditis XVIII Kalendas Oc- tobris ani MDCXXVII ut de eisdem Martyribus tam ab omnibus dicti Ordinis S. Francisci Religiosis ubique existentibus, quam etiam aliis Eccle- siasticis, et Secularibus personis Manilensis Diocesis dumtaxat, ubi praeci- pui dictorum Martyrum pro Christi fide labores valde profecerunt, Officium et Missa de Communi plurimorum Martyrum die eorum natali, videlicet die quinta Februarii recitari, et celebrari respective libere et licite posset et valeret.

Attamen praeclearissima haec Causa substitit, neque ad Consistorium progressa unquam est in posterum decretoriam Pontificis Sententiam subitura. Quapropter ejusmodi iudicium mira successus prosperitate eatenus adductum postrema, eaque potissima destituebatur sui parte quae necessaria prorsus erat ad hanc Canonizationis Causam legitime expediendam. Quidquid namque Rotae Auditores et Sacrum S. R. E. Cardinalium Consilium dijudicaverint, non aliam vim obtinebat nisi con- sulentis sententiae. Quare oportebat ut Pontificis expressa declaratio accederet, quae latam ab iis sententiam decretorio iudicio confirmaret.

Hinc per tria fere saecula altum hac super re silentium servatum est. Verum Deus Omnipotens, cujus iudicia incomprehensibilia sunt, et inves- tigabiles viae disposuit, ut luctuosis hisce temporibus quibus sceleris omnis maturitas vel in cultissimis Italiae nostrae regionibus adversus Christi fidem erupisse visa est, expediretur Causa Canonizationis pro- pmodum absoluta horum Martyrum Japonensium. Novum sane ac spectatissimum exemplar fidelibus proponitur, in quod sedulo intuentes imitari illud pro viribus studeant, sic ut nec fraudibus irretiti nec minis

deterreti a Fidei suae integritate haud unquam vel paullulum desciscant. Quare SSmus. Dominus Noster Pius Papa IX Divinae Providentiae con- siliis ex animo obtemperans voluit ut juxta vetustiore disciplinae judi- cium hoc absolveretur. Ideoque audita *Sententia pro veritate R. P. Sanctae Fidei Promotoris, Consilium habuit Rmorum. Cardinalium Sacrae Rituum Congregationis in Palatio Apostolico Vaticano tertio nonas Septembris vertentis anni in quo per Rmum. Cardinalem Constantinum Patrizi Episcopum Portuensem, et Sanctae Rufinae, ejusdemque Sacrae Congregationis Praefectum, nec non Causae Relatorem, proposito Dubio "An tuto procedi possit ad solemnem eorumdem Beatorum Canonizationem?" Omnes Patres Cardinales affirmativum protulere responsum. Attamen de unanimi hoc Suffragio Apostolicum denunciare iudicium distulit Beatissimus Pater, enixius interim postalaturus a Domino ut sibi in gravissimo decernendo negotio propitius adesset.*

Tandem diem hunc designavit, quo solemnis recolitur Commemoratio Sacrorum Stigmatum Sancti Francisci, cujus regulam Beati isti Martyres sequuti fuerant, simulque Stigmata per Cruci affixionem, quam passi sunt, in suis corporibus portaverunt.

Itaque Sanctissimus Dominus Noster postquam Sacra Mysteria in domestico suo Vaticano Sacello piissime celebrasset, ad Ecclesiam Sanctae Mariae in Araceli se contulit, ubi ad se accitis in proximo ejusdem Ec- clesiae Sacratio Reverendissimo Cardinali Constantino Patrizi Episcopo Portuensi et Sanctae Rufinae Sacrorum Rituum Congregationi Praefecto, et Causae Relatore una cum R. P. Andrea Maria Frattini Sanctae Fidei Promotore, et me infrascripto Secretario, iisdemque adstantibus pronun- ciavit *"Tuto procedi posse ad horum Beatorum Martyrum Japonensium Canonizationem."*

Hujusmodi Decretum in vulgus edi, in Sacrorum Rituum Congregatio- nis Acta referri, Litterasque Apostolicas sub Plumbo de solenni Cano- nizationis ritu in Patriarcali Basilica Vaticana quandocumque cele- brando expediri mandavit. Quinto decimo Kalendas Octobris Anni MDCCCLXI.

C. Episcop. Portuen. et S. Rufinae
Card. Patrizi S. R. C. Praef.

L. ✠ S.

Dominicus Bartolini S. R. C. Secret.

Ya anteriormente, el antedicho ministro general de toda la Orden de los Menores, con circular fecha del 8 de Setiembre, habia dado la fausta noticia á todos sus hijos de las cien provincias franciscanas esparcidas por todo el mundo, encargándoles al mismo tiempo el piadoso oficio de solicitar limosnas por todas partes para supeditar los crecidos gastos que exigen tan plausibles solemnidades, la que tendria efecto, les advertia en otra circular de 17 del mismo mes, el día de Pentecostés del año de 1862. Imposible seria indicar aun superficialmente con cuantas señales de júbilo fueron recibidas sus órdenes por todos los miembros de la Religion Seráfica en Europa, Asia, África, dos Américas y en las islas del Océano. Pero su celo en recojer las piadosas oblaciones, bien se reconoció por las considerables sumas de dinero remitidas á Roma, no solo de los países cristianos, sino tambien de aquellos donde domina principalmente el cisma y el error. Aunque en honor de la verdad debemos decir, que siendo nuestra Italia sumamente distinta de las demas naciones del orbe, se tuvo ahora una nueva prueba de que en los pechos italianos aun no ha muerto la antigua piedad, y que esta hermosa region siempre es la hija predilecta de Dios, la tierra en fin, digna verdaderamente de ser, con preferencia á todas las demas naciones, rodeada de la luz de Jesucristo y constituida centro de la Religion Católica, en cuyo amor consiste solamente la verdadera civilizacion de los pueblos, el decoro verdadero y solemne de la entera familia humana.

Solo faltaba para ver coronados los votos de todos, que amaneciese finalmente el alegre día en que Pio IX, rodeado de muchos centenares de obispos, invitados espresamente de todos los lugares del mundo católico, y revestido del sublime carácter de representante de Dios en la tierra, desde el primer templo del mundo preparado para esplendísima fiesta, profiriese la solemne palabra, que en su boca es palabra del mismo Cristo. Y este placentero día amaneció en fin. Y cuando el estruendo del cañon del castillo del Santo Ángel, dió señal de que el Moises del Vaticano anunció por los cuatro vientos que los mártires del Japon vivian gloriosos en Dios, adornados con la espléndida aureola de los santos, un grito de alegría partió del corazon de todos los romanos, y el júbilo de los ciudadanos de la bienaventurada patria, aplaudió todo el globo terraqueo.

¡O gloriosos héroes del Evangelio, que ceñida ahora la frente con nuevos laureles vivís bienaventurados en la mansion de las eternas delicias, rogad á Dios por nosotros, errantes peregrinos en esta tierra de dolores y lágrimas! Vosotros, que en defensa de la religion católica quisisteis derramar vuestra inocente sangre, ¡ah! haced que en nada degeneremos de la fé de nuestros padres, y estemos siempre dispuestos á morir cien veces antes de renegar los derechos de Dios. Sed constantemente nuestros poderosos intercesores delante del trono del Cordero sin mancha, para que se nos conceda tambien ser numerados entre los felices poseedores del eterno descanso. Rogad por la Iglesia de Dios, y haced que triunfando de tantos enemigos que la combaten, pueda, en fin, formar de todos los hombres un solo rebaño gobernado por un pastor único segun las palabras de Cristo. Rogad por la Cabeza visible del mundo católico, é infundidle siempre fuerza mayor para gobernar la navecilla de Pedro conmovida por un mar de tempestades. Rogad por vuestra amada Orden Franciscana, por la Compañía de Jesus, que tuvo parte en vuestras glorias, las demas órdenes religiosas, cuya sangre se mezcló mil veces con la de vuestros hermanos, y alcanzadles gracia de que jamás pierdan de vista la sublime mision que el Señor les ha confiado de presentarse siempre en auxilio de la Esposa del Nazareno y en socorro espiritual de todas las gentes con la palabra de amor y caridad. Rogad por aquellos países que os vieron nacer, por aquellos pueblos que os miraron combatir contra el error, y sobre todo, por esa nacion todavía bárbara que os entregó á la muerte en odio de la sacrosanta fé de Jesucristo, que le predicásteis. Rogad, ademas, por esta nuestra infeliz Italia, y haced que nunca pierda de vista su primera gloria, que siempre la hermoseara y distinguiera entre todas las naciones, la conservacion de la fé de sus padres. Rogad por todos aquellos que de alguna manera han trabajado en hacer gloriosa vuestra memoria, y rogad, en fin, por mí, el último de vuestros hermanos, ayudándome á recorrer el angustiado camino de este terreno destierro, para que consiga reunirme con vosotros en el cielo, único suspiro del hombre en esta vida. Así sea.



APÉNDICE I.

CEREMONIAS

EN LA

BASILICA VATICANA

PRACTICADAS EN LA CANONIZACION DE LOS VEINTISIETE
BIENAVENTURADOS

VERIFICADA EN 1862,

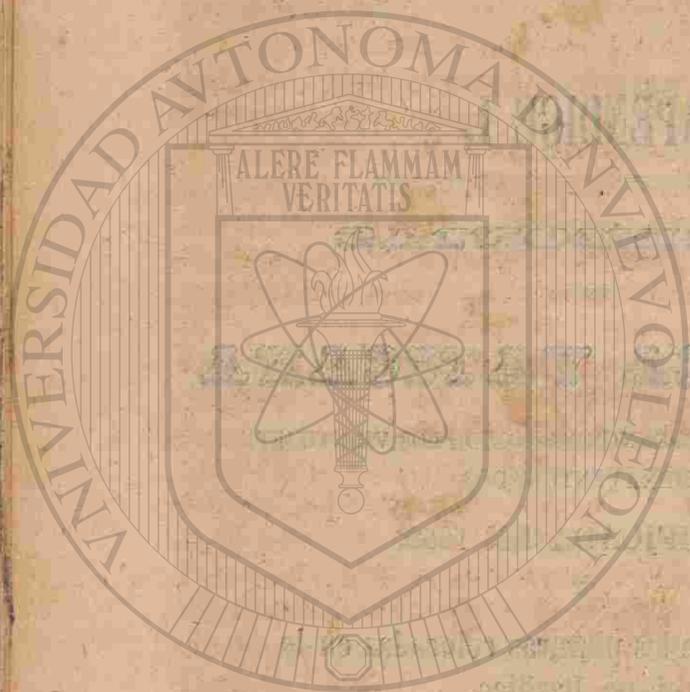
Y
Descripción de las pinturas colocadas en la
misma Basílica.

TRADUCCION DEL ITALIANO POR

La Señorita Natalia Othon Perez,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

CEREMONIAS DE LA CANONIZACION.

La canonización es la ceremonia en la cual, por virtud de un decreto, el Sumo Pontífice declara solemnemente santo á un difunto que ejerció en vida las virtudes cristianas en grado heroico y por intercesion del cual, principalmente despues de su muerte, Dios obró milagros. Esta solemne función, por una bula de Benedicto XIV, *Ad sepulcra Apostolorum*, dada en el año de 1741, no se pudo celebrar sino en la Basílica de San Pedro en el Vaticano, si bien en otros tiempos los papas la habian solemnizado en otro lugar y aun fuera de Roma.

El órden ó rito que se observa en esta sagrada ceremonia, es el siguiente: Comienza por una numerosa procesion de todo el clero secular y regular de Roma, la cual, desde el palacio Vaticano de donde sale, se estiende ordinariamente de un columnado al otro de la plaza, hasta la puerta mayor de San Pedro, uniendo los dos pórticos con telas de modo que formen sombra en el intermedio de la plaza. Se observa en esta procesion el órden mismo de precedencia establecido para la procesion papal que se hace el día del *Corpus Domini*, y es semejante á aquella, á escepcion de las siguientes modificaciones. La primera es, que el clero no entra en la Iglesia, y sí en las Basílicas Patriarcales y menores; la segunda, que en esta se llevan los estandartes de los nuevos santos y vienen los consultores de los ritos. Así es que, preceden los hijos de San Miguel, de los Huérfanos, despues las órdenes regulares conforme al órden de precedencia, los monjes y canónigos, regulares, lateranenses, de las órdenes de San Agustin. Sigue el clero secular, esto es, los alumnos del Seminario romano, los párrocos, los vicarios perpetuos con estolas blancas, los canónigos de la Colegiata, con el camarlengo del clero. Siguen los capítulos de las Basílicas menores y de las tres patriarcales, todas con las respectivas insignias. Cerca del capítulo lateranense, van los ministros civiles y criminales del Tribunal del Vicario de Roma, con el lugarteniente civi, y el vicegerente, los cuales están desde

antes sentados detrás de la puerta de hierro para resolver cualquiera cuestion que pudiese haber en el orden de la procesion. Siguen inmediatamente á estos, los consultores de las congregaciones de los sagrados ritos, tanto regulares como prelados, y en fin, los estandartes de los nuevos santos con la precedencia que compete al orden de la gerarquía. Los cordones de estos estandartes, son sostenidos por cuatro distintos sujetos de aquel cuerpo ó reunion, al cual pertenece cada beato, precediendo otros seis con antorchas encendidas. Con este orden, pues, precediendo el clero secular y regular, no entra en la Iglesia como se dijo, pero se divide en dos álas, y deteniéndose primeramente los hijos de San Miguel, los segundos pasan delante á los primeros, los terceros, á los segundos, y así, de uno en uno, todos los otros, hasta llegar á la puerta de San Pedro, de modo que los mas cercanos al templo sean los del clero mas respetuoso. Despues los capítulos de las Basílicas menores, pero sin los pabellones, y de las patriarcales de San Juan de Letran y de Santa María la Mayor, con los pabellones, y entran en la Iglesia dirigiéndose hasta el altar del Sacramento, en dos filas laterales, en la primera de las cuales están parados los canónigos, en la segunda los beneficiados, el clero de los mismos; el capítulo Vaticano se detiene fuera de la puerta para recibir al Papa. Se conserva el clero dispuesto así, esperando que venga el Pontífice á la Basílica, estando siempre en uso esta ceremonia en la canonizacion. Entre tanto, se dispone procesionalmente el clero de esta manera; el Sumo Pontífice entona en la capilla de Sixto IV, llamada Sixtina, el Himno *Ave María Stela*, para implorar la intercesion de la Reina de los santos, y el cual continnan los cantores. El Pontífice, vestido con capa pluvial del color corriente, y con mitra, sale de esta capilla en la silla gestatoria. Aquí sentado, recibe del cardenal electo procurador de la canonizacion, dos gruesos cirios vagamente pintados, y otros mas pequeños. Los dos primeros se suelen dar, por orden de su Santidad, á los príncipes asistentes al Sólío; el tercero, llevado por el mismo Pontífice, estando envuelto con velo muy recamado para impedir á la mano la ofensa de la gota de la cera líquida. Se encaminan entonces, con cirio encendido los oficiales de la capilla pontificia y todos aquellos que tienen lugar en esta, en traje de ceremonia en este orden. Los primeros, son los camareros de honor, y

secretarios seculares, despues los procuradores del colegio, el Confesor de la familia Pontificia con el Predicador Apostólico, los Escuderos Pontificios reunidos desde el tiempo de Gregorio XVI á los Silleteros; los Procuradores Generales de las Órdenes Regulares que tienen lugar en la capilla, los Camareros Extra, los Capellanes comunes y Secretarios, algunos de los cuales llevan trirreinos y mitras pontificias, el Procnrador Fiscal y el Comisario de la R. C. A., los Capellanes secretos, los Abogados consistoriales, los Camareros de honor y Secretarios de Su Santidad, y finalmente, los Capellanes cantores, que cantan el himno *Ave Maris Stela*.

A estos siguen los tres Canónigos de las Patriarcales, que tienen en la capilla oficio del Subdiácono, del Diácono y del Sacerdote asistente, con los Prelados Refrendarios de la asignatura, vestidos con sobrepelliz y roquete. Despues los Abreviadores del Parco Mayor, los Votantes de asignatura, los Clérigos de Cámara y los Auditores de Rota con el Maestro del Sagrado Palacio, un Capellan con otra mitra preciosa usual, cerca el Maestro del Sagrado Hospicio. Sigue despues un acólito ó votante de Signatura, con el incensario encendido, y otros siete acólitos con roquete y sobrepelliz, con los siete candelabros, ó sean candeleros, y en medio de estos, vestido de tunicela, el Subdiácono Apostólico Auditor de Rota, con la Cruz pontificia, asistido por el uno y por el otro lado de dos maestros Ostiarios. Entre el Subdiácono y el Diácono, que deben cantar la Epístola y Evangelio en griego en la misa pontificia, viene vestido de noble tunicela el Auditor de Rota, que debe hacer de Subdiácono en la gran Misa; de aquí los Penitenciarios de la Basílica Vaticana, con planeta, seguidos de dos niños que en signo de la potestad de ellos llevan en la mano dos largas varas adornadas con flores. Despues de estos, los Abates Generales mitrados, que tienen lugar en Roma, tanto asistentes al sólío, cuanto no asistentes, con pluvial y mitra de tela; siguen á éstos los Cardenales en hábitos sagrados, con mitra de damasco blanco, el Senador con los conservadores del pueblo romano, vestidos con ropon de oro, el Gobernador de Roma, los Auditores de la Rota con las caudas sostenidas, los dos Cardenales Diáconos mas antiguos que tienen en medio al Cardenal que debe cantar el Evangelio, los tres con dalmática, y uno ó dos prin-

cipes asistentes al s6llo que llevan encendidos los dos grandes cirios, y dos Maestros de ceremonias que asisten al Papa.

Viene en seguida, el Sumo Pontífice lleno de majestad sacerdotal sentado en la Silla Gestatoria, (dirijida por el Forriero y el Caballerizo mayor) y elevándolo en alto segun el antiguo rito, lo que manifiesta la suprema autoridad y pastoral vigilancia del Pontífice Máximo sobre toda la Iglesia Católica. Tiene en la mano siniestra el cirio encendido y alumbrado á los lados con lamparitas, que se llevan por dos camareros secretos, bajo el noble y majestuoso baldoquin, cuyas astas sostenidas por los prelados Refrendarios de Signatura, con roquete y sobrepepliz, á los que siguen otros cuerpos destinados. La Guardia Noble circunda de cerca la Silla Pontificia, la cual viene tambien rodeada de los maceros y de la Guardia Suiza. Cerca y entre los Camareros secretos de Su Santidad, está un auditor de Rota para recibir la mitra del Pontífice cuando es necesario quitarla, y despues algunos cantores que cantan el himno *Ave Maris Stella*. Cierran el acompañamiento el Auditor General de la R. Cámara, el Tesorero, el Mayordomo, el Colegio de Protonotarios Apostólicos, y por último los Generales de las Órdenes Mendicantes.

De este modo, el Pontífice sale de la capilla Sixtina á la Basílica Vaticana, pasando en medio de todo el clero puesto en alas como se dijo para el giro de la procesion, y fuera de la puerta mayor es recibido por el Capítulo de la Basílica de San Pedro. Entrado el Pontífice en el augusto templo, todo adornado de fiesta, segun la descripcion que mas adelante haremos, y llegado á la capilla en que está puesto á la pública veneracion el augustísimo Sacramento, baja de la Silla Gestatoria, y quitada la mitra hace allí oracion. Terminada esta, nuevamente sentado en la Silla y cubierto con mitra, viene llevado al gran círculo preparado á la sagrada ceremonia, donde despues de haber orado un poco en el taburete, se sienta en su majestuoso trono. Admite aquí sentado, para el beso de la mano, á los Eminentísimos Cardenales, al beso de la rodilla á los Obispos, y al del pié á los Abates y Penitenciarios de la Basílica.

Sentados ya los Cardenales en las gradas del gran semicírculo, y todos los otros en sus puestos, un maestro de ceremonias conduce delante del

Pontificio s6llo al Cardenal Procurador de la canonizacion, que lleva á su siniestra á un abogado consistorial. Llegado el cardenal á las graditas del s6llo, y saludando inclinándose al Pontífice, el abogado consistorial hincado, hace instancia al Santo Padre á nombre del dicho cardenal Procurador, que se digne adscribir al catálogo de los Santos á los Beatos de los cuales debe hacerse la canonizacion. La fórmula con que hace la peticion es la siguiente: "Beatísimo Padre: el reverendísimo cardenal N., presente aquí, pide con instancia que vuestra Santidad inscriba en el catálogo de los Santos de N. S. Jesucristo, y que todos los fieles cristianos veneren á los bienaventurados N. N."

A esta instancia responde en nombre de Su Santidad el Secretario de Breves á los Príncipes, que siendo gravísima la accion que debe hacerse, quiere el Santo Padre que primero se hagan fervientes súplicas al Trono de la Divina Gracia, y se invoque la intercesion de la gran Madre de Dios, de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo y de todos los otros Santos.

Recibida tal respuesta, el cardenal Procurador vuelve á su lugar, y el Santo Padre baja al taburete, preparado en el centro del s6llo, y habiéndose hincado, dos cantores de la capilla Pontificia, hincados entre el banco de los cardenales, diáconos y el altar, entonan las letanías de los Santos, respondiendo los otros hasta el *Agnus Dei*.

Despues de las letanías se ponen todos en pié, teniendo todavía cada uno el cirio encendido. Sentado el Pontífice en el trono, se sientan todos los otros, quedando en pié solamente los que están en las graditas del s6llo. Entonces el cardenal Procurador vuelve otra vez con el Abogado consistorial á las últimas gradas del trono, donde el Abogado hincado renueva con mas instancia la súplica al Santo Padre, en nombre del cardenal, con la misma fórmula, añadiendo *eficaz y mas eficazmente*.

A esta instancia nuevamente responde el Secretario de Breves á los Príncipes, que penetrado Su Santidad de la grandeza de la accion que se ha de celebrar, quiere que con nuevas súplicas se invoque la luz del Santo Divino Espíritu, del cual, como fuente de luz y de santidad debe venir tal determinacion.

Retirados entre tanto del s6llo el Cardenal Procurador y el Abogado, el Sumo Pontífice, quitada la mitra, hincado en el taburete, y el Cardenal

que lo asiste á la izquierda, avisa á todos que hagan oracion, diciendo en voz alta "Orate." Suplican todos hincados en silencio, hasta que el otro Cardenal que asiste á la derecha del Pontífice, poniéndose en pié avisa con la palabra "Levate" que todos se levanten. Entonces el Santo Padre, servido segun costumbre por dos mas dignos Obispos asistentes con libro y candela, entona en pié el himno "Ven Espiritu Creador," hincados de nuevo hasta que sea cantada por los músicos la primera estrofa: despues de ésta permanecen en pié hasta el fin del himno. Terminado el himno y cantado el versículo, asistiendo dos Votantes de Signatura el oficio de acólitos con candeleros delante de las gradas del sòlio, el Papa canta la oracion propia del Espiritu Santo.

Sentado nuevamente el Pontífice en su silla en el trono, vuelve la tercera vez á su presencia el Cardenal Procurador con el Abogado consistorial, y aquí se repite con mayor calor la fórmula, diciendo *eficaz, mas eficaz, muy eficazmente.*

Responde á esta tercera súplica el Secretario de Breves á los Príncipes, que el Santo Padre, conociendo ser cosa grata á Dios la deseada canonizacion, quiere finalmente pronunciar la definitiva sentencia; y dicho esto se retira á su puesto. Entonces, puestos en pié los Eminentísimos Purpurados y todos los otros del Sagrado Consejo, el Pontífice Máximo teniendo la mitra en la cabeza, sentado en su trono con aquella potestad divina, á la cual obedecen las naciones, se abren y se cierran los cielos, tiembla el infierno, y contra la cual no pueden prevalecer jamás las puertas tartáreas, pronuncia desde su Cátedra como doctor y Cabeza de la Iglesia Universal, la gran sentencia con la siguiente fórmula:

"Para honor de la Santa é Individua Trinidad, para exaltacion de la Fé Católica y aumento de la religion Cristiana; con la autoridad de N. S. Jesucristo, de los bienaventurados Apóstoles y la Nuestra; despues de una madura deliberacion y haber implorado el Divino Auxilio varias veces, y por consejo de nuestros venerables hermanos los Cardenales de la S. R. I., de los Patriarcas y de los Obispos existentes en la ciudad, declaramos y definimos Santos á los Bienaventurados N. y N. y los agregamos al catálogo de los Santos: mandamos que toda la Iglesia debe recordar la memoria de ellos en cada año, en el dia de su na-

cimiento, con piadosa devocion en el nombre del Padre, del Hijo y del Espiritu Santo. Amen."

Despues que el Sumo Sacerdote, Vicario de Cristo en la tierra, ha pronunciado la gran sentencia, declara el Abogado Consistorial haber sido esta aceptada por el Cardenal Procurador, y dá en su nombre las debidas gracias, y humildemente implora de Su Santidad, que se digne ordenar se den las Letras Apostólicas. A esta súplica responde el mismo Sumo Pontífice con la palabra "Decretamos." Sube entonces al trono el Cardenal Procurador, y besando la mano y la rodilla al Santo Padre, vuelve á sentarse á su puesto. Vuelve el Abogado Consistorial á los Protonotarios Apostólicos; hace instancia que para perpetua memoria se hagan uno ó mas instrumentos del acto solemne de la Canonizacion. El mas anciano de los Protonotarios responde: "lo haremos," y llama en testimonio á los familiares del Papa, que están al rededor del sòlio, con las palabras: "Siendo vosotros testigos."

Hecho esto, el Sumo Pontífice, para dar al Inmortal é Invisible Dios las debidas gracias, puesto en pié y quitada la mitra entona el himno Ambrosiano Te Deum que prosiguen los cantores de la capilla pontificia.

Apenas se entona por el Papa el Te Deum, suenan las trompetas del Maestro del Sagrado Hospicio; despues las del pueblo romano: se oye el cañon de S. Angel, y la campana de la Basílica, á la cual hacen eco las del Capitolio y de todas las otras iglesias de Roma, que prosiguen el festivo son por el espacio lo menos de una hora.

El primero de todos que invoca á los canonizados con el título de santos, es el Cardenal Diácono que asiste á la derecha del Pontífice, puesto que terminado el Te Deum, entona él el versículo "Orad por nosotros, Santos N. N." respondiendo al mismo tiempo los cantores.

Entonces el Pontífice canta la oracion propia de los nuevos Santos. Despues el Cardenal Diácono, que debe cantar el Evangelio en la Misa, poniéndose en el centro del sòlio á la derecha del Pontífice que está en pié, algo inclinado hácia él, canta el Confiteor, añadiendo despues de la invocacion de los Santos Apóstoles, los nombres tambien de los nuevos Santos. Mientras el Auditor de Rota, Subdiácono, terminada

la confesion, se presenta delante del trono con la Cruz, y el Pontífice estando todavía en pié, hace la absolucion y dá la bendicion al pueblo, añadiendo tambien la oracion deprecatoria "Por los méritos é intercesion de María siempre Virgen" despues de los nombres de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, los de los Bienaventurados, y los de los Beatos adscritos nuevamente en el catálogo de los Santos.

Con esto termina lo esencial de la Canonizacion: despues el Papa celebra la misa acostumbrada, que se diferencia de las demas en tres circunstancias: 1.ª que se unen las oraciones propias de los Santos y la de la misa de ese dia bajo una misma conclusion: 2.ª que suele el Pontífice hacer una homilía, despues de cantado el Evangelio, en latin y en griego: 3.ª que se presentan al Pontífice algunas oblaciones ú ofrendas, cuya significacion diremos despues; pero cuando él no canta la misa, son presentadas luego que concluye la Canonizacion.

OBLACIONES QUE SE HACEN, Y EL ÓRDEN EN QUE SE PRESENTAN
EN LA CANONIZACION.

Estando ya el Papa para hacer el Ofertorio, los Procuradores de cada Santo ofrecen cirios, panes, barrilitos de vino, tórtolas, palomas y otros varios pájaros. Los Procuradores ofrecen esto; pero el honor de presentarlo al Pontífice, se reserva ademas del Cardenal Procurador, á los Cardenales de la Sagrada Congregacion de Ritos; mas solo á tres en cada causa, que son el Cardenal Obispo, el Cardenal Presbítero y el Cardenal Diácono de la dicha Congregacion, y no habiendo tantos Cardenales Obispos cuantos son los Santos, los sustituyen otros tantos de los Presbíteros, y si no hay bastantes, se sustituyen con otros tantos de los mas ancianos del Sacro Colegio.

Esas ofrendas están, desde el principio de la misa, en una ó mas mesas, y son llevadas al trono pontificio por los Postuladores y por los Gentil-hombres de los Cardenales, precedido cada uno por los suyos y seguido de dos religiosos ó dos personas que pertenezcan por cualquier motivo á la postulacion del Santo por quien se hace la Oblacion: cada uno tiene en sus manos, cubierta con toalla blanca, la ofrenda, y así siguen los demas.

Preceden á estos dos Mazeros seguidos por un Maestro de ceremonias.

Siguen dos Gentil-hombres del Cardenal Obispo, con gruesos cirios, que á veces han pesado 60 libras cada uno, en los que se pinta perfectamente la efigie del Santo por quien se hace la Oblacion. Cerca de ellos, vienen dos religiosos, cuando el Santo pertenece á órden regular: uno de ellos es el postulador de la causa, ó al menos de esta clase, trayendo un cirio pequeño, y el otro una jaula con dos palomas.

Dos Gentil-hombres del Cardenal del órden de Presbíteros, vienen despues trayendo dos panes, uno plateado y otro dorado, teniendo cada uno pintadas las armas del Pontífice, colocados en dos platos con piés. Cerca de aquellos, viene el dicho Cardenal á quien siguen dos individuos pertenecientes al cuerpo de la postulacion: uno trae un pequeño cirio y el otro una jaula en que hay dos tórtolas.

Siguen dos Gentil-hombres del Cardenal Diácono, trayendo dos barriles pequeños con vino, uno dorado y el otro plateado: despues el Cardenal del órden de los Diáconos, y al fin dos individuos, de los que uno trae un pequeño cirio y el otro una jaula con varios pájaros.

El Cardenal Obispo hace profunda reverencia al Pontífice: los Gentil-hombres la hacen hincándose: sube con estos los escalones del trono, y ofrece el primer cirio grande al Santo Padre, cuya mano y rodilla besa. El Pontífice toma el cirio y lo entrega al Ceremoniero: el Gentil-hombre que trajo el cirio, besa el pié del Pontífice y se retira.

Los demas regalos se presentan con la misma ceremonia, despues de la cual, el Santo Padre prosigue la misa en la forma comun. Concluida, se sienta en la silla gestatoria, y teniendo el trirreino en la cabeza. El Cardenal Arcipreste de la Basílica Vaticana, á nombre del Capítulo, presenta veinticinco monedas de los antiguos Pontífices, en una bolsa bordada de oro, como limosna acostumbrada, lo que se hace siempre que el Pontífice canta la misa.

ORÍGEN DE LAS OFRENDAS. ®

Es muy antiguo en la Iglesia el uso de las ofrendas. Abel y Cain escuchando la voz de la naturaleza y estimulados por ello, ofrecieron á Dios las primicias de todo lo que poseían. Noe, salvado del Diluvio, presentó ofrendas á Dios. Dios ordenó á Moises en la ley escrita no presentarsele sin hacerle algun don. Tambien mandó que se le ofrecie-

sen las primicias de la mies, de los frutos y de los ganados. Había mandado Dios en la ley antigua, además de otras ofrendas, que se le ofreciese al niño nacido y con él un cordero, ó dos tórtolas, ó dos palomas. Por lo mismo, María Madre de Dios, ofreció en el templo al Sacerdote, á su hijo el Divino Redentor, apenas nacido, y los dones designados, aunque no hubiese estado sujeta á la ley. Los cielos condujeron por medio de una nueva estrella á los Magos para ofrecer á Jesus dones místicos. Los primeros cristianos corrieron á poner á los piés de los Apóstoles el precio de sus bienes. Los fieles continuaron, desde los primeros siglos, haciendo ofrendas á los sacerdotes al tiempo de la misa, prefiguradas, segun San Gregorio VII, en la ley de Moisés. Así, pues, no solamente se ofrecían en la misa el pan ó harina y el vino para el sacrificio, sino también otras muchas cosas de valor para el sustento de los ministros del santuario. Esto dió el nombre *Ofertorio* á la parte de la misa que sigue al Credo después del Evangelio, usándose cantar algunos versículos, entre tanto el pueblo ofrecía dones al altar. Por antigua disciplina se ofrecían al Pontífice en la Canonización de los Santos, el pan, el vino, las tórtolas, las palomas y algunos pájaros, para simbolizar el sentido místico contenido en eso, y alegórico á las virtudes practicadas por los nuevos Santos. Muchos autores tratan espresamente de estas Oblaciones que se acostumbra hacer en la Canonización. Unos quieren que uno de los vasos presentados tenga el vino y el otro el agua, á los cuales han aplicado el mismo místico sentido; pero esto se opone al texto del ceremonial, el que previene espresamente que el Cardenal Diácono *ofrezca dos vasos de vino*; pero todos convienen en el significado místico mismo de todas las demás ofrendas. Esto prueba que la Iglesia ha querido siempre, que los fieles recuerden por estos dones materiales unos mismos sentidos místicos. Los espondremos aquí sin necesidad de buscarlos en la novedad.

SIGNIFICACION DE LOS CIRIOS.

Es muy antiguo en la Iglesia, el uso de pintar y encender los cirios; en lo cual ha querido representar la humanidad de Jesucristo. Por esto en el tiempo pascual usa del cirio, que representa al mismo Redentor resucitado.

El mismo Salvador dijo á sus discípulos, y en ellos á todos los que hubieren seguido sus huellas, ser él la luz del mundo, la cual no puede ocultarse; así como se enciende el cirio ó candelabro, no para esconderla, sino para ponerla en el candelero, para que de luz á todos los que esten en la casa.

Se ofrecen, pues, los cirios, por mano del Pontífice, para manifestar que en este día de contento y de alegría, Él ha colocado á los santos nuevos en el candelabro, á fin de iluminar con la brillantez de su ejemplo á todos los fieles que estén en la Iglesia.

SIGNIFICACION DE LOS PANES.

Esta oblacion se ha hecho en la Iglesia desde sus primeros siglos, presentando los cristianos la harina y el pan para el divino sacrificio y para sustento de los sacerdotes. Todos sabemos ser el pan el alimento principal de la vida del hombre, y también un insigne beneficio de Dios. Dios mandó, para que los hijos de Israel lo reconociesen así, que hubiese en la mesa doce panes, porque doce eran las tribus, para que estas recordasen la conservación de su vida en ellos.

Ofreciendo, pues, la Iglesia el pan, dijo san Irineo, dá gracias debidas al Señor. Esto se practica especialmente en la canonización, en acción de gracias á Dios, y se hace, para significar que por haberse alimentado los santos con el pan celestial, viven hoy felices é inmortales en el cielo, conforme á la promesa de Cristo, cuando dijo que quien comiese de este pan vivirá eternamente.

SIGNIFICACION DEL VINO.

El vino se ofrecía en la ley antigua para rociar la víctima con tan generoso licor, conforme lo hubo mandado el mismo Dios á los Hebreos. El sacerdote Melquisedec ofreció pan y vino, prefigurando al Mesías que instituyó el Sacramento de su Cuerpo y de su Sangre en el pan y en el vino. La primera razón, pues, de ofrecer el vino en la misa solemne de la Canonización, es por ser necesario al sacrificio en memoria de la disciplina antigua, por la que los fieles ofrecían el vino al altar en el ofertorio.

Cristo enseñó á sus Discípulos, y en ello á todos los cristianos, ser

Él la vid verdadera y ellos los tallos; que así como el tallo no puede dar fruto si no está unido á la vid, así ellos si no estan unidos á Él; que quien viviere unido á Él dará gran fruto; y al contrario, que quien viviere separado, se secará, y será arrojado al fuego, como los sarmientos cuando han sido separados de la vid. El fruto que espera de su viña no es la vid silvestre, como dice Isaías, si la uva, ó sea la contemplacion que dá gozo al espíritu, simbolizado en el vino, del cual es propio alegrar. Los beates canonizados, unidos en la tierra con la verdadera viña Cristo, han dádole aquel gran fruto que el deseaba de sus tallos, esto es, el vino de la verdadera devocion, de la caridad y de la compuncion; por esto merecieron entrar con la Esposa de los Cánticos Sagrados en la mística bodega de los vinos, y de embriagarse con la abundancia de la casa de Dios, la celeste Jerusalem.

SIGNIFICACION DE LAS PALOMAS, DE LAS TÓRTOLAS Y DE LOS
DEMÁS PÁJAROS.

El Apóstol enseña, ser la caridad la mayor de las virtudes teologales. Y así como la paloma y la tórtola manifiestan la fé y la esperanza de los santos, así los demás pájaros representan la caridad y amor ardiente de ellos á Dios. Porque así como es propio de los pájaros elevarse del suelo á lo mas alto del cielo, así los santos, alejados de las cosas terrenas, vuelan con el corazon y con el alma hácia Dios. Por esto, el V. Beda dice con razon, que los santos son pájaros, que volaron con el corazon hasta las cosas celestiales. Ellos vivian con el cuerpo en la tierra, pero mediante la union mística con Dios, vivian y conversaban en el cielo, por lo cual fueron muchas veces arrebatados de los sentidos y elevados en el aire, causado esto por la llama de amor divino que ardía en su corazon.

APARATO EN LA BASÍLICA.

Las canonizaciones comenzaron á celebrarse con singular magnificencia desde el año de 1228, cuando el inmortal Gregorio IX canonizó en Asís al Seráfico San Francisco, fundador de su Orden, á los tres años despues de muerto, con poca y magnificencia mayor que al presente, en memoria del gran afecto que tuvo á ese gran siervo de Dios. Siguieron despues otras canonizaciones mas espléndidas, celebradas por Clemente

VI, Nicolás V, Sixto IV, Inocencio VIII, Leon X, Sixto V y otros Pontífices, hasta la última de 1339 celebrada por el Papa Gregorio XVI, de santa memoria.

Se acostumbra adornar sumamente y en rango de festividad el Vaticano, en el cual, como se ha dicho, se celebran solemnemente las canonizaciones, á fin de que todo corresponda á la solemnidad del Rito. Los Pontífices han acostumbrado, para lograrlo, confiar los trabajos al mas digno y al mas famoso arquitecto de la época. Pio IX se valió en esta ocasion, de la notoria pericia del célebre comendador Luis Poletti, hombre de creador ingenio, de gusto esquisito, de correcto y puro estilo. Concluyó en breve tiempo, y menos que otro emplearia en hacer el diseño, esta obra admirable y sorprendente, reuniendo la belleza y la elegancia, á la riqueza y á la novedad.

Hasta hoy se habia acostumbrado rodear la arquería mayor y menor con grandes banderas, en que habia muchísimas pinturas. Nuestro arquitecto ha colocado con mas gentileza y con mas ingenio, bajo estos arcos, dos columnas que sostienen una trabazon, enfilando su cornisa con la de los mismos arcos, con lo cual formó un vacio á modo de luneta, en la cual colocó un cuadro muy visible y muy agradable en este nuevo orden arquitectónico introducido en el templo, por la exactitud de las proporciones y por la elegancia de las formas. Seria muy dilatado describirlo minuciosamente; baste decir que cada luneta está adornada de terciopelo carmesí, el cual, á modo de gran cortina descieade de lo alto, y se abre en medio del intercolumnio que con la profusion de la cera y su buena distribucion produce efecto agradable á la vista por estar colocado en cinco hileras, comenzando por candelabros puestos frente á los interpilastros del gran orden del templo, y pasando por medio de dos hileras de lámparas y brazos hasta dos grupos, el uno en el arquitrabe y el otro en la gran trabazon que rodea á la Basílica. No pudiendo notarse otra particularidad, veamos las pinturas: ®

En la fachada del templo, está un gran estándarte sujeto en el antepecho de la gran galería, en el cual el valiente jóven señor Marini pintó á los veintisiete Bienaventurados que habrian de adscribirse en el catálogo de los santos segun el oráculo infalible del Vicario de Cristo en la tierra. Entrando al pórtico, estan al frente tres pinturas y dos

inscripciones colocadas sobre la puerta central, y son obra del Sr. Gregori, alusivas al heroico martirio de los veintitres franciscanos. Asi mismo se ven, pintados magistralmente por el Sr. Fracassini, los tres mártires jesuitas, atados en la cruz: al Obispo del Japon D. Pedro Martínez y el venerable padre Pasio arrodillados delante adorándolos, y mas distantes, á D. Juan Rey de Arima, con flores de la corte, y á D. Sancho con su mujer.

Al otro lado, una pintura de la señora Amalia de los Angeles manifiesta el admirable cambio verificado por la bondad divina del Redentor, de su corazon, por intercesion de San Miguel de los Santos, del Orden de Trinitarios descalzos.

Sobre la cuarta puerta, á la derecha, se lee esta inscripcion: "Venid, ciudadanos y extranjeros: mientras la fuerza impía nos aterra, mientras la maldad se eleva y la verdad se aparta del fraude que la sorprende, brilla vencedora la celeste tropa cuya fé y virtudes nos estimula á seguir; aplaudamos sus triunfos"

Sobre la quinta puerta, á la izquierda, se lee: "Ciudadanos y extranjeros: apresuraos mientras los deseos inmoderados ofenden, mientras las costumbres precipitan al vicio; ved aquí el nuevo ejemplo y refugio que se nos dá para despreciar las cosas fugaces, y á vivir castamente."

En la parte interior de la puerta del medio, se lee en el adorno y arquitrabe de la trabazon sostenidas por dos columnas: "A tí, Pedro, y á vos, varones celestiales, os adoran los fieles, suplicando que desapareciendo el huracán tremendo de la fuerza, vengan dias alegres para los oprimidos." Sobre esta trabazon esta á un lado el ángel de la religion, y en el otro el del martirio. En el centro y en alto lugar, se destaca el escudo de armas del Sumo Pontífice, sostenido en un pabellon.

Al manifestar las otras pinturas, traducirémos los epígrafes colocados al calce, ampliándolos, no para mayor inteligencia del lector, sino para notar alguna particularidad importante. Comencemos por la primera luneta, en la que el Sr. Martinori pintó el conmovente suceso de los niños franciscanos, Antonio y Luis, á los que, traídos al martirio, siendo poco más de doce años de edad, excitaban inútilmente sus padres y el jefe de la tropa para que no se entregasen á los tormentos, en respuesta de

lo que, los niños corrieron muy alegres al cadalso, y consiguieron la corona del martirio.

En la segunda luneta, está representado San Miguel de los Santos, trinitario, ya muerto, y elevado en figura de un serafin, apareciéndose en la ciudad de Baeza á una penitente llamada Juana de Jesus, y sanándola de una enfermedad. Bella composicion y pintura, por la que el autor el Sr. Grandi mereció las alabanzas de los inteligentes.

En la tercera luneta, el Sr. Gavardini retrató á San Juan de Goto jesuita, al cual, encaminándose al suplicio, encuentra á su anciano padre que le estimula con placer y con valor á ir al cadalso, en el que alcanzó la palma del martirio.

En la cuarta, el Señor Martinori delineó el rapto del trinitario San Miguel de los Santos, al celebrar la misa, el cual ya rezando el Oficio Divino, ó hablando de cosas divinas, era arrebatado fuera de los sentidos, rodeado de luz celestial, conmoviendo á los asistentes, y atralléndolos de la mala vida á la buena, y encendiéndolos en amor al augusto Sacramento.

Se encuentra en el primer medallon, suspendido en la galería de las reliquias, pintado muy hábilmente, con hermosas tintas y hermosa disposicion y efecto, por el señor Fracassini, el prodigio de la llama celestial, que á modo de columna venida del cielo, iluminaba frecuentemente á los cuerpos de los tres jesuitas, á la vista de toda la ciudad de Nagasaki: entre los espectadores y á su izquierda, se hallan los padres Pasio y Rodriguez.

En la quinta luneta, el señor Manno representa á los tres mártires jesuitas que encontraron en la cárcel de Meaco á los franciscanos, á los cuales abrazan de uno en uno, alegrándose de tenerlos por compañeros en la gloriosa lucha.

Muy arriba sobre el altar, se ve el segundo medallon, obra del Bruno, representando la curacion de un religioso de los Trinitarios, que declara haber hecho San Miguel de los Santos, el cual está en lo alto.

En la sexta luneta, pintada por Grandi, con su natural valentía, se ve el milagro de un enfermo que sanó bebiendo el agua en que la cuerda de San Pedro Bautista habia sido introducida.

En la segunda arquería de las reliquias, se ve suspendido el tercer

medallon, obra bien y valientemente hecha por el Sr. Ruspi. Representa los tres mártires jesuitas en la cruz, y á una bandada de aves de rapiña que dejando su natural instinto, no se atreven á tocar esos despojos victoriosos.

En el presbiterio hay dos lunetas y varios estandartes. La sétima luneta, dispuesta por el Sr. Sozzi, representa á varios cristianos que piden á San Juan Chisai un fragmento de su vestido, como reliquia, lo que resiste el Santo.

La octava luneta, frente á la anterior, arreglada por el Sr. Juan Jacobo, representa el milagro de San Francisco de la Parrilla, que cura á un indio próximo á morir por la mordida de una serpiente.

Cuatro estandartes están colocados al lado de los arcos que forman esas lunetas. Uno, obra de Chiari, dedicado á los mártires franciscanos, los cuales están junto al trono del Eterno, sobre nubes, con palmas de mártires en las manos, y arriba de unos ángeles que llevan la señal del martirio. El segundo, pintado por el Turrio: están los tres mártires jesuitas que vuelan á los brazos del Divino Redentor, á quienes se dirige de lo alto un ángel trayéndoles la palma de mártires. El tercero, obra del Chiari, para los Trinitarios y á gloria de San Miguel de los Santos, sostenido por las arcas de dos ángeles. El cuarto, que forma la simetría, en el cual el Sr. Ventura representó á la Religión llevada en triunfo por los ángeles.

La luneta, sobre la silla del trono, presenta al Salvador entre San Pedro y San Pablo: es obra del Sr. Francisco Coggetti, que inventó y delineó muy magistralmente la gloria de los veintisiete mártires, la cual se ve en lo alto rodeada de una ráfaga.

Las cuatro estatuas que se levantan en la misma línea con las columnas sobre la trabazon, representan la Prudencia, la Esperanza, la Pureza y la Penitencia, escogidas entre las virtudes, y dispuestas por el ilustre y sábio director arquitecto.

Saliendo del presbiterio por el lado opuesto, se descubre, en la tercera galería de las reliquias, el cuarto medallon, dedicado por el Sr. Chiari á los padres franciscanos. Debajo se lee, que una japonesa moribunda sanó inmediatamente, aplicándosele una astilla de la cruz de San Pedro Bautista, que bautizó á la misma enferma desde la cruz.

Siguiendo al otro lado de la nave transversal, se ve la nona luneta, pintada por el Sr. Gavardini, cuya inscripcion dice, que San Francisco de la Parrilla curó instantáneamente con la señal de la Cruz, á una mujer india, y la unió á Cristo con el Santo Bautismo.

Sobre el altar está el quinto medallon, pintado por el Sr. Bruno, para los Trinitarios. Se lee en él, que una mujer fué curada de un tumor gangrenoso en la boca, rezando una novena á devocion de San Miguel de los Santos.

La décima luneta, obra del Sr. Diez, manifiesta, como dice el epígrafe, á San Pablo Michi, jesuita, instruyendo á seis infieles en la misma cárcel, en la fé de Jesucristo, y limpiándolos de sus culpas con las santas agnas del Bautismo.

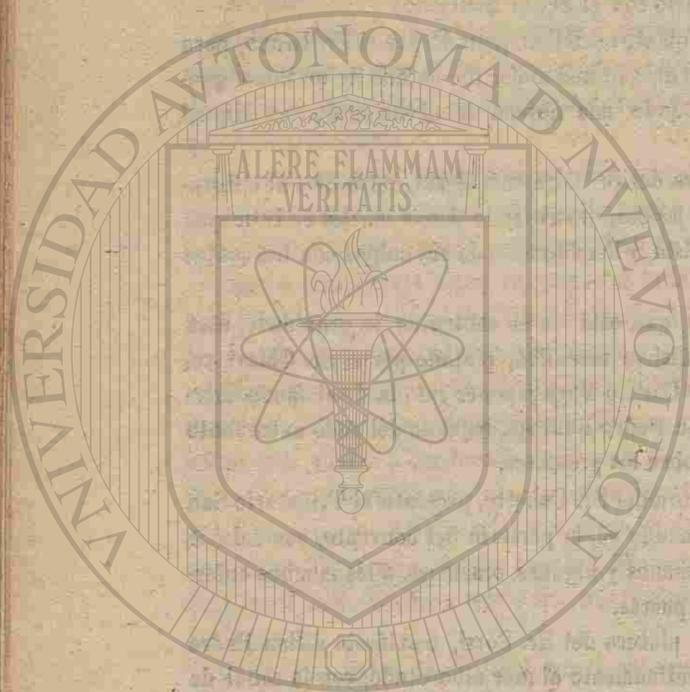
En la cuarta arquería, que está en el centro de la gran nave, está suspendido el sexto y el último medallon, pintado por el Sr. Chiari, representando á la hija de Cosimo Yoya japonés curada de elefancia mortal, por intercesion de San Pedro Bautista, bajando del cielo entre tanto un fuego que descansó sobre los presentes.

La undécima luneta, obra del Sr. Canetto, presenta al Trinitario San Miguel de los Santos, sanando en la portería del convento, con sola la simple imposicion de las manos y algunas oraciones, á los muchos enfermos que esperaban en la puerta.

La duodécima luneta, pintura del Sr. Sozzi, manifiesta á San Pedro Bautista que calma repentinamente al mar alborotado, con la señal de la cruz.

La décimatercia luneta, agradable trabajo del hijo del ilustre profesor Coghetto, representa á Isabel Rodriguez que sanó con el contacto de una reliquia de San Miguel de los Santos Trinitario, de un cirro formado en la mamila.

La última luneta, pintada por el Sr. Diez, representa á San Pablo Michi, colocado sobre un carro, por vituperio, predicando la religion cristiana á la multitud reunida en la plaza de Meaco.



APÉNDICE II.

DISCURSO

PRONUNCIADO

POR EL R. P. AGUSTIN DE OSIMO,

EN EL TEMPLO DE

SANTA MARÍA ARACELI,

en el día segundo del solemne triduo á honor de los
veintitres franciscanos

MÁRTIRES DEL JAPON,

TRADUCIDO POR EL ABOGADO MEXICANO

Luis De Ezeta,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



Después de las grandes solemnidades que tuvieron lugar en la Basilica Vaticana el día 8 de Junio de 1862, en que el ínclito Pontífice Pío IX, rodeado de trescientos obispos de todas las regiones del orbe cristiano, pronunció la infalible sentencia de la santificación de los heroicos mártires del Japon, juntamente con la del beato Miguel de los Santos, trinitario descalzo, continuaron sucesivamente las solemnidades en las diversas iglesias pertenecientes á las órdenes religiosas que tuvieron el honor de contar en el número de sus alumnos á los gloriosos mártires y al beato Miguel de los Santos.

Los RR. PP. trinitarios celebraron la gloria de su santo hermano en la pequeña, pero bellísima iglesia de San Carlino cerca del Quirinal, la que por espacio de tres dias estuvo muy concurrida, especialmente de españoles que habian venido á la canonizacion de su simpático y santo compatriota.

Los RR. PP. jesuitas llenaron sus deberes de religion y piedad, con la magnificencia que acostumbran, en su célebre iglesia de Jesus.

Los RR. PP. franciscanos, que por el número ereditado de sus gloriosos mártires ocuparon el primer rango en esta gran festividad, se manifestaron dignos de merecerlos. Todo el mundo sabe que los hijos del Patriarca Seráfico, donde quiera que se han establecido, han sido asiduos en promover el culto divino y promoverlo con suntuosidad y esplendor. Este carácter distintivo se notó en Roma en las felices circunstancias de que vamos hablando.

Poseedores de la soberbia Iglesia de Aracœci, memorable, no tanto por estar al lado, y aún mas, sobre el alto Capitolio, y ser, digámoslo así, la parroquia del Senado Romano, cuanto por su forma, su antigüedad y la riqueza y el origen de sus preciosos mármoles, pudieron desplegar un esquisito gusto en el adorno de tan bello templo, que entonces pudo llamarse rival de San Pedro en el Vaticano.

Además de los diversos cuadros alusivos, aparecía en el fondo el de todos los mártires, y aunque los bienaventurados no tienen patria privativa, pues son de Dios y de su Iglesia universal, era sin embargo satisfactorio para los mexicanos que entonces residían en la Santa Ciudad, ver al ínclito Felipe de Jesús, hijo de México, compartir la gloria en que estaban engolfados todos los invictos defensores de la fé católica.

Si la memoria no nos es infiel, creemos poder asegurar, que durante el suntuoso triduo, se celebraron en la Iglesia de *Araceli* novecientas misas; pues además de la numerosa comunidad de franciscanos, ocurrieron á celebrar, en honra de los mártires, una multitud de sacerdotes, tanto seculares como regulares ó congregacionistas de los innumerables que hay en Roma; aparte de la afluencia de extranjeros de todos los países.

México mismo, tan distante de Roma y tan extraño como ha sido á sus célebres acontecimientos católicos, tenía en esa memorable festividad diez y siete sacerdotes y seis obispos que representaban la fé de su sociedad. Déjase ya entender que esos representantes estuvieron en *Araceli* y celebraron con entusiasmo las glorias de su compatriota.

En Roma no es costumbre que haya sermón *inter solennia Missarum*, ni tampoco esas cansadas y larguísimas misas, que parece se han inventado para lucir la habilidad de algunos filarmónicos y no para dar gloria á Dios. Más positivos amigos de la verdad los romanos, hacen consistir sus solemnidades en la multiplicación de las misas rezadas; así es que, ocupados sin interrupción desde la aurora todos los muchos altares de *Araceli*, terminó la función de la mañana, que allí llaman *Ante meridiem*, con una misa solemne que dura precisamente una hora. Los sermones se dicen *post meridiem*, esto es, en la tarde.

El que insertamos al calce de esta breve reseña, fué predicado en la tarde del segundo día del triduo, por el Rmo. P. Agustín de Osimo, uno de los sacerdotes más caracterizados de *Araceli*.

Discurso pronunciado por el R. P. Agustín de Osimo.

Al veros, señores, reunidos de nuevo en tan gran número, en este majestuoso y augusto templo, llenos de alegría maravillosa, no puedo menos que preguntarme á mí mismo, colmado de ternura sublime: ¿Por qué este pueblo cuya fama se estendió por el mundo todo, este pueblo acostumbrado antes á contemplar desde la cima de esta misma colina el triunfo de los más valientes ejércitos y la pompa del valor humano; acostumbrado á solemnizar y á aplaudir, al ver encadenados á los vencidos y atados al carro triunfal de los Scipiones, de los Metellos y de los Fabios, fija hoy sus ojos suplicantes en la imájen de veintitres pobres crucificados; admira, puestas las rodillas en tierra, la fortaleza de ellos, alaba su constancia, encarece su heroísmo y pide desde el fondo del corazón su asistencia, su protección, su auxilio en las diversas penas de la vida? ¿Qué poder repite el nombre de aquellos, y no de otro alguno? ¿Qué fuerza tienen esos hombres, víctimas de un tirano bárbaro, y que están ha doscientos sesenta años en un rincón del lejano Oriente, para atraerse tanto vuestra mirada, oh romanos? ¿Por qué su nombre es honrado, bendecido y venerado en medio de vosotros?... ¿Qué causa inspira esta festividad? ¿Quién os mueve á tanta solemnidad? ¡Oh romanos, dignos de tal título: romanos más grandes que vuestros antepasados por la fé que profesais! yo os diré la causa de vuestra alegría. Es el encanto del poder divino de vuestra religión santísima; él os ha traído aquí para bendecir la memoria de los héroes japoneses que combatieron derramando su sangre en defensa de ella, porque vosotros la juzgais valor y grandeza de alma y muy digna de ser honrada. Sí; es el triunfo de vuestra fé, señores: la admirais en

esas gloriosas y venerandas imágenes; fé sacrosanta que manteneis ardiente en vuestro pecho: fé que hizo de vos un gran pueblo magnánimo, de nuevo valor sobre todos los pueblos de la tierra, desde que Roma escuchó en su centro al pobre Pescador de Galilea, al levantar sobre la cima de ese Campidoglio la Cruz, signo de redencion, de paz, de caridad, de amor. Sí, romanos, vuestra creencia de que *Cristo vence, Cristo reina y Cristo manda*, os ha juntado aquí para oírme.

Estoy gozoso, y me complazco de poder satisfacer vuestros deseos, porque del martirio de nuestros gloriosos atletas y por la victoria que consiguió la religion de Cristo en esos lugares del Japon, deduciré una agradable y noble prueba para demostrar todo el poder divino de la fé, que ha triunfado, triunfa y triunfará siempre del infierno y del mundo hasta el fin de los siglos, sosteniendo y esteadiendo el reino de la verdad, que se abrió paso por la fortaleza y por el sacrificio en todas las naciones de la tierra.

Si hay, señores, una razon capaz de animar á los humildes fieles de Cristo en momentos de prueba y de peligro, así como de atraer á razon á los enemigos de su Iglesia, lo es ciertamente la divina é invencible virtud de la fé, la cual, fuerte y omnipotente como Dios, de quien tiene principio y vida, avanza victoriosa á conquistar todas las naciones de la tierra, para reunir las en una sola familia de hermanos, en el amor, y bajo la espiritual direccion del Hijo de Dios, sin que haya malicia ó poder bastante para detenerla en un solo momento, ni para disminuir ni retardar sus triunfos. Razon que se confirma con la historia de diez y nueve siglos que cuenta la Iglesia. Esta ha atravesado ciertamente en medio de tiempos calamitosos: de persecuciones violentas ó pausadas: de venenosas heregias y de crueles cismas: de debilidad y de pereza: de barbarie y de ignorancia: de depravacion laical y de corrupcion eclesiástica: de pobreza y abyeccion: de ódio y de desidia: de escepticismo y de impiedad: de racionalismo y de nécia indiferencia. Y sin embargo, la Iglesia salió triunfante de la lucha, y salva con su virtud en medio de tantas dificultades, de tanta mutacion, de tantos ódios, de tanta ira, de tantos desprecios, de tantos ardidés, hipocresía y malicia infernal, conjurado todo para perderla y destruirla; mas no

pasó un siglo, ni un año, ni un mes, pero ni un dia, sin que esta adquiriese un nuevo triunfo y en que no apareciese con una nueva corona de gloria.

Bello seria, ahora que celebramos la gloria de esos atletas japoneses, presentaros los triunfos divinos de la cruz, desde los verdugos del Salvador, cuando separándose del Calvario se golpeaban el pecho, diciendo: *Este era verdaderamente Hijo de Dios*, hasta los actuales enemigos de sus hijos en Cochinchina y en Tonquino. En este momento mismo en que aplaudimos, con notable entusiasmo, las victorias alcanzadas en el Japon al fin del siglo décimosexto, ellos con su inaudita crueldad contra las inocentes y mansas ovejuelas, engendradas y recojidas por la Iglesia en esos lugares, merced á sudores y sacrificios, nos ofrecen nuevos y no menos solemnes triunfos. Estos, unidos á los anteriores, realizados de un modo prodigioso en la actual agitacion del mundo, cuando todas las naciones se introducen allá fácilmente, serán, no hay que dudar, el principio de conquista segura de toda el Asia por la fé y civilizacion del Evangelio. Pero la breve naturaleza de un panegírico no permite absolutamente estenderme á todo. Penoso seria para cualquiera, reunir la dilatada historia desde la Iglesia nacida en Jerusalem, la que los doce apóstoles del Nazareno, tan tímidos y cobardes poco antes, pero esforzados por el Espíritu Santo apenas recibido, anunciaron con nuevo y nunca visto valor, en idioma que todos los presentes, aun los extranjeros entendian, bautizando en un solo dia tres mil, y aumentando de este modo la Iglesia, hasta hoy en que domada y vencida esa entera libertad de espíritu, inventada por Lutero y venida hasta nuestros dias para negar toda verdad y aun la existencia de la misma razon humana, para volver al mundo al paganismo. Pero me consuela pensar, que no obstante que os diga poco sobre esa conquista en el Japon en el siglo décimosexto, será bastante para convenceros del destino inmortal de la fé que profesais todavía en esta tierra.

El Japon, señores míos, es la última region oriental de la Asia, que situada en medio del vastísimo Océano con direccion al Levante por la costa que termina en California y por el Poniente con China, ó mas bien, la Corea, á la cual se acerca, forma el anillo de union en-

tre el viejo y el nuevo mundo. Permaneció ignorado del Occidente por muchos siglos, hasta que descubierto en 1542 por lo portugueses, dueños de las Indias, se acercaron á él y establecieron allí relaciones de comercio. Ciertamente: imaginaos un pueblo, como los descubiertos por el inmortal Colon en América, que sorprendido y admirado á la vista de aquellos extranjeros colocados en formidables palacios que caminaban sobre las aguas del mar, ó que huye acobardado por valles y por montes, por selvas y desiertos; ó dobla tímido la rodilla frente á esos séres maravillosos bajados al parecer del reino de la inmortalidad á la tierra; muy fácil es conquistarlo en menos de una hora y atraerlo á la civilizacion de la religion, sin que sea necesario más sino que se le manifiesten la magnificencia y la sublimidad de los divinos misterios. Pero ¡ah! ¡Ved antes á un pueblo de mas de treinta millones, dividido entonces en mas de sesenta reinos, en muchas y populosas ciudades, que se estimaba como hoy tambien, el primero de la tierra por su civilizacion y por sus religiones, en donde aparece el sol desde su creacion moviéndose para dar vigor y vida al universo! Un pueblo que aventaja á los demas por la perspicacia del ingenio, de alma invencible, de elevados pensamientos: poderoso y valiente en la guerra, de lo que se gloria sobre todo: que se estima tanto á sí quanto desprecia á todas las demas naciones y principalmente á los europeos, á quienes conoció por el comercio, profesion vil y despreciable á los ojos de los japoneses.

Bien, señores: si un hombre destituido de todo auxilio humano, desprendiéndose de Goa, fuese volando, como ángel de la buena noticia, á este pueblo sostenido más que nunca en todo el prestigio del paganismo, de un modo que no quiero decir: si vierais que este hombre, infundiendo á ese pueblo nueva sangre, nuevos pensamientos, nueva vida, lo convirtiese á Cristo con el estandarte de la redencion levantado frente á los templos de falsos dioses y plantando allí la floreciente y hermosa Iglesia; decid ¿no aplicariais esto á la sola virtud de la fé, de esa fé que vence al mundo atrayéndolo potentemente al suave yugo del Evangelio?

De este modo prodijoso y violento se fundó la religion Católica en

1549, por el ilustre apóstol de las Indias San Francisco Javier. Reunidos, pues, en poco tiempo doscientos mil fieles bajo el estandarte de la Cruz, veis á aquel volver á Goa, de donde manda nuevos hermanos á continuar y aumentar la empresa. Estos repitieron la buena nueva en todos los ángulos de esas innumerables islas, pero sin cesar de combatir y de triunfar, hasta que la Iglesia, hija predilecta de Dios, nacida en el cielo y traída á la tierra para sanar las llagas de la humanidad doliente, y esparciendo en todas partes su divina luz, vino á ser madre de quinientos mil hijos nuevos.

No dudareis, hermanos míos, que estos primeros apóstoles del Japon, debieron vencer desde luego muchas dificultades; porque fueron encarcelados y entregados al furor del pueblo, burlados por la canalla, ya odiados por los bonzos, perseguidos por los gentiles, y objeto de los caprichos de los grandes. Pero no veis que solo hombres abyectos ó tímidas mujeres, hayan inclinado la frente al suave yugo del Evangelio. Entre los bautizados hay nobles y literatos: príncipes de gran fama, reyes poderosos y valientísimos en la guerra, como son los de Onuera y de Bunga, de Naugato y de Arisma. Estos, saliendo de aquellas retiradas comarcas, atravesando mares desconocidos, han venido por medio de solemnes embajadores á esta alma Roma, hasta los piés del sucesor del gran Pedro, ofreciéndole entera obediencia y devota sumision de hijos suyos.

Así, pues, la Iglesia coronó su frente en medio de los aplausos de un pueblo acostumbrado á los triunfos, con nuevos laureles, y escribiendo en sus anales gloriosos una nueva victoria.

¿Por qué, sin embargo, una niebla negra de muerte opaca un poco el cielo japonés, antes tan bello y tan esplendente con la luz de Jesucristo? ¡Oh hermanos míos, oíd y regocijaos dentro de vosotros mismos, de ser hijos de la Iglesia católica! Unas nobles niñas sostenidas en la virtud mas hermosa y mas suave en olor, que corona la cabeza de la mujer redimida, rechazaron intrépidas los desenfrenados deseos del emperador Taicosama. Juzgando este, ser regla de los cristianos

desobedecer á los amos, lleno de ira y de rabia juró esterminarlos con la muerte.

El rayo de la venganza fué desprendido: perseguidos los miserables cristianos, unos huyen escondiéndose en los montes y en las grutas: otros, acobardados, vagan acá y allá por países y desiertos estraños: dispersados los Pastores, derribadas las Iglesias, destruidos los monasterios, el Paganismo levanta el grito de infernal alegría, al momento en que la afligida Esposa del Nazareno, triste y dolorosa, parece que abandona para siempre al Japon.

¡Dios de las misericordias! ¿se habrá debilitado el poder de tu omnipotente brazo? Señores, no temais, antes admirareis un nuevo triunfo de la Iglesia, tanto más grande y más solemne, cuanto que Dios dará medios muy débiles y muy despreciables, segun el saber humano, para restaurar á esa cristiandad. Hé aquí una nave española salida de Filipinas que acosada por una horrible y nunca vista tempestad, clava el áncora en las playas del Japon, en el cual saltan á tierra cuatro hijos de San Francisco, Pedro Bautista, comisario, el ángel de Manila; Bartolomé, el antiguo apóstol de Conchinchina; Gonzalo, el amigo de los pobres y consuelo de los afligidos, y Francisco, el poderoso en obras y milagros. Creed como maravilla, que estos hombres vestidos de túnica hecha pedazos, ceñida la cintura con una áspera cuerda, rasurada la cabeza, y de piés descalzos, pobres y despreciados, tenían una doble mision: la de restaurar la Iglesia de Jesucristo, y libertar á ese pueblo miserable de la crueldad de un tirano tanto feroz quanto formidable en la guerra. Por lo mismo, os excito á admirar la sublime Providencia del cielo, que muy maravillosamente y muy sobre nuestros pensamientos, lleva la fé para la conquista espiritual de todas las naciones, á fin de formar alguna vez de todos los pueblos de la tierra una sola familia de hermanos.

Presentándose al tirano del Japon, como el pastorcillo David al formidable Goliat, en medio de un gran pueblo, le intiman en nombre del Dios del cielo y de la tierra, que deje en paz á un pueblo que no le ofende, y que les permita permanecer en el imperio para predicar en él la

religion de Cristo. Taicosama, que levantó sus pabellones sobre los escombros de cien tronos, con las manos goteando sangre: que solo procuraba conquistar todo el mundo, cuyo deseo tuvo desde sus primeros años: Taicosama, dominado, como por encanto, al mirar á esos hombres apostólicos, se detiene y cambia de resolucion. Sintiendo haber proscrito antes la religion del Nazareno con un edicto cruel, hace la paz y celebra tratados de comercio con Manila, á la que quiso conquistar, empuñando airado la espada, á la cabeza de 200,000 guerreros: Taicosama permite que permanezcan en su reino á los religiosos, como propagadores del Evangelio; y lo mas admirable es, que él mismo levantó una iglesia y un convento en el centro de Meaco, capital de todo el imperio, esclamando en alta voz delante de un numeroso pueblo: "Estos hombres son verdaderos caballeros del Dios de los cristianos." De este modo vengada la Iglesia de las humillaciones sufridas, entona por segunda vez el himno de la victoria.

Otros triunfos tan prodigiosos y solemnes como el anterior, se repitieron prontamente. Aumentados los franciscanos con la llegada de Martin Aguirre, de Francisco Blanco, de Felipe de las Casas y de otros (*) que animados tambien por el espíritu de Dios, partieron de Meaco como rayo desprendido del disco solar, para restablecer el cristianismo en todo el Japon: vedlos á manera de verdaderos ángeles del Señor, venidos del cielo para resucitar á aquella cristiandad desterrada y dispersa: vedlos en Osaca, en Sacay, en Junmigi, en Nagasachi, finalmente, en todas esas vastas comarcas; seguidlos, señores, por aquellas desiertas montañas, por aquellos valles profundos, por aquellos despeñaderos:

(*) Esto es, Gerónimo de Jesus, Agustín Rodriguez, y Marcelo de Rivadeneira, sacerdotes, y el lego Juan de Zamora. Estos, suscitada la persecucion contra la religion cristiana, fueron desterrados del Japon en compañía de Bartolomé Ruiz, despues de haber sufrido quanto puede padecer un hombre en la tierra. Volvió, sin embargo, el intrépido Gerónimo de Jesus en el mismo año, con otros compañeros, y murió en Meaco, en opinion de Santo, despues de haber restaurado la religion del Nazareno en aquellos países.

por aquellas aperturas de los montes, por aquellas selvas, por aquellas rutas, por aquellas cavernas, para que descubrais los frutos del prodigioso apostolado de ellos. Hermanos míos: la brevedad del discurso no me permite manifestaros por qué á su presencia, el paganismo ó huyó ó vencido se rindió á la virtud divina de la fé: no os contaré las iglesias que levantaron acá y allá para honor de Dios vivo, las caales se llenaron en breve tiempo de cristianos convertidos por ellos á la cruz: no los monasterios fundados en medio de mil obstáculos, dificultades y padecimientos de todo género, para conservar el sagrado fuego de la fé: no los hospicios en que recibir á innumerables hijos desgraciados, que salvados de su infortunio oirán por la primera vez, de la boca de los franciscanos, haber un Dios en el cielo, Padre de todos, ricos ó pobres, cubiertos de púrpura que habitan suntuosos palacios, ó los pobres vestidos de un miserable trage, ó bajo un roto hábito; palabra santa, sola capaz para que sufra el hombre los dolores de la vida: no os diré en fin las escuelas fabricadas cerca de su habitacion para cuidar la vida del alma y del cuerpo de innumerables niños nacidos desde luego en el llanto, sin saber lo que fuese el dolor, ya porque hubiesen sido huérfanos, ó fruto de otro pecado, pero que serán enseñados por los misioneros, á bendecir á aquel Dios que solo consuela los dolores de abnegacion y sacrificio. Mas si os comunicaré ó señores míos, un hecho de la más solemne victoria de la fé, que es el más magnífico triunfo de nuestros gloriosos atletas, obtenido en el Japon. Es, que al presentarse en esas comarcas muchos hombres y mujeres de toda clase, de toda edad y de toda condicion, conmovidos por una vision celestial, los rodean y les besan enternecidos los piés, oyendo las sublimes verdades de la religion de Cristo; y todos, cristianos y gentiles, hasta los príncipes de gran nombradía y aún los gobernadores de las provincias, les ruegan, les suplican, les obligan á que dejando á Meaco, viniesen con ellos á sus lugares á habitar con ellos, como efectivamente sucedió. Así quedó en parte destruido el reinado de Satanás y enarbolada la cruz frente á los inmundos templos de los falsos dioses.

Tan fuerte conmocion con la presencia de tantos hombres, ¿por qué pa-

rece renovar lo que la fábula cuenta de Anfió y de Orfeo? Por el poder de la virtud divina de la fé, que cambia la tierra en agua, fecunda las rocas del Carmelo y de Bazan, y lleva de uno á otro lugar los elevados montes. ¿Qué otra cosa, pues, eran nuestros apóstoles sino la demostracion de los principios evangélicos, predicados ante esos países, ó el mismo Evangelio hecho visible en la vida práctica? Natural fué que, protegidos visiblemente por Dios y bendecidos por los hombres, hubiesen sometido en menos de tres meses pueblos y ciudades, provincias y reinos, á la civilizacion evangélica: que hubiesen mejorado las costumbres enfrenando las pasiones seductoras, hecho reconocer el derecho del hombre y restituido á su primitivo poder el glorioso estandarte de la fé, á cuya vista, como aurora benéfica disiparon en todas partes la negra niebla que se estendia ya como manto, sobre el Japon. Ya no es maravilloso que miles de cristianos despojados de los adornos de oro, y ceñidos con grosera cuerda, entregándose á la vida seráfica de ellos, llegasen hasta ser apóstoles de su amada patria (1).

Ya no es maravilloso que la Iglesia vuelva á su primer encanto y se prepare para otras solemnes victorias y magníficos triunfos. Mas entre tanto que la vida cristiana crecia en el Japon con esos y otros hechos, una imprevista y tenebrosa noche de horror y de muerte se anunciaba de nuevo en esas desventuradas comarcas. Diriais, viéndola acercarse, que era aquel dia en que el mundo, segun el pronóstico de

(1) Diez y siete murieron juntamente con los franciscanos sus maestros, despues de haber abrazado el tercer órden de penitencia y de haberse ocupado con ellos en el cargo de catequistas y de enfermeros. Fueron, San Leon Garazuma, San Pablo Suzuqui, San Miguel Cosaqui, San Pablo Ibarqui, Santo Tomás Idanqui, San Francisco Médico, San Buenaventura de Meaco, San Juan Quizua, San Cosme Jaquia, San Martin de Meaco, San Joaquin Saquia, San Pedro Suquezico, San Francisco Fabelante, San Gabriel Duizco, de diez y nueve años; Santo Tomás Cosaqui, de quince años, hijo de San Miguel Cosaqui, San Antonio de Nagasachi, de quince años, hijo de San Miguel Cosaqui, San Antonio, jovencito de trece años y San Luis Ibarqui, niño de once años, nieto de los Santos Leon Garazuma y Pablo Suzuqui.

David, se convertirá en llamas de fuego. Jamas esas gentes habian visto un dia tan terrible: jamas la tierra habia sido afligida con un dolor tan profundo: tiembla la tierra, se parte, tragándose no solo pueblos y castillos, tambien enteras y populosas ciudades. Un copioso diluvio amaga provincias y reinos: aparecen columnas de fuego amenazándolo todo, ya agrupándose unas sobre otras, ya deshaciéndose en torrentes de sanguinolenta luz: por todas partes se oyen agonías, se desparrama el terror, y todo anuncia una cereana muerte.

Señores, es el dardo del anatema y el rayo de la divina venganza que retumba en el horizonte del Japon; es el justo castigo de lo que hará padecer dentro de breve y de nuevo á la perseguida Iglesia de Cristo. Porque herido el paganismo en el corazon por esos padecimientos sufridos: excitado por la calumnia y el engaño, levanta otra vez la cabeza, jura esterminar á los cristianos, á quienes llama enemigos del trono y de los altares de sus abuelos. La lucha se encarniza, y concluye triunfando el infierno: la religion humilde del Nazareno es proscrita de aquellas comarcas: veintitres hijos del Seráfico Padre se hallan encadenados en horrible prision: otros huyendo de aquí allá por montes y por cavernas, y todos condenados á muerte. ¡Ah! ¿dónde están los antiguos triunfos; dónde el poder divino de la fé? . . . ¡Oh Providencia del admirable Dios! ¡cuán diversos son vuestros caminos y los nuestros! ¡cuán diferentes nuestros pensamientos y los vuestros!

Precisamente cuando nuestras razones parezca que se nulifiquen, entonces se suscitará en el corazon de los cristianos una nueva fuerza que destruirá á los enemigos de Cristo.

Realmente, apenas se supo la prision de los franciscanos, veis á hombres y á mujeres, á pobres y á ricos, á jóvenes y á ancianos, levantar se en masa confesando valerosamente su sacrosanta religion, y unirse á los santos prisioneros para sufrir la misma muerte.

No señores, nunca en los primeros tiempos de la Iglesia se vió en la cristiandad tanto deseo para sacrificarse; ansia tanta para sufrir tormentos y asaltar los patíbulos para que triunfase el Santo nombre de Dios. Las madres llevando en brazos á sus niños, los padres acompañados de

sus hijos, los grandes señores y sus siervos con semblante alegre, con inefable júbilo en el corazon, sin embarazo y sin temor se confiesan cristianos, y aún suplican á los soldados que los aprisionen. Ciudades enteras quedaron desiertas, porque sus habitantes marchaban para Meaco y Osaca á reunirse con los mártires y dividir entre ellos su desventurada suerte. Por aquí, matronas nobles, vestidas de fiesta, teniendo en manos el crucifijo, se presentan á los verdugos dándoles grandes sumas de dinero, solo porque su nombre fuese escrito en la lista de los condenados. Por allá, jóvenes y viejos, cargando grandes cruces y abrazados en ellas, esperaban que viniesen los ministros de justicia á capturarlos. Tiernos niños rogaban á sus padres que los llevasen á morir por Cristo y doncellas delicadas, con el rosario en el cuello, seguian á sus madres sin separarse por temor de no poder ir al lugar del suplicio cuyo camino ignoraban. ¡Oh virtud admirable de la fé que convierte á los niños en héroes! ¡Oh espectáculo sublime de la religion de Cristo, que tiene por defensores, frente á los tiranos de la tierra, el pecho de niñas debiles y la lengua de lactantes niños!

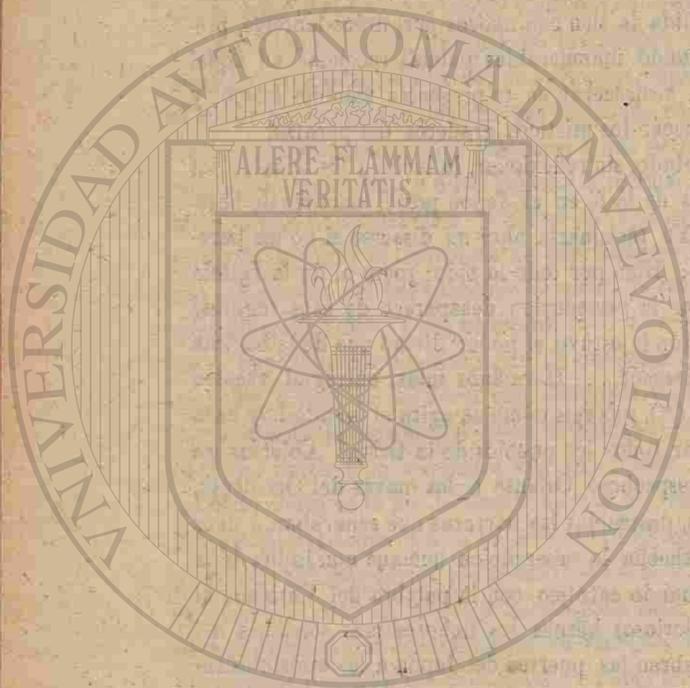
Los hijos de Francisco, entre tanto, se dirigian á Nagasachi al lugar destinado para ser sacrificados en la cruz, pero sin cesar de predicar su fé á los gentiles y de tributar interminables gracias á Dios que los habia hecho dignos de tanto padecer por la gloria de su santo nombre. Vedlos por fin, despues de andar quinientas y mas millas, caminando por barrancas y por montes, sobre agua y hielo, sujetos á la burla de la plebe, al insulto de los soldados, víctimas del hambre, de la sed, de la desnudez: vedlos frente al patíbulo, cual corderillos traídos al matadero, presentarse gozoso cada uno á su propio verdugo, por cuya mano deberá espirar dentro de breve en el árbol de la Cruz. Mas ¿cómo podré, señores, poner á vuestra vista un espectáculo nuevo, sublime, conmovedor, para manifestar el mayor triunfo de la fé de Jesucristo, de esta fé sacrosanta que se alza siempre mas bella cuando sube de la sangre de sus hijos? Oh hermanos míos: no me sorprende la presencia de religiosos santos y de fervorosos cristianos, que antes de faltar en algo á Cristo y á su religion, corrieron á abrazar su patíbulo, lo bañaron con ardientes lágrimas, teniendo á gran premio ser atravesados en

ellos con lanzas, y espirar bendiciendo al Padre celestial, á quien pedían piedad para sus mismos verdugos: pero ¿cómo no sorprenderse ante el sublime espectáculo de jóvenes imberbes, de niños de doce años, que esforzados sobre toda lisonja y encarecimiento, insensibles al llanto de los cristianos, á las lágrimas de los padres, á la vista de los tormentos preparados, se alegran, se agitan, y entonan himnos alabando al Señor por la cercana muerte; que colocados en la cruz exhortan, como ángeles del paraíso, á los cristianos á que permanezcan firmes en la religion de sus padres, y á los gentiles á inclinarse por fin la frente á la religion hija única del cielo. Cuando un inmenso pueblo prorrumpe en gritos de espanto al momento de ser atravesados, solo ellos sonríen con esa sonrisa que hace sublime el rostro de los bienaventurados conquistadores del cielo, y que al espirar invocan á Jesus y á María. ¡Ah! me es imposible ciertamente dejar de exclamar con religioso entusiasmo: Fé divina de mi Jesus que difundida en este valle de lágrimas eres consuelo del hombre, á quien descubres el secreto del padecimiento de la tierra y lo consuelas con esperanzas, alégrate, porque del martirio consumado por la muerte en cruz de veintitres franciscanos en Nagasachi del Japon en 5 de Febrero de 1597, conseguiste la mas bella y sublime victoria, jamás verificada, contra el infierno conjurado para arruinarte. ¡Oh! sí, alégrate de tan gran bien. Los invencibles campeones de tu fé han muerto; pero tú venciste, haciendo de su sangre una semilla perpetua del cristianismo en esas infelices retiradas comarcas del Asia. Que dentro de breve, los pueblos del Japon, recordando la batalla heróica en que venciste con la muerte de tus hijos, se levanten intrépidos á combatir de nuevo para tu defensa: que la sangre de miles de tus nuevos mártires convencerá á la generacion venidera, de que tú, combatida siempre, pero jamás vencida, te levantas mas hermosa y mas fuerte de la persecucion de tus enemigos, y que con cada paso que das en esta tierra de dolores, escribes en medio del aplauso de los creyentes la palabra *Triunfo*. Que los hijos de Agustin y de Domingo se mantengan firmes como los de Francisco y de Ignacio, que han entrado á tocar de nuevo el suelo ensangrentado del Japon: que si aquellos caen, otros sigan su ejemplo, para que bañada en esta san-

gre aquella infeliz tierra otra vez, la fé se avive en el pecho de los católicos, y domando de nuevo al infierno, se escriba tambien *Triunfo*. ¡Oh! alégrate, sí, Esposa inmaculada del Nazareno. La batalla nueva será larga, terrible; pero habrá un nuevo triunfo, una sorprendente victoria. Tus hijos, ceñida la sien con nuevos purpúreos laureles, presentarán al atónito mundo innumerables palmas recojidas en aquel vasto campo de sangre, y ofrecerán en tu presencia manojos frescos y abundantes para enriquecer los místicos graneros del paraíso.

Señores: os he presentado, sin reflexionar, la lucha y los triunfos, los combates y las victorias de la fé en el Japon por el martirio de nuestros gloriosos atletas. Yo terminaria aquí mi discurso si no me pareciese oír que se me dice: Bien por todo lo oido; ¿pero al fin la Iglesia de Jesus, debilitada por la persecucion desaparece de esos lugares? ¿Dónde, sin embargo, dónde estubo el poder divino que debe hacerla triunfar en todo el universo? . . . Hermanos míos, entregad vuestro corazón á la esperanza: (*) ¿no veis cómo se agita el mundo hoy para comunicarse y fraternizar todos los pueblos de la tierra? Abiertos los límites del distante y sospechoso Oriente á las naves del Occidente, acortadas las distancias, destruidas las barreras que separaban á unos de los otros pueblos, deshecha la supersticion humana con la luz de la verdad, conmovido el mundo católico con la palabra del Vaticano al conceder á nuestros gloriosos héroes los honores mas solemnes del culto, sin duda que se abren las puertas del Japon á los apóstoles todos de la Iglesia Católica para que acometan allí nuevas empresas. ¡Oh! sí, lo siento, lo veo, lo palpo: dentro de breve gozaremos en este mismo templo de un mayor triunfo del nombre cristiano, con la sangre de nuestros mártires que atraerá á ese grande y generoso pueblo japonés á la fé y á la civilizacion del Evangelio.

(*) Si es cierto que el cristianismo desapareció del Japon, tambien lo es que la sangre de nuestros mártires fecundará mas adelante esos países. El poder de la fé católica, fuego sagrado de los hebreos, que escondido bajo de tierra fué hallado vivo por su propia virtud cuando el pueblo de Dios volvió de la cautividad de Babilonia, se manifestará con nuevos triunfos de la religion del Nazareno.



APÉNDICE III.

LA GLORIA DEL VATICANO

EN EL TRIUNFO

DE LOS MÁRTIRES JAPONESES,

CELEBRADA

POR LA ACADEMIA DE POESÍA

ESTABLECIDA EN EL COLEGIO ROMANO

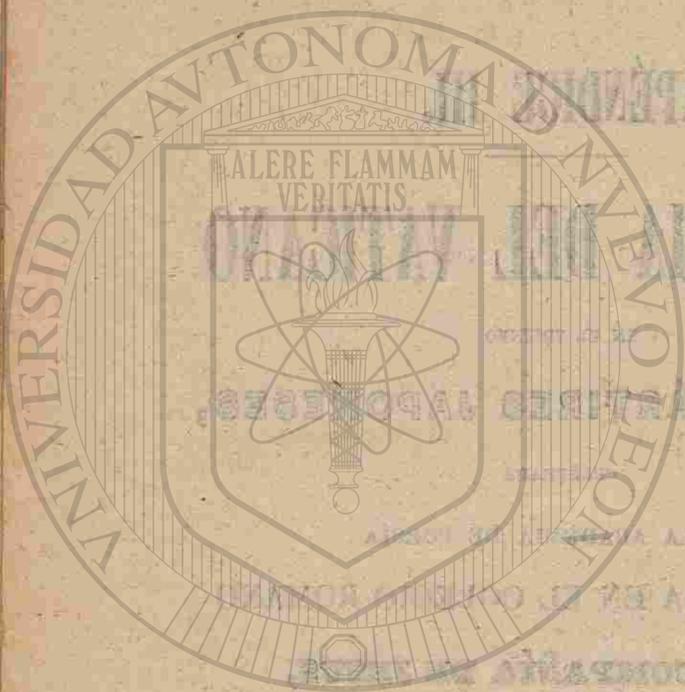
DE LA COMPAÑÍA DE JESUS,

El día 13 de Junio de 1862.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





DISCURSO

pronunciado en la función literaria dedicada á los Obispos que asistieron á la canonización.

(Traducción de la Srita. Natalia Perez.)

Bello y majestuoso espectáculo de pompa cristianamente sublime se presentaba el día 8 del corriente Junio en la Basílica Vaticana, á la mirada atónita de un pueblo innumerable, mientras el Vicario de Cristo rodeado del Episcopado Católico, decretaba los honores de santos á los 26 mártires del Japon y al beato Miguel de los Santos; y cuando prosternado delante de ellos elevaba los pensamientos de los creyentes á contemplar aquella gloria verdadera, delante de la cual toda otra gloria del mundo envilece y se anonada. Pero mas admirable tambien era la pompa con que á los ojos de los sábios aparecia en aquel dia el magisterio excelso de esa Providencia que dirige la suerte de la Iglesia y que calmando delante de ella el atrevimiento de este mundo, la ensalza sobre las vencidas cabezas de sus perseguidores, con trofeos de glorias no perecederas: magisterio, que si bien se oculta tal vez entre las tinieblas de impenetrables consejos á la tímida mirada del mortal, y le exige homenaje de fé paciente y de humilde adoracion, sin embargo, no se oculta tanto que no brille luego luego, y no luzca vivamente. De aquí es, que todo entendimiento amante á la verdad, permenece divinamente alegre, y los homenajes del creer paciente y del adorar en silencio se convierten repentinamente en entusiasmo de alabanzas y en éxta-

sis de admiracion. Y ¿quién podía, á la verdad, no admirar aquel dia en el que las miradas y los pensamientos se alternaban entre los adorados y los adoradores, y las circunstancias de las personas, de lugares y de tiempos se mezclasen mutuamente. Veintiseis pobres y desconocidos religiosos, desprovistos enteramente de todo lo que dá lustre y nombradía en el mundo, hace doscientos sesenta y cinco años cayeron en un ángulo del extremo oriente, víctimas de un bárbaro emperador, reos, no de otro delito que de predicar y mantener con la voz y con el ejemplo la religion de Cristo que aquel queria destruir.

Ningun cristiano habria dudado entonces, que la aureola del martirio no coronase de gloria inmortal á aquellas almas grandes, en el cielo. Pero ¿quién habria osado prometerles un gran eco de fama sobre la tierra, y prometerlo en tiempos cuando el mundo se mostraba muy mas dispuesto á hacer nuevos martirios que á festejar á los anteriores? Y sin embargo, en la mitad del siglo XIX, mientras la fuerza y el fraude conjurados juntamente hacen en nombre de la libertad, guerra obstinada á la libertad de la Iglesia, al Papa, á los obispos, al clero, á la moral y al culto de Cristo; mientras la Europa incrédula solicita con ansia el momento de batir palmas por la caída del trono de Pedro, hé aquí que de improviso el nombre desconocido de los mártires japoneses se levanta del olvido, resuena honrado de un extremo al otro del mundo, y la gloria de martirio proclamada con desusado triunfo en la capital del orbe católico á la vista de la Europa estupefacta y pensativa, grita públicamente que hay un Dios en el cielo, y que lo hay para abatir la orgullosa grandeza que lo desprecia, exaltando á su tiempo á la virtud injustamente deprimida. Perecerán los Taicosamas, y el olvido y el desprecio se sentarán sobre sus despreciables sepulcros; pero la gloria de quien sufre por la causa de Cristo, brillará mas bella en los siglos venideros y vivirá sempiternamente. Sin embargo, el triunfo de los mártires, bien que en tiempos adversos á la Iglesia sea un relámpago admirable de providencia para consuelo de los oprimidos, no es ciertamente hoy el objeto principal de nuestra admiracion. Lo que más exalta nuestros pensamientos, es el triunfo estupendo del mismo Pontificado, á daño del cual principalmente están hoy preparadas todas las

fuerzas de los modernos perseguidores. Pio IX, sentado pacíficamente sobre el benéfico trono dado á él por la Providencia; invencible é inerme; mansísimo y formidable; amenazado, y mas rico despues del despojo; más venerado despues de los sacrílegos ultrajes; mas glorioso, despues de las impudentes calumnias, dirige á su derredor una altísima mirada para contemplar el turbillon que lo rodea: vé tronos abatidos, soberanos huyendo iglesias viudas, las prisiones llenas, obispos desterrados, monges errantes, pueblos gimiendo, tiranos exaltados, hipócritas protestas, impiedad, incendios, estragos, luto, desolacion en todas partes; y horrorizado con tal vista, no por temor de sí, mas per piedad de sus hijos, movido de instinto celestial, resolvió presentar á los oprimidos un ejemplo de cristiana fortaleza, que religiosamente los consolase y alentase con la esperanza de la recompensa; y fiado en la virtud de aquel sobrehumano poder de que se vé revestido, dirige desde el Vaticano una voz autorizada al orbe católico; anuncia la próxima canonizacion de los mártires japoneses, é invita al episcopado á venir de todas partes á su capital, para hacer á aquella sagrada y solemne funcion mas angusta y mas venerada. Pero ¿quién pondrá entre tanto, diques al torrente de la revolucion, que á toda hora está amenazando llenarlo todo? ¿No están sus adversarios hollando el suelo, frenéticos y rabiosos por ir adelante? ¿No sofocan todos los dias á la presa y no la devoran mil veces con sus rabiosas aspiraciones? Sí, hacen todo esto y harian mucho mas si les fuera dado. Pero hay en el cielo quien vela sobre las cosas del mundo, y con la tranquilidad del Omnipotente Señor del porvenir, mira los tenebrosos consejos, los desprecia y los burla. Señala con su dedo los términos á la fuerza infernal, y quien no ve este signo, lo respeta mal su grado, é impedido de poder progresar, permanece inmóvil á pesar suyo, forzado, para su mayor sacrificio, á mirar desde luego con los ojos lívidos, con torcido sobrecejo, el nuevo triunfo del aborrecido Pontificado. ¿Pues qué, no es un triunfo esplendidísimo que el Vicario de Cristo tenga en mano la llave de tantos corazones, y que su palabra venciendo á la humana prudencia inspire en el pueblo toda la seguridad y tanto entusiasmo para dirigirse á Roma? No usa el Pontífice autoridad de mando; hace solamente una sen-

cilla invitacion; no excita la curiosidad pública con profanos espectáculos, pero alienta á la piedad cristiana con una ceremonia de Iglesia; no propone gravísimos negocios que sujetar á exámen, pero declara un piadoso deseo que satisfacer. Se oponen al convite los largos y dispendiosos viajes, incómodas navegaciones, salud achacosa por las fatigas y por los años, encuentro de autoridades ó sospechosas ó enemigas, temores de movimientos guerreros, desconfianza universal, incertidumbre temible: pero ¿qué importa todo esto? El convite venia del Vicario de Cristo, y esto solo bastaba para que desapareciera toda vacilacion. Como si un acuerdo secreto dirigiese el general movimiento, uno es el voto de innumerables corazones católicos, ir á Roma; uno el fin, asistir á la solemne canonizacion de los mártires japoneses; uno el motivo, porque Pio IX lo desea; y quien pudo emprendió viaje alegremente, y quien no pudo acompañó con mil felicitaciones á los afortunados que vienen, y por medio de ellos envía los más fervidos deseos de prosperidad y de paz al venerado Pontífice, y los mas devotos homenajes de reverencia y de acatamiento á la silla de Pedro. Y gracias á vos, venerandos pastores del rebaño de Cristo, que respondiendo con tan unánime presteza al llamado de Pio, habeis cooperado admirablemente al deseo de la Providencia de iluminar con una nueva luz brillantísima al triple reino inmortal para mengua y confusion de sus miserables adversarios. Gracias, y gracias infinitas á vos, que con vuestra venida habeis hecho olvidar por algun tiempo á nuestro amantísimo Padre las crueles amarguras que han entristecido á su alma, la impiedad inhumana, por tanto tiempo y de tantas maneras. Vosotros, cuando el favor del cielo y la bendicion de Pio os habrá vuelto felizmente á vuestras sillas, vosotros podreis consolar á vuestros pueblos, repitiéndoles cuánta amargura habeis descubierto en el rostro del Supremo Gerarca, cuánta calma en su espíritu, cuánto vigor en su mente, cuánta seguridad en su corazon. Vosotros podreis asegurar como se interesa paternalmente por nuestras comarcas, entre la asolada multitud, no ya rodeado de armas y de soldados como en otras partes se acostumbra, pero sí acompañado de los gritos festivos y de las no compradas aclamaciones de sus hijos. Enmudecerá delante de vosotros

la calumnia desvergonzadísima que compadece hipócritamente la esclavitud de los generosos romanos y que detesta los mal comprimidos suspiros y los votos de la nueva felicidad que gozan las tierras vecinas. Vosotros estais ahora en medio de esta Roma, de la cual tantas cosas se escriben y tantas se hablan. ¿Descubris por ventura rasgos de aquellos gritos, de aquellos suspiros? Y cuando Pio IX se presenta al frente de un pueblo que lo espera impaciente en medio de los aplausos que os hieren los oidos, ¿podrá decirse, hé aquí un pueblo tiranizado que se estremece á vista del aborrecido opresor? Este nuevo y solemne mentís á los calumniadores, no fué el solo fruto de gloria recogido en estos dias por el Romano Pontificado. El poder sobrehumano de un deseo del Papa y el universal entusiasmo del pueblo hácia Roma, es tambien un hecho espléndidamente grande que exige una causa proporcionada y una esplicacion conveniente. El católico no trabajará mucho en encontrarla, y lleno de júbilo repetirá aquellas divinas palabras: "TÚ ERES PEDRO, Y SOBRE ESTA PIEDRA EDIFICARÉ MI IGLESIA, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella." Pero el heterodoxo, (hablo del que por hastío de la verdad no quiere renegar al natural instinto de la razon,) pero el heterodoxo ¿qué respuesta podrá dar á sí mismo que satisfaga verazmente y no engañe su entendimiento? En vano pues, la buscará en los intereses nacionales; en vano en las pasiones del corazon humano; en vano en los acontecimientos y tendencias políticas de nuestros dias, porque el hecho de que hablamos excede en mucho por su efecto á la eficacia de las causas dadas, bajo cualquiera aspecto que se consideren; es de tal carácter de superioridad é independencia de ellas, que el investigar su origen en un orden de cosas mucho más amplio y elevado, es una necesidad intelectual para quien razone. ¿Quién no vé que entre cuantos soberanos ciñen hoy dia corona y empuñan cetro, ninguno hay que puesto tambien en condiciones políticas semejantes á estas en que se encuentra al presente el Soberano de Roma, pueda atraer simpatías, crear entusiasmos y enseñorearse á su vez de los ánimos, como él? Él es tambien un Soberano único del mundo, y tiene en sí alguna cosa que lo ensalza inmensamente

sobre todos los otros. ¡Locura sería recurrir aquí á preocupaciones de la religion! ¿Cuál preocupacion fué más potente, más durable, más universal? ¿Cuál no se destruye con los años y con los golpes de la verdad? ¿Cuál preocupacion se hace mas fuerte cuando se le creia mas pronta á extinguirse y siendo perseguida se sostiene con la humildad, se defiende con la paciencia, triunfa de las armas con la súplica, y despues de la victoria se vindica con el perdon de sus enemigos? ¡Ah!... si en todo tiempo fué manifesto, hoy más que siempre es evidente que Roma es una ciudad situada en medio del mundo, que tiene una virtud propia para atraer á sí las miradas del universo, y debe por esto ofrecer materia de graves meditaciones á todo el que considera los grandes acontecimientos que se verifican á nuestros ojos, no como recreo para los curiosos, sí como enseñanza para los pensadores; pues ya que Dios gobierna con sapientísimo entendimiento todas las cosas de aquí abajo, todo grande acontecimiento es sin duda una elocuente palabra para el entendimiento del que discurre.

El acto solemne, pues, de la celebrada canonizacion, nos parece objeto no solamente fecundo de piadosos y religiosos sentimientos por el triunfo de los mártires glorificados, sino tambien rico de sublimes verdades, por las circunstancias del tiempo y del modo que lo han acompañado. Y bajo ambas consideraciones, lo juzgamos tambien aptísimo para despertar en nuestros juveniles pechos una poética chispa. Podria acaso ser notable no habernos propuesto tratar particularmente de la gloria tambien de Miguel de los Santos, compañero en los solemnes honores del Vaticano con los mártires japoneses. No es que no juzguemos esto un rico argumento de canto, pues que su vida adorna da con tan raros rasgos de espíritu, mereció desde su niñez el nombre de FLOR DE SANTOS; su candor virginal de pureza unido al rigor de penitencias ásperas y continuas; su tiernísima solicitud para consuelo de los pobrecitos, á los que solía llamar hijitos de Dios; el esplendor sin fin de los prodigios con que Dios quiere honrar la santidad de su siervo; todos ven cuántas varias imágenes y cuántos delicados sentimientos habrían podido dirigir á la fantasía y al afecto. Sin embargo

el deseo de no desviarse de la unidad del objeto que nos habiamos propuesto, nos ha decidido á no celebrar con cantos particulares su memoria. En lo restante, ninguno esperamos querrá notar de soberbio ardor y temeridad, nuestro deseo de ofrecerlos, ¡oh venerandos pastores! un entretenimiento poético y haber deseado tener el honor de verlo ennoblecido con vuestra angusta presencia. Ardor y temeridad sería, si no os prometiésemos otra cosa que un nobilísimo objeto, ó si al tratarlo en vuestra presencia,uviésemos otro deseo que el de presentaros un testimonio público de la reverencia que os es debida, y de la gratitud vivísima que os profesamos por el inefable consuelo que vosotros con vuestra venida en tiempos tan calamitosos, habeis traído al alma amargada del óptimo y amantísimo nuestro Pontífice, Soberano y Padre Pio IX. Pero si estos y no otros son los motivos que á ello nos impulsaron, ¿quién podrá con buen derecho tachar de presuncion este nuestro pensamiento? La variedad de los idiomas que oireis en esta academia, os recordará, con algun placer, que vosotros no sois extranjeros en esta ciudad, y que Roma es patria comun de todas las naciones; y sin embargo, cuando la Roma pagana despreciaba como bárbaras todas las fábulas de los pueblos subyugados, la Roma cristiana las aprecia y honra, porque reconoce la voz de sus hijos en todas partes.

El coro, romanza y tercetos siguientes fueron puestos en música por el maestro Sr. Settimio Battaglia; los Sres. Davies, Rosati y Cappelloni ejecutaron las árias, y los coros los alumnos de la escuela de canto del Colegio Romano.

CORO.

O del cielo magnánimos hijos,
Cuyas palmas triunfales tenisteis
Con la sangre, que heróicos vertisteis
De Jesus en el sacro pendon.

Fué la muerte que hubisteis unidos
Complemento de noble victoria;
Fué el martirio corona de gloria
Con que Dios vuestras frentes ciñó.

En los cielos escuchase dulce
Un *hosanna* gozoso y ufano,
Es la grey del Pastor soberano,
Que os saluda con férvido amor.

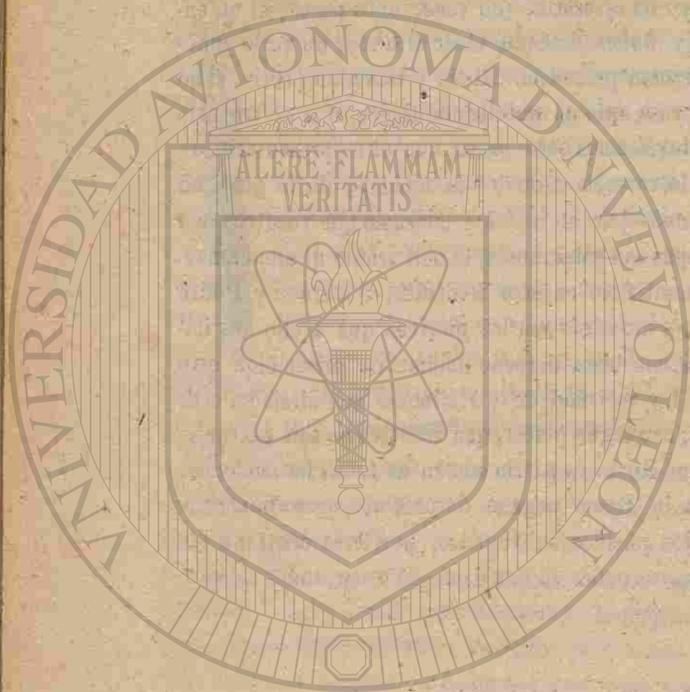
Moradores del fúlgido empíreo,
Que bogando en un mar de contentos,
Os ofrecen brillantes asientos
En que obtiene su premio la fé.

No más guerra en que cruel la perfidia
De inocentes la sangre derrama,
Ni arderá de discordias la llama
Donde vive de asiento la paz.

ROMANZA.

En las arenas cálidas
Del apartado Oriente
Brotó en gentil renuevo
De Cristo la simiente;

Mas lo que un tiempo ha sido
Bello vergel florido,
Hoy mirase desierto,
Marchito y sin verdor.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



¡Ah! si mejor cosecha,
Con sangre de sus mártires,
Espera satisfecha
La combatida fé,

De vida y bienandanza
Reanime la esperanza
La sangre de las víctimas,
Que ardiente prodigó.

TERCETO CON COROS.

¡Por qué en llanto sumergida
Gime la Esposa sagrada,
Si ya lució la alborada
En el cielo de su amor?
Si el infierno y sus secuaces
Contra tí obraron prolijos,

La fé amable de tus hijos
Palmas de triunfos te dió.
¡Oh, maldito quien la espada
Hunda en tu amoroso seno!
Será, de ignominia lleno,
El escabel de tus piés.

¡O mi Reina, qué hermosa victoria
Obtuviste al poder de tu fé!
De tu Esposo la paz y la gloria
En tu trono esplendente se vé!
Dios te armó como un arco de muerte
Contra el necio que busca tu mal;
Dios, que rompe la vara del fuerte,
Como rompe el acero al cristal.
¡Bendito es quien dirige al Eterno
Alabanzas y preeces por tí!
¡Que en sus fauces aprese el averno
A quien tu honra insultó baladí!

J. M.

FIN DE LOS APÉNDICES.

INDICE.

	Págs.
DEDICATORIA.	iii
INTRODUCCION.	v
CAPÍTULO I.—El Japon.	1
CAPÍTULO II.—El emperador Taicosama y las islas Filipinas.	10
CAPÍTULO III.—Los cristianos del Japon y los franciscanos.	20
CAPÍTULO IV.—La conferencia de Manila.	28
CAPÍTULO V.—Los franciscanos en el Japon.	37
CAPÍTULO VI.—Tratado de paz entre el Japon y España.	48
CAPÍTULO VII.—El primer convento de franciscanos en el Japon y la segunda embajada.	58
CAPÍTULO VIII.—Los primeros compañeros de San Pedro Bautista en el Japon y los hospitales de Meaco.	68
CAPÍTULO IX.—Nuevos compañeros de los franciscanos.	80
CAPÍTULO X.—Persecuciones y victorias de los franciscanos.	92
CAPÍTULO XI.—Nuevos conventos franciscanos en Nagasachi y Osaka.	103
CAPÍTULO XII.—Nuevos franciscanos en el Japon.	114
CAPÍTULO XIII.—Estado de la mision franciscana del Japon antes de la última persecucion.	124
CAPÍTULO XIV.—La nave de San Felipe.	134
CAPÍTULO XV.—La prision.	146
CAPÍTULO XVI.—Los tres mártires de la Compañía de Jesus.	159
CAPÍTULO XVII.—Los cristianos del Japon al tiempo de la última persecucion.	170

CAPÍTULO XVIII.—Los franciscanos en la cárcel pública de Meaco.	182
CAPÍTULO XIX.—Crueldad y heroísmo.	194
CAPÍTULO XX.—Aventuras del V. Gerónimo de Jesus escritas por él mismo.	204
CAPÍTULO XXI.—Viaje de los franciscanos al lugar del suplicio.	218
CAPÍTULO XXII.—Dos nuevos mártires.	227
CAPÍTULO XXIII.—La prision de Fray Juan el Pobre.	237
CAPÍTULO XXIV.—Llegada de los franciscanos á Nagasachi.	246
CAPÍTULO XXV.—Los franciscanos en el lugar del suplicio.	257
CAPÍTULO XXVI.—El martirio.	266
CAPÍTULO XXVII.—Testimonios del martirio y reliquias de los franciscanos.	276
CAPÍTULO XXVIII.—Los milagros, la beatificacion, la canonizacion.	290
APÉNDICE I.—Ceremonias en la Basílica Vaticana, practicadas en la canonizacion de los veintisiete bienaventurados, verificada en 1862, y descripcion de las pinturas colocadas en la misma Basílica.	3
APÉNDICE II.—Discurso pronunciado por el R. P. Agustín de Osimo, en el templo de Santa María Araceli, en el dia segundo del solemne triduo á honor de los veintiseis franciscanos mártires del Japon.	21
APÉNDICE III.—La gloria del Vaticano en el triunfo de los mártires japoneses.	39

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN[®]
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

